



MIRANDO
A UN CIELO
SILENCIOSO

E. Tejero Cebrián

FINALISTA PREMIO PLANETA 2018

última línea

MIRANDO
A UN CIELO
SILENCIOSO
E. Tejero Cebrián

FINALISTA PREMIO PLANETA 2018

última línea
de narrativa



Primera edición, mayo de 2019

© Eva Tejero Cebrián, 2019

© Última línea, S.L., 2016

Strachan, 11

29015 Málaga

www.ultimalinea.es

editorial@ultimalinea.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-16159-80-2

Depósito legal: MA 712-2019

IBIC: FA, FJ, FL

Impreso en España – Unión Europea

a Marisa y a Felix, padres y arquitectos de corazones.

a Eloísa, que sabe hacer posible lo increíble.

a Edu, Ana y Eduardo, orfebres de grandes tesoros.

*Lo que sabemos es una gota de agua;
lo que ignoramos es el océano.*

Isaac Newton

*La mente una vez iluminada no puede
volver de nuevo a la oscuridad.*

Thomas Paine

MIRANDO A UN CIELO SILENCIOSO

Después de aquello solo los niños y los ancianos parecieron estar a salvo — si es que la seguridad podía medirse en términos de cordura—. En el amanecer de cada día varios millones más habían sucumbido. Nadie se atrevió ya a llamarlo demencia. En su momento, todos por igual quedarían conectados a esa otra alma, anclados a un cordón umbilical conductor de recuerdos que, arrastrados por un viento que entraba con el alba, se colaban en las mentes a borbotones.

En algunos foros se habló de catarsis colectiva, en otros de novedad salvadora, pero muchos lo aguardaron como experiencia aterradora. Pensadores y filósofos intuyeron el comienzo de algo: el de un difuso nuevo orden mundial; una sociedad que necesitaba reorientar sus parámetros morales: ¿Cuáles son mis prioridades? ¿Por qué estoy dispuesto a luchar?

¿Se estaba perfilando una humanidad nueva?

Cada cual esperó su turno con la incertidumbre de los presagios. Se había volcado el caos sobre el mundo y ya nadie supo quién era. Solo algunos hacían esfuerzos, todos baldíos, por librarse de una vinculación.

Aleatorio como el punto de caída de un meteorito fue el azar proyectando las vinculaciones. O así lo creyeron.

¿Qué o quién movía los hilos?

ASHTI BARZANI (IRAQ). LA PÉRDIDA

Entre un cielo de olvido y una tierra de cal, cinco mil almas palpitaban sobre el monte Synjar en las horas más profundas de la noche. Algunos afortunados navegaban por sueños inquietos mientras otros muchos permanecían en vela con un miedo de sangre y acero clavado en las pupilas.

Yadi Öcalan se revolvió en aquel silencio violentado por carraspeos y toses y por llantos infantiles como maullidos de gato. Se movió con levedad, con los ojos cerrados, y acomodó en sus muslos la cabeza del pequeño Yamih. Trató de encontrarse con el sueño y, a cambio, se reencontró con sus miedos: miedo al amanecer, miedo a decidir y a equivocarse, miedo al hedor del miedo de la multitud y, más que nada, miedo a que ellos despertaran y su llanto de hambre infantil y sus miradas de súplica sin respuesta volvieran a desgarrarle el corazón, otro día más.

Abrió los ojos y observó cómo a su lado el rostro de su esposa reflejaba un sueño de derrota. Hacía un par de horas que los niños dormían y Ashti se había rendido con ellos.

Lo que Yadi no pudo ver fue cómo, en aquel momento, una tormenta clandestina comenzaba a desatarse en el cerebro de ella. Sus neuronas, como impulsadas por fuerzas estelares, lanzaban señales eléctricas en todas direcciones, chocando y rebotando en un baile frenético de recuerdos, imágenes y confusas secuencias. Ashti soñó entonces que toda su materia gris se expandía e iba a reventar el cráneo, pero las imágenes comenzaron a vibrar absurdamente y luego a deformarse; las figuras que componían los recuerdos se rasgaron y las escenas se borraron como dibujos en la arena barridos por las olas. Poco a poco se hizo el silencio. En su cabeza solo hubo tinieblas y una calma nauseabunda que le provocó el vómito.

Tuvo que apartar a su hijo menor, Adar, para inclinarse a un lado y vaciar el estómago. Adar dormía en su regazo. Lo tenía cobijado bajo el brazo a fin de protegerlo del frío que transmitía la roca a sus espaldas. ¿Dónde estaba la cena ingerida unas horas antes? De su interior no brotaba nada. Miró a sus hijos dormidos, miró a su alrededor y... recordó dónde se encontraba... ¿Qué podía vomitar? Hacía días que se habían acabado los exiguos recursos del auxilio exterior y en ese tiempo ningún alimento había entrado a apaciguar el hambre.

Durante un tiempo la agencia de cooperación internacional se las había arreglado para tener en Erbil personal de recogida de alimentos que llegaban con cierta regularidad a un almacén improvisado en las dependencias del Consulado de EE.UU. Desde allí se repartían por toda la región llegando a los refugiados cristianos y yazidíes kurdos que, en su huida del terror yihadista, se habían diseminado por el monte Sinjar, en el Kurdistán Iraquí. Pero el acceso al monte era difícil por tierra y descargaban desde el aire. Esto convertía la ayuda en un caos donde reinaba la ley del más fuerte y quedaban desamparados los más vulnerables. Tan pronto como se percibía en el campamento el lejano rugido de un motor, comenzaba una desenfrenada carrera de supervivencia por alcanzar las explanadas colindantes y esperar que alguno de los bultos lanzados cayera cerca de la posición elegida. Yadi Öcalan siempre se había hecho con una pequeña parte del botín humanitario. Eso les había permitido a Ashti y a sus dos hijos sobrevivir a la sed y al hambre. Sin embargo, desde que los yihadistas comenzaron a ganar terreno hacia Erbil dos días atrás, las ya parcas fuerzas defensivas con las que contaba la zona se concentraron en proteger la ciudad, donde se encontraban asesores militares y diplomáticos estadounidenses. Hacía una semana que el suministro al monte Sinjar, un lugar infernal carente de agua y vegetación, y con temperaturas que alcanzaban los cincuenta grados, se había interrumpido y los refugiados habían consumido hacía varios días los pocos víveres que les quedaban.

El desolado peñasco en el que Ashti y su familia se habían refugiado acogía a otras tres familias que tampoco habían encontrado sitio en la explanada más alta del monte, donde un abarrotado campamento amparaba a miles de refugiados.

Fue en este pedazo de Irak donde el despertar de Ashti Barzani se equiparó en violencia al de Sofía Román, y justo el momento en que ambas mentes recibieron una abrumadora carga de recuerdos mutuos.

Su marido la sacó del abismo en el que caía, zarandeándola por el hombro, al tiempo que se oía un desacompasado coro de voces y gritos, unos en la lejanía, otros más cercanos. Al estruendo del griterío se unía el de los disparos de las ametralladoras, que parecían ir barriendo el eco de los lamentos.

—¡Mujer, levanta y coge a Adar! ¡Hay que escapar! Yo cargaré con Yamih. Corre con el pequeño y no te detengas. ¡Están aquí! ¡Atacan arriba, en el campamento!

El cuerpo de Ashti se tensó de terror. Todavía con el corazón disparado y el estómago pugnando por arrojar las náuseas, agarró a su hijo menor, lo cargó con ambos brazos y echó a correr tras Yadi, que cargaba a su vez con el mayor, de apenas seis años.

En su ciega carrera no se percataron de que el ruido de metralla venía de dos bandos enfrentados. En la dirección en que corrían se acercaban frontalmente varios helicópteros que comenzaron a disparar a los perseguidores. Por unos instantes se encontraron en zona de fuego cruzado. Yadi, que iba delante, torció su rumbo y se arrojó a una hondonada para ponerse a cubierto de las balas. Ashti le siguió y las naves pasaron por encima de sus cabezas. Detrás de ese venían otros tres aparatos de las fuerzas de ayuda volando casi a ras de tierra. Entonces, oyeron gritar a uno de los que corrían por la explanada.

—¡Vienen a sacarnos de aquí!

Durante los escasos segundos que tardaron en comprender, vieron cómo uno de los helicópteros tomaba tierra el tiempo justo para que un grupo de refugiados se agolpara a su puerta y llenara la nave, que levantó el vuelo atiborrada de gente. En ese momento lo entendieron: subir a uno de esos aparatos era la única garantía de vida.

Los otros dos helicópteros llegaron a la explanada y comenzaron a posarse levantando un inmenso remolino de polvo y tierra. Antes aun de tocar suelo surgieron centenares de hombres, mujeres y niños procedentes del campo de refugiados, que corrían hacia ellos perseguidos por las balas yihadistas.

Ashti se concentró en respirar a pesar de la opresión que sentía en el pecho. Sus vidas dependían de sus piernas ahora, e iniciaron una desenfundada carrera cargando con el peso de sus hijos. No más de trescientos metros les separaban del objetivo, pero, a mitad de camino, había ya un enjambre de personas rodeando el segundo aparato.

El tercer helicóptero se situó a cierta distancia detrás del segundo cuando este ya iniciaba el ascenso cargado al máximo de su capacidad.

Ashti y Yadi se dieron cuenta entonces de que, en la posición en la que se encontraban, estaban más cerca de aquel último aparato que el resto de los que se habían quedado en tierra. Se oyó un mayor clamor de los que corrían. Esta vez espoleados, no solo por la posibilidad de perder su última oportunidad, sino también por las balas de los Kaláshnikov con los que un grupo de yihadistas apostados a cierta distancia disparaban contra ellos. Ashti, impulsada por la esperanza que la ventaja de su posición les ofrecía, sacó fuerzas de flaqueza. Apenas les quedaban unos metros para alcanzar el objetivo cuando vio delante de ella cómo su marido frenaba su carrera en un salto inverosímil, doblando la espalda hacia atrás en un arco que le obligó a soltar a su hijo Yamih. Después caía al suelo y quedaba inmóvil. «¡Súbelos! ¡Saca de aquí a los niños! ¡Corred!», barbotó Yadi alzando la cabeza con agónico empeño. Fueron las últimas palabras que logró articular antes de sentir cómo le estallaba el corazón atravesado por una bala perdida. Ashti gritó y quedó allí, en pie, inmóvil, mirando a su marido, empapada en un sudor frío, con el desconsuelo de la vida doliéndole por dentro. Dolía en el pecho, en la tensión de los hombros, en el esfuerzo mismo de respirar. El llanto de los niños la arrancó de su conmoción. Ya estaban llegando los demás y entendió que debía reaccionar. Sin soltar al pequeño, asió fuertemente la mano de Yamih y alcanzó a llegar al aparato. En el interior varios hombres uniformados ofrecían ayuda a los que iban llegando. Unos brazos se estiraron para recoger a sus hijos. Los niños ya estaban arriba. La mano de un soldado se ofreció en ayuda de Ashti. Fue un instante, un momento de duda. Se giró y miró por encima de las cabezas que ya se apiñaban detrás de ella. Atisbó el cuerpo de Yadi tendido e inmóvil y escuchó las voces histéricas de los niños llamándola a chillidos entre lágrimas y mocos de terror. Iba a agarrar la mano tendida cuando, de un empujón, aquella avalancha de pánico humano la desplazó a un lado y

cayó al suelo. Se debatió por asirse a algo que la ayudara a ponerse en pie a pesar del torbellino de piernas y cuerpos que no dejaban espacio por encima de su cabeza. Solo cuando el helicóptero empezó a moverse y se trasladó unos metros sobre el suelo antes de elevarse, la multitud se movió al unísono como atraída por un imán y Ashti quedó libre, se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia la ya impenetrable barrera humana. Aunque sin esperanza, buscó a sus hijos con la mirada mientras intentaba abrirse paso y entonces lo vio. Era Masud. Estaba entre los que se habían quedado en tierra, en primera fila, de pie ante la puerta de la nave que ya se elevaba. Sujetaba en alto a su hija Bríska rogando que la izaran a bordo. Masud era vecino suyo. Vivía con su mujer, Daristan, y sus tres hijos dos casas más abajo de la suya en Mosul. Ellos también habían huido cuando las banderas negras llegaron a la ciudad. Fueron de los primeros en marchar.

No era, pues, extraño encontrarlos allí; sin embargo, algo en la escena que Ashty estaba viviendo la desconcertó y dejó en suspenso, como si en ese momento debiera decidir con qué parte de su ser estar presente, si con su fantasía o con su razón. Como corchos en el agua, emergieron en su mente millones de recuerdos ajenos y se hundió dentro de su consciencia, dentro de ese otro ser, cada vez más presente, más elocuente. Los pulsos de otra vida le zumbaban en los oídos y allá, al fondo, empezó a resonar otro yo con un latido que se equilibraba con el suyo. Las palabras de su iletrado vecino, Masud, la habían acercado a la percepción de alguien diferente y lejano cuando escuchó la súplica que este elevaba a los soldados para salvar la vida de su hija Bríska. ¡Masud se expresaba en un inglés perfecto! Y lo que todavía era más sorprendente para Ashty: ¡ella entendía sus palabras! ¿O no? ¡Era Sofía quien las entendía!

SOFÍA ROMÁN (ESPAÑA). LA TRANSFERENCIA

Ese invierno, el Mediterráneo levantino había sorbido con más furia que nunca el alma de su oponente septentrional en la vertiente cantábrica arrancándole rachas de viento que recorrían el valle del Ebro sin misericordia. Llegada la primavera, en una atmósfera limpia de un cielo azul que llegaba para quedarse, los hijos del cierzo celebraron con prevención el fin del castigo infringido. En las calles de Zaragoza, el bullicio de su gente, que recibía la estación con la euforia del renacimiento, ocupó el silencio dejado por los vientos que el calor había adormecido.

Con el mismo ánimo, Sofía Román abandonó el bufete y salió a la plaza de los Sitios. Se detuvo un instante a llenar los pulmones de aromas y dejarse lamer por un sol todavía amigo. Acababa de despedir a su cliente y estaba satisfecha. El caso había sido particularmente duro de conciliar. La mujer no se avenía a razones. Quería la custodia de los hijos. Pero Ángel Lázaro no estaba dispuesto a ceder un milímetro. Afortunadamente para él y para su abogada, en la legislación autonómica de Aragón la custodia compartida era la forma de resolución preferente. En convenio regulador se acordó que, teniendo los padres cada uno de ellos un domicilio próximo al colegio de los niños, la guarda y custodia se compartiría semanalmente y las vacaciones escolares por mitad, siendo así aprobado por el Juzgado. Asimismo, se aportó un informe psicológico que indicaba que la guarda y custodia compartida en el caso de este núcleo familiar era lo más beneficioso para el interés de los menores.

Sofía sintió el placer de caminar en calzado cómodo, recorrer las calles de la ciudad de camino a casa y envolverse en la bondad primaveral. En el despacho había cambiado los zapatos de salón por otros planos que no desmerecían con su atuendo de trabajo: falda cheviot, americana negra y blusa color melocotón. Ella era una luchadora, pero, sabiéndose atractiva, en ocasiones, cuando eran varones y de una edad más que madura, se vestía

para los jueces: altísimos tacones, falda ajustada y camisa de seda. Aceptaba que el suyo era un feminismo de transición, a medio camino entre como deberían ser las cosas y como en realidad se presentaban, y estaba dispuesta a traicionar los principios que jugasen en su contra. Sabía cuáles eran los encantos que la naturaleza le había regalado: una voz fresca como el alba y una mirada de pasión que ella cultivaba sin recato. Se daba la paradoja, pensaba Sofía, que el prototipo de hombre que confería una desventaja a su condición de mujer era víctima propicia de esa misma condición. En el pecado estaba la penitencia y no iba a ser ella quien tratase de enmendar la estulticia que a veces se daba en la naturaleza masculina.

Desde luego que su educación no era excusa. Su familia no había sido ejemplo de «eso», pero ¡qué narices! ¿No lo había tenido ella más duro en su camino al puesto que ocupaba solo por ser mujer? Había encontrado reticencias por parte de algunos miembros de la Junta, más inclinados por el otro candidato, Andrés Cortina. Andrés era un excompañero de facultad, un buen estudiante que se había especializado en Derecho Laboral. Sin embargo, en el bufete «Galvana e Hijos», uno de los más prestigiosos de la región, contaban ya con tres miembros de su especialidad y el puesto vacante describía con exactitud el perfil de Sofía Román. Su currículum era tan brillante como el de Andrés. Especializada en Derecho Civil, había cursado una segunda especialidad en Derecho Civil de Aragón, y su exitosa experiencia en ese campo le concedía una superioridad indiscutible a la hora de la decisión. Sin embargo, tuvo que pasar por tres arduas —a veces impertinentes— entrevistas ante la resistencia de los socios más antiguos. Ahora ella era la segunda fémica admitida en este varonil club de expertos en derecho. La otra era la nieta del fundador, una competente jurista que contaba con doce años de espinoso ascenso en la empresa y se había ganado el privilegio incontestable de ser nombrada presidenta de la Junta de Gestión.

Sofía salió a la Gran Vía y recorrió el ancho paseo a buena marcha, como con prisa. Constituía su ejercicio diario. Ahora, con la pequeña Alba de tres años, todo su tiempo libre era para la niña. Atrás quedaban las horas de gimnasio y otros sacrificios dedicados al cuerpo. Cuidarse había sido una disciplina que aún le estaba dando frutos. Le debía a aquel esfuerzo que hubiese recobrado su talle más fácilmente al poco de dar a luz, y eso a pesar

de haber sido madre tardía pues, aunque Julio era algo más joven, Sofía caminaba hacia la cuarentena cuando se conocieron.

Sudaba cuando entró en el amplio portal de su bloque y tomó uno de los ascensores a la planta quince. Al abrir la puerta del piso Alba corrió hacia ella y se le colgó del cuello.

—¿Qué ha estado haciendo hoy mi reina? ¡Deja, que te doy un besote bien grande!

La cría emitió grititos de rechazo fingido que se transformaron en risas cuando Sofía hizo como que mordía su moflete, orondo y encendido.

—¿Y tú? ¿Le das un beso a mamá?

Con ella en brazos entró en la cocina, donde su marido preparaba la cena. Le besó en la mejilla por encima del hombro. Él se giró para devolverle el gesto.

—¿Cómo te ha ido el día? —la saludó Julio.

—Estupendo. Me he apuntado otro tanto. ¿Y a ti?

—Casi se me va la mano con el cabrón de segundo, Iván Roncero —dijo él cabeceando en señal de autoreprobación—. Ya te comenté. Ese crío disfruta reventando las clases.

—¿Y los padres? —preguntó Sofía.

Se metió en la boca una aceituna de la ensalada sin aliñar.

—Me temo que defienden al hijo, que es muy típico en estos casos ¿Qué es primero el huevo o la gallina? ¿Padres que se dejan torear o hijos tocapelotas?

—Vaya usted a saber. A veces me pregunto cómo nos saldrá a nosotros esta peduga —Sofía se dirigió a Alba como si pudiese entender—. ¿Eh, bichito? ¿Serás una niña buena o putearás a tus profesores cuando seas mayor?

La niña tiraba de ella hacia su cuarto.

—¡Vamos a juga, mami! ¡Vamos a juga!

Más tarde, acostó a Alba y, mientras tanto, Julio terminó de preparar la cena, aliñó la ensalada y cocinó dos lubinas a la plancha. Cuando Sofía salió del cuarto de la niña, dejándola dormida, la mesa estaba puesta en el salón, con el detalle que solo se concede a las veladas románticas. Por eso, entre otras razones, amaba a Julio. No por la disposición de una mesa, sino por lo

que ello implicaba. Tras cinco años juntos todavía había suspense en sus relaciones. Requería un esfuerzo esquivar esa rutina afectiva que el tiempo va labrando sutilmente y que anula la pasión que una vez se prometió eterna.

Sofía apuró el vino que le quedaba en el vaso. Él la miró de aquella manera que la hacía estremecer. De un negro chispeante, los ojos de Julio sonreían con voluntad propia. Cuando se conocieron esa chispa fue el detonante que había hecho saltar por los aires todas sus defensas de resuelta solterona.

—¿Nos damos un baño antes de dormir? —susurró ella, y Julio entendió un mensaje que ya se había convertido en consigna.

—Iré llenando la bañera mientras recoges los platos —respondió con un guiño.

—¿Sabes? Me he pasado por el Colegio Montemayor esta mañana —dijo Julio mientras iba hacia el cuarto de baño. Nada más decirlo, se arrepintió de sus palabras. La escolarización de Alba era un tema controvertido.

Aunque en apariencia los dos se regían por los mismos códigos de conducta religiosa —de confesión católica, no practicantes—, Julio se había criado en el seno de una familia profundamente creyente, que había impreso en él la necesidad de mantenerse dentro de los preceptos de la Iglesia. Deseaba una educación religiosa para su hija. Sin embargo, necesitaban tratarlo en el momento adecuado porque el asunto creaba demasiada fricción entre ellos.

—¿Y eso? —preguntó ella, mientras cruzaba el pasillo hacia la cocina con la vajilla de la cena.

—Ya te comenté que quería pasarme a pedir información.

—¿Y qué conclusiones has sacado? —dijo Sofía en un tono claramente contenido.

—Bueno..., pues tendremos que llegar a conclusiones comunes. ¿No te parece?

—En lo que a mí concierne, está muy claro, Julio. Hay una oferta de educación laica en la ciudad que tendremos que estudiar antes de claudicar. —Su voz ya no disimulaba la irritación.

—¿Qué tal si lo dejamos para otro momento? —dijo Julio con voz acariciadora.

Se le acercó por detrás mientras ella trajinaba ante el lavaplatos, le rodeó con los brazos la cintura y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Pero para Sofía se había perdido la erótica del momento. Su libido lo tenía más difícil que la de Julio. «Un hombre puede caer de un quinto piso y, si tiene la suerte de no romperse las piernas, subir a casa dispuesto a hacer el amor con la mujer que le está esperando arriba», pensó y, a su propio pesar, se desprendió de él con gesto airado para seguir colocando los platos en el lavavajillas.

Julio no se dio por vencido.

—Déjalo para mañana, anda. Gladys lo acabará —dijo tomándola de la mano y tirando de ella fuera de la cocina.

Sin soltarla de la mano se tumbó en el sofá y la atrajo hacia él.

—Échate encima —le dijo, y eso la provocó.

Le gustaba el cuerpo de su marido, de espalda ancha y brazos fuertes. Se remangó la falda y se sentó a horcajadas sobre su pelvis, le desabotonó la camisa y hundió la cara en el suave vello ondulado de su pecho. Mmm... qué bien olía siempre...

La tenue luz de la lamparita de noche extraía reflejos dorados del zócalo de madera de roble que forraba las paredes y otorgaba al dormitorio una calidez y armonía que templaba el alma. A Julio le asaltaron los mismos pensamientos que tenía todas las noches instantes antes de rendirse al sueño. Para él se había convertido en un ritual de agradecimiento: apreciar lo que le regalaba el progreso, el tiempo que le había tocado vivir y la cuadrícula del planeta en la que le había correspondido nacer. Esas tres coordenadas le otorgaban el privilegio de arrebujarse entre limpias sábanas de fino algodón sobre un amplio y acogedor colchón compartido con la mujer que amaba y seguro de que, mientras se abandonaba al descanso, nada ni nadie pondría en peligro su seguridad y la de los suyos.

¿Cómo imaginar que, a su lado, un cambio sibilino e imperceptible iba a trastocar sus vidas a partir de esa noche?

Y es que Sofía durmió un sueño inquieto de apenas cuatro horas; sintió la espalda helada y el brazo derecho entumecido, y presintió que algo iba mal.

No le dio tiempo a saber qué era. De repente todo estalló en pedazos. En el letargo del sueño, creyó mover el cuerpo en posición fetal para protegerse del peligro, pero en realidad no lo hizo. Tampoco le cayó encima el techo de la estancia, como esperaba. Nada se movió a su alrededor. La explosión tenía lugar en su cerebro. Sus neuronas, como impulsadas por fuerzas estelares, lanzaban señales eléctricas en todas direcciones, chocando y rebotando en un baile frenético de recuerdos, imágenes y confusas secuencias.

Cuando parecía que toda su materia gris se expandiría hasta hacer reventar el cráneo, las imágenes comenzaron a vibrar absurdamente y luego a deformarse; las figuras que componían los recuerdos se rasgaron y las escenas se borraron como dibujos en la arena barridos por las olas. Poco a poco se hizo el silencio. En su cabeza solo hubo tinieblas y una calma nauseabunda que le provocó el vómito.

Mientras en el interior de la montaña del Kurdistán iraquí Ashti Barzani consumía sus escasas fuerzas en sacudidas provocadas por estériles arcadas, Sofía Román, en su piso del paseo de Isabel la Católica de Zaragoza, se preguntó confundida cómo podía vomitar tanto sólido si llevaba dos días sin comer. «¡Ah, no! Pero... es que... ¡Sí que había cenado la noche anterior! ¿En qué estaba pensando?». Abrió los ojos y se encontró con los de Julio, sentado a su lado con expresión preocupada.

—Algo te debió sentar mal anoche, Sofía —Julio le tendió una toalla—. Sécate con esto. Gladys limpiará todo mañana. ¿Te traigo un vaso de agua?

Sin responder a la pregunta, saltó de la cama, salió disparada hacia la habitación de Alba y cogió en brazos a la niña, que dormía.

—¿Y... mis hijos...? ¿Qué ha sido de ellos? —sollozó.

—Sofía, has soñado. Has tenido una pesadilla. Vamos, vuelve a la cama.

—¿Una pesadilla? —musitó ella alucinada, con mirada vidriosa—. ¿Qué está ocurriendo?... Tenía a Adar en brazos... ¿Y dónde está Yamih? ... Estábamos en la gruta...

ROGER ARBER (CHILE). ¿HAY ALGUIEN?

Aquel día los empleados del observatorio chileno de ALMA, en el desierto de Atacama, llevaban a cabo sin incidencias el cambio de guardia del atardecer mientras media docena de astrónomos realizaban complejas rutinas de investigación en la sala de control.

ALMA atraía a astrofísicos de todo el mundo, cuyas solicitudes de tiempo de observación, presentadas hasta con un año de anticipación, debían sortear un delicado análisis a cargo de un comité de expertos que concedía a cada propuesta un número de noches consecutivas por un periodo máximo de seis meses.

Uno de estos astrónomos era Roger Arber, un joven científico suizo cuya beca de investigación en el observatorio era una excepción a la regla, ya que le habían otorgado el derecho a permanecer tres años en el lugar para trabajar en sus propios proyectos, buscando otros planetas y asistiendo a otros científicos. Los trabajos de Arber como astrofísico eran prometedores. Su tesis sobre la detección de exoplanetas mediante métodos más avanzados que los tradicionales lo convertía en un colaborador excepcional a la hora de apoyar a otros equipos en campos similares.

El cóctel genético que había construido el carácter de Roger no podía ser más idóneo para el desempeño de su trabajo. De natural paciente y optimista, el afán por desentrañar los misterios naturales ocultos a su comprensión había guiado sus pasos desde la niñez. Era un espíritu curioso, capaz de fascinarse por cualquier hecho o ser que plantease un interrogante. Sabía hallar y explotar lo mejor del mundo y de la vida y siempre celebraba lo que la fortuna le tenía reservado en cada recodo del camino. Se creía, desde luego, afortunado por estar enfrascado en la tarea de trabajar frente a frente ante ese universo infinito, todo belleza y misterio.

Su infancia había transcurrido en la aldea de Lauterbrunnen, situada al fondo de un valle que se elevaba a dos mil cuatrocientos metros, en plenos Alpes suizos. El lugar, rodeado de montañas, de prados verdes y altísimas paredes rocosas, era también conocido como el valle de las setenta y dos cascadas.

Mientras estudió en la pequeña escuela primaria del municipio, Roger fue un quebradero de cabeza para sus educadores. Su desbocada curiosidad por el mundo natural que le rodeaba y los cientos de preguntas que revoloteaban en su interior no dejaban resquicio en su mente para prestar atención a los maestros. Cuando, durante las horas escolares, el chico parecía esforzarse por asimilar las lecciones, lo cierto era que se encontraba volando muy lejos de la realidad del aula, rememorando los mejores momentos de sus horas de pesca junto al río, planificando las próximas correrías por la montaña o diseñando estrategias para arrastrar a sus amigos a seguirle.

De quien no necesitaba tirar era de Ursula. Ella andaba tras sus pasos, orbitándolo como un electrón. Lo seguía por afición a ese mundo y también por devoción al muchacho. Bebía de sus planes apasionados y de sus palabras entusiastas. Con él la diversión estaba asegurada. En verano, Roger la ayudaba a recoger setas, arándanos y moras y, a cambio, ella vigilaba los reteles a la espera de que entrasen los cangrejos a picar los cebos. Volvían a casa con las cestas cargadas y los cuerpos desvencijados.

Gracias a la paciencia infinita de sus padres y a que Roger era un niño de corazón puro, del tipo que anhela cumplir los deseos de los que le aman, fue quemando etapas a trompicones en el sistema educativo del cantón. El cambio se produjo gracias al encuentro providencial del chico con el profesor de física del instituto de secundaria, quien marcó un hito en su vida de estudiante. El mundo que normalmente ocupaba todos sus pensamientos se encontró de repente listo para ser diseccionado. Fue como subir a una montaña rusa en la que cada descenso vertiginoso era un descubrimiento. Las respuestas a su inquietud habían estado ahí todo el tiempo. La comprensión de la teoría y de sus formalismos resultó ser ahora como el arco de un puente sobre el mundo de los hechos. Un arco que volvía a apoyarse sobre la verificación experimental en el otro extremo, uniendo así las dos orillas y facilitando la comprensión de las leyes de la

naturaleza. La estruendosa caída de las cascadas, la evaporación del agua, la invasión de las rocas en los ríos, la presencia sublime y rotunda de la bóveda celeste y su metamorfosis nocturna o la vida contenida en un fósil a través del tiempo, incluso el propio tiempo, común a todo lo que flotaba allá arriba en el espacio, cobraban entonces el interés académico que le correspondía.

El amor entre Roger y Ursula, reventó más tarde, en la adolescencia. Como brotes tiernos de semillas abonadas por el tiempo, el amor había estado ahí, latente desde siempre. No fue un sentimiento fulgurante, pero un día, cuando comenzaban a sentir la urgencia hormonal de la mocedad, Ursula comprendió que quería estar con él, consumirse en él y dejar que él se consumiera en ella, entonces y para siempre. Intercambiaron la promesa de amarse y comenzaron a planificar una vida juntos.

Roger Arber estudió astronomía en la Universidad de Groningen y completó un doctorado en astrofísica en la Universidad de Heidelberg.

Por entonces, Ursula acababa de terminar el grado de medicina y, antes de iniciar sus estudios de postgrado, tomó la decisión de hacer un año de voluntariado en África. Sabía que su relación con Roger era una entrada inexorable en esa corriente humana de aguas mansas que con colosal fuerza de arrastre iba a conducirles por la senda del trabajo y la familia, a formar parte del entramado de la comunidad, y había decidido llegar hasta allí, pero no con la premura con que se manifestaba en Roger. Se lo comunicó cuando ya no había vuelta atrás. Le soltó la noticia con voz sofocada, que revelaba flaqueza al tiempo que se enfurecía consigo misma por sentirse culpable. Después de todo, ¿qué importaba esperar? Él sabía cuán profundamente lo amaba.

—Para mí, nada puede ser más importante que estar juntos —replicó Roger.

—Solo será un año. Nos veremos en Navidad y cuando vengas a verme. ¿No lo hemos llevado bien hasta ahora?

—Era necesario. Ahora no lo es —dijo con acritud.

—Verás, Roger, siempre he sentido que debía dar algo a quienes carecen de casi todo. Que un año de la vida no es nada. Es mi modo de agradecer todo lo que me ha tocado en suerte.

—Pensaba que tenías el mismo sueño que yo: terminar los estudios y

comenzar un proyecto de vida en común.

Ursula le hizo todas las promesas que esperaba. Cuando se fue no dejó de escribirle y mantuvo viva la ilusión de sus proyectos.

Cuatro meses después, él recibió una llamada en plena noche. «Un accidente... No, no sabían dónde. Sobrevolaban la selva... atender una epidemia. No llegaron a destino». Roger y la familia de Ursula viajaron al Congo y desplegaron todos los medios a su alcance para encontrarla. La selva africana la había engullido. Cuando los demás se rindieron, Roger pidió un préstamo a sus padres, hipotecaron la casa y siguió buscando. Finalmente, también él debió rendirse.

ALMA fue su retiro, el deseo de alejarse del lugar donde los recuerdos eran tan vívidos y la recuperación parecía imposible. En esos momentos la inmensidad y la soledad de ALMA fueron un bálsamo.

Su móvil vibró mientras se dirigía a la sala de ordenadores.

—Roger, ¿puedes pasarte por mi despacho un momento, por favor? —La voz del director del complejo, Vadim Geysels, sonó en su característico inglés con acento belga.

El despacho de Geysels era en realidad un pequeño gabinete repleto de objetos en torno a una mesa de trabajo muy funcional. Unas cuantas estanterías metálicas abarrotadas de libros y CD cubrían las paredes, una bicicleta estática a un lado y, junto a un gran ventanal, un sillón de aspecto desvencijado escoltado por más libros apilados en el suelo. El conjunto solo cedía el espacio justo a una silla que pudiera ser ocupada por el visitante. Roger entró en el despacho y ocupó la silla. El director era un viejo conocido suyo. Habían coincidido en la Universidad de Groningen. Entonces Roger como discípulo.

—¿Cómo va tu instalación? ¿Llegaron ya todas tus cosas? —preguntó Geysels, retirándose las gafas. Sin ellas parecía más joven y jovial, pero sin perder ese aura que intimida y al tiempo provoca en los demás el deseo de caer bien.

—Casi todas. Bueno, de momento todo lo necesario.

—Que haya suerte, pues. El traslado de las mías tardó tres meses y en el embarque me perdieron una caja de libros. —Meneó tristemente la cabeza.

—¡Vaya! Lo siento —se condolió Roger. No escapaba a su sagacidad que los libros eran para Geysels una pertenencia excepcionalmente valiosa.

—Verás... —titubeó el jefe—, mañana está prevista la visita de la Comisión Europea de Prensa. Yo mismo iba a recibirles y hacerles de guía, pero he de entrar en videoconferencia con la Oficina central del Comité en Munich. Parece que es un asunto importante. —Hizo una pausa y Roger carraspeó con impaciencia, ardía en deseos de revisar en el ordenador los resultados de sus últimas observaciones y lo que venía ahora no era de su interés.

—¿Cómo tienes el día? —Era la pregunta que Roger estaba temiendo.

—Ocupado y, como bien sabes, soy poco protocolario, no creo que sea tu hombre para esta tarea, Vadim —dijo encogiéndose de hombros.

—El equipo canadiense está enfrascado en recopilar los últimos hallazgos sobre Galileo C y el tiempo de la concesión se les acaba. No puedo pedirles que pierdan una jornada de trabajo. Además, sé que tú lo harás estupendamente. Confío en ti, Roger. Te ganarás a esa cuadrilla de olfateadores. —Mientras hablaba fue sacando unos folios con el programa establecido para la visita y se los entregó.

—¡Maldita sea..., Vadim! Me deberás una —sentenció, apuntando al jefe con el dedo.

—En el fondo —dijo Vadim para animarlo— reconoce que te vendrá bien separarte por unas horas del telescopio y la pantalla del ordenador y relacionarte con seres humanos que andan con los pies en la tierra, aunque se trate de un grupo de periodistas fisgones.

Roger era un hombre social. Hasta el momento, una buena parte del tiempo había trabajado en su proyecto en solitario. Su línea de investigación coincidía poco con la de los equipos que operaban esa temporada, y los técnicos y trabajadores de mantenimiento, siempre que podían, preferían escaparse a la pequeña población cercana de San Pedro de Atacama.

Además de con Geysels, solía charlar a menudo con la doctora Katrina Brunn, jefa del equipo canadiense y también aficionada a la pesca y al senderismo. Brunn, como Roger, era una mujer de alta montaña, rondaba los cincuenta y era robusta pero atractiva, de pómulos altos y barbilla puntiaguda, manos muy cuidadas, pequeñas y rollizas. Tenía siempre las

mejillas encendidas y una risa incontenible presta a celebrar el ingenio. Entre otros, Roger compartía con ella el recuerdo nostálgico de las mañanas de domingo en sus valles natales, a longitudes remotas y cercanas latitudes. Esas benditas mañanas, frescas y apacibles en las que, tras los oficios religiosos, se demoraban con las familias a la puerta de la iglesia siguiendo costumbres ancestrales, charlando animadamente con los demás feligreses, preguntando a los amigos sobre su salud o la de algún familiar y, una vez cumplidos todos los rituales, volvían a casa a preparar los aparejos de pesca y la bolsa de picnic para adentrarse en la montaña por barrancos y senderos. Impregnaban sus memorias los mismos aromas de recuerdo indeleble: a media tarde, durante el regreso al hogar con el crepúsculo pisándoles los talones, aquel frescor clorofílico de las plantas exhalando oxígeno al amparo de la oscuridad y, no menos persistente, el efluvio de las añosas cocinas borboteando para la cena. Y mientras andaban las callejas silenciosas, el calor de los hogares irradiaba a través de las ventanas sobre los adoquines. El suizo y la canadiense disfrutaban muchos ratos de la nostalgia de evocaciones comunes y, esa noche, tras cenar en la cafetería, Katrina le comentó que estaban necesitando su colaboración para captar los cambios gravitacionales que se pudieran estar produciendo en Galileo C. Él tenía la maestría en el procedimiento que nadie de su equipo poseía y andaban demasiado apurados con el tiempo para andar a trompicones. Como ya habían hecho otras noches, dieron un paseo alejándose de la tenue iluminación de las instalaciones y, una vez más, fijaron la mirada en el cielo y volvieron a quedar impactados por el resplandor de esos billones de puntos luminosos. Las cuatro estrellas brillantes de la Cruz del Sur eran las protagonistas con una multitud de asistentes menores. La pálida franja blanca de la Vía Láctea, sumada a los millones de astros de las regiones más densas, formaban un arco de horizonte a horizonte. No había espectáculo más glorioso e inefable.

—Creo que podré sacar un par de horas diarias. Con eso supongo que me bastará para realizar las detecciones. ¿Cuándo quieres que empiece? —dijo Roger, saliendo de su ensimismamiento y bajando la mirada del cielo hacia su colega.

—Ya debería estar todo dispuesto para esa fase si no fuera por las demoras de Elton Scholl. Parece que a Elton le vaya más el mundillo de la

burocracia y los enredos políticos que su propio trabajo. En cuanto se entera de la llegada a ALMA de alguna visita de relieve se olvida del trabajo y se desvive por entablar relaciones. No le importa si ha de abandonar la tarea durante horas —dijo con una sombra de preocupación.

Pero solo duró un instante. De repente soltó una carcajada al recordar la misión que le esperaba a su amigo al día siguiente, y cayó en la cuenta de cuánto le hubiese gustado a Scholl haber sido elegido cicerone de la jornada periodística y estar en el lugar de Roger.

* * *

Las oficinas, los talleres y los laboratorios del complejo formaban la llamada Instalación de Apoyo de Operaciones, situada a dos mil novecientos metros de altitud. Era aquí donde los científicos realizaban la mayor parte de su trabajo.

—...el corazón del proceso de interferometría es un sistema informático diseñado especialmente para ALMA —iba declamando Roger seguido por el grupo de periodistas—. Se trata de un ordenador gigante llamado Correlator y considerado el más potente del mundo, con una capacidad similar a la de tres millones de computadores normales— La voz del científico sonaba firme y serena pero sus ojos brillaban con un orgullo absurdo, como si le correspondiera algún mérito sobre la obra de aquella máquina prodigiosa—. El Correlator compara un tsunami de datos proveniente de las sesenta y seis antenas de ALMA, que fueron construidas en el llano de Chajnantor, a cinco mil doscientos metros de altitud. El lugar, situado en el desierto más árido del mundo, se eligió por su extrema sequedad, ya que el vapor de agua absorbe la luz de las ondas milimétricas y submilimétricas y distorsiona las señales del espacio captadas por los radiotelescopios...

Tras un recorrido por las instalaciones de la zona operativa, el grupo fue invitado a un almuerzo en la cafetería y Roger les anunció que la visita concluiría con el espectáculo de las antenas desplegadas en la meseta de Chajnantor.

Antes de acceder a Chajnantor tuvieron que someterse a exámenes cardíacos, controlar la presión arterial y realizar pruebas de ventilación pulmonar.

—Respiren profunda y pausadamente —recomendó el científico-guía mientras viajaban en un vehículo cuatro por cuatro—. Y procuren beber tanta agua como puedan para proteger sus cuerpos de los efectos de la deshidratación que puede provocarles el desierto a estas altitudes.

Una vez que alcanzaron la inhóspita meseta, bajaron del vehículo, intentando inhalar y exhalar lo más tranquilos posible. A pesar de realizar inhalaciones adicionales dentro de una pequeña botella de oxígeno, la mayoría sintieron enseguida un fuerte dolor de cabeza, un efecto colateral común a esas alturas.

—¿En qué tipo de investigación se centra su trabajo aquí doctor Arber? —La pregunta la hizo una larguirucha con acento italiano y ojos vivarachos que no parecía verse afectada por la altitud.

—Pues, verá..., mi proyecto en ALMA se centra principalmente en buscar otros planetas y colaborar con los científicos que, desde otros observatorios, trabajan en los mismos objetivos. Sin embargo, los desafíos de ALMA se centran en la aceleración y expansión del universo y en cómo se formaron las galaxias y planetas —recitó aplicadamente.

—Todo esto es fascinante para los astrónomos, doctor Arber...

—Por favor, llámenme Roger.

—Muy bien, Roger. Como usted debe saber, en la construcción de ALMA se han invertido más de mil millones de euros —soltó la italiana— y muchas personas ahí afuera se preguntan por qué la sociedad destina tanto tiempo, energía y dinero para tratar de entender el origen del universo. ¿Cuál sería su argumento para justificar la inversión al contribuyente? —preguntó, lapidaria.

Esto no se lo esperaba. Sabía que los reporteros seleccionados pertenecían a diferentes medios informativos con idearios diversos y que, tras la visita, podían enfocar sus trabajos periodísticos desde variados puntos de vista, pero... este ataque, que a él se le antojó casi personal, lo desconcertó.

—Según los últimos cálculos, unos once mil millones de mundos potencialmente habitables están orbitando alrededor de estrellas, y eso solo dentro de nuestra galaxia —improvisó—. Por otro lado, en la historia de la humanidad, las personas de todas las culturas han observado la bóveda del cielo, interpretándola como mejor podían. La astronomía es una

cultura global sublime. Considero que las personas que no aprecian la cadena asombrosa de acontecimientos que dieron lugar al origen de los planetas, las biosferas, y los cerebros humanos que, a su vez, son capaces de resolver el misterio, están intelectualmente empobrecidas —sentenció el científico.

Nada más callar se alarmó por lo que acababa de decir. «¡Mierda! —pensó—. Si se publican estas palabras fuera de contexto, mucha gente se revolverá ofendida. ¡Maldita sea! Ya se lo advertí a ese cabezota de Vadim. La diplomacia no es mi fuerte».

—¡Oooh! ¡Miren! —En ese momento hubo un clamor de entusiasmo y todas las miradas se dirigieron hacia el gran ventanal, que ofrecía una amplia visión a la explanada de las antenas.

El número estrella de la visita había comenzado: cual obedientes polifemos guiados a distancia, las inmensas antenas desplegadas por toda la meseta se movieron según la coreografía programada para enfocar hacia un solo punto: la Vía Láctea.

—Una gran puesta en escena, Roger —declaró sonriendo la italiana mientras se sentaba junto a él en el cuatro por cuatro de vuelta a la estación base—. ¿Le importa si me siento con usted? —dijo sin dejar de sonreírle.

Roger se volvió a mirarla.

—De ninguna manera, tome usted asiento, por favor —respondió con sorna.

Tras unas desafortunadas gafas de pasta sobre una nariz de aletas prominentes, a Roger le sorprendió el cristal aguamarina de sus ojos, y esa paleta de colores que se da en algunos pelirrojos al contraste con los cien tonos cobrizos del cabello, con el rojo escarlata de los labios y un firmamento de pecas canela salpicando una piel blanca como la cera.

—Ha sido una visita interesante. A tenor de los comentarios, creo que ha dado respuesta satisfactoria al bombardeo de preguntas de todos los colegas —dijo ella, clavándole una mirada penetrante.

—¿De todos? —preguntó el científico, arqueando las cejas incrédulo.

—Vamos..., no se lo tome a título personal, un buen periodista se debe a sus lectores. Mis lectores son también contribuyentes y tienen derecho a saber que su dinero se utiliza con provecho —replicó muy seria.

—Discúlpeme por mi respuesta de antes, señorita...

—Tina Strazzeri, de *Il Messaggero* —declaró, ofreciéndole la mano.

—Mucho gusto señorita Strazzeri.

—Tina.

—Admito que me pasé, Tina, y espero que no refleje mis últimas palabras cuando trabaje en su reportaje. No era mi intención ofender a sus lectores —añadió Roger, humildemente.

—¡Aaah! ¡Bene!... ¿Ahora está usted arrepentido, dottore? —exclamó la periodista abriendo las palmas al cielo en señal de impotencia—. En tal caso, ¿qué tal si me convence con mejores palabras?

La cara de alarma que él puso hizo que la italiana sonriera con placer.

—He oído que San Pedro es un bonito pueblo con magnífica cocina nacional. Nos han alojado en el Hotel Cumbres. ¿Por qué no baja a la ciudad y cena esta noche con el grupo? Después de la cena le dejo que me invite a una copa y tendrá la oportunidad de rectificar —añadió, mirándole interrogadora, todavía con los ojos chispeantes de guasa.

—¿Me está usted chantajeando, Tina Strazzeri? —replicó Roger aliviado. Esta vez sí le devolvió la sonrisa.

—Tómelo como guste. El plan es cenar en el hotel. A las siete y media. Le esperamos, Roger.

—Allí estaré.

Le complacía sobremanera la perspectiva de una velada fuera de las paredes del observatorio y, al parecer, con la polémica ya zanjada. A estas horas, el día de trabajo estaba perdido y sentía que algo le tenía el ánimo demasiado distraído para enfrascarse en la tarea. Se lo tomaría libre.

Pasó por la sala de ordenadores y revisó los últimos datos enviados. Bloqueó la pantalla y salió del edificio. De este pasó al bloque colindante donde se encontraba su habitación, en la segunda planta. Como todas las dependencias dedicadas a la habitabilidad del complejo, su cuarto era austero y de tamaño discreto, pero sin carecer de lo indispensable: una cama doble flanqueada por sendas mesillas, un armario ropero con marcos de aluminio y puertas correderas y una amplia cómoda de cuatro cajones formaban la zona de dormir. Junto a la puerta de la terraza, que se proyectaba hacia el monte Chajnantor, un pequeño rincón de asueto incluía

su mesa de trabajo y tres cómodos sillones frente a una pantalla de televisión.

Sacó del armario sus vaqueros negros, una camiseta limpia y el jersey recio de lana que le había regalado su hermana Rosemarie en Navidad y se metió en la ducha.

Duchado, afeitado y ungido de optimismo, cogió su cuatro por cuatro y se puso en marcha hacia San Pedro dejando atrás un firmamento resplandeciente, cuya nitidez se iría contaminando a medida que avanzaba hacia zonas más iluminadas. Él siempre lo contemplaba como un universo plagado de mundos. «En alguno de ellos —pensó—, quizás coincidiendo en el tiempo, también se estaba dando la oportunidad a otro astrónomo de escudriñar el cielo y sondearlo».

Durante el viaje en el minibús de vuelta al pueblo, Tina había tratado de distraerse leyendo sus notas y organizándolas, pero tenía la cabeza en otro lado, un leve temblor le recorría todo el cuerpo y tuvo que abandonar la lectura. Le estremecía su audacia, no se sabía explicar de dónde había sacado el valor para ser tan directa, para que no le temblara la voz ni le delatara la turbación que sentía cuando él la miraba a los ojos, pero, de momento, todo estaba saliendo a pedir de boca. «¿Para qué darle más vueltas?», se dijo. Ahora estaba donde quería estar: cumpliendo con su tarea en una ciudad turística en medio del desierto a punto de desentrañar los pocos misterios que le quedaban por conocer de este hombre, los que rodean la vida del astrónomo. Además, era así como siempre intentaba llevar a cabo el trabajo. No había nada sospechoso en su conducta pues ella tenía la firme convicción de que, siempre que fuese posible, debía horadar la costra de información suministrada y tocar la noticia en carne viva. De este modo podría impregnarse de la esencia última de la historia y contarla sin traicionar su espíritu.

Mientras Roger conducía de camino a San Pedro, Tina le había llamado al móvil para avisarle de que se detuviese en la puerta principal del hotel.

—Este es el invitado que esperamos para cenar —indicó al aparcacoches que aguardaba uniformado en la puerta.

De inmediato, el empleado bajó los seis escalones que separaban el descansillo del adoquinado de la calle y recogió las llaves del coche que Roger le ofrecía, se puso al volante y lo hizo desaparecer.

Al alzar la cabeza para saludar a Tina el corazón del físico empezó a bombear un poco más deprisa. «¡Vaya cambio!», pensó. Llevaba el pelo recogido a un lado en una larga coleta, que caía sobre el generoso escote de su vestido azul eléctrico. No llevaba puestas las gafas, pero sí se había dejado las mismas deportivas blancas que calzara unas horas antes. «A esta mujer se le da muy bien llamar la atención», se dijo Roger.

—Vamos dentro o pillaré un pasmo —exclamó ella envuelta en sus propios brazos tiritando de frío.

—Las noches son gélidas en el desierto —confirmó él—. Te agradezco que hayas salido a esperarme. En este pueblo todo el mundo anda con coches que parecen camiones y no hay forma de encontrar un hueco para aparcar.

Dentro, la temperatura era amable. Degustaron varios platos del país: empanadas de pino, humitas y gambas al Pil-Pil, lengua de vaca y longanizas de Chillán. La cena culminó con el plato principal: pernil humeante con papas salteadas en aceite, ajo y ají de color.

El vino era excelente y la comida exuberante. Roger se sintió estimulado por la compañía. Él era un buen conversador y le gustaba el debate.

A su derecha en la mesa se sentaba un reportero que se presentó como Gustave Lacroix, de *El Courrier* francés. Tenía la cara regordeta y peinaba el cráneo con un lacio mechón de cabellos pálidos que lo recorrían de oreja a oreja. El tipo hablaba un inglés macarrónico y no se cortaba un pelo a la hora de soltar su cháchara incomprensible. Demasiado tarde se dio cuenta Roger de que los demás evitaban su mirada cuando iniciaba una argumentación. Él le había respondido por cortesía y ahora lo tenía atrapado. Su discurso no tenía fin, y además lo acompañaba de enervantes golpecitos en el brazo con el reverso de la mano. Con toda seguridad que era un método para cerciorarse de que el receptor no escapase ni se perdiera un detalle de su valiosa plática.

Roger meneaba la cabeza de arriba abajo pacientemente, sin ninguna oportunidad de meter baza, y de vez en cuando emitía un leve gruñido de asentimiento que no quería significar nada y podía expresar cualquier cosa. En un determinado momento se descubrió fuera de la escena, con la voz de Lacroix resonando en la distancia. Su mirada se había quedado en Tina, que charlaba animosamente tres sillas más abajo al otro lado de la mesa, y su

imaginación iba por libre. Sus labios, buscando los de ella, andaban rozando aquel escote níveo, ascendían por el cuello y ya alcanzaban la mandíbula...

Lo trajo a tierra la voz de su vecina de enfrente.

—Esa es una pregunta para nuestro cosmólogo. —Oyó que exclamaba animosamente la periodista española, Isabel Tarín.

Con gran alivio, se vio obligado a girarse hacia el grupo con el que su rescatadora charlaba, y el francés a interrumpir su discurso con un gesto de fastidio.

—Díganos, Roger, a tenor de su trabajo en la búsqueda de vida extraterrestre, ¿qué opina usted sobre lo que nuestro colega danés sostiene? —dijo la española, pinchando el último pedazo de carne que había en su plato. —Nuestro amigo Niels Laudrup se decanta por la paradoja de Fermi, que asegura que la creencia común de que el universo posee numerosas civilizaciones avanzadas tecnológicamente es paradójica cuando se contrasta con nuestras observaciones que nos dicen todo lo contrario —explicó Tarín señalando con un gesto de cabeza al reportero danés sentado tres sillas más allá.

Roger se apresuró a exhibir su expresión más entusiasta, encantado de enzarzarse en cualquier discusión que le arrancase de las garras del francés.

—Déjeme primero puntualizar, Isabel, que mi trabajo aquí se proyecta hacia la búsqueda de exoplanetas. Mi relación con el campo de investigación que usted menciona no deja de ser una mera colaboración esporádica con el SETI —aclaró el científico, antes de entrar en materia—. He oído hablar de la paradoja de Fermi. Sin embargo, otras teorías, con las que yo me identifico más, juegan con la posibilidad de que nuestros conocimientos todavía no nos permitan detectar el tipo de señales que otras civilizaciones son capaces de emitir y es por eso que no hemos logrado ningún resultado en nuestra búsqueda de indicios de vida inteligente —explicó Roger.

—¿Y no cree usted que estadísticamente existe una ínfima probabilidad de que se den juntas las coincidencias para la existencia de vida como la terráquea? —preguntó el danés, estirando un poco el cuello para tomar contacto visual con Roger, sentado en su misma línea de mesa.

—La vida extraterrestre no debería necesariamente parecerse a la humana porque, basándonos en los principios evolutivos, las especies se

desarrollan principalmente respondiendo a las necesidades adaptativas de su ambiente respectivo, y las necesidades de otros mundos no tienen por qué ser parecidas a las nuestras —dijo, echando una mirada de soslayo a Tina.

El camarero apareció entonces repartiendo los postres solicitados. Roger solo había pedido un café. Le quedaba el trayecto de vuelta al observatorio y, además, cuando llegara, se proponía recuperar unas horas de trabajo a cambio de unas horas de sueño. A las cuatro de la madrugada, los equipos habían acordado reunirse con Roger y buscar el reposicionamiento de las antenas, alterado tras la visita de los periodistas.

Sonrió, sorprendido, al ver a la italiana engullir un pedazo de tarta descomunal tras una cena tan copiosa y contundente. ¿Dónde diablos lo metía? No parecía tener saco suficiente, estaba demasiado flaca para eso. En ese instante, ella levantó la cabeza del plato, se encontró con su mirada y le hizo un guiño cómplice, como si adivinara lo que él estaba pensando. Acto seguido, siguió con su tarta y acabó con ella.

—¿Habrás quedado un hueco en su estómago para esa copa, Tina? —preguntó, sin dejar de observarla.

—Pensé que nunca iba a llegar la pregunta, Roger —dijo, sonriente.

Se puso en pie, cogió el abrigo que colgaba del perchero en la pared y se despidió de sus colegas hasta la mañana siguiente.

Algunos de los comensales ya se estaban levantando de la mesa, estirándose y midiendo su abdomen con el peculiar gruñido, mezcla de plenitud y reproche, que sigue a un festín excesivo.

Tina se cogió del brazo de él.

—Tú invitas..., tú eliges el lugar —dijo con desparpajo.

Roger había bajado en contadas ocasiones al pueblo, pero recordaba un pequeño café que le había gustado a dos calles de allí. Salieron del hotel. La noche era muy fría pero límpida y serena. Pasaron por delante de la iglesita de San Pedro, toda de cal y azul. Torcieron por la avenida Pedro de Valdivia y entraron en una de las construcciones bajas de adobe que, como reclamo turístico, mostraba una techumbre de paja argamasada con barro. El interior rústico respaldaba el cariz anunciado fuera. Estaba a rebosar y tomaron la mesa que quedaba libre junto a uno de los dos ventanucos del

salón. El conjunto resultaba ruidoso y agobiante, pero, aun así, se percibía hospitalario e íntimo.

A Tina le intrigaba el trabajo de Roger. Para ella, siempre en movimiento, en continua búsqueda de la primicia por todo el mundo, era un enigma qué podía motivar a un astrónomo, especialmente uno tan joven y atractivo, para entregarse a tal estado de aislamiento y le preguntó sin ningún reparo.

Él se encogió de hombros, sonriente.

—Es raro que tú lo preguntes. La misma razón que te impulsa a ti a ir por el mundo a la caza de la noticia, me lleva a mí a sondear el universo en busca de un suceso cósmico. La diferencia es que tú informas sobre hechos ocurridos en la tierra y que nos afectan directamente y de inmediato, y yo lo hago sobre fuerzas que se encuentran demasiado alejadas de nuestras vidas para sentirnos afectados.

—Imagino que será como vivir en una especie de caja fuerte acristalada observando cuán sabia y bella es la naturaleza en el cosmos. Puedes contemplar el mayor cataclismo celeste y siempre a salvo, gracias a la distancia —matizó ella.

—Bueno, es una manera de verlo, pero... en lo de que la naturaleza sea sabia, no estoy de acuerdo. Por el contrario, yo pienso que es cruel e imperfecta. Todos los seres vivos sobre el planeta sufren su crueldad a cada instante. Incluso cabría pensar que fue un descuido lo que permitió que el ser humano desarrollara el único tipo de arma que puede combatirla: cada vez que se descubre el remedio a una enfermedad le ganamos una batalla a esa —gesticuló con los dedos para poner comillas— «naturaleza sabia»; cada vez que damos un paso, por ínfimo que sea, en pro de crear una estructura social más justa le ganamos otra batalla. Cualquier acto de bondad o empatía hacia otro ser vivo nos aleja de nuestra naturaleza tarada y brutal. Yo prefiero tratar con la esencia del universo exterior. Su bestialidad, al menos, no acarrea sufrimiento al ser humano, e indagar en el origen de todo esto podría un día ayudarnos a someterla. Eso compensa cualquier sacrificio —concluyó, esperando a que ella respondiera con objeciones, pero no lo hizo.

Le habría gustado cierta polémica porque Roger sentía un placer especial en traer a su ascua la opinión ajena. No perdía ocasión de desplegar todo su

argumentario sobre cualquier teoría que le rebatiesen. Siempre lo sentía como un reto y era inagotable, incluso cansino. Debatir con él era como entrar en un laberinto del que solo con la rendición se pudiera salir. Pero ella se limitó a escuchar con atención y a observarle. La mirada de Tina era penetrante y en ella había un punto en que la inteligencia eclipsaba al atractivo físico.

—Me parece que tendremos que pedir en la barra —dijo ella, mirando en esa dirección—. Creo que no hay servicio de mesas.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó él, poniéndose en pie y encontrando sus ojos.

«Esos ojos», pensó. Mirarlos le provocaba un extraño deleite. Se asombró de ello. Tina era una mujer brillante que hablaba con vehemencia y miraba con una mirada llena de vitalidad y, por un segundo, tuvo un palpito casi imperceptible que solo registró su subconsciente. No obstante, de haber podido razonarlo lo habría rechazado de pleno. Descartó la sensación casi al mismo tiempo que llegaba y procuró volver a la realidad.

—Me hablaron de una bebida típica de aquí a la que llaman «terremoto». Dicen que es exquisita.

—Vamos pues. Corramos el riesgo con uno de esos «terremotos» —replicó ella, mostrando una hilera de grandes dientes y encías rosadas. Al sonreír, una boca muy amplia, de labios generosos, las descubría sin recato.

Tina lo contempló mientras se perdía entre la gente hacia la barra y respiró hondo para tranquilizarse. Tenía multitud de esas mariposas revoloteando por dentro. ¿Y cuál sería la situación si Roger llegase a sentir lo mismo? Un hombre apasionadamente sujeto a un telescopio viviendo en la cima del mundo y ella... un pájaro migratorio, un día aquí y otro allá. Le gustaba su vida tal como era y le entusiasmaba su trabajo. A pesar de haber llegado al punto que se había propuesto estaba sopesando la mera posibilidad de una breve aventura, sin riesgos, sin pesares. En plena reflexión se sobresaltó al oír la voz, fresca y modulada de Roger.

—¿Cuántos días te quedarás en San Pedro? —Colocó los vasos sobre la mesa y volvió a sentarse.

—Mañana dedicaré el día a conocer la oferta turística de la región. He contratado el *tour* arqueológico y la visita a las «Salinas del Valle de la Luna». El jueves volveré a Santiago para coger mi vuelo de regreso.

Vaya... Quizás... podría unirme a ese *tour*. Me temo que, de tanto mirar al cielo, aún ignoro lo que me estoy perdiendo a los pies de ALMA.

Los ojos de Tina se iluminaron y se llenaron de expectativa. «Magnífico —pensó—. No creía que iba a ser tan fácil». E inició un brindis «por ellos». Roger lo secundó con un «y por lo que pueda haber ahí afuera». Estas palabras entusiastas no fueron la réplica que a ella le hubiese gustado, como si hubiera confiado en que la sorprendiera diciendo algo que la superase en osadía y marcara un avance en la relación. Tenía que reprimirse un poco en sus pretensiones. No eran lógicas. Al fin y al cabo, «para él» acababan de conocerse.

En el camino de vuelta, Roger se sorprendió analizando cada una de las palabras y gestos de su estancia en San Pedro, especialmente las que, en compañía de Tina, no había dicho y le hubiese gustado decir. Repasó todas las veces que ella se había burlado de él, y al recordar sus ojos chispeantes de malicia un cosquilleo de fuego le trepó por las entrañas de abajo arriba.

Cuando llegó a las instalaciones, aparcó el vehículo junto a la entrada del edificio donde desarrollaba su trabajo y fue directamente a la sala de control. Se sentía demasiado agitado para dormir, así que decidió repasar la redacción de su próximo informe mientras hacía tiempo hasta la reunión de las cuatro y se sentó delante del ordenador. Introdujo la contraseña y... dio un respingo que casi le tiró de la silla. Un intenso *flash* de luz blanca salía de la pantalla, inundándola toda y rebasando sus lindes como si fuese espuma desbordada. Tras varios segundos, la desbocada luz comenzó a reabsorberse con una fuerza centrípeta hacia un imaginario ojo central en la pantalla y esta quedó en negro por unos instantes hasta volver a emitir otro fogonazo de luz... y repetir la secuencia, a un ritmo constante y sin pausa, y todo ello en el más absoluto silencio. Por un momento no pudo reaccionar. Hipnotizado, sin activar un músculo, observó su ordenador como si se tratase de un animal peligroso que pudiese saltar sobre él al menor movimiento.

Cuando salió del estupor comenzó a pulsar teclas..., movió el ratón... ¡Nada!... Alt/Control/Supr... ¡Nada! Su mirada buscó otras pantallas en la estancia. Era habitual que a esas horas hubiese gente por allí ya que en ALMA se trabajaba mañana y noche, pero en ese momento no había nadie

en la sala de control y todos los ordenadores se encontraban apagados. El espectáculo dado en la tarde había descolocado el telescopio de las posiciones proyectadas para las tareas en curso y, dado que para realizar una observación se precisaba dedicar más tiempo a la calibración y posicionamiento de las antenas que a la propia observación, esa tarde la habían tomado de asueto a la desbandada. Eran las dos y treinta de la madrugada, así que faltaba más de una hora para su cita de trabajo con los equipos. Entonces se abrió la puerta y apareció Elton Scholl, del proyecto canadiense Galileo C, con un vaso de café en una mano y un bocadillo en la otra, y vio la mirada de náufrago que Roger le dirigía..., y vio la luz blanca destellando intermitente en su pantalla.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes ahí, Roger? —dijo, mientras daba unos pasos hacia la mesa de su colega. Esta quedaba un poco desplazada de la zona común de trabajo. En medio de la sala había un largo tablero en forma de media luna con una hilera de pantallas. Era la zona donde la mayoría de los astrónomos se sentaban a trabajar en grupos.

—Ha comenzado al encender el aparato ¿Tú qué crees que puede ser? —dijo con expresión de perplejidad—. Enciende el tuyo, por favor.

Fue un auténtico *shock* comprobar que en el ordenador de su compañero estaba ocurriendo lo mismo, y en un tercero..., y en el siguiente... Todas las pantallas de la sala emitían esos *flashes* de luz blanca intensísima, en perfecta sincronización.

—Pero... ¿qué demonios?...Voy a despertar al jefe —dijo Roger, dirigiéndose a la puerta—. ¿Te quedas aquí por si algo cambia, Elton? —preguntó, sin esperar respuesta.

Una hora después, ingenieros y técnicos se aplicaban a conciencia alrededor del ordenador central. No era posible que fuese obra de un *hacker* informático. Los mejores profesionales del mundo habían asegurado que los sistemas del Correlator fueran impenetrables. Además, no se conocía una reacción como esa que pudiese causarla virus alguno. Durante horas, la actividad en el centro de control fue febril. Buscaban un fallo, una avería, quizás de las antenas. Fue cuando se le ocurrió a Roger:

—Las antenas... —dijo de repente—. Deberíamos probar a mover su dirección de enfoque. De alguna manera, el cambio de posición de ayer ha podido ser la causa de la perturbación.

—¿Eres consciente, Roger, de lo que estás planteando? —dijo Vadim Geysels, con el aplomo que de él se esperaba, más forzado que auténtico a juzgar por el rubor de sus mejillas, que denotaba una incipiente agitación—. Si lo que tenemos delante es el resultado de lo que nuestras antenas están captando podría tratarse de... una señal... emitida desde algún lugar en el cosmos que de manera absolutamente casual hemos enfocado.

Tras las palabras del director de ALMA la prueba adoptó expectativas de enormes proporciones. El procedimiento requería que desde la ejecución del comando de mover las antenas hasta comenzar el movimiento pasara un minuto durante el cual el sistema revisaba el estado de control. Sesenta segundos en los que la frecuencia cardiaca de algunos presentes varió ligeramente hasta que la adrenalina se disparó definitivamente cuando contemplaron cómo desaparecía la luz y, en su lugar, cada pantalla volvía a la imagen de la tarde anterior, con su contenido de trabajo: gráficos del firmamento, mapas galácticos, fotos de nebulosas y estallidos estelares y otras tareas que estaban en curso antes de la pausa de hacía unas horas.

El silencio fue clamoroso. Incertidumbre y anhelo pugnaban por mostrarse en cada rostro. Podían intuir algo nuevo y grandioso, pero también podía ser el resultado de un fenómeno físico desconocido, en nada relacionado con lo que estaba en el pensamiento de todos.

Roger fue el primero en hablar.

—Si eso era una señal la hemos perdido pero deberíamos ser capaces de recuperarla volviendo al posicionamiento anterior —dijo, con un brillo insólito en las pupilas—. Buscaremos las coordenadas.

La excitación ahora prendió en el ánimo de los científicos, avanzando conjeturas, formulando hipótesis y aventurando teorías. Lo más inquietante era que entre los ordenadores de la sala de control y las antenas no había conexión directa. La información que estas recogían conjuntamente, actuando como un gran telescopio, se conjugaba y procesaba en el Correlator, un supercomputador especializado, en el que los científicos podían entrar a voluntad desde sus ordenadores individuales para realizar las observaciones que cada proyecto requiriese.

Por tanto, ¿cómo era posible que todos los ordenadores hubiesen accedido al Correlator de manera simultánea y autónoma y que dicha entrada

hubiera sido provocada por lo que las antenas estaban captando, fuera lo que fuera?

Eran las nueve y treinta de la mañana y nadie se había movido del edificio. Sin embargo, no había más remedio que esperar a la tarde, a la hora en la que la rotación de la Tierra les tendría emplazados para enfocar ese punto aleatorio de la Vía Láctea durante más tiempo. Mientras científicos e ingenieros fueron saliendo para dirigirse a los comedores en busca de un reconfortante desayuno, Roger, con Geysels y un par de técnicos, café en mano, fueron a comprobar los datos de posición que necesitaban para poder repetir el último enfoque.

—Pero... ¿qué diablos...? —exclamó Marcos Calvo, uno de los ingenieros chilenos, al leer los registros de las coordenadas—. ¿Alguien volvió a programar la dirección de las antenas después de que se marcharan los reporteros?

—En absoluto —contestó Geysels, tajante.

La sorpresa fue mayúscula al confirmar que se habían producido dos reajustes de posicionamiento y no uno, como se esperaba: el penúltimo era el que se ofreció como espectáculo a la prensa. El último registro de coordenadas mostraba una programación de las antenas del que nadie se hacía responsable. Estas parecían haberse movido guiadas por órdenes ajenas al control del observatorio.

Se decidió, por tanto, recuperar la última posición, desde la que se había producido la «señal».

Unas horas más tarde, las antenas estaban situadas y calibradas según las coordenadas exactas que figuraban en el último registro y los ordenadores de la sala de control estaban conectados al computador central. Todo el personal participaba de las operaciones y de la espera. Otra vez sesenta segundos tras la orden de ejecución, conteniendo la respiración y..., de nuevo, el *flash* blanco silencioso desbordando luz en todas las pantallas. Hubo chocar de palmas y hasta vítores. No cabía duda de que habían vuelto a contactar con la fuente del enigmático fenómeno.

Sin embargo, tras unos momentos de euforia y complacencia reconocieron que se encontraban en un callejón sin salida. La situación era desconcertante. Se preguntaron cómo podrían desentrañar un misterio cuando ese mismo misterio obstruía el camino para llegar a su origen. En

esta posición, todo el sistema: antenas, Correlator y ordenadores personales, se encontraba inoperante. Lo que sea que el telescopio estaba enfocando no permitía escudriñar el espacio en busca de su origen al quedar todo obturado por la cegadora luz.

Cuando comprendieron que no había posibilidad de intervenir en el curso de los acontecimientos, que estaban atrapados entre seguir presenciando inertes aquellos destellos silenciosos o volver al trabajo, descartando en este caso que se tratase de una conexión con otras inteligencias, se desató por primera vez en el observatorio una encendida controversia entre quienes no querían arriesgarse a perder la señal si salían de las coordenadas que habían fijado y quienes creían necesario dar un giro a la situación de estancamiento en la que estaban.

A Roger, su intuición le decía que había algo más que esperar, que, aunque nunca hubiese imaginado que sería de este modo, por fin había tenido lugar el contacto con el que la humanidad llevaba fantaseando desde los albores de su existencia. Si de él dependía, por nada del mundo estaba dispuesto a correr el riesgo de mover el telescopio. ¿Y si después no volvían a capturar la señal? «Tras este incomprensible despliegue de luz podría llegar el mensaje esperado», se dijo.

—Vamos a pensarlo bien —advirtió Bret Allen, del equipo norteamericano.

El estudio del agujero negro supermasivo ubicado en el centro de la Vía Láctea que este equipo llevaba a cabo había ya logrado avanzar en el análisis del gas interestelar y estaban impacientes por llegar a una conclusión sólida.

—¿Cuánto tiempo creéis que tendríamos que mantener el sistema en el atasco actual? No sabemos cuánto durará y lo más probable es que se trate de algún fenómeno físico que desconocemos, quizás producido por algún pedazo de basura espacial.

—Comprendo vuestra posición —dijo Roger, imponiendo a su angustia una fingida calma—, pero ¿y si hubiese algo más en todo esto? De hecho, ¿cómo puede explicarse el control que la transmisión ejerce sobre todo el sistema informático?

—Para ti es fácil dar largas a la situación—. Esta vez fue Elton quien se adelantó a responder al suizo.

Desde que llegó a ALMA con sus otros tres compañeros y supo de la concesión privilegiada de Roger, un leve sabor amargo le subía a la boca cada vez que se encontraban. Él había sostenido una lucha que incluía zancadillas y codazos para lograr formar parte del equipo de investigación Galileo C y, luego, con los compañeros del equipo, se habían dejado la piel para que su proyecto fuese seleccionado entre los cientos de solicitudes que llegaban a ALMA.

—Nos queda poco para agotar el tiempo de nuestra concesión y vamos a hacer lo posible para que nuestro proyecto no se vea perjudicado —advirtió el canadiense con acritud.

Roger tragó saliva.

—Estoy seguro de que esto no diezmará vuestro tiempo de trabajo. Geysels hará la petición al comité para que os prolonguen la estancia y compensar la pérdida —dijo, sin pretender que sonara tan prepotente.

Geysels no estaba presente. ¿Cómo se arrogaba el suizo la competencia de anticipar decisiones del jefe y hasta del propio comité?, pensaron algunos que ya se sentían predispuestos a sentirse perjudicados después de haber escuchado las soflamas de sus colegas.

Entretanto, Vadim Geysel estaba en su oficina, teléfono en mano, poniendo al tanto de la situación al comité directivo de ALMA y a la dirección del SETI, en Estados Unidos. Aunque hasta ahora no habían tenido éxito, el SETI era el proyecto más ambicioso de búsqueda de vida extraterrestre que se estaba llevando a cabo.

Cuando volvió a la sala, anunció que científicos del SETI viajarían a ALMA en las próximas horas. Mientras tanto, todo quedaría en suspenso y se mantendría la situación actual del telescopio.

Roger Arber y algunos otros científicos presentes respiraron hondo, aliviados.

Al llegar la noche, tras la vigilia anterior y una jornada intensa, decidieron que dos compañeros hicieran guardia por turnos mientras los demás dormían un sueño necesario y reparador. Al día siguiente llegarían los del SETI y enfrentarían juntos importantes decisiones que tomar.

Roger despertó temprano y desasosegado. Había tenido sueños extraños, terribles pesadillas de violencia que habían quedado en su retina, tan

vívidos como si de hechos reales se tratase. Permaneció unos minutos tumbado, mirando al techo con la cabeza llena de imágenes que seguían allí vivas, atornillando sus pensamientos. Con cierta repulsión, repasó la escena en la que un grupo de individuos entraba en una vivienda y segaba la vida de todos los moradores de la manera más sangrienta e inmisericorde. Atacantes con rostros desaliñados y ceñudos que portaban cuchillos y hachas. Era una cabaña de adobe y paja de una sola estancia ocupada por seis o siete personas de la misma familia: varios niños de edades diversas, y algunos adultos y ancianos. Todos vestían ropas ajadas, de tejidos vastos y color parduzco. Tras ese fragmento de pesadilla desfiló otro que también se había incrustado en su cerebro durante el sueño. En él un grupo de personas de edad y condición diversa formaban una larga fila para ascender los escalones de madera que los separaban de una muerte atroz. Aunque sus ropas estaban sucias y hechas jirones, la mayoría vestían trajes de hechura y tejidos refinados. Sobre el cadalso vio cómo una guillotina se desplomaba sobre sus cuellos, uno a uno, sin remisión, ante los ojos de la multitud que se agrupaba alrededor del bárbaro espectáculo. En otro de los sueños, varios hombres y mujeres con aspecto más animal que humano, vistiendo prendas de pieles burdamente ensambladas, se lanzaban con grandes aullidos y aspavientos sobre otro grupo, de rasgos similares, que se encontraban alrededor de un fuego, desprevenidos del peligro que les acechaba y, tras aplastar los cráneos de varios de ellos con piedras y gruesas ramas, sin discriminación de edad ni sexo, sometían a los supervivientes.

Y había más, muchos más, breves y devastadores sueños que no se marchaban. Debía haber soñado sin parar y, para poder recordarlo todo con tanto realismo, tenía que haber dormido de modo superficial. Se levantó y agitó la cabeza para desprenderse de las pesadillas, pero, aunque asumió que, como es habitual que ocurra con los sueños, se evaporarían a los pocos minutos de adentrarse en el mundo real, todos ellos continuaron presentes en su mente mientras terminaba el desayuno en la cafetería. A esa hora iba a sustituir a sus compañeros en la vigilancia de la sala. Katrina, su pareja de guardia, ya estaba allí, cruzando impresiones con los que se retiraban a descansar.

—Vaya nohecita —decía la canadiense. Su rostro reflejaba preocupación —. No sé cómo se puede soñar tanto en tan poco tiempo. ¡Ah! Aquí está mi compañero de velatorio. Que descanséis, chicos —los despidió.

—Te me has adelantado. ¿Te apetece un café? —preguntó Roger.

—Ya he desayunado, pero me vendrá bien otro chute para aguantar. Estoy tan agotada como si no hubiese tocado la cama.

—Yo tampoco he descansado bien. Ha sido una noche de pesadilla —dijo Roger como hablando consigo mismo.

—Estamos tan excitados por los acontecimientos...

—Sí, claro. Debe de ser eso.

Por la mañana, cuando el personal en pleno estuvo en pie, descubrieron que todos los que habían presenciado el fenómeno luminoso a través de las pantallas habían dormido asediados por sueños similares. En muchos casos describieron escenas idénticas. Algunas eran auténticos fragmentos de acontecimientos históricos, pero con un denominador común: la crueldad, la lacerante violencia, y una percepción dolorosamente vívida, sobrecogedora, de estar contemplando algo real.

Si pensaban mantener todo el asunto en secreto o darlo a conocer, no hubo ocasión de saberlo. La prensa estaba allí, demasiado cerca. Roger había llamado a Tina y le había puesto una excusa: «no podría bajar a San Pedro para la visita turística, como habían quedado la noche anterior». Pero todo intento de prudencia fue inútil. Se armó demasiado revuelo con la llegada del personal del SETI. A las pocas horas, alguien deseoso de notoriedad logró ver su nombre en todos los periódicos internacionales. Había concedido una entrevista sobre los acontecimientos. Elton Scholl estaba eufórico con tanto protagonismo.

Tina y el resto del grupo de prensa permanecieron en Atacama algún tiempo siguiendo el curso de los acontecimientos. Se permitió al grupo presenciar el fenómeno en la sala, pero hubo quienes —Tina fue una de ellos— se negaron a entrar en ese campo de pesadillas que era el común denominador de todo el que contemplaba la luz. Ella y Roger se veían allí cuando los periodistas eran invitados a recoger información. En otras ocasiones bajaba él a San Pedro a la hora de la cena.

Todos los telescopios de todos los observatorios colaboraron en la búsqueda del origen de la transmisión sin ninguna fortuna. Tan pronto accedían a las coordenadas, uno tras otro, iban quedando atrapados en los destellos y no había otra manera de liberarse que desviando el enfoque.

Para todos los que contemplaron las señales, dormir se convirtió en una experiencia temida. Por sus mentes discurrieron las mismas imágenes de destrucción y de muerte. Dormir era como abrir las entrañas del infierno y dejar salir todos los demonios.

Como no podía ser de otro modo, se convocaron especialistas en neuropsicología, psicofisiología y neurofisiología y se realizaron pruebas de psicoanálisis a muchos de los afectados. La conclusión fue aplastante. No se trataba de ensoñaciones, de hechos creados por efecto de la imaginación onírica. Muchos de los sucesos descritos habían tenido lugar en tiempos recientes, aunque otros describieran escenas arcaicas, de cientos y miles de años atrás.

Por todas partes surgieron profetas y adivinadores, anunciando el fin de la humanidad. El desconcierto abrumó a científicos y pensadores. Los patriarcas de todas las Iglesias que adoctrinan sobre la tierra reconocieron en esto la mano de Dios mientras que ufólogos y ovniólogos lo consignaron como una prueba irrefutable de que la tierra había sido visitada por seres altamente inteligentes desde los albores de nuestra existencia.

Durante los veinte días que duró la señal, se describieron cientos de sueños comunes a todos los testigos que contemplaron esa luz. Los sucesos soñados, en ningún caso seguían un orden cronológico y parecían situarse de manera aleatoria en momentos muy diversos y distantes de la historia del hombre. Todos llevaban la marca de una infinita impiedad, ejercida por seres humanos contra seres humanos.

El vigésimo primer día después de la aparición de la señal, cesó la transmisión y no se volvió a captar. Los científicos no pudieron explicar su origen. Se realizaron más de cien estudios para explorar la misma región del espacio. Los afectados quedaron liberados y volvieron a dormir apaciblemente. Nunca más se logró registrar algo reseñable y los seres humanos regresamos a nuestra soledad cósmica.

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). LA SUPERVIVENCIA

A lo lejos el muchacho distinguió sin ninguna dificultad la figura de Sun Young, un pequeño bulto al pie de la barraca que identificó por el gesto y por la posición: permanecía acucillada en la calzada de tierra donde había alineado contra la pared de adobe algunos ramilletes de hierbas y raíces medicinales. Alzaba la mano blandiendo un manojo de hojas secas al paso de los escasos transeúntes.

Mientras se aproximaba, Seung Ho sintió una gran piedad por la anciana. Pensó que en poco tiempo había dado un gran bajón. Así que, aunque al chico las tripas empezaron a rugirle afanosas, decidió que compartiría con ella todo lo que escondía bajo la sayuela y no solo el arroz con *juk*¹ que siempre sacaba de la cocina del administrador. Hoy no iba a guardarse nada para el día siguiente. De todos modos, ya se lo habían afanado en tres ocasiones durante la noche. Alguien se había aprendido el escondrijo y ya no podía fiarse.

—Venga conmigo, *halmeoni*² —le dijo Seung Ho, tendiéndole una mano para ayudarla a ponerse en pie.

El muchacho se agachó a recoger el herbolario sanador de la mujer y ella lo guardó con primor inverosímil en un morral hecho de madreselva trenzada que se ató a la cintura con un cordel.

—Hoy te han soltado tarde. ¿No habrás tenido problemas? —preguntó la mujer con voz suave y temblona.

—Todo lo contrario. Hoy estaba contento el administrador Dong Myon-Chol, y su esposa más. Me dejó recoger buenos restos de comida. Ya verá, ya, lo que traigo. No se lo va a creer.

—¡Shhh! Mejor cállatelo —dijo ella, mirando de reojo a los que pasaban.

Caminaron en silencio por algunos callejones alejándose de los tenderetes. Era el lugar donde se concentraba el mayor número de personas en movimiento, aunque, de todas formas, faltos de energía y de encontrar un objetivo a sus pasos, daban pocos y lo hacían con parsimonia. En estos puestos se ponían a la venta efectos de supervivencia de lo más variopinto: una cuchilla de afeitar oxidada, gomas elásticas de varios tamaños, pedazos de tela de prendas acabadas, latas de bebida vacías casi sin abollar y otras bagatelas que en el mundo del gulag podían ser clave para sobrevivir. Se aceptaba el trueque mayormente, aunque a veces también podía pagarse con comida, y eso ayudaba a sobrevivir a quienes ya no servían para el trabajo. Ningún rastro de alimento, sin embargo, aparecía sobre los destartados expositores. Las raciones solo debían provenir de los guardias y el hambre era dueña del lugar. Iba pegada a la piel descarnada de los pobladores del campo, flotaba sobre sus cabezas cuando caminaban y retorció sus intestinos vacíos durante la noche.

Cuando Sun Young y Seung Ho llegaron tan lejos que se encontraban a pocos metros de la alambrada del gulag, se agacharon tras unos matorrales del bosque cercano para introducirse sin ser vistos en una especie de zanja de enterramiento —en alguna ocasión, abierta y, después, olvidada sin cumplir su cometido—. Seung Ho sacó de debajo de la ropa dos saquitos hechos con trapos atados por las cuatro puntas. Abrió el primero con gran ceremonia y dejó que Sun Young observara el alimento con placer por unos instantes. Contenía verduras mezcladas con el arroz y también un aroma casi olvidado: pedazos de pollo salteando el guiso. En el otro trapo estaban las familiares gachas con arroz. Las de siempre, y siempre bienvenidas. Sun Young miró al chico y le enseñó su boca desdentada en una sonrisa agradecida. Después, tomó un puñado de *juk* del segundo paquete y comenzó a comerlo como un pajarico, cogiendo con dedos de cadáver grano tras grano. Los paseaba por la boca con un movimiento de mandíbula que intentaba acoplar a sus escasos dientes.

—Coma de todo, *halmeoni*, no volveremos a ver carne en mucho tiempo. Tome de aquí —dijo Seung Ho acercándole el paquete abierto con la mejor vianda.

—No, no. Mi querido muchacho. Te estás haciendo un hombre y debes alimentar tu cuerpo que aún es joven y exigente.

El chico se miró las muñecas y pensó en los hombres que conocía. No los presos como él y su abuela, sino los otros, los de verdad. Hombres como el administrador y quienes lo visitaban, o como los capataces y los guardias.

—Demos a este cuerpo viejo lo que tiene por costumbre y le basta para sostenerse —insistió Sun Young—. Comeré de las gachas. En cambio, tú, has de traernos el sustento. Piénsalo, hijo: ¿Qué sería de mí si cayeras enfermo?

1 Gachas de maíz.

2 Abuela.

SEUNG HO (COREA DEL NORTE). LA FAMILIA

Enfermo y al borde de la muerte había estado Seung Ho cuando Sun Young lo encontró. Él no lo recordaba, claro, era solo un bebé de corta edad. Conocía la historia porque se la habían contado. Nadie se explicaba cómo había sobrevivido en el gulag aquellos días, desde que perdió a su familia.

Cuando vivían en Pyongyang y él aún no había entrado en el mundo, su abuelo se suicidó porque el Partido Laboral lo acusó de traición. Sus padres Min Ho y Ha Na y su hermana Mi Hwa, de cinco años, fueron trasladados de inmediato al campo de trabajos forzados número veintidós, tal como exigía la Ley de Responsabilidad Colectiva en Corea del Norte; esto es, hasta tres generaciones de la misma familia —nietos, padres y abuelos— habrían de ser castigados cuando uno de sus miembros cometía un crimen político. El abuelo fue acusado de no referirse a Kim Jong-Il como *El Querido Líder*. Un compañero de partido lo escuchó omitirlo ¡hasta en tres ocasiones!

Para cuando la familia de Seung Ho ingresó en el gulag, él ya había sido concebido y estaba en mitad de su gestación.

Un día trajeron al campo a una mujer embarazada de ocho meses. Había escapado a China y, tras vivir un tiempo con un ciudadano de ese país, fue descubierta y deportada. China era inmisericorde con los ilegales norcoreanos, pues tenía un tratado con su vecino para repatriar a los ciudadanos huidos. Tratar de escapar de Corea del Norte era un crimen político y acarreaba trabajos forzados en un campo o incluso podía llevar a la ejecución. En los gulags los bebés nacidos de padre extranjero eran asfixiados y los embarazos abortados. Los padres de Seung Ho y su hermana presenciaron fortuítamente, y al poco de llegar, cómo los guardias obligaban a dos internos a saltar sobre la barriga de la mujer hasta provocar el aborto. Ella también murió poco después. Este hecho los llenó

de terror. La reacción de los guardias ante cualquier incidente era siempre imprevisible. La crueldad era la tónica general. Eran aleccionados en la idea de que los encarcelados estaban allí por espías, que eran el enemigo, que solo buscaban beneficios propios y que trabajaban en contra del Querido Líder. A ellos se debía la pobreza, la división y la falta de progreso del país. La regla número uno era que, si en un momento de debilidad aceptaban alguna petición o sentían compasión por los traidores, entonces ellos serían encarcelados también por traición. Por el contrario, el rigor y la firmeza de los guardias al aplicar los peores castigos a quienes incumplían alguna norma eran premiados con fuertes pagas al acabar el servicio y también con una vida de comodidad en Pyongyang que a veces hasta incluía sufragar los estudios universitarios a los más jóvenes.

Desde ese día la familia de Seung Ho decidió ocultar por todos los medios el embarazo de Han Na, así que, para cuando él tuvo que venir al mundo, habían construido un zulo dentro de su barraca, la ciento treinta y seis. Excavaron debajo de uno de los camastros el espacio justo para albergar a una persona en posición de cuclillas. Allí entró la madre de Seung Ho a dar a luz y allí respiró su hijo el primer aliento; el llanto del recién nacido quedaría amortiguado por las paredes de tierra y una recia tabla sobre sus cabezas. A partir de entonces, si el niño estaba tranquilo, el camastro ocultaba la boca del agujero y esta se dejaba abierta para que entrara el aire. Cuando el pequeño dormía lo sacaban con sigilo y recibía los rayos de sol que entraban oblicuos por el ventanuco de la barraca, pero casi todo el tiempo lo mantenían en el zulo por temor a que su voz o el eco de un llanto repentino llegase a oídos de los guardias.

Había, además, otro problema que enfrentar: en los gulags norcoreanos todos los adultos y niños desde los ocho años debían trabajar de doce a dieciséis horas diarias en diversas tareas. Sin trabajo no había alimento, así pues, los que enfermaban y los pocos que habían alcanzado a hacerse ancianos debían sobrevivir con la infeliz caridad de los demás presos. Al principio, Han Na se fingió enferma para que le permitieran faltar y así quedarse con los niños y amamantar al pequeño. Pero al cabo de un mes la mujer se estaba quedando sin leche. Al no trabajar no recibía la ración diaria de alimento —gachas de maíz y col fermentada o en sopa—, que se entregaba a los trabajadores del gulag. Ni los más pequeños ni los ancianos

tenían derecho a ser alimentados por el hecho de no aportar a la colectividad. Su marido, cuya ración debía también alimentar a la niña, compartía con Han Na una parte de esa ración, pero al poco tiempo toda la familia estaba famélica y a ella se le secaron los pechos.

El trabajo de Min Ho, el padre de Seung Ho, consistía en meterse hasta la cintura en el río helado y recoger piedras del fondo para construir un dique. Era una tarea homicida. Los que no morían de frío perdían algún dedo de las manos o de los pies. Los que resistían un tiempo, eran premiados con el trabajo más deseado: cuidar del ganado. A Min Ho hubieron de cortarle un dedo de la mano derecha, pero cuando perdió también dos del pie izquierdo no pudo ya sostenerse sobre el lecho pedregoso del río y lo enviaron a los apriscos donde se criaba el ganado que alimentaba al personal encargado del gulag: guardias, jefes de campo y administradores.

Allí encontró la oportunidad de robar comida de los animales: granos que se les caían de la boca a las bestias y él almacenaba bajo la ropa, algún puñado de harina de los silos que, al verterse de las tolvas a los comederos formaba una nubecilla de polvo que blanqueaba el suelo. Min Ho barría con las manos todo ese polvo hasta esconder un buen montón que metía en una bolsa cuando no era visto. En un tenderete cambió su suministro mensual de jabón —una barrita para el lavado de la ropa y la higiene personal— por una botella de plástico con tapa donde guardar la leche que sisaba durante el ordeño. Así fue como lograron que Seung Ho superase su primer año de vida y que el resto de la familia resistiera sin enfermar gracias a aquel extra a la ración regular. Ha Na, por otra parte, había vuelto al trabajo mientras la pequeña se quedaba al cuidado de su hermano.

Se habría podido decir que, con aquellos hurtos, Min Ho realizaba a diario un acto de valentía y un desafío a la muerte. Sin embargo, no dedicaba a ello un solo pensamiento por el simple hecho de que la parca rondaba por doquier con muchas caras distintas. Ser pillado in fraganti solo era una de ellas. En ese mundo, la muerte venía como una mano anónima e incomprensible que se llevaba padres, chiquillos, jóvenes y familias enteras igual que si se tratara de una lotería del infierno y que podía utilizar variados pretextos: la cólera de los guardias, la insalubridad, el agotamiento, el frío, la enfermedad y, sobre todo, el hambre. Un hambre

que llevaba poco a poco a la inanición y barría un buen número de almas cada día.

No obstante, a la familia de Seung Ho se la llevó el azar.

* * *

Hacía tiempo que habían dejado de utilizar el zulo al comprobar que nadie reparaba ya en el niño, que a la sazón contaba casi con tres años. En la calle, si se cruzaban con un guardia, no era posible que reconocieran en el crío a un extraño. Había otros, como él, que habían entrado en el campo formando parte de una familia. Sin embargo, aunque infrecuentes, podían producirse recuentos de prisioneros que sí implicaban un riesgo cuando se realizaban a domicilio.

Una noche, recién acomodados para pasar la noche —Han Na y los niños en el camastro y Min Ho en un lecho improvisado en el suelo— les despertaron los gritos airados de los guardias a la puerta de su barraca. Sin mediar palabra, ambos supieron lo que tenían que hacer: Min Ho se puso en pie y deslizó su improvisado lecho bajo la cama mientras Han Na introducía al pequeño y lo acostaba allí con cuidado de que no despertase. Con los primeros golpes en la puerta, salieron prestos a la calle para que los guardias no entrasen a buscarlos y despertaran a Seung Ho con el vocerío. Min Ho asomó primero y contempló espantado una fila de personas arrodilladas delante de los guardias. Los conocía a todos. Eran los inquilinos de las barracas inmediatas. Varias otras familias que habían sido sacadas de sus cobijos. No era la primera vez que se producía una ejecución en grupo. La habitual tenía por víctimas a vecinos acusados de no haber vigilado con suficiente celo las actividades de uno de ellos, culpable de alguna infracción grave. Es lo que el régimen llamaba Responsabilidad Colectiva. Un castigo comunitario era preciso en persecución de la pureza anhelada por el Querido Líder: pureza mental e ideológica.

Min Ho comenzó a arrodillarse lentamente con los brazos alzados, seguido de Han Na y Mi Hwa, lo que no evitó que un guardia le hincara la culata de su arma en los riñones con una imprecación.

—Brazos detrás de la nuca —escupió con odio—. ¿Cuántos son en esta barraca? —preguntó al compañero que miraba un papel amarillento e iba marcando algo en él.

—Aquí tres —respondió el que apuntaba tras comprobar su lista.

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). LA PETICIÓN

De los veintiséis campos de concentración que administraba Pyongyang, el número doce, situado en Jeonger-ri, era uno de los grandes, pero tuvo que ser clausurado cuando se declaró una epidemia de cólera que arrasó las vidas de la mayoría de sus habitantes. Los que quedaron fueron reubicados en el campo donde se hallaba la familia de Seung Ho, el número veintidós, no lejos de allí, en Hoeryong, junto a la frontera con China. Se resolvió que, dado que algunas barracas estaban ocupadas por una única familia, el veintidós aún permitiría albergar un buen número más de presos.

Hacía más de un mes que varios camiones atestados de prisioneros habían llegado para ser realojados. Por orden del administrador habían sido descargados en el recinto vallado colindante con el campo y se les mantuvo en cuarentena como prevención a un rebrote de la enfermedad. Lo que se movía dentro del recinto eran esqueletos andantes, hombres y mujeres minimizados, tullidos cubiertos de harapos, a los que alimentaban como si de perros sarnosos se tratase.

Una mañana, antes de que el calor del sol movilizara piojos y sarna en los cuerpos de los reclusos, varios guardias se acercaron al vallado y abrieron la verja. Ordenaron formar fila y dirigirse a la entrada del campo. Por fin iban a darles acomodo. Hasta la vida dentro de un gulag era mejor que continuar allí, como bestias en un redil, durmiendo en el suelo y con una única caseta de barro provista de cuatro hediondas letrinas comunales. Algunos no se levantaron, no obedecieron la orden de salir. Estaban demasiado débiles o habían abandonado el mundo esa noche. Todos los demás comenzaron a recorrer las calles del gulag en una procesión de seres consumidos, con rostros macilentos y en los ojos la tristeza del animal

apaleado. El desfile se cruzó con otro grupo de presos que hacían el camino a la inversa. Lo encabezaba uno de los jefes de campo al que habían encargado el traslado del grupo a los laboratorios. No en vano, el campo número veintidós estaba catalogado como Zona de Control Total. A pocos kilómetros de allí, en Haengyong, se encontraban las instalaciones donde la dictadura ensayaba armas químicas en los internos. De los laboratorios había llegado la orden de entregar un nuevo suministro de sujetos de experimentación.

El jefe de campo, seguido por la rehata de presos recién reclutados, se detuvo y se dirigió al guardia que conducía la procesión de recién llegados. Ambas columnas, detuvieron la marcha.

—¿Cuántos camiones han quedado disponibles? —preguntó el jefe sin más explicaciones.

—¿Son estos los ratones para el laboratorio? —preguntó a su vez el guardia antes de responder. Mostró una mueca de sonrisa—. Pues no son muchos. La última vez gasearon a más de cuarenta.

Eran los gestos esperados en estos hombres, que acreditaban así su desprecio por los presos y los congraciaban con los mandos.

—¡Calla y responde a mi pregunta! —bramó el jefe.

Habrà sitio de sobra en los camiones —contestó el recién llegado, enrojeciendo de humillación—. Los que traigo son muchos más y llegaron en ellos desde el campo número doce.

Al oír aquello, hubo un revuelo entre los prisioneros. Se escuchó un coro de gemidos, entre los cuales algunas madres pedían a los guardias que les permitieran dejar a sus hijos allí. Fue en ese instante cuando una de esas madres encontró la mirada compasiva de otra mujer del grupo que entraba. Guiada por la intuición y camuflándose en la confusión, vio la oportunidad de acercarse a ella.

—Busque a mi pequeño en la barraca ciento treinta y seis —susurró mientras la agarraba fuertemente por el brazo—. ¡Por favor, dígame que lo hará, por favor!

La familia de Seung Ho murió gaseada en una urna de cristal en las instalaciones de ensayo del gulag norcoreano número veintidós.

ASHTI BARZANI (IRAQ). LA METAMORFOSIS

Ashti Barzani fue joven pocos años. Nadie en Mosul recordaba un tiempo de paz, la paz entendida como se vive en occidente. Los jóvenes, sobre todo las niñas, abandonaban la niñez precozmente. Cuando tenía doce años y se volvió fértil, a Ashti la recriminaron por andar todavía entretenida con la pequeña caja de música que le había regalado el abuelo en su décimo cumpleaños. Era un tesoro que solo ella poseía. Su extrema timidez la había convertido en blanco de las bromas de sus primos y primas, que la creían un poco «tarda» de entendimiento. Era la última hija, no esperada ya, y distante en edad de sus cuatro hermanos. Se habían criado en las montañas, lejos de la ciudad, en una aldea de cabreros donde las niñas no recibían una educación básica. Al morir el padre marcharon a Mosul en busca de trabajo y se establecieron en el barrio donde vivían algunos de sus parientes. A los once, Ashti había ya alcanzado su altura vitalicia, que rebasaba la de todos los demás chicos y chicas del entorno. Brazos y piernas parecían haber alargado sus huesos de la noche a la mañana. Hubo quien la comparó con una de aquellas marionetas que los titiriteros llegados a Mosul habían traído un año para regocijo de los críos del barrio. En la adolescencia, aunque sus facciones eran elegantes, la creían fea. Su cuerpo era un adefesio, flaco y sin formas. Encontrarle marido iba a ser empresa difícil. Sin embargo, no tardaron en concertar su matrimonio con un viudo sin hijos, Yadi Öcalan, pariente de una cuñada, la mujer de su hermano mayor. Tenía treinta y siete años y esperaron a que Ashti cumpliera los catorce.

El día anterior a su boda con Yadi fue instruida como lo eran las muchachas kurdas antes del matrimonio. Su madre, quien no conocía ella misma otra realidad, se lo presentó con crudeza, sin lugar para el romance ni el placer y sin más expectativas que la procreación y la sumisión al varón. A ella, sin embargo, que no la habían hecho partícipe de la escuela

de la calle, la pilló tan ignorante, que la idea de ser utilizada así por un hombre le resultó insoportable. Sin embargo, la desesperación de la víspera fue sustituida por una resignación pastosa y sin sentido. La obediencia en Ashti, como en las demás muchachas de su entorno, era una actitud y no un rasgo de carácter. Venía dada por el adiestramiento en su práctica y por la firme creencia de que no existía otra alternativa.

Después de su primer alumbramiento, sufrió un cambio radical. Sus caderas se redondearon, su pecho se llenó. Suaves curvas moldearon su cuerpo, dejó de ser la chiquilla larguirucha y apocada que había vivido una breve infancia y se convirtió en una mujer hermosa, de rasgados ojos oscuros y sonrisa grande y cálida. Hasta entonces, su esposo la había mirado con indiferencia, con la misma apatía que debía sentir hacia cualquiera de sus cabras mientras llegaba el momento del ordeño, que también llevaba a cabo como parte de una rutina necesaria. Yadi era un hombre ensombrecido. Tenía los hombros encorvados, como doblados por las responsabilidades. Todo en él era oscuro. Su pelo era negro; sus ojos marrones tenían rebordes umbríos y su piel estaba bronceada por los soles de mil jornadas de pastoreo. Sin embargo, desde el principio, una pequeña llama de ternura se había encendido en él, inspirada por el aire núbil y pueril de la mujer que tenía que engendrar a sus hijos. Siempre había dudado de que ella pudiera llevarlo a cabo y la trataba con el delicado temor de tener entre manos una figura de frágil cristal.

Ahora era diferente. Observar esos cambios en su esposa le dejó perplejo y empezó a mostrarse inseguro e inquieto. De vez en cuando mortificaba a Ashti con pontificales discursos sobre la mejor compostura de la mujer y el declive de las buenas costumbres. No se dio cuenta de que había empezado a amarla con un sentimiento de angustia e incertidumbre.

Unos años después llegó el terror y lo abandonaron todo para salvar sus vidas.

Y ahora, Ashti estaba sola, sus pequeños también y su esposo yaciendo en el vacío de la nada. Se ahogaba en la soledad más absoluta y en su mente se había instalado el caos más demencial.

Para ella, el mundo había adquirido un espantoso ritmo de pesadilla y, siguiendo la inercia de una huida colectiva, obedeció el mandato de su instinto y corrió para volver al lugar donde hacía solo unos instantes se

había cobijado con toda su familia para ponerse a salvo de las balas. Allí, en la hondonada, vio un saliente en la pared que techaba una oquedad capaz de esconderla, haciéndola invisible a la mirada de quien se asomara a escudriñar desde arriba. Se lanzó, trastabillando, pendiente abajo. Arriba se oían gritos, lamentos y disparos. Se apretó dolorosamente contra el hueco de cal y piedra, haciéndose un ovillo y metiendo la cabeza entre las piernas que ardían por las magulladuras sufridas al deslizarse. Entretanto, el bombardeo de extrañas imágenes y vivencias de esta mujer de nombre Sofía no paraba de atormentarla. Cientos de lugares y caras desconocidos se amontonaban sin poder apenas armar el puzle de acontecimientos que, sin embargo, empezaban poco a poco a resultarle familiares. Muy cerca, en la explanada, sobre su cabeza, hubo una gran convulsión. Durante horas, Ashti no se atrevió a mover un músculo. Se sobresaltaba y temblaba ante el más mínimo sonido. Finalmente se hizo el silencio, y tras él llegó la oscuridad del ocaso. El flujo tumultuoso de pensamientos no se había detenido en ningún momento y la sobrecogía ver cómo aquel jeroglífico se iba esclareciendo por sí solo.

Durante toda la noche, extraviados su instinto y su razón, una horrorosa confusión le invadió el cerebro hasta el punto que llegó a preguntarse si no serían recuerdos ficticios, incrustados en su mente por la demencia o, aún peor: ¿Podría acaso ser que, sin advertirlo, la hubiese traicionado la muerte durante la huida y que, porque su espíritu se negara a aceptarla, anduviese errante e invadida por los recuerdos de otra espectral ánima? Se encontraba en presencia de un acontecimiento incomprensible, cargando con el bagaje de una vida que no le pertenecía y, no obstante, hacía esfuerzos frenéticos por explicárselo. Con una lentitud trastornada y bajo los fríos rayos de la luna, levantó la cabeza de entre las piernas y adaptó los ojos a la semioscuridad. Contempló su alrededor, pero con una nueva percepción del mundo y una borrosa línea marcando el límite entre enajenación y cordura, entre el ser espectral y el viviente. Su cobijo se le antojó ahora un nicho de muerte. Alargó la mano y palpó la pared caliza, pulida por la luz plateada del reflejo lunar. La sintió fría y áspera. También sentía el dolor de los músculos recorridos por las punzadas de tantas horas de inmovilidad.

Extrañamente, en ningún momento llegó a atribuir estos desvaríos a ensoñaciones o pesadillas habidas durante el sueño. Sabía que la manera en que podía percibir una experiencia onírica reciente no era comparable ni tenía semejanza alguna con la percepción de los recuerdos de toda una vida que ahora encontraba acumulados en su cerebro. Y ella los descubría al completo, tal como se habían almacenado en la mente de su inquilina original, unos para pervivir en la memoria, la mayoría para hundirse en el subconsciente y dejar solo la estela de un olor, de una aflicción e incluso de alguna pasión alimentada por ese pasado remoto y aparentemente olvidado.

Unas lágrimas de miedo y angustia hacían que los ojos le escocieran. No, no era posible que un espectro sintiera así su cuerpo extinto. La locura había invadido su mente. Eso era. Pero... ¿qué clase de mundo era este, el que estaba observando en su interior con los ojos del alma enferma? Cayó en la cuenta de que lo estaba descubriendo en otra lengua, de que, si se lo proponía, también podía articular palabras en la lengua de Sofía. Mitigó su desazón reconocer allí un universo de lugares amables. Rebusco ansiosamente en la memoria para ver si recordaba más..., y había más..., había una educación, había hogares en paz y personas refinadas, y una vida de mujer como la del varón, de libertad y de responsabilidad. Una vida sin sed ni hambre, sin miedo ni sangre. Recorrieron también su cerebro recuerdos que la llenaron de turbación. Vivencias de una mujer que actuaba sin recato ni rubor. Así fue como descubrió que su mente no estaba ocupada exclusivamente por los suyos, sus hijos, su hogar, sus circunstancias. Ahora había en ella mucho más, otra mujer con la que se identificaba, y con su nombre, Sofía; con su familia, que sentía como propia, y con el lugar donde vivía en España, y su lengua, y todos sus recuerdos y vivencias. Hasta que ya no supo dónde empezaba Sofía y dónde acababa Ashti.

Poco a poco se impuso en su ánimo la sensación de que esa existencia de recuerdos, todavía neblinosos, le pertenecía a ella lo mismo que a Sofía y fue como un bálsamo para su soledad y para su miedo. Descubrió que amaba a aquella niña —Alba— con la querencia de una madre que la hubiese alumbrado, con el dolor que perduraba en ese recuerdo y con el gozo al recibirla, los cuidados, las horas de juegos, las risas y la ansiedad cuando enfermaba. Ella vivía a salvo en esa vida, pero ¿y sus pequeños, Adar y

Yamih? En su interior notó que crecía una pequeñísima semilla de una esperanza de reencuentro guiada por el amor a ellos y por la certeza de que existía un mundo mejor que se ofrecía al alcance de su mente. Sintió una bocanada de fuerza, se vio un poco más capaz, dotada de conocimientos que podían ayudarle en el camino. Porque ahora, mientras en la oscuridad se permitió estirar con agonía las piernas y la espalda, tomó una decisión: iría en busca de sus hijos. Se agarró a recuerdos de Sofía obtenidos en los medios. Supo que las bases estadounidenses se encontraban en Erbil y supo cómo llegar. Era posible que hablase o, al menos, entendiese, aquellas dos lenguas de Sofía: inglés y español; ahora sabía de leyes y de la política de los pueblos. Ashti tenía un cuerpo joven y resistente, hecho a las penurias. Lo que le aportaba Sofía reforzó su decisión, su seguridad en sí misma. Reconoció en esta identidad occidental lo que su marido habría calificado de «una mujer difícil». Al igual que su padre, Yadi creía que la educación llenaba a la mujer de desatinos lascivos. Pero ahora, de repente, ella contaba con esa educación y era fascinante. Ashti, la kurda, su verdadero yo, le decía que el gran arcángel Melek Taus por fin había escuchado sus plegarias, que, aunque le había arrebatado a su esposo, había salvado a sus hijos de una muerte segura y que milagrosamente la había dotado a ella de unos recursos que ciertamente necesitaría si quería volver a reunirse con ellos. Los pensamientos que aportaba su otro ser, el de la española, se decantaban por un tipo de razonamiento alejado de todo misticismo religioso —si es que lo que le estaba ocurriendo permitía alguna explicación razonable—: quizás sus recuerdos y los de Sofía, de manera fortuita, se habían entrelazado como consecuencia de capacidades innatas en la mente humana. No en vano, Sofía había leído que sigue habiendo muchas incógnitas acerca del funcionamiento del cerebro. Cualquier interpretación era absurda e insensata, pero ahora, al menos, sintió la certeza de no estar enajenada ni viviendo el sueño de los muertos.

Comprendió que necesitaba descanso e intentó dormir, pero el frío de la noche le hacía tiritar con saña, hasta que, ya amaneciendo, quedó tan agotada que cayó en esa piadosa pérdida de consciencia que prescinde de toda precaución y permite restañar heridas y reponer el ánimo.

Al fondo, en las faldas del monte, sonaron las esquilas de algunos rebaños y ya el sol, brillante como el oro, fue iluminando la tierra y avanzó su calor

hasta llegar a tocar el cuerpo dormido de Ashti. En REM, soñó con la pavorosa visión de los cuerpecitos degollados que habían encontrado al atravesar el parque de Mosul cuando ella, Yadi y sus pequeños huían despavoridos en busca de amparo. Aquellos niños tenían la edad de sus hijos y habían sido castigados por el mismo pecado que podrían haberlo sido Adar y Yamih: profesar unas creencias diferentes de las de sus verdugos.

Al despertar, sintió una sed tan febril que logró arrinconar su hambre de tres días. Tenía que aventurarse en alguna dirección. Pensó en subir al campamento, o lo que quedase de él. Recordó haber leído en la sección internacional de algún periódico español que los kurdos estaban combatiendo a los hermanos musulmanes y ganando posiciones en la región. ¿Y si el estruendo de guerra que había escuchado durante la tarde anterior se debiera a los combates mantenidos entre ambas fuerzas? ¿Y si los soldados kurdos hubiesen despejado la montaña de yihadistas? ¿Querría Dios y Melek Taus, su arcángel, que hubiesen llegado hasta allí? Tendría que comprobarlo. No podía emprender camino hacia Erbil en ese estado de debilidad y deshidratación. Moriría de sed en el intento como había muerto aquel grupo de niños que encontraron en las estribaciones de la montaña y que Yadi había ayudado a enterrar acompañado de otros refugiados que andaban el mismo camino. Nunca podría olvidar su sobresalto cuando se acercaron al lugar donde estaban los cuerpos abrazados de dos de esos muchachos. A cierta distancia, el parecido con los hijos de su hermano les conmocionó. Debían tener la misma edad, ocho y diez años, vestían las mismas cazadoras y vaqueros que solían llevar sus sobrinos. Ella misma había acompañado a su cuñada cuando compró la ropa en un mercadillo de Mosul. Más tarde les habían contado que los yihadistas, tras degollar a los padres y secuestrar a madres y hermanas, abandonaban a los pequeños en la montaña, digna aliada de su patológico odio, para que completase su trabajo con una muerte más lenta y atroz. El monte Sinjar ofrecía una tumba hecha de cal y piedra, desprovista de todo sustento vital incluso para las más parcas alimañas.

Ashti puso todos los sentidos alerta y salió de su escondrijo. Comenzó a ascender el repecho pausada y cautelosamente. Las piernas entumecidas y la angustia hicieron que le temblaran las rodillas. Se agachó y asomó los

ojos a ras del llano atisbando sin ser vista. Vio un gran número de cuerpos diseminados por la explanada y recordó que su esposo se encontraba entre ellos. En el pecho se le trabó un nudo de melancolía que se deshizo con un sobresalto cuando le llegó el sonido de voces a corta distancia. Venían de la dirección en que se encontraba la gruta donde habían estado instalados. No podía ver a nadie, pero distinguió el timbre de voz de una mujer. El apremio del hambre y el dolor de la garganta estragada por la sed fueron entonces superiores a todo y encontró en esa voz argumento suficiente para arriesgar una salida. Razonó que, puesto que no podían encontrarse mujeres entre los combatientes, debían de ser refugiados de regreso al campamento, lo que significaba que el lugar se encontraría libre de peligro. Enseguida habría de descubrir que, aunque la fortuna quisiera favorecerla, su razonamiento había sido un error que podía costarle la vida.

SOFÍA ROMÁN / JULIO CEPEDA (ESPAÑA). LA LOCURA

S ofía poseía una mente analítica y demasiado racional para entregarse en brazos de designios divinos o de supersticiones populares. Si no había una causa científica para explicar lo que le estaba ocurriendo, es que alguna enfermedad había afectado a su razón. Por eso entró en una espiral de pánico al contemplar el mundo que había empezado a existir dentro de ella, sin control de su voluntad. Al igual que Ashti, tuvo la clara percepción de que el origen de sus delirios en modo alguno era achacable a pesadillas habidas durante el sueño. Eran los recuerdos de toda una vida. Una vida que se entrelazaba con la única que había tenido hasta hacía solo unas horas. Se había introducido en su cerebro y la estaba asumiendo de manera involuntaria. Cuanto más se identificaba con ella mayor era su angustia. Además, pudo distinguir claramente qué recuerdos pertenecían a una y cuales a la otra. La de Ashti era una existencia de sumisión y pobreza, en nada comparable a la suya y, sin embargo, Sofía reconoció sentir aprecio por todo lo que conformaba esa existencia con la misma fidelidad con que amaba su propia realidad. Sobre todo, echaba de menos a los pequeños y le torturaba no saber qué habría sido de ellos. Sus últimos recuerdos se habían quedado en la cueva del monte Sinjar, donde iban a pasar la noche. Una noche más y se marcharían al amanecer. En aquel lugar ya no quedaba esperanza de supervivencia, solo esperar la muerte por sed e inanición. Cada vez que pensaba en esos hijos, algo se desgarraba en su interior.

Le habló a Julio de Nínive, la región natal de Ashti, de su familia y sus vivencias familiares y de cómo se habían visto forzados a huir y atravesar un territorio plagado de peligros en un éxodo de espanto en cuyo camino se dieron de bruces con todos los horrores. Se preguntó además con aprensión qué ocurriría cuando Julio quisiera saber si, al igual que quería a esos niños como si fueran suyos, también amaba al padre del mismo modo

que lo haría Ashti. Llegado el caso, ¿podría hacerle entender que en esa relación no había amor y que sus recuerdos íntimos con ese hombre eran fangosos y carentes de deseo?

De momento, sin embargo, él estaba muy lejos de ocuparse de tales sutilezas. A Sofía le preocupaba la forma en que la observaba su marido al escuchar sus desvaríos. Por más que le describiera al detalle cada momento de su vida como Ashti, con todos sus pormenores, incluyendo datos esenciales de los lugares y las costumbres de esas otras gentes, ella seguía viendo incredulidad en sus ojos. De repente, se le ocurrió que había una prueba incuestionable de su verdad, cualquiera que esta fuese. Entre esos recuerdos, si el suyo no era un estado de alucinación, se encontraban también las lenguas de Ashti: la lengua oficial del país, el árabe, y el dialecto del kurdo hablado por los yazidies del kurdistán, el kurmanji. Ella hablaba esas lenguas y probó a hacerlo. Las tenía en la cabeza, pero al abrir la boca para emitir los sonidos, se le quedó la garganta seca y apretada. Luchó por concentrarse y por fin las palabras surgieron con todo su sentido... para ella, pero Julio se la quedó mirando sin saber qué decir. Parecía hacer esfuerzos por ocultar el espanto que todo aquello le estaba produciendo.

—Vamos a probar en un traductor —exclamó él, dirigiéndose al portátil que tenían sobre el escritorio del salón.

Tecléo una búsqueda y apareció un texto escrito con la ensortijada grafía de los caracteres árabes.

—¿Qué pone? —preguntó mirando a Sofía con recelo.

Ella dirigió primero la vista hacia la pantalla, después, consternada, hacia su marido y finalmente dijo en un susurro:

—Ashti no sabe leer. —Unas lágrimas de rabia y confusión comenzaron a rodar por sus mejillas.

—No pasa nada. Tranquilízate, cariño. Buscaremos ayuda. Acudiremos a un buen especialista que sepa dar con el problema. He llamado al bufete y les he dicho que no te encuentras bien.

—Quédate tú también, Julio. No quiero estar sola. Necesito seguir hablando y necesito... que me creas.

—Llevaré a Alba a la guardería y cuando vuelva pensaremos en alguien que pueda ayudarnos. Llamaré para avisar que hoy no iré a clase.

Cuando Julio salió con la niña y Sofía quedó a solas con la confusión que había metamorfoseado su existencia no quiso esperar un minuto más y llamó para pedir cita con el doctor Raúl Marcos, un reputado psiquiatra al que había representado en un caso de litigio civil por negligencia sanitaria. Entonces, ella había demostrado que el motivo de la denuncia obedecía únicamente a la búsqueda del beneficio económico y que no había existido mala praxis médica. El doctor Marcos accedió a verla de urgencia a la mañana siguiente.

Entretanto, se le ocurrió que quizás podría ignorar a ese otro ser y seguir adelante con su vida, llevando a costas el peso de otra existencia sin que ningún gesto, ninguna palabra o actitud delatase ese universo interior. «No. No podría», decidió. Cada vez que viese en las noticias una imagen de la tragedia que se estaba viviendo en Irak o simplemente que escuchase unas palabras en árabe al sirio que regentaba la frutería de la esquina... ¡Samir! ¡El sirio! ¿Cómo no lo había pensado? Se puso un pantalón y un jersey y se calzó con lo primero que le vino a la mano. Recogió el pelo en una coleta y metió las llaves del piso en el bolsillo.

¿Era el cansancio de la noche pasada o era otro síntoma de la afección que sufría? Se notaba torpe de movimientos. Por las mañanas era ella quien despertaba y vestía a Alba, pero aquel día había pedido a Julio que se ocupase de abotonar el vestido de la niña. Aquello la dejó desalentada y, aún más, cuando sus hombros toparon varias veces con el marco de las puertas al atravesarlas. Con el paso de las horas comprendería que también había heredado una memoria física, memoria de los costados, de las rodillas, de los hombros y articulaciones y del diseño completo del cuerpo de Ashti; poco a poco la conciencia que había tomado su cerebro de una constitución ajena debería diluirse con la realidad del propio cuerpo para no representar un estorbo en la ejecución de cualquier acto físico. Por el momento se veía forzada a hacer un mayor esfuerzo de concentración para desenvolverse con soltura.

Cuando abrió la puerta de la tienda tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento.

—«Sabahul Jair²» —balbuceó, reconociendo que esos no eran exactamente los sonidos que ella tenía en su cabeza. Esperó con el corazón suspendido.

—«Sabahul Jair» —contestó el sirio, sonriente y, para sorpresa de Sofía, Samir comenzó a descifrar, aunque no sin dificultad, un código verbal que hasta ese momento a ella le había sido ajeno y ahora trataba torpemente de reproducir.

El esfuerzo que la española hacía por articular correctamente el nuevo código oral no daba el resultado que su oído esperaba. Necesitaba desarrollar su producción física con la misma perfección y soltura que desfilaba por su mente. Al rato la conversación comenzó a fluir cada vez con menor esfuerzo hasta que el lenguaje común les abrió de par en par las puertas de la comunicación.

Charlaron un rato más de esto y lo otro. Sofía le contó la mentira que le pareció más plausible: que de niña había vivido un tiempo en Bagdad y después en la provincia de Nínive por negocios de su padre y que le gustaría encontrar con quien practicar la lengua que también había aprendido del pueblo yazidí. Él le aseguró que recurriría a sus contactos en la ciudad y antes del mediodía averiguaría si había en Zaragoza algún emigrante originario de la región. Tomó su número de teléfono y quedó en llamarla.

Samir llamó esa misma tarde y, tal como había prometido, le facilitó el nombre y el teléfono de un tal Jihan, un kurdo procedente de Mosul.

Cuando regresaron a casa después del encuentro con Jihan, tanto Julio como ella misma se sentían perplejos y aún más desconcertados. Habían constatado que el mundo que Sofía describía estaba allí, en el país al que Ashti pertenecía, era real y fiel a su recuerdo y sobre todo confirmaron que Sofía, no solo conocía el árabe, sino también el dialecto que los kurdos yazidíes hablaban en esa zona de Irak.

Su marido, al menos, ya no la creía chiflada, no eran fantasías y su relato se volvió cabal.

Permanecieron en silencio. La situación rebasaba su capacidad de reacción. Ni siquiera sabían qué decirse.

—Tengo que acercarme a casa de mi padre a llevarle unos libros —dijo Julio—. Volveré en un rato.

La tenaz resistencia de Sofía a apoyarse en la familia en estos momentos tan críticos se lo ponía a él penosamente difícil. Por exceso de orgullo debía cargar él solo con el peso de su aflicción. Ante la familia y los amigos ella era la fuerte, la racional. Había forjado esa imagen de sí misma y le dañaba el ego reconocer que su mente se había llenado de un mundo imaginario. «No le cuentes a nadie lo que me ocurre, por favor, Julio», le había implorado, «démonos un tiempo para analizar las cosas y después ya veremos».

Estaba seguro de conocer a su mujer y eso precisamente era lo que más le alarmaba. En su primer encuentro con ella por mediación de amigos comunes, se enamoró como un colegial. Se prendó, no solo de sus expresivos ojos color ámbar, que acariciaban con la mirada, sino también de su carácter luchador e intrépido, a menudo esforzado en alguna causa perdida.

Aunque desde un enfoque diferente, ambos creían en la bondad del género humano. Él consideraba las aberraciones de los hombres como accidentes naturales, y las perversiones como imperfecciones propias de un estado evolutivo al que aún le quedaba un largo camino que recorrer. Por ello, ante tales males, adoptaba la actitud de verlo pasar, tolerante y flemática, pero sin implicaciones. Ella, por el contrario, era un espíritu batallador e inconformista que creía necesaria la participación individual para que la rueda de la evolución siguiese en movimiento. Ambos habían siempre juzgado ignorantes a aquellos que se dejaban embaucar por ilusionistas del más allá, ciencias ocultas y esotéricas o por cualquier creencia descabellada que se saliera de los cánones de la razón y la ciencia. Para Sofía, aceptar alguna de esas supercherías como posible causa de sus extrañas circunstancias equivalía a descender al estrato social más bajo: el de quienes no utilizan el raciocinio al ritmo que marca la evolución. Son estos los indigentes intelectuales que, ya por analfabetismo cultural o por miedo a su propia naturaleza efímera, aceptan la fantasía para dar respuesta a los interrogantes planteados por la razón.

A ese respecto, sentía un rechazo casi nauseabundo al verse obligada a interiorizar el pensamiento que esa mujer le transmitía: una ignorancia

profunda atravesada de costumbres y tradiciones, de creencias religiosas llenas de oscurantismo, de rituales y dogmas enredados con los de otras religiones, y todo ello con el sentido patriarcal y de castas de su sociedad.

A Julio, el paseo hasta la casa de su padre le sentó bien y conversar con él sentados en el pequeño jardín, que el anciano cuidaba con esmero, le sacó por un rato de los pensamientos que le abrumaban. Empezaba a atardecer cuando se despidió, cerró la verja del pequeño chalet, atravesó el parque grande y, en vez de girar a la izquierda para volver a casa, siguió el paseo a la derecha en dirección al centro de la ciudad. Necesitaba hablar con alguien del asunto. Para no faltar a la promesa hecha a Sofía, ese alguien no podía tener ningún nexo con parientes ni amigos y, además, su vertiente cristiana influyó en encender el recuerdo de su amigo Enrique como tabla de salvación.

* * *

—No me cuentes lo que es una paranoia, que ya lo sé, Enrique —replicó Julio, con una sombra de fastidio—. No he acudido a la iglesia para esto.

—Lo siento, Julio. Dime pues, ¿qué esperabas de mí?

Aunque su amigo, Enrique Mata, vestía de seglar, tenía ese reconocible porte de hombre cardenalicio, esa compostura paternalista y esa palidez de carnes enguatadas que han tenido pocas ocasiones de orearse. Cuando se conocieron ya se adivinaba en él una incipiente obesidad que, a lo largo de los años, le había otorgado la estampa del estereotipo sacerdotal: el que va declarando al mundo que, aunque para representar a Dios en la tierra es preceptivo pertenecer al sexo masculino, también lo es mostrarse íntegramente casto, sin olvidar las apariencias.

La amistad nació cuando estudiaban Historia del Arte en la Facultad de Filosofía. En aquel tiempo ya eran dos jóvenes antagónicos. Mientras Julio Cepeda admiraba en su amigo el aura de serenidad de los que parecen haber nacido para afrontar las grandes tempestades, a su compañero, Enrique Mata, le asombraba el encanto de Julio, su cara afable, francamente cordial, que transmitía un buen humor fantástico y su facilidad para inducir en los demás el deseo de amistad y de afecto. También en las chicas. Él había sido un mero observador de los éxitos sociales de su amigo y de sus gratificantes escarceos amorosos. Julio nunca sospechó que el aprecio que Enrique sentía hacia él marchaba en compañía de una gran frustración y de

cierto resentimiento que ocultaba bajo un aparente desprecio por los asuntos mundanos. Después de un tiempo siguieron sus caminos: Julio se casó con Sofía y Enrique con la iglesia.

Era muy probable que ese buen recuerdo que Julio guardaba y que perduró en él a través de los años, hubiese guiado sus pasos aquella tarde hacia la Basílica del Pilar, donde alguien, alguna vez, le había contado que Enrique ejercía el cargo de canónigo administrador del Cabildo.

—¿No crees que deberíais ir a un médico? A un especialista... quiero decir.

Enrique no recordaba haberle visto nunca con una cara tan seria.

—Ya. Quieres decir a un psiquiatra —Julio se agarró el mentón entre el índice y el pulgar y se le quedó mirando pensativo un instante—. Bien, supongamos que mi mujer esté enferma. Que haya enfermado de la noche a la mañana y que todo sea producto de su mente, que le haya hecho idear una vida imaginaria con unas vivencias que ella cree reales. Hasta ahí suena claramente a demencia, pero ¿cómo me explicas que sepa hablar dos lenguas, el surmanji, que es un dialecto del kurdo, y el árabe? —Quería expresarse con serenidad, pero su voz se fue alterando hasta la crispación.

—Tranquilízate, Julio ¿Cómo lo habéis averiguado? —preguntó Enrique—. Que se trata de esas lenguas, quiero decir.

En su fuero interno, el cura sintió una agradable punzada de satisfacción al contemplarse, con la preeminencia que le confería su puesto eclesiástico y la serenidad y sabiduría adquiridas, ofreciendo ayuda y consejo a su amigo Julio que, al contrario que él, se mostraba desesperado e incapaz de controlar sus emociones. ¿Qué había sido del atractivo y despreocupado joven a quien tanto deseó emular en el pasado?

—El propietario sirio de la frutería del barrio, nos ha puesto en contacto con un iraquí del Kurdistán que vive en Zaragoza. Este tipo procede de la misma región que Sofía... quiero decir... que la mujer de la que habla Sofía, y es pasmoso el conocimiento que ella tiene de esas gentes y de su mundo —explicó Julio.

—Hoy en día es fácil adquirir conocimientos en cualquier materia —replicó el cura.

—¿Y qué me dices del idioma? ¿Acaso ella ha podido pasar cientos de horas estudiando a escondidas esas lenguas? ¿Y para qué? ¿Para gastarnos una broma? —El tono de Julio denotaba desesperación—. Mira, Enrique, no sé por dónde tirar en esto, pero no me cierro a ninguna hipótesis. Estoy dispuesto a lo que sea para ayudar a mi mujer a recuperar la cordura. Creo que... la Iglesia ha atendido casos en los que... inexplicablemente... algunas personas con aparentes síntomas de demencia se expresaban en otras lenguas.

—Entiendo —dijo el sacerdote, y quedó unos segundos en suspenso antes de continuar—. Hay que ser muy prudentes en materia de posesiones, Julio.

—Pero ¿qué dices, hombre? ¡Sofía no está endemoniada! —Casi gritó—. No me refiero a eso. Lo que intento decir es que no hay explicación racional para lo que le está ocurriendo. Es una locura que se vea colonizada por los recuerdos de otra persona y que se identifique así con ellos. Es tan descabellado como descabellada tiene que ser la causa que lo genera. Por eso te pido que me ayudes a estudiar algunas hipótesis, incluso las que no me hubiese creído capaz de considerar antes de ocurrir esto.

Su mirada era la de un hombre desvalido pero resuelto al mismo tiempo a afrontar cualquier reto.

—¿Crees en la reencarnación, Enrique? ¿Podría alguien recordar de repente una vida anterior? ¿Crees que las almas de los difuntos pueden comunicarse con los vivos? ¿Sería posible la intrusión de un espíritu en la mente de otro? Quizás alguien que sufrió una experiencia extrema antes de morir y que dejó dos hijos de corta edad en situación de peligro y ahora...

El cura alzó la mano.

—¡Para, para! No te lances, amigo. Veo que le has dado muchas vueltas ya, pero debes tranquilizarte. A mi modo de ver... Verás, Julio..., soy un hombre de fe. En mi fe no está incluida la creencia en la reencarnación ni en el espiritismo; no obstante, estoy dispuesto a ayudaros en lo que esté en mi mano y en lo que alcance mi entendimiento.

—Si consigo convencer a Sofía de que hable contigo, ¿me ayudarás a encontrar lo que se oculta detrás de esta locura?

ASHTI BARZANI (IRAQ). LA GUERRA

En cuanto Ashti dio unos pasos hacia aquellas voces de mujer, que tan nítidamente percibía ahora desde su trinchera, un aroma a guiso y especias comenzó a inundar todos sus sentidos. Pero el hambre es más soportable cuando no se tienen esperanzas de encontrar alimentos y fuertes punzadas comenzaron a atravesar su estómago y su garganta. La necesidad se convirtió en dolorosa urgencia por aplacar la agonía. Caminó unos metros más y se encontró en ángulo visual con el objetivo. Distinguió figuras en movimiento. Debían haberla visto ya. Al instante lo supo, al escuchar los chasquidos metálicos de las armas encajadas y listas para disparar. Entonces vio los uniformes... y un velo le nubló los ojos. Toda la debilidad acumulada unida a la esperanza rota derrumbó su resolución por seguir luchando. El flujo sanguíneo abandonó su cerebro y se desplomó sin conocimiento.

La voz de Mediya, comandante de la brigada, se abrió paso hasta ella como si cayera desde lo alto de un pozo.

—Te has dado un buen golpe en la cabeza al caer, pero solo ha sido un desmayo. No estarás preñada, ¿eh? —preguntó con rudeza. A pesar de su tono el semblante de la mujer que le hablaba era afable. Llevaba la cabeza descubierta y el pelo atado en una cola alta. Vestía uniforme militar de camuflaje en verdes mezclados con tostados y grises e iba fuertemente armada con chaleco de combate porta munición. La visión dejó a Ashti paralizada y sin habla.

Otra voz, también femenina dijo:

—Su mal tiene un nombre. Se llama hambre. —Le ofreció un plato con unos pedazos de carne de cordero y patatas y un delicioso aroma a canela y jengibre.

—Gracias —masculló Ashti, que se entregó al ofrecimiento sin objeciones.

Bebió angustiosamente de una cantimplora metálica que la joven le acercó y devoró el guiso sin poder disimular una avidez compulsiva. Rebañó hasta la última gota de salsa del cuenco con un trozo de pan.

—De nada. No creas que te va a salir gratis. Queda mucho trabajo aquí para acabar de enterrar a los que cayeron ayer —dijo la que había hablado primero.

Ashti tuvo que esforzarse por sacar la voz y preguntar quiénes eran.

—Habrás oído hablar de las milicias del YPJ⁴, ¿no? —dijo Mediya y esperó un instante a que asintiese.

La yazidi sacudió lentamente la cabeza.

—¡No me lo puedo creer! Las YPJ son las unidades de defensa femenina kurdas. Nosotras formamos parte de esa milicia. Ayer logramos despejar la montaña de cerdos yihadistas y crear un corredor de evacuación para los que estaban refugiados aquí. ¿De dónde has salido tú? Creíamos que no quedaba nadie.

—¿Sois soldados?... ¿Mujeres soldado? —Su pregunta sonó tan incrédula que una de las muchachas más jóvenes, que respondía al nombre de guerra de Salwa Musa, sintió el impulso de arengarla.

—No solo somos parte de esta guerra, sino también de la revolución que estamos llevando a cabo para cambiar la sociedad que nos han impuesto. Combatimos para liberar a nuestro pueblo, pero también para que nadie vuelva a decir que «la mujer es como un árbol agrietado». La mujer se casa y trabaja en la cocina, tiene hijos, los cría, pero es como si no existiera. Cuando dicen «es solo una mujer» nos descartan de toda responsabilidad social, pero nosotras decimos «no, una mujer puede combatir. ¡Puede!». Y lo estamos haciendo. Al hacerlo estamos recibiendo el apoyo de muchos, de nuestras familias y de los YPG, el cuerpo de compañeros de combate. También esperamos el apoyo de mujeres como tú. Pronto lo verás todo diferente —lo dijo con orgullo y pasión adolescente. Llevaba una trenza recogida hacia atrás con horquillas brillantes, que dejaban ver acné juvenil en su frente.

Tras un largo silencio de reflexión, Ashti respondió con la mirada perdida, fija en el centro del círculo donde, como tallos de trigo unidos en gavilla, se apoyaban los rifles unos contra otros plantados en medio del cerco y prestos a dispersarse en manos de las guerrilleras a la menor señal de peligro.

—Todo es ya diferente para la mujer que era. Mi esposo está entre los caídos y ahora tengo que recuperar a mis hijos —dijo con voz cansada y en un tono que expresaba desaliento—. Os ayudaré. Los muertos que hay aquí son de los míos y, además, necesito recobrar fuerzas, pero tendré que marchar en su busca lo antes posible.

—¿Acaso sabes dónde se encuentran?

—Creo que no. Subieron a un helicóptero de auxilio internacional. Pero no ha de ser difícil localizarlos.

—¡Ah! Rescate extranjero por aire. Los habrán llevado a Erbil. Es donde tienen sus embajadas. Dicen que más de veinte campos de [refugiados](#) cristianos y yazidíes inundan el barrio cristiano de Ankawa —explicó la comandante.

Ashti quería iniciar su marcha a toda prisa, pero sin la ayuda de estas mujeres no llegaría muy lejos y la columna de refugiados, que había partido al amanecer escoltada por un convoy de las YPJ, llevaba varias horas de ventaja. La ruta más corta a Erbil pasaba por Mosul. Ya había hecho un camino semejante lleno de horrores con su familia y al preguntarse qué sería de Yamih y Adar si ella perecía en el empeño reprimió su impaciencia. Se obligó a domar los pensamientos que le aguijoneaban y urgían a correr apremiantemente en su busca. Recorrió la parte de la gruta donde habían quedado sus pertenencias, pero no encontró nada que le sirviera. Los que habían marchado con el convoy se habían llevado todo lo que quedó abandonado, en su caso, el móvil, algo de dinero, documentos y algunos otros objetos personales era lo más valioso que habría necesitado recuperar.

Esa tarde se aplicó a conciencia junto a una docena de las muchachas soldado en ayudar a cavar zanjas y transportar cadáveres, hasta que las palmas de las manos se le llenaron de ampollas y hasta que se sorprendió reconociendo por sus nombres algunos músculos doloridos que la fatiga le descubría, como si acabara de recibir una lección de anatomía, como cuando

el entrenador del gimnasio los mencionaba en sus instrucciones. A menudo le ocurría, eran vocablos, imágenes, sensaciones y emociones que se apoderaban de ella y le eran tan familiares y a su vez tan distantes. Eran del mundo de Sofía y, no sabía cómo, pero tenían el efecto de hacerle recuperar el valor, de hacer que la determinación recorriese de nuevo sus venas. Cualquier atisbo de saber era un bálsamo de placer para Ashti, cuya autoestima se elevaba a cotas desconocidas.

Les llevó el resto del día camuflar tanta muerte bajo tierra y, al atardecer, mientras reponían fuerzas ante grandes fuentes con panes de pita y otras con pedazos de queso de oveja, le informaron de que por la mañana saldrían hacia Kalak, una población a medio camino entre Mosul y Erbil, para unirse a las brigadas masculinas, el YPG, desde donde pensaban defender las riberas del río Gran Zab, de valor estratégico clave por su producción agrícola y sus acuíferos.

—Desde Kalak alguien te acercará a Erbil. Solo son sesenta kilómetros. —Los negríssimos ojos de Mediya Zagrhws refulgían en la oscuridad como diamantes pulidos. En su pelo, que brillaba con la misma negrura, bailaban los haces de luz del hornillo a gas sobre el que hervía el café. La comandante era joven, pero de una inteligencia madura, de apostura serena y cuerpo compacto. Tenía una densa melena oscura que retiraba de la cara sujetando dos mechones de pelo desde las sienes hasta la nuca y su rostro, concentrado y de mandíbula firme, estaba bronceado por el sol.

El anuncio supuso una auténtica oportunidad para Ashti. Agradeció, pues, al Dios de cualquier cielo, la clemencia de haber puesto en su camino a estas mujeres y le causaba gran asombro sentirse tan segura defendida solo por ellas; sin embargo, con el espíritu colmado por la conciencia libre de Sofía, empezó a descubrir una suerte de fascinación y un orgullo inédito en compartir su mismo género. Supo que la compañía estaba compuesta por ciento cincuenta soldados. Siete habían caído durante la reyerta del día anterior, cuarenta habían marchado escoltando el convoy de refugiados en la ruta de vuelta a sus hogares y otras cuarenta se quedarían asegurando las poblaciones reconquistadas al pie de la montaña.

Una hora después de partir, los once vehículos cuatro por cuatro hicieron su primera parada en el cementerio de Tal Afar, población situada en las faldas de la montaña, donde rindieron homenaje a las siete compañeras

muertas en combate. Sacaron sus cuerpos de uno de los coches y les procuraron un entierro pleno de honores.

⁴ El YPJ (en Kurdo: Yekîneyên Parastina Jinê), grupo armado de mujeres kurdas que se creó en el año 2012 como «La Brigada Femenina de la Milicia Kurda». El YPG es la unidad de protección popular masculina y ambas unidades están combatiendo en la actualidad contra el autodenominado estado islámico.

SUN YOUNG (COREA DEL NORTE). EL CASTIGO

Park Sun Young aún no había tenido hijos cuando enviudó y, mucho tiempo después, seguía enamorada del compañero de Departamento con el que había estado casada durante tres años. Para mitigar el dolor se centró en su trabajo, en seguir la línea de investigación que habían desarrollado juntos su esposo y ella en la Universidad de Kim Il-Sung en Pyongyang. Como suele ocurrir, la rutina aceleró su vida y consumió el tiempo con demasiada rapidez de modo que, cuando quiso darse cuenta, tenía treinta y ocho años, una cátedra en el departamento de ciencias y varios grupos de alumnos a los que intentaba transmitir su pasión por el conocimiento científico. En una ocasión, sus padres le habían tendido una emboscada para presentarle a un muchacho, vecino de escalera. Era un tipo amable de la misma edad que Sun Young. La relación duró unos meses, hasta que ella se dio cuenta de que ningún hombre podría darle lo que en realidad añoraba. Ella ya había vivido su historia de amor prodigiosa.

Su línea de investigación se centraba en el campo de la biotecnología, en el análisis y búsqueda de las regiones del genoma del maíz y del arroz que regulan la respuesta al estrés ante situaciones de sequía.

Cuando Sun Young y su esposo se conocieron, ya habían sido testigos de sucesivas crisis alimentarias en la Corea escindida. Desde las grandes hambrunas de la década de los setenta, siendo apenas unos críos, hasta los efectos devastadores de las inundaciones que se produjeron años después y que destruyeron todo el sistema de irrigación del país. Las sequías posteriores dieron la puntilla, causando la pérdida del setenta por ciento de la cosecha de maíz y el colapso de los arrozales, que tampoco llegaban a dar lo suficiente para mitigar la continua carencia alimenticia que sufría la población.

En el área de preparación de medios de cultivo, un fárrago de artilugios de metal y vidrio, paneles para el sostén de pequeñas bombonas cilíndricas

y cuadros de control ofrecía una imagen de caos total al profano que se asomase por el Departamento de Biología y Botánica. La doctora Park Sun Young se encontraba en su mesa de trabajo frente a un medidor de PH y un plato caliente con agitador magnético. A mano estaban dispuestos varios frascos y otros materiales de vidrio para utilizar en su momento. Al otro lado de la sala tenía su mesa de trabajo el doctor Cho Dae-Hyun, también botánico, un hombre disciplinado y meticulado que trabajaba compartiendo espacios con Sun Young. En ocasiones realizaban colaboraciones puntuales cuando alguno requería apoyo de la maestría del otro y para intervenciones docentes con los respectivos grupos de alumnos, pero casi siempre trabajaban aisladamente.

Más allá, separados por una mampara que delimitaba los ámbitos de trabajo de botánicos y biólogos, había otras dos mesas, una frente a la otra, donde se sentaban los profesores Yoo Jae Myung y Gong Jung Hwan.

Sun Young acababa de retirar la vista del microscopio *erlenmeyer* cuando entraron dos jóvenes estudiantes portando sendas macetas con plantas gramíneas, cuyas finas hojas de un color verde claro se encontraban aún en fase de vaina engrosada. Salían del área de crecimiento in vivo para dirigirse con ellas al área de esterilización. Colocaron las plantas en el lavadero grande situado entre el desionizador del agua y las gradillas para el secado.

—Doctora, todo listo para la incubación de otro banco de germoplastas —anunció [Taeyang](#), solícito.

—¿Cuántas casas de malla tenemos en el invernadero? —preguntó Sun Young.

—No las suficientes, me temo —respondió su estudiante—, habrá que pedir permiso al intendente para comprar unas cuantas más.

—¡Permisos, permisos! Ahora no podemos perder tiempo en permisos. Deberíamos tener resultados para la próxima campaña de siembra. ¡Y los tendremos! —dijo Sun Young con una vehemencia que sorprendió a los jóvenes.

—Si quiere, doctora, puedo ir a las oficinas a por el formulario y se lo traigo ahora mismo para que lo rellene —ofreció Yang Mi, conciliadora.

Yang Mi era la pupila que, junto a Taeyang, había elegido Sun Young para ser su segunda ayudante. Ambos eran chicos despiertos que

compartían sus anhelos y habían demostrado no temer a las largas jornadas de trabajo que, en ocasiones, se prolongaban hasta cuando los pasillos de la universidad llevaban horas en silencio.

—Buena idea, Yang Mi. A ver si podemos acelerar eso para que la burocracia no nos demore demasiado.

La chica se dirigió hacia la puerta que daba al pasillo, pero no alcanzó a tocar el pomo porque esta se abrió de golpe y ante ella apareció el *hagjang*⁵. Yang Mi se hizo a un lado e inclinó la cabeza en señal de respeto mientras los demás se ponían en pie al verlo. El decano miró en dirección al profesor Cho Dae-Hyun y le saludó brevemente desde donde estaba. Dae-Hyun respondió al saludo y volvió a sentarse, simulando retomar su tarea. En realidad, el motivo de la visita de su superior le interesaba febrilmente. Hacía un mes que, tras la jubilación del Jefe de Ámbito, puesto que incluía la jefatura de los Departamentos de Ciencias Naturales, Biología, Geología y Botánica, esperaban el nombramiento de un sucesor. Al igual que algunos otros de sus colegas, Dae-Hyun albergaba grandes esperanzas de ser elegido. Enseguida comprendió con inquietud que ese día él no era el objeto de la visita del decano. Por el contrario, este se acercó a la mesa de Sun Young.

—¿Cómo está usted, Doctora Park Sun Young? —saludó con una sonrisa cálida, ofreciendo su mano—. ¿Cómo lleva su trabajo? —Volvió a preguntar sin esperar una primera respuesta.

—Bien, bien. Creo que podemos decir que estamos llegando al final de nuestro proyecto. Que el momento de recoger resultados está muy cerca. No quisiera pecar de excesivo optimismo, pero tengo la esperanza de llegar a tiempo para la próxima siembra, con resultados óptimos.

—¡Estupendo, doctora! Usted siempre ha sido la mejor apuesta de esta universidad en el campo de la botánica. Por esa razón la he elegido para llevar a cabo una misión de suma importancia.

Sun Young hizo un lento movimiento de asentimiento con la cabeza, con el que expresaba su disposición a cumplir las órdenes del superior. Extrañamente, y sin razón aparente, las palabras del decano le habían causado un ligero vahído en la boca del estómago.

—Como usted sabe, dentro de unos meses, el Querido Líder Kim Jong Il quiere llevar a cabo uno de los mayores desfiles militares de la historia y se

celebra en un momento importante porque debe mostrar su poder a todos los enemigos exteriores de nuestro país. Decenas de miles de soldados y ciudadanos civiles participarán y usted hará una contribución única.

Hizo una pausa, esperando ver en el rostro de Sun Young una expresión de entusiasmo. Ella abrió mucho los ojos y arqueó las cejas, interrogante, a la espera del resto.

—Usted, doctora, va a encargarse de desarrollar una larga vida para la Kimilsunjia⁶, la flor que lleva el nombre del difunto «Líder Supremo» Kim Il-Sung. Miles de flores se expondrán durante el desfile. Presentaremos ante la mirada del mundo la naturaleza incomparable, plenamente reflejada en la [flor](#) inmortal, del Líder Supremo [Kim Il-Sung](#), padre de nuestro actual Querido Líder Kim Jong-Il. Usted buscará un agente de [conservación](#) que permita a la [flor](#) mantenerse longeva durante más [tiempo](#).

Pasaron varios largos segundos en los que la mente de Sun Young quedó en suspenso, incrédula y aturdida, al mismo tiempo.

—Sí, comprendo que es una gran responsabilidad y un gran honor —Continuó el decano—. No debe sentirse abrumada por esta misión. Tendrá la colaboración que necesite. Usted misma podrá nombrar a sus ayudantes entre la plantilla de la facultad.

—Hagjang, con todos mis respetos. ¿Debo dejar mi proyecto pospuesto hasta que encuentre ese agente de conservación? —preguntó ella.

—No, debe posponer su proyecto hasta después del desfile. Deberá ocuparse de que las flores se presenten en un estado óptimo, inigualable, el día de la exposición.

—Pero, con el debido respeto, hagjang, si nos ocupamos de esa preciada tarea, yo misma me sentiré muy honrada, pero tendremos que abandonar nuestro actual proyecto durante varios meses. No se podrá tener el cereal listo para la próxima siembra.

—Es el deseo de nuestro Querido Líder. Él confía en nosotros para el éxito de esta misión. Y yo confío en usted. ¿Acaso no desea cumplir los deseos del Querido Líder? ¿Cuántos años lleva dedicada a su actual proyecto? —Claramente su jefe esperaba otra reacción y ya estaba perdiendo la paciencia.

—Casi cuatro años —contestó ella.

—Y ahora, después de ese tiempo, ¿no puede esperar unos meses para terminar el trabajo, que, por otra parte, ya debería haber rendido algún fruto? —dijo, airado.

—Usted sabe que este ha sido un proyecto a largo plazo. La tolerancia a la sequía es un rasgo en el que están implicados varios genes, lo cual hace su manipulación poco exitosa. Por este motivo hemos apostado por estudiar los recursos genéticos naturales que ya existen en las plantas. El problema es que este proceso es muy complicado y largo, necesitándose varios años de cruzamientos y retrocruzamientos para conseguir la combinación deseada de caracteres. Pero estamos ya...

—¡No quiero oír más! —dijo con voz apagada, en un tono que expresaba algo más que reproche, algo que le decía que había sobrepasado los límites, que la sospecha podía cernirse sobre su cabeza—. Comenzará a trabajar en la flor inmediatamente. Pase al intendente la lista de materiales que va a necesitar para realizar el trabajo y ordene que se lleven de aquí todo lo que no vaya a utilizar en esta misión. ¡Mañana mismo! —concluyó, dando media vuelta.

Sun Young y sus dos jóvenes ayudantes siguieron en pie mientras se alejaba, la mirada puesta en la figura de aquel hombre que había dejado tras de sí un epitafio al anteponer los caprichos de un ser a las vidas de muchos millones. Ella estaba desolada, pero la estupefacción fue poco a poco dando paso a la ira. La idea era aberrante, incluso obscena. Taeyang y Yang Mi seguían paralizados a la espera de la reacción de su profesora.

—Se lo he dicho ¿verdad? Vosotros lo habéis oído. ¿Le he mencionado al decano que podíamos dar solución al hambre de este país en muy pocos meses? —dijo con la voz rota, viendo cómo todos los esfuerzos por vencer al tiempo acababan de ser aplastados como cáscara de huevo.

—Sí, doctora. Lo hemos oído —respondió Yang Mi.

—Pero podremos seguir cuidando los cultivos, ¿verdad? —dijo Taeyang.

—No lo sé —respondió Sun Young, cabizbaja, como si se hubiese deshinchado.

Pero al momento levantó de nuevo la cabeza y volvió a sonar enfurecida.

—Lo que está claro es que si no lo hacemos perderemos el trabajo de los dos últimos años. No permitiré que algo tan inútil como una flor obstaculice nuestro proyecto —dijo mientras se dirigía al lavadero y continuaba con su actividad.

De manera instintiva, los muchachos miraron alarmados por encima de la mampara hacia la figura de Cho Dae-Hyun. Parecía estar enfrascado en su tarea y no haber escuchado las palabras de la profesora. Sin embargo, en una sociedad preparada para que todos vigilen a todos, nadie podía permitirse ser rebelde. Todos debían comportarse siempre como obedientes sirvientes del régimen y en ese momento sintieron miedo por su mentora y también por ellos mismos. Pero ella estaba exaltada. Siguió expresando su descontento sin medir las palabras ni el tono de su voz. Si el profesor Cho Dae-Hyun o los otros colegas de biología la estaban oyendo esa actitud les ponía en una situación de riesgo a los tres.

—Oiga, doctora, ¿y si clonásemos los germoplastas y mantuviésemos los clones in vitro a la espera de que podamos reanudar nuestro trabajo? —dijo la joven Yang Mi, ansiosa por tranquilizar a su jefa. Echaba ojeadas alternativas a su profesora y al doctor Cho Dae-Hyun— De ese modo no perderemos los últimos resultados —dijo finalmente bajando mucho la voz.

—Pero para eso deberíamos primero trabajar en la clonación y eso nos llevaría varias semanas —añadió Taeyang muy bajito, contagiado de la actitud sigilosa de su compañera.

—Pues así lo haremos —Fue la respuesta contundente de Sun Young, sin hacer caso del tono prudente de sus pupilos—, después nos ocuparemos de esa flor.

A los pocos días, los laboratorios empezaron a llenarse con el material solicitado para comenzar a trabajar en la Kimilsunjia. Sun Young no tenía intención de emprender el trabajo todavía, pero temía levantar sospechas si no hacía el pedido al intendente, tal como le había ordenado el decano. En cambio, obedecer la orden de buscar colaboradores iba a ser más difícil. No podía dejar que otros metieran las narices por allí hasta que tuviesen los clones listos para guardar. Se proponía llevar los dos proyectos simultáneamente durante un tiempo, aunque tuviese que incrementar las horas de trabajo.

Cuando Cho Dae-Hyun se acercó a su mesa y le tocó el hombro, ella dio un respingo que le hizo derramar el contenido de uno de los frascos que trajinaba.

—Perdona, Sun Young. No pretendía asustarte —dijo él, azorado—. ¿Tienes unos minutos? Necesito hablar contigo.

Cuando Sun Young se volvió a mirarle y puso en él la caricia de sus pupilas negras, Dae-Hyun notó cómo una llama le subía a las mejillas. Volvió a embelesarle, a su pesar, aquel óvalo perfecto del rostro que tantas veces había deseado acariciar, la frente altiva como un abanico de nácar y su piel de porcelana que a él se le antojaba que olía a trigo. A Dae-Hyun se le ocurrió en ese momento que nada en ella había perdido el brillo de la juventud.

Recordó el día en que Sun Young hizo su aparición en el laboratorio. El colega al que venía a sustituir se había jubilado y aún nadie había ocupado ese puesto. ¡Ella era tan joven! Le dio la mano y Dae Hyun recibió por primera vez el calor de sus ojos, encendidos y de mirada risueña. Fue el primer paso de un camino agridulce, de esperanzas truncadas, primero por el freno de su propia timidez y luego, por la llegada de In Gyo-Jin.

Gyo-Jin entró en el Departamento unos meses más tarde que ella y fue para desarrollar un proyecto a iniciativa propia. Venía autorizado por el propio secretario de agricultura, que pretendía hacer un gesto de condescendencia y apertura a los jóvenes talentos universitarios. Ella recibió el encargo de ubicar al recién llegado en los laboratorios y ser su mentora en el proyecto.

Aquel joven resultó ser un vendaval. Hacía una defensa encendida de su trabajo y de los objetivos que perseguía y ponía una pasión en todos sus actos que apabullaba a Dae-Hyun y lo dejaba inmerso en el desaliento.

Para Sun Young, por el contrario, Gyo Jin fue como el rayo de sol que disuelve la niebla. En su presencia todo lo demás perdía relevancia y luz. En un régimen totalitario, donde la creatividad era anulada mediante la represión, y el talento esterilizado por la uniformidad, Gyo-Jin era una excepción, un alma inquieta de las que, algunas veces, aunque muy de tarde en tarde, surgen en el erial de las dictaduras absolutas alzándose, aun sin pretenderlo, contra la sumisión del intelecto. Así era que Gyo-Jin brillaba como lo haría un diamante sobre el fondo pedregoso de un río. Sun Young,

que admiraba la valentía intelectual por encima de todo, quedó hechizada por su colega y compartió con él sus anhelos y los mejores años de su vida.

Más tarde, cuando una neumonía se lo llevó, cien veces se propuso Dae-Hyun vencer los propios reparos y conquistar el amor de la viuda Sun Young, pero, cuando al fin se decidió a dar el paso, descubrió que ya no había un resquicio en el corazón de ella por donde un hombre pudiera colarse.

—Me gustaría pedirte que consideres mi colaboración en la misión que te ha sido encomendada —continuó Dae-Hyun—. Sería un gran honor brindar mi participación en cumplir los deseos del Líder Supremo.

A Sun Young no le llegaba por sorpresa la petición de su amigo. Esos días se habían acercado a ella otros muchos con el deseo de ser elegidos para colaborar en el proyecto de la kiminsulgja. Unos lo hacían realmente por devoción, otros por la inercia del servilismo debido y aún había quienes lo hacían por puro miedo. No lo percibían como tal porque se habían habituado a sentirlo, a temer, en todos los ámbitos de su vida, la eventualidad de quedarse cortos en sus muestras de adhesión al régimen.

—Mi querido Dae Hyun, me encantaría tenerte a mi lado en este cometido, pero necesito tomarme un tiempo antes de seleccionar a mis colaboradores en el proyecto.

—¿Y puedo saber por qué? ¿Qué clase de respuesta es esta? —dijo él francamente airado.

—No te ofendas. Solo será cuestión de unos días. —Le sonrió cariñosamente para quitar importancia a su negativa.

Su rechazo y, aún más, aquella sonrisa, le dejaron la garganta seca, tosió para aclarársela. Le brillaba la frente por el sudor y en los lugares donde el pelo clareaba, se le veía el cuero cabelludo húmedo. Unas cejas tupidas con predominio de canas y unas lentes de cristal grueso incrementaban su aire de hombre grave.

—De acuerdo. Comprendo que tengas que pensarlo. Pero si recuerdo bien las palabras del decano, no me parece que puedas demorar mucho tu decisión —Respiró hondo como quien quiere cambiar de tema—. Sun Young —volvió a carraspear—, ¿no estarás metiéndote en problemas?

—Tranquilo, no tienes de qué preocuparte. Todo va bien —dijo ella, y echó un vistazo al reloj que llevaba en el bolsillo de la bata, dando a entender que debía acabar la conversación y retomar el trabajo.

Durante los siguientes días, a Dae Hyun no le pasó desapercibida la actividad frenética de Sun Young y su equipo de estudiantes. También se percató de que apenas se trasteaba con el material de la kiminsulgia que le había sido suministrado. Todo lo más, pasaban un par de horas en el invernadero al cuidado de las plantas en tareas de mantenimiento propias de un hortelano.

Poco tiempo después, charlando con algunos colegas le llegaron rumores contradictorios que le helaron la sangre y al mismo tiempo le llenaron de gozo, un gozo agrio y eternamente culpable.

—A mí me ha llegado la información de buena fuente. —Estaba diciendo el profesor Bon-sua cuando Dae-hyun entraba en el cuarto de la máquina de café.

—No puedo creerlo. Sería una decisión injusta —opinó la doctora Moon Ha-Neu, del Departamento de Geología—. ¿Sun Young y Dae Hyun, únicos candidatos propuestos para disputarse la Jefatura? ¿Y nos han dejado fuera a todos los demás?

Se encontraban sentados en sillas de fórmica verde pálido alrededor de una mesita redonda de igual acabado.

—El propio Dae Hyun quizá pueda confirmar la veracidad del rumor —dijo Bon-Sua poniendo a la doctora sobre aviso de que el aludido entraba a sus espaldas.

—Yo no sé nada en absoluto. Se tratará de un rumor —replicó Dae Hyun con una falsa modestia mal disimulada, mientras intentaba sacudirse el sentimiento de euforia que empezaba a inundarle aquella noticia.

Era bien sabido que, aunque no se tratase de información oficial, los rumores que corrían por la universidad y llegaban al equipo docente venían a resultar ciertos en un noventa por ciento de los casos. Discretamente se permitió razonar que, si este tenía fundamento, todos los demás colegas debían considerarse descartados en su aspiración al puesto.

—No es justo, desde luego, que se coloque a la doctora Sun Young a tu misma altura y categoría, Dae Hyun. Trabajabas en esta universidad años

antes de que ella llegara. No te mereces esto —dijo ella nerviosa, tratando de tergiversar la verdadera intención de su primer comentario.

Él sacudió la mano y se sonrojó levemente, henchido de satisfacción. Se fue a la nevera situada en un rincón de la sala y cogió un frasco de té con jazmín que había dejado a enfriar al llegar por la mañana.

—Gracias, Ha-Neu, pero eso aún no es seguro y puede que... —Empezó a decir Dae Hyun.

—¿Pero es que no os habéis enterado? —Interrumpió uno de los científicos más jóvenes. Volvía de la máquina de sacarse un sucedáneo de café hecho de boricha tostada. Cogió una silla y se sentó con al grupo—. Dicen que la doctora Sun Young está siendo investigada —declaró, inclinándose hacia adelante y bajando la voz en tono de conspiración.

Las mejillas de Dae Hyun pasaron directamente del rosa subido al pálido ceniciento notando las orejas que seguían ardiendo, aún incapaces de desprenderse de la euforia anterior. Quiso preguntar algo, pero tenía un nudo en la garganta y hubo de esforzarse por sacar la voz.

—¿Quién te ha informado? —Logró decir al fin dirigiéndose al joven portador de la noticia.

—Yang-Suni, la secretaria del decano. Llevamos unos meses saliendo.

Esperaba la pregunta como excusa para explayarse y continuar con los detalles de la exclusiva.

—Los profesores Jae Myung y Jung Hwan, del departamento de biología, pidieron cita con el decano y este a su vez convocó al comisario de zona. Yang-Suni me contó que cuando los profesores abandonaron el despacho, el decano siguió reunido con el comisario. En ese momento llamó a mi novia por el interfono y le pidió que le fuese a buscar en los archivos generales todo el dossier de la doctora Sun Young.

—¿Y eso qué demuestra? —Se atrevió a replicar Dae Hyun.

—Yang-Suni lleva bastante tiempo como ayudante del decano. Conoce el procedimiento porque lo ha visto otras veces. Cuando algún buen ciudadano descubre un acto de traición y tiene la valentía de denunciar al sospechoso, el decano convoca al comisario y la investigación siempre comienza por estudiar el expediente del denunciado.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó otro de los allí reunidos.

—Eso no lo sé. ¿Y acaso importa? Si hay investigación es que algo ha hecho que atenta contra el país y los ciudadanos.

—Claro, claro —Fueron repitiendo como un eco todos los presentes.

Dae Hyun miraba al suelo mientras movía la cabeza afirmativamente con el corazón encogido. Acabó su bebida y se despidió para volver al trabajo.

Tenía clase de Histología Vegetal con uno de los cursos iniciales y se dirigió al aula completamente descentrado de lo que tenía programado impartir en esta sesión, a pesar de lo cual decidió que no podía ocuparse ahora de eso. Necesitaba abstraerse para poder pensar con rapidez. El siguiente paso que iban a dar con toda seguridad sería interrogar a las personas cercanas a la denunciada. Tenía que preparar su estrategia para no verse comprometido. Así que puso a los alumnos a trabajar por su cuenta en un proyecto que habían de entregarle en breve mientras él simulaba recorrer el aula dispuesto a resolver dudas. Ahora entendía por qué Sun Young le había puesto una excusa para no dejarle trabajar con ella. No quería que nadie averiguase lo que estaba haciendo. Empezó a atar cabos. Recordó el enfado de su compañera y cómo sus quejas se habían escuchado por todo el departamento cuando el decano se marchó después de dejarle el encargo de trabajar con la Kiminsulgia. Si él la oyó, ¿por qué no los colegas de Biología? Por otra parte, seguramente, al igual que él, habían observado el abandono en que tenía el material suministrado y, al igual que había hecho él, también debían haber solicitado ser sus colaboradores en la empresa, con la misma respuesta. «¡Qué imprudente has sido Sun Young!».

Empezó a considerar el hecho de que ella siempre había pecado de soberbia. Recordó su arrogancia al rechazarle por segunda vez cuando se quedó viuda, como si él no fuese suficiente para ella. La misma prepotencia la había puesto en la situación en que estaba. Lo que no era justo es que arrastrase con ella a los demás. Y Sun Young lo sabía. Todos sabían las consecuencias que los actos de un traidor podían tener sobre familiares, amigos y compañeros de trabajo. Cuando le interrogaran a él, de nada serviría aducir que no estaba al tanto del comportamiento de su colega. Compartían espacios y recursos. Operaban demasiado cerca. Su obligación era, no solamente ser leal, sino también vigilar la lealtad de los que estaban a su lado. Por otra parte, si optase por reconocer que había observado una conducta sospechosa, ¿cómo explicar que no la hubiese

denunciado todavía? Se encontraba en un callejón sin salida. ¡Maldita sea! Su única oportunidad era intentar una huida hacia delante: adelantarse y denunciar. Después de todo Sun Young ya estaba perdida. Él no podía ayudarla. Tenía derecho a salvarse. De él dependían unos padres ancianos y también su pobre hermano pequeño. Jae Myung había nacido con una discapacidad intelectual que le condenó a vivir dependiente, primero de los padres y más tarde, de su único hermano, Dae Hyun. En cambio, Sun Young no era responsable de nadie desde que sus padres fallecieron.

En estas cavilaciones estaba Dae Hyun, de pie mirando por una ventana de la clase, cuando las voces de varios estudiantes atropellaron sus pensamientos y se sobresaltó con la sensación de que su tiempo se había acabado.

—Ya es la hora, profesor —dijo uno de sus alumnos en un tercer intento por hacerse oír—. ¿Podemos irnos? La clase ha terminado. —El chico sintió la necesidad de aclarar lo evidente, al ver la expresión de despiste del profesor.

—¡Claro, claro! Pediré los trabajos el próximo día —les informó, mientras caminaba hacia su mesa para recoger la cartera, intentando no pensar más. Realizó los siguientes movimientos de forma mecánica. En realidad, trataba de que su determinación no flaquease. Debía encaminarse al despacho del decano sin vacilar.

A las ocho de la noche, ese día, después de una jornada larga y fructífera, Sun Young ponía término a sus tareas y salía de la universidad a la gran avenida central. Un par de horas antes había mandado a casa a los muchachos, pero ellos habían preferido quedarse a ver concluida la clonación de los germoplastas y su incubación in vitro. A pesar del obligado aplazamiento en la obtención final de los semilleros, estaban eufóricos por el éxito logrado.

Salió a la Avenida de Chongryu, donde contempló por enésima vez en su regreso a casa la larga hilera de edificios grises que, como grandes fichas de dominó puestas en fila, creaban un muro gigantesco bordeando un lateral de la avenida. Cruzó a ese lado y se coló, como por una rendija, por el callejón que separaba dos de los bloques. Resurgió en una amplia calzada cuya intersección controlaba una guardia de tráfico blandiendo su porra a modo de batuta y cubría el trabajo de un inexistente semáforo. Pese al

exceso que había en sus robóticos movimientos, la escasa circulación requería mucho menos esfuerzo del que el orgullo de la encomienda le instaba a realizar. También era escaso a esa hora el tránsito peatonal. En las calles reinaba una atmósfera de retirada y vacío. Levantó la vista para encontrar las omnipresentes miradas de Kim Jong Il y Kim Il Sung, sonriendo alegres en los gigantescos carteles que, como padres desvelados por el cuidado de sus hijos, salían al paso en numerosos rincones de la ciudad. El barrio de Chonu Dong, donde tenía su apartamento, sucedía al perímetro universitario. Aun así, debía caminar una media hora larga porque su vivienda se encontraba al otro extremo del barrio. La mayor parte del profesorado se alojaba en los bloques designados por el gobierno al personal docente pero Sun Young se había mudado para vivir con sus padres cuando la salud de estos comenzó a decaer. Ahora, sesenta metros eran demasiados para una sola persona y todavía no la habían reubicado. Lo esperaba desde que su madre se apagó. Los médicos dijeron que era el corazón, y ella pensó que por una vez habían acertado. No así con su padre, que había arrastrado una larga enfermedad y murió sin saber qué fue lo que se lo llevó. Su esposa le sobrevivió apenas unos meses.

Cuando Sun Young llegó a su bloque de apartamentos apenas quedaba del atardecer una luz mortecina. Eran las ocho treinta de la noche y la farola única que trataba de alumbrar cada calle de la ciudad aún no se había encendido. Subió en el ascensor hasta la planta octava. Era un edificio bastante nuevo, con fachada de color gris cemento salpicada de pequeñas ventanas enmarcadas en amarillo pálido.

Sun Young se quitó los zapatos en un rincón de la entrada y se puso unas zapatillas, evitando el frío del linóleo en los pies. Fue a la cocina y abrió la nevera. La utilizaba como despensa y raras veces como fuente de frío debido a los cortes diarios de luz, que podían durar horas. En casi toda su capacidad estaba ocupada por un buen número de frascos de kimchi. A finales de noviembre había participado con otras familias en la elaboración y embotado de este alimento básico. Era costumbre arraigada proveerse de kimchi para todo el año. Se componía de col fermentada aderezada con rábanos, chiles, ajo y cebollas. Hoy tampoco había llegado a tiempo a la tienda de comestibles. Llevaba dos días sin recoger los trescientos gramos de arroz que le correspondían y que se estaban sumando en su cartilla de

racionamiento. Gracias al almuerzo que servían en el comedor universitario —del que se llevaba algunas sobras— y a un par de raciones de cereal acumuladas de otros días, no se iría a la cama con el estómago vacío. Después de cenar se preparó un té y se sentó en el sofá de la sala de estar a revisar la correspondencia. La sala contaba con un brillante sofá de escay sin rasgaduras, una mesa cuadrada con cuatro sillas y un aparato de televisión sobre una repisa metálica con ruedas donde media docena de fotografías se encargaban de mantener el recuerdo de sus padres. En las paredes vacías, los retratos del Gran Líder y del Querido Líder presidían la vivienda, al igual que todas las viviendas del país.

Sus ojos se fijaron distraídamente en la fotografía de su padre vestido con el *dobok*⁷ blanco del Hapki-do. Como instructor de este arte marcial coreano, hijo a su vez de un gran maestro de reconocido prestigio antes de la escisión, el padre de Sun Young había querido también adiestrar a su hija en esta disciplina y en la foto, ella, una adolescente ataviada igualmente de hapkidoka, sonreía junto a él y mostraba orgullosa su primer *hanbō*⁸. Cualquiera hubiese reconocido en la expresión de la chica el sentimiento de orgullo que destilaba. Acababa de ganar su diploma inaugural en el arte de emplear ese bastón. Le gustaba el *hanbō*, su ágil manejo, que no precisaba fuerza física, pero otorgaba la capacidad de derrotar a una katana o a un sable japonés. La respiración, la flexibilidad, la sensibilidad, y la velocidad de acción se combinaban en el Hapki-do para, como rezaba el lema escrito sobre la puerta de entrada del Dochang⁹, el gimnasio en el que instruía su padre, «buscar la formación del individuo como persona dispuesta a la defensa de sí mismo, de su familia y de su país». Debido a la situación política de Corea en los años cincuenta, el hapkido había sido una disciplina destinada a acabar con la vida de los adversarios y había dejado a un lado la filosofía de las artes marciales tradicionales que más tarde recuperó.

Hacía varias semanas que no visitaba el Dochang y estaba empezando a padecer algunos síntomas de agotamiento y dispersión mental mientras trabajaba. Era imperioso que sacara tiempo para volver a sus entrenamientos.

Trató de distraer su mente en la pantalla del televisor y dejar de dar vueltas a cuál sería la mejor ubicación del material conseguido y asegurar

su perfecto estado de conservación.

Echaría de menos este apartamento cuando la trasladasen, no solo por el tamaño sino por su aspecto impecable cuando lo estrenaron sus padres y que habían mantenido con esmero: sin desconchados en las paredes ni desajustes en las ventanas. Además, todos los aparatos eléctricos funcionaban, incluido el televisor. El problema con los ascensores era harina de otro costal; en todas partes dependía del suministro eléctrico por lo que eso no iba a suponer diferencia alguna en su próxima vivienda, fuera la que fuera. En cualquier caso, debía estar agradecida. Merced a la magnanimidad del Querido Líder y, antes de él, a la de su padre, el Gran Líder, disfrutaban de prosperidad y justicia social. Pronto, además, ella iba a contribuir con su proyecto a que no se sufriera más hambre en este país. Esta era una tragedia de la que solo la naturaleza era culpable. Aunque en su fuero interno reconoció que si no por la necesidad de mantener un gran ejército, el pueblo no sufriría tanto. Ahí sí tenían culpa los enemigos de la patria: occidente y Japón que, en su afán por destruirlos, habían dividido en dos a la Gran Corea y puesto a la otra mitad en su contra. Debían, pues, estar alerta ya que en cualquier momento podían ser atacados. Esto lo sabían todos sus habitantes, hasta los escolares de primeros grados. Ese feroz capitalismo que sufrían los ciudadanos de occidente, que llenaba las calles de las ciudades de gente sin techo y hundía en la droga y el vicio a muchos de sus jóvenes. Por eso odiaban a Corea del Norte y a sus gobernantes. Ellos eran la evidencia de un régimen distinto con una sociedad más justa y no les interesaba reconocerlo. Así lo había expresado el Querido Líder en su última arenga al pueblo: para el capitalismo era necesario hacerlos desaparecer.

A la mañana siguiente, cuando Sun Young cruzaba el pasillo del dormitorio a la cocina, tropezó con una carta que había sido introducida por debajo de la puerta. Tenía membrete del Ministerio de Asuntos Patrióticos y Veteranos. En un primer momento se sobresaltó. Luego, mientras tomaba un cuchillo para abrir el sobre, se le ocurrió que quizás se interesaban por la marcha de su trabajo con el cereal. Finalmente la leyó y se quedó sin sangre. Le convocaban a una reunión con el comisariado de zona para interrogarle sobre un posible acto de traición. Debía presentarse

a la mañana siguiente y, rezaba la misiva: «solo en compañía de la verdad». Le temblaban las manos al dejar el cuchillo sobre la encimera.

Hizo el recorrido a la universidad bulléndole la cabeza. Se sentía en un estado febril. Súbitamente se dio cuenta de las cosas. Recordó sus sentimientos cuando el encargo del decano frustró los plazos de trabajo que se había fijado y cómo lo había expresado sin miramientos, sin disimular el coraje que le producía. Además, si, a pesar de su discreción, alguien se había dado cuenta, de que estaban demorando el trabajo con la Kiminsulgia, la denuncia habría sido la gota que colmase la paciencia del decano. Llegó a la conclusión de que las acusaciones tenían que haber partido de su entorno de trabajo.

¡Maldita sea! «¿Pero es que no deseaba honrar al “Gran Líder” Kim Il-Sung? ¿Por qué, entonces, había sido tan necia?».

Debía tranquilizarse. Podría ser un error. Pero, ¿cómo saberlo? ¿Y cómo esperar para averiguarlo hasta la mañana siguiente en el interrogatorio? Quedaba todo el día y una larga noche. Trataría de hablar con el decano.

En cuanto llegó a la facultad, fue directamente a pedir audiencia. Hablaría con él y, si en verdad estaba bajo sospecha, se disculparía de corazón. Como eximente explicaría su afán por tener acabado el trabajo cuanto antes con el único objetivo de servir al bienestar del pueblo. Que había actuado llevada por el espíritu de servicio a la nación y al Querido Líder. Eso la había obcecado con un sentimiento de frustración del que, no obstante, pronto se sintió arrepentida.

Pero, aunque insistió en que le llevaría solo unos minutos, la secretaria fue tajante en su respuesta. Ese día el *Hagjang* tenía la agenda llena. Se encaminó entonces al Departamento. Necesitaba hablar con alguien y ese alguien era su amigo Dae Hyun. Al ver que no estaba en el despacho, revisó su horario y vio que no tenía ninguna clase a esa hora. Se sentó en su mesa a esperar, pero a mitad de mañana no había señal de él y pensó que era muy extraño. Desde que ella estaba en este puesto solo en una ocasión Dae Hyun había faltado a su trabajo y fue por una operación de apendicitis. Recordaba su cara pálida y ojerosa cuando dos días después de la intervención lo encontró sentado en su mesa concentrado en la tarea. Presa de la inquietud, volvió a mirar su horario de clases. En quince minutos tenía él una sesión en el aula número catorce, así que se dirigió hacia allí.

Esperaba sentada en un banco junto al rellano de las escaleras cuando Dae Hyun apareció. En cuanto vio su rostro rebasar los últimos escalones, Sun Young, que era profundamente intuitiva, tuvo rápidamente un mal presentimiento. La expresión de Dae Hyun al descubrirla allí reflejó en segundos sus más íntimas fluctuaciones, de la turbación pasó a la arrogancia, del remordimiento al desdén. Ella vio enseguida la culpabilidad en sus ojos, que provocaba en él una actitud defensiva.

—Buenos días, Dae Hyun, me ha extrañado no encontrarte en tu despacho, ¿tienes unos minutos para hablar conmigo? —En su tono de voz no había ningún resentimiento; le habló como de costumbre, pero sin naturalidad, condicionada por lo que acababa de vislumbrar en el corazón del hombre.

—Tengo una clase en cinco minutos —dijo él, esquivando su mirada.

Se veía incapaz de levantar la vista para enfrentarse a aquello. Le dio la espalda y enfiló el pasillo en dirección al aula.

—¿Has sido tú? No puedo creer que hayas sido tú. ¿Por qué? —preguntó Sun Young suavemente, con la voz constreñida por el dolor.

Él entonces se giró en redondo y le hizo frente.

—No me culpes de lo que has provocado con tus actos insensatos —Casi gritó, mirándola ahora a los ojos—. No fui yo. Otros te oyeron y te observaron. Tu conducta en las últimas semanas ha sido escandalosa. Descuidando una encomienda del Querido Líder nos has puesto en peligro a todos —dijo, sintiendo un peso enorme en el centro del pecho, y se quedó en silencio unos instantes, abrumado por la mirada de estupor de Sun Young.

—Será mejor que pongas sobre aviso a tus chicos, si no quieres que caigan contigo. Muéstrales lo que deben hacer —continuó casi sin voz. Se sentía agotado como por un gran esfuerzo.

Antes de abrir la puerta y entrar al aula número catorce, Dae Hyun se secó los ojos con la manga.

5 Decano de la universidad.

6 Flor a la que se puso el nombre del difunto líder norcoreano Kim Il-sung para venerar su memoria.

7 Uniforme del Hapkido.

- 8 Bastón de madera utilizado en varias artes marciales.
- 9 Lugar donde se practica meditación o artes marciales.

SOFÍA ROMÁN / JULIO CEPEDA (ESPAÑA). EL MÉDICO

Fue más tarde, durante la cena, cuando Julio se atrevió a poner en palabras las hipótesis que había estado rumiando. Tenía miedo a la reacción de Sofía ante lo que él mismo contemplaba irracional, pero cuando le mencionó su visita a Enrique Mata y cómo estaba dispuesto a ayudarla, la actitud de Sofía le preocupó más que si se hubiese negado en redondo: ella no se reveló contra la intromisión de la Iglesia y la ayuda que le quisiera brindar. Solo guardó silencio.

Julio no insistió más y Sofía se quedó allí sentada sin saber qué decir, hundida en la duda y la confusión, hasta que se decidió a salir de su mutismo.

—Antes, déjame visitar a un psiquiatra —dijo sintiendo que caía en un agujero negro de autocompasión.

Esa noche, apoyada en la baranda del balcón, Sofía estuvo contemplando las luces de la ciudad, que desde que llegaba el buen tiempo no dormía hasta muy avanzada la noche. Todo a lo largo de la avenida los cafés congregaban a los clientes alrededor de mesas arracimadas en las aceras y llenaban la calle de un suave murmullo de voces y risas, solo reprimidas por deferencia hacia los menos trasnochadores. Oyó reír a Alba en el interior de la casa, que jugaba con Julio en el sofá, y el corazón le dio un vuelco. Sonaba como Adar, su niño pequeño. Cayó en la cuenta de que tenía la misma edad que Alba, solo tres meses menos. Adar reverenciaba a su hermano mayor, Yamih. Recordó su mirada rutilante, sus bracitos agitados y sus tiernas risotadas cuando Yamih se plantaba delante para hacerle reír con simples charlotadas de chiquillo. Los ojos de Yamih eran verde aceitunado, en un rostro bello como el de su madre. Solo lo llevó siete meses en su vientre. Algunos parientes declararon que ese niño no era para vida, pero ella no les creyó. Ya entonces, con la ceguera del recién nacido, Yamih abría los ojos buscándola y el vínculo que se estableció entre madre

e hijo fue más fuerte que su augurado destino. Adar quería a su hermano Yamih más que a nada en el mundo, y Yamih amaba a su madre más que a nada en el mundo.

En esos momentos, lo tuvo bien claro: no podía dejarse hundir de nuevo en el abismo de sus pensamientos. Tenía que coger las riendas de su razón y empezar a tomar decisiones. En primer lugar, tenía que confirmar de alguna manera que Ashti existía en el mundo de los vivos. Tenía la certeza de que así era y no los dejaría a ella y a su familia a merced de un destino tan atroz. Llegaría hasta donde se encontrasen y haría lo que estuviese a su alcance por ponerlos a salvo. Fue una determinación que no iba a comunicar a su marido hasta tener todos los cabos atados pues estaba segura de que nadie iba a entender su decisión. La idea parecía descabellada e inalcanzable. De nuevo una locura.

A las once de la mañana del día siguiente se encontraban frente al número diecisiete de la calle Azoque. En la fachada, junto al umbral de un gran portón, una placa ubicaba en el principal izquierda, la consulta del doctor Raúl Marcos, «Especialista en Psiquiatría». Llamaron al timbre y, como respuesta, oyeron el zumbido del automatismo que abría la puerta. Arriba, en la consulta, el propio doctor Marcos salió a recibirles y les hizo pasar directamente a su despacho. De semblante afable, el médico era un hombre pequeño, de complexión armónica, con nariz prominente y concentrados ojos azules que al fruncir generaban tal abanico de arrugas que parecían las erosiones de una torrentera seca. Hablaba y se movía con ademanes amortiguados y un marcado acento argentino y parecía habituado a usar el susurro en vez de la voz. «Quizás era una estrategia que funcionaba bien con los pacientes», pensó Julio. Sin embargo, a él, sus gestos o, más bien, la ausencia de estos, le produjeron cierta repelencia y le vino a la mente la ocurrencia común de que los psiquiatras son gente que esconde alguna chifladura. Apartó esos pensamientos triviales y ofreció la mano al hombre que Sofía le estaba presentando como «Raúl, un excelente y uno de los mejores especialistas de Zaragoza». El médico rubricó la presentación añadiendo pomposamente que «también era un amigo con una deuda de gratitud contraída con su esposa y que esperaba la ocasión de resarcir». «Todo grandilocuencia», se dijo Julio.

El doctor Marcos, como era su costumbre, pospuso las preguntas. Primero quería oír a la paciente y dejó hablar a Sofía, que, por primera vez, desde la madrugada de la transmisión, se escuchó a sí misma exponiendo los hechos de manera clara y contundente, de un modo que casi le dio vértigo. Era plenamente consciente de lo inverosímil de su testimonio y, aunque de manera casi imperceptible, lo detectó en el rostro del médico quien, tras un largo instante de inmovilidad, reaccionó para aparentar sosiego y mostrarse profesional. Lo que acababa de escuchar lo dejó desarmado. Primero se preguntó cómo esta mujer podía haber enloquecido hasta ese punto. Solo dos meses atrás se había revelado como una abogada de lo más cabal y competente. Además, su marido revalidaba los detalles esenciales necesarios para hacer creíble su historia. Eso sí era desconcertante, a no ser que se tratase de un episodio de alucinación colectiva. Simultáneamente, su cerebro trabajaba a toda prisa y le decía que se encontraba ante un caso insólito y de alto interés psiquiátrico, cuyo seguimiento le interesaba sobremanera.

—Dígame, Sofía, esa mujer que le habla, ¿en qué idioma se comunica con...?

—Espere un momento, doctor. Creo que no lo ha entendido — Interrumpió Sofía sorprendida por una pregunta que percibió casi como una ofensa—. No hay ninguna voz que hable dentro de mi cabeza. Se trata de recuerdos, recuerdos de la vida de otra persona, tan auténticos como los que guardo de mi propia vida.

—Bien... De acuerdo. Eso se sale de los patrones habituales. ¿Recuerda si ha tenido últimamente algún sueño recurrente? —dijo, tomando uno de los bolígrafos que mantenía sobre el escritorio, todos alineados a igual distancia unos de otros junto a una libreta, donde había escrito fecha y hora de la visita y donde se disponía a tomar notas.

Mientras escuchaba el relato de Sofía, Julio lo había observado mover reiteradamente los bolígrafos y algunas otras piezas del escritorio a una distancia infinitesimal de donde estaban, siempre buscando el paralelo perfecto de unas con otras y sin que pareciese quedar satisfecho en ningún momento. Claro que solo eran tics inconscientes mientras se concentraba en su mujer, pensó Julio para darse ánimo.

Con una buena dosis de empeño y perspicacia, el médico continuó haciendo preguntas que, sin embargo, a Sofía se le antojaban muy lejos de la naturaleza de su caso. Mientras contestaba obedientemente al interrogatorio del facultativo, empezó a sospechar que la medicina no estaba capacitada para darle respuesta. Sin embargo, tras un segundo diagnóstico consecuente con los resultados del cuestionario, Raúl Campos les sorprendió en sus conclusiones, invocando argumentos científicos, no precisamente ortodoxos y, por eso mismo, dignos de crédito para ellos. Ahora se disponían a escuchar con interés las hipótesis del médico.

—Existe una teoría dentro de la neurociencia que dice que todos tenemos habilidades ocultas en nuestro cerebro. Conforme se desarrolla nuestra mente, esas capacidades pueden o no aflorar a la superficie dependiendo de los caminos cerebrales que se formen. Esto significa que, en condiciones normales, hay conexiones neuronales de orden superior que inhiben a las que nos harían desarrollar esas increíbles habilidades. Estas las perdemos conforme se sigue desarrollando el cerebro, pero, mediante impulsos muy selectivos, podríamos hacer que brotasen si fuéramos capaces de devolverlo a un estadio anterior —dijo Raúl, desplegando toda su erudición sobre el tema y comprobando, por la actitud expectante de la audiencia, que esas últimas palabras habían ensartado el interés de ambos—. Por otra parte, ya desde hace años se ha planteado en física la hipótesis telepática. Si me lo permiten, voy a leerles un artículo de una reputada revista científica llamada Tendencias²¹, que cayó hace unos días en mis manos y que viene al caso de manera providencial.

Deslizó su sillón rodante hacia la librería que tenía a la espalda y seleccionó la mencionada revista de una de las pilas de publicaciones periódicas a las que estaba suscrito.

¡Desde luego! Sí que estaban dispuestos a escuchar lo que dijese ese artículo. ¡Se trataba de ciencia! e iba por un camino inexplorado y cismático, justo lo que necesitaban para dar alguna coherencia a las causas de tan extraño trastorno.

—Adelante —corearon al unísono.

—Veamos... «Si se detectase, sin dejar lugar a dudas, la existencia de fenómenos telepáticos, el hecho nos obligaría a buscar sus fundamentos en una física de campos y en algún tipo desconocido de acción a distancia. Por

ello, estos fenómenos deberían unirse al paquete de hechos extraños conectados hoy quizá con los de coherencia cuántica y acción a distancia, tanto en el mundo físico como biofísico. Si se verificase una interacción directa entre mentes sin mediación sensorial y bioquímica, habría que aceptar que, en estos supuestos, la mente admite estimulaciones o mensajes que no tienen un soporte bioquímico y se habría encontrado una nueva modalidad de interacción a distancia desconocida hasta el presente. Este hecho sería una puerta abierta a nuevos horizontes de la física. Se conocen formas de interacción extrañas entre enjambres de organismos independientes, como insectos o pájaros y entre enjambres de células en tejidos que parecen unidos por fenómenos de coherencia cuántica. La neurología cuántica, en general, abre vías nuevas de investigación sobre la naturaleza biofísica de la conciencia que quizá podrían también ayudar en la explicación de la hipótesis telepática».

No estaban seguros de haber entendido la complejidad del artículo, pero a los oídos de Sofía sonó como el Oráculo de Delfos. Adquiría toda su fuerza por el simple hecho de permitirle desechar las espeluznantes tesis que ellos mismos habían tenido que plantearse hasta ese momento.

—Me gustaría hacerle algunas pruebas, Sofía, para descartar cualquier tipo de alteración cerebral, como tumores o derrames. Una tomografía computada es un proceso indoloro y no invasivo usado para producir imágenes rápidas y bidimensionales claras del cerebro y la médula. Haremos también un polisomnograma para medir la actividad corporal y cerebral durante el sueño y, por supuesto, una resonancia magnética. —El médico presentó todo ese arsenal sin disimular su creciente entusiasmo.

Sofía y Julio se miraron y el médico sorprendió en esa mirada una decepción que daba al traste con el entusiasmo antes mostrado. Les acometió un recelo innato, un prejuicio que no podían reprimir ante el inesperado cariz que tomaban las propuestas del galeno. Someterse a ese tipo de procedimientos implicaba aceptar la posibilidad de un causante daño cerebral. Creían haber entendido que estaba descartada la demencia. Sin embargo, el doctor les tranquilizó: se trataba solo de pruebas protocolarias. Estaba seguro de que todo saldría bien. Después, seguirían trabajando el caso en sucesivas sesiones terapéuticas.

* * *

Después de la visita al médico, la resolución de Sofía fue tan sólida que Julio no aceptó por más tiempo tener que afrontar los acontecimientos en solitario. Recurrió a la familia y les pidió que se reunieran con ellos esa tarde.

¿Cómo se le ocurría semejante locura? ¡Un viaje de esas características era un suicidio!

Las presiones para hacerla desistir de su empeño fueron feroces. Tuvo que hacer frente a la embestida de consejos, advertencias y malos augurios de todos sus allegados: marido, padres, hermanos, hasta de los buenos amigos. Levantaron todas las barreras: la del chantaje emocional, la del deber y la responsabilidad familiar, la del peligro al que tendría que enfrentarse y finalmente la del «qué dirán» y la vergüenza social. Pero, una tras otra, fueron cayendo derribadas por la voluntad férrea de Sofía, que no veía otro camino que enfrentarse cara a cara con el origen del problema. De otro modo, ¿debía hacer como si nada le hubiese ocurrido, compartiendo las vivencias de dos mundos sin ninguna consecuencia aparente en su quehacer diario? Su mente y su corazón estaban entrelazados con otro ser. Su intuición le decía que quizás también esa persona compartía sus recuerdos y que el encuentro con ella aclararía el misterio y descubriría soluciones.

Sofía había contactado en Madrid con la embajada del GRK, el Gobierno regional del Kurdistán Iraquí, pidiendo, en su recién estrenado surmanji, que le facilitaran los teléfonos de algunas personas de Mosul. Ella les dio todos los datos necesarios y no encontró reticencias cuando expresó su preocupación por las circunstancias que estaban atravesando algunos parientes que vivían en la ciudad.

Uno tras otro, los personajes que poblaban su mente se fueron materializando. En efecto, esos eran los números de teléfonos fijos que ella albergaba en su memoria y le estaban confirmando: el de la propia Ashti, el de su hermano y el de sus padres y los de unos cuantos amigos y vecinos. Realizó también algunas llamadas sin respuesta hasta que encontró una voz que reconoció haber tratado a Ashti y a su familia. Era Rachid al-Husayni, el dueño del bazar tres puertas más abajo, un musulmán bien conocido que regentaba el comercio desde mucho antes de que ellos llegaran al barrio. Lo recordaba bien porque su historia recorrió la vecindad. Se le reprochaba haber abandonado a la familia al tomar otra

esposa más joven. La información sirvió a Sofía de prueba irrefutable. Ya no había duda alguna: Ashti era real y su mundo también.

Obtuvo un visado en la Embajada de Irak para viajar al Kurdistán.

Llevaba un nombre y una dirección de Erbil, que el kurdo Jihan, con el que dos días antes se había entrevistado, le había facilitado. Se trataba de un tal Jalal Yusef, alguien que podría trabajar para ella durante su estancia en la región, alguien en quien Jihan confiaba y que estaba dispuesto a ser una especie de guardaespaldas y guía. A cambio, Julio y ella encontrarían después la manera de gestionar para él y su familia un patrocinio de entrada en España como refugiados.

Finalmente, reservó un pasaje en Lufthansa, vuelo 003, desde el Aeropuerto de Barajas en Madrid hasta el Aeropuerto Internacional de Erbil, capital del Kurdistán.

YAMIH Y ADAR ÖCALAN (IRAQ). LA ÉTICA DE LA SUPERVIVENCIA

Como el sol estaba ya bajo y era soportable, Diyar se dispuso a salir de la tienda que compartía con su familia y un par de familias más en el campo de refugiados de Rabiaa. Todo el calor de la tarde se había concentrado dentro y el resto de sus moradores había salido buscando el alivio de la brisa que les regalaba el atardecer. Al retirar la cortina que hacía de puerta percibió con el rabillo del ojo un ligero movimiento en el interior, se giró despacio y contempló en silencio cómo una pequeña mano introducida a ras de suelo por debajo del toldo palpaba sigilosamente en busca de algo. A pocos centímetros de la intrusa extremidad se encontraban en un plato unos chuscos de pan, los restos secos de la mañana, que se habían reservado para acompañar la ración que repartirían a la noche. Diyar rodeó el exterior de la tienda en cuatro sigilosas zancadas y se abalanzó sobre el ladrón, que reaccionó justo a tiempo de escurrirse de su abrazo y salir corriendo. El hombre lo siguió entre el laberinto de tiendas de campaña y chabolas improvisadas, alzadas en el extrarradio de Rabiaa con los despojos que la ciudad excretaba. No le costó gran esfuerzo mantener el ritmo de carrera de las piernas de un niño, delgadas como palillos. Lo vio entrar en un miserable chamizo situado en el límite sur del campamento. Tenía por paredes dos grandes chapas, y un toldo hacía de techo. El muro del cerro en el que se apoyaba hacía a su vez de fondo de la vivienda por el que se colaban algunos rayos blanquecinos de luz. Diyar se asomó al exiguo cuchitril dispuesto a aleccionar al ratero con un buen escarmiento. Allí, arrodillado sobre girones de manta junto a otro chiquillo menor de mirada perdida, temblaba el delincuente mientras apretaba fuertemente con sus brazos al más pequeño. Su cara, lívida y sudorosa por la carrera, no expresaba temor sino una tristeza mortal.

Levantó hacia el visitante unas pupilas de color verde aceitunado rodeadas de párpados enrojecidos por el llanto y la suciedad, volvió la cabeza y apoyó la frente en la sien de su extraviado hermano como si no esperase ya nada de nadie ni nada de la vida. Se replegó sobre sí mismo sin separarse del pequeño. No volvió a mirarle ni a moverse. La única señal de vida fue una tos seca que a intervalos sacudía su pecho. De las tinieblas de la chabola surgió entonces una mujer como una sombra, que se puso en pie con gesto de alarma, como despertando de un sueño en el que no debía haber caído. Su voz sonó vieja y áspera.

—¿Qué hay? —preguntó con sequedad—. Este es nuestro refugio.

Así fue como el perseguidor, que, armado de cólera, pensaba atrapar al maleante, quedó abrumado ante aquellos pequeños seres desvalidos. En respuesta solo se le ocurrió murmurar:

—Sí..., claro. —Y se marchó.

El campamento de refugiados de Rabiaa, cerca de la frontera con Siria, era como una playa a la que, con cada embestida, las olas vomitaban una nueva carga de naufragos.

Cada día se transmitía la noticia de otra avalancha de emigrados procedentes de los pueblos y ciudades ocupadas y nadie dudaba del dato. Se percibía claramente en el tamaño de las raciones de agua y comida que les tocaba en el reparto.

Yamih y Adar habían llegado unos días atrás desde el monte Sinjar, de donde fueron evacuados junto con otros refugiados. Desde Rabiaa serían trasladados por tierra hasta uno de los campos en Erbil. Sin embargo, la ruta a la capital pasaba por la ciudad de Mosul y hubo que cambiar los planes de destino cuando llegaron noticias de que el paso por esta ciudad, ocupada por los yihadistas, era infranqueable y precisaba de un largo rodeo. De momento, era más seguro quedarse en Rabiaa a la espera de que sus aldeas y ciudades fuesen reconquistadas.

Sentado en una mesa plegable a la entrada del campo, el coordinador de la operación de descarga y ubicación de los recién llegados, Hamed Nikpay, era un hombretón de cabeza grande y cuello corto casi inexistente que parecía asentarse sobre un torso doblado en la espalda. Eso le hacía parecer torpe y pesado, tanto de cuerpo como de mente, pero nada se escapaba jamás a su control. Como los ojos de un adiestrado piloto, los suyos no se

perdían detalle. Consignaba en una libreta los nombres de todas las personas conforme iban bajando de los vehículos. Procuraba que los menores sin progenitores quedasen siempre a cargo de algún pariente con edad suficiente para su cuidado. A falta de un familiar solicitaba la colaboración de una familia que cuidase de ellos provisionalmente hasta que se reclamara su custodia. A cambio, los benefactores recibían una mayor ración de agua y alimentos. Cuando le pusieron delante a Yamih y a Adar siguió el protocolo debido. Les preguntó sus nombres e interrogó al mayor sobre su familia. Estaba a punto de lanzar una solicitud de ayuda cuando una mujer de avanzada edad, que había estado observando, salió de detrás de una tienda a su espalda y se acercó a la mesa.

—Señor, yo conozco a estos niños. Son los hijos de un primo de mi marido. Nosotros trataremos de comunicar con sus padres o con los parientes que les queden. Entretanto, podemos cuidar de ellos.

Hamed le dirigió una mirada de desconfianza y frunció el ceño. Para esa hora ya había empezado a sudar copiosamente y sacó un pañuelo agrisado con el que recogió la humedad que le fluía por frente y mejillas. Ella entornó lánguidamente sus ojillos transparentes, hundidos en unas cuencas profundas. Sus pupilas eran apenas visibles bajo el pliegue colgante de los párpados y, esta vez, el hombre no vio la maldad que se ocultaba tras ellos. En ese preciso momento, el estruendo de la llegada de varios camiones atrajo su atención. Se puso en pie para dar órdenes de descarga y después se giró para interpelar a la mujer:

—¿Puede darme su nombre y el de su marido?

—Sayyid y sayyida Korkak¹⁰ —respondió ella en un tono manso y dulzón.

Mientras se alejaban, el funcionario dedicó una última mirada de desazón a la espalda abatida de la anciana con un pequeño a cada lado fuertemente asidos de la mano. Una minúscula espina se le quedó incrustada dentro. Hamed sabía por experiencia que se quedaría ahí para siempre. Para él no había buenos y malos entre sus semejantes, pero distinguía dos tipos de personas, las que pagaban en vida sus faltas y las que encontraban el castigo en el más allá. Él era de los primeros, que tenían el corazón blando y con cada punzada le quedaba una herida. Los segundos hacían una costra con pelos en el alma y eran inmunes a ese sufrimiento. Viró la mirada y sacudió la cabeza con un movimiento casi imperceptible, como para

desprenderse de un mal recuerdo. Inmediatamente lanzó un hondo suspiro de resignación al ver la enorme fila que se había formado. Iba a ser una larga y abrasadora jornada de trabajo.

Desde ese día, los hijos de Ashti quedaron cobijados en una inmunda reclusión, garante de su clandestinidad, bajo la vigilancia alterna del señor y la señora Korkak que no deseaban poner en riesgo su buena fortuna. Solo el obligado paseo a por suministros regalaba a los pequeños una salida al aire fresco. Con los primeros rayos, cuando el campamento se desperezaba y la fila aún no se había formado, Yamih y Adar acompañaban a sus benefactores a recoger las raciones extras, de las que apenas recibían unas migajas.

10 Señor y señora Korkak.

SUN YOUNG (COREA DEL NORTE). LA RESURRECCIÓN

Cuando, después de casi tres años en el infierno del gulag número doce, a la espera del perdón que la devolviese a la vida, Sun Young fue trasladada al campo veintidós, se convenció de que el mundo la había olvidado y perdió toda esperanza. Para entonces, tras haber estado rodeada de seres del todo apáticos, anestesiados por la desesperanza y vacíos de emociones, en ella quedaba poco de la mujer entusiasta que había sido y nada de la muchacha de brillante cabello castaño e intensos ojos pardos. Se le habían hundido las mejillas, las sienes habían desaparecido y los ojos se habían escondido en sus cuencas.

Se dejó instalar en una barraca con otras dos mujeres y el marido de una de ellas, pero ya no luchó por sobrevivir. Se quedaba observando con una extraña fascinación cómo los demás a su alrededor fingían seguir viviendo. En sus primeros días en el campo veintidós, cuando la jornada de trabajo concluía, simplemente se tumbaba a dormir sobre el jergón que le habían asignado.

Al quinto día se quedó profundamente dormida nada más regresar y tuvo un sueño espeso de recuerdos en el que aparecían sus padres: le llamaban desde el gulag número doce porque, en el sueño, se habían quedado allí atrapados. Veía sus rostros velados por los vapores de la irrealidad y, de repente, se dio cuenta de que el de su madre era un rostro extraño que pertenecía a otra mujer, un ser angustiado con ojos que la miraban fijamente y perforaban su alma. Despertó sintiendo la quemazón de una garra que se asía a su brazo. Cuando se desprendió del caos mental que produce regresar de una pesadilla se percató de que el sueño le evocaba una situación recientemente vivida «¡Oh! ¡Dios mío, lo había olvidado! ¡Ese era el rostro de aquella mujer! ¿Cuáles habían sido sus palabras? Sí... había un niño. También le rogó que recordase un número. ¿Cuál era?» Sintió que le inundaba ese estado de lucidez y alerta de los grandes momentos de

tensión. «Era el ciento... treinta y algo. Y hacía referencia a una barraca». Se puso en pie y salió a la calle. Aún quedaban más de dos horas de luz. La suya era la quinientos veinte. Ella trabajaba junto a la entrada en labores de limpieza del recinto donde les habían mantenido en cuarentena. En su recorrido al trabajo veía barracas solo con números superiores a quinientos hasta un máximo de setecientos y pico. Había comprobado que los números asignados a cada puerta no siempre eran consecutivos, pero sí que se agrupaban en una misma zona las cifras correspondientes a la misma centena por lo que Sun Young dedujo que las ordenadas a partir del cien debían hallarse en dirección contraria, muy al final del gulag. Durante más de media hora caminó por callejones estrechos y desiertos hasta encontrar la barraca ciento treinta. Golpeó suavemente la puerta con los nudillos y le sorprendió que no estuviese cerrada. Repitió la llamada y esperó unos instantes. Al no haber respuesta, la abrió con un ligero empujón. Estaba vacía. Era, como casi todas, una pieza reducida de adobe con un ventanuco desencajado. Al parecer, sus últimos ocupantes solo habían dejado un jergón cojo con el somier descolgado e inútil. A continuación, se encontraban las barracas ciento treinta y uno y ciento treinta y dos. Llamó en la primera y tampoco obtuvo respuesta. Entonces vio que en ambas las puertas estaban cerradas con un grueso candado que colgaba por fuera. No había más casetas con el trescientos treinta y algo en esa calle, así que dedujo que los números que buscaba estarían en la calle lateral. Giró a la derecha. Allí encontró la vivienda número ciento cuarenta, que, al parecer, estaba habitada. Llamó y un hombre de mediana edad con ojos asustados asomó la cabeza. Su expresión se relajó al ver a Sun Young.

—Buenas noches. Perdone por molestar su descanso —dijo procurando mostrar una actitud respetuosa.

El otro dio un cabezazo a modo de saludo y quedó a la espera, manteniendo la puerta entreabierta lo justo para asomarse.

—¿Señor, puedo preguntarle quién vivía en las casas de la calle de al lado? Las que están desocupadas.

—No conozco los nombres de todos mis vecinos, oiga. Eran familias como la nuestra y otras gentes, también como nosotros —respondió con desgana.

—¿Sabe qué les pasó y por qué están cerradas?

—Se los llevaron hace unos días. Dicen que a los laboratorios. Las cerraron los guardias para evitar el saqueo.

—¿Solo desocuparon las tres que hay en esa calle?

—No. Se llevaron a más gente. Debieron desalojar también las cuatro que hay detrás de las letrinas —contestó con la misma monótona letanía en todas las respuestas.

—Pero, la calle termina en la ciento treinta y dos, ¿dónde se encuentran esas cuatro barracas que menciona?

—Mire usted, señora. Le prevengo que si está pensando en sacar algo de esas viviendas correrá un gran riesgo. Después de que saquearon la ciento treinta han prohibido que nos acerquemos a merodear por la zona. Vaya a recogerse. Se está haciendo tarde y pronto darán el toque de queda —dijo con nerviosismo e hizo ademán de meterse y cerrarle la puerta en las narices.

—Espere, por favor. Solo una última pregunta. ¿Sabe si recogieron a un niño de alguna de esas viviendas después de ser desalojadas?

—No. No sé nada de ningún niño —dijo, mirándola adustamente y cerró la puerta sin más contemplaciones.

Cuando se quedó allí afuera, en el mutismo de las calles, de todas las miles de vidas que poblaban el gueto apenas distinguió el lejano estertor aquí y allá de múltiples toses surgiendo de lejanos rincones con una cadencia sin concierto, un eco doméstico de normalidad rompiendo el espantado silencio que aquella humanidad mantenía. Tuvo entonces un momento de duda, pero enseguida decidió que solo había una manera de sacudirse el recuerdo de un sueño que la había poseído como una fuerza virulenta y que forzaba a su voluntad a enfrentarse a él. Volvió sobre sus pasos y trató de aprovechar el tiempo de luz que le quedaba a la tarde. Todas las barracas tenían un ventanuco que no sobrepasaba la altura del pecho y, sin más protección que los cristales, podía asomarse y escrutar el interior. Lo hizo así en la ciento treinta y una y ciento treinta y dos, pero, fuera de los escasos enseres de que disponían los presos del gulag y de un par de camastros con colchones agrisados, no vio ningún indicio de vida en su interior.

El tipo había mencionado otras cuatro barracas que se encontraban detrás de las letrinas. Siguió caminando hasta donde terminaba la calle. Miró a

ambos lados y vio una construcción baja y alargada en la que reconoció el tipo de edificio que de tanto en tanto, por todo el campo, albergaba un servicio de retretes. Por detrás se distinguían otros edificios bajos que sobrepasaban ligeramente la altura del primero. Al rodearlo aparecieron ante sus ojos cuatro pequeñas barracas. En todas las puertas colgaba un candado. Las recorrió escudriñando a través de sus ventanas, sin resultado. Entonces, a punto ya de abandonar y marcharse, decidió aplicar el oído una por una a las siete barracas desalojadas, empezando por estas cuatro. En una creyó oír un leve sonido. Era la ciento treinta y seis. Volvió a la ventana, pero no percibió ningún movimiento. Podía tratarse de algún animal, una rata o un ratón de campo. Para entrar tendría que romper el cristal, el ruido podría atraer a algún guardia y estaría perdida. ¿Pero es que tenía alguna razón para querer salvarse? Si no encontraba algún sentido a su vida, ¿no era mejor acabar cuanto antes? Subió al alfeizar y, en pie, agarrándose con ambas manos al saliente del tejado, dio una fuerte patada al marco central de la ventana. Como había supuesto, notó que la estructura de madera estaba medio podrida y cedía al golpe. Los clavos que sujetaban el pestillo crujieron. Con una segunda patada la ventana se abrió. Saltó al interior y paseó la mirada por la estancia. El olor era nauseabundo y por primera vez un escalofrío de miedo le recorrió todo el cuerpo. Estaba oscureciendo y le costó acomodar la retina a la escasa luz del interior. Un instante después intuyó, más que vio, una ligera convulsión en un rincón del cuchitril. Al fijar la vista en él dio un paso atrás con repulsión al reconocer que algunas cucarachas merodeaban veloces por el lugar donde había creído ver el movimiento. Decepcionada inició el regreso hacia la ventana cuando, de pronto, el corazón le empezó a latir con violencia. En su retina había quedado impresa una imagen que ahora discernía su mente. Volvió la mirada al rincón de nuevo y vio horrorizada de qué se trataba. Era una maraña de pelo sobresaliendo de un pequeño bulto cubierto de mugre. Se acercó con aprensión y apremio a un tiempo. Tomó una manta que colgaba junto a un camastro a su izquierda y comenzó a agitarla con movimientos histéricos para expulsar a los insectos, que huyeron a la desbandada en todas direcciones. Después envolvió en ella el cuerpo del niño y lo levantó en brazos. Comprobó que emitía calor. Estaba vivo, y estaba ardiendo.

Hacía una hora del toque de queda cuando alcanzó su barraca. Al entrar pulsó el interruptor y cerró la puerta tras ella. Sus compañeros ya acostados se mostraron sorprendidos y sus cuerpos se revolvieron en los lechos a la luz mortecina de la débil bombilla. Cuando se incorporaron a mirarla y vieron el bulto que traía en brazos arrugaron la nariz al percibir el hedor que emitía.

—Es un pequeño abandonado. Está enfermo —dijo Sun Young en respuesta a las miradas inquisitivas.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó una de las mujeres con gesto de asco.

Sun Young relató la historia tal como la había vivido y explicó cómo el destino del niño se había cruzado en su camino a través del encuentro con la madre. También les rogó que la ayudasen a cumplir la promesa que había hecho a aquella mujer desesperada.

Les sorprendió ante todo la transformación de Sun Young en ese momento. Había vuelto el brillo a sus ojos y se expresaba con el ímpetu de los vivos, tanto tiempo olvidado.

Lo primero era hidratar y lavar al niño. Al parecer había sabido manipular el grifo del fregadero y se las había arreglado para beber agua. De otro modo, no habría sobrevivido. No obstante, era posible que llevara muchas horas semiinconsciente. El hombre encendió el hornillo para calentar agua. Metió dos pedazos de carbón procedentes de la ración mensual que llegaba a cada vivienda. Después de varios repasos con agua caliente, consiguieron dejar al descubierto la piel y arrancar los restos de heces que cubrían toda la parte inferior de su cuerpo.

—¿Cómo vamos a alimentarle? Este niño no tendrá ni dos años —dijo la mujer casada al contemplar su delgado cuerpecito consumido por el abandono.

—Ahora tenemos que bajarle la fiebre. Vamos a humedecer esta toalla en agua tibia y lo envolveremos en ella varias veces hasta que remita la temperatura.

Al sentir el frescor el crío emitió un suspiro ronco y soltó varias tosecitas con voz afónica.

—Creo que tiene una infección de garganta que le provoca la fiebre —dedujo Sun Young—. Seguramente causada por la irritación de pasar muchas horas en llanto.

—¡Pobre criatura! —exclamó la mujer más joven—. Quizás mi hermana, si puedes pagarle de algún modo, esté dispuesta a hacerle de nodriza. Mi sobrino se cría bien y ella tiene leche de sobra. Los dos trabajan en las granjas.

Los días siguientes fueron críticos en la vida del crío. Nan Sun dedicaba a su cuidado todo el tiempo que el trabajo le permitía. Había llegado a un acuerdo con la hermana de su compañera según el cual, en el caso de que el huérfano sobreviviera, Nan Sun dedicaría un tiempo diario a la educación de sus tres hijos mayores, que estaban creciendo analfabetos. La madre les había procurado una enseñanza rudimentaria y ya no era capaz de más, pero deseaba que ellos pudiesen continuar una educación regularizada en el mundo exterior si un día eran liberados de la condena. A cambio, el mediano de seis años, que cuidaba de su hermanito, también lo haría de este pequeño mientras los mayores estaban ausentes. Además, ella lo amamantaría hasta que estuviese en condiciones de ingerir otros alimentos.

Un día Sun Young dejó al pequeño, que ya había salido de peligro, al cuidado de sus compañeros y regresó a la zona de donde tres días atrás lo había rescatado. Los inquilinos de la caseta trescientos treinta y nueve recordaban a los Moon y a sus dos hijos. El niño se llamaba Seung Ho. Su nombre completo era Moon Seung Ho.

Al principio la idea de ejercer la maternidad desató en Sun Young un torbellino de emociones. Encontraba la empresa simultáneamente aterradora e ilusionante. Sin embargo, no le cabía ninguna duda de que Moon Seung Ho y su retorno a la vida la habían salvado a ella del naufragio.

SEUNG HO (COREA DEL NORTE). UNA TABLA DE SALVACIÓN

Con quince años, la vida de Seung Ho había transcurrido en su totalidad dentro del gulag y todo lo que sabía se lo había enseñado Sun Young.

Su progenitora había retrasado todo lo que pudo la entrada al trabajo del pequeño. Cuando los guardias pasaron reclutando a los críos que habían cumplido los ocho, a ella le fue fácil, por la menudez de Seung Ho, que pasara por tener un par de años menos. Para el siguiente reclutamiento, dado que el chico había dado un pequeño estirón, no fue posible prolongar el engaño. De ese modo se descubrió que en el gulag no figuraba la entrada de ningún prisionero con su nombre. Entonces fue interrogado por uno de los guardias, que averiguó su verdadera procedencia. El caso llegó a oídos del administrador del campo, Dong Myon-Chol, quien decidió que, en vez de tomar represalias, le sería útil si lo tomaba a su servicio. Nadie mejor que un preso nacido en el interior del gulag, inocente y no contaminado por el mundo exterior para trabajar dentro de su hogar con la discreción de la ignorancia.

Para Seung Ho, la casa del administrador surgió como un lugar inverosímil. Tenía muebles en todos los rincones y gran profusión de objetos por encima de ellos, algunos eran graciosos y otros fascinantes. Disponía de dos plantas y un jardín con una pequeña piscina hinchable. Nunca había visto tanta agua guardada en un solo lugar. En cierta ocasión Sun Young le había hablado del aparato televisor, pero, aunque lo describió con el lenguaje claro que ella usaba y él creyó comprender su ingenio e imaginar su aspecto, la realidad lo dejó boquiabierto.

En casa del administrador comenzó realizando tareas de todo tipo encomendadas por «la señora», la esposa de Dong Myon-Chol: cortaba el

césped, sacaba brillo al coche familiar y todos los días barría la entrada y frotaba con un trapo los muebles del jardín. Una parte del trabajo consistía también en recorrer el gulag llevando mensajes y recados a los guardias y capataces de parte de Dong Myon-Chol. Conforme pasó el tiempo y adquirió mayor destreza en las tareas domésticas, la señora le fue encomendando otros trabajos dentro de la casa hasta convertirse en una especie de asistente completo. Estaba a cargo de la limpieza del hogar, incluidos muebles, suelos, lámparas y ventanas. Además, se ocupaba del jardín y fregaba los platos después de la cena. Eso era lo mejor ya que tenía permiso para recoger las sobras antes de tirar la basura al contenedor. En ese momento terminaba su jornada de trabajo y volvía con Sun Young a su barraca.

Sun Young no era vieja cuando se hizo cargo de él, tenía solo cuarenta y un años, pero su aspecto era ya entonces avejentado y le pareció que se aceptaría con mayor naturalidad que el niño la tratase de *halmeoni*. Sería, por tanto, una abuela adoptiva.

Ahora, tras dieciocho años de sobrevivir en la miseria, tenía la apariencia plena de la anciana abuela de un adolescente de quince.

Aquella tarde, después del festín, Seung Ho y Sun Young practicaron escritura sobre el suelo arenoso que había al otro lado del bosquecillo. Hacía tiempo que los otros muchachos, a los que ella se había comprometido a educar, ya no compartían clases con él. Uno había muerto de una gripe junto con su padre, los otros dos habían sido trasladados a la mina y separados de la madre y la tía dos años atrás. Allí perecieron. Ahora Sun Young se ocupaba solo de enseñar a Seung Ho.

Condenado por nacimiento a la intemperie cultural, ella ponía todo su celo y su sabiduría en proporcionarle un bagaje básico de matemáticas, física, química y algo de geografía e historia, pero, sin apenas tiempo ni medios, era una educación poco exhaustiva y con muchas carencias.

Seung Ho no conocía del mundo nada más que la idea que su conciencia había formado de él y, sin embargo, en esas sesiones con la abuela, contó con un puntal excepcional que reforzó su mundo interior, algo esencial que le otorgaba una gran ventaja de supervivencia en el gulag: su adiestramiento en el arte del hapkido.

Desde muy pronto, Seung Ho lo introdujo en esa instrucción milenaria con la condición, advirtió Sun Young, de que no usara estas destrezas para defenderse de los guardias. Sería necesario que aprendiera a reprimir su instinto de defensa ante una posible agresión. Lo contrario significaría perder la vida.

Tras diez años de práctica y entrenamiento, su cuerpo y su mente aprendieron a alcanzar un equilibrio armónico. Un equilibrio que le servía para lograr un mejor aprovechamiento de la energía vital y canalizar los procesos emocionales negativos. El hapkido funcionó en Seung Ho como mecanismo de defensa para la psique, para defenderse de sentimientos depresivos y de heridas que dañaban irremediablemente la consciencia de los presos más jóvenes.

Lo practicaban entre los árboles cuando los días eran largos y todavía quedaba un poco de luz al acabar el trabajo. Ahora, perdida toda energía y flexibilidad, ella se contentaba con observarlo, pero en sus inicios estuvo frente a él para mostrarle los tres principios del hapki-do en el uso de la fuerza interna. El principio *Hwa* o de la no resistencia, mediante el cual Sun Young le enseñó cómo se podía utilizar en provecho propio la fuerza proyectada por el oponente. Mediante el segundo principio, el *Won* o del círculo, le enseñó a Seung Ho cómo redirigir la fuerza del contrario para hacerle tomar una trayectoria circular y dejarlo así expuesto a una posible técnica de incapacitación. De este modo, el atacante dejaba de ser una entidad física para ser una entidad energética y, cuanto mayor fuera el tamaño de la persona, mayor sería la energía que trabajaría en su contra para beneficio del estudiante de hapki-do. Sun Young reconoció la evolución portentosa de su alumno en la forma en que sus movimientos fluían con la suavidad y adaptabilidad del *Yu* o tercer principio del agua, de igual modo que lo haría este elemento al encontrarse con una piedra, rodeándola en vez de chocar violentamente contra ella.

Se mostraba especialmente hábil en el dominio del hambô. El que manejaba lo habían cortado y tallado a partir de una rama de ginkgo¹¹ que encontraron en el bosque.

Antes del toque de queda se retiraron a su vivienda, que ahora compartían solo con un compañero. La mujer de este había fallecido y la otra mujer más joven había abandonado el gulag tras ser perdonada de sus

actos de traición, cualesquiera que estos fuesen —el noventa por ciento de los prisioneros de los campos de concentración norcoreanos desconocían los motivos por los que habían sido encarcelados.

En el año 2011 había fallecido el Querido Líder, Kim Jong Il, que fue sucedido en el liderazgo del país por su hijo, Kim Jong Un. En un gesto de clemencia, el nuevo mandatario mandó liberar a cincuenta presos políticos de cada prisión para la celebración de su toma de poder y entre ellos fue escogida su compañera de barraca. Así fue como Seung Ho pudo dormir en un catre propio y dejar de compartirlo con su *halmeoni*.

* * *

Algo despertó a Sun Young antes del amanecer. Escuchó un estertor pastoso y algo líquido estrellarse contra el suelo. Buscó el interruptor situado en la pared a los pies de su cama y encendió la bombilla que colgaba del techo ¡Era Seung Ho! Se levantó tan rápido como le permitieron sus gastadas rodillas y se acercó angustiada a la cama del muchacho. Caer enfermos era lo que más aterrorizaba a los moradores de aquel presidio.

—¿Qué ocurre, cariño? —dijo Sun Young, poniéndole la mano en la frente para ver si tenía fiebre. No. No estaba caliente, pero estaba lívido y tenía la mirada extraviada, las pupilas desorbitadas.

—¿Qué te ocurre? —volvió a preguntar. Pero no hubo respuesta. A cambio, Seung Ho dejó caer la cabeza hacia adelante y se tapó la cara con ambas manos. Después se abrazó a Sun Young enterrando el rostro en su pecho. Ella lo acunó como cuando era pequeño.

—Ya pasó, mi vida. Era una pesadilla. Comiste demasiado deprisa anoche y no lo has digerido —le susurró—. Aún quedan un par de horas de sueño —. Suavemente lo dejó caer en la almohada y lo arropó con su manta.

Pero Seung Ho mantenía los ojos abiertos como platos y su mirada era de estupor. ¿Qué le ocurría? Se preguntó también él mientras veía pasar ante los ojos de su mente un mundo desconocido lleno de vivencias fascinantes, de experiencias perturbadoras, conocimientos extraordinarios y personas con rostros diferentes, de facciones angulosas. Eran su familia, sus amigos, profesores y vecinos. Su gente, la de Angelo Toniutti. ¡No! Creía ser él. ¡Pero no era posible! Él era Seung Ho. ¿Y este hombre que se llamaba

Angelo? Angelo vivía en Roma, hablaba italiano y era mayor que Seung Ho. Además, no estaba en el gulag. Nunca había estado aquí. Aquí vivía Seung Ho, que era él. Lo sabía todo de Angelo, pero también de Seung Ho. ¡Se estaba volviendo loco!

11 Árbol longevo procedente de China que se cultiva profusamente en Japón y Corea.

ABU AL-HUSAYNI (IRAQ). LA ABERRACIÓN

«Atrapadlos y matadlos allí donde quiera que los encontréis Y no aceptéis su amistad ni auxilio. Los infieles son para vosotros un enemigo declarado. Infundiré el terror en los corazones de los que insisten en negar la verdad; ¡golpeadles, pues, en el cuello, y golpeadles en todos sus dedos! Eso, por haberse enfrentado a Dios y a Su Enviado»¹². Así iba Abou al-Husayni declamando en voz baja mientras salía del puesto de mando y regresaba al comedor improvisado donde los demás muyahidines se hallaban reunidos. Visto de espaldas, y a pesar de su juventud, se diría imbuido de un gran poder. Caminaba erguido, con la frente bien alta. Sus pasos eran lentos pero firmes. Al pisar echaba los pies un poco hacia afuera y columpiaba los brazos suspendidos en jarras. Con cada zancada sentía aplastarse el mundo bajo el peso de su determinación. Y es que le habían confiado un cometido que él juzgaba un privilegio. Se sentó con los otros y creyó ver admiración en sus miradas. Hacía ya un tiempo que ellos eran su familia. La sensación era grandiosa: pertenecer al grupo, luchar por un mismo credo y tener una misión que cumplir; una misión sagrada con una gran recompensa al final del camino. Encontraba aquí y en sus hermanos de lucha lo que no había recibido de su legítima familia. Abou no estaba orgulloso de los suyos ni de su pasado junto a ellos. Solo le quedaba olvidarlo todo.

Su padre, Rachid al-Husayni, les desatendió cuando tomó una segunda esposa. Desde entonces Abou despreciaba a su madre, una mujer simple que solo sabía llorar la pérdida del marido. La culpaba por no haber sido capaz de retenerlo. Se podía decir que el matrimonio de Rachid y Muna, concertado por las familias, había sido estable hasta después de tener su cuarto hijo. Abou tenía entonces siete años. Hasta ese momento, en las raras ocasiones en que estaba de buen humor, Rachid les hablaba a él y a sus hermanos del pasado histórico de Mesopotamia, de héroes legendarios como Gilgameš y Hammurabi, de Babilonia, de la conquista de Israel y de

cómo su abuelo había participado en el golpe de estado que liberó al país del dominio británico. Pero casi siempre destilaba una amargura que recaía en la esposa, reprochándole sus muchas carencias, y en los dos hijos mayores, a los que acusaba de tener que trabajar en exceso para darles una educación. Abou contaba entre sus mejores recuerdos con la tarde en que sus hermanos le llevaron con ellos al bazar. Iban a comunicar al padre que la comadrona ya estaba en casa para recibir al nuevo hermanito. Siendo la primera visita que Abou hacía al establecimiento propiedad de la familia, todo allí dentro le pareció fascinante. Había prendas coloridas colgadas de cuerdas que cubrían las paredes: kuftanes de seda multicolor para las mujeres y chilabas para los hombres; cinturones, fajines, gorros, babuchas doradas y plateadas, teteras de metal reluciente y alfombras de rezo con bonitos bordados. Miles de objetos abarrotaban la tienda, y en medio de todo ello reinaba el hombre al que él contemplaba con veneración. Esa mañana, Rachid se había puesto el viejo uniforme del abuelo. Lo guardaba para ocasiones especiales y siempre lo vestía para celebrar con los otros hombres, amigos y vecinos del zoco la llegada de un nuevo vástago. Pero a ojos de Abou, un niño de apenas seis años, le confería una presencia y una intensidad tan increíbles que irradiaba sobre él una fuerza poderosa. Su felicidad llegó al cenit cuando Rachid, al verlo a la puerta esperando junto a sus hermanos, le saludó con grandes voces, llamándole «mi pequeño soldado» y lo levantó en alto. Después lo sentó sobre el mostrador y puso en sus manos uno de los chocolates con forma de gato que exponía en el escaparate.

Al año siguiente, el padre al que tanto amaba se fue a vivir a la casa de su joven esposa, porque ella no quiso abandonar su hogar ni compartirlo con otra mujer. Rachid se enamoró perdidamente y ya solo tuvo ojos para ella. No descuidó la obligación de sostener económicamente a su anterior familia, pero las visitas se fueron espaciando hasta que dejó de aparecer por allí y se convirtió para Abou en un recuerdo que fluctuaba entre el anhelo más esperanzado y el odio más virulento.

Aún hoy se enrojecían sus ojos y se llenaban de lágrimas al recordar una de las primeras visitas de Rachid tras marcharse del hogar. Abou, el niño, había escondido bajo la cama un hatillo con algunas prendas de vestir y sus más preciadas pertenencias, entre ellas la medalla del abuelo que su padre

le había regalado. Cuando Rachid salió de la casa, su hijo, cargado con el exiguo equipaje, le esperaba tras la esquina de una de las calles que había de atravesar. Tenía ocho años y toda su resistencia y pataleo, súplicas y llanto no sirvieron para ablandar el corazón de su padre, que lo llevó en volandas de vuelta a casa con la madre y los hermanos.

Más tarde, siendo apenas un adolescente, buscaría su identidad y una familia alternativa en grupos radicales que ondeaban banderas negras y hablaban de orgullo, exterminio y poder.

Ya no volvió a ver su serie favorita en televisión, ni jugó a la pelota en las calles. Tampoco compartió un mapa geográfico o un cubo geométrico de cartón con sus compañeros de clase. A cambio, aprendió a presenciar ejecuciones sin pestañear, a recargar fusiles mientras recitaba la «shahada» o a patear las cabezas de los decapitados. El Estado Islámico de Irak y del Levante daba prioridad a los niños y adolescentes como vehículo para asegurarse lealtad a largo término, adherencia a su ideología y cuadros de combatientes devotos que vieran la violencia como un modo de vida. Al principio, el deber, desde el más fastidioso hasta el más aceptado, no tenía nada de opcional puesto que la única alternativa se presentaba en forma de palos, castigos y humillaciones y desde el principio había asumido que una vez dentro no había vuelta atrás. Pero Abou fue pronto uno de ellos y el más orgulloso de serlo. Recitaba versículos del Corán con el entusiasmo que otros adolescentes aprenderían las canciones de moda, entraba al asalto en poblaciones con la esperanza de que la consigna fuese el ataque más encarnizado y, además poseía una ametralladora Uzi y una M16 que había sido robada a un marine en la guerra con Estados Unidos. De todos los niños y adolescentes que habían sido educados en el odio y la crueldad, Abou era de lejos el más despiadado.

Tres días atrás habían traído dos nuevos rehenes al pueblo, convertido ahora en una comunidad de radicales. Los vio cuando los sacaban del blindado Humbee y los introducían en una caseta sin ventanas bajo la vigilancia de un guardián a la puerta. Primero trajeron al hombre. Iba herido e inerte como un muñeco de trapo. Dos soldados lo llevaban colgado por los hombros, la cabeza abatida y las piernas a rastras. Al día siguiente llegaron con la mujer. Ella se mantenía erguida, a pesar del deplorable aspecto que mostraba su rostro, mortalmente pálido, en parte

por el polvo que lo ensuciaba y que acentuaba el rojo sanguíneo sobre el labio superior y la sombra azulada que cubría uno de sus ojos. Al verla, Abou adivinó en ella una extranjera de natural licencioso. Se advertía en sus ropas impúdicas y en su mirada altiva. La visión produjo en Abou cierta agitación, como un cosquilleo, una tensión que le obligaba a seguir mirando. Habría deseado estar más cerca para ver el miedo en sus caras, para sentir el poder que los hijos de Alá ejercían sobre los infieles y para contribuir también él con su mera presencia a infundir terror en aquellos seres infames. Había ya presenciado unas cuantas decapitaciones públicas, pero algo le decía que esta vez la gloria del verdugo sería inconmensurable y que el sacrificio agradaría de manera especial al Todopoderoso. En su mundo la muerte se había convertido en una mano justiciera y veía en estas ejecuciones una auténtica oportunidad de hacer méritos. Un acto que le valdría tanto en la vida terrenal como en la que le esperaba al otro lado.

A la mañana siguiente, a primerísima hora, pidió ser recibido por el comandante para exponer su petición de ser la mano ejecutora que llevase a cabo la decapitación de los rehenes. Aunque le citaron a las once debió sufrir varias horas de espera a la puerta de la comandancia, tiempo durante el cual se sintió con el ánimo dividido. Su inquietud respondía al temor a una negativa y al hecho de que esta afectaría a su ya dañada autoestima. Tanta inseguridad hizo que, cuando finalmente le indicaron que pasara, adoptase una actitud servil y comenzase por exponer con voz temblorosa su lealtad a la «sharía» y a la guerra santa y su fervor hacia las enseñanzas del profeta. El comandante, tras escuchar sus alegatos y, con aire de hombre ocupado al que le aburren las soflamas, le despidió sin tomar ninguna decisión.

Su instructor de grupo todavía no confiaba en él. Había observado que sus actos eran a veces como la espuma, tan visibles como efímeros, que respondían a menudo a bravuconadas en busca de la aceptación y la estima de los compañeros. Y así se lo expuso a su superior cuando este le pidió informes, a pesar de todo lo cual el comandante no encontró argumento sólido para rechazar el deseo de un hombre de servir a Alá y mandó llamar a Abou para que él y otro compañero fuesen instruidos en el procedimiento. Dos verdugos serían necesarios porque las ejecuciones debían ser simultáneas. Todo había de prepararse para el espectáculo, filmado y

colgado en las redes sociales, que sirviese de escarnio a los infieles con especial mira a los de occidente.

¹² El Corán: Versículo 4 «An Nisa». Capítulos 89 y 101. Versículo 8 «Al Anfal». Capítulo 12.

ROGER ARBER (SUIZA). EL COMIENZO

Aquel día de finales de mayo soplaba un aire vivificante en el porche de los Arber, en Lauterbrunnen. Roger salió de la casa y respiró profundamente el aroma que traía la brisa de la montaña. De las altas cumbres aún llegaban efluvios de nieves perpetuas mezclados con la fragancia del heno en los prados. Era el primer corte del año que se desperdigaba por los campos en grandes pacas para alimento del ganado. Su hermana Rosmarie le siguió y se sentaron en el zaguán de la casa a escuchar el gorjeo en reclamo corto del acentor alpino, y el rumor del viento que retozaba entre las copas altas de las coníferas.

—Me ha dicho mamá que llegaste ayer a Munich en un vuelo desde España. ¿Habéis alargado este año las vacaciones? —preguntó Roger, echándole el brazo por encima de los hombros.

—No, he ido yo sola, sin Hans ni los niños. Solo tres días. He asistido a una convención sobre «Controversias y Fronteras en Psiquiatría» —respondió ella.

—¡Ah! Una reunión de loqueros —dijo Roger, divertido—. ¿Dónde ha sido?

—En Madrid. Créeme que ha sido sumamente interesante. Más que por las propias presentaciones, por la información difundida entre corrillos, en los cafés.

Diez años mayor que su hermano, cuando Roger nació, Rosmarie le dio la bienvenida con una actitud maternal. Al principio, ese proceder formó parte de sus juegos de niña, de sus fantasías y farsas infantiles, pero con los años siguió asumiendo el papel de manera inconsciente y, siempre ya, como hermana mayor, se sintió de algún modo responsable de él. A pesar de dedicarse a la psiquiatría, ella era una mujer intuitiva, de las que creen en

las señales, y le inquietaba profundamente cómo Roger estaría afrontando el episodio ocurrido tres meses antes.

—¿Cómo te va a ti? ¿Sigues en el mismo proyecto en ALMA? —preguntó Rosemarie.

—Bueno... yo, como los demás, sigo trabajando en las tareas proyectadas —. respondió él sin mucho entusiasmo. Retiró el brazo de sus hombros y se irguió en el asiento para expresarse con más vehemencia—. Es de locos. ¿Puedes creerlo? Contra toda evidencia y contra toda lógica, seguimos igual que si nada hubiese ocurrido. Andamos buscando en el cosmos, como polillas girando alrededor de un falso sol de neón.

—¿Sabes, hermano? Tengo la impresión de que necesitas un cambio —dijo ella en tono maternalista.

—A veces yo también lo pienso, Rose. Necesito dar una sacudida a mi vida, desalinear mis metas y darles otro enfoque.

—Bueno, yo no me refería a tanto, pero... nunca te había visto tan ausente y tan poco motivado hablando del trabajo, Roger. Los padres también lo han notado.

Frunció el ceño y musitó:

—Desde que se recibió el mensaje, he dado tantas vueltas a... ¿Qué sentido tuvo aquello?

—Es algo que el mundo entero se pregunta —replicó ella.

—Ya no. La gente se ha rendido y ha empezado a olvidar. Los que tuvimos la oportunidad de presenciar aquel espectáculo de luz y sufrimos aquellos pavorosos sueños no hemos vuelto a ver la vida de la misma manera. No dejo de pensar que hay algo que deberíamos hacer. Creo que hubo un mensaje, que quería irradiar una especie de revulsivo, de despertador de la conciencia. Quizás deberíamos dejar de buscar fuera y tratar de encontrar respuestas en nosotros mismos.

—Pues mira, precisamente a eso me refería cuando te he dicho que el encuentro en Madrid fue interesante. Puede que haya ahí materia para ti. Veras, algunos colegas hablaron de un tipo de pacientes con aparente esquizofrenia que han empezado a llenar sus consultas —dijo Rosmarie.

No veo la relación.

Rose se puso en pie para mirarle de frente.

—Lo que ha asombrado tanto a mis colegas es, no solo que todos los enfermos a los que me refiero presentaban el mismo cuadro psicótico, sino que creían estar poseídos por los recuerdos de otra persona. Y, ¡pásmate!, en algunos casos hay pruebas de que se ha producido una verdadera transmisión de conocimientos y hasta de lenguas que solo pueden adquirirse a lo largo de muchos años.

Roger se paró a pensar sobre qué podía significar para él esta confianza del campo profesional de su hermana..., pero no tenía la más remota idea.

—Abre tu mente, hermanito. Se trata de conexiones. De almas entrelazadas por medio de recuerdos. Las personas que sufren estos delirios se sienten muy unidas con las que dicen estar vinculadas. Al poco comienzan a desvivirse los unos por los otros —Reflexionó unos segundos y se animó a poner en palabras una conjetura—. Es como un acto de empatía integral. En cuanto oí hablar de estos casos, pensé en ello: la actitud de los pacientes contrasta radicalmente con la reflejada en los sueños comunes que tuvisteis los testigos de la señal luminosa. ¿Por qué no verlo como una especie de catarsis provocada por los miles de años de horror en el que se ha enfangado el ser humano? Una transformación interior, una purificación.

Roger la escuchó atónito. Una teoría como esa suponía imaginar demasiado, pero ¿por qué no? Su espíritu especulativo no se permitía ni un solo respiro y ya llevaba mucho tiempo errando a través de las más extravagantes hipótesis. Así que, de repente, una expresión de duda y esperanza asomó fugazmente en su rostro, le cambió la expresión como si comenzase a ver la luz al final de un túnel peculiar. Sus pupilas chispearon mostrando lo que se estaba fraguando en el crisol de sus pensamientos.

Y quiso saber más.

Esa misma noche, antes de cenar, hizo que Rosemarie se pusiera a trabajar para él en su correo electrónico. Ella escribió un mensaje de grupo a todos los colegas cuyas direcciones le habían sido facilitadas al término de la convención, pidiéndoles información detallada de cada caso tratado con el mismo tipo de cuadro neurológico. Cuando pulsó «enviar» se miraron interrogantes. De este hilo no quedaba otra que esperar que apareciese al extremo un ovillo lleno de respuestas.

Su madre anunció que la cena estaba lista y dispusieron la mesa grande de la cocina, donde tantas comidas familiares se habían celebrado. La estancia estaba cargada de aromas añejos: a hule trillado y a madera bruñida por el roce, a vigas de cedro ennegrecidas por el humo y a hierbas secas colgadas en pequeños ramilletes junto a la chimenea. Ahora también la inundaba el aroma de la manteca en la que su padre estaba dorando las truchas que había pescado esa misma mañana. Manteca aromatizada con albahaca y hierbabuena.

El de Rita y Frank era un matrimonio sólido que había vivido en esa casa desde siempre. Nunca se habían mudado. Alquilaron la vivienda al casarse hasta que tuvieron la oportunidad de comprarla y, con el tiempo, la mejoraron con algunos trabajos de rehabilitación.

—¿Cuándo nos traerás a los niños, Rose? Los echamos de menos —le reprochó Rita cariñosamente.

—En quince días empieza la temporada de pesca para Hans. Pasaremos aquí unos cuantos fines de semana —anunció Rosmarie—. Entretanto, ¿qué os parece meter algo de caña a mi hermano para que contribuya a la continuidad de la estirpe familiar? Así tendréis más nietos con los que disfrutar.

Sin levantar la cabeza del plato lo miró de reojo con cara de guasa.

—No empecéis con eso otra vez —dijo su padre—. Tómallo con calma, Roger, hijo, y no te dejes presionar. —Quiso zanjar la cuestión, pero nadie prestó atención a sus palabras y siguió la chanza.

El aludido apuró el plato de sopa sin inmutarse y miró a su padre con una sonrisa de agradecimiento, sabiendo que el intento tampoco esta vez serviría para detenerlas.

—¿Es que estas saliendo con alguna chica, Roger? —interrogó su madre.

—Cuando salga con alguien, mamá, tú serás la primera en saberlo —declaró, conciliador, sin pizca de convicción.

—Prepárate, mamá, a recibir a alguna marcianita, una con un solo ojo o con tres orejas. ¿Le gustarán las truchas de papá o las engulliré vivitas y coleando?

Rita cambió los platos. Comieron primeramente una sopa de crepes con cebollino y después la especialidad de Frank: truchas frescas a la manteca.

A la mañana siguiente, el resultado del escrutinio fue una revelación. Considerados de modo individual los veintiocho enfermos registrados no parecían muy diferentes a cualquier caso de esquizofrenia paranoide de los que se trataban a diario en una consulta psiquiátrica, pero en conjunto componían un cuadro excepcional: personas con comportamientos cuerdos y síntomas inexplicables. Los mismos síntomas, las mismas experiencias nocturnas y una transmisión completa de conocimientos, sentimientos y vivencias, comprobables en aquellos casos en que pudieron localizar a los vínculos. Descubrieron así que el «otro» sufría del mismo mal, solo que a la inversa. Ambos afectados eran transmisores y receptores recíprocos de todos los recuerdos que conformaban sus vidas.

En este punto, Roger se aferró a la idea de que tenía que haber algo oculto en esas dolencias, algo que, desde la perspectiva correcta, permitiera desentrañar el misterio de los mensajes de ALMA y acabar con el desconcierto en el que habían sumido al mundo. Acarició la posibilidad de que si entraba en contacto con estas personas podría desvelar alguna relación entre estos fenómenos y las señales que unos meses atrás habían llegado a la tierra. A la sazón, observaron en los datos enviados que con el paso de los días había una sucesión in crescendo en el número de enfermos de acuerdo con las fechas en las que estos decían haber sufrido la vinculación. El primer caso era una mujer en España, el día veinte del mes en curso. La noche siguiente hubo otros tres enfermos en las consultas de sus colegas de Irlanda, Canadá y Turquía, cinco más la siguiente noche en diversos países, después siete, y así habían ido aumentando hasta los veintiocho registrados al cabo de dos o tres días.

Comentaron la obviedad de que a nivel mundial podrían ser cientos más, o quizás miles. Esa misma noche podrían haber aparecido unos cuantos casos. Y que, de ser así, de muchos de ellos no quedaría nunca constancia por no tener acceso a atención sanitaria registrada o simplemente al ser tomados como simples dementes por quienes les rodeaban.

El interés de Roger, entonces, se centró en el primer caso, no solo por ser el primero registrado sino también por su especial magnitud, ya que en este se notificaba la adquisición de dos lenguas pertenecientes a una cultura tan distinta como distante de la persona vinculada en España. El médico que la había tratado, el doctor Raúl Campos, refería en su informe

la intensidad con la que la paciente se identificaba con las circunstancias de la otra mujer, hasta entonces, una completa desconocida.

—Aquí se menciona el fórnix cerebral como centro transmisor. ¿Qué es el fórnix? —preguntó Roger a su hermana, con la vista fija en el texto de la pantalla.

—Es la parte del cerebro que colabora en la creación y almacenamiento de nuestros recuerdos. En realidad, lo que nos hace ser quien somos en un ochenta por ciento —respondió la psiquiatra.

—Supongo que no podrías conseguir que tu colega, el tal doctor Campos, te facilitase la identidad de esta paciente, ¿eh, Rose?

—Supones bien. Ya sabes, la confidencialidad entre paciente y médico es inviolable.

—Al menos sabemos dónde se encuentra.

—Sí. El doctor Campos tiene la consulta en Zaragoza.

Su hermano parecía haber recuperado el empuje que le caracterizaba y ella se alegró.

—Bueno, no es mucho para empezar.

Rose se volvió a mirarle directamente a la cara.

—¿Estás seguro de que quieres lidiar con este embolado? —preguntó.

—Claro que sí, hermana. La historia del hombre es el intento de leer las líneas de la naturaleza, de buscar respuestas a través de señales, mensajes mesiánicos, milagros y castigos y, ahora que esas líneas las encontramos trazadas, tan nítidas, ¿cómo no voy a seguirlas hasta el final? Llegaré hasta donde se encuentre el otro extremo del trayecto —sentenció, contundente—. ¿Vuelves mañana a Munich en tu coche?

—Por la tarde. Saldré después de comer. Debo volver al trabajo y Hans está a punto de dar a tus sobrinos en adopción. Ya llevo cinco días fuera.

—Si no te importa, iré contigo. Desde allí cogeré un vuelo a Madrid para desplazarme hasta Zaragoza. Hazme un favor más, Rose, comunica al doctor Marcos que le visitaré en su consulta. A ver qué puedo averiguar.

SOFÍA ROMÁN Y JALAL YUSEF (IRAQ). A LA DESESPERADA

Los taxis de color crema y naranja de la ciudad de Hawler, nombre en kurdo de Erbil, se ofrecían en una larga hilera a la salida de la terminal y se iban dispersando conforme engullían a los pasajeros desembarcados de los últimos vuelos. El taxista que recogió a Sofía no solía conversar con los clientes mientras trabajaba, pero en esta ocasión la curiosidad le soltó la lengua. Cuando observó a la mujer dirigirse a su vehículo desde las puertas de salida del aeropuerto le pareció sin lugar a dudas una extranjera más. Su aspecto y sus maneras lo atestiguaban: se movía y miraba con decisión, tenía los cabellos cortos y oscilantes, de un castaño rojizo, y sus ojos no eran oscuros; a él le pareció que tampoco eran azules, pero se atrevió a mirarlos de cerca un instante demasiado breve para distinguir su color exacto. Aunque vestía con discreción, su indumentaria a la manera occidental permitió al hombre adivinar un cuerpo redondeado y firme en una mujer de estatura media. La sorpresa tuvo lugar cuando se introdujo en la trasera de su taxi y le dio una dirección en árabe pronunciada casi sin rastro de acento foráneo.

—Señora, no es usted de por aquí ¿verdad? —La pregunta se repetiría en más ocasiones. A continuación, siempre vendría la más comprometida:

—¿Dónde aprendió usted nuestra lengua?

Durante la inactividad del vuelo, Sofía había tenido tiempo de idear una convincente respuesta, válida para cualquier entrometido. Una historia que no difería mucho de la que ya había improvisado en Zaragoza con Samir, el frutero.

Su primer destino era el barrio cristiano de Ankawa que, llegando desde el aeropuerto, se encontraba a la entrada de la ciudad. Allí vivía Jalal Yusef, el que sería su guía. La carrera fue corta, pero mientras contemplaba por la ventanilla entreabierta lugares y olores que hubiesen debido serle ajenos,

tuvo que hacer frente a una auténtica embestida de sentimientos desconcertados que le llevaban a perderse en la ensoñación nostálgica de estar de vuelta en casa. Al poco tenía las manos húmedas de sudor y la ropa se le pegaba al cuerpo. El calor a media mañana era ya recalcitrante y el aire polvoriento que entraba por la ventanilla reseca la piel y las fosas nasales. La autovía estaba flanqueada por villas de tapias encaladas y grupos de árboles asomando sus altas copas tras ellas, pero al entrar en la ciudad los colores de las fachadas se tornaron marrón arcilloso, algunas tenían motivos geométricos labrados y estaban reforzadas con arcos. Pequeños zocos y mercadillos llenos de color se aparecían en las calles. Era la hora de almorzar y todos los puestos de comidas estaban a rebosar. Carnes de kebab en panes tradicionales, frutos secos, verduras, zumos de frutas, té, y todo el trajín culinario creaban una sinfonía de olores que se ingería a través del aire. Al poco se dio cuenta de que, contrariamente a lo que le indicaban las memorias de Ashti, la prevención obligada en otras ciudades del país no era necesaria en Erbil. Reconoció que no iba a necesitar salvaguardia para moverse por esta ciudad.

El vehículo se detuvo al inicio de un callejón de casas bajas con típicos techos rasos. La de Jalal era también de una sola planta, pero tenía dos puertas, una de ellas abierta al público, donde, en un pequeño taller, reparaba todo tipo de mecanismos, desde un reloj antiguo hasta un teléfono móvil de última generación, pasando por planchas, lavadoras, equipos de música y cualquier artilugio eléctrico o electrónico que pusieran en sus manos. Con ese bagaje de talento esperaba poder ganarse la vida en España. Solo necesitaba un valedor, un empresario que le contratase en el negocio de reparación. A los tres años podría obtener el permiso de trabajo y ya no necesitaría esa tapadera legal.

La aragonesa bajó del taxi y no tuvo que llamar a la puerta. Un hombre delgado de facciones agradables y porte apuesto salió a recibirla. Ella le calculó unos treinta y cinco o cuarenta años a lo sumo, si bien comunicaba una mirada de hombre grave con una pesada carga en el alma y empezaba a perder el pelo, que, al igual que sus ojos, era de color castaño oscuro. Sofía recibió un caluroso apretón de manos y una invitación a entrar y conocer al resto de la familia. La mujer de Jalal, Ferihan, le pidió que se sentase con ellos a tomar un té con pastas, y las niñas, dos adolescentes en plena

efervescencia, se unieron a la mesa, entusiasmadas con la visita. La ciudad albergaba a numerosos residentes occidentales, principalmente empleados de las embajadas y de los proyectos de explotación de las gigantes petroleras, pero una europea con la que entenderse en su propia lengua y hablando como uno de ellos era algo extraordinario. Charlaron del tiempo, del pasado histórico de Erbil y le relataron los cambios que había experimentado la ciudad en los últimos años. Mencionaron los lugares de la región que más le recomendaban visitar durante su estancia. Pero las niñas estaban ansiosas por saber de Zaragoza más de lo que ya habían indagado en la red. Parecían dar por sentado que se trasladarían a vivir allí en breve plazo. Su madre las increpó:

—Un poco de paciencia, hijas. Sofía estará cansada del vuelo y tiene que planificar con padre su tiempo de estancia aquí. Ya habrá ocasión de que nos hable de España.

Sofía explicó la razón de su viaje: que su objetivo era encontrar a la familia de Ashti Barzani y que las últimas noticias que tenía los situaban en Sinjar, huyendo de los yihadistas.

Jalal y toda su familia enmudecieron. Había hablado por teléfono con su amigo Jihan de Zaragoza y había aceptado el cometido de atender y acompañar a Sofía durante su estancia en la región kurda, pero no le había mencionado los motivos del viaje. Fue la mujer de Jalal quien reaccionó primero. Parecía perpleja.

—Sin ánimo de ofender, Sofía, nosotros somos cristianos, el colectivo más odiado por los terroristas, y usted es una occidental y además cristiana; para ellos, en potencia, un valioso trofeo con el que ensañarse ante los enemigos infieles. ¿Pretende realizar el camino hasta la montaña de Sinjar en compañía de mi esposo? —Su tono no era exaltado, pero su mirada y sus gestos mostraban la crispación del miedo. El marido le hizo un gesto con la mano para que se calmara.

—Nuestro amigo Jihan no mencionó sus planes. Quizá usted no se lo explicó. ¿Podemos saber qué relación guarda con esas gentes para estar dispuesta a correr tanto riesgo? —preguntó Jalal.

Sofía titubeó

—Quiero que sepan que a Ashti Barzani y a mí nos une una relación muy estrecha y que deseo ayudar a ella y a su familia a salir de la situación

crítica en la que se encuentran, pero es todo lo que puedo decirles al respecto. Conozco el lugar y el camino que hay que hacer. La familia de Ashti lo hizo a pie recorriendo una zona dominada por el terror yihadista, pero yendo en coche nosotros podríamos dar un rodeo y cruzar por encima de Mosul. Es una ruta libre de peligro.

Los ojos de la familia de Jalal se volvieron hacia él. El plan de Sofía hacía que la misión ya no pareciese tan arriesgada. Aun así, temían su decisión, tanto si aceptaba el trato y seguían con sus planes de emprender una nueva vida a costa de exponer la suya propia, como si se echaba atrás y perdían una oportunidad única.

No contaba Sofía con este percance en su camino. Iba a abrir la boca para improvisar un argumento convincente, intentando no crispase, pero se percató de que solo se le ocurrían reproches por el trastorno que este cambio de decisión podía traerle. Vio entonces los rostros de desconcierto y temor de la mujer y las hijas de Jalal y calló al recordar cómo ella y Julio habían decidido ocultar a Jihan todo lo referente a Ashti, en una muestra de prepotencia occidental, dando por hecho que la desesperación del hombre que habitaba una región desdichada del mundo aceptaría cualquier trabajo a cambio de una buena oferta que le ayudase a huir de la tragedia. Esperó en silencio dando tiempo a su anfitrión a meditar la respuesta. Tras un minuto que se hizo eterno, Jalal habló muy sereno:

—Mi mujer y yo hemos vivido en Erbil desde que nos casamos. Aquí hemos sido felices y aquí nos gustaría morir porque amamos esta tierra. Pero tocante a nuestras hijas, no estamos dispuestos a correr ningún riesgo. Hay quien dice que esta ciudad está segura porque occidente protegerá sus embajadas y sus negocios, pero también Mosul se creía a salvo y fue capturada. A solo dos horas de aquí se encuentran ya a las puertas. Mi hermana y toda su familia murieron al caer la ciudad mientras que Ferihan perdió doce miembros de la familia y sus sobrinas fueron secuestradas. Con los cristianos no tienen piedad. Si logran romper las defensas kurdas los extranjeros que aquí habitan huirán y nuestro destino no será diferente del que sufrieron los que vivían en Mosul. Nosotros hemos decidido emigrar y sé que no se nos presentará otra ocasión como ésta. La acompañaré a donde necesite ir —declaró, con el aplomo de quien acepta su destino, sabedor de que no hay alternativa.

De sobra sabía Sofía de lo que eran capaces esas bestias. Lo había vivido porque estaba en sus recuerdos, en su retina interior. Hombres ahorcados o quemados vivos, cuerpos sin cabeza tirados en el camino, niños degollados, mujeres violadas y con el cuello abierto y padres llorando el rapto de sus hijas, de vuelta a una práctica que deshonoraba al género humano con la lacra ancestral de la esclavitud sexual.

La planificación del viaje era una tarea de precisión. La ruta directa que debían evitar atravesando Mosul eran tres horas y media. Serían más de doce si se desviaban al norte en Kalak antes de llegar a Mosul por la autovía, ya que, a partir de cierto punto, tendrían que circular por las únicas líneas de comunicación que había en esa parte de la región: una nutrida red de pistas sin asfaltar, diseñadas más para el tránsito de ganado que para el de vehículos a motor. Tendrían que informarse bien de cuáles eran los avances del yihadismo y qué posiciones ocupaban en esos momentos para guardar siempre una distancia de prevención ante posibles movimientos que los dejaran atrapados en su terreno. Lo harían cuanto antes, esa misma tarde, después de que ella se instalase en el hotel. Obtendrían la mejor información con una visita a la ciudadela, ocupada por la Pehrsmurga, el ejército oficial kurdo, que haciendo uso táctico de la altura del lugar había emplazado allí una antena de comunicaciones.

Sofía quiso caminar hasta el hotel que había reservado desde España, solo a tres calles de allí. Era la zona de la ciudad donde residía la mayor parte de la población occidental. Sus tacones ya resonaban ligeramente en la acera mientras se alejaba de casa de Jalal.

—Y antes de salir de la ciudad, le aconsejo que se presente en el consulado de su país y dé cuenta del itinerario de nuestro viaje —dijo él. Ella se volvió entonces a mirarle, interrogante—. Por seguridad —remachó Jalal con aquella expresión suya de gravedad.

Había hablado con Julio a su llegada en el aeropuerto, pero cuando se vio instalada en la habitación del hotel y se relajó, quiso ponerle al tanto de las últimas novedades.

Lo que Sofía ignoraba, mientras pulsaba en su móvil el prefijo de España y el número de su marido, era hasta qué punto le iban a asombrar las noticias que él tenía que darle, para bien o para mal.

ROGER ARBER (ESPAÑA). LA INVESTIGACIÓN

Veinticuatro horas después de abandonar Lauterbrunnen, Roger estaba tomando un taxi junto a la puerta de su hotel en Zaragoza. El doctor Raúl Campos le esperaba en la consulta. Había hablado ya con su colega, la doctora Rosmarie Fischer.

Cuando bajó del taxi la mañana ya cedía el puesto a la tarde y se sentía la quemazón del sol desplegando sus rayos en plena canícula. El suizo, con el rostro encendido por el calor, entró en el viejo patio del edificio, que olía a sombra fresca y a mármol vetusto, y suspiró con alivio. Por un instante, sin embargo, el que necesitaron sus pupilas para adaptarse a la semioscuridad, sintió que perdía la seguridad en sí mismo. ¿Cómo habían llegado a intuir una relación entre estos enfermos psicóticos y las siniestras imágenes que llegaron a sus sueños en ALMA? ¿Podía albergar esperanzas sólidas de encontrar aquí una respuesta a las preguntas que tanto le acuciaban? En aquel momento, sus indagaciones se le antojaron como una especie de profanación, una falta de respeto al padecimiento que, con toda probabilidad, estaban sufriendo los enfermos. Por otra parte, no quería imaginar qué pasaría si el médico se negaba de manera rotunda a ayudarlo. Había contado con que su condición compartida de hombres de ciencia le haría sentirse partícipe de la importancia de la misión. Como receptor del fenómeno que había conmocionado a la humanidad e ilusionado a tantos, Roger esperaba que se le abriera esta puerta, a pesar de los remilgos profesionales que su hermana le había anunciado que encontraría. Ahora ya no estaba tan seguro, pero había llegado hasta allí y no veía otra alternativa que seguir adelante.

El doctor le recibió con entusiasmo, aunque sus maneras contenidas no lo hicieran evidente. La doctora Rosmarie Fischer le había puesto en antecedentes. Campos se sentía honrado en presencia del astrónomo y así se lo expresó: suponía una auténtica oportunidad tener en su consulta al

hombre elegido para recibir la primera señal de vida inteligente procedente del cosmos. Roger sintió un orgullo absurdo, consciente de que el elogio era inmerecido, pero también cierta tensión en la boca del estómago. Estos halagos, expresados en ese tono de voz amortiguado y con los gestos comedidos que —aunque él no lo sabía— eran propios del doctor Campos, le hacían presentir un talante inflexible para las excepciones a las reglas ético-profesionales y de seguro iban a desembocar en una negativa.

—Le agradezco su amabilidad por recibirme, doctor Campos, y por hacerlo de manera tan expeditiva, así que no deseo entretenerle con muchos preámbulos en vista de que mi hermana le ha explicado ya la razón de mi visita.

—Así es. Su hermana me ha informado de las razones que le traen hasta aquí y estaré encantado de darle todo tipo de detalles sobre el caso, pero, por supuesto, espero que comprenda que la identidad de la paciente es información reservada —aclaró Campos con el mismo tono anodino.

Roger ya había pensado en la alternativa a proponer cuando recibiese esta respuesta. Iba a hablar cuando el psiquiatra se le adelantó.

—Por sugerencia de la doctora Fischer, una mujer encantadora —dijo, ofreciendo una sonrisa hermética—, podríamos recurrir a una solución poco ortodoxa pero aceptable, en tanto que respetaría la voluntad de la paciente de ocultar su identidad, a no ser que ella misma quisiera revelarla.

Así que Rosmarie se le había anticipado, pensó Roger, sonriendo interiormente. Su hermana era un lince. Era justo lo que iba a proponer él.

—¿Puedo confiar en su absoluta discreción, doctor Fischer? —En España no se daba la adopción del apellido del marido por la mujer y el gazapo del terapeuta se debió a la fuerza de la costumbre. Roger no la corrigió.

—Esté usted seguro de ello.

—En tal caso, tenía pensado hacer una llamada a la enferma para confirmar que ya ha realizado las pruebas que le prescribí y, de paso, podría consultar su autorización para ponerles en contacto. ¿Qué le parece?

No podía pedir más y cruzó los dedos mentalmente.

El psiquiatra saludó a su interlocutor al otro lado de la línea y preguntó por Sofía. Durante un largo intervalo de tiempo el médico permaneció escuchando inmóvil, sin emitir sonido alguno. Solo sus ojos y el oscilar de

su entrecejo reflejaban sus reacciones, fluctuando entre la perplejidad y el interés. A Roger se le antojó un derroche de expresividad, dado lo mostrado hasta el momento, pero Campos enseguida volvió a su hermetismo gestual y respondió, con voz susurrante.

—Asombroso. Un comportamiento insólito y extravagante. Se impone decir, Julio, que donde la medicina ha fracasado, quizás la ciencia de los astros pueda dar algunas claves. —Y explicó el motivo de su llamada al esposo de la paciente.

Julio no encontró razón alguna para negarse a hablar con el astrónomo. Más bien al contrario. El planteamiento que el doctor le había esbozado por teléfono era abrumador y hasta cierto punto inconcebible, pero ¿qué podía perder? ¿Es que había algo que pudiera resultarle inadmisibile a estas alturas? Le gustaría hablar con él cuanto antes. Esa misma tarde a ser posible, a las tres le estaría esperando en su casa.

Campos colgó el teléfono y se encontró con la mirada expectante de Roger. Solo había podido hablar con el marido, le explicó, ya que aquella especie de vinculación sufrida por Sofía la había afectado hasta el punto de ponerse en camino hacia Irak buscando a esa otra mujer porque, según decía, necesitaba su ayuda con urgencia. Sofía Román no se encontraba ya en España.

El astrónomo se quedó de piedra.

—Sin embargo —dijo el médico tras un largo instante de silencio—, el marido de la paciente le espera en su casa esta misma tarde.

«Así pues, no todo está perdido», pensó Roger aliviado. Aún podría encontrar respuestas en este viaje. Tal como se había propuesto, seguiría la estela dejada por los afectados.

SOFÍA ROMÁN (IRAQ). EL CONSEJO

Es común en los sueños y en las pesadillas que el tiempo y el espacio se contraigan y se expandan de manera imprevisible, unas veces para dejarnos sin escapatoria y otras, en cambio, para abrirnos una salida inverosímil. Así se sintió Sofía cuando escuchó las noticias que Julio le guardaba después de que ella le pusiera al tanto de su llegada a Erbil y del encuentro con Jalal.

—Acabo de recibir la visita de un tal Roger Arber. ¿Te suena ese nombre? —preguntó a su mujer a modo de preámbulo.

No. No le sonaba. En ese momento, aunque no pudiese verlo, lo notó extraño al otro lado del teléfono ¿Era su imaginación lo que le hacía ver la dificultad que tenía para mostrarse sereno?

—¿Recuerdas las señales que llegaron a la tierra hace unos meses en el observatorio chileno?

De primeras, le costó entender a qué se refería. Luego cayó: Sí claro, ¿cómo no iba a acordarse? ¿Y a qué venía eso?

—Arber es el astrofísico que estaba en ALMA cuando se recibieron. Mantiene la teoría de que esto que te ocurre tiene relación con aquel contacto. Que hay un mensaje oculto en todo ello.

La reacción de Sofía fue el silencio y él se apresuró a continuar:

—Por mucho que te sorprenda, cariño... esto te va a parecer increíble, pero..., al mismo tiempo, creo que son noticias alentadoras; al menos para mí lo han sido. Verás: se han detectado otros casos; sí, más de veinte pacientes que han acudido a las consultas de los psiquiatras afectados por los mismos síntomas que tú. Las mismas experiencias de vinculación con extraños.

—¿Es eso posible? —dijo ella con un hilo de voz. Le costaba entender el significado de las palabras de Julio—. ¿Saben, pues... de qué se trata?

—Eso no. No tienen ni idea, pero al parecer los casos van en aumento día a día. Esto hace que la hipótesis del astrónomo se vuelva verosímil. ¿No te parece?

—No sé qué creer ni a qué podría conducir una revelación como esa. Ni siquiera veo probable que se pueda demostrar —respondió—. Pero no deja de ser un consuelo, ya sabes, «mal de muchos...». Lo más positivo es que, si el fenómeno se generaliza, comenzarán a investigarlo.

—Claro, y por eso creo que te has precipitado, Sofía ¿Qué necesidad tenías de hacer esto? Ya se encargará la ciencia de dar respuestas. Debías haber esperado, ¿ves? Para empezar, ese parece ser el objetivo de la visita de Arber. Vino a Zaragoza solo para verte.

—Sé que aún lo consideras una locura, Julio, pero espero que llegues a comprenderlo. Solo podré descartar la enfermedad mental cuando vea con mis propios ojos a esta mujer y hable con ella, y compruebe si la experiencia es recíproca. También necesito saber que se encuentran a salvo, sobre todo los niños ¿Qué sabes de los demás afectados?

—Parece que sí, que hay un traspaso mutuo de recuerdos —le confirmó Julio—. Y no es que no entienda tu decisión, conociéndote es fácil de entender. Es solo que deberías habernos dado más tiempo antes de lanzarte por tu cuenta a una aventura peligrosa. En fin, ahora ya estás en ello; pero ten mucho cuidado. Toma todas las precauciones antes de ponerte en viaje. Me deja más tranquilo saber que has sacado una buena impresión de tu guía, Jalal Yusef.

—Son buena gente. Están desesperados por llevar a sus hijas a un lugar seguro, en occidente. —Omitió el episodio de la indecisión de Jalal; no quería que Julio supiese que había estado a punto de negarse por considerarlo un viaje demasiado arriesgado.

—Siempre se te ha dado bien juzgar a la gente de una primera impresión. Espero que esta vez no te equivoques. Otra cosa; que no se me olvide: no encuentro la leche de la niña. ¿La has cambiado de sitio?

—¡Ay, vaya!

La pregunta le hizo sentir una súbita punzada de culpabilidad. La olvidó al hacer la compra el día anterior. Alba siempre tomaba su vaso de leche por la tarde, al salir de la guardería, y era alérgica a la leche de origen

animal. La suya era un preparado especial que Sofía adquiriría en la tienda de dietética.

—Lo siento, olvidé pasar a buscarla.

—No hay problema. Tranquila. Esto tiene fácil solución. Ahora iremos nosotros. Recuerda que formamos un buen equipo, la peque y yo.

Su marido tenía razón. Sentimientos como aquellos no iban a ayudarle y los apartó rápidamente.

—Tengo que dejarte, Julio. He quedado con el guía a las seis para iniciar los preparativos. Quiero salir cuanto antes y volver a casa con mi niña. Ya os echo de menos.

—Nosotros también a ti. ¡Ah! He dado tu número al doctor Arber. Te llamará en cuanto pueda coger un vuelo a Erbil. Tiene intención de acompañaros en vuestro viaje en busca de Ashti.

—Pues eso no será posible. No llegará a tiempo. Con el papeleo y el visado ya se le irán unos días. Tendrá que quedarse en Erbil hasta nuestra vuelta o esperar en España.

—Bien, tú verás lo que le dices cuando se ponga en contacto. Un beso.

—Otro. Te llamo esta noche.

Colgó, se dio una ducha rápida y bajó al vestíbulo del hotel. Estaba con el almuerzo que habían servido en el avión y el té con pastas de casa de Jalal. Aún tenía media hora y se metió en la cafetería a comer algo. Le sorprendió la atmósfera de modernidad que se respiraba en todos los rincones del establecimiento. Los clientes que se movían por la recepción y los que se sentaban a las mesas no eran todos occidentales y, sin embargo, hombres y mujeres vestían a la europea, muchos con aire de turistas, algunos con el semblante menos distendido y la inquietud que se adhiere al rostro del trajinar en negocios. Quería algo rápido y pidió un plato que se anunciaba como pollo con arroz. Cuando el camarero trajo la comida y lo tuvo todo sobre la mesa miró a su alrededor con la impresión de que alguien más iba a participar en el banquete. Las cantidades eran inmensas. Dos pechugas colosales llegaron en compañía de varios cuencos de arroz. El camarero los anunció por sus nombres, blanco aromático, moreno y largo jazmín. A un lado colocó tres platillos de coloridas salsas, una fuente de verduras con carne y un enorme canasto de pan de pita. Aunque los

aromas del guiso ya le hacían la boca agua, debía aprender para próximas ocasiones. Le exasperaba tener que dejar tanta comida en la mesa para ser simplemente desechada. Comió lo que pudo y pagó la cuenta. Fuera estaba ya Jalal esperando. Hizo un gesto de saludo. Su media sonrisa, pensó Sofía, no carecía de encanto y la agradeció, entreviendo un hombre reacio a exteriorizar sus emociones. Sin más preliminares, el kurdo propuso encaminarse hacia la ciudadela. Las averiguaciones que allí hicieran iban a ser requisito vital para planificar la ruta.

El paso del barrio cristiano al centro de la ciudad resultaba chocante. Entre otras cosas, allí, en Erbil, a excepción de los más jóvenes, todos vestían a la manera tradicional kurda. Las mujeres cubrían su cabeza con velos coloridos y también, de vez en cuando, se avistaba el lóbrego vaivén de algún ser humano sometido al encierro del burka. Los contrastes en Erbil eran la tónica general: edificios ministeriales y grandes avenidas compartían espacio a todo lo largo y ancho de la capital con casas bajas de formas cúbicas tan afanosas por amontonarse las unas junto a las otras que las calles parecían haber forzado su angosto tránsito a través de ellas con la más caótica asimetría.

De nuevo comprobó Sofía con agrado que, como mujer europea, no sentía ni una sombra de peligro, acoso o inseguridad. Es más, su primer recorrido por las calles locales bastó para que todos los miedos se disipasen y confirmar que, dentro del territorio controlado por el Gobierno regional kurdo, la vida era completamente segura.

En el centro de la ciudad, a varias decenas de metros por encima de ella, se erguía la ciudadela, con una forma redondeada y uniforme y una extensión digna de un pueblo antiguo y poderoso. La rodeaba una muralla de varios metros de grosor.

Entraron en ella por la puerta llamada de Bagdad, desde donde Sofía contempló una antigua ciudad en ruinas con algunas grúas de construcción asomando entre las edificaciones. Al observar su mirada interrogante, Jalal le explicó:

—La ciudadela de Erbil es el asentamiento humano más antiguo que existe en el mundo. Al haber sido designada patrimonio de la humanidad por la UNESCO se encuentra ahora en pleno proceso de restauración.

Un lugar fascinante para visitar con su marido, pensó Sofía. Como profesor de Historia, él disfrutaba viajando a lugares embebidos de un pasado remoto. Un día, cuando esta experiencia fuese solo una pesadilla lejana, volverían a la ciudad, pero entonces como turistas. Dejó esa reflexión flotando en el aire cuando vio a su guía dirigirse hacia uno de los militares que custodiaba la entrada. Le oyó preguntar dónde podrían encontrar al comandante Joshnaw Mizuri.

—¿Quién lo quiere saber? —dijo el soldado, mirándolos con recelo.

—El comandante nos espera —fue la escueta respuesta de Jalal.

El tipo se giró en redondo y caminó hasta su compañero, unos metros más adelante. Intercambiaron unas pocas frases apresuradas y les indicó que se acercaran.

—Tendrás que darme tu nombre. Veremos si eso es verdad —dijo el segundo sacando un teléfono del bolsillo del uniforme.

—Transmítale que venimos de parte de su hermano Artin Mizuri —dijo Jalal.

El hermano del comandante era cliente suyo y dueño de un pequeño bar al que sacaba de apuros siempre que se atascaba la vieja máquina de café o cuando alguno de los maltrechos electrodomésticos que mantenía en servicio en la cocina se negaba a dar más de sí.

El soldado que parecía llevar la iniciativa se retiró a cierta distancia e hizo una llamada. Cuando acabó de hablar, volvió a mirarlos y les indicó con un golpe de cabeza que le siguieran.

Caminaron varias calles, en cuyo recorrido percibió Sofía una geometría peculiar, hasta que se dio cuenta de que se encontraban trazadas en forma de abanico, una herencia, según le explicó Jalal, que databa de la fase otomana de la ciudad. La fortaleza, otrora habitada por una población numerosa, había sido arrasada durante la pasada guerra contra Sadam Hussein. Solo los soldados se movían por sus calles solitarias. Las casas derruidas guardaban trazos de murales en las paredes derrumbadas y hasta restos de muebles. Al cabo de unos minutos llegaron a una zona donde los trabajos de reconstrucción estaban ya en marcha y varios edificios se mostraban habitables. En uno de ellos había fijado su cuartel general la Peshmerga.

El soldado que les escoltaba se introdujo en él y solicitó permiso para dejar entrar a los visitantes.

Les hicieron pasar a una sala. Allí, aparte de un tablero montado sobre patas de tijera plegables y algunas estanterías recuperadas de entre las ruinas, ningún otro objeto ni detalle venía a indicar que en ese lugar se estuvieran tomando decisiones a niveles de alto mando. En las estanterías habían acomodado un transmisor de radio y un gran número de macutos y cajas de metal color caqui. Sentados en sillas de madera plegable se encontraban dos hombres. Uno de ellos, si es que era el comandante, iba uniformado con traje de combate que no reflejaba ostentar ningún grado. Era fornido, pero bajito y enjuto como cepa de vid. De cara terrosa, adornaba el labio superior con un espeso bigote negro. Sus ojos grandes y oscuros destilaban experiencia y fuerza de carácter, reclamando la atención que su porte le negaba. El otro vestía de civil, a la manera occidental y ambos observaban una imagen desplegada en el computador portátil que había sobre la mesa. Al verlos entrar, el comandante pestañeó para mirarles un instante sin levantar la cabeza. Volvió la vista a lo que estaba para cerrar la pantalla y, ahora sí, centró su atención en ellos.

—Adelante —dijo con energía—, hoy tenemos invitados que necesitan nuestra ayuda, Shias. Vamos a ver si podemos contribuir a la promoción del turismo en Kurdistán mientras hacemos patria —dijo, dirigiéndose a su acompañante.

Por su tono, los visitantes no fueron capaces de discernir si había ironía en sus palabras o iba completamente en serio.

—Buenas noches —saludó Jalal aceptando la mano que el militar le ofrecía y haciendo las presentaciones—. Yo soy Jalal Yusef y esta es Sofía Román. Acaba de llegar de España. Ella me ha contratado como guía y necesitamos su ayuda para trazar la ruta de nuestro viaje. Supongo que ya le habrá explicado su hermano, Artin.

—Encantada, comandante Mizuri. Le agradezco mucho que nos haya recibido.

Jalal vio la sorpresa en el rostro del hombre al oírla hablar en surmanji.

—Sofía habla nuestra lengua porque vivió en Iraq desde niña durante años —se apresuró a explicar.

—Bueno, me está costando recuperarla. Hace muchos años que no he

tenido ocasión de hablarla.

—Eso le vale unos cuantos puntos de confianza —dijo el comandante sin dejar del todo su expresión afable.

—Sin embargo, sabrá usted que España cuenta con una deshonra reciente —Sonó estruendosa la voz de su acompañante—, que cincuenta tipos con pasaporte español se hayan incorporado a las filas del ISIS.

Decidió Mizuri acudir en apoyo de la mujer y suavizar el ataque.

—No se ofenda, Sofía. Les presento a Shias Shurki —dijo con cara de circunstancias—, él también sufre la afrenta de liderar un pueblo que sigue bajo el yugo de los «banderas negras». Es el jefe del Partido Democrático del Kurdistán en la ciudad de Bartella, de población cristiana y yazidí, y solo Dios sabe lo que su gente padecerá hasta que seamos capaces de liberarlos. En cierto modo culpa a occidente de la situación de abandono en que quedamos con la retirada de las fuerzas aliadas.

—Yo solo intento encontrar a mis amigos y ayudarles a escapar de esta pesadilla —dijo la española, sintiéndose obligada a esbozar una excusa.

—¡Vaya! ¿Cuál es, pues, el propósito del viaje que quieren realizar? —preguntó Mizuri sorprendido.

—No nos habríamos atrevido a pedir este favor a su hermano si no se tratase de algo grave. Sofía tiene amigos que huyeron de Mosul y se refugiaron al oeste de la provincia. Ahora se encuentran en zona de peligro y quiere sacarlos de allí. Pensamos ir por el norte evitando el área de Mosul, pero no sabemos dónde se encuentra la frontera que marca el dominio de los yihadistas —explicó el guía.

—Muy afortunados son esas gentes en contar con una amistad como la suya, señora, que está dispuesta a emprender esta aventura por ayudarles —dijo el comandante.

Entonces, se puso de pie y sacó un mapa de una de las cajas de la estantería. Lo desplegó sobre la mesa y trazó una línea marcando un perímetro por encima de Mosul.

—Desde aquí seguimos la guerra al minuto por nuestros móviles. También desde varias antenas que interceptan las comunicaciones del enemigo y, por supuesto, por el canal CNN de Oriente Medio; sin embargo, estamos luchando contra un enemigo que lleva a cabo una guerra no

convencional. No hay hombres suficientes para combatir en un área tan grande.

—¿Y el apoyo internacional? —preguntó Sofía.

—Hasta la fecha, occidente ha suministrado munición y artillería, pero la ayuda es escasa e insuficiente para cubrir los más de mil kilómetros de frontera que compartimos con los extremistas.

—¿Significa eso que esta frontera trazada en el mapa no es estable? —preguntó Jalal.

—Exactamente. Hace unos días nos hicimos precisamente con el área que rodea la población de Sinjar, pero...

—¿Sinjar? —interrumpió Sofía—. Es precisamente allí donde nos dirigimos. Las últimas comunicaciones con mis amigos proceden de esa montaña.

—Pues, que sepamos, la zona fue despejada por las YPJ hace unos días, pero son noticias muy recientes y no estamos seguros de su alcance —explicó el comandante Mizuri.

—¿Las YPJ? —Se extrañó Jalal.

—El cuerpo femenino de la milicia kurda. Un extraordinario puntal en nuestra guerra. Los yihadistas del ISIS sienten un miedo terrorífico cuando ven a estas mujeres entrar en combate. El motivo no es otro que la creencia de que si mueren a manos de una mujer ya no irán a ese paraíso lleno de vírgenes que tanto anhelan entre bomba y bomba —dijo el militar.

—Un punto débil que no podemos desaprovechar —puntualizó el político —, ya que en campo abierto llevamos todas las de perder por el desfasado armamento con el que luchamos. Lo que intenta explicarles el comandante es que tendrán que correr algún riesgo si quieren ahorrarse un buen montón de kilómetros. Las carreteras están controladas por nuestras milicias, pero son estas precisamente las autovías que recorren el territorio de norte a sur. Para desplazarse de este a oeste será necesario hacer muchos tramos por caminos sin asfaltar, que son solitarios y carecen de controles militares. Nadie podrá garantizar su seguridad.

—Volviendo al monte Sinjar, comandante, cuando un grupo de refugiados es rescatado de los terroristas, ¿cuál es su destino si no pueden volver a sus hogares ni subsistir en el lugar? —preguntó Sofía.

—Si se refiere a los que se encontraban en la zona de Sinjar, hemos sabido que la mayor parte de los refugiados rescatados allí han llegado a los campos del barrio de Ankawa, en un convoy protegido por las YPJ.

—¿Quiere decir que se encuentran aquí, en esta misma ciudad? ¡Quizás a unas cuantas calles de la casa de Jalal! —Apenas podía disimular la emoción.

—Siento frustrar su alegría, señora —intervino Shias—, como bien se ha expresado mi amigo, la mayor parte fueron liberados por nuestras milicias, pero no todos. La embajada de Estados Unidos nos ha informado de que varios helicópteros llegaron al lugar cuando estaba siendo atacado por los yihadistas y sacaron en ellos a varias docenas de refugiados. A estos los llevaron al campamento que se encuentra en la frontera con Siria, en la ciudad de Rabiaa —explicó señalando con su grueso dedo un punto en el mapa.

Sofía abrió mucho los ojos al comprobar en el plano la distancia que les separaba de ese punto.

—Con esto no contábamos —dijo Jalal—. Ahora, lo primero tendrá que ser hacer comprobaciones para averiguar si las personas que buscamos están inscritas en alguno de los campamentos de Ankawa. No vamos a emprender viaje sin saber con seguridad dónde se encuentran.

—Los americanos llevan un control muy exhaustivo de las personas que rescatan y de su localización cuando los trasladan. Especialmente cuando van a campos de refugiados. Les aconsejo que empiecen por la Embajada de Estados Unidos. Creo que será más fácil descartar que se encuentran en Rabiaa. La búsqueda puede ser más difícil aquí. Hay mucho desconcierto y el caos aumenta conforme la gente se va acomodando fuera de los campos, en busca de un poco más de espacio.

—Gracias, comandante Mizuri, así lo haremos, y espero que no sea necesario que tengamos que ponernos en viaje. Esa ciudad, Ra... biao —dijo mirando en el mapa donde le había señalado Shias. La lengua escrita árabe era para ella un garabateo sin sentido—, está más lejos de lo que habíamos previsto y parece encontrarse muy cerca de los límites conquistados por los extremistas.

—En efecto. Ojalá sus amigos estén ya a salvo en Erbil, pero, por si tuviesen finalmente que viajar, deben saber que hemos sembrado todas las

vías principales de comunicación de puestos de control donde les pedirán la «ikama» —dijo el político Shurki, volviendo la mirada al militar.

—Mi amigo tiene razón. La «ikama» es el permiso de residencia del Kurdistan —aclaró el comandante—. Para que el paso por estos puntos les sea más fácil y expeditivo tendremos que proporcionarle un salvoconducto a su nombre, Sofía. Así no habrá interrogatorios innecesarios que puedan retrasarles —ofreció Mizuri.

—Le estamos inmensamente agradecidos, comandante. Ojalá hubiese algo que yo pudiera hacer por devolverles el favor —dijo Sofía con expresión de sincero agradecimiento.

—Usted es europea. Siempre hay algo que un europeo puede hacer para ayudar a detener el extremismo islámico. Cuando regrese a su país, abogue desde cualquier instancia que tenga al alcance para promover el envío de armas y efectivos militares. Son como el cáncer. Entre todos debemos evitar que se sigan expandiendo o llegará un día en que los encontrarán a sus puertas.

TINA STRAZZERI Y ANGELO TONIUTTI (ITALIA). LA AMISTAD

Durante la mañana el cielo de Roma se fue cerrando y dejó la tarde encapotada. Una ligera llovizna recibió a Tina Strazzeri cuando su Fiat 500 salió del *parking* y asomó a la Piazza di San Calisto. Giró a la izquierda y, a doscientos metros, se incorporó al intenso tráfico de la Viale di Trastevere. Cruzó el Tiber por el Ponte Garibaldi y rodeó la Piazza Venezia dejando a la izquierda las hermosas cúpulas de San Marco. En cuanto se adentró en la Via del Corso maldijo no haber elegido dar un rodeo por la vertiente izquierda del río y cruzado por el Ponte Mazzini, evitando así la congestión y los atascos constantes del centro de la ciudad. Aparcó en un subterráneo de abono mensual a dos manzanas del periódico en la misma Via del Tritone. Il Messaggero tenía su sede en un enorme edificio neoclásico de principios del siglo diecinueve, de fachada blanca y esquinera curva. De haberse hallado en otra ciudad con menos competencia monumental se podría haber calificado de imponente. Frente a la puerta principal, al otro lado de la calle, estaba su café favorito, Il Vetro d'Oro donde, como cada tarde que hacía jornada de oficina, entró a meterse en vena un *expresso doppio*. Eran las tres y diez y Tina se extrañó de no encontrar en la barra a su compañero y amigo, Angelo Toniutti, que a las tres en punto acudía infalible, también en busca de la tercera o cuarta dosis de cafeína.

En todas las secciones de Il Messaggero reinaba la calma. Sin embargo, a esa hora, el pulso vital de la redacción se estaba poniendo en marcha. Cerrando el ciclo de trabajo colectivo, el director y los jefes de redacción seguían reunidos en su segundo encuentro del día. Era el augurio de un cambio de ritmo. En cuanto se abriese la puerta, esbozados ya los grandes trazos de lo que iba a ser el diario de la mañana siguiente, la actividad y el

ruido del periódico irían *in crescendo*: bajo las pantallas de los ordenadores, los teclados iniciarían su danza frenética, los reporteros un incesante ir y venir y los móviles reclamarían su sonoro protagonismo.

Tina se acomodó en su escritorio después de intercambiar algunos saludos. Le quedaban unas horas para rematar el reportaje sobre las primeras llegadas a las costas griegas de refugiados en masa. Había regresado de Grecia de madrugada y había pasado la mañana encerrada en casa, tratando de plasmar sobre la página en blanco el drama que se estaba desarrollando en esas partes de Europa y la magnitud de la tragedia que se empezaba a gestar. Una hora más tarde, se incorporó en el sillón y alargó el cuello para echar un vistazo a la mesa de Angelo. Su silla estaba vacía.

—¿Dónde anda hoy Angelo? ¿No tenía que venir a la oficina? —preguntó a gritos por encima del estrépito de la inmensa sala.

—Ha llamado..., no se encontraba bien —respondió su jefe, que andaba cerca coordinando el trabajo de la sección internacional.

—¿Ha dicho qué le pasaba?

—No, solo avisó de que no vendría hoy. Que se quedaría en cama.

«En cuanto acabe con esto le llamaré», decidió Tina. También se había propuesto llamar a Roger. No sabía nada de él desde que le telefoneó a casa de sus padres y le dijeron que había viajado a España. Después tuvo que salir de urgencia hacia las costas griegas y no encontró el momento de hacer esa llamada. Notó cómo se le alteraba un poco la frecuencia cardiaca ante la perspectiva de la visita que él le había prometido. Casi con seguridad cogería un vuelo directo desde España una vez acabadas sus gestiones, cualesquiera que fuesen.

Daban las ocho cuando entregó el trabajo a su redactor jefe. Aún tenía que esperar a la corrección del reportaje y después a los cambios que el editor pudiese plantearle. Así que entró en la sala de conferencias a llamar a Roger. Con él quería hablar en la intimidad y sin el bullicio de la oficina.

—¡Hola, Tina! ¿Cómo estás? —respondió la voz del suizo. Su timbre, cálido y firme, tuvo el efecto de erizarle agradablemente el vello de la nuca.

—¡Caro Rogelio! ¿Qué andas haciendo por España? Te creía en Suiza, llamé y tu madre me dijo que te habías ido a hacer unas gestiones.

—En realidad... estoy en Iraq...

—Pero, ¿cómo? ¿Y esa visita a Roma que me prometiste? ¿No te has desviado un poco de la ruta?

—Pues sí. Yo también estoy un poco sorprendido. Este viaje no entraba en mis planes de vacaciones, aunque...

—¡No me digas que te has perdido! —exclamó ella, socarrona—. Pero si todos los caminos conducen a Roma.

—Es que ha surgido algo, Tina. Algo que me ha traído a investigar a esta parte del mundo —explicó, haciendo caso omiso de sus chanzas—. Pero recuperaré el camino en cuanto acabe lo que he venido a hacer. Ardo en deseos de verte.

—¿Puedo saber el motivo de que me relegues con tanta descortesía? —Trató de sonar a reproche. Esperaba que avivar su sentimiento de culpa le hiciese más generoso en sus muestras de cariño.

—No, Tina. No es lo que piensas. Quiero estar contigo, pero no puedo aplazar lo que he venido a hacer.

—Soy toda oídos.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo de todos modos. Ya sabes, a buen entendedor...

—Es complicado. Tiene que ver con el fenómeno de «vinculación de memorias» que se ha producido en los últimos días. Habrás oído algo, supongo.

—Desde luego. Ese tema no lo llevo yo, pero hay personal en el periódico dedicado a él de forma prioritaria. ¿Es que tú has sufrido...? —De pronto, ya no sonaba chistosa.

—No, yo no —se apresuró a aclarar—. Sigo la pista de la mujer que se ha registrado como el primer caso. Tengo una teoría y me gustaría encontrar pruebas para confirmarla. Además, acabo de oír en la BBC que el fenómeno se está extendiendo rápidamente y no parece obedecer a causas racionales. Por el momento no se encuentra explicación.

—¿Cuál es tu teoría? Es..., a que lo adivino —Dudó un momento acerca de cuál sería—. Estás pensando en las señales de ALMA, ¿verdad?

—¿Cómo no relacionarlo? Solo hace dos meses que ocurrió. Tampoco hubo una explicación plausible para aquel fenómeno. Seguro que mucha gente estará pensando en ello.

—Lo suponía. En cuanto salieron las primeras noticias supe al instante que tú ibas a ver una conexión, Sherlock Holmes.

Desde que se conocían, a él siempre le resultaba difícil apreciar cuando Tina tomaba algo en serio o bromeaba, y eso ahora le estaba molestando. Se imaginó su mirada azul, chispeante y risueña, y tuvo el perverso deseo de infundir en ella una dosis de gravedad.

—Las pesadillas que sufrimos los que presenciamos aquel extraño fenómeno reflejaban hechos reales, Tina. Algunos bien conocidos y cercanos en el tiempo —dijo Arber circunspecto—. ¿Recuerdas, por ejemplo, los asesinatos de Charles Manson en la mansión de Polanski, ocurridos en los años setenta?

Esperó un instante hasta que ella hizo memoria y confirmó que recordaba los hechos. Entonces continuó:

—Las escenas que vimos en esos sueños eran tan crueles como verídicas ¿Quién puede negar su autenticidad dado que conocíamos a los protagonistas y sabemos que ocurrió exactamente así?

—Eso no lo duda nadie.

—Ahí está. Creo que en ALMA recibimos un mensaje. Un mensaje proyectado en dos secuencias. Primero, ante la incapacidad de empatía real del ser humano con el sufrimiento ajeno, parece que se nos muestra en toda su crudeza el horror de nuestras acciones. Y ahora quizás nos esté llegando la segunda parte del mensaje, o quizás deberíamos llamarlo «la reacción»: las vinculaciones nos estarían forzando a «ponernos en el pellejo del otro».

—Pero ¿qué tiene de particular esa mujer? Es muy probable que haya otros casos antes de ella que no se hayan registrado en ninguna consulta.

—Es cierto, pero en ella hay una identificación absoluta. Se trata de una madre en busca de sus hijos, entre comillas, claro, porque en realidad son los hijos de la mujer con la que se ha vinculado —explicó Roger, consciente de que en sus palabras había más pasión que raciocinio—. Al descubrir que están en peligro esta mujer ha decidido ir en su ayuda nada menos que al Iraq en guerra dominado por el yihadismo.

—¿Y qué crees que podrás averiguar cuando veas a esa mujer?

—Me gustaría saber cómo se produjo en ambas. La idea es encontrarme con las dos víctimas de la «vinculación» y ahondar en las causas del

fenómeno. Quizás ahí estén las claves que me ayuden a confirmar mi teoría. ¿Qué opinas? ¿Crees que estoy dando palos de ciego?

—Supongo que... un poco sí, aunque no puedes hacer otra cosa. Es el único cabo que tienes para desenredar la madeja, si es que hay madeja.

—Hazme un favor, ¿quieres?

—Claro, Roger, tú dirás.

—Tenme informado de cualquier novedad que se produzca en este tema. En el periódico se sabrá antes que en ninguna parte. Aunque no estoy seguro de que tenga cobertura telefónica en todo momento. Voy a estar fuera del mundo civilizado por un tiempo.

—¿En Iraq? ¿Con todo lo que está ocurriendo por allí? ¡Madre mía! ¿Dónde piensas meterte?

—Solo será un día, quizá dos.

—Ten cuidado, Roger. Te espero en Roma. No me falles.

—No lo haré. Ciao, carina.

—Ciao.

Después de interrumpir la comunicación, Tina miró la hora en el teléfono. Tenía tiempo de llamar a Angelo. Mientras lo encontraba en su directorio siguió pensando en Roger. La había dejado preocupada. «¡Merda! ¡El astrónomo metido a investigador por esos mundos de Alá! ¡Y en uno de los puntos más candentes y peligrosos de la tierra!» Para colmo, tenía que retrasar sus planes de vacaciones. Había pedido días libres en el periódico en función de la visita de Roger. Ahora tendría que cancelar el permiso y dejarlo en suspenso.

—Hola, Tina —respondió Angelo después de dejar sonar el teléfono al límite. Era una voz lastimera.

—¿Qué te ocurre, Angelo? Han dicho en la oficina que estabas enfermo.

—No estoy seguro. Creo que me encuentro al borde de la demencia. Sospecho que tengo el síndrome de «memorias compartidas», Tina. Estoy aterrorizado.

—¡Madre mía!... ¿Cómo lo sabes? ¿Qué te ocurre?

—Cuando desperté esta mañana mi cabeza era un torbellino de atrocidades. Soy otra persona. Bueno..., soy yo..., pero... digamos que tengo otra vida más que está aquí adentro.

—Bueno..., tranquilízate. Ya sabes que hay muchos expertos estudiando el tema. Déjame acabar el trabajo aquí y me paso por tu casa. En cuanto mi reportaje vaya a impresión y no me necesiten salgo para allá.

—Te lo agradeceré. Ya sabes cómo es mi madre. No le he dicho nada. No quiero que se preocupe. Prefiero no inmiscuir a nadie todavía, pero me vendrá bien hablar con una buena amiga.

—Está Marcelo ahí, supongo —dijo ella extrañada de que «una buena amiga» no incluyera a su marido.

—Sí. Hoy no ha ido a trabajar. Solo ha salido un momento para cerrar el estudio. Pero está tan espantado como yo. No me es de ninguna ayuda.

A los cuarenta y dos años, no hacía tanto que Angelo Toniutti había dejado de vivir en casa de su madre. Y fue porque inició una seria relación que le motivó a abandonar por fin el seno materno. La señora Toniutti era una mujer de sangre napolitana y tenía un carácter con denominación de origen. Además, se preocupaba demasiado por todo, pero, tocante a su hijo, era obsesiva, y una viudedad sobrevenida le había añadido aún más desasosiego. No obstante, Angelo, que se dejó mimar en exceso, estuvo siempre bien con la situación: con una vida de hogar y de libros, de escasas amistades y pocas incursiones en las salidas e inquietudes adolescentes de sus compañeros. Además, tuvo siempre la aquiescencia de doña Orazia, orgullosa de divulgar entre sus vecinas el talento científico de su pequeño, siempre número uno de su clase. Pero fue otro el hecho que definió los derroteros de la vida de su hijo. En la Navidad del ochenta y tres, cuando Angelo contaba diez años, su mítico tío Carlo, que vivía en California, le trajo un regalo de América que le marcaría para siempre. Con el Sinclair ZX Spectrum, uno de los primeros modelos del mercado, el pequeño Angelo empezó a interesarse por la informática. Se inició con un ordenador al que sucedieron otros, que su madre le iba comprando tan pronto agotaba las posibilidades del anterior. Al acabar la secundaria superior en el instituto técnico ya no había secretos que se le ocultaran en el campo de la tecnología informática. Aun antes de adquirir su diploma de licenciatura fue contratado por Il Messaggero para coordinar la programación y diseño del periódico en su versión digital. La vida de Angelo transcurrió sosegadamente entre los cuidados de su madre y el mundo de la computación, hasta que, ya entrado en la madurez, conoció a

Marcello y empezó a medir el tiempo en latidos, los que se atropellaban en su pecho cuando pensaba en él, esperaba sus llamadas o se encaminaba a una de sus citas. Se casaron en Madrid y lograron el beneplácito de la señora Toniutti que, contra todo pronóstico, asumió la tutela de Marcello como si de su propio hijo se tratase.

Marcello, artista y restaurador, había diseñado una vivienda destinada a una persona que amase el trabajo, el deporte y recibir a sus amigos. Una pequeña villa de principios del diecinueve en el litoral del Lazio, en una zona de viñedos que descendía hacia el mar. Él mismo proyectó la restauración, desde la estructura hasta el detalle más pequeño, pasando por el mobiliario y la decoración y Angelo aceptó sin condiciones hacer del hogar de Marcello su propio hogar.

A Tina le encantaba esta casa y le sorprendía el modo en que su diseñador había hecho emerger el carácter marítimo de la vivienda del ambiente y de la proximidad del Mediterráneo. Antes de llamar al timbre aspiró el aroma del mar que la dirección del viento traía hasta la misma entrada. Alberta le abrió la puerta y penetró en el vestíbulo, decorado con mucho refinamiento.

Entre la pendiente de la colina, plantada de cítricos, y el respaldo posterior de la casa, un corredor exterior en cuña dirigió naturalmente los pasos de Tina hacia la frescura del porche, donde la doméstica le había indicado que la esperaba Angelo. Siguió un camino de grava serpenteante que recorría el jardín. Las plantas estaban bien cuidadas. Había pinos piñoneros con copas como sombrillas y, a los pies de estos, gladiolos, azaleas y rosas amarillas. Entre los arbustos, grandes y antiguas lámparas votivas de piedra surgían aquí y allá iluminando cada rincón. Encontró a Angelo recostado en un profundo sillón de anea, cubierto con una manta de alpaca desde el pecho hasta los pies. Tenía los párpados enrojecidos y cercos violáceos bajo los ojos. A su lado estaba Marcello. En cuanto la vio salió a su encuentro.

—Tina, cariño, menos mal que estás aquí —dijo, levantándose de la silla y regalándole uno de sus acostumbrados cumplidos—. ¡Qué bien estás, guapa! No como nosotros, que ya ves, ¡hechos unos zorros!

La besó en las dos mejillas y se cogió de su brazo para conducirla a un sillón junto a Angelo.

El enfermo, mucho menos animado, recibió sus besos con un escueto «gracias por venir, Tina», y su rostro solo consiguió regalarle una sonrisa cansada.

—¿Qué tomarás, querida? ¿Has cenado? —le preguntó Marcello.

—Sí. Tomé algo en la redacción.

—¡No uno de esos horribles sándwiches de la máquina! —exclamó él con gesto de asco.

Angelo, al oír eso, se incorporó con expresión dolida señalando a su esposo con el dedo.

—¿Sabes lo que comen en el gulag? ¿Sabes cuándo es un día afortunado para alguien de allí? —dijo con vehemencia—. El día que cazan una rata y pueden ingerir proteínas —Se dejó caer de nuevo en la hamaca—. Yo lo he hecho —murmuró ausente y sumergido en un recuerdo ajeno. Reprimió unas ligeras náuseas como si no creyera sus propias palabras.

Marcello, entonces, dio un suspiro y se dirigió a Tina como si el otro no estuviese presente.

—Lleva así todo el día diciendo cosas horribles y contando historias de ese tal Seung Ho. Quiero llamar a mi amigo Roberto, pero no me deja.

—¿Quién es Roberto? —preguntó ella.

—Es el mejor psiquiatra de Roma. Díselo tú, Tina. Dile que lo necesita.

Ella miró al enfermo con lástima. En los ojos de Angelo había una especie de constante vigilancia y en su boca una mueca de angustia.

—¿Cómo ha empezado? —preguntó.

—Se ha despertado malísimo, vomitando sin parar. Tenía los ojos vidriosos y fuera de foco, como alucinado. Me ha dado un susto de muerte —explicó Marcello.

—Es lo que me enamoró de él. Ese afán de protagonismo —dijo Angelo, sarcástico.

—¿Te apetece hablarnos de... esa otra persona... con la que te has vinculado? —le dijo ella cariñosamente.

—Claro, Tina. En realidad, lo necesito. Se hace más soportable si puedo explayarme, pero el mentecato de mi marido no lo entiende. Cree que me regodeo en los hechos escabrosos. El mundo de Seung Ho es así de

horrendo. Hay miles de personas viviendo en esas condiciones. Se trata de un campo de concentración atroz.

—¿Por qué no empiezas por el principio? ¿Dónde se encuentra ese Seung Ho? —dijo Tina, animándole a hablar.

Angelo comenzó a narrar los recuerdos de su vida como Seung Ho. Las constantes punzadas del hambre, cómo había que enfrentarse inesperadamente a alternativas desagradables, aquella tristeza muda que emanaba de las paredes de la ciudad moribunda. Se le humedecieron los ojos cuando se refirió a Sun Young, su querida abuela. Ahora entendía, desde la perspectiva de un hombre del primer mundo, que ella era ya una anciana porque había envejecido prematuramente y que había emprendido el camino de la generosidad y la entrega el día que decidió hacerse cargo de él. Rememoró sus cuidados y sus desvelos por alimentarlo, por transmitirle los conocimientos que estaban a su alcance en ese erial anímico y espiritual.

Tina estaba absorta en la historia, que ahora le interesaba por sí misma.

—¡Oh, cariño! Voy a llamar a Roberto. No puedes cargar con todo esto sin ayuda —dijo Marcello cuando no pudo aguantar más.

—¡Que no, Marcello! No necesito un psiquiatra. Lo mismo les está sucediendo a muchas personas y no hay tratamiento médico ni psiquiátrico que lo cure.

—Es cierto, Marcello —intervino Tina—. No son síntomas de alucinación ni de demencia. Se ha comprobado que se produce un intercambio de recuerdos con otra persona, alguien real. El otro también hereda todas tus vivencias por lejos que se encuentre. Dudo que tu amigo Roberto pueda hacer algo por Angelo que no podamos hacer nosotros.

Pues vaya mala suerte que tienes, cari. Podías haberte conectado con Ghandi o con Fredy Mercury, por poner algún ejemplo.

—Esos están muertos, Marcello ¡Esto no es espiritismo! —dijo Tina soltando una carcajada.

—Claro, claro. Perdona ¿Y tu amigo Seung Ho está viviendo ahora mismo en ese gulag, mientras hablamos de él? ¿Y está también hablando de nosotros y escuchando todo lo que decimos?

—Yo no lo hago. Mis recuerdos llegan hasta ayer. Creo que hasta el momento en que tuvo lugar la vinculación.

—Lo que sí es cierto es que él ahora nos conoce. Conoce todo lo que Angelo tiene en su cerebro, al igual que Angelo todo lo que él tiene en el suyo —aclaró Tina.

—¡Qué bien informada estás, Tina! Son detalles que no han salido todavía en los medios.

—Como cualquier miembro de la prensa, yo he oído ya mucho sobre el tema en el trabajo.

—Me pregunto cómo se resignará Seung Ho a tanta miseria ahora que sabe cómo vive un hombre en el primer mundo —dijo Marcello.

—¡Vaya! Por fin empiezas a comprender y reaccionar —Se incorporó en la silla y le tomó la mano, mirándolo a los ojos—. Ahora más que nunca necesito que seas tú, Marcello, el tipo sensible y abierto de mente que conozco. El de siempre.

—De acuerdo. Lo siento, mi amor. ¡Estaba tan asustado! Creí que te perdía. Que estabas enloqueciendo.

—Hace un rato he hablado con un amigo sobre un caso que investiga —intervino Tina—. Como en el tuyo, Angelo, en ese también la persona vinculada se encuentra en situación límite. Lo más chocante es que la otra, una mujer que vive en España, ha ido en su busca, nada menos que a Irak.

—¡Qué locura! —exclamó Marcello, poniendo los ojos en blanco—. Espero que a ti no se te ocurra una idea semejante. Además, Corea del Norte es un cerco. No se puede viajar a ese país de manera regular. Y, aunque así fuera, ¿cómo contactar con un preso del gulag? ¡Imposible!

Apareció Alberta preguntando si querían tomar algo, que había ya recogido la cocina y quería marcharse.

—Sí, Alberta... —empezó a decir Marcello.

—Yo no quiero nada —interrumpió Angelo—. ¿Tú qué tomarás, Tina?

—Espera, cari, no te adelantes y espera a ver lo que tengo para ti. Cuando lo veas me perdonarás todo, hasta mi torpeza y falta de comprensión de tus delirios. Alberta, por favor, abra la caja que he dejado en el trinchante del comedor y traiga una botella y unos vasos —dijo Marcello dirigiéndose a la doméstica.

—Pero, Marcello, ¡que no son delirios! Que... —empezó a decir Tina divertida.

—Déjalo. No tiene remedio. Ahora ya lo hace a propósito, ¿sabes, Tina? Está tan asustado que me toma el pelo para quitar hierro al asunto.

Marcello sacudió la mano en el aire.

—Bah, qué más da —dijo—. Lo llares como lo llares, estamos bien jodidos.

—Entiendo tu agobio, Marcello. La verdad es que había leído artículos sobre los gulags norcoreanos y no podía creer que todo lo que se contaba en ellos fuese cierto —dijo Tina—. El testimonio de Angelo, ¿o debería decir de Seung Ho?, es demoledor. Si me das permiso, y cuando te sientas con ánimo, me gustaría escribir sobre tus recuerdos de la vida de ese muchacho.

—Más adelante, querida. Ahora, ya ves, no estoy para entrevistas.

—¿Os dais cuenta de que es posible que salgan a la luz hechos ocultos de lugares hasta ahora impenetrables, que incluso puedan descubrirse crímenes sin resolver a través de una conexión? Es como abrir la caja de los truenos —dijo Tina.

—Me pregunto cuántos más acabaremos implicados en esta locura. ¿Y si no nos afectase a todos? ¿De qué dependerá? ¿Y por qué Angelo? ¿Y por qué con una persona como ese Seung Ho, tan lejano y tan diferente a nosotros? —preguntó Marcello a sabiendas de que no había respuestas.

—Es lo que mi amigo Roger está tratando de averiguar.

—¡Toma! Tu amigo y todos los psiquiatras y hombres de ciencia del mundo —dijo Angelo.

—Pero es que este amigo...

—¿Cómo has dicho que se llama? —inquirió Marcello, poniendo a trabajar su gran intuición.

—Roger. Es uno de los mejores astrónomos del mundo. Fue quién primero recibió las señales de ALMA —dijo Tina con un montón de pasión en la voz.

—¡Anda! Pero si se le está cayendo la baba. ¿Y esos chispazos azules que disparan sus ojos? ¿Los ves tú también, Angelo? —Hizo gestos de

protegerse la cara con los brazos—. ¡Ay! ¡Que la pelirroja se nos ha enamorado!

—¡Vaya! ¿Cuándo conoceremos a ese prodigio? —dijo Angelo por seguir la chanza.

—¡Ah! Aquí llega Alberta. A ver si esto te anima y te hace olvidar lo que tienes en la cabeza. Y a ver si a Tina se le suelta la lengua. Queremos saber más de ese Roger.

—¡Un Numanthia del dos mil diez! —exclamó Angelo—. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Tanto espaviento por un vino? ¿Qué me he perdido? —preguntó Tina.

—Es un vino español emblemático para nosotros porque fue el que se sirvió en nuestra boda en Madrid. Aquel era la añada del dos mil nueve, pero la del dos mil diez es aún mejor. Lo busqué en Internet y descubrí una bodega en Roma que lo vende —explicó Marcello entusiasmado.

—¿Cuántas botellas? —preguntó Angelo.

—Solo quedaban dos. Una nos la puliremos esta noche. Necesitamos algo para acompañar. ¡Alberta! —grito Marcello.

—Se ha marchado —dijo Tina—. Ya voy yo. Soy experta en rebuscar despensas.

Al momento volvió con un trozo de grana padano, un pan rústico y un bol de nueces. Llenaron los vasos y bebieron el untuoso tinto español mientras picaban escamas de queso, nueces y pedazos de pan de hogaza.

—Oye, Angelo —dijo Tina con la boca llena—, estoy pensando que, si Seung Ho ahora sabe todo lo que tú sabes, tendrá tus datos y quizás trate de ponerse en contacto contigo.

Él no respondió. De repente parecía bloqueado, como suspendido en el vacío, mirando a un punto en el infinito. Un oscuro raudal de recuerdos lo oprimía, aislándolo por completo de los presentes. Las imágenes que rodeaban al pequeño Seung Ho se agolpaban en su cerebro consternado con el despropósito de las pesadillas, alejadas de lo que debieran ser las apacibles memorias de la infancia. Aquí veía la mirada cabizbaja y de ojos tristes de una agotada Sun Young, fija en su platillo de ración vacío, allá reconocía las facciones esqueléticas de los otros pequeños que junto a él

andaban picoteando por las calles, como gallinas hambrientas en busca de algún vestigio comestible, mientras los adultos cumplían su larguísima jornada de trabajo. Cerró los ojos con fuerza y se los frotó, tratando de borrar los rostros de pupilas vacías y de apagar las voces lastimeras que acudían a él. Suspiró y al regresar los miró en silencio.

—¿Estás bien, Angelo? —le preguntó ella inclinándose para verle la cara.

—Es difícil decirlo. Querría poder quedarme al margen de muchas vivencias de Seung Ho. No sé si resistiré todo lo que va llegando sin volverme loco. Lo peor es saber que ellos siguen allí, un lugar donde la muerte es tangible y acecha a la vuelta de todas las esquinas.

—Mi pobre Angelo. Debe de ser una experiencia terrible —dijo ella con verdadero afecto.

—Lo es. Créeme.

—Decía que quizás Seung Ho intente ponerse en contacto contigo.

—No sé cómo podría hacerlo. Allí no disponemos de medios. Ni teléfonos ni ordenadores. ¡Imagínate! Si ni tan siquiera contamos con los utensilios más básicos de higiene personal.

Marcello se revolvió nervioso en la silla.

—Por favor, deja de hablar en primera persona. Ya sé que lo vives como si fuese real, pero me desquicia que te incluyas en la vida del otro.

—A ver, Marcello, cómo puedo hacerte comprender que lo que hay aquí —Se golpeó la cabeza con los nudillos— es la esencia de lo que somos. Yo soy Angelo Toniutti tanto como Seung Ho y lo que él ha disfrutado o sufrido en su vida, por desgracia, es mío sin restricciones.

Lo miró arqueando una ceja y Marcello le sostuvo la mirada solo un instante. Finalmente cabeceó resignado aceptando los hechos.

—Y, dado que tú eres un auténtico gurú de la informática —continuó Tina, tratando de relajar el ambiente— él también será una lumbrera. ¿No podría ponerse en contacto por Internet de alguna manera?

—Que yo sepa, hasta ahora, ningún genio ha conseguido conectarse con una piedra o un viejo somier— ironizó Angelo—. Además, es posible que un aluvión de conocimientos heredados de este modo no pueda ser asimilado de golpe. Quizás le lleve un tiempo digerirlos y aprender a usarlos.

—¿Qué conocimientos has adquirido tú de él? —preguntó Marcello.

—Solo el idioma. Creo que sé hablar en coreano, pero tendría que ponerlo a prueba hablando con alguien.

—Él sabrá italiano, entonces.

—Supongo. Y el chapurreo de inglés que tanto esfuerzo me ha costado adquirir. A Seung Ho le habrá salido gratis.

—¿Os imagináis? —reflexionó Marcello—. Si al gulag no ha llegado noticia alguna sobre este tema, ¿cómo habrá digerido ese chico lo que acaba de pasarle? ¿Y los que estén con él? Lo tomarán por loco, claro.

—Que es exactamente lo que has estado haciendo tú todo el día. ¿Te das cuenta?

—¿Y lo que me ha costado encontrar tu vino favorito? Eso perdona todo lo demás, espero.

—Será que muy, muy en el fondo, eres un encanto —dijo Angelo dándole una palmada en el culo cuando su marido se incorporó para alcanzar la botella y rellenar los vasos.

—Tengo una amiga que opina que los mejores culos son gays —comentó Tina con expresión pícaro— y creo que el tuyo, Marcello, confirma su teoría.

—A mí me encanta —dijo Angelo.

—¡Toma! Mi esfuerzo me cuesta. Tenemos un *gym* con máquinas de primera y el único que se mete una hora diaria a trabajarlas soy yo.

—¡Uf! Las máquinas. Yo tampoco las resisto —dijo Tina—. Me tengo que ir. Estoy hecha trizas —Se puso en pie y cogió su chaqueta—. No he dormido apenas estos últimos días. Creo que esta noche entraré en coma.

—Pues que descanses, querida, y gracias por venir.

—¿Qué vas a hacer tú, Angelo? Se lo dirás al jefe, supongo.

—Creo que voy a necesitar un tiempo de permiso. ¿Qué hace la gente a la que le ha ocurrido esto?

—Tendrás que aprender a convivir con ello. Es cuestión de tiempo, sobre todo cuando no tienes la opción de contactar con el otro.

—Hablas como si fueses una experta ¿Es que has conocido a más gente en esta situación? —preguntó Marcello un tanto extrañado.

—¿Sabéis lo que realmente me gustaría? —interrumpió Angelo—. Poder compartirlo con Seung Ho. Ahora me doy cuenta de que lo que más me cuesta es reprimir las ganas que tengo de verlo, de hablar con él. Es como una pulsión que no sé si podré superar.

—Tendrás que hacerlo, cari. Yo te ayudaré —le respondió su marido con una sonrisa angelical.

—Cuenta conmigo —Se despidió Tina—, pero no hasta que haya dormido al menos doce horas. Ciao.

—Te acompaño a la puerta, bonita —dijo Marcello cogiéndose del brazo—. Y que sepas que la próxima vez no escaparás sin hablarnos de ese tal Roger.

Angelo los miraba marchar cuando de repente rebobinó.

—¡Tina! —llamó.

—¿Qué hay? —Se giró ella.

—Oye, ¿por qué un astrólogo investigaría asuntos del campo de la neurociencia?

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). UN MUNDO NUEVO

Una luz lechosa comenzó a desvelar los contornos del camastro donde dormía Seung Ho. Sun Young no apartaba la vista de allí. Se había mantenido despierta en la penumbra acechando cualquier ruido o movimiento que la alertara sobre el estado del muchacho. Ahora lo distinguía con claridad. Estaba muy quieto, la cara vuelta hacia la pared. Algo en él, quizás una tensión sostenida en los hombros, le indicó que no estaba dormido.

La sirena que despertaba al penal lanzó un largo alarido. Eran las seis. En la semioscuridad, el compañero de barraca se puso en pie y salió a la calle hacia las letrinas. Sun Young se levantó y vio que el chico seguía inmóvil. Se acercó lo suficiente para ver que tenía los ojos abiertos.

—¡Seung Ho! —susurró—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Abuela! —gimió, tras un tenso instante sin reacción, con la vista fija en la pared—. ¡No estoy bien!

—¿Qué te pasa? ¿Te duele el estómago? ¿Te duele algo? —preguntó, cada vez más alarmada.

—No —Se giró para mirarla—. ¿Recuerda el hombre que no quería entrar en su cabaña y se quedaba a dormir en el suelo a la intemperie y cantaba toda la noche?

—Claro.

—Usted me dijo que tenía una enfermedad en la cabeza que lo había vuelto loco. Una enfermedad que creaba pensamientos extraños y le hacía ver cosas que no existían.

—Sí, claro —asintió ella llena de temor.

—Creo que yo tengo esa enfermedad. Tengo cosas muy extrañas en mi cabeza.

—¡No digas eso! ¡Sssh! —dijo sobresaltada—. Tú no estás loco, ¿me oyes? ¿Sabes lo que le pasó a ese pobre demente?

—No —respondió con un gemido.

—Que acabaron con él. Aquí no quieren locos. Gente que pueda crear molestias. Cuando vuelva Kang Joon del retrete, debe verte levantado y como si nada ocurriera. Saldremos nosotros a la letrina como todos los días, pero nos demoraremos un poco antes de volver aquí. Cuando se haya marchado a trabajar podremos hablar a solas y me explicarás qué te pasa exactamente. Después irás a trabajar —le dijo todo esto con suavidad, pero con firmeza y voz tan grave que obligó al chico a reaccionar.

Seung Ho se incorporó con gesto de derrota y se sentó en la cama. Su abuela le entregó la ropa. Se vistió y la siguió a la calle. Kang Joon ya volvía a la barraca para asearse y marchar. Ellos hicieron tal como había dicho Sun Young y, a la vuelta, obligó al chico a arrimarse a la pila del grifo y coger el jaboncillo de ración. Se lavó las manos, se lavó la cara, se limpió las orejas y, después de secarse con un trozo de tela de algodón, Sun Young le dio un manojo de hierbas secas empapadas en zumo de abedul para que se restregara con ellas los dientes. Insistió en que lavase concienzudamente cada rincón de su cara. En estos momentos, le pareció fundamental que estuviese limpio. Cuando acabó le hizo sentar al borde de la cama y se quedó en pie delante de él interrogándole con la mirada.

—Ahora, cuéntame.

—Dentro de mí hay alguien que no conocía, abuela.

—¿Qué es eso? ¿Quién hay? Solo son sueños que has tenido esta noche. Escucha, Seung Ho, a veces los sueños parecen tan reales que cuando despiertas sigues arrastrando la sensación de que los has vivido.

—¡No! —chilló él—. ¡Le conozco, es Angelo! ¡Bueno..., soy yo! ¡Escuche abuela, debe intentar entenderme! Yo tengo...

—¡Baja la voz! —susurró ella—. ¡Tranquilo! Te escucho. Pero nadie debe oírte decir esas cosas. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Sabe? Tiene que creerme cuando le digo que vivo afuera. Pero de verdad afuera, en otro país, en Italia. Soy un hombre distinto,

halmeoni —dijo. Por las mejillas le rodaban lágrimas.

Sun Young le pasó la mano por la frente y notó en la palma que la humedecía un sudor frío. Quizá aquel inesperado brote de imaginación febril fuera solo presagio de alguna dolencia. Durante su infancia no había recibido las vacunas regulares, así que estaba en riesgo de adquirir desde un sarampión o una varicela hasta una infección de tuberculosis. No obstante, era raro que sin fiebre su mente reaccionara con semejantes fantasías. Quizás estaban saliendo ahora a la superficie los traumas del pasado. Ella se había convencido de que con dedicación y cariño podría hacerle olvidar lo peor de su vida. Que los recuerdos de su abandono se desvanecerían tras los umbrales de su conciencia. Pero también recordaba haber leído que durante la infancia la vida puede infringir heridas que resurgen tiempo después aún con más virulencia cuando se comprende lo que en su momento no fue posible comprender.

Con un brillo en los ojos que clavaba en los de Sun Young y la tenía perpleja, Seung Ho contó que tenía una madre, que vivía en Roma, en una ciudad tan bella y en una casa tan extraordinaria que ella no podría llegar a imaginar por mucho que intentase describirlas, y que trabajaba en un periódico importante del país. Tergiversando una verdad que podría contribuir más aún a la incredulidad de su abuela, también contó que vivía con alguien a quien amaba. Al principio eran retazos dispares de recuerdos que iban y venían, en su mayoría personas y lugares, pero enseguida fluyeron como un rico manantial toda suerte de detalles.

—Espera, Seung Ho. Esto es más complicado de lo que creía. Se está haciendo tarde y te echarán en falta. Iré a decirle a la señora que estás enfermo y que no puedes levantarte. Métete en la cama, que no te encuentren levantado si vienen a comprobarlo. A ella no le va a gustar nada tener que prescindir de ti, pero en este estado no puedes ir a «la casa». Sería arriesgado.

Durante los siguientes minutos después de salir su abuela, nuevos recuerdos se le echaron encima en avalancha. Le pareció haber vivido siempre en medio de una muchedumbre. Cientos de caras lozanas, de carnes cuajadas y piel radiante conformaban ese nuevo universo. Nunca había visto rostros semejantes, grandes y de facciones tan prominentes. Y no era un sueño, no. Muchas veces había despertado con el rescoldo de un

sueño habido durante la noche y no sentía que hubiese semejanza. Era el mundo de afuera, ese que él no había conocido. Sun Young no lo sabía todo. Había muchas cosas que ella desconocía, que ni sospechaba de su existencia. Durante sus lecciones había realizado enormes esfuerzos para imaginar el paisaje urbano de la ciudad que su abuela le describía y de lugares que ella había visto plasmados en imágenes de viejas ilustraciones. Lo imaginado apenas se acercaba a lo que poblaba ahora su mente. Ni siquiera permanecían esos limitados recuerdos fruto de la instrucción de Sun Young. Era como contemplar un moderno rascacielos construido sobre las ruinas de una vieja chabola.

En cambio, Angelo sí que conocía el mundo. Tenía que concentrarse. Ahí adentro estaba la explicación. ¡Sí! Aquí estaba. En el periódico estaban trabajando en algo que aportaba luz a lo que le ocurría. En los últimos días se hablaba de conexiones. De vinculaciones de recuerdos. Era una enfermedad... No... Aún no lo sabían. En cualquier caso, le había ocurrido a él y a Angelo entre otras muchas personas en todo el mundo.

Él, que no había vivido más que el encierro del gulag, tenía ahora el mundo entero en su cabeza. Angelo era magnífico. La conexión con su existencia le compensaba de toda la mezquindad de su vida. Y entonces lo vio. Un pensamiento increíble, una esperanza loca creció y se hinchó en él para otorgarle un entusiasmo arrollador.

La imagen se le apareció nítida dominando todas las demás. Casi se le formó una sonrisa. Eso que siempre le había parecido una caja metálica, que escupía un revoltijo de cables a los que odiaba limpiar el polvo, era el ordenador de Dong Myon-Chol, el administrador. Un precioso artilugio tecnológico que Angelo amaba y dominaba a su antojo.

Cuando entró Sun Young y lo encontró en pie le preguntó esperanzada si ya se encontraba bien. Le dijo que sí, que iría a trabajar. A ella le pareció leer una energía extraña en sus ojos y le cogió del brazo obligándolo a mirarla.

—Escucha pequeño, sé que estás planeando algo que no quieres decirme —dijo, disimulando su pánico—. Si vas a hacer cualquier cosa que tenga que ver con esa historia que me has contado, deberías antes confiar en mí. Yo puedo darte los mejores consejos.

—Lo que he empezado a contarle no es nada, abuela. Todo un mundo exterior está aquí —Se señaló el cráneo con el dedo índice— y no es precisamente el país que hay fuera de estos muros, sino otros países de occidente. ¿Qué puedo hacer para que me crea? —dijo, meneando la cabeza.

—Pero, ¿te das cuenta de lo que dices? ¡Ay! Me da miedo que vayas a «la casa». Déjalo hoy y quédate en cama ahora que ya ha dado permiso la señora.

—¡Abuela, escúcheme y responda! —exclamó vehementemente—. ¿Qué me ha enseñado sobre países como Italia, España, Reino Unido y otros de los que se encuentran en Europa?

—Poco —respondió Sun Young enarcando las cejas en expresión de lo evidente.

—¿Y usted misma? ¿Cuánto sabe sobre ellos? —volvió a preguntar.

—Algo más, pero no mucho. ¿Por qué?

—Pues yo le voy a informar —dijo categóricamente—, siéntese y escuche.

Seung Ho comenzó primero a describir Italia, su geografía y su historia, la situación política y económica, y terminó su perorata con una buena parrafada de balbuceo en italiano. Ella le escuchaba boquiabierta y se preguntó quién podía haberle instruido sobre ese país. Quizás alguien de «la casa». Algún visitante que le había tomado cariño. Seung Ho era fácil de querer, incluso siendo un condenado, un «no persona».

Entonces, él, que no veía credulidad en sus ojos, decidió tomar otros derroteros. Si algo tenían en común su abuela y Angelo era la pasión por la ciencia y sus conocimientos en el campo de la física y la biología. Empezó a exponer a grandes rasgos teorías que ambos conocían bien: la de la relatividad de Einstein, la de la evolución de Darwin, le habló de la inercia de Newton y de la teoría heliocéntrica de Copérnico. Sus explicaciones eran toscas, pero sin duda refería conocimientos que ni de lejos le había mostrado ella. Su forma de exponer brevemente las diversas doctrinas científicas no era fruto de una memorización superficial, sino de un conocimiento profundo de los conceptos.

—¿Es posible que sepas todo eso? —dijo con voz trémula. Miró a Seung Ho, desconcertada y confusa.

—¿Empieza a creerme ahora, abuela? —le preguntó.

Sun Young asintió lentamente y ninguno de los dos pronunció una palabra más.

Permanecieron así un rato en silencio. La anciana abrió ligeramente los labios para decir algo, pero no lo hizo. Lo miró de nuevo a los ojos y se le antojó que veía un brillo ajeno en ellos.

Seung Ho aprovechó el momento para explicarle cómo en todo el mundo se estaba produciendo el mismo fenómeno de transmisión de recuerdos que él acababa de experimentar. Le dijo que Angelo era experto en tecnología informática y que él ahora había heredado todos sus conocimientos. Sabía dónde encontrar un ordenador e intentaría usarlo para contactar con él.

—¡Ni se te ocurra, Seung Ho! —intentó gritar, pero sus cuerdas vocales le traicionaron, emitiendo unos gallitos que le restaron autoridad—. Me figuro a qué ordenador te refieres. Si te descubren usándolo estás muerto —dijo con la voz consumida por la agitación y el esfuerzo.

—No correré riesgos. Confían en mí. Creen que soy inocente por pura ignorancia. Algunos días la señora se marcha a la ciudad y pasa todo el día allí. Va a hacer compras y a visitar a su hermana. El administrador suele acompañarla para despachar cuestiones de estado con el representante de Asuntos Patrióticos y Veteranos de Hoeryong. A mí me dejan solo con las tareas de la casa.

—¿Cómo sabes tú todo eso? ¿Acaso te cuentan lo que van a hacer en sus viajes?

—No. Aunque parecen pensar que si eres ignorante también eres sordo.

—Ya. La prepotencia es fuente de vulnerabilidad —dijo Sun Young cabeceando. Era una máxima que ella había aprendido en propia piel.

—¿Cómo piensas comunicar con ese Angelo?

—Por correo electrónico, abuela.

—¿Electrónico?

—¡Ah! —cayó él en la cuenta—. Usted no conoció Internet. Le explicaré: Internet es un conjunto descentralizado de redes interconectadas que utilizan la familia de [protocolos TCP/IP](#) que garantizan que las redes físicas [heterogéneas](#) que la componen sea una red lógica única de alcance mundial —soltó Seung Ho para su propio pasmo.

Rio al ver la expresión seria de Sun Young tratando de comprender lo que solo hacía unas horas hubiese sido un galimatías también para él.

Ella no pudo reír con él.

—Nunca pensé que llegaría a ser posible —dijo con la emoción de una mujer de ciencia ante un nuevo descubrimiento—. En los noventa, disponíamos de unos pocos ordenadores en la universidad, solo para almacenar datos y elaborar documentos, pero en algunos círculos se hablaba del ciberespacio. De una telaraña mundial que conectaría cada hogar con el resto del mundo. No obstante, eran conceptos que venían de América y se les concedía más desprecio que crédito.

—Pues, en efecto, de eso se trata, de una red universal que permite comunicarse y relacionarse a todos los seres humanos, no importa dónde se encuentren, mediante mensajes escritos, imágenes y vídeos.

—¿Y crees que nuestro gobierno permitirá a sus ciudadanos hacer uso de esa red? ¿Comunicarse con cualquiera, incluso con los enemigos del pueblo? Mira, Seung Ho, cuando yo vivía en Pyongyang las conexiones telefónicas universales nos estaban vetadas a los norcoreanos. Solo existían las internas, dentro del país, y aun esas se hallaban controladas.

Esta penosa revelación golpeó súbitamente el espíritu de Seung Ho. Si no había acceso a Internet, toda la pericia de Angelo no le iba a servir de nada. Su abuela, como siempre, hablaba con mucha lógica. No podía ser que existiese acceso libre para contactar con otras sociedades. Tal como él ahora podía contemplarlo, entendía perfectamente porqué. El prestigio del dictador se derrumbaría si los norcoreanos llegasen a conocer la forma de vida de otros países cuyo régimen capitalista estaba ligado a una democracia que, con todos sus defectos, otorgaba libertad y bienestar a los ciudadanos como ningún otro régimen conocido lo hacía.

Claro que, al igual que con el uso del teléfono, quizás existiese acceso a Internet restringido de algún modo. Probablemente mediante alguna Intranet nacional con conexión mucho más reducida de lo normal. A través de la memoria de Angelo le vino ahora el recuerdo de la polémica surgida unos meses atrás con el estreno de la película norteamericana *The Interview*, donde se ridiculizaba al tirano Kim Jong Un. Tanto el Gobierno de Estados Unidos como la productora habían sido amenazados por Pyongyang. El Gobierno norcoreano advirtió que, si Estados Unidos

permitía exponer la cinta, lo tomaría como un acto de guerra. Sony sufrió el ataque cibernético que infiltró su red de comunicaciones y tuvo que retirar la película. Esto demostraba que algunos lugares dentro del país sí tenían conexión sin restricciones. Seguramente miembros del gobierno o instituciones encargadas de velar por sus intereses. Es más, hasta podría ser que el administrador estuviera entre los privilegiados y gozara de acceso directo al Internet universal, ¿por qué no? Trataba con cargos relevantes del gobierno y el suyo era un puesto importante. Lo sabía porque, tras las vacaciones, la familia hacía comentarios entusiastas sobre el *resort* en que se habían alojado. Allí solo se relacionaban con las altas esferas políticas y mandos del ejército y parecían disfrutar de grandes lujos. Recordaban exultantes el yate al que habían sido invitados por uno de los generales de Kim Jong Un. Seung Ho en aquel entonces oía sus comentarios como quien oye llover. Entendía las palabras, pero se perdía en la visualización de los conceptos. Ahora que conocía su significado: yate, *resort*, yacusi, *champagne*, canapé, etc., comprendía bien qué tipo de vacaciones disfrutaban.

En tal caso, él tenía que saber cómo infiltrarse en la red a través de la Intranet del ordenador de Dong Myon-Chol. Solo necesitaba ponerse, desenvolver las conexiones neuronales de una erudición ahora imprecisa, tantear sus capacidades e ir desvelando todo un mundo de conocimiento que estaba seguro de poseer.

—¿Has pensado de qué te servirá comunicar con ese hombre? El riesgo es muy grande. Quiero que seas realista y espero que no estés albergando la esperanza de escapar de aquí con ayuda de fuera. Nadie puede ayudarnos. Quienes lo han intentado han perdido la vida.

—¿Sabe, *halmeoni*? Un día, durante la instrucción, me dijo que el bien máspreciado del ser humano es la libertad. Entonces entendí bien sus palabras y hasta deseé estar libre para conocer ese mundo del que tanto me hablaba. Aun así, no generó en mí este sentimiento de anhelo irreprimible. Ahora que conozco la libertad, necesito hacer lo que sea, por desesperanzado que sea, para lograrla.

—¿De qué libertad hablas, infeliz?

—De la de Angelo. No de las migajas de libertad que el régimen de este país nos dispensa como limosna. Ahora todo lo que él es y tiene lo soy yo y

lo tengo yo también. Por eso conozco su libertad —dijo con pasión adolescente.

Ella cerró los ojos y se obligó a contar hasta cinco. Cuando los abrió, se encontró con la mirada anhelante de su nieto esperando un gesto de comprensión.

—Comprendo —susurró—, pero, entonces, ¿no podrías conformarte con seguir disfrutando de la vida de Angelo mediante esa conexión mientras subsistes como Seung Ho?

—Eso no es posible. En el momento en que nuestros recuerdos se intercambiaron la conexión se interrumpió. Creo que cada uno seguirá con su vida sin compartirla más con el otro.

—Aprovecha pues esos recuerdos y esa sabiduría y saca partido a tu vida interior, más rica que la de cualquier preso de este campo. Con todo ese bagaje encontrarás muchos momentos gratos.

—Por eso necesito contactar con Angelo. En cierto modo será una manera de seguir participando de su mundo y de la vida en libertad a través de él.

—¿Y eso lo vas a hacer desde la casa de Dong Myon-Chol? —preguntó como si aceptase una carga—. No me digas más. Si has de ir, vete ya o encontrarás a la señora de un humor de perros. Pero prométeme que no harás locuras.

—Tranquila, abuela, hoy solo pienso estudiar el terreno y las posibilidades de acción. Si tengo suerte de estar cerca cuando el administrador conecte su ordenador, quizás pueda averiguar qué tipo de acceso tiene.

—Tú sabrás. —Se desentendió ella de mala gana. En su rostro aún se reflejaba la ansiedad.

Cuando Seung Ho desapareció tras la puerta, cargado con la temeridad de los quince años, Sun Young necesitó sentarse y respirar tres veces. Reflexionó durante un buen rato sobre lo que acababa de ocurrir. Estaba segura de que su pupilo no mentía. La contundencia de sus palabras y esa decisión cargada de información imposible de adquirir en este lugar, ni siquiera se diría propia de un adolescente. Tampoco veía en él signos de demencia, pero el prodigio que se había producido era cuanto menos

estrafalario. Alguien a miles de kilómetros de allí le había transmitido sus recuerdos y el efecto era que Seung Ho se identificaba con esa persona. ¿Sería producto de experimentaciones realizadas en el campo de la física o la neurología? ¿Tanto había avanzado la ciencia? Sin embargo, una cosa era crear conexiones mediante computadoras y cableado o incluso mediante cierto tipo de ondas y otra conectar los cerebros humanos sin mediación sensorial o bioquímica. Le invadió cierta melancolía al pensar cuánto debía estar cambiando el mundo sin su participación. Pensó si no se habría convertido en un ser miserable resignada a la baja de su suerte por carecer de impulsos. Lo cierto era que ni un solo instante había pensado en escapar de allí en los más de dieciocho años que llevaba encerrada. Al principio esperaba un perdón que no llegó y, después, había puesto todo el vigor de su instinto de conservación al servicio de una causa: la supervivencia de Seung Ho. Ella se había debilitado tanto, en cuerpo y alma, que ya no soñaba con volver al mundo que un día dejó atrás. Hubo un tiempo en el que comprendió que moriría allí y que no quedaría nadie para recordarla. Después apareció Seung Ho y supo que su recuerdo perduraría en él. Un día, cuando el muchacho fuese liberado, ella iría con él en su memoria. De algún modo sobreviviría al olvido.

Quizás este era el momento de abandonar esa falsa sensatez que nadie reconocía como rendición al miedo pero que todos allí la padecían. La última vez que se atrevió a desafiarlo fue cuando creía ser libre pero la consecuencia fue tan atroz que el escarmiento surtió el efecto deseado por sus verdugos. Había olvidado que valía la pena arriesgar la vida por la libertad. Seung Ho le había recordado algo que ella misma trató de inculcar en su espíritu. ¿Para qué aferrarse así a este tipo de existencia? Había sido testigo de cómo, aun sin correr riesgos, tantos habían perdido la vida, ¡y de modos tan infames! Morir aceptando la fatalidad de ser ejecutados sin resistencia y solo porque el hastío saturaba el alma de los guardias cuyo absoluto dominio obligaba a los presos a arrastrarse como deleznable traidores, indefensos y serviles. Había otra alternativa a la hora de morir. Podía elegir hacerlo como Ha-Neul, la esposa de Seo Kang Joon, la que había sido compañera de barraca muchos años. Nadie le arrebató su dignidad. Se la llevó con ella cuando a la señal del guardia de abrir la boca se negó a recoger el esputo que se preparaba a arrojar dentro de ella, una

costumbre arraigada entre algunos de los más crueles guardianes del gulag. Hee Sook le enfrentó la mirada con orgullo antes de que el guardia le descerrajara un tiro en la frente. A su manera, Hee Sook luchó valientemente contra su verdugo al demostrarle que seguía siendo un ser humano. Por unos instantes recobró la libertad.

SOFÍA ROMÁN Y JALAL YUSEF (IRAQ). EL VIAJE

Al día siguiente, cuando todavía faltaba una hora para la oración de la mañana, se pusieron en marcha. Los colores del amanecer, pálidos y cenicientos, solo adelantaban las variadas tonalidades que irradiaría el calor a lo largo de la jornada. Rodaban por la carretera que unía Erbil con Mosul y no tardaron mucho en saber que se encontraban cerca de pisar terreno bélico pues el número de coches que circulaban por la autovía iba disminuyendo a medida que avanzaban. Dos veces fueron detenidos por los puestos de control que vigilaban este tramo. El salvoconducto que portaba Sofía fue, tal como previó el amigo del comandante, un buen acelerador de los fastidiosos e ineludibles trámites. Por otra parte, si el objetivo era desenmascarar posibles terroristas en tránsito por el territorio kurdo, el aspecto que ofrecía la pasajera del grupo les despojaba de sospechas. Sin embargo, en cuanto Sofía abría la boca las suspicacias volvían a poner en guardia a los militares hasta que mostraba el preciado documento. De esta manera llegaron a las afueras de la ciudad de Kalak, cerca de la cual se estaban librando encarnizados combates por el dominio de los acuíferos y de las fértiles riberas del río Gran Zab, pero antes de acercarse a ella torcieron hacia el norte por una carretera secundaria hacia Bardarash.

La tarde anterior la habían dedicado a preparar el viaje. En las listas de refugiados de la embajada estadounidense figuraban dos niños con los nombres de Yamih y Adar Öcalan Barzani, inscritos sin familia en el campo de Rabiaa. El dato, que debía haber satisfecho su necesidad de información certera, fue una ducha de agua fría para Sofía y bastante frustrante para Jalal. Este último había acariciado la idea de no tener que salir de Ankawa para llevar a cabo la tarea encomendada, a pesar de que encontrar a alguien en ese maremágnum de gentes sin registro fiable, sobreviviendo en más de veinticinco campos de refugiados, habría sido

como encontrar una aguja en un pajar. Para Sofía, por otra parte, saber que los niños se encontraban solos le causó un gran desasosiego y se preguntó angustiada qué podría haber sido de los padres. Ellos nunca abandonarían a sus hijos en semejante situación. Solo lo sabría yendo allí, y eso se proponía hacer sin demora. Partirían a la mañana siguiente. Decidieron alquilar un todoterreno con conductor. Dada la ambigüedad de los límites entre territorio seguro y el que estaba bajo dominio enemigo iban a tener que alargar su recorrido adentrándose en la cordillera, rodeando montes y esquivando barrancos. Era mejor dejar la elección de la ruta a un profesional. Lo contrataron en un «Garaj», una de las agencias cuyos taxistas hacían las rutas entre ciudades semanalmente. Allí encontraron a Helmet. Era musulmán, pero vestía la indumentaria típica kurda: chaleco y pantalones bombachos de color gris y fajín de tela enrollado a la cintura. No puso ninguna objeción a sus planes de viaje, eso sí, tuvieron que pagar una tarifa extra por salirse de los itinerarios regulares, los considerados «seguros» por los miembros del gremio.

Ya notaban el temblor del sol envolviéndoles mientras cruzaban la inmensa llanura sembrada de precarios campos de trigo, lentejas y cebada con el amarillo pálido de la madurez. Cultivos en tierras sedientas a la espera de ser cosechados. Al llegar a Bardarash, tras dos horas en marcha y tres paradas de control, torcieron hacia el oeste y atravesaron el valle regado por el río Nahar. Incluso en amplias franjas de tierra verde y fértil como esta, atravesadas por un río, pensó Sofía, los árboles eran escasos. Sin embargo, desde el alto de Mahad se escalonaban a lo lejos montañas azules, hasta donde la vista podía alcanzar, con la promesa de estar poblados de abundantes especies boscosas. En este punto, muy por encima de la ciudad de Mosul, la carretera daba un giro hacia el sur para salvar el cruce de la cordillera y bordearla a lo largo de cuarenta kilómetros hasta el valle que se encontraba al otro lado de los montes. Allí volvería a subir dirección norte. Era un gran rodeo que además les acercaría peligrosamente a las afueras de Mosul. Helmet paró en el arcén y bajaron a estirar las piernas. Se recrearon unos instantes en el espectáculo del paisaje que comenzaba a empinarse a medida que progresaba hacia el norte. Jalal propuso tomar un camino de tierra para ahorrar tiempo y cruzar la cordillera por la travesía trazada por los pastores trashumantes. Después de meditarlo, Helmet

consideró la opción demasiado arriesgada. Seguir una de esas pistas, con grandes y escarpados desniveles, sin saber hasta donde era practicable, podía ponerles en la tesitura de tener que elegir entre dar la vuelta o abandonar el cuatro por cuatro para seguir a pie. La mañana empezaba a dar paso a la tarde y habían previsto parar a comer en Telsfuk. En línea recta y al otro lado de la montaña, la ciudad se encontraba a escasos quince kilómetros, pero siguiendo por carretera hacia el sur estaba a más de ochenta. A este respecto, la mejor opción se inclinaba por seguir en carretera y esperar que los controles, que ahora ya no les parecían tan enojosos y veían desde una perspectiva protectora, se sucedieran con la misma frecuencia que hasta el momento.

—¿Qué piensa usted, señora? —preguntó Helmet, sonriendo con una sonrisa que transformaba su faz rubicunda y vulgar.

Ella, haciendo pantalla con la mano contra la cruda luz del sol y entornando los ojos, examinó alternativamente al chófer y a Jalal, notando ahora en Helmet un rostro apuesto a pesar de la grasa. Este era un hombre bullicioso y activo a quien le gustaba hablar, pero, por encima de su rebosante vitalidad, el grueso de su cintura y la calvicie prematura le hacían parecer más viejo de lo que era. Su tema favorito era la transformación que su ciudad natal, Erbil, había experimentado en los últimos años y el interés de las instituciones en convertirla en centro de turismo internacional. Esto favorecía su proyecto de abrir una agencia local de servicio de taxis. Había ahorrado durante veinte años. Años en los que llegó a trabajar catorce horas al día. Además, en el «Garaj» siempre le reservaban las rutas más arriesgadas, a sabiendas de que él nunca rechazaría la oportunidad de cobrar una tarifa extra.

—Me parece que, aun haciendo más kilómetros, ganaremos tiempo siguiendo la ruta regular —dijo ella, mirando el reloj—. Estoy de acuerdo en que el atajo se presenta demasiado aventurado y que, por el contrario, las carreteras parecen estar muy vigiladas. ¿No le parece, Jalal? —preguntó volviéndose hacia él.

Este hizo un leve asentimiento con la cabeza aceptando la conveniencia de no salir del camino asfaltado hasta que las circunstancias lo hicieran imprescindible.

Junio anunciaba la cercanía del solsticio de verano y los días se hacían más largos, dejando a sus moradores a merced de la inmensidad del cielo y las espadas del sol durante más horas. Sofía, y a ratos también Jalal, agradecían la cháchara de Helmet a lo largo del trayecto. No solo aliviaba la tensión mientras recorrían ese tramo tan cercano a la ciudad de Mosul, a cuatro kilómetros de los dominios del Estado Islámico, sino que distraía la mente de Sofía de recuerdos recurrentes que constantemente le invadían en los últimos días. Descubría muchos recuerdos heredados de Ashti que zaherían su orgullo y su amor propio. Las relaciones íntimas con su marido, sin ir más lejos, le provocaban una vergüenza insoportable. Las creencias religiosas de la yazidí, intoxicadas de superstición y zoroastrismo, eran para el espíritu libre de Sofía como roña adherida a su corteza cerebral. No obstante, también llegaban recuerdos infantiles, que eran como brisas que refrescan la piel recalentada. Aquellas madrugadas de la mano de su abuelo camino del redil en primavera, cuando los pastos eran frescos y abundantes y los nuevos corderitos y cabritos multiplicaban el hato. El olor de la leña quemada en el fogón, fundido con las hierbas y especias de los guisos, creaba en la casa un aura inquebrantable que se pegaba a la piel de sus moradores.

Una vez que enfilaron carretera arriba hacia Telsfuk, pasada la zona de peligro, hubo un rato de silencio en que su cabeza se volvió a llenar de actividad ajena. Hasta la llegada de los yihadistas a Mosul la vida de su homónima se había mantenido en una cadencia rutinaria, con algunos tramos de felicidad, entre los que se encontraba la llegada de sus hijos, los momentos pasados de niña atendida por su abuelo paterno o los escasos días en los que acudió a la escuela cuando se trasladaron a vivir a la ciudad. El abuelo había insistido en ello con la convicción de que su nieta tenía capacidades para aprender, al menos, a leer y escribir antes de encomendarse a un matrimonio temprano y dedicar su vida a hijos y tareas domésticas. La experiencia escolar solo duró dos semanas porque el abuelo falleció y la decisión de sus hermanos de concertarle un matrimonio fue inmediata.

El viejo Barzani, a pesar de la aridez de su rostro, cuya piel semejaba las dunas de un arrenal, conservaba una mente despejada que había conocido tiempos mejores para su espíritu abierto y clarividente. En su juventud

había viajado por todo el mundo como ayudante de cocina en un buque mercante que transportaba toneladas de dátiles y los iba repartiendo por distintas latitudes. Aunque no hizo fortuna, cuando regresó a la aldea, los ahorros le dieron para comprar cuarenta ovejas, trece cabras, un perro guardador y un asno para llevar la carga. También arregló un viejo pesebre de madera y un saladero y adquirió algunos instrumentos de segunda mano: una cabritero para sacrificar reses, una honda, un garrote, mandiles, cencerros y collarines. Sabía, y había asumido, lo que implicaría su vuelta: tendría que contribuir a la continuidad del clan y aceptar casarse con una muchacha de la aldea. La que le destinaron estaba educada en la más estricta moral y devoción hacia las tradiciones y como tantas otras niñas kurdas había sido sometida a la ablación genital, hecho que trastocó los planes del retornado de asumir por fin una relación sexual estable. Había conocido con muchas mujeres la sensación de plenitud que proporciona el sexo cuando se juega a dar y recibir placer y siempre había disfrutado de la satisfacción del bien saber amar. Aunque lo intentó con toda su sabiduría amorosa, cada vez se sentía más frustrado ante la incapacidad de la esposa para desear y disfrutar de cuanto su marido añoraba darle. De hecho, a ella le habían inculcado que tal tipo de placer era pecaminoso y solo estaba reservado a los hombres. Tras su primer y único hijo, no volvió a yacer con ella y de vez en cuando buscó a otras mujeres en sus visitas a la ciudad. Años después, se volcó en el cariño de su nieta y fue él quien se opuso terminantemente a que Ashti sufriese la mutilación genital que su madre y su abuela reclamaban para ella.

Sumergirse en estos recuerdos mientras recorrían los últimos kilómetros hacia Telsfuk hizo que Sofía se preguntara porqué la mujer ponía tanto empeño en complacer al hombre, incluso sacrificando el bienestar de sus propias hijas. Era una constante histórica. Fueron hombres los que dictaron las leyes en todos los ámbitos, y también las costumbres que debían arraigarse en la sociedad para convertirse en tradiciones. Es más, en la cultura occidental, donde la mujer ya gozaba de los mismos derechos, deberes y responsabilidades que el hombre en el ámbito civil, sin embargo, paradójicamente, algunas iglesias en estos mismos países, aún seguían relegándola a un papel de servidumbre y sumisión a Dios y a la sociedad. Pero en latitudes como esta, la situación de la mujer era delirante, ya que su

destino se había fraguado en el horno de los caprichos y debilidades de sus ancestros varones y recibían estos dictámenes sin cuestionarlos. Era como si el entorno y el amor a los suyos: padres, maridos, hijos, nietos... lobotomizaran a la mujer, disponiéndola a aceptar las imposiciones del sexo masculino, impregnadas de inseguridades y trauma.

—Solo hay una posada en Telsfuk, pero les encantará cómo cocinan el dolma, y hacen también un exquisito falafel. ¿Le gustará a la señora la comida tradicional nuestra? —preguntó el chófer dudoso, dirigiéndose a Jalal.

Sofía tuvo la tentación de responderle que podría alardear de haber preparado esos platos cientos de veces, pero, a cambio, simplemente volvió a utilizar el falso argumento de que había vivido antes en el país y estaba familiarizada con estos alimentos.

Al bajar del coche en la pequeña ciudad de Telsfuk atrajeron todas las miradas: chiquillos agolpándose a cierta distancia, comerciantes que asomaron de las tiendas cercanas, algún conductor local que ralentizó la marcha para observar por la ventanilla. En la terraza del otro lado de la carretera, media docena de hombres con espesos bigotes y kufiyyas de dibujos geométricos en la cabeza dejaron por unos instantes de tomar el té y fumar para salir a ver a los forasteros.

Habían cubierto la mitad del camino y aún podían seguir por carretera otro buen trecho hasta más allá del lago de la gran presa de Mosul. Ese sería el punto donde deberían adentrarse por caminos de tierra para esquivar el área de ocupación marcada en el mapa que el comandante les había dado. Solo serían treinta kilómetros y después podrían volver a la carretera hasta su destino en Rabiaa.

—Terminen su té con tranquilidad, mientras voy a comprar unas botellas de agua y algunos frutos secos para el camino —dijo el conductor antes de desaparecer por la puerta.

—De acuerdo, amigo —respondió Jalal depositando su taza en el platillo.

Habían salido al patio a tomar el té después de la comida. Sin la animosa plástica de Helmet, un denso sopor se apoderó de ellos mientras se imaginaban respirar una brisa ilusoria en el rincón más sombrío de aquellos muros de adobe. Jalal parecía abstraído en ceñudas preocupaciones y Sofía decidió que era un buen momento para llamar a Julio. Comenzó a

marcar mientras se incorporaba en su silla para retirarse en busca de privacidad.

—¿No tenemos cobertura? —dijo en voz alta, arrancando a sus anfitriones del bochorno letárgico en que dormitaban.

—No, señora. El punto para hablar con un móvil está doscientos metros más allá en esta misma calle, delante del taller del ebanista. Lo pone en un cartel a la entrada —le respondió la mujer del posadero con voz somnolienta, sacando la cabeza por el ventanuco del comedor.

Ella no había visto el cartel porque no sabía leer en árabe. Compadeció a Ashti por no conocer el placer de leer, de explorar puertas que se te abren en el alma de la mano de las palabras y del fluir del lenguaje y la zambullen en la imaginación y el misterio. Era algo a lo que le gustaría poner remedio cuando se encontrasen, si tenía oportunidad. Por una vez reconocía las ventajas de adquirir competencias ajenas sin ninguna dedicación de esfuerzo ni de tiempo. Sin embargo, se dio cuenta de que eso ya no iba a ser posible incluso aunque Ashti aprendiese a leer en su propio idioma. Estaba claro que una vez se había producido la transmisión de recuerdos, esta se interrumpía definitivamente. Bueno, pensó que, al menos Ashti, sí podría ahora disfrutar de la lectura en las lenguas que ella le había transferido. Abandonó ahí esos pensamientos y se concentró en intentar conectar con su marido.

Segundos después de atravesar la puerta, su guía salió tras ella y se quedó junto a la posada viéndola avanzar por la carretera, pararse y realizar la llamada. Aunque Jalal se mostraba en cualquier circunstancia como un hombre perfectamente honesto, sabía lo que en esta ocasión se estaba jugando y la razón de su esmero. De la vida de ella dependía el futuro de su familia y estaba decidido a cumplir su compromiso con la abnegación que fuese precisa. Debía reconocer que ese y no otro había sido el motivo de que aceptase la petición de su amigo de España.

Reanudaron su viaje y siguieron por carretera hasta donde esta bordeaba el gran pantano de Mosul por su extremo septentrional. Media hora después, el río Tigris se extendía inmenso frente a ellos y la presa era el paso obligado al otro lado. Cruzaron el río por encima de la construcción. Un despliegue militar custodiaba todo el perímetro. Esta vez el registro del vehículo fue minucioso y las comprobaciones exhaustivas. Confirmaron

que, a partir de allí, todas las vías asfaltadas transcurrirían en dirección norte sur, completamente verticales, tal como les había informado el comandante de las PKK, así que, tres kilómetros más adelante debieron tomar un camino secundario hacia el oeste que avanzaba transversalmente y evitaba acercarse a límites peligrosos. La pista de tierra era ancha y limpia de socavones, lo que les permitió mantener una velocidad aceptable. El paisaje serpenteaba entre precipicios de esquistos y piedra caliza. Docenas de aldeas, colgadas de montañas escarpadas sobre paisajes áridos, hostigadas por vientos fríos en extremo y por estaciones estivales de un ardor implacable, sobrevivían desde tiempos remotos en esta región. Viéndolas así, desde la perspectiva de la española, habitante de un fértil llano en las riberas del Ebro, se podría pensar que resistían allí solo esperando la llegada de tiempos mejores.

Nadie se cruzó en su trayecto hasta que oyeron la caravana de pastores que se aproximaba al camino, los lloriqueos de las ovejas, los balidos de las cabras, el tintineo de las campanas que algunos animales llevaban al cuello. Pasaban por la región hacia las montañas del norte. Helmet paró el vehículo y los tres se bajaron a contemplar el desfile y saludar a los hombres, cuyas caras polvorientas estaban curtidas por una vida a la intemperie, y a las mujeres, vestidas con mantos largos de colores. Las miradas, sobre todo las de las mujeres, se concentraron en la extranjera, no tanto en la indumentaria, que Sofía había procurado adecuar a las circunstancias: sus vaqueros azules quedaban casi cubiertos por una larga *gandora* de color claro, pero la blancura de la piel y su original corte de pelo, al que el sol extraía destellos rojizos y dorados, la delataban como forastera. Por la edad de algunos chiquillos, muchas de esas mujeres no superarían la veintena, pero su piel, deshidratada y parda, empezaba a ajarse bajo los ojos y alrededor de la boca dando a la europea una ventaja que ponía en duda las diferencias de edad. Los hombres enseguida mostraron deseos de charlar y de brindar una afabilidad espontánea. Helmet aprovechó para pedir información sobre el territorio por el que habían pasado.

—Queremos llegar a Rabiaa evitando el riesgo de encontrarnos con grupos yihadistas —dijo sacando el mapa con el perímetro trazado por el

comandante Mizuri—. ¿Saben si estas fronteras han variado en las últimas horas?

—Se oyen muchas cosas. En cada aldea cuentan historias diferentes. El miedo desboca la imaginación, ¿comprende? —dijo el que parecía ser el *agha* o jeque de la tribu.

El anciano se expresaba con lentitud y se permitía largas pausas de hombre flemático acostumbrado a ser escuchado sin apremios. Estaba de pie descansando el peso del cuerpo sobre la empuñadura de su bastón, que agarraba con sarmentosos dedos, tan quemados que parecían modelados en tosco barro. Los remataba un ajeño negro de uñas.

—Si escuchamos los rumores que se han extendido por las montañas, estas fronteras que me enseña usted podrían haber cambiado bastante —continuó diciendo.

—¿Quiere decir que han avanzado? ¿Y en qué dirección? —preguntó Sofía mirando el mapa.

El *agha* hizo como si no la hubiese oído. Se dirigió entonces a Helmet con expresión de disgusto y le reprochó la interferencia de la mujer en la conversación. Ella iba a abrir la boca para poner los puntos sobre las íes cuando se encontró con la mirada suplicante de Jalal, negando con la cabeza de manera casi imperceptible. Sofía entendió, se mordió la lengua y se hizo a un lado, roja de cólera. Más aún cuando oyó a Helmet disculparse ante el viejo «macho alfa» por la interrupción de la mujer que los acompañaba.

—No sabemos si esos rumores serán fiables —aclaró uno de los pastores kurdos más jóvenes—. Dicen que, desde Mosul, donde tienen ahora su cuartel general, han empezado a avanzar por las orillas del Tigris. También hay quien dice que el avance es por el oeste hacia las montañas, que allí las columnas guerrilleras buscan hacerse con un número de aldeas donde instalarse y desde donde lanzar sus ataques y después retirarse a la seguridad relativa de las cimas rocosas. Los relatos son contradictorios. Todos los aldeanos quieren tener la última noticia sobre los desmanes del Daesh, que es como aquí llamamos a esos diablos.

—Sea como sea, no creo que avancen lo suficiente para encontrarlos tan al norte —concluyó el *agha*.

Sofía hubiese querido preguntar si en algún punto de su recorrido habían

visto controles o rastro de tropas de las PKK. Eso significaría que aún contaban con la barrera de la defensa kurda delimitando el norte como zona segura, pero no sabía cómo advertir a sus compañeros de viaje sin hacerse notar, pues ambos se encontraban junto al *agha* y de espaldas a ella. Viendo que ya se despedían y ninguno caía en mientes de pedir esa información tan esencial, decidió dejarse de miramientos y dijo en voz alta y clara:

—¡Jalal! ¡Helmet! Preguntad a este señor que no habla con mujeres si han encontrado tropas de los nuestros protegiendo los caminos.

—¡Pues claro! —exclamó Jalal sin ocultar su media sonrisa—. ¿Alguno de ustedes podría informarnos de si...?

—¡No se moleste! La he oído —dijo el anciano con evidente fastidio. Sonaron algunas risitas entre las muchachas más jóvenes, pero fueron inmediatamente acalladas con muestras de reprobación por las más mayores.

—Desde que abandonamos las cercanías de la carretera no hemos vuelto a encontrarnos con ninguna patrulla —dijo—. Si yo fuese ustedes trataría de llegar cuanto antes a mi destino. Los terroristas no serán tan complacientes con la mujer que les acompaña como lo son ustedes —sentenció con sequedad. Se despidió con una sonrisa hermética, giró en redondo e hizo una señal con su bastón para que los que se habían detenido con él volvieran al camino.

Los siguientes kilómetros hubo risas y bromas suscitadas por el incidente y un encendido debate sobre el trato que algunas culturas dan a la mujer. Algunos comentarios jocosos de Helmet no estaban exentos de una nota de satisfacción que encabritó a Sofía. Pero se rindió ante el convencimiento de que desmontar la intransigencia surgida del ideario religioso de un musulmán creyente era tan difícil como horadar una roca con caricias.

Al rato, recortándose sobre el horizonte que se extendía a su izquierda, divisaron un punto que se movía, pero estaba demasiado lejos para distinguirlo con claridad. Por su modo de deslizarse y por detalles demasiado sutiles como para describirlos, Jalal tuvo la certeza de que era un vehículo militar de las PKK. Tenía ese color caqui especial que imitaba el tono grisáceo de la roca basáltica, confundiéndose con los áridos paisajes de la cordillera. Aquello debería haberles incitado a tomar precauciones

especiales, pero en seguida desapareció de la vista en alguna vaguada y no le concedieron mayores cavilaciones.

Comenzaba a atardecer. Una luz dorada y naranja cual aureola envolvía los montes en un calor suave y los dos pasajeros dormitaban en la parte de atrás del vehículo. En ese momento centelleó un fulgor blanco que iluminó el cielo de plata. Después centelleó de nuevo, esta vez, sacudiendo el vehículo con una violencia que lo despegó del suelo y quedó suspendido en el aire unas décimas de segundo que se tornaron una eternidad. Mientras rebotaban sus cabezas y sus huesos chocaban contra el armazón interior del vehículo, Sofía no vio pasar su vida como pensaba que ocurriría cuando se acercase la muerte, lo que abstraigo su mente fue la fuerza arrolladora con la que la zarandeaban, como una muñeca de trapo carente de todo albedrío. Lo percibió a cámara lenta, a la espera del siguiente empujón que la arrojase en otra dirección imprevisible y no podía pensar en nada más que en asombrarse por el modo en que aquello estaba sucediendo. Se sintió abandonar el asiento y dar contra el techo, volver a bajar y aplastar la cara contra el reposacabezas delantero, luego cayó hacia atrás golpeando la cabeza en el respaldo. Cuando la agitación y el estruendo cesaron vio que se encontraba en el suelo empotrada entre su asiento y el de delante. Primero fue la sensación de extravío mental y parálisis física, después la percepción del dolor y del miedo. Entonces oyeron un repiqueteo de armas disparando que le volvió del todo al mundo real. Sofía vio que Jalal se movía intentando abrir la puerta del coche, que por fortuna había vuelto a caer sobre sus neumáticos. Oyó su voz urgente y ahogada rogar que lo siguiera y lo secundó cuando él se arrojó al suelo y se alejó a rastras durante mucho tiempo huyendo del tiroteo. No pararon hasta que la quemazón de manos y rodillas laceradas les impidió seguir. Cuando se vieron tan lejos del coche que no podían ya distinguirlo en la tenue luz del crepúsculo, permanecieron apretujados entre los zarzales escuchando voces amortiguadas por la distancia, hasta que pasó una larguísima media hora, oyeron el motor de un vehículo alejarse y se apagaron todos los sonidos. Un denso silencio se había apoderado del mundo y ninguno se atrevía a romperlo. Jalal intentó pensar, pero tenía el pulso desbocado y le zumbaban los oídos. Sofía finalmente articuló unas palabras que fueron casi un susurro:

—¿Dónde ha quedado Helmet?

ASHTI BARZANI (IRAQ). LA DECEPCIÓN

Solo habían pasado seis días desde que la compañía de las YPJ se pusiera en marcha partiendo de Sinjar, pero para Ashti el tiempo se le antojó un ser vivo haragán que avanzaba a capricho y que ya no obedecía a parámetros humanos. El día debía de tener más de veinticuatro horas, o acaso las horas doblaban con creces los sesenta minutos. La torturaba pensar que, en otras condiciones, podría haber salvado la distancia que la separaba de sus hijos en solo tres horas. Sin embargo, bajo la protección del convoy de guerra, el camino se hacía con lentitud y estaba lleno de contingencias. La comandante Mediya Zaghrws no desaprovechó ocasión de entrar en combate. Unas veces para reforzar a sus compañeros de las YPG allí donde intentaban recuperar posiciones perdidas, otras, por estrategias de defensa cuando el camino las cruzaba con grupos terroristas. También habían parado alguna noche en los reductos donde se acuartelaban las tropas de sus aliados, los peshmerga, para abastecerse, recomponerse de la lucha y enterrar a las compañeras caídas en combate. Al atardecer del último día llegaron a Kalak: su objetivo militar. La impaciencia de Ashti se tornó en decepción cuando no encontró a nadie que la llevase a Erbil a esas horas.

Sentados en el piso del cuartel sobre alfombras, alineados contra la pared, se mezclaban las guerrilleras recién llegadas con los YPG masculinos y algún que otro civil, entre ellos Ashti. Por su natural tímido, aún le costaba compartir espacios y charla con personas desconocidas, especialmente si eran hombres, pero en estos momentos le movía un afán particular y, venciendo todos los reparos, no desperdició ocasión de indagar sobre posibles salidas a la ciudad esa misma noche. Unos muchachos entraron y pusieron en el suelo enormes fuentes humeantes donde había arroz, cuscús y ensaladas agrias, pan sin levadura y una bebida espumosa de yogurt llamada *Dow*. Ashti apenas comió. Sus pesquisas no le dieron ningún

resultado y, al no ver allí a la comandante Zagrhws, salió enseguida, sin esperar al café. Unos metros más allá, en el cercano límite del campamento, adivinó, más que vio, la incandescencia de una brasa avivarse en la oscuridad. Zagrhws se había apartado de la reverberación lumínica de las ventanas. Sentada en el suelo con la espalda apoyada en la rueda de un camión fumaba un cigarrillo. En este viaje dieciséis de sus mejores soldados se habían sumado a la nómina del extenso martirologio de hombres y mujeres abatidos por el fanatismo islámico. La comandante, haciendo honor a los triunfos, las fatigas y los reveses que había atravesado con sus compañeras perdidas, se obligó a algún tipo de debate interior y vinieron en tromba los recuerdos y momentos vividos juntas. Miraba fijamente a la oscuridad. No deseaba escuchar más que el viento.

—¿Mediya? —llamó Ashti.

Sin recibir respuesta se sentó junto a ella y se quedó en silencio unos instantes esperando algún tipo de reacción. Al momento la comandante se obligó a girar la cabeza y la miró con gesto cansado.

—Necesito tu ayuda una vez más, Mediya. No puedo esperar otra noche para encontrarme con mis hijos. He oído que un camión de intendencia tiene que salir hacia Erbil. ¿Podrías pedirles que me lleven?

—Escucha amiga —dijo Mediya con toda la calma y respeto que le era posible en su estado de ánimo—. Es inútil recorrer el campamento buscando un medio de transporte. No hay salidas después del anochecer. A primera hora de la mañana podrás marchar con el camión de suministros. Hablaré con el intendente para que te haga un sitio en la cabina.

—¿Cómo es posible? —Sonó exasperada. Se puso de rodillas para mirarla de frente—. ¿Sabes, Mediya? No todo consiste en luchar. Creo que te has dejado atrapar por la falsa épica de la guerra y te has desentendido del mundo civil. Si tuvieses hijos sabrías por lo que estoy pasando —Su voz se mantenía baja pero enrabiada—. Tiene que haber alguien que vaya a Erbil esta noche y no te quieres molestar en averiguarlo.

—No. No lo hay —fue la seca respuesta de Mediya.

El tono cortante de la comandante le hizo recobrar la conciencia de su situación allí. La inundó un sentimiento de culpa y empezaron a arderle las mejillas. ¿De dónde había salido esa rabia?, pensó avergonzada. ¿De dónde esa fluidez y esas palabras? Entre sus defectos no se encontraba la

ingratitude. Bajó la cabeza. La comandante le tomó la mano y se la apretó. A Ashti se le humedecieron los ojos y agradeció que las sombras les ocultaran la cara.

—Lo siento —se disculpó cabizbaja—. Es que son tan pequeños, y están tan solos. Llegar tan cerca y no poder ir en su ayuda me está trastornando y me hace actuar de manera egoísta. Sé que no habría sobrevivido sin vosotras. Me habéis dado protección, comida y calor humano, y mi contribución en cambio ha sido insignificante —continuó en voz baja que apenas rompía el silencio de la noche—. No pretendía decir lo que he dicho. De verdad que admiro que lo hayáis dejado todo para defender el futuro de este pueblo. Sin embargo, yo solo soy una madre con el corazón oprimido por la ausencia de sus hijos. No puedo actuar por otra causa.

—Tranquila. Comprendo cómo te sientes.

Tras unos segundos de silencio sonrió con leve y triste sonrisa y pasó la vista por su indumentaria. Llevaba el traje color caqui que le había entregado la joven soldado Salwa antes de emprender viaje.

—Deberías recuperar tu ropa si no quieres que en Erbil te tomen por una desertora. Salwa debió recogerla en alguna bolsa entre sus cosas. Pídesela antes de... —Calló de repente.

La sonrisa de Mediya se convirtió en una mueca de amargura. La adolescente entusiasta que en momentos de peligro había velado por Ashti en el camino ya no estaba entre ellas. Sus ojos se encontraron y vio que los de Ashti se habían llenado de lágrimas. Mediya se rindió y dejó fluir el llanto que había guardado contenido durante tanto tiempo.

* * *

Cuando la camioneta entró en la ciudad, Ashti se hizo apear en el punto más cercano al barrio cristiano por el que el vehículo pasaba dentro de su ruta. Caminó por las tortuosas calles de Ankawa durante media hora preguntando para orientarse en dirección a los campos de refugiados. Al despedirse de Mediya y el resto de las compañeras de viaje le habían dado una bolsa con algo de ropa y calzado extra, comida para el primer día hasta que encontrase a los niños y se acogiera a la ayuda de los campos y unos cuantos billetes arrugados y mugrientos que le servirían para sacarla de «quién sabe qué aprieto en que pudiera meterse».

Lo más extraño, pensó, es que aquel día se sentía diferente. Era una de esas mañanas luminosas e ilusionantes que la vida te ofrece sin explicaciones. ¿Tenía motivos para ser feliz? Viuda y con sus hijos extraviados, había dejado atrás todo y no contaba con recursos: móvil, dinero y documentos también se habían quedado en el camino. Pero en su soledad había determinación y valor, una suerte de confianza en sí misma que no había traído al nacer. De repente, se dio cuenta de lo que en realidad sentía. Era el mismo sentimiento que prendía en el corazón de Sofía cuando siendo una joven universitaria despertaba en la mañana para comenzar un nuevo día. Entonces, como en cada momento de su vida, se abría un futuro por delante que le pertenecía enteramente, sin cortapisas. Podía enamorarse o desechar el amor. Podía elegir sus amistades conforme la vida se las fuese presentando. Podía sumergirse en un mundo intelectual escogido por ella y apropiarse de lo que juzgase más idóneo. Se sentía libre. Tenía libertad y autonomía para tomar decisiones, para luchar por lo que amaba, para sufrir por lo que le compensara sufrir y disfrutar de los objetivos que lograrse alcanzar.

La vieja Ashti, educada en su papel de mujer, se habría hundido en la conciencia de su indefensión, pero la actual contaba con unas alas invisibles que la ponían en marcha hacia una meta, sin miedos y sin complejos. Eso le hizo comprender que hasta ese momento había vivido en una sociedad mutilada, donde la mitad de la población no participaba en el desarrollo y la evolución social, donde la mitad del potencial humano que poblaba esas sociedades nunca revelaría sus capacidades intelectuales y creativas ni aportaría su contribución al progreso. Caminaba con estas cavilaciones cuando se topó con los primeros signos de ocupación. En medio del casco urbano, aprovechando el desahogo de una plazoleta en la confluencia de varias calles peatonales, se habían asentado algunas familias alrededor de una fuente. Contaban con tres pequeñas tiendas de lona, por cuyas aberturas, al no tener cabida en el interior, asomaban unas cuantas colchonetas. Eran refugiados cristianos. Las mujeres no iban cubiertas, vestían al modo occidental y se mezclaban con los hombres en sus actividades dentro y fuera de las tiendas. Cerca de donde se hallaba Ashti había un grupo de chiquillos jugando. Se dirigió a una mujer que había

acudido a sacar del juego a un pequeñín, reticente a obedecer las llamadas de su madre.

—Señora, disculpe. Acabo de llegar a la ciudad y busco a mis hijos que están en este campo. ¿Sabe usted dónde se pueden encontrar las oficinas de registro de refugiados?

La mujer la observó un instante con expresión compasiva. Se dio cuenta de lo que significaban esas palabras: encontrar unos niños en ese maremágnun en que se habían convertido los campamentos instalados a las afueras de Ankawa. Además, muchos habían abandonado los campos y se habían cobijado en otras partes de la ciudad, en iglesias y jardines, en pabellones deportivos y en edificios en construcción. Si existía un registro ya no serviría para localizar a todos los que habían ido llegando.

—Lo siento —le dijo—, no conozco ninguna oficina de registro. A nosotros al llegar nos dieron colchonetas y tiendas y una tarjeta con la que pudiésemos recoger alimentos cada tres días. Sinceramente, señora, esto es demasiado grande para encontrar a alguien. Tratándose de niños, quizás puedan ayudarla en el Convento de la Merced. Tienen una escuela para los hijos de los refugiados y también han acogido a un gran número de huérfanos que llegaron solos.

En el corazón de Ashti no cundió el desánimo y siguió el camino que le acababa de indicar la mujer. Salió a la avenida Shlama y la recorrió hasta el final, pasando junto a hoteles de cuatro estrellas, luminosos centros comerciales y una sucesión de establecimientos con rótulos anunciando las marcas más populares de coches, ropa, zapatos, joyas y un sinnúmero de artículos de consumo destinados a la población local y extranjera que, gracias al petróleo de las montañas del norte, gozaba de alto poder adquisitivo. Rodeó el último edificio de la avenida, allí donde se abría a campo abierto y clavó la mirada en un letrero que impactó en su cerebro como si se hubiese topado con un viejo conocido. Las palabras allí escritas: CONVENTO DE LAS HERMANAS DE LA MERCED. ESCUELA PARA HIJOS DE REFUGIADOS, llamaron poderosamente su atención por el hecho de que, además de en árabe, estaban en español y porque Sofía había asistido a la escuela primaria de esa misma congregación en Zaragoza. Por vez primera se hallaba ante signos escritos que le descubrían un mensaje. No como lo experimentaba en sus recuerdos de Sofía en los que sentía como un préstamo toda

información que le hubiese transmitido a través de la escritura. Ahora podía adueñarse de este mensaje por ser ella misma quien lo estaba descifrando. Nunca hasta ahora había podido desentrañar el misterio que contenían los signos que representan las palabras, que de vez en cuando se cruzaban en su camino sin aportar lucidez a su vida.

El convento era un macizo edificio de dos plantas con tejado plano y ventanas grandes, rodeado por un patio de baldosas y una explanada frontal donde crecían los hierbajos. En ese momento se abrió la puerta y apareció una monja encabezando una fila de niños. Trataba de contener la desbandada con la ayuda de otras tres religiosas, pero no perdió la sonrisa, que parecía firmemente asentada en sus ojos, cuando tuvo que ceder al ímpetu y la algarabía que los chavales liberaban tras la disciplina de la mañana. La monja vestía uniforme corto y un tocado retraído que dejaba a la vista el cabello entrecano. Llevaba en brazos a un pequeñín. Surgió en Ashti la esperanza de ver las caras de Yamih y Adar entre las de esos chiquillos limpios y bien alimentados, tutelados por aquella mujer de sonrisa cálida. Se quedó absorta allí de pie, contemplando la salida de los niños hasta que una de las hermanas se percató de su presencia.

—¿Busca usted a alguien? —preguntó.

Miró su reloj; era aún pronto para que los padres vinieran a recoger a los chavales. Vestía de seglar, sin tocado y con una blusa amplia sobre una falda gris por debajo de la rodilla.

—Disculpe, hermana. Busco ayuda para encontrar a mis hijos. Me han dicho que ustedes recogen a niños que llegan solos al campo de refugiados y pensé que...

—¡Hermana Martina! —gritó la religiosa por encima del griterío.

Lo dijo en español, volviéndose hacia donde se encontraba la monja que había encabezado la fila. La tal Martina estaba agachada atando los cordones de los zapatos a uno de los pequeños. Recogió del suelo al crío que antes llevaba en brazos y que había sentado a sus pies un instante y se enderezó con mirada interrogante.

—¡Tenemos una madre que busca a sus hijos! —volvió a gritar la monja con entusiasmo.

—La hermana Martina es la superiora del convento —informó a Ashti para justificar que no le hubiese respondido.

La aludida se acercó a ellas sin dejar de echar ojeadas vigilantes a la caterva de críos que revoloteaban alrededor de sus piernas.

—Bienvenida a nuestra casa —dijo la superiora en un árabe con fuerte acento extranjero.

Le ofreció la mano libre a modo de saludo. A pesar de la estética gris que la cubría, la mujer destilaba lozanía y una rebotante vitalidad que parecía marcar el laborioso ritmo de vida del convento.

—Gracias, hermana —respondió Ashti.

Resistió la tentación de expresarse en español. Además de que no acababa de creer que fuese capaz de hacerlo, el intento habría dado lugar a asombro y explicaciones que inventar, a riesgo de que descubrieran sus delirios. No había tiempo para eso. La impaciencia la devoraba.

—Mi nombre es Ashti Barzani. Me separé de mis hijos en el monte Sinjar y estoy buscándolos en los campos de Ankawa.

—Yo soy la hermana Matilde. Pase adentro, por favor, son pocas las ocasiones en que podemos devolver niños a sus familias. La mayoría de los que acogemos aquí han quedado huérfanos. Casi a diario nos traen alguna criatura cuyos padres han sido masacrados por los soldados del Daesh. Y tienen suerte de quedar con vida. Esos demonios decapitan incluso a los bebés.

A Ashti le sorprendió la pulcritud en el interior del edificio. Del recibidor, amplio y fresco, pasaron a un cuartito con tres sillas y una mesita baja en el centro, al estilo europeo. Arrimado a la pared había un archivador y una mesa de madera que hacía las veces de escritorio de trabajo, aunque aparecía completamente invadida por un modelo antiguo de ordenador y su mostrenca pantalla.

—¿Cómo se llaman sus hijos? —preguntó después de ofrecerle asiento.

—Yamih y Adar Öcalan Barzani —pronunció los nombres esperando una inmediata reacción de la monja, pero esta se quedó pensativa rebuscando en su memoria y, al cabo de un instante, se levantó de la silla.

—En estos momentos sus hijos no se encuentran con nosotras, pero podría ser que... Tenga, coja al niño un segundo mientras miro en los archivos.

Fue entonces cuando Ashti se percató de que al pequeño le faltaban los pies. La hermana Martina captó su mirada.

—Lo encontraron debajo de su madre después de que les explotara una mina. Los padres quedaron destrozados, pero el niño se salvó protegido por el cuerpo de ella.

—Sé cómo actúan. En el camino que recorrí con mi familia durante nuestra huida del Daesh contemplé toda la barbarie imaginable. Todavía me cruje el corazón cuando recuerdo cómo la infancia se ha convertido en objetivo de su brutalidad y cómo descargan su ignominia sobre pequeños inocentes e indefensos —dijo Ashti.

—A pesar de todo, debemos seguir creyendo en la bondad del hombre. Se trata de material humano totalmente degenerado por el fanatismo —añadió la hermana Martina mientras buscaba en los ficheros.

Ashti decidió no dar más réplica a la monja para no distraerla y que se concentrase en la tarea. Esperaba que en cualquier momento extraería algún papel del archivador con los nombres de sus hijos en él. Entonces vio la mirada del niño fija en sus ojos. Instintivamente le dirigió una sonrisa y unas palabras cariñosas. El pequeño se estremeció de regocijo y su cara estalló en risa de bebé. Levantó una manita y la puso en la mejilla de Ashti. El niño anhelaba encontrar los rasgos maternos. Todavía no era consciente del tamaño de su pérdida.

—No figura ningún Öcalan que haya pasado por aquí. Lo siento, señora.

—Deberían estar entre los refugiados que llegaron en los últimos días, cinco días a lo sumo. Los trasladaron en helicóptero desde Erbil. ¿Sabe si hay algún otro centro de acogida de huérfanos?

—¿En helicóptero, dice? De las fuerzas americanas, claro. En ese caso tendrán registro en la Embajada. Llegando de un rescate es distinto. Al principio también había un control de todo refugiado que llegaba a Ankawa, pero enseguida se les fue de las manos. Son demasiados y entran por distintos puntos de la ciudad, a cualquier hora del día y de la noche. En cambio, los americanos aún toman nota de la gente que trasladan a los campos de refugiados.

La hermana se agachó para coger al niño. Ashti le tendió al pequeño y, de manera incomprensible, la acción le inquietó ligeramente la conciencia.

Hizo entonces gesto de levantarse de su silla y la monja la detuvo poniéndole una mano afable sobre el brazo.

—Debería descansar un rato y reponer fuerzas. Hay un buen paseo hasta la Embajada de Estados Unidos y tiene aspecto de llevar horas en pie. Pasaremos al comedor en unos minutos. Quédese y coma con nosotras.

—Gracias de verdad por su invitación, pero debo irme. Comeré de camino. Llevo algunas cosas conmigo. Le tendió la mano tal como la superiora había hecho al recibirla.

—Rezaremos por usted —dijo la monja vestida de seglar cuando la vio salir del edificio—. Vaya con Dios.

Deshizo el camino que le había llevado a recorrer la gran avenida. Al cabo de un trecho, se acercó a un banco vacío bajo la sombra de dos hibiscos, se sentó y comió un pedazo del queso y el pan que le habían metido en la bolsa. Una parte de ella habría preferido quedarse a comer en el convento. La hermana Matilde emanaba confianza, inspiraba comprensión y empatía, algo de lo que Ashti estaba bien necesitada. Se preguntó si encontraría a alguien a quien poder confiar lo que llevaba dentro. No. Era hartamente improbable que nadie la creyese sin tomarla por una loca. Estando así, su cerebro iluminó una idea que llevaba algún tiempo merodeando dentro de él, pugnando por hacerse oír. Sofía tenía unos números de teléfono que Ashti se sabía bien: además del móvil, el fijo de Zaragoza, y también el de Julio. En cuanto encontrase a sus hijos maduraría todo esto.

ROGER ARBER (IRAQ). LA PANDEMIA

Por un momento dudó de si el número que Julio le había dado tendría algún error. Llevaba toda la mañana intentando comunicar con la española y no había respuesta, así que decidió llamar al marido.

—Julio, hola. Soy Roger Arber. Te llamo desde Erbil. ¿Sabes algo del paradero de Sofía? No he podido hablar con ella. Quizás tomé mal su número —dijo el suizo en un impecable inglés.

—¿Qué hay, Roger? No, no sé nada y estoy muy preocupado, la verdad. Salieron de viaje ayer y no tenemos noticias desde la última vez que hablé con ella, hace ya veinticuatro horas. Parece que tenga el móvil apagado.

—¿Sabes si ha llegado ya a Sinjar?

—No. No se dirigen allí. Ashti y su familia ya no están en Sinjar. El monte fue tomado y despejado por el ejército kurdo. Al menos, sabemos que los niños fueron rescatados y llevados al campamento de Rabiaa, al oeste. Sofía partió hacia allí con un guía local llamado Jalal y con el conductor de la agencia de alquiler. Que no puedan comunicar es mala señal. Temo que les haya pasado algo. Deberían estar ya en destino y haber realizado una llamada, como mínimo, para contar cómo van las cosas.

—¿Podría haberse quedado sin batería o haber perdido el móvil?

—Podría ser, pero, en cualquier caso, habría recurrido al de alguno de sus acompañantes antes de tenernos sin noticias.

—Vaya, sí, es un poco preocupante ¿Dejaron el itinerario que iban a seguir?

—Es posible que lo hicieran en la Embajada Americana. Allí es donde les informaron del paradero de los hijos de Ashti. Yo he llamado al consulado español y he dado parte de la desaparición, pero mi mujer no tomó la precaución de registrarse e informar del viaje. Ellos no se movilizarán por

un ciudadano que no está inscrito en sus archivos a no ser que haya indicios de que se encuentra en peligro inminente.

—En tal caso, será mejor que me acerque a la embajada de Estados Unidos y averigüe si saben algo de ellos. ¿Te mencionó Sofía el nombre de la agencia de alquiler? También allí podría encontrar datos de su ruta.

—Buena idea. Por favor, tenme al corriente de tus averiguaciones. Entretanto, llamaré a casa de Jalal a ver qué sabe su esposa. Daré tiempo hasta la tarde para tratar de movilizar al cónsul de España.

Roger estaba en el vestíbulo de su hotel. Se había sentado en una butaca para realizar la llamada y se incorporó para dirigirse al ascensor. Necesitaba unos minutos para darse una ducha y cambiar la camiseta sudada del viaje antes de comenzar las indagaciones. En el televisor de la sala estaba sintonizada la BBC y daban las noticias. Las palabras del presentador llamaron su atención. Hablaba de «...entrelazamientos...», «...multitud de casos»..., «...tan vinculados entre sí que...», «...un acto de compenetración...». Dio unos pasos hacia el receptor y escuchó con más claridad: «...parece ser el comienzo de un fenómeno a nivel mundial. Por el modo en que se está extendiendo es como una pandemia. Afecta a los recuerdos de quienes la sufren y se trasmite durante el sueño. De momento, que sepamos, no está comprobado que haya habido contacto previo entre los afectados y sus vínculos. Se está investigando la causa del fenómeno. Iremos informando más ampliamente...».

Subió a toda prisa a su habitación y entró en la red. Hizo una búsqueda y no le costó encontrar información abundante. Comenzaba a tratarse en todos los foros. Sonó su móvil.

—¡Hola Tina! ¿Cómo estás?

—¡Caro Rogelio! ¿Qué andas haciendo por España? —dijo la voz cantarina de su amiga italiana

—En realidad... estoy en Iraq...

—Pero, ¿cómo? ¿Y esa visita a Roma que me prometiste? ¿No te has desviado un poco de la ruta?

—Pues sí. Yo también estoy un poco sorprendido. Este viaje no entraba en mis planes de vacaciones, aunque...

—¡No me digas que te has perdido! —exclamó ella, socarrona—. Pero si todos los caminos conducen a Roma.

—Es que ha surgido algo, Tina. Algo que me ha traído a este país. Ha sido inesperado. Pero recuperaré el camino en cuanto acabe lo que he venido a hacer. Ardo en deseos de verte.

—¿Puedo saber el motivo de que me relegues con tanta descortesía?

—No, Tina. No es lo que piensas. Quiero estar contigo, pero no puedo aplazar lo que he venido a hacer.

—Soy toda oídos.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo, de todos modos. Ya sabes, a buen entendedor..

SOFÍA ROMÁN Y JALAL YUSEF (IRAQ). EL ATAQUE

Era una noche sin luna. Al amparo de la oscuridad, Sofía y Jalal se aventuraron hacia el lugar donde había quedado el todoterreno en el que viajaban. Desde su posición distinguieron la luz moribunda que los focos del vehículo seguían emitiendo. Se movieron despacio, gateando y eludiendo a duras penas la maleza de zarzas y herbaje y los muñones de tierra dura con los que tropezaban una y otra vez.

A pocos metros del objetivo divisaron la franja del camino que aparecía iluminada por el destello de los faros, pero el silencio del lugar confería a ese cerco de luz un algo siniestro que no invitaba a penetrarlo. Entonces lo vieron. Se habían concentrado tanto en advertir el peligro que casi tropezaron con él.

Tumbado en el suelo, junto al coche, con la nuca apoyada en la rueda delantera y el mentón hundido en el pecho, estaba Helmet. Su corpulencia se desplomaba en la tierra con las piernas abiertas y los brazos extendidos. Parecía yacer sin vida. Sofía se arrodilló a su lado, horrorizada. Entonces Helmet entreabrió los ojos. Trató de hablar, pero solo emitió un gorgoteo líquido y espeso. Un breve vómito oscuro se derramó por la comisura de su boca. Sofía se soltó la chaqueta que llevaba atada a la cintura y la colocó en el suelo a modo de almohada. Tomó la cabeza de Helmet y la recostó allí. Entonces, un feo tajo asomó en el cuello del herido y un líquido anaranjado burbujeó. El corte se entreabrió y la sangre comenzó a manar a borbotones. Jalal apretó la herida con su mano, intentando detener la hemorragia.

El reflejo blanco de los faros daba ahora en el rostro del moribundo. De repente hubo una contracción en su boca y un espasmo recorrió todo su cuerpo. Estaba muerto.

Sofía se sintió mareada por el penetrante tufo a sangre y tuvo la necesidad de salir corriendo sin volver la vista atrás, pero no se movió. Se

quedó mirando fijamente hacia adelante. La garganta se le cerró y toda su atención tuvo que centrarse en el esfuerzo por respirar. Había superado sus peores expectativas sobre este viaje. Aunque Ashti ya estaba acostumbrada a esperar siempre lo mínimo y a enfrentarse a la muerte, una cosa era heredar las vivencias de otra persona a modo de recuerdos y otra muy distinta experimentarlas en carne propia. Tendría que ser el impacto constante que ejercía la memoria sobre su voluntad lo que ayudase a su cuerpo a adaptarse a las nuevas circunstancias y continuar siendo una morada fiable y familiar capaz de superarlas.

Jalal, entretanto, se había lanzado al interior del todoterreno en busca de su teléfono.

—Se han llevado los móviles y el agua —dijo con la respiración entrecortada por el pánico—. Ayúdame a buscar una linterna. Nos servirá para llegar lo más lejos posible sin esperar al día.

Al no obtener respuesta, miró por encima del hombro y enseguida se dio cuenta de que algo le ocurría a Sofía. Se acercó y vio que sus sienes estaban bañadas en sudor y sus manos temblaban.

—¡Sofía! —le gritó en un susurro, tomándole las manos—. ¡Necesito tu ayuda! No te dejes abatir. Debemos salir de aquí cuanto antes. Tranquilízate y respira hondo. Ven, alejémonos un poco —le dijo, arrastrándola unos pasos fuera del camino para apartarla de la visión y el olor de la sangre—. Espérame aquí. Solo tardo dos minutos.

Volvió al vehículo y rebuscó a la desesperada dentro del maletero. Al instante se le acercó la española y se unió a la búsqueda. Todavía le temblaban las manos, pero el color había vuelto a su rostro.

—Aquí está la linterna. No se han llevado las mochilas. Solo el agua —dijo él.

Cogieron una y la vaciaron. Con movimientos precipitados y torpes metieron en ella el botiquín de urgencia, los frutos secos y los jerséis. Al fondo del maletero, entre el revoltijo de las cosas de Helmet, encontraron una lata de refresco olvidada, un mechero y una navaja pequeña, así como un mapa y una vieja manta que su dueño debió usar alguna noche pasada al raso. De nuevo se adentraron en la oscuridad en el mismo instante en que los reflectores del coche se extinguían.

Con la garganta abierta de Helmet en la retina, avanzaron en silencio

durante unos quince minutos. Caminaban campo a través auxiliados por la luz de la linterna, que Jalal enfocaba al suelo solo a prudentes intervalos por miedo a ser descubiertos.

—¿Sabes en qué dirección vamos? —preguntó Sofía en voz tan baja que se sobresaltó al oírse con tanta nitidez en el silencio abismal del páramo.

—Intento ir hacia el norte. ¿Llevas encima algo de dinero? —preguntó Jalal.

—¿Dinero? ¿Hemos cogido mi mochila? Sí —se respondió a sí misma. Palpó a la espalda de Jalal para comprobar que allí seguía su cartera, en el bolsillo lateral—. ¿Para qué?

—Habrá alguna aldea hacia el norte donde nos vendan agua y quizás nos cedan algún vehículo.

—Muy bien. Además, tenemos un mapa. Si hay suerte y es de la región podremos ver en qué dirección se encuentra el primer núcleo habitado. Vamos a mirarlo cuanto antes. La linterna no durará toda la noche —dijo Sofía.

—Claro. Deberíamos ponernos detrás de esas lomas. Mejor a cobijo de algo, donde sea más difícil que nos vean. Nos estarán buscando. A estas horas ya lo saben todo de nosotros. Para eso se han llevado nuestros móviles.

—¡Es verdad! No han tocado nada más. Ni siquiera han abierto las mochilas. Solo con entrar en los wasaps tendrán un perfil completo nuestro: familia, amigos, correo electrónico y un largo etcétera.

—Y tú eres un tesoro para ellos: europea, infiel y mujer. Un trofeo muy valioso para su propaganda de dominio y crueldad. También verán que yo soy cristiano. Otro enemigo a abatir —dijo Jalal. Al momento se arrepintió de haber expuesto así la realidad, de un modo tan crudo. Quiso dulcificarla—. Bueno, eso significa que, si nos cogen, no harán con nosotros lo mismo que con Helmet. Tendremos alguna oportunidad. Al menos contigo... se lo pensarán. En fin... —Se estaba metiendo en un berenjenal del que no encontraba salida. Ambos sabían bien lo que implicaba ser apresados por el Daesh y no ser degollados in situ—. Saldremos de esta, Sofía. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió con gesto sombrío y él no dijo más.

Rodearon el cerro y buscaron una ladera recatada en la que detenerse, oculta por pequeñas colinas laterales. Desplegaron el mapa y calcularon dónde podían encontrarse a partir del recorrido hecho desde la presa cuando se desviaron por pistas de montaña.

—Debemos estar por aquí, a medio camino de esta carretera —señaló Jalal.

—En línea recta hacia el oeste no parece que sean más de diez kilómetros para alcanzarla. Para ir hacia allí no deberíamos seguir subiendo más al norte. El terreno a partir de este punto se vuelve demasiado accidentado —opinó ella.

Sofía cumplía con creces el estereotipo del carácter aragonés, conocido en todo el país por su terquedad. A pesar de esa digna idiosincrasia, su familia lo consideraba un defecto y su padre siempre le reprochaba los conflictos que esa «cabezonería» le había generado, sobre todo en colisiones con otros paisanos genéticamente afines.

—Este mapa no da ninguna pista sobre la situación de las aldeas. Aquí no aparecen —dijo Sofía, inclinando la cabeza para escudriñar el papel. Jalal enfocaba en él la linterna y la melena corta de ella se volcó hacia delante como una cortina sedosa que se interpuso entre el mapa y el foco de luz.

—Es que son muy pequeñas. La mayoría están formadas por media docena de casas, o menos —replicó él—. Aunque siempre cuentan con algún pozo cercano. Cada gota vale su precio en oro, pero no nos la negarán. Seguramente tengan también algún vehículo para acercarnos a la carretera.

Sofía levantó la cabeza del mapa y Jalal vio entonces que tenía el ojo y el pómulo izquierdo completamente amoratados y que en la barbilla había un restregón de piel levantada con una línea de sangre seca. No dijo nada ¿Para qué?

—Pero si seguimos caminando hacia el oeste —continuó ella—, durante la noche podremos hacer al menos la mitad del camino a esta ciudad que se ve aquí, a la izquierda. Así, cuando amanezca nos quedarán menos de cinco kilómetros y en un par de horas estaremos en la ciudad. Sin el calor del día necesitaremos beber poco. Seguro que podemos aguantar con esa lata que llevamos —opinó.

—Bueno, es que para eso tendríamos que retroceder algo hacia terreno

llano. El suelo es ya demasiado accidentado para andar de noche. La verdad es que la idea de volver no me gusta nada —dijo Jalal pensativo—. Además, pronto se acabarán las pilas de la linterna y el avance, en cualquier caso, se hará penoso y lento. Yo creo que deberíamos pasar aquí la noche y esperar a que amanezca. A la luz del día divisaremos alguna aldea desde la cima de uno de esos cerros.

Sofía se le quedó mirando fijamente.

—Te veo la nariz un poco hinchada y... eso que tienes ahí, en la frente, ¿es un bollo? —dijo, agarrándole la mano que sujetaba la linterna para orientarla hacia su cara.

—Será —dijo él tocándose la frente—. Hemos recibido un buen meneo, ¿eh? Tú también llevas la cara como un Cristo. ¿No te duele nada?

—Sí, me escuecen las rodillas y las palmas de las manos. ¡Uf! Se ha desgarrado la tela del pantalón. Y, ahora que lo dices, también noto la cara un poco entumecida. ¡Ay! —exclamó al palparse y tocar la piel herida.

—Es solo superficial. En el botiquín habrá algún desinfectante, sobre todo para los escorches de las piernas.

No era propio de ella ceder sin discusión a los argumentos del otro, pero se sentía agotada y, ahora que se había descubierto las lesiones, empezó a dolerle todo el cuerpo. La tentación de tumbarse y dormir era demasiado fuerte. Jalal había empezado a sacar la manta de la mochila y ella le dejó actuar sin decir palabra. Se limpiaron los rasguños con agua oxigenada. Buscaron asiento en el terreno para extender la manta y colocaron los jerséis a modo de almohada. La noche era cálida. Se oían de vez en cuando las notas de algún nocturno pájaro cantor.

—Oye, Jalal, ¿tú crees que cuando nosotros llegamos, Helmet aún luchaba por su vida? —preguntó Sofía.

Se había tumbado boca arriba y tenía la mirada clavada en el cielo, cuajado de estrellas.

—Es posible. Era un luchador. Quizás buscó la posición que le favorecía para no desangrarse tan deprisa.

—Lo que hice yo lo mató, ¿verdad?

—En absoluto —mintió él—. Estaba agonizando cuando llegamos. Simplemente se acabó allí su agonía.

—¡Tanto trabajar, tanto arriesgar la vida para realizar un sueño! Era un tipo genial, ¿no crees?

—Lo era. —Asintió.

En cinco minutos ambos estaban completamente dormidos.

El canto de un pájaro parúlido surgió del silencio tan repentinamente que sacó a Jalal de su liviano sueño y le hizo dar un salto. Al comprobar que todo estaba en orden, lanzó un suspiro de alivio. Se sentó, se frotó los ojos e intentó limpiarlos con sus malolientes dedos, todavía con restos de sangre. Se levantó y dio algunos pasos para desentumecer el cuerpo. Respiró a pleno pulmón el aire fresco del alba, movió los brazos y, al cabo de un momento, el embotamiento físico se aligeró sin llegar a desaparecer del todo. Sofía se removió nerviosa, gruñó y se giró de costado. Al momento se incorporó con un quejido. Le dolían todos los huesos. La idea de ponerse en pie le fatigó antes incluso de intentarlo. Jalal vio que estaba despierta y se frotaba suavemente las sienes con los dedos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—No puedo decir que haya sido un sueño reparador. Aunque no lo veas, hay un martillo golpeando mi cabeza, encima de los ojos —respondió con voz doliente—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mejor que tú, creo. ¿Qué te parece si nos comemos lo que hay en la mochila? Hay que reponer fuerzas. Seguro que encontramos ayuda antes del mediodía.

Compartieron los frutos secos y la limonada caliente rodeados por el murmullo pegajoso de los primeros moscardones y algunos otros insectos madrugadores.

—Si quieres, espérame aquí. Mientras te despiertas del todo subiré a aquel altozano. Desde esa altitud tiene que haber una buena vista.

—De acuerdo. A ver si hay suerte —dijo Sofía entrecerrando los ojos para mirarle. El dolor de cabeza parecía estar derivando hacia una de sus insoportables migrañas.

—No me gusta mucho la idea de separarnos, pero creo que este lugar es seguro. Está a cubierto por todos los flancos y, de todos modos, solo tardaré una media hora.

Dejando una fina abertura entre los párpados, lo miró alejarse un trecho y desaparecer a los pocos minutos detrás de una loma baja. Su meta era el monte elevado que descollaba detrás de varias colinas anteriores por lo que quizás ya no se haría visible en todo el resto del recorrido.

Sofía dejó caer la cabeza entre las rodillas y cerró los ojos. Un ataque de migraña era lo peor que podía ocurrirle en estos momentos. Lo temía como a su peor enemigo. El dolor de cabeza se haría insoportable, se le revolvería el estómago y el malestar general quebrantaría su instinto de supervivencia, dejándola incapacitada para realizar cualquier esfuerzo, ni aun para salvar la vida. En esas ocasiones solo quería estar tirada en cama a oscuras y completamente sola. Pasarían varias horas, a veces hasta un día entero, hasta recuperarse y volver a la normalidad. Curiosamente, en su caso, los síntomas se manifestaban a oleadas, secuencias en que la intensidad del malestar aumentaba y disminuía a intervalos de varios minutos.

Aprovechó uno de esos momentos de malestar atenuado para volver a mirar en la dirección que había tomado su guía. Repasó el recorrido y enseguida lo localizó. Podía verlo porque estaba llegando a la cresta. En cuanto la alcanzó, Jalal se puso a atisbar el horizonte girándose lentamente en todas direcciones. Su atención se detuvo hacia el oeste, en algún punto hacia el llano y ella vio claramente cómo estiraba el brazo para indicarle con el dedo que había encontrado lo que buscaban.

Entonces oyó un estallido, como el retumbar de un trueno cercano. Casi simultáneamente vio la pequeña figura de Jalal desplomarse, pero aún tardó unas décimas de segundo en relacionar ambos sucesos. Cuando lo hizo, el corazón se le empezó a desbocar. Poco le faltó para tener un ataque de diarrea y sintió náuseas. «¡Ay, Dios mío!» Le pidió bondad a un dios que no estaba completamente segura de que existiera, pero en ese momento era su clavo ardiendo y no paró de repetir «Dios, Dios, Dios» mientras agarraba la mochila y la manta y las arrastraba por tierra hasta unos matorrales cercanos. Se lanzó detrás de ellos y se cubrió con la manta esperando que su color pardo terroso la ayudara a no ser vista. Decidió morir ahí. El martilleo había regresado con mayor virulencia y todo su ser agonizaba con el tormento.

Varias horas pasaron durante las cuales Sofía no encontró fuerzas para mover un solo músculo, a ratos entraba en un sueño soporífero y a ratos despertaba con la seguridad de que, aunque su dolencia no la mataría, el sufrimiento iba a ser tremendo y quizás sí lo hiciese el calor del sol y la deshidratación. ¿Qué le harían si la encontraban? Lo más probable es que fuese degollada de inmediato, como habían hecho con Helmet. Esa sería una muerte más rápida pero más aterradora. Al fin, dejó de pensar y se abandonó al sopor.

Al poco, escucha el ronroneo de un motor acercarse..., el ronroneo se extingue allí mismo. Ella permanece inmóvil. Oye cómo se cierra la puerta de un coche..., unas fuertes pisadas avanzan en dirección a su escondrijo, pero se detienen enseguida. Permanece inmóvil. Una voz familiar pronuncia su nombre..., suena tan lejano que no identifica la voz. Ella sigue inmóvil. La están buscando, claro. Se repite la llamada..., esta vez reconoce la voz..., ¿es Julio?... será un engaño. Continúa inmóvil. La voz que suena ahora es la de un niño... «¿mami?»... ¡Alba!... Ella suspira con alivio..., está a salvo..., ya ha pasado todo..., vienen a llevarla a casa. Se descubre..., alza la cabeza y los busca con la mirada. ¡Un momento! ¿Julio ha traído a su hija a este lugar...?

Alguien se abalanza sobre ella. Le tapan la boca y la nariz con las manos. Le echan la cabeza hacia atrás..., se cierne el filo sobre su garganta y ella se defiende agitando frenéticamente los brazos, tratando de apartar la amenaza. Se ahoga. No entra aire en sus pulmones. Se está ahogando.

Despertó braceando, luchando por sacar la cabeza y aspirar una bocanada de aire. El calor recibido a lo largo de toda la tarde la había sumido en el delirio. Como una crisálida saliendo del capullo, se liberó del abrazo de la manta y se alzó en el ocaso de la tarde. Empapada en sudor, miró alrededor despavorida. Todo era soledad y sombras, como estar a la deriva en mitad del cosmos. Creyó derrumbarse su resolución de seguir luchando. Sin embargo, cuando uno se siente al borde de la muerte se afianza el instinto de conservación. Una ligera brisa refrescó su cerebro y alivió su piel del calor. Le ardían los tobillos por las picaduras y tenía la garganta seca. Volvió a ser consciente de su situación.

Seguía allí. No la habían descubierto. La migraña, como solía ocurrir después de dormir largas horas, había desaparecido y recuperaba una lucidez que, como siempre, le sorprendía. Se propuso enfrentar toda una

embestida de pensamientos desconcertados y fatídicos, olvidarse de su cuerpo magullado y sediento y poner a prueba la fortaleza de su voluntad. ¡Cuántas horas había dormido! Debía aprovechar la luz tenue del atardecer para llegar hasta el lugar donde había visto a Jalal desplomarse. No podía marchar sin saber de él. Quizás estuviese todavía allí, herido. Él no la habría abandonado. Abrió la mochila y cogió la linterna.

Echó a andar con intención de seguir el mismo camino que su guía había hecho, pero a los pocos pasos la atravesó el miedo. Comenzó en su mente y dominó todo su cuerpo. Le castañeteaban los dientes y sentía como si sus músculos careciesen de sustento óseo. Se esforzó por tranquilizarse. Respiró hondo, retuvo el aire y lo expulsó despacio. Volvió a respirar hondo, a retener el aire y expulsarlo despacio. Lo repitió metódicamente varias veces. Vacío su mente de pensamiento alguno y se concentró solo en elegir bien el camino a la cima, en los pasos que debía dar para salvar cada piedra, cada terrón o zarzal, y en no dar un traspies. La luz de la tarde era ya demasiado débil para que pudiesen distinguirla de lejos pero suficiente para apreciar el terreno una vez que la retina se hubo adaptado. No usó la linterna.

Al llegar arriba se cuidó bien de no hacer visible su silueta en la cresta del altozano. Más bien trazó un recorrido lateral hasta que, en un punto dado, el borde de la cima se rebajó lo suficiente para hacer visible la meseta. Desde ese punto recorrió el lugar con la mirada. Jalal no estaba ya allí. Si no había escapado por sí mismo, se lo habían llevado. En ese momento, le pareció estar en el lugar más solitario del universo. Recordó entonces el gesto de su guía segundos antes de caer. Le había señalado la dirección en la que quería que se dirigiesen. Si buscaba hacia allí desde el sitio en que él se había colocado... Se arrastró hasta la cima sin llegar a ponerse en pie en ningún momento. Se agachó mirando hacia donde él lo había hecho y, desde el mismo borde de la cresta, escudriño la planicie allá abajo.

Primero no vio nada destacable. Luego distinguió unas protuberancias en el llano, al pie de unas colinas bajas, como una ristra de terrones hechos con un molde cuyo color se fundía con el del suelo. Al cabo de unos instantes, cuando sus pupilas se adaptaron al máximo a la luz disponible, fueron tomando forma hasta que no le cupo la menor duda. Allí abajo, a unos escasos dos kilómetros de la falda del monte había casas. Se trataba de una

aldea. Jalal había visto el lugar a pleno día y en su gesto había contundencia y seguridad. Tenía que ser la que él había señalado.

Volvió hasta donde había dejado la mochila. El impacto de la soledad se había mitigado un poco con la percepción de otros habitantes cercanos, personas como ella, habitantes pacíficos de vida hogareña que no eran enemigos, sino que, por el contrario, la ayudarían a escapar hasta territorio seguro. Dobló la manta y la embutió en la mochila. Tenía la lengua tan espesa que cuando descubrió la lata de limonada que habían dejado a medias tras unas piedras, sintió una felicidad sin límites. Reconoció que esos sentimientos eran ridículos, pero, por otra parte, era comprensible que los requisitos de supervivencia se impusieran sobre la racionalidad. La bebió despacio apreciando su dulzor y notando cómo pasaba también algún insecto por su garganta. Los ignoró. Incluso sonrió mentalmente al pensar cómo la habían comido a picotazos. Una venganza patética.

Inició el camino retrocediendo hasta terreno llano y bordeando las colinas hacia el oeste hasta situarse en un punto en que el monte al que había subido le fuera visible por su otra cara. La cumbre todavía se recortaba en el horizonte. La usaría para orientar la dirección noroeste que debía llevar y para calcular a qué distancia aproximada debía encontrarse el poblado. Durante el tiempo pasado en la operación de retroceso le había alcanzado el crepúsculo —tan lenta había sido su marcha y tan necesitada de treguas para recobrar aliento—. A su alrededor las cigarras cantaban alegres con furiosa energía, pero las tinieblas estaban también pobladas de matorrales espinosos y grietas traicioneras. Su avance en semejante suelo se hizo muy penoso y, además, dejó de avistar el monte que le hacía de brújula. Quizás cuando el cielo se poblase de estrellas podría volver a distinguirlo. Tantos tropiezos y pisadas en falso le habían quebrantado los tobillos, pero no se atrevía a encender la linterna por miedo a que su luz la delatase. Se sentó a descansar sobre una piedra y se protegió la cara de los insectos echando la manta sobre la cabeza. De esta guisa se quedó dormida y cuando despertó la negrura de la noche se había transformado en un resplandor lechoso que descubría todos los perfiles. Una bandada de pájaros echó a volar súbitamente, graznando. Aunque la visibilidad era aún muy pobre, Sofía se sobresaltó como si hubiese quedado al descubierto sobre un escenario. Debía apresurarse y llegar al pueblo antes de que saliera el sol.

Veinte minutos llevaba caminando en la dirección que se había marcado cuando, a unos cien metros a la derecha, divisó un muro de ladrillos que parecía formar un recinto cuadrangular cerrado con una puerta lateral. Hizo un alto y, al observarlo más detenidamente, reconoció en esos muros un pequeño cementerio cristiano. Estaba en el camino correcto. El pueblo no podía encontrarse lejos y ¡eran cristianos! Fue hasta allí y, al rodearlo, descubrió un camino de tierra que, a buen seguro, llevaba a la aldea. Lo siguió sin permitirse dudar, en la convicción de que esa era su única opción. El camino bajaba hasta el cauce seco de un barranco, lo cruzaba y volvía a subir. A partir de allí se dirigía hacia las faldas de un cerro y lo circundaba. Después de una curva, en medio de aquella tierra desolada, apareció un grupo de casas de adobe. Más allá de ellas no había más que el cielo y unas montañas serradas como dientes.

Echó a andar por la calle de tierra en cuesta, pasó junto a unos sauces sin hojas y avanzó entre las casas de techos rasos y puertas hechas con tablas. Se había levantado un viento ligero que alzaba el polvo del suelo y emitía chasquidos al lanzarlo contra las paredes de barro. Fuera de estos ruidos inanimados, el mundo estaba en silencio. El balido del rebaño, los gritos de los pájaros, el zumbido de los insectos, todo eso estaba ausente. El pueblo entero parecía dormir aún, a pesar de que el alba se había presentado a su hora. Aunque la sed intentaba quebrantar su voluntad, se sentó en el poyo de una casa junto a su puerta a la espera de ruidos o actividad. A la menor señal de vida pediría ayuda. No deseaba violentar el sueño de los moradores.

Pero el ruido que escuchó no surgió de la aldea. Venía de más lejos. Aguzó el oído. Parecía el ronroneo de un motor lejano. Se puso en pie y caminó hasta el final de un callejón que miraba al llano. Distinguió dos vehículos Land Cruisers que venían directos hacia el pueblo. Se le heló la sangre cuando reconoció en ellos las banderas negras ondeando al aire.

Corrió en busca de algún lugar donde esconderse. Aporreó una puerta, luego otra. Estaban cerradas y nadie respondía. Rodeó una casa buscando otra entrada por la parte trasera. No la había y todas las ventanas bajas estaban atrancadas. Pidió socorro a media voz. No tenía tiempo. Se metió en un pequeño cobertizo con techo de uralita y suelo abonado de estiércol. El ganado, como el resto de los seres vivos del poblado, se había

desvanecido. Se acurrucó en un rincón encogida, como un animal acosado frenético de aflicción y de miedo. Al rato, un objeto pesado cayó al suelo y rodó por tierra. Quedó allí, en medio del camino, entre el cobertizo y el muro de la casa. ¡Agua! Alguien le había arrojado un pequeño odre desde la ventana. Su corazón latía con un sonido seco. Comenzó a oír las voces altisonantes de los soldados.

SOFÍA ROMÁN (IRAQ). LA CAZA

Cuando en Zhanim, una aldea cristiana a 80 kilómetros al noroeste de Mosul, se corrió la voz de que los barbudos del Estado Islámico habían irrumpido en las aldeas vecinas, el octogenario Agrîn Samud se preparó para lo peor. Ciego e impedido, no pudo emprender la huida junto a otras docenas de vecinos, sus recuas y sus rebaños. Agrîn y su esposa Jameela subieron a la falsa de su casa, se encerraron allí y rezaron suplicando un milagro. Los yihadistas destrozaron las reliquias que colgaban de los muros de la iglesia y arrancaron la cruz que lucía su cúpula, pero, al menos aquí, fueron pocas las casas que sufrieron sus desmanes en comparación con otras aldeas que habían sido ya saqueadas.

Por la tarde de ese mismo día los «peshmergas» (tropas kurdas) llegaron a la villa, pero las viviendas que se libraron del registro siguen cerradas a cal y canto. Las 150 almas que poblaban el lugar hasta la llegada de las huestes negras no han vuelto. El frente donde kurdos y yihadistas libran batalla está a menos de un kilómetro.

«Pasamos horas interminables refugiados en aquel altillo. Jamás habíamos tenido tanto miedo», relataba Agrîn, sentado junto a su esposa en el salón de su modesta casa, al corresponsal de *EL MUNDO* que llegó con los soldados kurdos. **«El peor momento fue cuando la mujer extranjera se refugió en el establo de detrás de la casa y vinieron a por ella»**.

Así nos enteramos, con estupor, de que una mujer de apariencia europea, según afirmó Jameela, fue apresada ayer por el Isis en ese mismo lugar. **«No cabe duda de que se trataba del botín que venían buscando por toda la región porque cuando la encontraron dejaron de registrar las casas y se marcharon. En cierto modo estamos vivos gracias a esa mujer»**, nos explica Agrîn.

En ningún momento llegaron a percatarse de que dos ancianos permanecían atrincherados en los confines de su hogar. **«Ni se enteraron de que estábamos aquí»**, dijo el anciano. **«Pero hubo un momento crítico: ya habían tirado abajo la puerta de nuestra casa para registrarla cuando alguien dio la orden de dejar de buscar y no pasaron de ahí»**.

Le pedimos entonces a Jameela que nos describiese a la mujer. La respuesta fue inquietante: **«Tenía bonitos cabellos, de un castaño rojizo, pero todo el resto de ella presentaba un aspecto deplorable. Su ropa estaba sucia y desgarrada. Tenía marcas por toda la cara y los labios se veían agrietados. Sin duda llevaba**

horas huyendo y estaba sedienta», nos explicó la anciana. «La oímos pedir socorro en surmanji. Por el ventanuco que da a ese lado, dejamos caer un pellejo con agua. Pudimos observar con alarma cómo, aun arriesgándose a ser descubierta, salió de su escondrijo para agarrarlo y volver con él al cobertizo. No podíamos hacer nada más por ella».

En cambio, Agrîn nos aseguró que su acento no sonaba extranjero. **«Desde luego que era extranjera», replicó Jameela con convicción. «El color de su piel y la manera de vestir no ofrecían duda. ¿De dónde había salido? Solo Dios lo sabe».**

Según el relato de los ancianos, los yihadistas abandonaron la villa inmediatamente después de capturar a la mujer y toda la aldea volvió a quedar en silencio.

Javier Cantera, *El MUNDO* (8/VI/2014)

SOFÍA ROMÁN (IRAQ). LA CONDENA

Los dos Toyota iban a gran velocidad. Se les notaba el deseo de llegar cuanto antes y mostrar el botín que muchos buscaban y que ellos habían atrapado. Ni siquiera dejaron un retén en el pueblo para asegurar su avance. Ya volverían con más apoyo. Ni siquiera la tentación de descargar una buena ración de su odio en la mujer infiel, como era su costumbre, les hizo detenerse. Se impuso la precaución de que algo pudiese salir mal. No sería la primera vez que hombres perturbados por la prepotencia de su naturaleza, perdido todo lo que tiene que perder una persona para dejar de serlo, se convertían en unas malas bestias, bichos con nada de humanos y todo de alimañas. La orden era entregarla viva y si se detenían la diversión podía írseles de las manos.

Cinco soldados habían ocupado el vehículo que transportaba a Sofía. Los demás iban en el otro Land Cruiser. Uno de ellos, al que llamaban el Roto, iba sentado a su lado en una tercera fila de asientos desplegados en el interior del vehículo. Tenía la mirada fija en ella. Era un individuo de complexión maciza, cuello tan corto que su cabeza parecía asentada sobre su tronco y ojos negros por los que exhalaba un alma pétrea. Su rostro, bajo una larga barba y una espesa cabellera, tan negras ambas como los ojos, daba la impresión de pertenecer a uno de esos bustos tallados en granito con la nariz rota en algún descuido. Y, en efecto, una bala se la había talado durante la lucha y le había regalado el sobrenombre.

—¿No hacemos una parada? —preguntó el Roto mirando a Sofía con sonrisa obscena.

—Esta vez no —dijo una voz cargada de autoridad, con la clara intención de no admitir réplica.

Aún tenía el brazo dolorido por la brutalidad con la que la había arrastrado hacia el coche. Esa violencia, que pretendía ser humillante, la

hizo reaccionar de un modo que no esperaba de sí misma. Incluso penetrada de espanto hasta los huesos le sostuvo una resolución más fuerte que el miedo: el orgullo. Al empujarla con el fusil para que entrara en el coche, se había vuelto a mirar de frente a su hostigador y le había soltado en árabe un «suéltame ya, animal», con voz tan clara y mirada tan firme que el soldado tardó en reaccionar. Lo suficiente para que ella se deslizara hasta su asiento sin recibir más empujones. Decidió entonces hacer el camino con la cabeza erguida y las manos firmes sobre el regazo. No estaba dispuesta a mostrarse débil ni abatida. Entraron en un pueblo que parecía algo más grande que el anterior. Se encontraba igualmente desierto excepto por los soldados, que lo ocupaban todo. El guardia que la custodiaba pidió al conductor que ralentizase un poco la marcha cuando pasaron junto al cadáver de una mujer colgada por el cuello de la rama de un árbol, con los ojos vacíos y los miembros desvencijados. La reacción de Sofía fue la que el barbudo esperaba. La imagen le pareció atroz, sin paliativos y, al no poder soportar esta visión, bajó la mirada.

—¿Cómo preferirás que acabemos contigo, cortando tu bonito cuello como a una gallina o retorciéndolo con una soga, como a la puta que acabas de ver? —dijo el Roto sin quitarse la sonrisa de los labios.

Ella se dio cuenta de que su valor se había volatilizado de golpe. Él seguía hablando, pero Sofía dejó de oírle, sintió que la voz se apagaba y, por un momento, creyó que la abandonaría la consciencia. Se sobrepuso, respiró hondo y mantuvo la mirada fija hacia adelante.

—¡Mírame cuando te hablo, zorra! —dijo, agarrándole la barbilla con la fuerza de una tenaza y obligándola a mirarle a la cara.

Por las comisuras de su sonrisa, Sofía vio resbalar una crueldad que la hizo palidecer y, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo impedir que su cuerpo temblase.

Cuando la introdujeron en aquella caseta y cerraron la puerta tras ella, se le hizo terriblemente difícil respirar. Cerró los ojos. Notó en su pecho una compacta masa de aire. Como si hubiese absorbido una esponja cargada de agua. Se obligó a inspirar y espirar con disciplina. Abrió los ojos. Solo algunos haces de luz se colaban por las rendijas de la puerta. Miró a su alrededor y fue recorriendo despacio los fragmentos perceptibles de la estancia que la rodeaban. De repente, distinguió en la penumbra un bulto

en el suelo. El corazón le dio un vuelco de alegría cuando descubrió a Jalal. Estaba tumbado en una colchoneta colocada sobre un viejo somier sin patas y llevaba un vendaje que le cubría el cráneo. Se acercó a él. Parecía dormido. En cuanto le llamó por su nombre él abrió los ojos.

—¡Sofía! ¿Cómo estás? —dijo en un susurro, con voz fatigada.

—Yo bien. ¿Cómo estás tú? Vi cómo te alcanzaba un disparo.

—Fue una herida superficial, en la cabeza. Perdí el conocimiento y me atraparon —dijo. Hablaba con aliento entrecortado, haciendo un gran esfuerzo—. Aún tenía la esperanza de que tú hubieses logrado ponerte a salvo. ¿Estás bien? ¿No te han hecho daño?

—Estoy bien. ¿Cómo te encuentras tú? ¿No puedes levantarte? —preguntó extrañada de verlo así inmóvil sobre el suelo.

—No es nada. Aún estoy aturdido por el impacto de la bala, podría levantarme... creo, pero trato de simular que aún no he recuperado del todo la consciencia.

—¿Por qué?

—Creen que los dos somos extranjeros. No saben que yo soy kurdo. Piensan que vine contigo de España y es mejor que sigan pensándolo. Si hablo me descubriré.

—¿Es la razón por la que no nos han matado, como a Helmet?

—Así es.

—Pero ¿y los móviles? Si los tienen ellos habrán averiguado nuestra identidad.

—El mío no lo tienen. Debió dañarse en el accidente. Encontraron el de Helmet en su bolsillo y el tuyo por el suelo del coche.

—Pero ¿por qué creen que tú eres también extranjero?

—Saben que en el coche íbamos tres y al averiguar que hay una mujer europea les ha parecido impensable que estuvieses viajando sola por el país, así que han deducido que el otro viajero vino contigo —aclaró Jalal.

Se había incorporado y hablaba bajísimo para que el vigilante apostado en la puerta no lo oyese.

—¿Cómo te has enterado de estos detalles?

—Los oí comentarlo mientras me encontraba semiinconsciente y comprendí que si los sacaba de su error era hombre muerto. Solo me

mantienen con vida para poder ejecutarme, como han hecho con otros extranjeros secuestrados.

—¡Oh, Dios mío! Di más bien para poder ejecutarnos.

Sofía, arrodillada en el suelo junto a él, lo escuchaba como si estuviera estudiando un problema de difícil solución, que incluía su sentencia de muerte. Se preguntó cuánto tiempo podría su amigo mantener el engaño y cuánto tiempo estarían dispuestos a esperar los verdugos. Al igual que ella, Jalal necesitaba beber y satisfacer otros menesteres y, además, llegaría un momento en que intentarían despertarlo para llevar a cabo sus planes o, de lo contrario, acabarían con él allí mismo. La situación era insostenible.

—Jalal, ¿tienes algún plan? —le preguntó con un nudo en la garganta.

Él sacudió la cabeza y ella no supo qué decir. Él tampoco. Se dejó caer de nuevo en el colchón y se produjo otro corto silencio, luego, él lanzó un suspiro de resignación.

—Quizás debería rendirme. De todos modos, no hay salvación —dijo con una expresión grave y meditabunda.

—No, Jalal —dijo Sofía mirando el aspecto demacrado de su guía, la venda ensangrentada y los labios reseca y agrietados. Sus ojos pardos brillaron de cariño y tristeza al recordar la preocupación de la familia del kurdo por su seguridad.

—Mientras hay vida hay esperanza —dijo ella sin vacilar—. Tenemos que ganar todo el tiempo que sea posible. Ahora que estoy contigo, intentaremos prolongar el engaño, si nos dan la oportunidad. Podemos hacer que crean que la herida en la cabeza te ha dejado incapacitado para hablar. De ese modo no será necesario que simules estar inconsciente. Tú solo muéstrate ausente, como afectado por alguna demencia. Yo hablaré por los dos y diré que somos marido y mujer.

En efecto, la oportunidad llegó, pero incluso con demasiada celeridad. Sin darles tiempo a planificar los detalles, el descerrar del travesaño de la puerta sonó como un trallazo en medio de su sigilo. Tras el sobresalto, Jalal miró a Sofía y le pareció ver cómo, por detrás de su mirada despavorida, funcionaban a toda máquina las ruedas dentadas de su pensamiento. De un salto, se sentó junto a él en el colchón y le empujó para que se sentase él también a su lado. Le pasó el brazo por detrás de la espalda en actitud protectora.

—¡Fija la mirada como un loco y no reacciones a nada de lo que ocurra ante ti! —le dijo atropelladamente.

No le costaría gran esfuerzo adoptar esa actitud, pensó él. Así, como estaba, incorporado y apoyando su costado en el de ella, ya empezaba a sentir vértigos y un fuerte dolor de cabeza. Era evidente que su cerebro se encontraba afectado por el fuerte impacto del disparo.

—¡Bien! ¡Muy bien! Tronó la voz de la sombra que apareció al trasluz en el umbral de la puerta— Ya se ha recuperado la primera presa. Así que ahora ya tenemos a los dos.

El que había hablado parecía ir de jefe y le acompañaba el Roto, luciendo esa permanente sonrisa obscena que Sofía ya conocía. Era el peor augurio de lo que les deparaba la visita. Detrás de ellos esperaba un tercer soldado sujetando unas prendas de color naranja y una bolsa de plástico de contenido no identificable.

Soy el comandante Salah Al-Ali. Voy a hacerles unas preguntas y espero que me respondan con claridad y sin trucos. Si el resultado del interrogatorio me satisface, Abou les dejará el agua y la comida que trae. Tengo entendido que habla usted árabe.

—Así es —contestó Sofía escuetamente.

—¿Habla usted también nuestra lengua? —preguntó dirigiéndose a Jalal.

—Él no se encuentra bien. No sé qué le ocurre, pero no ha pronunciado una sola palabra desde que estoy aquí. ¿Qué le han hecho ustedes? —gimoteó Sofía—. No parece él. Está completamente ausente.

—¿Qué relación tienen ustedes?

—Es mi esposo.

Durante unos segundos los oscuros ojos del comandante los miraron inquisitivos, de una manera extraña que llenó a Sofía de alarma. Su boca se torció en una mueca de sonrisa y repuso en voz baja, cargada de dureza.

—Puede que la herida le haya causado daños. —Se acercó para colocarse frente a él y lo observó con detenimiento, mirándole a los ojos.

—Ponedlo en pie —ordenó a los otros dos—, comprobad si se sostiene y si puede andar.

El de la bolsa la dejó en el suelo y se unió al otro para cogerlo de los brazos y levantarlo. Jalal se dejó hacer y se mantuvo en pie cuando lo

soltaron. Después le tiraron de los brazos para hacerle andar y él se dejó arrastrar dando pasos mecánicos.

—Es suficiente. Para la ejecución solo tendrá que mantenerse de rodillas.

Jalal se quedó donde lo habían dejado. Sofía se levantó, lo condujo de nuevo a la colchoneta e hizo que se sentara.

—Ustedes son españoles, ¿no es así? —volvió a dirigirse a Sofía—. ¿Cómo se llama su esposo?

—Jaime Gómez —respondió ella con un ligero rubor.

Gracias al contraste entre la penumbra interior y el raudal de luz que entraba por la puerta, su interrogador no pudo apreciar la turbación en su rostro. Pensó rápidamente en los últimos wasaps de Julio, que no dejaban claro cuál era su parentesco con ella, pero sí que él se encontraba en España. Pensó que era mejor dar un nombre falso.

—¿Dónde aprendió usted a hablar árabe?

—Los negocios de mi padre me trajeron de niña a vivir a este país.

—Adivino que son ustedes cristianos, ¿no?

—Sí, lo somos.

—Está bien. No necesito más. La ejecución tendrá lugar en tres días —sentenció, mirando a sus escoltas por encima del hombro. Hizo un gesto a Abou para que les dejara la bolsa —póngase esa ropa y ayude a su marido a vestirse también con ella. Disfruten de sus últimas horas.

—Pero, ¿por qué? —dijo Sofía. Quiso gritar la pregunta, pero le salió un hilo de voz.

La puerta volvió a cerrarse y el bramido del travesaño al ser colocado de nuevo remachó en ellos la idea de que no había escapatoria. Sofía sintió como si estuviera cayendo en un abrupto precipicio, queriendo sujetarse a arbustos y piedras y acabando en el vacío absoluto.

Jalal respiró hondo, pero su corazón latía con rapidez, mandando más sangre al cerebro y alimentando el incesante martilleo de su cabeza.

—Estoy muy mareado. Necesitamos el agua. ¿Puedes alcanzar la bolsa por mí, Sofía? —dijo Jalal, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Oh, sí, claro.

Sofía tuvo que apoyarse contra la pared un momento para que las piernas no la dejaran caer. Alcanzó la bolsa y volvió a sentarse junto a Jalal.

Bebieron casi toda el agua que contenía la botella. También había una ristra de dátiles. Una vez que el líquido hubo desatado el nudo que les obstruía la boca del estómago, se lo comieron todo. Era un nudo de miedo y no tardó en volver a formarse.

Pasaron un rato conjeturando sobre la posibilidad de que el ejército peshmerga atacase el pueblo y los liberase. Finalmente, se abandonaron a pensamientos deshilvanados en silencio. Jalal se dejó caer en el camastro con un gesto de sufrimiento y se durmió. Por el tipo de luz que entraba bajo la puerta, Sofía dedujo que estaban en mitad de la tarde.

Durante las horas que siguieron, nada parecía mitigar la dolorosa angustia que la vencía. Intentó no volver a pensar en el filo que cortaría su cuello, en lo que iba a sentir cuando eso ocurriera, pero su imaginación, sin nada más que hacer que esperar el paso de las horas, se negaba a ir por otros derroteros. Una y otra vez acudían a su mente las noticias que se habían difundido en todos los medios. El periodista japonés Kenji Goto había sido decapitado y el vídeo de su ejecución, colgado en Internet. Y había algo más. Trataba de encerrarlo muy dentro, pero era un recuerdo que pugnaba por salir y, cuando lo hizo, anuló las últimas briznas de valor que le quedaban. Fue una imagen mucho más terrible, que convertía la decapitación en una forma piadosa de morir. El piloto jordano Muadh al Kasasbeh había sido quemado vivo dentro de una jaula.

Entonces se le ocurrió que envidiaba a Julio. Envidiaba su fe y su certidumbre. En momentos como este no había otro agarradero y aquel que lo poseía era afortunado de poder asirse a la certeza de un Dios que esperaba al otro lado de la muerte. Un dios al que pedirle que cuidara de su hijita, de su esposo tan amado y de sus otros hijos, los que, ese dios, que todo lo puede y lo conduce, había introducido en su vida sin que ella los buscara. Un dios que también perdonase su temeridad y el abandono que había hecho de su familia.

De improviso, notó que volvía a faltarle el aire. ¿De verdad había hecho lo correcto? Al pensarlo, sintió una inseguridad terrible. Se había lanzado en pos de una familia que no era la suya ¿Qué le había empujado a hacerlo? ¿Se trataba solo de una sucia jugarreta de la mente? ¿Alguien o algo estaba jugando con el caudal de recuerdos de los seres humanos? Pero, en ese caso, si había un dios que jugaba a confundirles dándoles a compartir otra

identidad y haciéndoles solidarios con su prójimo, debía reconocer que esa estrategia era más sabia que las llevadas a cabo hasta el momento en el tablero de juego de la humanidad. ¿Acaso era digno de un dios justo infundir un fanatismo ciego en sus adeptos hasta llevarles a cometer los más crueles desmanes?

Pero todas las respuestas parecían confundirse en las pesadas tinieblas de la confusión y el miedo y así, sin ninguna certidumbre ni consuelo, Sofía dejó por fin que le rindiera el agotamiento.

Lo que sucedió después y, sobre todo, el porqué de que sucediera, es algo que jamás lograría explicarse.

ROGER ARBER Y ASHTI BARZANI (IRAQ). EL AMOR

Roger atravesó la verja del Consulado General de los Estados Unidos custodiada por dos vigilantes de uniforme y accedió a la recepción donde le recibió el conserje tras un mostrador. Se identificó presentando su pasaporte suizo y pidió entrevistarse con el cónsul.

—El señor cónsul se encuentra ocupado en este momento.

—Puedo esperar.

—¿Tiene cita previa? —preguntó el responsable de la entrada.

—Acabo de llegar al país y el motivo de mi visita es de una urgencia inmediata. Me temo que no puedo cumplir ese requisito —replicó Roger.

—Explíqueme de qué se trata y veré si puede recibirle el señor. Blake, el canciller.

—Gracias. Solo dígame que guarda relación con las transmisiones de ALMA. Soy Roger Arber, el astrofísico que estaba presente cuando se recibieron las señales en el observatorio chileno.

Era la primera vez que utilizaba esta baza para obtener un privilegio. Alardear de algo que le había sobrevenido sin mérito por su parte no le enorgullecía precisamente, pero, aun así, recibió la mirada de admiración del de la recepción como un chute de vanidad. Lo ocultó bajando la mirada hacia los folletos informativos expuestos en el mostrador.

El empleado descolgó el auricular y explicó el caso brevemente a la secretaria del cónsul.

—Deje la mochila en la cinta y pase por el arco, señor Arber. El señor Blake bajará a recibirle en unos minutos. Puede esperar en la sala hasta que le avisen —dijo tras colgar el teléfono.

Entró en una pieza alargada con media docena de sillas alineadas contra la pared izquierda. En el lateral derecho se abrían varias ventanas

protegidas por rejas en su exterior. Delante de ellas se encontraban los despachos de atención al público formados por un cerramiento adosado a la pared. Allí dentro, a través de un cristal de seguridad que reemplazaba al tabique a mitad de altura, varios empleados atendían por secciones a los ciudadanos, que formaban pequeñas filas ante las ventanillas. Había un cartel sobre cada sección anunciando el tipo de servicio que el consulado ofrecía: PASAPORTES, VISADOS, REFUGIADOS, OTROS. Roger comprendió al verlo que la petición de entrevistarse con el canciller no tenía razón de ser. Aunque no era habitual en otras embajadas, una oficina de atención a los refugiados se había hecho necesaria en Erbil para localizar población que hubiese sido trasladada a los campos por las fuerzas de la coalición. No obstante, este servicio era el que generaba la fila más larga, así que decidió sentarse en una de aquellas sillas y utilizar su ventaja.

Ante esa ventanilla, una pareja de mediana edad observaba expectante la búsqueda que al otro lado hacía el empleado en la pantalla de su ordenador.

—Lo siento mucho, señor, los nombres que me da no se encuentran en nuestros registros.

—Pero ellos estaban en Sinjar cuando la coalición recuperó la ciudad. Mi hermano, su esposa y sus dos hijos salieron de allí y los llevaron a algún campamento.

—De haber sido trasladados por tropas estadounidenses le aseguro, señor, que estarían en estas listas. Lo siento.

La mujer pareció decir algo a su acompañante para que insistiera. El hombre la miró un instante indeciso y al fin, con aire resignado, le hizo un gesto para que se moviera y dejase pasar a la joven que esperaba detrás de ellos.

La que ocupó su lugar era una mujer espigada, morena, que no llegaba a la treintena. Sus ropas hacían pensar en una campesina, ajena a la modernidad que se exhibía en esa parte de la ciudad. Roger solo alcanzó a ver su perfil, de rasgos clásicos. Un pañuelo claro le enmarcaba el rostro dejando entrever el cabello castaño, peinado hacia atrás. Sin embargo, cuando habló, lo hizo en inglés. Articulaba la lengua con lentitud, eligiendo las palabras y con un fuerte acento que Roger no logró localizar. Escuchaba atentamente con la curiosidad de descifrarlo cuando le oyó decir su nombre.

Dio un respingo en la silla y aguzó el oído. En efecto, ¡era ella! Estaba dando los nombres de sus hijos: Yamih y Adar Öcalan Barzani.

—Sí, señora, esos niños están aquí en nuestros registros. Figuran en el campo de refugiados de Rabiaa. Fueron llevados allí hace ocho días, el 30 de mayo, exactamente.

—Gracias, señor —dijo Ashti suavemente. Se le iluminaron los ojos—. ¿Sería tan amable de decirme dónde está ese campamento? —preguntó. Un leve temblor en la voz delataba su excitación.

—Rabiaa se encuentra al oeste, cerca de la frontera con Siria, a unos doscientos kilómetros de Erbil —explicó el hombre.

Al ver la perplejidad que se dibujaba en su cara, el empleado se giró y cogió una hoja de una pila de mapas de la región. Dibujó un círculo alrededor de cada ciudad, RABIAA Y ERBIL.

Entretanto, Roger se había acercado con la intuición de que ese era el momento de intervenir.

—Disculpe, señora, permítame que me presente. Me llamo Roger Arber y he llegado a Erbil esta mañana en busca de dos personas. Una de ellas se llama Sofía Román y la otra es usted..., Ashti Barzani, ¿no es así?

—Y... ¿por qué...? Quiero decir... ¿ha venido usted para...? ¿Por qué conoce nuestros nombres? —preguntó Ashti.

De uno y otro lado le llegaba el desconcierto, incluyendo el uso que acababa de hacer de ese «nuestros».

—Se lo explicaré si me da unos minutos. ¿Podemos sentarnos a hablar tranquilamente? —dijo Roger señalando las sillas desocupadas más allá.

—Espere, ahora no. Necesito información para encontrar a mis hijos.

Se volvió al de la ventanilla.

—Estarán en algún centro, al cuidado de alguien, ¿verdad? —preguntó al empleado con mirada suplicante.

—Aquí figura que quedaron bajo la tutela de unos amigos de los padres: el señor y la señora Korkak.

—No conozco a ningún Korkak, y si fuesen amigos de mi marido me sonaría el nombre —razonó en voz alta, tratando de hacer partícipe del problema al empleado.

—Son todos los datos de que disponemos. Lo siento —respondió.

En un acto reflejo, el empleado ladeó la cabeza y echó una mirada al siguiente de la fila, dando a entender que había terminado con ella. Por un momento, Ashti no reaccionó. Era como un sueño de los que convierten los miembros en mazas de plomo y ralentizan el avance desesperado hacia un objetivo o la huida de un peligro. Para encontrar a los niños había recorrido una accidentada distancia que ahora debía deshacer, pues resultaba que, mientras permaneció en Sinjar, sus hijos habían estado todo el tiempo a unos pocos kilómetros de ella. La frustración se apoderó de su ánimo.

—Déjeme que la ayude, señora Öcalan —dijo Roger discretamente.

La cogió suavemente del brazo y la instó a sentarse en una silla al fondo de la sala. Vio entonces que era más joven de lo que le había parecido al principio y que tenía un rostro de singular belleza; tenía los ojos grandes y pardos. No obstante, su alma reflejaba una carga más pesada de lo que sugería su juventud.

—Rabíaa, Korkak. ¡Doscientos kilómetros! —repitió Ashti cavilosa. Tanto parecía un lamento como un intento de memorizar los datos. Con movimientos zombificados se dejó llevar—. ¿Cómo podré volver allí? Acabo de llegar a Erbil.

—Si me lo permite, la ayudaré a encontrar a sus hijos. Creo que tendremos que llevar el mismo camino que Sofía.

—¿Sofía? ¿Qué camino? ¿Qué sabe usted de esa mujer?

—A ella no la conozco, pero sí a Julio.

—¡Entonces..., ellos son... reales!

—He venido a la embajada para averiguar la ruta que ella siguió. Sofía vino a Erbil buscándola a usted y a los niños. Salió ayer hacia Rabíaa, pero antes pasó por aquí para informarse.

—¿Es eso cierto? ¡Ha estado aquí!

—Ashti, créame. A ella le ocurre lo mismo que a usted, pero a la inversa y desea encontrarla.

La mujer lo miró con ojos de asombro, dilatados y pensativos. Después bajó la vista al suelo.

—¿Cómo pude perderlos? —dijo.

Por primera vez en todo ese tiempo se estaba derrumbando su ánimo. Parpadeó y a Roger le pareció divisar un brillo de lágrimas en sus ojos.

—No pude evitarlo. Solo me distraje un momento y...

—Bueno, ¿qué importa eso? Ahora hay que seguir adelante. Los encontraremos. Si me lo permite, viajaré con usted a Rabiaa y buscaremos a esos Korkak que le han mencionado.

—¿Quién es usted? —Aunque lo que le ofrecía este hombre se presentaba como una tabla de salvación, todo era demencial. Ashti lo miró con recelo.

Roger ordenó sus ideas y respiró hondo. Tal como leyó en su semblante, ella tenía una razón para el asombro y para la desconfianza. Le debía una explicación.

—Lo que le ha sucedido, señora Öcalan, quiero decir..., esa vinculación con el mundo de Sofía es algo que les está ocurriendo a otras personas. Un fenómeno al que todavía no se ha encontrado explicación.

Como era de esperar, estas palabras le llegaron a Ashti como llega la lluvia al páramo seco. Una revelación así le hacía más fácil la vida. Si lo que le decía este hombre era cierto, su otro yo existía realmente. Ya no le cabía duda de que seguía teniendo una mente lúcida.

—¿Y usted quién es? ¿Por qué ha venido a buscarnos? —insistió ella.

—Intento averiguar algo sobre estas vinculaciones. ¿Sabe, Ashti? Es muy probable que la suya haya sido la primera conexión registrada. En realidad, soy astrónomo. Estaba presente cuando recibimos la transmisión en el observatorio de ALMA. ¿Sabe de qué le estoy hablando?

—Sí. Lo sé por... Sofía. —Aún titubeó como si estuviese reconociendo un disparate.

Yo tengo una teoría y necesito investigar para confirmarla. Quiero hablar con usted y con Sofía. Tengo la corazonada de que, aunque no sean conscientes de ello, en el relato de lo que les ha sucedido y en lo que ocurra cuando se encuentren podría haber una pista sobre...

En ese momento una voz de barítono preguntó por el señor Arber. Al pie de la escalera había un tipo alto de complexión atlética que vestía un traje con chaleco color gris. Era el canciller, el señor Blake.

Saludó a Roger con un fuerte apretón de manos y cuando le presentó a la mujer el canciller esperó su reacción antes de saludarla a ella de igual

modo. Su aspecto —con la cabeza cubierta y la falda larga— chocaba con el de su acompañante. Había aprendido a dirigirse a estas mujeres con la debida prudencia, pero Ashti alargó el brazo sin dudar y Blake le devolvió el saludo con una sonrisa perfecta. Al topar con la mirada de ella tuvo una sensación placentera. Había algo en esos ojos pardos que lo transportaron. Por un instante quedó como enganchado, como si no importase lo que tenía en mente o la tarea que tuviera por delante en ese momento.

Ella retiró la mirada, azorada. La voz de Arber sacó al canciller de su embeleso.

—Sé que debe estar ocupado, señor Blake, y lamento molestarle.

—No es ninguna molestia. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó, sin despojarse de su sonrisa—. Por favor acompañenme. Estaremos más tranquilos en la sala de juntas.

Los condujo allí a través de un pasillo. La sala era una pieza amplia de pretensiones regias, con la bandera pendiendo de un mástil que encabezaba la larga mesa de reuniones.

—Mi secretaria me ha dicho que trabaja usted en ALMA.

—Así es.

—Señor Arber —dijo en un tono triunfal—, no sabe cuánto me gustaría intercambiar apreciaciones con alguien como usted. Soy un astrónomo aficionado. Concretamente me interesa la astrofotografía.

—Interesante —dijo Roger, por decir algo.

—Pues me alegro de que haya elegido Iraq para venir de vacaciones, aunque resulta un poco extraño, dada la situación actual del país.

—No es exactamente eso. Estoy aquí por otros motivos. Es una historia un poco complicada, pero, si tiene unos minutos, le explicaré el porqué de nuestra visita.

Roger le relató sin ambages qué les había traído a Erbil, tanto a él como a Ashti. Acabó su relato contando cómo perdieron el contacto con Sofía y por qué habían acudido a la embajada: esperaba que hubiese dejado indicios de la ruta que iba a seguir.

—¡Extraordinario! —dijo, mirando fijamente a Ashti—. Esta es la primera vez que conozco a una persona vinculada, un fenómeno del que tanto se está hablando. También su teoría me parece interesante. Desde

luego, ahí están unos hechos que nadie puede poner en duda, tanto lo que ocurrió en ALMA como lo que ahora se está produciendo en la mente de esas personas. Por las noticias sigo de cerca los datos. ¿Tienen idea de cuántas vinculaciones se han registrado hasta el día de hoy? ¡Más de cuatro mil! —contestó sin esperar respuesta.

Blake mostraba una energía desbordante. Aún era un hombre joven. Olía a colonia de marca y tenía el cabello ondulado y canoso en las sienes, peinado hacia atrás, la piel bronceada y unas cejas tupidas con algunas canas. Sus enormes ojos azules exhibían un brillo inteligente. En conjunto, se diría un hombre atractivo, sobre todo porque él lo procuraba, ya que tenía por hábito poner a prueba su poder de seducción con cualquier mujer que se le pusiera a tiro. Sus escaramuzas solían surtir efecto y en una ocasión había cambiado de destino prematuramente huyendo de las consecuencias.

—¿Podría usted ayudarnos a localizar a mis hijos, señor Blake? —dijo Ashti, irrumpiendo en una conversación que no se centraba en sus prioridades.

A Dennis Blake le resultó difícil comprender en qué consistía y más difícil aún le hubiese sido explicarlo, pero la voz de Ashti, que ahora escuchaba por primera vez, hizo que un enjambre de mariposas revoloteara a sus anchas por su estómago, y aquel acento inglés, un popurrí de fonética españolizada y entonación surmanji, le pareció delicioso.

—Desde luego, señora —respondió con una leve inclinación de cabeza—. Con mucho gusto lo haré. ¿Han preguntado ya en la sección de refugiados?

—Sí. Nos han dado toda la información que hay en sus registros. Yamih y Adar se encuentran en el campo de Rabiaa, pero no sabemos quién los tiene a su cargo.

—¿Y el padre? ¿No está con ellos? —preguntó Blake.

—Mi esposo murió en el monte Sinjar. Allí fue también donde me separé de los niños.

—Lo siento —dijo Blake, convencido de su propia sinceridad.

—Hay unos señores Korkak que parecen haberse hecho cargo de ellos, pero eso me preocupa todavía más. Yo no los conozco de nada y, sin embargo, se hicieron pasar por amigos de la familia —explicó Ashti.

—Claro, claro. Eso es preocupante —dijo Blake con gesto reflexivo—. Denme unos minutos. Iré a ver si puedo averiguar algo más.

—Señor Blake, sabemos que Sofía vino a esta embajada a solicitar información sobre los hijos de Ashti— explicó Roger—. Vino acompañada de un hombre kurdo que contrató como guía. Es muy probable que, por el riesgo que implicaba su viaje, informaran de la ruta que iban a seguir.

—Preguntaremos en las oficinas. En «refugiados» debieron recoger esos datos... si los dieron —ofreció el canciller.

Salió, sintiendo a su espalda la mirada de los visitantes y las expectativas que pendían de él.

—Si pudiese, al menos, saber que están en buenas manos —dijo Ashti cuando la puerta se cerró—. De todos modos, le agradezco mucho su ayuda, señor Arber. Sin usted no habría recibido esta atención especial por parte del consulado.

Roger se había dado cuenta nada más verla de la precaria situación a la que se enfrentaba. La bolsa que portaba a la espalda no parecía contener demasiado, y sus ropas, de aspecto polvoriento, mostraban algún desgarró por los bajos de la falda. Además, sabía, por lo que le había explicado Julio, que en los últimos tiempos el hambre y la sed habían sido perversos compañeros de viaje.

—No me dé las gracias. Déjeme acompañarla en su búsqueda. Como ve, tengo un interés personal en que se reúna con Sofía y ella está justo de camino hacia Rabiaa.

—Señor Arber, ni siquiera sé cómo saldré de Erbil. No tengo dinero, ni documentación —apuntó lúgubrementemente—, lo perdimos todo en la huida.

—¿Por qué no confía en mí? Mi interés es solo científico. Usted me ayudaría también. —Hizo una pausa dejando que ella valorara su ofrecimiento.

—¿Cómo? ¿Cómo podría yo ayudarle, señor Arber?

—Lo único que le pido es que me permita indagar en su mente y en su experiencia respecto a la vinculación que le ha afectado y que tratemos de encontrar a Sofía para contrastar las vivencias de ambas. A cambio, yo aportaré todo lo necesario para llegar hasta Rabiaa.

—De acuerdo. Si me lleva con mis hijos haré lo que me pide —dijo.

La esperanza regresó a su ánimo con renovada fuerza y Roger lo notó en su semblante.

—¿Trato hecho, pues?

—Trato hecho. ¿Qué planes tiene para la partida? —dijo Ashti apremiante.

—Todavía no he pensado en ello, pero no se preocupe, le aseguro que mañana estaremos en camino.

Apareció el canciller, consultando su reloj. Pasaban de las cinco y las oficinas de atención al público habían cerrado.

—Tengo buenas y malas noticias para ustedes —dijo con su habitual cordialidad—. Las buenas son que el señor Carter, de la sección de refugiados, tratará de ponerse en contacto con el intendente del campo en Rabiaa. No será difícil que localicen a los niños y nos faciliten información.

—Gracias, de verdad, señor Blake. —El corazón de Ashti se llenó de alegría y sus ojos miraron al hombre con un afecto firme y agradecido.

—Llámeme Dennis, por favor —dijo Blake, sosteniéndole la mirada. ¿Puedo llamarla por su nombre?

—Sí, claro. —Asintió Ashti.

Le mortificó como nunca que la sangre se agolpara en sus mejillas con tanta notoriedad. Esto es algo que no le ocurría a Sofía. Roger sonrió con disimulo a través de la nariz ante lo que calificó de descarado flirteo diplomático.

—¿Cuáles son las malas? —preguntó.

El canciller desplegó un periódico local, que acababan de pasarle y se lo dio a Roger. Su índice señaló un titular de primera página y tradujo al inglés: «*Dos turistas españoles prisioneros del Daesh. Anuncian su inminente ejecución*». En el copete de la noticia se citaban dos nombres: «*Jaime Gómez y su esposa, Sofía Román*».

—¿Es la Sofía que usted busca? —preguntó Blake, arqueando una ceja para darse importancia.

—Tiene que ser ella —dijo Roger absolutamente perplejo—. No puede ser otra.

—¡Sofía en manos de esas bestias! —exclamó Ashti.

Pensó entonces en Julio y en la pequeña Alba, y en toda su familia, para quienes debían de ser inescrutables los afanes que la habían impulsado a cometer esa locura. Imaginó qué habría hecho ella misma en el caso de haber sido Alba quien se encontrase en peligro y le sorprendió aceptar que la respuesta que se daba fuese tan rotunda teniendo en cuenta que ninguna relación real le unía a esa niña. Sin embargo, tenía su olor a primavera, sus ojos limpios, la alegría de su voz y el tacto de su piel grabados a fuego en el alma.

—Pero hay algo que no encaja —Se extrañó la kurda—. El marido de Sofía no se llama Jaime Gómez sino Julio Cepeda.

—Así es —corroboró Roger— y en estos momentos se encuentra en España. Hace un rato he hablado con él por teléfono.

—Pero si el marido no está con ella, ¿quién es el otro español que tienen secuestrado? —preguntó Blake.

Roger telefoneó a Julio inmediatamente. Como era de esperar lo encontró destrozado. Toda la familia estaba a la espera de recibir noticias del gobierno de su país. Trataban de presionar para que negociaran con los terroristas la liberación de Sofía a cambio de alguno de los yihadistas que las fuerzas aliadas habían apresado. Lo que parecía descartado es que las instituciones españolas estuviesen dispuestas a pagar la astronómica cantidad exigida por los secuestradores.

—¿Y qué hay del otro rehén que han identificado como Jaime Gómez? ¿Se te ocurre por qué se está haciendo pasar por ti? —preguntó Roger a Julio.

—Le estamos dando muchas vueltas al asunto, pero lo único claro es que Sofía participa en el engaño. ¿Con qué objetivo? Quizás para sentirse más protegida. Para inspirar más respeto a los secuestradores. Para ellos no será lo mismo una mujer sola que acompañada de su esposo.

—¿Podría tratarse del guía o del conductor que la acompañaban?

—Todo es posible. He hablado con la esposa de Jalal y no sabe nada de su marido. Perdió el contacto hace más de dos días. Presiente que es él. Dice que la vida de un kurdo no tiene ningún valor para el Daesh. Si su marido sigue vivo es, o bien porque no ha caído en sus manos o porque se hace pasar por europeo.

Cuando salieron de nuevo a la zona de oficinas, esta estaba vacía y solo dos empleados seguían tras el cristal, manejando documentos. Preguntaron a Carter si tenía información de Rabiaa. Todavía no. No tenía nada concluyente. La pista de los niños se perdía en el momento del registro. Los Korkak no se habían dado de baja en el campo y tampoco los pequeños, pero les llevaría un tiempo averiguar dónde se encontraban. Iban a poner en aviso a los repartidores de alimentos para tratar de identificarlos cuando pasaran a recoger sus raciones. Eso no podría ser antes de la mañana siguiente.

Ashti miró a Roger inquisitiva. Por alguna razón el suizo no la intimidaba como le ocurría con Blake. Por otra parte, la fuerza de prejuicios milenarios le hacía considerar más propio del hombre llevar la voz cantante para pedir favores a otro hombre. Roger entendió: le estaba recordando el trato que habían hecho. Al parecer, su parte en ese trato empezaba desde ya.

—Verá, Dennis, nuestra intención es salir mañana a primera hora de la mañana. ¿Cree que podremos hablar con el señor Carter antes de partir? —dijo Roger presionado por esa mirada.

—Pero... ¿no pensará ir usted también hasta Rabiaa, Ashti? Es una ruta peligrosa, ya ve lo que le ha ocurrido a su amiga o... lo que sea. A usted también podría ocurrirle algo terrible.

—Usted no tiene hijos, ¿verdad, Dennis? —preguntó Ashti.

—No. Espero tenerlos cuando encuentre la mujer adecuada —replicó el americano, contemplándola de esa manera que le hacía enojecer.

—Cuando los tenga sabrá por qué razón una madre no puede quedarse esperando a saber si sus hijos están a salvo o en peligro.

—Si está decidida a hacer ese viaje tendrán que tomar todas las precauciones. Estoy pensando... Déjenme antes hacer algunas averiguaciones. Pero, primero, díganme, ¿dónde se hospedan ustedes? Me gustaría invitarles a cenar en mi casa esta noche —Como vio reparos en la expresión de ambos, añadió—: No será a cambio de nada, Roger, necesito que me instruya sobre algunas cuestiones de gran interés para mí en el campo de la observación espacial. Y también quiero enseñarle mi última adquisición: el telescopio Stellare Ultra CRC 360 versión Premium.

—Yo estoy en el Sun Palace, cerca de aquí —dijo Roger.

—¿Y usted, Ashti? —preguntó Blake, sin pensarlo. Cuando reflexionó sobre los hechos que el suizo había relatado ya era tarde. Notó el azoramiento en su voz al responder.

—Pasaré por el campo de Ankawa... a pedir refugio. Todavía no he tenido tiempo de ir y creo que ya debería apresurarme...

—Por favor, Ashti, acepte que sea su anfitrión por esta noche. Quédese en mi casa. Quédese usted también, Roger. Disfrutarán de las mejores vistas de la ciudad. El cielo de Erbil es magnífico desde mi azotea. No se arrepentirán. Además, será lo más conveniente para tenerles al tanto de las noticias de Rabiaa.

Este era el quinto destino que Dennis Blake ocupaba desde que empezó su andadura por cancillerías de consulados y embajadas estadounidenses. En ninguno había durado más de unos pocos años. La razón era su gran pasión por la escalada de alta montaña, aunque también podría decirse que era un «culo de mal asiento». En cuanto se enteraba de que iba a quedar vacante alguno de los destinos anhelados, solicitaba el traslado. Esos anhelos se habían fraguado al pie del Yosemite, en la ciudad californiana de Mariposa donde Dennis creció. Casi podría decirse que había aprendido a gatear ascendiendo la pared de «El Capitán», el ascenso sagrado de todo escalador. Con este objetivo sus destinos en Montreal, España, Francia y Pakistán le habían permitido pasar su tiempo libre colgado de paredes como la del Monte Asgard, el Naranjo de Bulnes, Los Mallos de Riglos o La Torre del Trango. Pero el traslado a Erbil había sido forzado por un mal paso: unos falsos amores en Islamabad, que casi lo llevaron al banquillo, lo obligaron a pedir el primer destino libre que quedase para huir de una familia indignada y una moral social demasiado estricta.

Después de dos años en Erbil, había decidido que ya era hora de volver a casa. Tenía ya solicitado el que esperaba fuese su último y definitivo traslado: la Oficina de Asuntos exteriores en Los Ángeles.

—Por mí, está bien. Acepto su invitación con mucho gusto, Dennis. En cuanto a pasar la noche... —comenzó Roger.

—Tengo una casa muy amplia y pocas ocasiones de aprovecharla. Será para mí un honor disfrutar de la compañía de ambos.

Ashti tardó unos segundos en responder, pero decidió dejar el orgullo a un lado. Sus ojos color nogal se cruzaron con los de él. Mantuvieron un

instante la mirada y se retiraron. A pesar del azoramiento que le provocaba, respondió a su invitación con serenidad.

—Debo darle las gracias de nuevo, Dennis. Es usted un hombre generoso y, en las condiciones en las que me encuentro, sería una descortesía y una torpeza rechazar su invitación —dijo, pensando, no tanto en la cena, como en estar cerca de su fuente de información.

Le ardían las orejas. Al parecer, la seguridad y osadía del carácter de Sofía no iban incluidos en el paquete de recuerdos que le habían sido transmitidos. Para más inri, Blake se dio cuenta del calor que subía hasta sus mejillas y la miró de una manera que era a la vez seria y divertida.

Durante la cena, el canciller les convenció de que aplazasen la salida del día siguiente hasta la tarde. Quería hablar con el general Justin Efron, con el que le unía una relación de amistad. Indagaría sobre las próximas salidas del contingente estadounidense. Quizás algún grupo de apoyo saliera en esa dirección.

A Ashti la idea le produjo cierta aprensión. Su viaje con las YPJ había sido absurdamente interminable. Sin embargo, no dijo nada. Como siempre en su vida, era consciente de que dependía de otros. Algo en su interior le hacía presagiar que pronto eso iba a cambiar. Desde su vinculación con Sofía vislumbraba profundos cambios en su destino y tenía el presentimiento de que en adelante el miedo a lo desconocido se presentaría en forma de ansiadas expectativas. Durante las largas horas de viaje y espera con las peshmerga, consciente del caudal de conocimientos que estaba adquiriendo y de que atesoraba el bagaje cultural de dos mundos, pensó mucho en lo que podía hacer con todo ello y en que, una vez hubiese recuperado a sus hijos, se pondría en marcha cuanto antes.

A veces se topaba con experiencias emocionales que no le pertenecían. Era así cuando descubría el tipo de relación que Sofía y su esposo disfrutaban. Incluso en esas ocasiones tenía la impresión de estar recibiendo un regalo, especialmente cuando los recuerdos le abrían puertas a percepciones agradables que ella no había experimentado.

—Este pescado... es salmón, ¿verdad? —dijo Ashti, saboreando los alimentos servidos a la mesa del canciller, cuyo sabor y textura conocía sin que su paladar hubiese probado antes—. Resulta chocante que sea la

primera vez que lo pruebo y, en cambio, recuerdo haberlo comido en muchas ocasiones.

Esa reflexión fue para Roger como el pistoletazo de salida para empezar a hacer preguntas. Comenzó a interrogar a Ashti sobre sus sensaciones heredadas, sobre los sentimientos que compartía por los seres queridos de Sofía. Le hizo una docena de preguntas sobre el momento en que experimentó ese traspaso de memoria: si había recibido todos los recuerdos a un tiempo o gradualmente, cuál fue su primera percepción. ¿Recordaba algún sueño que tuvo esa noche? Estaba a punto de indagar sobre las capacidades que había adquirido cuando intervino Dennis.

—Lo siento, Roger, pero no te permito que hagas a mi huésped una sola pregunta más. Creo que hoy ha sido un día duro y este interrogatorio es demasiado —Hizo el comentario sin perder su tono afable—. ¡Fadilah! —llamó a la empleada iraquí que les había servido la cena—. ¿Podría acercarse a su casa y prestarle a la señora alguna prenda con la que pasar la noche?

Roger dijo que Ashti y él irían de tiendas por la mañana y comprarían ropa y enseres de aseo. Lo necesario antes de salir de viaje. Ella iba a decir algo, pero el suizo no la dejó.

—Es una situación de urgencia, Ashti. No hay ninguna humillación en aceptar esta ayuda. Recuerda nuestro trato. Las necesidades básicas están incluidas mientras dure la búsqueda.

Antes de acostarse, su anfitrión quiso que vieran el telescopio que acababa de estrenar. Los condujo a la terraza, que era en realidad el tejado de la casa, construida sobre el único terreno elevado que se alzaba a este lado de la ciudad. Pidió a Fadilah que les sirviese una copa en la azotea y Dennis les contó que le quedaban solo unos meses para abandonar Erbil. No era un destino en el que se encontrase a gusto y había decidido volver a Estados Unidos.

* * *

A la mañana siguiente, la ciudad era un hervidero de sonidos que exhalaba los olores de sus cafetines y zocos. Los gritos de los vendedores resonaban en los oídos entremezclados con las bocinas de los vehículos y el parloteo de los clientes regateando sus compras. Los locales dedicados a la

vida social y de relación ante unos vasos de té alternaban con licorerías y restaurantes occidentales y los mercaderes, instalados en atiborrados puestos, colocados uno junto al otro, vendían objetos hechos de cuero, tejidos y alfombras, cacharros de latón, dulces, dátiles, especias, cientos de productos y tenderetes en cuyo recorrido era posible perderse.

Roger y Ashti entraron en unos almacenes de aire occidental. Ella eligió unos pantalones anchos ligeramente bombachos y una camisa blanca de lino. Roger la convenció para que aceptase el equivalente en dinares a unos cien dólares, y los gastase en las secciones de ropa interior y enseres de higiene. También compraron zapatillas deportivas y un teléfono móvil con una tarjeta de prepago. Se encontraban en la planta de electrodomésticos rodeados de pantallas de televisión rivalizando en mostrar la nitidez de la imagen. El vendedor les estaba enseñando varios modelos de teléfono y Roger los examinaba con atención. Se volvió hacia Ashti para pedirle opinión cuando vio que estaba absorta en algo que tenía delante, con el rostro descompuesto y pálido. Siguió la dirección de su mirada. En la pantalla de enfrente la cadena de televisión árabe Al-Yazira proyectaba una noticia sobre el Daesh. Mientras se trasmitía la secuencia, las fotos de una mujer y un hombre aparecían fijas en la esquina superior izquierda de la pantalla. Roger lo entendió. Aquella mujer era Sofía.

—¿Es ella? —preguntó, seguro de la respuesta.

—Sí —dijo Ashti con la vista clavada allí. Es la primera vez que veo a Sofía fuera de mi mente. ¡Oh, Dios mío! Ojalá no la hubiese visto en esta circunstancia. Tiene un aspecto terrible.

Tanto ella como el hombre a su lado ofrecían una imagen impactante. Sofía cubría la cabeza con un pañuelo negro y el hombre, con la frente vendada, tenía los ojos cerrados y en la cara una sombra de vello de varios días. Se encontraba tumbado cuando le tomaron la foto. Todo esto, junto a un rostro inexpresivo, lo hacían difícilmente identificable.

—¡Malditos bastardos! —exclamó Roger—. No entiendo lo que dicen, pero me lo imagino. Como siempre, tratan de explotar al máximo la ejecución de sus rehenes. ¿Cuentan algo del prisionero?

Dicen que es el otro español, el esposo de la mujer. Han pedido un rescate por ellos al Gobierno de España: doscientos millones de dólares en un plazo de dos días.

SEÑOR Y SEÑORA KORKAK (IRAQ). LA FRAGILIDAD DE LA INFANCIA

El señor Korkak levantó la lona de entrada a su tienda y se encontró con la mirada expectante de su mujer. Las pupilas del anciano lanzaron un brillo de hielo por entre los pliegues de sus añosos párpados y una corriente fría que no procedía de la noche, sino de su interior, atravesó el aire.

—¿Qué hay? ¿Pagarán? —Sonó la voz áspera de la anciana, que conocía bien ese brillo.

—Les interesa más el pequeño, pero pagarán por los dos —respondió su marido.

—Eso es porque aún no los han visto. Cuando se den cuenta, ese crío valdrá muy poco. Los extranjeros quieren hijos sanos.

—No sabes nada de nada —le increpó él—. Es otro el destino que les tienen reservado.

—¿Cuál? ¿Para qué los buscan, pues, si no es para venderlos a alguna pareja estéril?

—No quieras saberlo, mujer. Cogemos lo que nos den por ellos y nos iremos de aquí.

—Pero hay compradores que dan mejor destino a su mercancía y el dinero es igual de bueno —replicó ella, adivinando con qué tipo de traficantes andaba en tratos el señor Korkak.

—Quienes viajamos en compañía de la miseria no debemos desdeñar una oportunidad.

—Veo mucha negrura en este trato —replicó ella entre dientes.

—No caviles más. Tú lo has dicho. Estos están flacos y débiles y no interesan a esa clase de gente. No podemos andar con melindres. ¿Acaso

alguien se apiadará de nosotros cuando el dolor de las articulaciones tullidas se vuelva insoportable? ¿Y cuando nos falte el aliento para seguir adelante? No tendremos más aliado que una buena bolsa.

En el campo de refugiados de Rabiaa, como en muchos otros, donde más del treinta por ciento de los niños llegaban huérfanos, se conjuraban los factores propicios para atraer a las mafias con menos escrúpulos: las que traficaban con la infancia. Andaban agazapadas por las lindes de la desgracia humana. Algunos críos, los más pequeños, encontraban un hogar clandestino donde recibir amor, pero, en el peor de los casos, se trataba de explotación sexual o de traficar con órganos. Órganos nuevos que irían a sustituir otros viejos y cuyos propietarios estaban dispuestos a pagar fortunas.

El señor y la señora Korkak habían pasado por todo a lo largo de una vida de infortunio. En los últimos tiempos, como colofón a sus miserias, habían visto morir a sus parientes más cercanos, a vecinos y amigos en la ciudad de Raca durante el asalto de los «banderas negras» y también durante la huida. Como ella solía decir «no quedaba nadie en este mundo para llamarles por su nombre». A la vejez, la fatalidad había sido implacable con ellos, pero, a su vez, habían salvado la vida en cuantas encrucijadas letales les había apostado el destino. La fragilidad de su existencia hizo que establecieran una relación con la muerte de desafío, y también de desprecio a la vida ajena. Vida que no dudaban en ofrendar por mantener la suya a toda costa.

Al pequeño Adar el sentimiento de añoranza le resultó tan abrumador que no pudo resistirlo. Entró en un estado de aislamiento tal que solo los cuidados de su hermano lograban mantenerlo con vida. Yamih introducía en su boca los mejores bocados del alimento que les asignaban. A veces incluso los masticaba un poco para hacerle más fácil la deglución. Adar era un ser sensible, como su padre, hombre hosco de maneras, pero augusto de alma, quien, en otras circunstancias de vida, habría revelado una ternura sin ambages. En cambio, en su mundo, el instinto de supervivencia se apoderaba de todo. Sin ser consciente de ello, había apartado un espíritu digno de mayor gallardía y lo había rebozado de tosquedad y aspereza, cualidades que su situación vital exigía.

En el primer día de su cautiverio, los críos fueron apartados el uno del otro. Por falta de pericia o experiencia con la naturaleza de la infancia, creyeron que, de ese modo, se doblegarían antes a la idea de perder a sus seres queridos. El llanto de Adar duró horas interminables durante las cuales trataron de rendirlo con improperios y pescozones que le hicieran callar. Finalmente se agotó y calló. Cuando se percataron del error lo entregaron al cuidado de su hermano, pero ya no volvió a oírse su voz.

SEUNG HO (COREA DEL NORTE). EL MAL

Seung Ho era un paria, un ser sin pasado ni futuro, engendrado en el anonimato por una familia extinguida. Ningún registro acreditaba su existencia ni su culpa por lo que ningún perdón instaba a su liberación. Estaba condenado a pasar la vida en un limbo particular implantado dentro del propio averno. Cabría pues esperar que allí se encontrase un espíritu simple, un intelecto yermo, sin soporte para asimilar la educación y los conocimientos tecnológicos que le llegaban de afuera. Sin embargo, Sun Young había sido su Pigmalión. Había despertado en él todos los sentidos y creado un sustrato intelectual fértil donde enraizar ideas y datos de toda índole.

En el silencio del despacho de Dong Myon-Chol, ante la pantalla de su ordenador, los dedos de Seung Ho quedaron unos instantes suspendidos sobre el teclado. Como si de un virtuoso pianista se tratara ante las teclas de un piano mucho tiempo olvidado, se quedó contemplando aquella preciosa máquina sin atreverse a tocarla. Retiró las manos y las posó en sus rodillas. Pasaron los minutos. Necesitaba procesar una vasta cantidad de información. «No seré capaz», se dijo. «No soy Angelo». Varias veces volvieron sus manos a planear sobre el teclado y otras tantas se batieron en retirada.

Finalmente tomó el ratón y lo deslizó ligeramente sobre el tapete. Vio la flecha correr obediente por la pantalla y, de forma más instintiva que razonada, la condujo hasta la esquina inferior izquierda y abrió el menú de «inicio». Se quedó ahí, procesando lo que tenía en mente, pero incapaz de operar. Al cabo de media hora que le pareció un instante le sobresaltó haber perdido la noción del tiempo. Cerró atropelladamente la máquina y volvió a sus tareas.

Al día siguiente, a primera hora, Dong Myon-Chol le entregó varios mensajes de instrucciones escritas para que recorriera el campo

entregándolas a sus capataces. Sorprendió a Seung Ho que añadiera el encargo de comunicar de viva voz que el administrador estaría hoy ausente para atender asuntos de estado en la ciudad. Se trataba de una decisión de último minuto no incluida por eso en los mensajes. A pesar de la debilidad endémica que formaba parte de su esencia física, a Seung Ho le salieron alas en el trayecto. Estaba tan excitado ante la oportunidad que se le brindaba y el deseo de volver a «la casa» cuanto antes que no tomó precauciones al aterrizar ante el capataz del sector cinco, Dong-Yul.

—¿Qué es esto? —bramó Dong-Yul—. ¿El mequetrefe irrumpiendo sin modales ante un amo? No tomaste en serio mi advertencia la última vez que te presentaste aquí ¿eh?

Seung Ho se detuvo en seco y agachó rápidamente la cabeza. Recordó que este era el sector más temido por todos y cada uno de los presos del gulag. Quienes trabajaban bajo la vigilancia del capataz Dong-Yul enseguida descubrían que les había alcanzado la peor forma de mala suerte, la de aquellos cuyas vidas dependen exclusivamente del humor arbitrario de otro ser humano. De cara ancha y rolliza, su compleja sonrisa mostraba unos dientes tan torcidos como sus pensamientos, aunque eran sus ojos los que lo delataban. De tiempo en tiempo aparecía en ellos una repentina sed de violencia. Algunos presos tenían el don de provocarla. Seung Ho era uno de ellos. El muchacho le producía un hormigueo en las entrañas y un deseo febril de aplastar su insolente rostro y su delgado cuerpo, escuchar su voz en lamentos implorando clemencia y, en fin, ejercer el poder sobre su insignificante vida.

—¿Qué tienes para mí? Acércate y dámelo —dijo Dong-yul, blandiendo su porra de guardián, mientras daba golpecitos con ella en la palma de su mano.

A su lado comenzaron a gruñir los tres [rottweiler](#) que siempre le acompañaban.

En un rápido gesto, casi imperceptible, Seung Ho lo miró a los ojos y captó en ellos aquel destello de ira que ya había visto en otra de sus visitas. Dio un paso atrás. Las rodillas le chocaban una contra otra. Dong-yul se dio cuenta y su excitación aumentó. A unos metros de donde se hallaba el guardia, media docena de presos descargaban de un camión enormes piedras destinadas al término de un aprisco en construcción. Mostraban un

rostro ceniciento y plomizo desprovisto de cualquier asomo de alegría y se movían pesados y mansos, con una absoluta indiferencia hacia la escena que se desarrollaba cerca de ellos.

—¡Vamos, carroña! O tendré que soltar a mis canes para que vayan a por ese papel.

El muchacho se acercó un poco y estiró el brazo desmedidamente, ofreciendo el mensaje al guardia. Sus dedos, estremecidos, sacudían el papel, indómito. El guardia, con un rápido movimiento, le agarró la mano y tiró de él. Dejó caer la porra y con la mano libre lo cogió por el cuello y lo levantó en el aire, haciendo un alarde de fuerza, orgulloso de su corpachón y de sus músculos. Lo mantuvo así mientras observaba la cara del chico enrojecer, sus miembros agitarse y su pecho debatirse en busca de aire. Al cabo de un instante, el capataz se dio cuenta de que ya no podía parar aquello. Le embriagaba un frenesí de odio y dominio casi lujurioso y se dejó llevar.

Antes de desvanecerse en la inconsciencia, Seung Ho supo que su fin había llegado. Pensó que debería hacer algo, pero no supo qué. Como si se le hubiesen agotado las pilas, los miembros ya no le respondían y su vista comenzó a nublarse. En un rápido destello vio pasar por delante toda su vida, pero no la de Seung Ho, sino la de Angelo, y lamentó perderla. Después sintió como si cayera en el vacío e inmediatamente se produjo la desconexión.

Muy a su pesar, el capataz se vio obligado a soltar la presa cuando un suceso inesperado vino a reclamar toda su atención: una de las paredes del aprisco se había venido abajo estruendosamente. Dong-yul recordó el apremio del administrador para que la obra estuviese acabada antes de finalizar la semana. Aquel percance ponía en riesgo un expediente solvente y leal que había de gratificarle con ansiadas prebendas. Dejó caer a Seung Ho como a un muñeco de trapo y se dirigió hacia el lugar donde una docena de presos temblaban como hojas y contemplaban despavoridos el montón de piedras caídas bajo una nube de polvo. Sintieron el aliento de los canes resoplando como si los tuviesen detrás de la nuca y se prepararon para lo peor.

Alguien aprovechó la confusión para arrastrar a Seung Ho fuera de allí y esconder su cuerpo desvencijado detrás de un contenedor, confiando en que

aún estuviese vivo y en que, si el capataz se acordaba de él más tarde, creyese que habría escapado por su propio pie. Cuando Seung Ho recobró el conocimiento y la tos dejó de desgarrarle la garganta apenas podía hablar y no se atrevió a regresar a «la casa» por miedo a que se enterasen del incidente. La agresión de un capataz a un preso siempre estaba justificada por merecimiento y, en tal caso, era posible que impusiesen otras sanciones, incluyendo el traslado a otro servicio menos privilegiado. Por nada del mundo pondría en riesgo su trabajo en casa del administrador. No ahora.

* * *

—Ese animal sádico te tiene enhebrado, pequeño —dijo Sun Young, dándole a beber una infusión de hierbas—. Hay que evitar como sea que tengas que volver a presentarte ante él. La próxima no lo contarás.

—¿Gg... ó... mo? —intentó preguntar Seung Ho. Unas manchas rojizas en el cuello comenzaban a amoratarse en los bordes.

—¿Qué cómo? Si es preciso iré yo. La próxima vez tráeme el recado del administrador. Yo lo llevaré y contaré que la señora te necesitaba para una tarea urgente o cualquier otra cosa. Algo se me ocurrirá.

Aunque le dolía la cabeza, a mitad de mañana Seung Ho dejó de sentirse mareado y pudo articular palabras a media voz. No le quedaba otra alternativa que enfrentarse a la regañina de los señores por su tardanza. Cuando llegó, ellos ya se encontraban dentro del vehículo esperando la confirmación del muchacho de haber cumplido la encomienda. Mintió. En realidad, le faltaban dos entregas, pero no podía justificar el tiempo perdido. Tuvo que volver a salir en cuanto lo dejaron solo y hacer las visitas antes de emprender las tareas domésticas, aun a riesgo de ser descubierto en la mentira. Lo peor es que eso le dejó escaso tiempo para hacer el trabajo de la casa y ninguno para lo que más ansiaba hacer. Quién sabe cuándo volvería a tener otra oportunidad de estar solo varias horas y meterse en ese ordenador a comprobar que ya había desentrañado sus secretos.

ANGELO TONIUTTI Y MARCELLO ROFFINO (ITALIA). EL PADRE

Los primeros días de Junio en Roma brindaban a todos sus visitantes, incluso a los romanos, un clima hermoso para disfrutar de una ciudad hermosa. Villa Septimio era la protagonista esa mañana. Con asistencia del alcalde y del ministro de Bienes Culturales, la antigua villa se volvía a inaugurar tras casi veinte siglos de su construcción. Marcello había dirigido la restauración. Estaba eufórico, como siempre que terminaba un trabajo, pero esta vez era uno demasiado relevante para que no afectara a su vanidad. Saludaba a todos sintiéndose protagonista: a las autoridades y a los invitados ilustres, a los operarios de la obra, técnicos, artesanos y albañiles.

Tina y Angelo, con una copa en la mano, esperaban impacientes que terminase la ceremonia para ir a casa. El ánimo de Angelo, todavía pálido y alicaído, oscilaba entre una estupefacción que le abstraía del mundo y el deseo ardiente de acabar con la pesadilla en la que habitaba Seung Ho, porque lo que había ocurrido era extraordinario. Estaba ansioso por ver los progresos del muchacho y cada minuto que pasaba sin conectarse a la web sentía como si lo abandonase. Angelo pudo por fin salir al exterior de la casa y chequear su correo en el móvil.

—¿Alguna novedad? —preguntó Tina cuando volvió junto a ella.

—Nada. Y no creo que recibamos nada más. A estas horas Seung Ho ya habrá salido de casa de Dong Myon-Chol. Allí son casi las ocho de la tarde. Seung Ho trabaja hasta las siete tras una jornada de doce horas.

Esa mañana, antes de salir para la celebración, había encontrado un mensaje en su bandeja de entrada cuyo remitente era él mismo, Angelo Toniutti. Venía sin asunto y en el cuerpo del mensaje solo aparecían cuatro

palabras en italiano: *Sono nella tua testa*¹³. Desde el primer momento supo de quien se trataba a pesar de que parecía algo imposible. En fin, él era bueno, muy bueno. Si alguien podía superar las barreras de comunicación de la dictadura norcoreana, ese era él: Angelo Toniutti. Y así lo había demostrado Seung Ho.

La ceremonia concluyó. Las autoridades, la prensa y los componentes del equipo restaurador se marcharon, pero Marcello no parecía tener bastante. Unos cuantos rezagados le escuchaban explicar cómo se había recuperado el mosaico principal, el de la estancia número siete, que se exhibía casi completo en toda su plenitud cromática.

—Como protector consolidante superficial se ha empleado una resina acrílica diluida al treinta por ciento en tricloroetano, que además de proteger la pintura contribuye a darle una mayor intensidad cromática al tono original y posee características hidrófugas. —Marcello respondía así a la pregunta realizada por un estudiante de la escuela de Arte.

Angelo se veía agotado y Tina empezó a hacer gestos al héroe del día para que pusiera fin al acto, pero él no se daba por aludido. Por suerte, el vigilante de la villa apareció tintineando un manajo de llaves y pidió a todos que se retirasen, que era hora de cerrar y quería marcharse a casa.

—Ha sido una ceremonia muy bonita —dijo Tina—. El reconocimiento a tu trabajo es unánime, Marcello. Estarás contento.

—Y yo más —replicó Angelo—. Espero que tenga el ego bien saciado de protagonismo y que por una temporada no tenga que ayudarlo a reforzar su autoestima. No estoy en forma para eso.

—¡No seas envidioso! Tina, cariño, te he presentado a Gabriela Ponti, ¿verdad? ¿Qué te ha parecido?

—Pues...

—Es toda una revelación. Una chica estupenda. La pesqué entre los estudiantes de último curso. Me lo chivó su profesor de Iconografía y he decidido ficharla. En Villa Septimio solo ha colaborado como becaria, pero nadie coincide conmigo tanto como ella en los planteamientos críticos y en la lectura e interpretación previas del original.

—Genial, Marcello. Oye, ya sé que hoy es tu día, pero hay otro asunto del que también querríamos hablar. Date un respiro, anda, y relájate un poco —

dijo Angelo.

—¡Vale! ¡Vale! ¿Qué ocurre? ¿Hay novedades del coreano? — condescendió.

—Tendremos que esperar. Él entrará a trabajar dentro de diez horas, aquí serán las once de la noche.

—Ese momento no me lo quiero perder —dijo Tina.

—Bueno, en realidad, seguramente no conseguirá acceder al ordenador hasta varias horas más tarde. Me conozco bien su rutina. Veréis: al llegar por la mañana limpia los alrededores de la casa, el jardín y la caseta del perro y espera hasta que se levantan los dueños y le dejan un tazón de sopa en el zaguán. Si el administrador tiene algún mensaje urgente para sus capataces, envía a Seung Ho. Cuando vuelve de hacer los recados empieza la limpieza de la casa. El despacho es la última pieza porque Dong Myon-Chol pasa un par de horas trabajando allí y no quiere que le molesten. Sobre las diez o diez y media el administrador sale a ejercer sus funciones. Será entonces cuando Seung Ho se encontrará a sus anchas porque no queda nadie en la casa.

—¿Y la mujer y los hijos?

—La señora suele salir a encontrarse con las otras mujeres, las esposas de los capataces, en la salita de café de la escuela mientras sus hijos están en clase con el maestro. Es toda la vida social que pueden procurarse en un lugar como ese.

—O sea, ¿si se recibe algo será a partir de nuestras cinco de la mañana? —dijo Tina después de contar con los dedos las horas enumeradas por Angelo.

—¡Quédate a dormir! —dijo Marcello con el entusiasmo de un niño que invitara a pernoctar a un amiguito.

—Pues..., no te lo tomes a mal, Marcello, pero tengo trabajo pendiente esta noche y necesito mis apuntes y la tranquilidad de mi casa. Me pasaré a primera hora de la mañana, de camino al periódico.

Antes de marchar entraron a tomar un café cerca del *parking* donde tenían los coches.

—¿Qué será? —preguntó el del bar.

—Un *caffè freddo* para mí —dijo Tina.

—Un *espresso*, por favor. ¿Qué vas a tomar, cari...? —empezó a decir Marcello, pero cuando lo miró a la cara tuvo que callar.

Angelo estaba como petrificado. Las pupilas ausentes, y unas gotas de sudor le corrían por la sien derecha. No era la primera vez que lo veía ausentarse como si hubiese caído en un pozo. A lo largo de todo el día anterior se habían sucedido episodios de terror que asomaban de tanto en tanto, emergiendo sobre la vasta estructura de sus recuerdos. Al cabo de unos instantes, Angelo sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor.

—A diario viví escenas perturbadoras, de una crueldad capaz de quebrantar la mente de un niño —dijo, como si anunciara una revelación—, pero mi abuela estaba allí para no dejar que enfermase mi alma. Otros, que nacieron en el gulag, en la precariedad y el hambre, murieron antes de ser muchachos, pero ella me alimentó con recursos inverosímiles que me mantuvieron con vida.

Tina y Angelo no supieron qué decir y guardaron silencio. Finalmente, ella dijo con delicadeza, como con precaución:

—Sun Young se llama la abuela, ¿verdad? Tiene que ser una mujer extraordinaria. Me encantaría conocerla. ¿Qué edad tiene?

—Creo que cincuenta y seis —respondió Angelo, que ya había salido del todo de su estupor.

—Es joven.

—Parece mucho mayor. Nadie allí aparenta la edad que tiene. A mi Sun Young me parece muy vieja, pero quizás a Seung Ho no se lo parezca tanto, acostumbrado a contemplar un mundo de espectros.

A la mañana siguiente, a las seis, Angelo estaba en pie, pulsó el botón de encendido de su ordenador y fue a la cocina a poner una cafetera mientras se abría la pantalla. A las siete, en vista de que no había ningún mensaje de Seung Ho, se puso un pantalón y una camiseta y caminó hasta el quiosco de la plaza. Después de recorrer los cabeceros de toda la prensa romana, compró *La Repubblica* e *Il Messaggero*. Se sentó en un banco y decidió que el primero trataba la restauración de Villa Septimio más ampliamente y concedía más relumbrón que el segundo a su restaurador, Marcello Roffino. Hasta incluía una foto de su marido saludando al alcalde y rodeado de personalidades. Sacó el móvil y seleccionó un número del directorio.

—¿Angelo? ¿Ocurre algo?

La señora Roffino había hablado otras veces con su yerno, pero siempre a partir de una llamada de su hijo o reclamando ayuda por algún problema informático. Desde luego, nunca a las siete de la mañana.

—¿Estás ya de vuelta en casa, Alda?

—Sí. Llegué anoche. ¿Por qué?

—¿Está Gerardo ahí contigo?

—No, pero ¿qué pasa?

—Nada, nada. Ya sabes que ayer fue la ceremonia de apertura de Villa Septimio y...

—¡Oh! ¡Cuánto sentí estar fuera, Angelo! Me hubiese gustado asistir. Ya le expliqué a Marcello lo de mi viaje...

—No te preocupes. No llamo por eso. Quiero que me hagas un favor.

—Dime.

—Compra La Repubblica y deja el diario a la vista de Gerardo, abierto por la página ocho.

—Entiendo —Tras un instante de silencio, la madre de Marcello dio un hondo suspiro—. ¿Sabes, Angelo? La chica del servicio me ha dicho que mi marido pasó la mañana de ayer horadando el trayecto del salón a la cocina y que, después de beberse las reservas de café de esta casa, le oyó salir a la calle dando un portazo. Quizás la vida de su hijo le importe más de lo que todos pensamos.

—Me gustaría creerlo, Alda, pero... el caso es que Marcello simula haber tirado la toalla respecto a su padre y eso es señal de que su amor propio está más maltrecho que nunca.

—Gerardo le quiere, Angelo. Terminará por aceptarlo. Es un buen hombre. Se enorgullece de que le haya superado profesionalmente con su gran talento. Para lo demás... solo necesita tiempo.

—Ya, eso espero. Oye, Alda.

—¿Qué, Angelo?

—No menciones a Marcello que te he llamado, ¿OK?

—Desde luego. Tranquilo.

Tina estaba tocando el timbre cuando Angelo volvió a casa.

—¿Qué hay? —preguntó ella, levantando las cejas, interrogante.

—Nada todavía.

—¿Por qué no le escribimos nosotros de la misma manera que lo ha hecho él?

—Es muy arriesgado. El régimen lo controla todo y es de esperar que el ordenador de Dong Myon-Chol esté intervenido. Podrían detectar una actividad extraña al tratarse de una dirección de correo extranjera. Si Seung Ho sabe todo lo que yo sé sobre informática, hará un buen trabajo para evitarlo. Debemos esperar a que sea él quien nos marque la pauta.

Ni ese día ni los días que siguieron se recibió señal del coreano.

13 Estoy en tu cabeza.

ABU AL-HUSAYNI Y EILEEN BLOOM (IRAQ) LA SUPERSTICIÓN

A lo largo de aquella noche impregnada por la luz de la luna, Abou se sintió enloquecer. Después de haber sentido el estómago enfermo y haberlo vaciado totalmente, volvió a acostarse silenciosamente y recuperó el sueño por unas horas, pero al despertar le sobrevino de golpe la amargura del drama que comenzaba a vivir. ¿De dónde surgía este universo que quería hacerle dudar de su identidad? ¿Cuándo había él vivido esta vida que se entrelazaba con la suya? ¿Se encontraba despierto? Volvió a levantarse con mayor sigilo. Fue a los aseos y, junto al espejo, estudió su rostro. «Veo reflejados los rasgos que he heredado de mi padre y de mi madre», se dijo, observando su cara con recelo. «Y soy un hombre. No puedo poseer experiencias de mujer en mis recuerdos».

Tumbado en su lecho, desquiciado de espanto, Abou empezó a sumergirse en vivencias que llegaban en tropel, se despeñaban por las gargantas de su corteza cerebral y confluían en los remansos de la memoria, donde cada recuerdo iba ocupando su lugar. Entonces, surgían imágenes y secuencias nuevas como si hubiesen estado siempre ahí, encogidas y sigilosas, y se mostrasen, conformando poco a poco el puzle de otra vida. Le asaltaban recuerdos deshilvanados: la bandera americana, el jardín perfectamente cuidado y la mecedora en la terraza. A Eileen ese fin de semana le había tocado librar en el hospital y, a primera hora de la mañana, se encontraba ya en el patio trasero de la casa, soltando las pinzas de la ropa tendida. Olía a jabón y a suavizante de lavanda. Descolgó el mantel de cuadros y, en vez de doblarlo y meterlo en el cajón, lo extendió directamente en la mesa grande. Los sábados venía a cenar la familia: sus padres, su hermana Madison, su cuñado Jamie y los hijos de estos. La mayor de sus sobrinos,

que la había convertido en tía abuela, se traía también al marido y a los dos pequeños.

Abou se sintió humillado y aterrorizado al mismo tiempo. Era como si un intruso, un advenedizo con alma femenina y extranjera, se hubiese introducido en el campamento, entre sus hermanos de lucha, parasitando su mente. Debía ocultarlo por todos los medios. Debía expulsar los espíritus que se encontraban en él. Pero la impresión desgarradora era que para expulsarlos iba a tener que rechazarse a sí mismo. Lo que le ocurriese a Eileen Bloom estaba irremediabilmente ligado a su persona. Le sorprendió lo obvia que le resultaba aquella convicción.

En ese instante, otro recuerdo irrumpió en la memoria de Abou como venido de ninguna parte. Era un recuerdo remoto, desdibujado por el paso del tiempo.

Fue el día en que Eileen aprendió el verdadero e íntimo significado de aquella palabra. Hasta sus seis años de edad, los términos «esclavo» y «esclavitud» se habían cruzado en su vida de soslayo. Para los niños de la escuela infantil de Owensboro, en Kentucky, eran dos vocablos más, dos de los muchos que a diario desfilaban sin transcendencia por sus mentes nóveles. Hasta que una mañana, en el comedor escolar, Nora Campbell, recientemente designada por Eileen su mejor amiga, traspasó los guisantes de su plato al de Eileen con la exigencia de que debía acabarlos antes de que los viera la responsable de mesa y comenzase una sesión más de tortura para la inapetente Nora.

—Pero, Nora, a mí no me gustan los guisantes y yo ya he comido los míos —dijo a su mejor amiga, sonriendo la broma y haciendo algunos aspavientos con sus bracitos.

—Quiero que termines también estos —replicó Nora muy seria.

—¿Por qué? —preguntó, ya un poco enfadada.

—Porque yo te lo mando y los esclavos obedecen a los blancos.

—Yo no soy una esclava —protestó Eileen.

—Pero eres negra, y los negros eran esclavos de los blancos. Mi abuela me lo ha contado. Yo también quiero que seas mi esclava porque soy una niña blanca —soltó Nora con su cabecita rubia inclinada a un lado como esperando la resignación de su amiga.

—¡Eso no es verdad! —chilló Eileen. El dolor de la amistad traicionada le empapaba los ojos—. ¡Yo no soy una esclava y tú no puedes mandarme!

Esa tarde, la pequeña llegó a casa cargada de preguntas lapidarias. Contra lo que esperaba, necesitó una larga y triste explicación. Después de esta, el término quedó imprimido en su alma como estampado con un hierro candente. «Esclavitud», palabra de sonido suave y cadencioso pero llena de misterio, terror y padecimientos, se le apareció ahora áspera, brutal y, de ese modo, se instaló entre las regiones más íntimas de su alma.

Fue el momento en que Eileen perdió la inocencia. En la escuela, comenzó a mostrarse distante con los niños blancos y reservada con los de su propia raza. Encaraba a unos y otros con sentimientos contradictorios: con rencor a los primeros mientras la oprimía el anhelo de que todo volviera a ser como antes; con vergüenza a los segundos, mientras el remordimiento le atormentaba por el deseo de no pertenecer a su grupo, de no formar parte de un pueblo que había sido denigrado hasta el delirio.

Como cualquier persona que siente sobre sí todo el peso de la discriminación, Eileen parecía haber adquirido una herida profunda. Andando los años llegó a creer que nunca podría sentirse libre e igual en aquella sociedad que, solo tres generaciones atrás, no había visto en los suyos a sus semejantes. Ella portaba esos genes, genes heredados de aquellos a quienes trataron como animales. La historia no podía cambiarse y tampoco los hechos que perturbaban su vida.

Un día cayó en sus manos la obra de Toni Morrison y gracias a esta autora descubrió que el racismo nada tiene que ver con la raza de los seres humanos. Y sí tiene todo que ver con el poder. Que siempre había sido así. La propia naturaleza del hombre, cualquiera que fuese su raza, la codicia y el egoísmo encontraban la excusa para someter y explotar a otros. Eso era todo. Comprenderlo reconcilió a Eileen con el color de su piel y con el mundo blanco y pudo volver a sentir que también era el suyo.

Abou sacudió la cabeza obligándose a salir de estos recuerdos. Volvió a padecer el mismo dolor de estómago que había sufrido durante las primeras horas de la noche. Desde que abandonó el hogar, había traspasado la barrera que separa la infancia de la edad adulta formándose en el convencimiento de que aquel mundo suyo de rencor y crueldad era tan natural como el agua de lluvia. ¿Acaso sentía que, de un modo muy sutil,

algo empezaba a trastabillar su concepto del mundo? No sabía que le aterraba más, si la locura que le dominaba o las emociones que desataba en su espíritu esa otra vida que se estaba implantando en su mente. Continuó tumbado y cerró los ojos. Se adormiló para despertarse enseguida con un sobresalto. La revelación tuvo lugar agujoneada por la necesidad. «Es un maleficio», pensó, casi con alivio. La tarde anterior, cuando estuvo cerca de la mujer extranjera. Ella había lanzado sobre él una maldición. Estaba confabulada con *Shaitán*.

A tientas buscó en su macuto el libro sagrado, salió al comedor y se sentó bajo la única lámpara que permanecía encendida en el recinto. «Alá nos advierte en el Corán de la brujería», recordó, y encontró algunos fragmentos sobre ello: «*La brujería es llevada a cabo con la ayuda de los Yinn, y esa ayuda se obtiene cuando el brujo, mago o hechicero realiza actos de incredulidad y adora a los Yinn y a Shaitán. De modo que ellos toman a los Yinn y a Shaitán como señores en lugar de a Alá. Una vez los Yinn están complacidos con el brujo o brujos, hacen lo que estos les pidan. La brujería es real y existen tipos de hechicería que pueden afectar a la gente psicológica y físicamente, enfermándose y muriendo, o logrando que los matrimonios se separen. Es una acción diabólica que en su mayor parte se realiza por medio de asociar a otros con Alá y acercándose a los esbirros de Shaitán*».

Recurrió a las palabras del profeta Muhammad: «*Todo aquel que recite el versículo doscientos cincuenta y cinco del capítulo dos durante la noche quedará protegido hasta la mañana, y quien lo recite en la mañana estará protegido hasta el ocaso*». Buscó el texto y lo leyó compulsivamente hasta que se dio cuenta de que su boca pronunciaba las palabras sin que su mente las atendiese. Ella no le dejaba. Estaba allí denuevo para recordarle que, aunque se hallaba encerrada en su interior, iba a salir continuamente a ocupar sus pensamientos y, progresivamente, aunque ahora él no podía aceptarlo, también sus emociones.

Comenzó a pensar en cómo librarse de la posesión satánica de la que era víctima. Se daba cuenta de que le sería imposible cumplir su misión sin que le temblara el pulso. La opción de renunciar y declinar la encomienda era impensable. Puesto que no podría explicar los motivos de su renuncia, esta iba a interpretarse como un gesto de cobardía.

¿Hasta qué punto podría este otro ser dominar sus actos? Cada vez sentía más cercana a esa mujer de nombre Eileen. ¿Y si el hechizo llegara también a perturbar su aspecto y a reflejar en su semblante la apariencia de esa ¡mujer!, ¡negra! y ¡norteamericana!? Antes del amanecer tenía que liberarse de este demonio. Si dejaba pasar la noche sin desterrarlo, corría el riesgo de ser descubierto durante el día. Comenzó a trazar un plan en su mente, pero el tiempo apremiaba. Solo sabía que tenía que encontrarse con la perra extranjera que habían encerrado en la caseta de los prisioneros. Si era necesario acabaría con su vida. Tampoco esta acción sería comprensible ya que trastocaba los planes de sus superiores. Si llegaba a matarla nadie debería saber que había sido él.

Fue en busca de su compañero Khalid, que dormía en esa misma estancia. Se encontraba en el rincón más alejado del dormitorio. Abu recorrió el pasillo a oscuras midiendo sus pasos para no tropezar con las demás camas, de las que solo distinguía los contornos.

—Khalid —susurró, agarrándole por el hombro.

—¿Qué ocurre? —masculló el otro, sin abrir los ojos.

Khalid era uno de los reclutas más jóvenes y más recientemente ganados para la causa.

—No puedo pegar ojo. Eres tú quien hará el siguiente relevo de guardia, ¿no?

—Sí. ¿Y qué? ¿Ya me toca? —preguntó con voz desfallecida.

—No. Falta media hora.

—¡Joder! Pues déjame en paz.

—Quiero hacerte una propuesta: ¿Qué tal si lo hago yo? Tengo una mala noche y no voy a hacer más que dar vueltas en la cama. Ya me lo devolverás.

Hubo un silencio durante el cual Abu pensó si habría vuelto a quedarse dormido sin siquiera escucharle. Entonces el chico se giró cara a la pared y emitió un gruñido de rendición con el que quedó claro que aceptaba la oferta.

El primer paso le había salido mejor de lo que esperaba. Cuando fuese interrogado por la mañana, Khalid no sabría decir a ciencia cierta quién le había despertado. Ni siquiera le había preguntado su nombre. De haber

sido así, Abu tenía pensado darle un nombre falso, a riesgo de que el chaval no estuviese tan vencido por el sueño y hubiera querido comprobarlo.

Se vistió, cogió una linterna, el kaláshnikov y un cuchillo afilado. Cuando salió al exterior soplabla una brisa cálida y el rodar de la tierra había ocultado la luna. El aire arrastraba arena del páramo que se colaba en los ojos y en las fosas nasales. Abu se colocó la gorra y metió en el bolsillo el embozo de camuflaje. La noche se había cerrado y solo las casas que bordeaban la calle dejaban intuir sus límites. De pronto, llegó hasta su olfato el aroma de la menta plantada en algún huertecillo del pueblo y de manera instantánea fue transportado a un lugar familiar: se apoyaba en el cercado, mirando a su hermana Madison, que entresacaba las plantas de los canteros. Papá le había enseñado cómo ralear las que nacían muy juntas y dejar espacio y aireación para que crecieran las demás. Eileen quería ser mayor, como Madison, y reclamó que le dieran alguna tarea. Después de entrecavar las patatas, su padre metió algunas en una cesta y pidió a Eileen que le ayudara a seleccionar de las tomateras los tomates más maduros para la ensalada. Cuando papá hubo llenado la cesta de patatas, tomates, judías y un par de pimientos rojos muy gordos, arrancó un ramito de menta, se lo puso a Eileen en el pelo y lo sujetó bajo la diadema.

Abou sacudió de nuevo la cabeza con rabia y se obligó a centrar sus pensamientos en lo que estaba haciendo. Al girar en la última calle de la aldea percibió el movimiento del guardia junto a la caseta esperando el relevo. Abu se puso el embozo y se acercó a su compañero.

—Mala noche. La puta arena se mete hasta en el cuello —dijo el de la guardia tapándose las narices con la mano.

—Sí. Yo vengo preparado. Que descanses.

Cuando el compañero desapareció en las sombras, Abu se situó frente a la puerta y esperó. Todo estaba en silencio excepto el viento. En otros puntos de la aldea había patrullas que vigilaban el asentamiento ante un posible ataque enemigo, pero aquí estaba solo él. Encendió la linterna y la metió en un bolsillo enfocada hacia el suelo. Levantó el listón de la puerta a cámara lenta y abrió muy despacio sin hacer ruido. Una vez adaptó la vista a la oscuridad, el halo de luz de su linterna le permitió moverse sin notoriedad al entrar en la estancia y sin que los prisioneros, que dormían sobre las colchonetas, se percataran de su presencia. Ahí estaba ella, la hechicera, la

hacedora de magia negra. Se quedó quieto unos instantes observándola. Así, dormida, parecía débil y vulnerable, pero debía tener cuidado. Ella era una bruja conjurada con *Shaitán*. Si no actuaba deprisa podía despertar y defenderse con su magia. Sacó el cuchillo.

JULIO CEPEDA (IRAQ). EL DESCONCIERTO

En el hogar de los Cepeda Román se hallaba reunida toda la familia y algunos amigos tratando de ayudar. Un silencio de rendición se había instalado entre los presentes. Solo al fondo de la casa se oían gritos y risas de Alba y sus dos primitos, que, ajenos a la tragedia, jugaban en el dormitorio. Teresa, la hermana de Sofía, entró en el piso cargada con unas bolsas y rompió el silencio.

—¡Hasta el supermercado me han seguido y me han atosigado a preguntas! Os prevengo de que media docena de periodistas se encuentran abajo, en actitud depredadora, a ver a quién pillan. ¿Hay alguna novedad? —preguntó después de dejar las bolsas en la cocina y sentarse en el sofá junto a su madre.

—Ha estado el del CNI —le respondió Cosme mirando a su hija por encima de las gafas—. Tienen la sospecha de que el tal Jaime Gómez es en realidad Jalal Yusef, el guía que Sofía contrató para el viaje.

Tenían toda la prensa nacional y los primeros periódicos extranjeros sobre la mesita de centro, y unos y otros, haciendo uso de algún conocimiento de otras lenguas, se afanaban en encontrar cualquier detalle que no les hubiese llegado de primera mano desde la Secretaría de Estado de Asuntos Exteriores. Un representante del Ministerio se pasaba de tanto en tanto para tenerles al corriente si se recibía alguna noticia.

—Pero, entonces, ¿por qué lo identifican como su marido? —inquirió Teresa.

—Han hablado con la mujer del tal Jalal, ¿sabes? —siguió explicando la tía Carmen, una de las hermanas de su madre—. Suponen que se trata de una estratagema para protegerle.

—¿Cómo para protegerle? —dijo Teresa consternada y furiosa—. Si se lo van a cargar en dos días...

—Pero todavía está vivo. Ya habrían acabado con él si supieran que se trata solo de un iraquí que hace de guía a una europea —dijo Carmen.

Tía Carmen era una mujer decidida y de carácter, al contrario que su hermana. Decían que Sofía había salido a ella. Para nada a la madre.

—Siempre dije que esta hija acabaría metiéndose en problemas —gruñó Cosme, cabeceando—. Nadie le bajó los humos a su debido tiempo y se acostumbró a salirse siempre con la suya.

—¿Vas a empezar ahora con reproches? ¿En estas circunstancias? —sollozó su mujer—. ¡Ay, Cosme! ¿Por qué no hablas otra vez con tu amigo Recalte para que presione a quien sea en el gobierno?

—¿No te das cuenta, mamá? —dijo Teresa, pasándole el brazo por encima cariñosamente—. Los gobiernos no pueden pagar a terroristas. Nunca lo harán.

Julio permanecía callado, sentado a la mesa del salón y trajinando en Internet con el teléfono a un lado. Había removido Roma con Santiago para que se negociara una demora en el plazo dado por los terroristas. A la desesperada albergaba la esperanza de poder viajar a Erbil y organizar una operación de rescate. Buscaría en la milicia kurda, gente que, a cambio de una fuerte suma, trabajase rápido en averiguar dónde se encontraba Sofía y organizar una posible liberación. Se agarró a conjeturas semejantes. «En todas partes hay traidores. Si encuentro a quien sepa entrar en los bajos fondos de la ciudad también hallaremos alguno en las filas yihadistas». Todo esto lo expuso en la dirección del CNI, pero no convenció. Finalmente, cedieron en ayudarlo a viajar a Iraq, siempre que lo hiciera con pasaporte falso y no implicase al gobierno en ese plan descabellado. Le facilitaron el documento y una carta credencial para que su visado fuese expedido de urgencia en la Embajada iraquí. Su verdadera identidad debía permanecer oculta. Julio adquirió un billete de avión para salir al día siguiente por la tarde.

Pero no había negociación posible y se mantenía la fecha dada por los verdugos. Quedaban tres días para la ejecución. No parecía haber tiempo para intentar su plan, ni ningún otro, aunque el corazón de Julio lo ignoró.

En ese momento, todos los presentes en la casa estaban dispuestos a hipotecar alguna propiedad para ayudar a reunir una suma que ofrecer a cambio de la inalcanzable petición inicial, pero, aún con todo, las

contribuciones de familiares y amigos no alcanzaban ni una ínfima parte de lo exigido. Además, un acuerdo a nivel privado no era del interés de los terroristas. Se trataba de poner en jaque a occidente y a sus instituciones a base de ofrecer atroces exhibiciones de repercusión internacional.

—No se sabe a ciencia cierta porqué ese tipo se hace pasar por tu cuñado, pero está claro que, sin la complicidad de Sofía, no podrían mantener el engaño —explicó la tía Carmen, una parlanchina incontrolable que estaba encantada de poner a Teresa al día de las últimas noticias—. Todo esto ha llevado a los del CNI a sospechar que a Sofía le interesa que crean esta mentira. Así que, de momento y por si acaso, nos han pedido que la secundemos. Es más, han instado a Julio a no dejarse ver fuera de casa. También han puesto sobre aviso a amigos y conocidos para que sepan qué deben decir en caso de ser interrogados por los medios.

—Pues, sigo sin entender qué sentido tiene tanta prevención. Si no van a hacer nada por salvar la vida de mi hermana, qué más da que ese hombre siga vivo unas pocas horas más.

—Mujer, mientras hay vida hay esperanza —dijo su madre y, como si hubiese pronunciado una frase condenatoria, rompió a llorar con más intensidad. Teresa y tía Carmen se acercaron a consolarla.

JULIO CEPEDA (IRAK). EL CORAJE

La gestión de su visado se había resuelto expedita. Julio volvió a revisar los datos de su nueva identidad: Pablo Herranz Castro con dirección en calle Sagasta, 28, Zaragoza. No habían cambiado el dato de la localidad, bueno, sería irrelevante. Metió el documento en el bolsillo lateral de la mochila y salió echando un último vistazo al piso, ahora vacío de vida. La noche anterior había desalojado la casa de bienintencionados familiares y amigos y había llevado a su hija Alba con los abuelos maternos. Bajó al garaje y salió a la calle por la puerta peatonal, eludiendo a la prensa que hacía guardia frente a la entrada del edificio. Tres minutos de espera y el Passat de su padre se detuvo a recogerlo para acercarlo a la estación. Llevaba un billete para el AVE Zaragoza-Madrid que, en menos de hora y media lo dejaría en la estación de Atocha, donde iba a tomar un taxi hasta el aeropuerto de Barajas.

—Tranquilo, papá, solo me moveré por la ciudad. Erbil es un lugar seguro —dijo Julio con una ansiedad disfrazada de sensatez. A nadie se le ocultaba que él nunca había sido un hombre intrépido y mucho menos temerario. Su fuerte era el arte de la seducción argumental, contemporizar y eludir la contienda por encima de todo. En ese momento, sin embargo, su seguridad era para él un asunto irrelevante, pero se sintió obligado a hacer el comentario para tranquilizar a su padre.

—Me preocupan los peligros que encuentres, pero aún más me preocupa que fracasas. Sabes que la probabilidad que tienes de salvar a Sofía es de una entre mil. Si no lo ves con la perspectiva correcta puedes terminar muy tocado.

—¿Qué quieres decir?

—Escúchame bien, Julio, lo que voy a decirte —Meditó unos instantes mientras metía la primera y arrancaba de nuevo en el semáforo. Quería

encontrar las palabras—. Si no lo consigues, si pierdes a tu esposa, me temo que..., al albergar esperanzas de salvarla, cargas con una responsabilidad que podría destruirte. Recuerda, hijo: no debes dejar que el peso de la culpa se cebe en ti. Si ocurre lo peor, Alba te necesitará muy entero.

—Lo sé, soy realista, pero ahora es preciso que crea en mí mismo, en que lo lograré.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar?

—He hecho averiguaciones los últimos dos días. Creo que sé dónde encontrar a los peshmergas.

—No hablas su lengua, ¿cómo te vas a entender con ellos?

—En cuanto llegue al hotel contrataré un intérprete.

—¿Llevas el dinero en lugar seguro, hijo?

—Mi suegra me cosió una perfecta faltriquera. No me la quitaré hasta que esté delante de la caja fuerte del hotel.

—Tendrás que ofrecer una suma portentosa. Esa gente está fanatizada. Aun así puede que no encuentres a nadie dispuesto a traicionar a los suyos. Dales lo que te pidan. Gástalo todo si es necesario.

—Lo haré y te devolveremos lo que nos has prestado en cuanto podamos, padre.

—Olvídalo. Yo no lo necesito.

* * *

A las dos de la tarde, hora de Iraq, Julio se encontraba en la recepción del hotel que había reservado en línea desde España. Encargó al recepcionista que le consiguiera un intérprete para moverse por la ciudad, le puso un billete de cien euros sobre el mostrador con la petición de tenerlo dispuesto en dos horas y subió a su habitación. Una vez a solas, desató las cintas que le ataban la bolsa del dinero a la cintura y metió los billetes de quinientos en una carpeta de piel, menos sospechosa por ser más propia para albergar documentos. En seguida volvió a recepción y lo hizo depositar en la caja fuerte.

Acodado en la barra del bar, no tuvo que esperar mucho. El recepcionista apareció al rato acompañado de otro tipo, alto y de rasgos afilados. A Julio le desconcertó su aspecto nada más verlo. Los contrastes en él eran, cuanto menos, inquietantes. Su mirada era oscura en todos los sentidos, de

párpados caídos, como de animal degollado y, aunque vestía vaqueros y una camiseta de fútbol ¡del Real Madrid!, cubría sus mejillas una de esas estridentes barbas afganas y llevaba un auténtico *kafiyyeh* sobre la cabeza. Su figura le recordó la de un imán que había visto en las noticias en España. A aquel tipo lo acusaban de justificar el maltrato a las mujeres en una mezquita de Barcelona.

—Este es Muhammad Massú. Habla su idioma y le acompañará por la ciudad —dijo el recepcionista en inglés.

—*As-Salam Aleykoum* —saludó el hombre ofreciendo la mano—. Bienvenido a Irak, señor Herranz.

Esbozó una sonrisa que solo sirvió para arrojar más penumbras sobre el ánimo de Julio, que tardó unos instantes en reaccionar y aceptar la mano que se le ofrecía. Ellos se dieron cuenta de inmediato y el del hotel se apresuró a explicar:

—Muhammad es mi cuñado. Vivió unos años en Ceuta. Allí aprendió el español que sabe. Créame, señor, aunque su acento no sea perfecto, con estas prisas no encontrará a nadie mejor.

De repente, le agitaron vagos presentimientos. Desde luego, no se trataba del acento y tuvo la impresión de que ellos no habían malinterpretado su turbación. Claramente, la apariencia del tipo lo había pillado por sorpresa. En su breve recorrido por la ciudad no había visto a nadie con una facha tan extrema. «También es casualidad, hombre», pensó. Además, había algo en sus palabras, en su tono...

«Bueno, igual me estoy cargando de prejuicios —se dijo—. Se trata solo de apariencias».

—Tengo que marcharme —dijo el de la recepción—. Si me necesitan, estaré hasta las cinco. Después hay cambio de turno.

—¿Cómo fue su estancia en España? —preguntó Julio cuando se quedaron solos en un esfuerzo por mostrarse cordial.

—En realidad, solo conocí la ciudad de Ceuta, no llegué a viajar a España, pero algún día visitaré su país —respondió Muhammad con la misma cordialidad—. Como musulmán, hay muchos lugares allí que tiran de mí, donde mis antepasados construyeron hermosos homenajes a Alá. Me

encantaría visitar también su ciudad. La Aljafería de Zaragoza es un importante testimonio de nuestro espléndido pasado.

Estas palabras hicieron resurgir con mayor fuerza las suspicacias que habían asaltado al español. En todo lo que decía el barbudo había un no sé qué que le produjo un temor inexplicable. Para empezar, era raro que el recepcionista, al tomar el pasaporte, se hubiese fijado en su ciudad de procedencia, que era el único dato que no habían cambiado los del Ministerio, pues solo el país era relevante a la hora de hacer un registro de hotel. Por otra parte, que después lo hubiera comentado con su cuñado...

—Bien, supongo que usted sabe que Ceuta es parte integrante de España —replicó Julio con cierto malestar que apenas logró disimular.

Mientras pensaba rápido, no se le ocurrió otra cosa que decir:

—¿Qué le parece, señor Masú, si nos vemos dentro de media hora en el vestíbulo? Tengo que hacer un par de llamadas desde mi habitación y recoger algunas cosas.

—De acuerdo, Julio, pero... espere un momento —levantó la palma de la mano como para detenerlo—. Si me dijera cuáles son sus planes en la ciudad, yo podría ir preparando mejor mis recursos y ser una ayuda más efectiva. ¿Con quién tiene usted que hablar y sobre qué?

—Pues..., verá..., tengo el tiempo justo para hacer esas llamadas —dijo nervioso, mirando su reloj. Lo hablaremos luego.

—¡Joder, joder, joder! ¡Empezamos bien! No me puedo fiar de ese tío. — Estaba en el ascensor y notó cómo el pulso se le había acelerado.

«Primero tranquilízate, Julio —se dijo—, después, piensa qué hacer».

Sentado en la cama, se obligó a analizar la situación. En todo el recorrido en taxi por la ciudad, este era el único tipo con tantas pintas de fundamentalista que había visto. «¿Puede ser casualidad que vaya a ser mi intérprete? —empezó a razonar—. ¿Y si el ISIS tuviese espías en Erbil? ¿Y si estuvieran al tanto de las llegadas de extranjeros a la ciudad? El registro de los hoteles sería, en tal caso, el mejor referente. Pero ¿por qué iba a presentarse el falso intérprete con ese aspecto tan sospechoso? ¿No le hubiese sido fácil evitarlo? Claro que, teniendo en cuenta cuánto ciega a estos hombres el fanatismo religioso, ¿cómo renunciar a su barba ni a tener

su cabeza cubierta? ¿Puedo arriesgarme a informar a este tipo de lo que he venido a hacer aquí?».

Entonces se le ocurrió una idea. Buscó en su móvil el número de la casa de Jalal. Al cuarto tono de llamada respondió en árabe una voz de mujer.

—¿Señora Yusef? —preguntó Julio en inglés. Se reprochó no acordarse del nombre, aunque Sofía se lo había mencionado—. Soy Julio, el esposo de Sofía Román.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué quiere? ¿Por qué llama? —respondió en un inglés pobre y dificultoso. No había un ápice de cordialidad en su voz.

—No pretendo causar más problemas a su esposo. Solo he viajado a Erbil para tratar de encontrarlos.

—¿Qué? —No le había entendido. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Voy a intentarlo; rescatar a Jalal y a mi mujer. Ya sé que suena a locura, pero pienso agotar todas las opciones y, para eso..., señora, necesito su ayuda.

De nuevo el silencio. A Ferihan Le costaba asimilar las palabras, y no solo por el idioma. Notar cómo la esperanza comenzaba a infiltrarse en sus venas la había puesto en *shock*.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó finalmente Ferihan.

—Sofía me dijo que tienen un contacto entre los militares kurdos. El comandante de los peshmergas les informó del trayecto que debían seguir cuando se entrevistaron con él.

—No comprendo bien. Hablo inglés mal.

—¿Podemos vernos en algún sitio?

—No. Prefiero no. Es peligroso. Mi hija habla con usted.

Otro silencio. Durante unos segundos escuchó voces apagadas hablando velozmente a cierta distancia. Entonces sonó otra voz más joven, en español.

—Hola. Soy Gona, la hija mayor de Jalal. Hablo español, pero no muy bien.

—¡Menos mal! Hola, Gona. Verás, necesito hablar con vosotras en algún lugar. Por teléfono no. ¿Puedo ir a vuestra casa?

Oyó a la niña dirigirse a su madre y luego dijo:

—En casa no. En el Tche Café. Está en la zona universitaria. A las cinco en punto.

Poco después de colgar, Julio bajó a la recepción. Allí estaba Muhammad, sentado en el banco central del amplio vestíbulo, la mirada en el ascensor. Le esperaba. Al verlo, Julio disimuló un escalofrío y fue hacia él con paso firme.

—Gracias por esperar, señor Massú. Verá, voy a tener que retrasar el trabajo por el que le requerí —dijo Julio falsamente circunspecto—. Ha surgido otro asunto que debo resolver antes.

—¿No me necesitará para ese asunto? —replicó Muhammad solícito.

—No, no..., tengo que ir al consulado de España y ya comprenderá que allí no puede hacer nada por mí. Siento haberle hecho perder este tiempo. Si me lo permite, le pagaré el viaje y lo que me diga por las horas...

—Ni pensarlo, amigo. Guarde el dinero para disfrutar en Erbil. Es una ciudad magnífica, rica en historia.

—Muchas gracias. Cuando necesite sus servicios me pondré en contacto con usted a través de su cuñado. Hasta pronto. —Mintió, y salió a la calle demasiado apresuradamente.

Hasta el atardecer no iba a dejar el sol de imponer su omnímoda presencia y Julio, ya empapado en sudor, recorrió unas cuantas calles a pie en plena canícula. Encontró un taxi en la avenida principal que, veinte minutos después, le dejó a la puerta de la cafetería. Había un gran trasiego de gente en la zona y el local estaba lleno, la mayoría jóvenes universitarios. También algunos profesores y empleados a la salida del trabajo. El ruido era elevado y Julio entendió la elección del lugar. Ofrecía discreción. Antes de empezar a plantearse cómo reconocería a sus contactos, oyó que le llamaban de una de las mesas cercanas a la entrada. Eran ellas: la mujer de Jalal y sus dos hijas. Vale, él era fácil de identificar.

Se dieron la mano y Ferihan presentó a sus hijas y a sí misma por sus nombres.

Gona y Mariam, en un español escaso, aprendido a prisa, pero con la frescura de las mentes jóvenes, explicaron que habían comenzado a estudiar el idioma meses atrás cuando sus padres tomaron la decisión de emigrar a

España y seguir a su amigo Jihan que se había instalado en Zaragoza. Estudiaban mediante cursos a distancia y conversaban por Skype con un muchacho sirio que vivía en Madrid.

Julio recordó al tal Jihan, y también la impresión que le había producido oír a su mujer charlar fluidamente en árabe con él.

Entonces sintió que la ocasión le obligaba a revalidar su ofrecimiento. Él haría las gestiones necesarias para que pudieran trasladarse a España, explicó a Gona en español. Cuando la muchacha trasladó estas palabras a su madre, Ferihan no dijo nada. Sacudió la mano en el aire con un gesto de cansancio en el que se podía leer a un tiempo incredulidad y amargura. ¡Se sentía tan culpable! Fue ella quien primero concibió la idea de emigrar a España pensando en la seguridad de sus hijas. Eso le arañaba de un modo atroz la conciencia.

Julio ignoró el gesto y agradeció que la mujer de Jalal no entrase en el desconcertante territorio de los reproches y los lamentos, así que él también esquivó la cuestión. No había tiempo que perder y fue directamente al grano.

—Mi plan es arriesgado y necesitará mucha suerte para salir bien, pero lo vamos a intentar. En primer lugar, tengo que hablar con la milicia peshmerga y debe ser hoy mismo porque apenas hay tiempo—. Las niñas lo escuchaban con la frente fruncida.

—¿Me entiendes, Gona? Hablo demasiado deprisa, ¿verdad?

—Sí. Más despacio, por favor.

—De acuerdo. Verás, tu padre conocía a alguien importante entre los mandos peshmergas. Sofía me contó que habían estado hablando con ese militar. Quizás tu madre sepa quién es —dijo mirando a Feriham. Gona tradujo.

—Mi madre dice que el comandante de los peshmergas es hermano de un cliente de mi padre. Se llama Artin Mizuri, pero nosotras apenas lo conocemos —transmitió la muchacha.

—Tendremos que contactar con él para que me lleve hasta su hermano y también necesitaré un intérprete de español por si no habla inglés —concluyó él sin darse por enterado de los peros.

—Yo seré su intérprete, señor —dijo la niña de propia iniciativa.

Al enterarse Feriham del ofrecimiento de su hija lo prohibió rotundamente. Julio le explicó que para tener alguna opción de éxito tenía que empezar sus gestiones esa misma tarde, pero aún no había encontrado a nadie que le sirviera de intérprete.

Al fin, Ferihan aceptó acompañar a Julio a visitar a Artin Mizuri en su bar, el Al Sharqiya. Pero solo eso. Después se alejaría de ellas. Ya le habían arrebatado a su esposo. No iba a dejar que pusiera en peligro a su hija. La mujer de Jalal se mostró escéptica con los planes de Julio; no obstante, en su fuero interno albergaba un asomo de esperanza, bien que se lo negaba a sí misma. Estaba asustada. El terrorismo del que tanto habían deseado alejarse había entrado en sus vidas con la visita de la mujer europea y les había atrapado.

A su llegada al Al Sharqiya el dueño del bar les atendió sentados en una de las mesas. Ofreció té para ellos y refrescos para las niñas. Al no ver a Jalal acompañando a la familia, Artin Mizuri presintió que su amigo había sufrido algún contratiempo. Feriham le explicó que la foto del español expuesta en televisión no era tal, sino el propio Jalal desfigurado por la posición y el vendaje en la cabeza. La noticia sobrecogió al tabernero. Reconoció que no se le había ocurrido relacionar el secuestro con la visita de Jalal a su hermano, el comandante, en compañía de aquella mujer.

Julio escuchaba los guturales sonidos de la encriptada conversación a la espera de que Gona le hiciese partícipe de su mensaje.

—Gona, ¿le has dicho que necesitamos hablar con su hermano? —preguntó Julio, que empezaba a impacientarse—. Explícale que esta vez se trata de salvar la vida de tu padre y la de mi esposa. Dile que debo averiguar dónde los tienen secuestrados. Es muy probable que el ejército kurdo cuente con elementos de espionaje y acceso a informantes yihadistas que puedan ser sobornados. Yo pondré el dinero, tanto el necesario para el soborno como el pago al grupo militar de rescate.

—Espere, Julio. Poco a poco —le pidió Gona, que solo había captado las dos primeras frases. Se las repitió a Misuri.

—Mi hermano no está en Erbil. Partió ayer hacia Kalak para dar apoyo a las IPJ —dijo Artin—, pero, de todos modos, lo que vuestro amigo está proponiendo sería enormemente peligroso si fuese realizable. No hay bases de yihadismo en Erbil. Cuando alguno de ellos se adentra en la ciudad es

para perpetrar un atentado contra la población y después de inmolarse no queda nada del paso de ese demonio por el mundo.

Julio sufrió su primera decepción cuando Gona le transmitió el mensaje.

—Tiene que haber alguna manera de llegar hasta ellos —dijo pensativo.

—No la hay. Pero si lograrse contactar con algún fanático, no sería fácil de sobornar. ¿Qué es el dinero comparado con el paraíso que les espera? —fue la respuesta de Artin.

—No me está dejando ninguna alternativa, señor Mizuri —dijo Julio mirándole a los ojos. Estaba empezando a desalentarse—. Antes de venir, ya contaba con grandes dificultades, pero tirar la toalla sin intentarlo.. La ciudad no habrá quedado desprotegida, supongo. Si hay militares peshmergas en la ciudadela quiero hablar con ellos.

Gona seguía trasladando al tabernero las palabras de Julio, pero Misuri había dejado de escucharle.

—Quizás haya algo... —empezó a decir interrumpiendo a la niña—. Es una idea muy peregrina.

—¿Qué es? —preguntaron las tres mujeres al unísono.

—Me ha venido al recuerdo algo que dijo mi suministrador de tabaco. Criticaba a algunos comerciantes sin escrúpulos que hacen tratos con los yihadistas. Se lucran con la venta de artículos de alta gama a los militares apostados en las montañas. El ISIS maneja mucho dinero y no duda en cubrir los caprichos de sus mandos. A Erbil llegan mercancías de importación que no se encuentran en otras ciudades de Iraq. Además, hay un gran desabastecimiento en las zonas ocupadas por ellos debido a la guerra y al exterminio de población cristiana y yazidi campesina; cosechas y ganado que se han echado a perder.

—¡Claro! ¡Eso es! ¡Ya tenemos a nuestro delator! —exclamó Gona en su lengua. Ferihan la miró con reprobación por su falta de discreción, pero calló. Solo el deseo de salvar a su esposo la hacía transigir.

—¿Usted podría pedir a ese vendedor de tabaco que le de nombres? —preguntó Julio después de escuchar la transcripción de Gona.

El tabernero movió la cabeza a un lado y otro. Parecía estar arrepentido de la idea o de haber expresado la idea en voz alta o de haber dado lugar a tener delante las caras suplicantes de las hijas de Jalal.

—No lo haga por mí ni por mi mujer, le pido que lo haga por su amigo, si le apreciaba usted...

Las palabras eran de Julio, pero la voz y la mirada vehementes eran de Gona. Sus ojos oscuros se habían humedecido y lanzaban un brillo que el tabernero no pudo eludir.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

—¿No puede llamar ahora? —insistió la chiquilla—. No queda tiempo. Matarán a mi padre dentro de dos días.

Todos los ojos de la mesa, también los de Ferihan y la hija menor de Jalal estaban fijos en Artin, esperando respuesta.

—Ofrezca dinero —dijo Julio. Se inclinó sobre la mesa y bajó más la voz—. Suficiente para que no pueda negarse.

Estoicamente, Artin sacó el móvil del bolsillo y seleccionó el número de su proveedor.

—Hola, Ahmad... Verás, no llamo para hacerte un pedido. Es por otro asunto. Un cliente quiere comprar mercancía especial y tú me dijiste que conocías... No, no es lo que tú tienes... Eso es, la especial. No es un terrorista y te pagará bien por la información... Quiere los productos que van a la montaña... Exacto, los de alta gama, de importación... Dame un nombre... No, Ahmad, te aseguro que no corres ningún riesgo. Nadie va a mencionarte y podrás sacarte más de lo que ganas en un mes de trabajo... Gracias, Ahmad. Pásate por el Al Sharqiya y te daré lo acordado.

—Hay un bazar en el zoco llamado Al Kasbah —explicó Artin después de colgar. Su dueño es el informador más factible. De tanto en tanto, él, personalmente, recorre las aldeas tomadas por el ISIS en un convoy propio, bien protegido contra ladrones, y hace el reparto de la mercancía que le encargan.

Mientras Gona explicaba esto a Julio, Ferihan había empezado a cuchichear con su hija pequeña. Gona se interrumpió entonces y se incorporó a la plática. Después también lo hizo Artin.

—¿Qué hay, Gona? —preguntó Julio después de unos minutos en los que parecían haberse olvidado de él.

—Es mi hermana Mariam. Dice que el padre de una compañera de la escuela trabaja para ese comerciante. Mi hermana ha estado en casa de su

amiga en varias ocasiones haciendo trabajos escolares. La familia es pobre. Mariam dice que alguna vez ha oído a la madre quejarse de los peligros que corre su marido, pues a menudo debe acompañar al jefe de viaje por las montañas.

—Eso confirma lo que usted nos ha contado, señor Mizuri —dijo Julio.

—Eso no es lo más importante —replicó el hermano del comandante—. Estoy seguro de que el dueño del bazar no traicionará por dinero a la fuente de sus ingresos. En cambio, si habla con el empleado tendrá menos que perder y seguro que un pago por delatar al ISIS le compensará —explicó Artin mientras rellenaba los vasos de té.

Julio se dirigió a la pequeña, mostrándole una libreta y un bolígrafo.

—Mariam, ¿puedes darme la dirección de tu amiga, por favor?

—Claro que sí, señor —respondió ella con los ojos muy abiertos.

—Gracias —dijo.

Arrancó la hoja, se metió la libreta y el bolígrafo en el bolsillo del que habían salido y empezó a levantarse de la silla.

—Cogeré un taxi en la puerta.

—Debería esperar hasta después de la cena —le aconsejó el cantinero—. Es probable que ese hombre no haya vuelto aún a casa.

—¿Qué hora se considera aquí «después de la cena»? —preguntó mientras consultaba su reloj.

—A partir de las ocho es buen momento para una visita.

—Pero ¿cómo va a entenderse con ese hombre, Julio? —preguntó Gona—. Me necesita de intérprete.

—Lo has hecho muy bien, Gona, pero ya has oído a tu madre. Y tiene razón. No debo entrometeros más en esto.

—Abida habla un poco de inglés. Lo que aprendemos en la escuela. —Sonó por primera vez en español la voz añorada de Mariam.

—¿Abida es tu amiga? Con eso bastará —exclamó Julio aliviado—. Gracias, Mariam. Gracias, Gona, y gracias a todos. A partir de aquí creo que me las podré arreglar solo.

Ferihan dio por concluida la conversación y se levantó extendiendo la mano hacia Julio. Él prometió llamarlas cuando acabase lo que había venido

a hacer y nadie planteó las opciones que se perfilaban en ese «acabar lo que había venido a hacer». Se despidieron y eso fue todo.

—¿Es posible comer algo en su local, Artin? —preguntó Julio en inglés y algo de idioma gestual cuando la familia de Jalal desapareció por la puerta del bar. Prefería no ir al hotel a cenar.

GONA Y MARIAM YUSEF (IRAQ). LA INOCENCIA

— **C**uando vivamos en España tendré un marido tan guapo como el de Sofía —dijo Mariam a su hermana.

Hacía las tareas escolares en un pequeño escritorio que terminaba de abarrotar el cuarto que compartían. Gona, tumbada en una de las camas, interrumpió la lectura del libro que sujetaba por encima de sus ojos y giró apenas la cabeza para mirar a su hermana pequeña.

—¡No seas tonta! En primer lugar, es casi seguro que no vayamos a España. ¿Has visto el gesto de mamá cuando Julio lo ha mencionado? Si papá muere, Dios no lo quiera, ya no iremos a ninguna parte. Y, en segundo lugar, eres una cría. Te faltan un montón de años para pensar en casarte.

—Pero, ¿a que es guapo, Gona?

—Vale, sí, pero es muy mayor para ti.

—¡Ja! Y para ti también.

—Yo no pienso casarme. Seré periodista y viajaré por todo el mundo como corresponsal de un periódico.

—Papá no morirá. ¿Verdad, Gona?

—No lo sé, Mariam. Pero, desde luego, no voy a dejar que Julio luche solo para salvar a nuestro padre. Esta noche debo ayudarle a hablar con ese hombre.

—Pero mamá ha dicho...

—¡Se trata de salvar a papá! Tú no te preocupes. Sé lo que tengo que hacer —exclamó, zanjando la cuestión.

Aquella noche repitieron una cena taciturna, como la del día anterior y el anterior. Cuando Jalal emprendió viaje con Sofía, habían sido horas angustiosas las que Ferihan pasó tratando de comunicarse con su marido. Después llegó la noticia en los medios, la foto difundida por los terroristas donde, al *shock* de reconocer en ellas a su esposo se unía la desconcertante

sensación de que lo desamparaban en el anonimato. Había acudido a la comisaría cercana para aclarar su identidad, pero, por el camino recapacitó. Su intuición la indujo a esperar. Efectivamente, un par de horas más tarde recibió la visita de dos miembros del gobierno que confirmaron sus sospechas. Por el bien de Jalal, debía mantenerse en silencio. La soledad le atravesaba el corazón como una espada. Nadie podía llorar con ella y con sus hijas, ni darle consuelo deseando la salvación del amigo o vecino especulando sobre las decisiones de un dios sabio y piadoso o con ilusorias operaciones de rescate. A cambio, tanto ella como las niñas tenían que seguir el día a día sin alterar rutinas ni levantar sospechas.

Después de la cena, Gona pidió permiso a su madre para ir a casa de su compañera de clase Aneesa, que vivía dos calles más abajo. Ellas eran las encargadas de planificar la fiesta escolar de fin de curso y había quedado en pasar un rato a trabajar en ello.

—Me preocupa que la ansiedad te delate, que digas algo indebido, Gona. Si estás con ánimo, ve. Pero ten mucho cuidado con lo que hablas.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Mariam.

—Por mí puedes ir si me prometes que no habrá lágrimas. No creo que a tu hermana le importe, ¿eh, Gona?

—Pues..., es que se aburrirá mientras nosotras trabajamos y se acordará de papá, y se pondrá a llorar.

—¡No lo haré!

Esta vez más que nunca le fastidió la voz infantil de su hermana, tan aguda y chillona ¿Cómo podían pensar los demás que era tan adorable?

—¿Por qué iba a aburrirse? También va a ser su fiesta y os puede aportar ideas para los niños de la etapa de primaria. ¡Venga, Gona!, deja que se distraiga.

No hubo escapatoria y cargó con ella a regañadientes. Una vez en la calle la agarró fuerte por el brazo y la zarandó.

—Pero ¿qué pretendes? ¿Me quieres fastidiar?

—Sé a dónde vas y no quiero que vayas sola. Abida es mi amiga y yo puedo convencer a su padre para que nos ayude.

Abrió la boca para reprenderla con un impropio, pero la cerró sin hacerlo. Lo pensó mejor y comprendió que la mocosa de su hermana tenía

razón. De hecho, se dio cuenta de que ella sola, así sin más, sin que la conocieran de nada, no iba a ser capaz de presentarse en esa casa,

—Está bien, igual puedes ayudar —le soltó el brazo—. Démonos prisa. Tenemos que llegar antes que Julio.

Ese atardecer de principios de verano, ligeramente iluminado por un sol en retirada, Gona y Mariam salieron a la avenida Peshawa Qazi. Cruzaron al otro lado y volvieron a adentrarse entre callejas. El centro de Erbil parecía detenido en el tiempo: la ciudadela omnipresente, cuyos muros se aparecían a intervalos entre las esquinas de los callejones. Los abuelos, sentados al fresco de las fuentes, vistiendo los tradicionales pantalones bombachos y manoseando sus rosarios, tomaban té y fumaban en sus narguiles.

Atravesaron una plaza aledaña al zoco principal. Durante el día albergaba puestos ambulantes de cerámica, perfumes, bronce, telas, ropas y otros productos tradicionales y de artesanía. Pero ya habían ido replegando tableros y descolgando toldos para recoger las mercancías en carretas y llevarlas a sus casas. A cambio, a estas horas, se inundaba la plaza de puestos de comida y mesas al aire libre para la cena y aún se podían escuchar las voces desgarradas de los hombres que conducían sus mulos entre automóviles y peatones.

Todavía quedaban algunos vendedores rezagados. Un puesto atendido por tres hombres en cucullas exponía en el suelo, sobre cartones extendidos, grandes carretes de hilos multicolores de seda y algodón en un extremo y, en el otro, un gran despliegue de rosarios nacarados.

Para un observador avezado habría sido fácil advertir cómo las miradas de los tres hombres seguían con interés los pasos de Gona y Mariam mientras ellas torcían una de las esquinas de la plaza y entraban en una calle de casas encaladas. El más alto de los hombres se levantó del suelo y empezó a caminar hacia el lugar por donde habían desaparecido las niñas.

La casa de Abida era la penúltima puerta a la derecha justo después de pasar un cruce de estrechas bocacalles.

Cayeron como una exhalación. Del lado derecho del cruce surgieron varios brazos que sujetaron a las muchachas y las arrastraron al interior del callejón. Una rápida visión hacia el fondo les reveló a Julio forcejeando mientras varios individuos intentaban meterlo en un vehículo aparcado en

la salida opuesta del vial. De repente, un foco iluminó a Mariam y, con infinito horror, Gona vio que alguien apuntaba a la niña con una cámara de vídeo. Debatiéndose sin posibilidad de movimiento, la mirada de Gona orbitó convulsa del foco de luz a su hermana y viceversa, intuyendo que algo aterrador iba a ocurrir. Con rápidos movimientos el captor levantó el mentón de la pequeña y comenzó a abrir un tajo en su garganta. En los ojos de Gona, el cuello de su hermanita se volvió rojo escarlata, un rojo estremecedor, un rojo inconcebible que, de repente, escapó de su ángulo de visión. Algo la había empujado violentamente contra la pared golpeándose la frente. Quedó allí desvariando a la espera de que terminaran con su vida al igual que lo habían hecho con la de su hermana.

EILEEN BLOOM (ESTADOS UNIDOS). LA ENTREVISTA

Esta entrevista y unos cuantos cientos más han sido realizadas durante el mes de junio del año 2014 bajo la supervisión del catedrático de Psiquiatría Stanislav Kraj del Departamento para la Investigación y Estudio de la Percepción (DIEP) perteneciente a los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos. Los doctores Raymond Lloyd y Mahony Wright han llevado a cabo el trabajo de campo en el estado de Kentucky con cuarenta y cuatro entrevistas efectuadas en treinta localidades diferentes. Las transcripciones de todas ellas se encuentran actualmente en los archivos del DIEP, donde están siendo estudiadas por especialistas en diversos campos de la neurociencia.

DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA DE ESTADOS UNIDOS

FECHA: 12 DE JUNIO DE 2014.

TÍTULO: Informe sobre la transmisión de memoria sufrida por Eileen Margaret Bloom.

NÚMERO DE EXPEDIENTE: FYT-4309-7540-30028.

—¿Se encuentra usted cómoda, señorita Bloom?

—Sí. Estoy bien, doctor Lloyd —respondió Eileen, pero su mirada tenía la misma expresión de pánico que no le había abandonado en los últimos dos días.

—Permítame en primer lugar confirmar los datos que tenemos sobre usted. Es el protocolo que hemos de seguir en todas las entrevistas. ¿Se siente capaz de discernir entre los recuerdos de su propia vida y los de su vínculo? —preguntó el médico mientras la doctora Wright abría un mini portátil y lo ponía en marcha.

Eileen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Nació usted en Milbrook, Alabama, en 1965. ¿Correcto?

—Correcto. Pero mi familia compró un rancho en Owensboro y nos trasladamos cuando yo tenía cuatro años. No guardo recuerdos de mi pueblo natal —dijo, mirando cómo los dedos de la doctora trasladaban sus palabras a la blanca pantalla.

—¿Ha vivido siempre aquí desde entonces?

—No, no siempre.

—¿En qué otros lugares ha residido?

—Estudié enfermería en la [Eastern University](#) de Saint Davids, Pennsylvania, y también viví cuatro años en Nueva York, el tiempo que duró mi matrimonio. Después del divorcio, volví aquí con mi familia. Siempre me gustó el campo y encontré un puesto en el hospital comarcal.

—¿Tiene usted hijos?

—Dios no nos bendijo durante el tiempo que estuvimos casados. Después comprendí que esa había sido la verdadera bendición. Me alegro de no guardar ningún lazo de unión con mi exmarido.

—¿Ha tenido alguna enfermedad grave o sufre alguna dolencia crónica?

—Aparte de las alergias primaverales que me amargan un poco la vida durante el cambio de estación, tengo la fortuna de disfrutar de una salud de hierro.

—¿Tampoco ha necesitado nunca atención psiquiátrica? ¿Alguna depresión?

—Nunca. Hasta ahora.

—Muy bien, pasemos a otro punto. Entre sus amistades o personas que frecuenta, ¿hay algún extranjero de origen árabe o procedente de oriente medio?

—Déjeme pensar —Bajó las manos al regazo y comenzó a hurgarse un repelón de la uña—. Amistades no..., bueno, en el hospital, uno de los bedeles es paquistaní, en realidad es un muchacho nacido aquí, en Owensboro, de padres emigrantes. También está mi vecino, el viejo Sarkis Avakian, que tiene una tienda de alfombras en el centro de la ciudad. Creo que es armenio o algo así, pero llegó a Estados Unidos hace cuarenta años.

—¿Algún árabe musulmán?

—Únicamente hay un médico en mi centro, que yo sepa, que es iraní, aunque trabaja en otro departamento y solo lo conozco por referencias.

—Está bien. ¿Qué le parece, doctora Wright, si vamos ya al tema que nos ha traído aquí?

—Estoy de acuerdo, doctor Lloyd —concedió la doctora—. Si es necesario, recogeremos otros datos personales más adelante.

—Señorita Bloom, ¿podría usted relatarnos lo que le sucedió hace dos días, en la noche del diez de junio?

—Sí, claro.

Eileen ardía en deseos de llevar a cabo esta entrevista. Desde la mañana de su vinculación pocos habían sido los recuerdos soportables que le llegaban de Abou al-Husayni. Como mujer creyente que era, lo único que suavizaba un poco el horror era la convicción de que en todo lo que ocurría en su vida estaba la mano de Dios y esta vez quizás ese pobre muchacho necesitaba conocer a Jesús a través de ella. También esperaba la ayuda que el DIEP le había ofrecido a cambio de su cooperación. Así que, respiró hondo y empezó su relato.

—Esa noche me acosté completamente agotada y me dormí enseguida. Había pasado la tarde cocinando para la cena familiar de los sábados y después, recogiendo la cocina y toda la parva que montan mis sobrinos allí por donde pasan, así que me acosté temprano, sobre las diez. No había dormido ni una hora cuando me desperté con la sensación de tener un tornado dentro de la cabeza. Creo que me mareé. Mi estómago se revolvió como si se encontrase a la deriva en mar picada. Llegué al cuarto de baño justo a tiempo para vomitar la cena. Entonces me pareció que hubiese tenido mil pesadillas horribles cuyos recuerdos me asaltaban de nuevo al despertar. Al cabo de un rato comprendí que estaba siendo objeto de una de esas transferencias de memoria de las que tanto se habla en los últimos días. Pero, en mi caso, era como si me hubiese asaltado un demonio.

—¿Podría describir a la persona con la que está vinculada?

—Como he dicho, es un espíritu más diabólico que humano. Su nombre es Abou al-Husayni —Al nombrarlo se renovó en sus ojos la expresión de terror que la abatía—, un ser con el alma convertida en hiel, cuyas hazañas pondrían la piel de gallina al peor de los criminales.

—Nos han informado de que su vínculo es un yihadista, ¿es así?

—Así es —confirmó—. Por desgracia, me veo obligada a asumir recuerdos de brutales violaciones, de crueles matanzas y de las más atroces perversiones. Todo eso puedo verlo y sentirlo continuamente —dijo Eileen, poniendo sus dedos sobre las sienes—, y es como si yo misma hubiese realizado esas atrocidades.

—Eso tiene que ser terriblemente duro, señorita Bloom —dijo la doctora Wright, tratando de mostrar algo de empatía—. Si esto le anima, le diré que, tal como le han prometido, le facilitaremos la atención del doctor Charles Bohr al acabar la entrevista. El doctor Bohr ha obtenido resultados sorprendentes en soterrar recuerdos indeseables en algunos pacientes con experiencias parecidas a la suya. Lo llama Inducción a la Amnesia Selectiva.

—¿Acabará con todo este mundo que se ha apoderado de mi vida? —preguntó Eileen, consternada.

—Aunque no pueda borrarlo todo, le aseguro que sí, al menos, la mayor parte de esos recuerdos.

—¡Gracias a Dios!

—Todavía tenemos unas horas de trabajo por delante, Eileen. Si lo desea podemos tomar un descanso...

—No, no. No es necesario. Por favor, continúen con sus preguntas. ¿Qué más desean saber?

—Bien, en primer lugar, ¿recuerda cuál fue la primera escena que llegó a su mente al despertar? —preguntó el doctor Lloyd.

—Creo que fue... —Calló y se quedó unos instantes en suspenso, con la mirada perdida—. ¡Dios mío! ¡Sí! Tengo que hablarles de esto sin pérdida de tiempo. Tienen prisioneros. Los han encerrado ¡y yo voy a ejecutarlos! —Eileen se puso en pie y casi gritaba—. ¡Tienen que hacer algo! Será... ¡Oh, no! ¡La ejecución tendrá lugar mañana! ¡Voy a degollarlos!

—Tranquilícese, Eileen. Usted no va a matar a nadie. Díganos qué quiere que hagamos.

—No lo sé. Avisen a alguien. No hay tiempo que perder. Mañana, a las once de la mañana, dos rehenes españoles, una mujer y un hombre, serán degollados por el Estado Islámico.

—¿Dónde será eso?

—Irak —se adelantó a decir su colega—. Lo vi ayer en las noticias internacionales. Es otro de los secuestros del Daesh. Otra de sus horrendas ejecuciones.

—¡Joder! Entonces, Eileen, sabrá usted dónde los tienen —dijo el doctor sin poder disimular el nerviosismo.

—En un poblado del norte de Irak. ¡Solo queda un día para la ejecución! —volvió a repetir.

—¿Y dice que está programado para las once? —preguntó la doctora Wright mirando la pantalla de su ordenador con un mapamundi de coordenadas horarias—. Entonces quedan diecisiete horas. Aquí serán las cinco de la madrugada.

—¡Oh, Dios mío! Y la mano ejecutora será... Abou al-Husayni —exclamó Eileen lúgubrementemente mientras sus ojos, como perdidos, miraban hacia dentro en busca de esas imágenes, de esos personajes y esas palabras almacenadas en su recién adquirido banco de recuerdos.

ABOU AL-HUSAYNI (IRAQ). LA HUIDA

Los sueños de la española iban cargados de presagios. En ellos la abrumaban toda clase de calamidades y de horrores que no divergían un ápice de la realidad que le esperaba. En esa noche opaca, en medio de la negrura de su encierro, mientras afuera el viento, bravucón, secundaba la amenaza del verdugo y azotaba las paredes con hostilidad, algo la despertó bruscamente. Tuvo la seguridad de que alguien la estaba observando y un escalofrío le recorrió el espinazo de arriba a abajo. Pero el miedo no le permitió mover un músculo, ni siquiera se atrevió a abrir los ojos y mirar. Cuando lo hizo, fue demasiado tarde para reaccionar a la tenaza humana que le amordazó la boca. Una pesada sombra la inmovilizó sentándose a horcajadas sobre ella. En la mano derecha blandía un instrumento amenazador. Reconoció que lo que se alzaba en el aire iba a clavarse en su pecho con final fatídico. Viendo llegado su fin de un modo tan imprevisto cerró los ojos, dirigió a Dios una plegaria breve como un lamento y se resignó a morir. Un instante después, oyó un crujido, como el de una nuez al abrirse, pero con una resonancia repulsiva, y sintió que un peso descomunal la aplastaba. Juzgó bien extraña la manera de sentir esa muerte, sin la percepción del filo al clavarse en su carne. Abrió los ojos sorprendida de poder hacerlo y vio que Jalal hacía esfuerzos por liberarla del peso que la aplastaba. Un rayo de luz rodó sobre el piso de cemento y la escena quedó al descubierto en toda su crudeza. El cuerpo de uno de los secuestradores yacía boca abajo con el cráneo abierto. Un charco de sangre se estaba formando alrededor de su cabeza. Junto a él, sobre el suelo, una linterna iluminaba la estancia y enfocaba un objeto alargado y brillante a los pies de Jalal.

—Tenemos que huir —acertó a decir él, con el corazón desbocado por el esfuerzo—. Creo que lo he matado.

—Pero... ¿cómo?

—Es... una pata del somier..., estaba ahí detrás, oculta —dijo Jalal, señalando con la mirada la barra metálica.

Sofía contemplaba la escena como hipnotizada. Era la segunda vez que veía manar la sangre de un ser humano hasta causar su muerte y el olor volvía a impregnarlo todo a su alrededor. Necesitaba escapar de ese tufo. Jalal la agarró por la muñeca y tiró de ella. Se puso en pie de un salto, como impulsada por un resorte. Se asomaron por la puerta entreabierta y escaparon. Sin coger nada y sin dejar nada atrás.

También por segunda vez tuvieron que moverse como alimañas para salvar la vida, primero pegándose a las paredes por detrás de las casas en la dirección que Sofía recordaba haber llegado al pueblo y, una vez en campo abierto, arrastrándose por tierra con gran sufrimiento. Cuando creyeron que se habían alejado lo suficiente se pusieron en pie. Empezaba a clarear e iniciaron un avance desesperado contra el tiempo.

Al poco tuvieron que detenerse. Débiles y magullados, no podían dar un paso más sin descansar. Jalal respiraba con dificultad y un hilillo rojo rodaba por su mejilla desde la sien. Sofía tuvo que ayudarlo a levantarse y continuar. Recordaba que en su traslado al poblado yihadista había avistado casas hacia el sur. Debían dirigirse hacia allí y alcanzar algún lugar donde esconderse antes de que les descubriese el día.

No habían andado ni media hora cuando les pareció oír un rumor procedente de... detrás de las colinas. Se agacharon instintivamente. Miraron en esa dirección mientras el ruido aumentaba con rapidez. Aún no los tenían en su campo de visión, pero sin duda se trataba de varios vehículos. El rumor se transformó en fragor cuando de repente apareció un convoy de detrás del cerro, rodando a buena velocidad. Vieron entonces que la carretera se encontraba a escasos cien metros de ellos, aunque en la oscuridad no la habían reconocido. Sofía se aplastó contra el suelo y entonces vio con espanto cómo Jalal se ponía en pie y empezaba a gritar y agitar los brazos. ¿La herida había afectado su cordura? Alzó la mirada con aprensión y se fijó en los soldados que llenaban la parte trasera de las camionetas.

¡Eran tropas peshmergas!

ROGER, ASHTI Y DENNIS (IRAQ). LA PARADA

Una orden de detenerse en pleno páramo no era algo habitual para un convoy militar en misión de refuerzo, especialmente cuando se dirigía a un objetivo inequívoco.

Las autoridades iraquíes estaban considerando la conveniencia de cerrar el paso de Rabiaa, el único existente entre Siria y la provincia de Nínive, y de imponer el toque de queda en la zona después de los combates registrados por el control de este paso entre los rebeldes y el ejército sirio. El capitán Alan Al Kanjo había sido enviado desde Erbil a estudiar la situación y organizar apremiantemente la defensa de la zona. Existía el temor de que en la revuelta se infiltrasen grupos armados y que la violencia se extendiese al lado iraquí de la frontera.

No es de extrañar, pues, que, por la urgencia de la misión, la parada sorprendiese e inquietase a los integrantes del convoy.

De vez en cuando surgían personas por los caminos que se trasladaban de una aldea a otra o andaban simplemente al cuidado de su ganado. Por eso, en un primer momento, la aparición de los dos campesinos braceando y reclamando atención no había sido motivo para dar la orden de parar. Fue unos instantes después de haberlos rebasado cuando el convoy se detuvo, doscientos metros más adelante. Se abrió la puerta delantera del primer camión, salió un individuo uniformado y se quedó observando a los caminantes desde la distancia, sin moverse del sitio. Esperó a que se llevase a cabo el protocolo de seguridad para estas situaciones. El último blindado de la fila abrió el portalón trasero y vomitó dos soldados armados.

—Quédense donde están. No den un paso más y pongan las manos en alto —vociferó uno de ellos apuntándoles ambos con sus AK-47.

Sofía y Jalal se detuvieron en medio del camino e hicieron lo que aquel soldado les ordenaba, contentos hasta las lágrimas de sentirse a salvo

porque finalmente los camiones no habían pasado de largo.

—Acérquense despacio —volvió a ordenar el militar mientras seguían apuntando con las armas.

Entretanto, el que había dado la orden de parar desde la cabecera ya alcanzaba la cola del convoy.

—Identifíquense por sus nombres —les exigió, tomando las riendas de la situación y colocándose junto a los dos soldados. Instintivamente, estos tensaron el espinazo.

—Me llamo Jalal Yus... —trató de decir Jalal con la respiración entrecortada por el simple esfuerzo de mantenerse en pie, pero no pudo y cayó de rodillas. Tragó saliva e intentó hablar de nuevo.

Sofía se agachó para ayudarlo a levantarse.

—Él es Jalal Yusef y yo Sofía Román. Soy española. Huimos del Daesh. Nos han tenido secuestrados. Necesitamos ayuda..., ¡por favor!

La cara inexpresiva del militar le hizo dudar de que hubiese comprendido lo que Sofía le decía, pero era pura perplejidad. Un minuto antes, cuando el conductor del camión en el que viajaba el capitán creyó reconocerlos por haber visto sus fotos, él pasó por un momento de incredulidad y le costó comenzar a establecer conexiones entre el secuestro y el terreno que estaban atravesando. Decidió dar la orden de parar porque no podía afrontar un error semejante si el que llevaba al volante estaba en lo cierto.

—Ustedes son... ¿Cómo puede ser? ¿Cómo han llegado hasta aquí? —dijo finalmente.

—Escapamos anoche. Mi guía está herido, por favor... Son ustedes peshmergas, ¿verdad? —preguntó con recelo.

—No exactamente. Soy el capitán Alan Al Kanjo, de las fuerzas iraquís de la coalición —dijo acercándose a ellos para ayudarla a sostener a Jalal—. ¡Soldados! Ayúdenles a subir al camión.

En ese momento se escuchó un rumor de voces proveniente del siguiente vehículo y alguien salió de él. Era una mujer y le seguían dos hombres. Los tres iban de paisano.

ASHTI BARZANI (IRAQ). LA VOZ

Durante las largas horas de viaje con las IPJ, Ashti ya se había acostumbrado a este traqueteo continuo de los camiones de transporte militar recorriendo caminos de tierra. Roger iba a su lado y Dennis en la bancada de enfrente flanqueado por soldados que abarrotaban el interior del vehículo. La presencia de los tres extranjeros no era del todo grata a sus compañeros de viaje ya que les obligaba a apretarse aún más y las razones que les traían con ellos eran de nula incidencia en la misión. Es más, en caso de tener que defenderse de un ataque podían convertirse en un serio inconveniente.

El capitán del ejército iraquí, Alan Al Kanjo, le debía demasiados favores al general Justin Efron, de las fuerzas aliadas, para que les negara el transporte a sus amigos que, por una providencial coincidencia, tenían que llegar al mismo destino que el convoy militar. Aunque la salida proyectada hizo que tuvieran que quedarse en la ciudad dos días más, no había otra forma segura de viajar en aquellos momentos y no se preveían más movimientos militares en esa dirección. Así que Ashti se vio abocada a esperar de nuevo antes de reiniciar la búsqueda de sus hijos.

En esos días Dennis se había dedicado con pasión a atender a sus huéspedes y a intentar por demás establecer contacto con los Korkak. Estaba eufórico. Su deficiente producción de adrenalina, largamente aletargada por la falta de estímulos, había encontrado un nuevo acicate en la yazidí. A sus ojos se presentaba como un colmado de elegancia, gracia y talento, algo que ya le había ocurrido en otras ocasiones en que se creyó tocado por la magia del amor, pero siempre había concluido en una falsa alarma. Cualquiera nimiedad hacía que su devoción se volatilizara por el mismo efecto que tiene un roce en una pompa de jabón. Desde que llegó destinado a Erbil vivía en un estado emocional anodino y plano en el que una pared de piedra aparecía en sus sueños cada noche. Era obvia su

necesidad de emociones y especialmente de satisfacer su yo generando en otro ser esa adoración que tanto inflama el ego. Se había convertido en una adicción que le llevaba a confundir la atracción física con la conexión emocional. Lo cierto es que creía necesitar una relación de pareja estable y para ello trabajaba con ahínco el arte de la seducción. Sus efectos habían sido siempre los de un boomerang defectuoso que golpea el objetivo sin regresar nunca a quien lo lanza.

Por su parte, Ashti no era inmune a tan ejercitadas estrategias de seducción. Gracias a Sofía y sus experiencias amorosas sabía algo más de las relaciones de pareja y juegos de galanteo de lo que hubiese sabido si sus vivencias se hubiesen ceñido a la vida marital. Aún con estos pertrechos defensivos había comenzado a desear esos momentos de encuentro con el americano y a sentir con agrado el atropello de la sangre en sus venas cuando él le dirigía largas miradas de afecto o le dedicaba fervorosas palabras de admiración. Tenía esa sensibilidad de hacer sentir a una mujer admirada y deseada a un tiempo. Con Ashti aludía a su devoción maternal y al coraje puesto en la búsqueda de sus hijos; y era sincero. En verdad le conmovía el sereno tesón de esta joven madre en la dramática lucha por recuperarlos. En un primer momento, Blake trató vehementemente de convencerla para que se quedase en Erbil. Él acompañaría al suizo a Rabiaa y le traerían a los niños. Después, cuando comprendió que Ashti no iba a cambiar su decisión, ya se había hecho a la idea de realizar este viaje. Vio en él una aventura y pensó que seguir junto a ella unos días más le ofrecería la oportunidad de coronar su conquista. Estaba contento de que hubiera aparecido en su vida y, por primera vez, tuvo miedo de perder a una mujer. En esos días se levantó cada mañana con la cara y los ojos castaños de Ashti en la mente y en cada ocasión supo que tenía que seguirla. Pidió unos días de permiso y se embarcó en el viaje.

—Lo primero que haremos será ir en busca del registrador del campamento, un tal Hamed Nikpay. El señor Carter me ha pasado la información, pero ya no podremos contar con sus gestiones. Esta mañana me han dicho que ha sufrido una vinculación y se encuentra muy afectado anímicamente. Por el momento no será posible contar con él —dijo Denis, mientras se movía en un balanceo unánime hombro con hombro con los militares sentados junto a él.

—¡Otro caso más! Algo así tiene que ser muy difícil de asumir con serenidad —intervino Roger. Se giró para mirar a Ashty, sentada a su lado, y buscó su confirmación—. Aunque supongo que habrá diferencias entre intercambiar recuerdos con quien los ha cosechado durante una buena vida y alguien que ha pasado por experiencias duras y desgraciadas. ¿No es así?

—La primera impresión es un *shock*, sea quien sea la conexión —explicó ella—. Debo decir que para mí ha sido como ingresar en un mundo mejor que me ha proporcionado grandes ventajas. De todos modos, la experiencia no me predispone a renunciar a mi mundo.

Hablaban en inglés y por la indiferencia que mostraban los rostros de sus compañeros de viaje ninguno parecía entender la conversación o estar interesado en ella. Roger y Ashty observaron en silencio a un soldado limpiar con esmero el visor de su AK-47. Los otros miraban al frente a algún punto invisible que se encontraba en sus pensamientos o trabajaban la pantalla de sus móviles con los pulgares mientras sujetaban el arma entre las piernas apuntando al techo. Roger iba a disparar otra de sus preguntas cuando el camión se detuvo repentinamente. Ningún sonido reveló la razón de la parada. Quizás por eso mismo, hubo cierto nerviosismo en la soldadesca. Lo notaron en el movimiento de sus cuerpos, casi imperceptible, más bien una actitud de alerta.

El Humvee blindado disponía de dos ventanillas laterales en la cabina del conductor y otras dos en la parte delantera de la caja de transporte, quedando cegada la cola con la única luz del cristal trasero. Era esta la zona donde habían hecho sentar a los invitados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Denis, dirigiéndose a los soldados que viajaban junto a las ventanas.

—Como nadie respondiera, Ashty volvió a preguntar en árabe.

—No sabemos —dijo uno mientras se ajustaba la gorra—. Espero que esos cabrones no hayan puesto algún obstáculo en la carretera.

—Hay gente al borde del camino, campesinos, creo —dijo el de enfrente—. Estaban gritando para que nos detuviésemos.

—Ah, ¿sí? Pues no me parece buena idea que hayamos parado por eso. No puedes fiarte. Simulan ser gente local y te hacen saltar por los aires —volvió a intervenir el primero.

Unos segundos después se oyeron voces y todos callaron para escuchar.

—No saben que pasa —tradujo Ashti en susurros a sus dos compañeros—. Parece que hay unos campesinos...

Se interrumpió, se quedó con la boca muy abierta sin terminar la frase y frunció las cejas con gesto de concentración.

—¡Es ella! —gritó en árabe, poniéndose en pie—. Abran la puerta. Tengo que salir.

—Quédese donde está —le espetó uno de los soldados.

—Ustedes no lo entienden —dijo, buscando el dispositivo de apertura de la puerta trasera—, conozco a esa mujer.

Comprendiendo que eso no iba a hacerles cambiar de idea dijo:

—Es la mujer secuestrada por el Daesh. ¡Es mi hermana!

Roger y Dennis observaban la escena sin entender. Vieron entonces cómo uno de los hombres descolgó de la pared el teléfono que comunicaba con la cabeza del convoy y soltó una retahíla, tras lo cual, dio una orden y al momento abrieron el portón trasero.

—¡Ashti! ¿Qué pasa? ¿Adónde vas? —gritó Dennis.

—¡Es Sofía! —gritó ella sin detenerse, mientras saltaba al camino—. ¡La he oído! ¡Está ahí afuera!

Ellos se levantaron como resortes y la siguieron.

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). LA RED

Hoy el muchacho estaba eufórico. Después de la vinculación, y durante muchas horas, no había sido capaz de asimilar el espectro tecnológico que conformaba las destrezas de Angelo, pero en las últimas tardes se había abierto camino por los tejidos informáticos y sus protocolos, confirmando que Dong Myon-Chol era uno de los cargos políticos gratificados con la confianza de poder acceder a la red universal, tal como había sospechado. Solo dos jornadas más le bastaron para tomar el control del sistema y detectar sus vulnerabilidades. Había creado un usuario de tipo administrador y averiguado en los archivos del sistema operativo la identificación y contraseñas de entrada a Internet. De momento podía establecer un primer contacto con Angelo, algo muy básico, que sería difícil de detectar o de llevar a sospechas.

Dos días más tarde, desde la cuenta de correo de Angelo y a través de la [intranet nacional](#) norcoreana, conocida como [Kwangmyong](#), salió un mensaje.

La intranet del sistema de Dong Myon-Chol conectó con el Internet global y lo envió a la red de Microsoft para ser trasladado en apenas unos milisegundos a la misma cuenta de usuario de la que había partido. De ahí fue entregado al ordenador de Angelo por su compañía telefónica.

Pero aún le quedaba mucho trabajo por delante antes de que pudiesen entablar una comunicación fluida.

Por lo que Sun Young le había contado, debía sospechar que todas las [direcciones IP](#) del país capaces de conexión exterior, incluido el PC de Dong Myon-Chol, estarían bajo el estricto control de los servicios de vigilancia del gobierno. Por consiguiente, antes de atreverse a mandar y recibir correos electrónicos sin miedo a la censura, tendría que construir una barrera que bloquease el spyware operante. A partir del momento en

que ejecutara esa barrera tendría un tiempo limitado antes de que el gobierno detectase el bloqueo y diera la alarma. Calculaba que serían seis o siete días a lo sumo. Pasado ese tiempo, debería salir del PC, volver todo a su lugar, tal como lo había encontrado, y no dejar huella alguna. Ya no podría volver a asomarse al mundo por esa ventana.

Tuvo que barrer la idea de su mente con rapidez pues le resultaba tan penosa como si le pidiesen que se retirase a vivir al fondo de un pozo profundo. Por primera vez en su vida tenía el control sobre algo que nadie le había ordenado hacer y podía poner en uso conocimientos diestros que le hacían sentirse libre. Sin acceso al ordenador de Dong Myon-Chol su vida seguiría en el mismo punto muerto ¿Para qué le habría servido toda esta experiencia? ¿Para qué presentar ante él una vida prodigiosa si solo le estaba permitido anhelarla? ¿Los suyos eran sueños de segunda mano? ¿Tendría que volver a esta postración de muerte en vida tras su vinculación con Angelo? Y, si no, ¿qué esperaba? Tuvo que reconocer que su abuela tenía razón. En su fuero interno estaba albergando la esperanza de encontrar una vía de huida hacia ese otro mundo que ya le pertenecía. Porque lo había vivido y lo conocía no concebía renunciar a él. La huida no podría ser a través de un ordenador, pero sí sirviéndose de él para hacer llegar un SOS a las personas que habitaban al otro lado. Todos lo que allí ahora sentían algo por él.

Pero no. Todo era una locura. Algo se le encogió por dentro cuando lo pensó con más detenimiento. Si su vinculación solo afectaba a Angelo entonces ese mundo no le pertenecía. Los demás, quienes lo habitaban, no eran de los suyos. No podían sentir por él lo que él por ellos. La madre de Angelo, Marcelo, Tina...

¿Por qué, sin embargo, estos pensamientos no desarmaban sus planes ni abatían su ánimo?

Esa noche, después de la cena, que él tomó al pie del porche donde se sentaba a comer su ración de kimchi, fregó la vajilla y le dieron permiso para recoger los desperdicios. Estos eran sabrosos. Había muchos huesos sin pelar porque los niños no sabían comer bien las costillas de cerdo. También un poco de arroz que habían dejado en los platos, además de un par de lichis que empezaban a picarse. Todo ello serviría para alimentar a su abuela y complementar su propia dieta.

Volvía a casa colmado por una extraña sensación, un sentimiento de euforia rebozado de felicidad cuando encontró a Sun Young en el camino. Iba a su encuentro y se la veía excitada.

—Tengo buenas noticias, pequeño. [Bon-Hwa](#), mi capataz, ha vuelto a darme trabajo en la granja. Y no solo eso, mandó repartir doble ración de kimchi a todos sus trabajadores.

—¡Qué bien!, *halmeoni*, y ¡qué extraño! ¿Ha sido duro el trabajo? —se preocupó Seung Ho, acoplando su paso a las caderas renqueantes de la mujer.

—¡En absoluto! Me ha puesto a recoger los huevos y a vigilar a las gallinas. Ningún trabajo realmente. Solo pasear entre los comederos. A ese hombre le pasa algo. Se comporta de un modo extraño.

Ella reflexionó unos instantes y le preguntó a su nieto:

—¿Recuerdas si en la redacción del periódico se hablaba de otros casos como el tuyo y cuántos se habían producido?

—Entonces se sabía de cientos de afectados pero su número aumentaba día a día. ¿Está pensando que la actitud de ese hombre puede deberse a una vinculación?

—¿Por qué no?

—Es triste pensar que nuestros verdugos solo puedan humanizarse si se les pone literalmente en la piel de otro. —Hizo esta reflexión todavía un poco trastornado por el ataque sufrido dos días antes.

—Me pregunto en qué piel habrá ido a caer [Bon-Hwa](#) para arriesgar tanto. Si llega a saberse lo que está haciendo, ese hombre tendrá serios problemas.

—¿Sabe, abuela? Podría haber otros a nuestro alrededor en la misma situación. ¿Y si fuese un fenómeno que llegue a afectarnos a todos? Algo así ayudaría a arreglar el mundo. Sería la tormenta perfecta.

—¿La qué?

—Olvídelo abuela, es solo el título de una novela.

—Sabes tantas cosas ahora que yo desconozco. Mientras tomas la comida que llevas ahí me vas contando historias del mundo de Angelo.

—Pero usted también...

—Sshh. Ni pensarlo —Sacudió la mano en el aire—. Yo ya estoy servida con la ración que me han dado.

Al día siguiente, Seung Ho estuvo trabajando a la desesperada en el bloqueo del spyware que permitía al gobierno supervisar los movimientos de los usuarios en la red. Tenía muy poco tiempo. Solo una hora de las dos que la señora se ausentaba por las tardes y le quedaba media. La otra debería usarla en justificar alguna tarea realizada en la casa y la agotó sin lograrlo. «Mañana», se dijo con optimismo. Mejor no tentar a la suerte. Si andaba con prudencia nada saldría mal. Cogió el bote de pintura y la brocha y comenzó a pintar la verja del jardín. Era una verja de madera, sencilla y baja, el único elemento afable del exterior del edificio, que no era otra cosa que una nave prefabricada dispuesta de espaldas al resto del gulag y cerca de la puerta de entrada del sureste.

Dado que el campo veintidós ocupaba una superficie de doscientos veinticinco kilómetros cuadrados, esta puerta se hallaba a quince de la ciudad de Hoeryong mientras que la entrada principal estaba situada al otro extremo, en el noroeste, a unos siete kilómetros de la frontera con China.

Otra veintena de naves, aquellas de una sola planta y sin cercado ni patio exterior, se alineaban con la del administrador para formar un complejo de viviendas. Albergaban a una parte de los guardias que residían en el campo. La mayoría de los casi mil guardias que hacían las funciones de vigilantes y capataces vivían en la ciudad y solo una pequeña parte pernoctaba dentro del gulag en viviendas construidas en varios sectores. Un gran número de administrativos se desplazaban también todos los días de la ciudad a la prisión.

Cuando regresó con Sun Young quiso tranquilizarla contándole verdades a medias. Le dijo que había visto al administrador entrar en la red y que algún día, cuando marcharan a la ciudad entraría a comunicarse con Angelo. No le contó el riesgo de ser detectado que podía correr ni sus ilusiones de fuga. No todavía. A ella le pareció ver en él algo diferente. Estaba como crecido y, a pesar de su aparente serenidad, percibió una viva agitación en su mirada y en sus gestos. Aun así, Sun Young se tranquilizó, también a medias.

ANGELO TONIUTTI (ITALIA).

EL ACUERDO

Desde su escritorio Tina vio entrar a Angelo y enseguida se dio cuenta del cambio. Era un hombre repuesto de un *shock*, del abatimiento al que había sido sometido en los últimos días. Cuando lo visitaba todas las noches al salir del trabajo él pasaba muchos momentos de distracción, absorto en un mundo interior, casi como un autista. Había llegado a preocuparla seriamente. Por eso, aunque estaba más delgado y unas bolsas azuladas habían emergido bajo sus ojos, observó complacida cómo, mientras se encaminaba a su mesa de trabajo, saludaba a algunos colegas de la redacción. Cruzaban frases joviales y le daban palmaditas en la espalda y palabras de ánimo. Al llegar a la mesa, Angelo echó un vistazo a sus cosas como para comprobar que todo estaba donde lo había dejado el último día que trabajó. Fue el día antes de que su corazón comenzase a latir por dos seres. Sin sentarse, miró hacia el sitio de Tina, la saludó con la mano y se llegó hasta ella. En ese momento, Tina sintió que admiraba a su amigo por sobreponerse y encauzar su mente en vez de dejarse llevar por paranoias infructuosas. Estaba orgullosa de él.

—Estas estupendo, Angelo —le dijo, y le regaló una mirada cariñosa.

—Sí, estoy mejor y ¿sabes por qué?

—Déjame que lo adivine. ¿Has tenido noticias!

—Tengo a Seung Ho en comunicación directa. Hemos estado chateando durante más de una hora.

—¡Genial! Cuenta, cuenta, ¿cómo ha sido?

—Al principio extraño, pero emocionante. Para mí significa el primer paso para acabar con su pesadilla. Para él es, además, el comienzo de una nueva vida. Está ilusionado, Tina. Toda su existencia ha sido un infierno y ahora aparece dentro de él un mundo alucinante. Al menos, así es como me lo ha relatado.

—¿Le has mencionado la posibilidad de ayudarles a salir de ahí?

—Claro. Y los sacaremos. Se lo he prometido.

—¿Se lo has prometido? Joder, Angelo, ¿y si no fuera posible?

—Tiene que serlo, o pasarán el resto de su vida hundidos en la miseria.

—Angelo, tú no eres responsable de sus vidas. Hay miles de personas en esa misma situación sin que podamos hacer nada por ayudarlas.

—La vida de los demás no me incumbe. La de mi abuela sí. Algunas veces no puedo contener las lágrimas cuando pienso en ella. Es duro saber que por mil motivos cada día que pasa puede ser el último para Sun Young, y no por su edad, sino porque está consumida por el hambre, el trabajo y las penurias. Debo ayudarles a salir de ahí cuanto antes. Y ¿sabes por qué?

—Claro, Angelo. Te identificas con ese muchacho y sientes el mismo cariño que él por la abuela. Eso se llama empatía, cielo.

—Si los abandono, no podré seguir con mi vida. Sé que los recuerdos de Seung Ho se apoderarán de muchos momentos importantes de la vida de Angelo. Sé que me será difícil concentrarme en el trabajo, disfrutar de un *risotto* en el Cambrinus o de un paseo por la Toscana.

—De acuerdo. Lo entiendo perfectamente. Pero ¿qué piensas hacer?

—Tengo que ponerme en marcha enseguida. Dentro de unos días se interrumpirá la comunicación y no habrá nada que hacer.

—¿Cuántos días?

—Cinco o seis, con suerte. Sin suerte, podrían detectar la maniobra informática de Seung Ho hoy mismo, aunque es poco probable. Escucha, Tina, yo solo no podré llevar a término mi plan.

—¿De qué plan hablas?

—He recabado la ayuda del periódico en esta empresa. Si se implica, todos tendremos algo a ganar. A mí me ayudarán a sacarlos del país y el diario tendrá una hermosa gesta que contar en exclusiva.

—Sí que vas rápido —dijo ella—. ¿Has hablado ya con Arioldi?

—Es lo primero que hice al llegar. A las ocho me presenté en su despacho. Al final creo que se ha convencido de que al periódico le conviene el asunto. Enseguida lo sabremos.

A mitad de mañana apareció en la sala Pietro Arioldi, el editor jefe, y él mismo en persona comunicó la decisión tomada en junta extraordinaria. El

proyecto sorprendió a todos. Se trataba de apoyar el plan de fuga del norcoreano vinculado con Angelo. Si todo salía bien, convertirían la historia en noticia de primera plana. Sería el primer medio informativo en poner ante el mundo un relato real de supervivencia, consecuencia de una vinculación «liberadora». Pedía, por tanto, la colaboración de una parte del personal para llevar a cabo la empresa. Antes de salir dejó a los jefes de redacción encargados de elegir colaboradores, explicar los detalles y coordinar la tarea. Todo tendría que llevarse a cabo en unos pocos días por lo que el momento de comenzar era ¡ya!

En cuanto se formó el equipo, celebraron la primera reunión. Se trataba de una doble huida: primero del gulag y luego del país. Se barajaron muchas opciones, pero todas tropezaban con la dificultad de ejecutar la primera etapa del plan: sacar a Seung Ho del campo. Necesitaban un cómplice dentro de la cárcel y, para localizar a ese cómplice y negociar con él, también haría falta un contacto dentro del país. Decidieron que lo más expeditivo era hablar con su corresponsal en China, puesto que cualquier acercamiento a Corea del Norte debería hacerse desde la frontera china o surcoreana, siendo la primera la más accesible desde el punto de vista de la vigilancia fronteriza, además de que el periódico no contaba con corresponsal propio en Corea del Sur y el campo veintidós estaba situado en el extremo nordeste del país, lindando con la frontera china.

A la una del mediodía, siete de la tarde en Pekín, mantuvieron una larga conversación con Marco Gaballo, responsable de cubrir la actualidad en el Lejano Oriente. Este conocía a alguien que conocía a un transportista que colaboraba con una organización clandestina dedicada a la evasión de ciudadanos de Corea del Norte. Esa misma noche, Gaballo localizó al contacto, que le informó de que el siguiente traslado iba a producirse ocho días más tarde.

—¡Joder! Es demasiado tiempo. El riesgo es muy alto —dijo Angelo, contrariado—. Los servicios de seguridad detectarán la intromisión informática antes de esa fecha.

—¿Y qué? —exclamó Tina—. Si Seung Ho borra toda huella de su paso por ese ordenador, será el último en despertar sospechas. ¿Pues no lo tienen por un chico ignorante nacido y crecido en la barbarie del gulag?

—En eso tienes razón. Sin embargo, no nos conviene tener por allí husmeando a los servicios de seguridad en plena huida y resulta demasiado arriesgado llevar a cabo el plan habiendo perdido la comunicación.

—¿Por qué no escapar unos días antes de la recogida? Cuanto antes, quiero decir —sugirió una colega de la sección internacional, la que había hablado con Gaballo.

—En ese caso, habrá que disponer un refugio para que Seung Ho se esconda mientras espera el día de su traslado a China —observó otro de los compañeros participantes en el proyecto.

Su jefe de sección lo había seleccionado por ser el único que había pisado suelo norcoreano. Fue cuando le tocó cubrir la conferencia del Partido del Trabajo celebrada por Kim Jong-Il en 2010.

—Tengo que deciros algo que olvidé aclarar. Tendremos que planificar en plural porque Seung Ho no irá a ninguna parte sin su abuela —dijo Angelo con tono categórico, como para dejar zanjada la cuestión.

—¡Eso además! —exclamó con fastidio la de la llamada a Gaballo.

—Sí. Eso complicará las cosas —dijo Tina—, pero me da la impresión de que es un «lo tomas o lo dejas». ¿No es así Angelo?

En los días precedentes, en casa de Angelo, durante las veladas de confidencias tomando una copa en el velador del jardín, Tina había comprendido que Sun Young era para «ellos» más que una abuela o una madre. Ella era todo lo grato que Seung Ho conocía de su breve experiencia vital. Era su alimento, su mundo exterior y su única fuente de enriquecimiento interior. No le extrañaba pues la actitud de Angelo con respecto a las exigencias de Seung Ho. Se dio cuenta de que también él deseaba tener a Sun Young cerca, para arroparla y alimentarla, tal como había hecho ella por el pequeño cuando el hambre hacía estragos en su propio cuerpo. Y, sobre todo, anhelaba obsequiarle con lo que para ambos era pasión: todo un arco de novedades científicas y tecnológicas que ella se había perdido. Quería ver a Sun Young fascinada cuando le pusiera al día de los avances de la ciencia y la tecnología que habían ido nutriendo al mundo durante su destierro.

A las once de esa misma noche el equipo se reunió en la sala de redacción a la espera de comunicar con Seung Ho. Necesitaban detalles precisos antes de comenzar a trabajar en el plan de rescate.

Al día siguiente, Gaballo se ocupó de contratar los servicios de la organización. Pagaron una suma importante de yenes para que desde el lado norcoreano alguien contactara con uno de los guardias del gulag en un momento en que se encontrase en la ciudad fuera de servicio. Seung Ho recomendó tantear a un guardia llamado [Bon-Hwa](#), un hombre que consideraba más susceptible de querer colaborar. Al tratarse del capataz de Sun Young, ella podría averiguar la matrícula de su coche para su seguimiento y abordaje en el lugar apropiado.

La sorpresa fue que Bon-Hwa, aunque aceptó el trato y también una fuerte cantidad de dinero a cambio, planteó una exigencia inesperada: ocupar una de las plazas del vehículo que iba a cruzar la frontera.

Al no contar con la evasión de Sun Young ni la del guardia, el coste de la operación se había triplicado inesperadamente. Arioldi puso el grito en el cielo y canceló el proyecto hasta nuevo aviso. Debía hacer la consulta del gasto al consejo editorial.

SEUNG HO Y ANGELO TONIUTTI (COREA DEL NORTE). EL CONTACTO

[Senza tema] Giovedì, 5 di giugno, 2014, 11:29

Principio del formulario

Final del formulario

Di: «Angelo Toniutti» <angetoni@ilmessaggero.it>

Per:<angetoni@ilmessaggero.it>

CC:

CCO:

Caro hermano,

Mejor que nos comuniquemos en italiano para ganar tiempo si estos mensajes fuesen interceptados.

Superadas algunas trabas económicas, por fin se ha puesto en marcha el plan y hemos dado los primeros pasos. El periódico se ha implicado a fondo. Hemos contactado con el guardia que nos recomendasteis. Todo ha ido bien. Estamos barajando el día seis como día X. Habla con la abuela sobre la fecha para saber si es idónea. Ella conoce mejor los intrínquilis que mueven el campo. El guarda aparcará el coche donde siempre lo hace, en la explanada de Jungbong-Dong, junto al seto que linda con el bosquecillo. El maletero se quedará abierto para que os introduzcáis en él a las siete y media de la tarde —la salida del trabajo es a las ocho, ¿verdad?—. Una vez en Hoeryong, os dejarán en una dirección de la parte noroeste de la ciudad. Tendréis comida y agua para el tiempo que habéis de esperar ocultos. Es importante que no se note vuestra presencia en la vivienda. Ningún vecino debe veros ni oíros. En el gulag se armará un gran revuelo cuando descubran que habéis huido y sabes bien que no escatimarán medios para buscaros, incluso en la ciudad. El capataz os indicará el momento y el punto de encuentro. Esa será la única

salida que deberéis arriesgar.

Tened valor.

Un fuerte abrazo.

¿Quién podría explicar lo que Seung Ho sintió entonces? Solo decir que al leer estas palabras recorrió su cuerpo un estremecimiento de excitación. Cuando llegó a la puerta de su cabaña esa noche, tenía el pulso más acelerado que de costumbre y un cosquilleo en el estómago. Sonrió. Estaba listo para comprometer a Sun Young en la aventura de la libertad.

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). EL COMBATE

Alejados del grupo de barracas, sentados sobre el tronco caído de un pino de geumgang, Seung Ho y Sun Young repasaron el plan y los horarios incluso más veces de las necesarias. La noche había cerrado y el toque de queda era inminente, pero no querían dejarlo. En la oscuridad no podían ver sus rostros, pero notaban en el tono del otro esa alegría nerviosa que provoca la convicción de un sueño que se cumplirá. Se acostaron a tuestas y en silencio cuando había ya concluido el suministro de luz. La bombilla de su barraca no se encendería de nuevo hasta el día siguiente durante dos horas y de nuevo a la noche, por otras dos horas. Cuando la excitación cedió y por fin se durmieron, sus sueños se plagaron de actividad.

Una hora antes de que amaneciera abandonaron la cabaña como siempre para ir al trabajo. Aunque era jueves y habían decidido no hacer ningún cambio en su rutina diaria, Seung Ho se lavó con el esmero de los domingos, día en que se entraba a trabajar dos horas más tarde que el resto de la semana. Se convenció de que la bonanza de las temperaturas le instaba a una mayor higiene, aunque él mismo se percató de otra novedad: Sun Young había guardado un objeto inusual bajo la pechera de su ajada camisa gris. Era un regalo de su esposo, que había escondido y conservado a lo largo de todos esos años y que en cierta ocasión había descubierto al muchacho para ilustrarle en una de sus lecciones: un curioso abrecartas con la representación en relieve de un átomo que decoraba la empuñadura, ancha y plana. En el centro aparecía tallada la figura del núcleo, una especie de grumo de protones y neutrones. Varios óvalos concéntricos representaban la trayectoria de los electrones simulando girar alrededor del núcleo.

La noche anterior también habían acordado no llevar nada con ellos, pero entendió que aquel objeto había sido el cordón umbilical que la mantenía conectada al mundo exterior y a su pasado; que no era solo el símbolo del amor que un día gozó con su esposo sino también el de sus viejos afanes compartidos por desentrañar las leyes del universo. Para su abuela, según siempre le había arengado, son esos afanes los que dignifican al hombre y elevan su humanidad en la sucesión de la vida. Sun Young necesitaba llevar consigo una seña de identidad cuando hiciera su entrada en la nueva sociedad, tan desconocida para ella. Le daba seguridad. Atenuaba el miedo que había empezado a sentir ante lo que le esperaba al otro lado.

Cuando Seung Ho llegó a la casa del administrador, vio que había luz en el interior. Todos parecían estar en pie a pesar de la hora. Presintió que había sucedido algo grave y se llenó de inquietud. Cruzó el cercado e, indeciso, se acercó hasta la puerta. En el zaguán aguzó el oído y escuchó voces desconocidas. No logró entender lo que hablaban. Lo único que podía hacer era aplicarse en las tareas habituales, que iniciaba a diario con la limpieza de las zonas exteriores. En poco más de una hora le sacarían la escudilla con su ración para el desayuno, cuya espera, a pesar de la costumbre, era una tortura para sus entrañas. Quizás entonces podría averiguar qué es lo que estaba pasando allí adentro.

Mientras barría el suelo del porche se topó, al volver el chaflán, con la ventana del despacho que estaba iluminado. Dentro vio a dos individuos con uniforme militar y expresión grave, demasiado grave para no alarmarse. Hablaban con Dong Myon-Chol frente a su ordenador. La mujer del administrador permanecía a unos pasos de los hombres, el rostro lívido y la mirada expectante, claramente asustada.

Seung Ho estiró el cuello para intentar ver la expresión de Dong Myon-Chol y, en ese preciso momento, este volvió la cabeza hacia la ventana y lo sorprendió observando. Al muchacho se le congeló el rostro. Tuvo la seguridad de que su jefe podía atravesar su piel, su cráneo y llegar hasta la materia gris que había dentro para captar sus pensamientos, pues los ojos se le agrandaban cada vez más, o eso le pareció a él. Seung Ho dirigió lentamente la mirada hacia el suelo y siguió barriéndolo, aunque su corazón y sus piernas le pedían que echara a correr y no parase hasta darse de bruces con el muro exterior. Se tranquilizó razonando sobre la situación.

Debían haber captado el bloqueo del spyware horas antes de que él lo restaurase. Por suerte, la tarde anterior había ejecutado el plan hasta su conclusión. Después de leer y releer el último mensaje con las instrucciones de la huida había borrado todo rastro de su paso informático por allí. Incluso el spyware estaba otra vez instalado y al quite. Además, él era Seung Ho, un preso nacido y criado en el gulag. Un infeliz ignorante que apenas servía para las toscas tareas que le encomendaban cada día. Aun con todo no pudo evitar sentirse como una presa cogida en la trampa, esperando a que llegue el cazador a rematarla.

El ruido seco de la manivela al abrirse la puerta le pilló por sorpresa y el sobresalto le hizo zarandear el badil y aventar otra vez por el suelo toda la basura recogida. Los militares se marchaban y Dong Myon-Chol y su mujer salían a despedirles a la puerta. Serviles hasta la náusea, escucharon cabizbajos toda clase de advertencias amenazadoras. Con la última les daban veinticuatro horas para presentar al culpable de las irregularidades en el funcionamiento del spyware gubernamental.

Seung Ho se encontraba a unos cuantos metros de ellos, vuelto de espaldas, fingiendo estar absorto en la tarea de arrancar de los parterres las hojas marchitas.

Tan pronto como los dos hombres desaparecieron en el interior de su coche, la pareja quedó en silencio uno junto a otro, en el porche, los rostros descompuestos y la mirada perdida en la dirección en la que los inspectores se alejaban, tratando de digerir lo que les estaba ocurriendo.

Entonces unos chasquidos les sacaron de su estupor. Aspiraba a pasar desapercibido pero el roce de sus manos en las hojas secas hizo que las miradas se volvieran hacia el chico. De repente comprendió que se había hecho presente en el lugar. Sin querer, se encogió más de hombros y notó que le ardía la nuca. Al momento oyó la puerta cerrarse y unos instantes después, el llanto de la mujer de Dong Myon-Chol en el interior.

Cuando Seung Ho se recuperó del susto comprobó que nadie se había acordado de dejarle el desayuno. Iba a ser una larga jornada, no solo por la carga de ansiedad, sino también por los zarpazos del hambre, que ya era endémico en el cuerpo desnutrido del muchacho.

A las nueve y media el administrador le llamó y le ordenó ir a entregar mensajes a sus capataces. Le puso en las manos siete sobres iguales. Así

pues, todos los capataces de las siete secciones en que se dividía la colonia de Dong Myon-Chol debían recibir uno de esos mensajes, y eso incluía a Dong-yul, de la sección cinco.

La tarea iba a llevarle toda la mañana ya que tendría que recorrer la colonia de punta a punta.

La colonia de Dong Myon Chol, Namsok-ri, era la más extensa de las seis que componían el gulag número veintidós. Namsok-ri se dividía en siete secciones, todas a cargo de Dong Myon Chol y casi todas agrícolas. Cada sección estaba dirigida por un capataz, bajo cuyo mando había unos cincuenta guardias y otros tantos operarios para la administración y gestión de lo que se producía en los campos. Había otras tres colonias agrícolas en el gulag: Naksaeng-ri, Sawul-ri y Kulsan-ri. Una quinta, la de Chungbong-ri, era una colonia minera con una mina de carbón, un depósito de carga y una estación de ferrocarril. La sexta colonia del campo número veintidós era Haengyong-ri, donde había una fábrica de comida y otra de ropa. El carbón se destinaba a suministrar la planta de energía de Chongjin y la acería de Kimchaek mientras que la comida y la ropa se enviaban a la agencia de seguridad del estado o eran vendidas en Pyongyang y otras partes del país.

A estas horas los capataces estarían en sus puestos de mando. A las doce irían a almorzar y se reincorporarían una hora más tarde. Seung Ho iba de camino meditando sus posibilidades de esquivar a Dong-yul. Cuando un capataz se ausentaba por cualquier motivo era uno de los guardias quien tomaba el relevo. Quizás pudiese pasar por la sección cinco en ese momento. Recordó las palabras de Sun Young augurándole una muerte segura si volvía a ponerse al alcance de ese hombre y su ofrecimiento de hacer el recado en su lugar. Pero la solución que ella ideó entonces ya no era viable puesto que su abuela había vuelto a trabajar. Era impensable que un preso, por propia iniciativa, dirigiese la palabra a su jefe —por más que este fuera a ser su secreto libertador— y menos con el fin de pedir permiso para ausentarse del trabajo. El muchacho decidió, pues, probar suerte durante la hora del almuerzo.

Entregó mensajes en tres secciones, la uno, la dos y la cuatro. Calculó por la altura del sol que faltaba una media hora para el mediodía. Estimó que le

daba tiempo de entregar en la siete, aunque estaba un poco más alejada, y así hacer tiempo para llegar a la sección cinco en momento apropiado.

Comenzó a sentirse mareado y buscó unos arbustos detrás de los cuales sentarse sin ser visto, no fueran a acusarlo de ociosidad. Tenía la boca seca y le dolía el estómago. La fuerza de lo por venir le dio el empuje necesario para vencer la debilidad y ponerse en pie de nuevo.

Al entrar en los lindes de la sección siete se vio atrapado en una ejecución sumaria. Lo agregaron al grupo de espectadores forzosos cuando se dirigía a la caseta de mando del capataz. La participación le llegó en forma de culatazo en el hombro atizado por uno de los guardias. Con el empujón, Seung Ho sintió una opresión en la espalda y un dolor extremo cuando intentó levantar el brazo para no darse de bruces con los que se amontonaban delante. Varios de los guardianes se empleaban en repartir golpes y empujones entre las «no personas» con objeto de apiñarlos alrededor de siete desdichados, cinco adultos y dos muchachos muy jóvenes, que iban a ser ejecutados. Cuando los vio, su atención se desvió del dolor que sentía en el brazo al de aquellos que lo tenían todo perdido.

El aspecto de los condenados era deplorable, más aún, si cabe, que el de los demás presos. Habitualmente los acusados pasaban un periodo de encierro, durante el cual se les torturaba para que confesaran su crimen y la participación de otros presos en el delito. Sus rostros deformados y los harapos ensangrentados testimoniaban el ensañamiento al que habían sido sometidos. Sin embargo, no había miedo en sus caras, ni tampoco resignación, solo vacío. No quedaba nada en sus semblantes que les devolviera a la categoría de seres humanos. Primero ahorcaron a los muchachos. Eran tan livianos que compartieron una misma rama y el peso de sus raquíticos cuerpos apenas logró romperles el cuello. Pasó un largo minuto antes de que sucumbieran por asfixia. Dos de los otros cinco reos eran los padres de los despojos que colgaban del árbol. Tras ser obligados a contemplar la ejecución de sus hijos fueron fusilados junto a los demás adultos.

Cumplido el escarmiento se inició un lento y manso tránsito de dispersión con la vuelta al trabajo de los espectadores forzosos. La ejecución había durado más de una hora y Seung Ho consideró cambiar sus planes y dirigirse primero al sector cinco si quería llegar antes de que

Dong-yul volviese del almuerzo. Se sentía mal. Dobló el brazo y lo apretó contra su estómago sujetándolo con la otra mano. En esa posición de cabestrillo el dolor era soportable pero no se veía capaz de andar rápido. Justo cuando se daba la vuelta para desandar el camino alguien le gritó:

—¡Eh, tú! Tú no eres de esta sección. ¿Qué estás haciendo por aquí?

Seung Ho se giró. Era un guardia. Bajó la cabeza para responder.

—Traigo un mensaje para el capataz. De parte del administrador —dijo mirando al suelo.

—¡Ah! Bien, en ese caso, date prisa. Lo encontrarás en el tercer lote, detrás de los gallineros.

* * *

La tarde debía encontrarse ya cerca de las dos, al filo de que Dong-yul volviera a su puesto. Su solo recuerdo incrementaba el malestar físico de Seung Ho y le hacía desfallecer de debilidad. Tanto era el terror que le inspiraba. Camino de entregar el cuarto mensaje, estaba casi seguro de que el capataz habría vuelto del comedor y no tenía un plan B si eso ocurría. Así pues, decidió cambiar el orden natural de su recorrido y dirigirse primero a la sección de Bon Hwa, donde trabajaba su abuela. Después ya vería qué hacer.

Si hubiese visto algo que llevarse a la boca, siquiera unos granos que masticar o un poco de pienso de alguna granja, se habría lanzado a tomarlo sin pensar en las consecuencias, incluso teniendo tan reciente la vista de las ejecuciones. No había escarmiento válido cuando la naturaleza imponía la feroz necesidad de nutrirse. A pesar de que su cuerpo estaba acostumbrado a recibir muy poco, en estos momentos albergaba serias dudas de poder acabar su cometido con la energía que le quedaba. Aún tenía un largo camino que recorrer y la imagen de Sun Young rodeada de exquisitos huevos y del olor del pienso en los comederos de las gallinas se convirtió en un pensamiento pertinaz mientras caminaba hacia la sección siete, la más alejada dentro de los lindes del gulag.

El capataz Bon Hwa se encontraba dentro de su oficina, una pequeña garita prefabricada de chapa, elevada sobre el terreno y con ventanas de cristal en sus cuatro paredes por donde controlaba en un ángulo de

trescientos sesenta grados lo que ocurría dentro de su pequeño feudo. Vio llegar a Seung Ho colgado del brazo de uno de sus guardias.

—Este dice que trae un mensaje del administrador para ti, Bon Hwa —dijo soltando al chico ante la puerta de la oficina—. Le he visto caerse en el camino y he tenido que ayudarle a llegar. Debe de estar enfermo.

—Bien. Pasa dentro a ver qué me traes —le dijo Bon Hwa.

Seung Ho dio los dos pasos que le separaban de la mesa del capataz y sacó uno de los sobres del bolsillo. Entonces decidió qué hacer, aunque fuese arriesgado. Más riesgo implicaba sucumbir justo ahora, cuando estaba a punto de ser libre.

—Me llamo Seung Ho —dijo, sin mirarle a los ojos—. Tenemos una cita esta noche.

Bon Hwa dio un respingo al oír esas palabras y miró a derecha e izquierda como para cerciorarse de que el guardia no le había oído. No, se encontraba afuera, lo bastante lejos.

—Ya me has hecho la entrega. Márchate —dijo con voz ronca, nerviosa.

—No puedo, señor. Tengo que ver a mi abuela.

El hombre se quedó como paralizado. Pasaron unos segundos sin que hubiese reacción. Iba a preguntarle para qué quería encontrarse con ella, pero decidió que ya habían intercambiado suficientes palabras. ¿A qué más se atrevería este muchacho si lo dejaba? Mejor no darle oportunidad. Sin levantar la cabeza Seung Ho miró de soslayo como para asegurarse de que el capataz seguía allí.

—¡Guardia! —gritó Bon Hwa.

—¿Qué, señor?

—Acompaña a este al gallinero. Tiene que recoger huevos para el administrador.

—Sí, señor.

El guardia agarró a Seung Ho por el brazo y salió con él de la caseta.

—Espera, guardia —le detuvo el capataz, poniéndose en pie.

—¿Qué, señor?

En cuanto lo dejes allí ve al huerto del otro lado de la acequia y cerciérate de que han sulfatado las patatas. Después ven a informarme.

—No se preocupe, señor, lo hará Chul-Moo, el guardia que se encarga de esa zona.

—¡Haz lo que te digo! —dijo con acritud.

—De acuerdo, señor —aceptó, sumiso.

Al entrar en la nave, golpeó la nariz de Seung Ho el tufo agrio y dulzón que exhalaba la mezcla de detritus de ave y pienso compuesto. Vio a su abuela al fondo moviéndose lentamente entre los comederos y caminó hacia ella por uno de los pasillos. Sun Young no lo reconoció hasta que estuvo a escasos metros y cuando lo vio el corazón le dio un vuelco. Su presencia allí era algo tan insólito que por un instante creyó que alguna cosa había salido mal en el plan o que, si no, verse juntos en un mismo lugar los tres desertores iba a delatar sus intenciones. Fue hacia él con paso nervioso y las cejas arqueadas, inquisitiva.

—Tranquila abuela —dijo él en voz baja al notar su desazón—, he venido a traer un mensaje del administrador.

—¡Menos mal! Me he temido lo peor —dijo en voz baja mientras dirigía miradas de soslayo hacia las puertas—. Tienes mala cara. ¿Qué ocurre?

—No he comido nada en todo el día y no me encuentro bien. Estoy sin fuerzas. Ayúdeme a recoger unos huevos para llevarme.

—¿Para llevarte? ¿Tú? —exclamó la mujer, abriendo mucho los ojos.

—Bon Hwa me ha dado permiso. Simula que los llevo para Dong Myon-Chol —aclaró él.

—Entiendo. Vamos. Cogemos también un poco de pienso. Cuando lo comas, ten mucho cuidado. Escóndete. Que no te vea nadie. ¿Has terminado ya el reparto?

—Todavía me faltan las secciones tres y cinco.

—¿Cómo que la cinco? No puedes ir allí.

—Tendré que hacerlo. Si no voy...

—¿Qué dice el mensaje?

—No lo sé. Viene en sobre cerrado.

—Pues, en ese caso iré yo.

—Pero, ¿cómo va a abandonar el trabajo...?

—Me iré dentro de un rato. Sin que me vean. ¿Qué puede pasarme ya? Aunque el guardia se percatase de mi ausencia, Bon Hwa no haría nada en mi contra y mañana ya no estaremos aquí.

—¿Y si simplemente lo dejo sin entregar?

—¡Ay! No sé... —dijo nerviosa, retorciéndose los dedos de una mano con la otra mientras pensaba—. No, no puede ser. Si en el mensaje se le ordena hacer algo esta tarde, antes de que te hayas marchado de la casa, podría descubrirse el engaño y Dong Myon-Chol te castigaría. Hoy no podemos correr riesgos. He dicho que iré yo —dijo ella tajante.

—Tenga cuidado, abuela. Ese hombre es un demonio.

—Tranquilo. No creo que se moleste ni en mirarme.

—Entonces, nos veremos a las siete y media en el lugar convenido. —
Sonó desazonado.

Era casi un ruego más que un recordatorio. Les quedaban apenas unas horas, pero sabían que en el gulag podían pasar demasiadas cosas en solo unas horas.

Sun Young hizo el recorrido de una sección a otra siguiendo el camino de tierra que las enlazaba. A mitad de trayecto, la vía de tren procedente de la mina de carbón que se encontraba en la parte más septentrional del gulag, discurría paralela al camino. Esparcidos por los campos, más de un centenar de espaldas de un color gris desvaído se movían lentamente apenas sobresaliendo entre los cultivos.

Puesto que la zona regada por Dong-yul era la más fértil y dedicada casi en exclusiva a la producción agrícola, se levantaba en ella un complejo de silos y pósitos para almacenar el cereal, el forraje y el grano, así como un buen número de naves para guardar las hortalizas y legumbres hasta que fuesen cargadas en uno de los vagones del tren. El camino finalmente serpenteaba entre las edificaciones que, en sus distintas etapas de construcción, habían sido dispuestas de manera aleatoria a un lado y otro de la vía férrea. Sun Young preguntó por el capataz y le indicaron que fuese al otro lado de los almacenes.

—Traigo un mensaje de Dong Myon-Chol —dijo Sun Young con la vista puesta en sus viejas botas mientras alargaba el brazo y ofrecía el sobre a Dong-yul.

Él la miró con aprensión. Como si fuese un despojo humano indigno de seguir en el mundo. Estaba empapada en sudor por el esfuerzo del camino. Su cabello gris se había encrespado y se le pegaba a la nuca. Bajo la ropa el vientre sobresalía de su delgado cuerpo y su espalda, a costa de andar siempre con la cabeza gacha, estaba permanentemente curvada.

—Ya te puedes ir. ¡Vamos! —dijo con una mueca de repulsión—. Me das náuseas. Más te vale desaparecer de mi vista antes de que cuente diez.

Estas palabras trajeron una idea siniestra a su mente y el gesto de asco mudó hasta convertirse en un rictus de sonrisa.

—¿Qué te parece esto? —dirigió la pregunta a Sun Young en un tono de suspense—. Si no lo consigues soltaré a Sal-inja —dijo desgranando las palabras como si le hablase a un niño—. ¿A qué esperas? ¡Vamos! ¡Corre! —tronó de nuevo la voz de Dong-Yul.

A Sun Young el corazón empezó a latirle en la garganta. Corrió con la mirada fija en el costado de la nave tras la que el camino giraba y se perdía. A Dong-yul el movimiento renqueante de sus anchos pantalones le recordaba las piernas de palo de una marioneta manejada por hilos. Se oyó una carcajada y luego la voz del capataz, vejatoria y divertida contando del uno al diez. Cuando llegó al diez, Sun Young seguía a la vista.

Otra vieja que come y no produce —dijo en voz alta, a sabiendas de que dos de sus guardias se habían acercado a curiosear—. Hay que acabar con todos estos. ¡Vamos, Sal-inja! ¡A por ella! —Atizó al perro soltando la cuerda que lo sujetaba.

Ella oyó el jadeo de la bestia en la distancia cuando le separaban unos metros de la curva y, mientras seguía corriendo, miró en todas direcciones tratando de encontrar algún refugio. No vio ninguno. Alcanzó el chaflán de la nave y giró en él, quedando oculta a la vista de los espectadores, pero no a salvo de las dentelladas del can. Este se abalanzó sobre ella tirándola al suelo con fuerza. El primer mordisco buscó el cuello de la mujer, pero ella había levantado el brazo instintivamente y la bestia se enganchó a él con fiereza. Sun Young sintió un dolor tan intenso que apenas se percató del tintineo que produjo algo al caer al suelo junto a su cabeza. Su instinto de supervivencia lo visualizó un instante después. Estiró hacia arriba el brazo libre, tanteó el suelo y, agarrando el abrecartas fuertemente por la

empuñadura, puso toda la energía que le quedaba en asestar una estocada mortal en el cuello del animal.

Empapada en la sangre de la bestia y en la suya propia, se desprendió del perro y supo que debía volar de allí sin perder un segundo. Si la agarraban la muerte sería más cruel si cabe que la que acababa de burlar. Le esperaba un suplicio coherente con el tirano, pero ahora, además, justificado por la venganza. Se puso en pie casi sin aliento y consideró abandonar el camino y echar a correr atravesando el bosque, pero comprendió que en ningún caso llegaría lo bastante lejos para distanciarse del olfato de los canes que quedaban. Toda ella hedía a sangre y el capataz no iba a tardar en mandar a uno de sus guardias a buscar al perro y comprobar si había acabado su trabajo. El sol aún estaba alto y no tenía donde ir hasta la hora del encuentro con Seung Ho y Bon Hwa. Solo si encontraba un refugio donde esperar y si lograba quitarse de encima toda su pestilencia tendría esperanzas de salvarse. Rasgó la manga que ya aparecía hecha girones y la ató apretada a la herida del brazo para que dejase de sangrar. Percibió entonces un vaho procedente del otro lado de las vías y vio una gran pila de fertilizante amontonado contra la pared de una de las naves, que se elevaba unos metros más adelante. Ella conocía bien ese aroma persistente que tantas veces había manipulado en su trabajo y se introdujo en aquel polvo hasta quedar completamente impregnada de su tufo de modo que allí se perdiese el suyo propio, al menos durante algunos minutos. Comprobó que su herida del brazo no sangraba. La puerta de la nave estaba abierta y se acercó. Asomó la cabeza con precaución. No había nadie. Era una nave inmensa. Flotaba en el aire un fino polvo cortado en secciones por algunos rayos de sol que se filtraban entre las rendijas de las ventanas. En un extremo yacían algunos aperos de labranza y herramientas de mano, en el centro un centenar de sacos de papel grueso habían sido llenados de cereal y otros tantos esperaban plegados en fardos para ser también colmados. En el extremo opuesto habían ido depositando grano en grandes montículos. Dos de aquellos montones ascendían hasta casi tocar las vigas que sostenían el techo de uralita. Uno era de maíz y el otro de cebada. Tomó dos sacos vacíos y alternándolos en sus pisadas para que no se le hundieran los pies, comenzó a escalar la montaña de cebada hasta llegar al rincón más alejado del campo visual de cualquier observador. Allí se enterró en el

grano y usó los sacos para crear un hueco en el que mantener libres la cabeza y las vías respiratorias. El suave aroma de la cebada anularía cualquier otro olor que hubiese quedado en su cuerpo.

No tardó mucho en oír los excitados ladridos de los perros y las voces alteradas de los hombres ante el inesperado hallazgo del cadáver del can. Un escalofrío de miedo recorrió la espalda de Sun Young mientras una acuciante sensación de náusea le anegaba el estómago. Se hizo un ovillo y esperó, sintiendo en su brazo el bombeo frenético del corazón.

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). LA SALIDA

Por fortuna el sector cinco se encontraba a no más de medio kilómetro del aparcamiento y cuando Sun Young llegó al discreto lugar donde Bon Hwa había dejado su coche, Seung Ho ya esperaba nervioso, medio oculto entre el auto y los arbustos que crecían al borde del lugar.

—¡Abuela! Deben de ser las ocho. Hace rato que... ¿Qué le ha pasado? — dijo conteniendo el volumen de su voz—. ¿Dónde ha estado? Va toda llena de... ¿Y eso? ¿Es sangre?

—La mayor parte no es mía —replicó ella con sobrealiento y una palidez nívea—, he matado a un perro de Dong-yul.

—¡Dios mío! Déjeme ver. ¿Está herida?

—No hay tiempo. Vamos, Seung Ho, metámonos dentro —dijo impaciente—. Me estarán buscando.

Primero ayudó a la mujer a introducirse en el maletero. Después se metió él y bajaron el portón quedando allí inmóviles y mudos, como sepultados en vida a la espera de una resurrección. Cuando, a los pocos minutos, el vehículo se puso en marcha la mente de Sun Young ya se había desvanecido.

Media hora después el coche se detuvo y alguien abrió el maletero.

—Salgan rápido —susurró Bon Hua tapándose la nariz. Era habitual que los presos oliesen mal, pero esto era demasiado. La mujer estaba sucia de cojones. ¿Dónde podía haberse metido?

—¡Abuela, vamos! Ya hemos llegado —dijo Seung Ho también en susurros mientras se incorporaba.

Sun Young yacía de costado, desmadejada, encogidas las piernas y con los ojos cerrados. El chico le sacudió el hombro suavemente y volvió a llamarla

con voz temblorosa.

—¿Qué le pasa? ¿No estará muerta? —preguntó el capataz alarmado. La sola idea de tener que llevársela y deshacerse del cadáver le puso los pelos de punta. Además, el olor que emanaba de su maletero era espantoso.

La mujer gimió con un sonido casi imperceptible pero suficiente para que Bon Hua respirase con alivio.

—¡Menos mal! Te ayudaré a sacarla de aquí y subirla arriba. No, espera. Podré con ella yo solo. Tú vigila la escalera. Si oyes portear avísame. Esperaré a que los vecinos se hayan ido.

Le echó por encima la manta que llevaba en el maletero y la envolvió en ella. Era tan liviana que se la cargó en brazos sin apenas esfuerzo. Cuando llegó al cuarto rellano el hombre la dejó en el suelo apoyada en la puerta, procurando no hacer ruido. Sacó una llave del bolsillo y se la dio a Seung Ho.

—Este es el piso. Yo ya he cumplido mi parte. A partir de ahora te las tendrás que arreglar solo —le informó en voz baja. Carraspeó despacito—, bueno, con la vieja.

Seung Ho arrastró a Sun Young hasta la entrada del apartamento tirando de los extremos de la manta y cerró la puerta tras ellos. Buscó el interruptor y a la luz brillante de la bombilla que colgaba del techo vio el rostro demacrado de su abuela, tenía los labios completamente lívidos y la respiración apenas era perceptible en su pecho. El polvo amarillento que la cubría, de pies a cabeza, incrementaba esa sensación de palidez. Se sentía aturdido e incapaz de afrontar la situación. Entonces se dijo que nada de esto tendría sentido si ella no estaba junto a él cuando llegaran al otro lado y tomó la determinación de salvar la vida de su abuela a costa de lo que fuese. Le puso una mano en la mejilla y trató de despertarla. Miró a su alrededor buscando algo que le ayudase. Se encontraban en un apartamento pulcro, ni por asomo como las viviendas que conocía de Angelo, ni siquiera como la casa del administrador, pero se le parecía y tenía todo lo necesario: un sofá, una mesa y varias sillas, y olía a limpio. De la pared del fondo se proyectaba una encimera de granito con tres pequeños armarios de cocina arriba y otros tres abajo. Se fijó en el grifo del fregadero y sintió como si le ardieran las entrañas. Cogió un vaso de un armario y lo llenó de agua. Después de beber con avidez se sentó en el suelo y apoyó la cabeza de Sun

Young en su regazo retirándole el pelo que se le pegaba a la piel. Le puso el vaso en los labios y susurró:

—Tranquila, abuela. Todo saldrá bien. Beba un poco. No puede rendirse ahora. Lo hemos conseguido. Despierte..., ayúdeme, por favor..., por favor... —le temblaban los labios. No quería llorar.

Ella se movió luchando por salir del sopor que la atenazaba. Dio un dificultoso trago de agua e intentó incorporarse. El muchacho la remolcó hasta el sofá y la acomodó allí. Desató el nudo que había estado conteniendo el flujo de sangre en el brazo, retiró el tejido ensangrentado y seco que lo cubría y emitió un hondo suspiro al ver el jirón de carne desgarrada que dejaba al descubierto un pequeño segmento de hueso. La herida no sangraba, pero estaba sucia y coagulosa. ¿Qué debía hacer? Rebuscó en los recuerdos de Angelo esperando que llegase alguna imagen del mejor proceder ante una herida de este calibre. ¿Debería lavarla con agua? ¿Era mejor tapanla o dejarla descubierta? ¿Debía tomar antibióticos para evitar la infección? Al parecer, su vínculo era un profano en primeros auxilios. Sintió un peso abrumador sobre los hombros. En su joven vida había visto cerca a moribundos con enfermedades y heridas atroces. Ellos mismos habían vivido cada segundo de su existencia emponzoñado por la amenaza de la muerte. Pero esto era diferente. A punto de alcanzar un sueño imposible, Sun Young volvía a ingresar en el mundo y esta vez era el mundo que en justicia le debía la vida. Hincó la cabeza entre los hombros y se entregó al llanto, un llanto de descarga.

—¿Estamos fuera? —barbotó Sun Young con un hilo de voz.

—Sí, abuela. Hemos llegado a la ciudad —dijo alborozado tratando de enderezar la voz aún quebrada. Se secó las lágrimas con la manga—. Ahora tenemos que curar esa herida, abuela. No sé qué debo hacer. Tendrá que decírmelo usted.

Ella entreabrió los ojos y trató de mover los labios. El muchacho acercó el oído a su boca.

—Busca medicinas —barbotó.

—¿Aquí?... ¿habrá medicinas? Voy, ahora mismo.

Recorrió el resto del apartamento: un dormitorio con dos camas estrechas y una mesita de noche entre ellas. Enfrente colgaban varias prendas de un perchero en la pared. No había armarios y la mesita no tenía cajones. Entró

en un cuarto de baño en el que había un retrete, un lavabo, una pequeña bañera y un armario de espejo sobre el lavabo. Todo le pareció nuevo y limpio como si estuviese esperándoles a ellos para ser estrenado. En ese momento sintió un deleite irrefrenable. El olor a agua corriente limpia, a sanitarios impolutos; el suelo de baldosas resplandeciente y la luz del armario, cálida sobre la fría roca blanca. Reconoció el estímulo de experimentar ese bienestar por sí mismo, con sus propios sentidos, y fijarlo en su memoria como preámbulo de lo que esperaba encontrar en el futuro. Sacudió la cabeza para desprenderse de esas sensaciones. Todavía no. Debía centrar en ella toda su atención. Una aprensión adquirida le hacía presentir que la vida de su abuela pendía de un hilo, y ese hilo era él. Encontró en el armario alcohol, vendas, algodón y un termómetro. También una caja de pastillas que por el nombre no reconoció su función. De vuelta al salón Sun Young lo observaba sin mover un músculo. Colocó todo sobre la mesita de centro.

—¿Eso es todo? ¿No hay más medicamentos? —preguntó en un tono que era una constatación más que una pregunta.

—No. Buscaré más. Puede que lo hayan dejado en otro lugar.

Se acercó al frigorífico y comprobó, tal como le había descrito Angelo, que disponían de alimentos para pasar varios días. Verduras y frutas y unos cuantos *bindaeduk*¹⁴ de soja verde y kimchi. En un armario también había té, arroz, latas de conservas y galletas.

—¡Abuela! ¡Hay comida! ¡Montones de comida de la buena! —gritó eufórico mientras ponía agua a hervir para el té sobre la placa de gas.

—Deberías bajar la voz —susurró ella.

—Es verdad, sí —dijo más bajito, encogiéndose de hombros con una sonrisa culpable—. ¡Que todo es para nosotros, abuela! —insistió como si ella dudase de sus palabras—, col, arroz, galletas... Quizás en algún cajón haya medicinas —dijo mientras se ponía a abrir todas las puertas de los armarios.

—No lo creo.

—¡Pero aquí hay comida como nunca habíamos visto en el gulag! También habrá medicinas. Voy a mirar bien en la cocina.

—No te engañes, pequeño. Esta comida no la encuentras en las despensas de la gente —dijo ella con voz entrecortada—, y estos analgésicos también son una excepción.

Seung Ho puso el termómetro bajo su axila y le tendió la infusión con una de aquellas pastillas. Le limpió la herida y se la vendó. Entre los dos dieron buena cuenta de las galletas. No había en sus recuerdos un placer semejante: ni entre la comida que hubiera ingerido Angelo ni entre la que pudiese llegar a probar Seung Ho. Se dijo que, si Angelo había organizado todo aquello, lo había hecho a conciencia. ¿Cómo prever la ayuda que Sun Young iba a necesitar?

Voy a llenar la bañera para que pueda darse un baño, abuela. He visto ropa limpia en el dormitorio. ¿Podrá hacerlo sola?

—Claro que sí. Me encuentro mucho mejor.

El calmante, las calorías ingeridas y la idea de introducir en agua caliente su cuerpo mugriento y zaherido inyectaron nueva fuerza a su voluntad de vivir, a pesar de que el dolor del brazo no dejaba de torturarla.

Se sumergió en el líquido acogedor durante un buen rato, su voluntad abandonada a la calidez del agua, sin deseo de cambio, hasta que empezó a hundirse en el sopor del sueño y se fue debilitando su conciencia igual que si se le hubieran agotado las pilas. La voz del muchacho se abrió paso hasta ella como si cayera desde lo alto de un pozo.

—Aquí tiene ropa limpia, abuela. Creo que es de su talla. ¿Se encuentra mejor?

—Mucho mejor, cariño. Muchas noches, desde que entré en el campo, soñé con un verdadero baño, uno como este. Ya nunca pensé que fuera posible.

Eran las nueve de la noche cuando se sentaron a devorar la cena que Seung Ho había preparado siguiendo las instrucciones de ella. De vez en cuando la bombilla pestañeaba y se quedaban a oscuras durante quince o veinte minutos. Nada sorprendente para una bióloga curtida en el arte de trabajar en laboratorio con el ritmo lumínico inconstante de Corea del Norte. De fondo se oía algún programa de música en la televisión del piso vecino.

—¿Sabes, Seung Ho? No creo que haya cambiado nada en este país. Cuando lo dejé, los analgésicos y antibióticos no estaban al alcance de cualquiera.

—Entonces, ¿tampoco aquí afuera pueden curar sus enfermedades o calmar el dolor?

—La gente utiliza los remedios caseros de la medicina tradicional, pero cuando se trata de algo grave a veces no son efectivos.

Después de acostarse se sumieron en sendas reflexiones sobre el futuro.

—¿Sabe, abuela? Añoro a mi madre —dijo de repente.

—¿Es posible que recuerdes a tu madre? Solo eras un bebé de tres años cuando...

—¡No! Me refiero a la madre de Angelo. Su voz, sus manos, y el olor a lavanda que impregnó mi... su niñez junto a ella. Mientras me bañaba, he recordado momentos y olores de entonces, cuando ella me lavaba junto a la bañera, y jugábamos con mi barco de goma a hacer viajes por mar.

Entre los dos discurrió un tiempo durante el cual la madre de Angelo estuvo omnipresente en sus pensamientos. Una especie de congoja se apoderó de Sun Young tras esta confidencia de su nieto, ¿o debía dejar de llamarlo así ahora que había encontrado una familia? Pero, reflexionó, en realidad esa mujer no albergaba ningún sentimiento hacia él. Ni siquiera le conocía. Eran dos universos compartidos solo en la mente de ellos, Angelo y Seung Ho. Nadie a su alrededor tenía razones para acoger con cariño a este muchacho extraño y, menos aún, a ella, una vieja parapetada tras el chico en una empresa incomprensible.

No duraron mucho sus cavilaciones. Con el estómago lleno y en aquellas camas limpias y mullidas cayeron rendidos como si el mismo Dios los hubiese acogido en su seno y arropado entre algodones.

Sin embargo, el primer pensamiento que acudió a la mente de Sun Young a la mañana siguiente fue el mismo que había tenido antes de dormirse la noche anterior: la imagen de Seung Ho, un muchacho desnutrido e ignorante y su abuela, una mujer envejecida e inútil, recibidos por un grupo de personas de raza diferente, cultura y costumbres extrañas y, en su caso, también de lengua desconocida. Y lo que más le preocupaba: ¿Cómo se ganarían la vida? ¿Iban a vivir de la caridad en ese país? Toda especulación

iba teñida de gris e impregnada de una desazón que la hacía agitarse incómoda en la cama. El dolor había retornado y sentía un intenso calor que parecía salir de su herida y extenderse hasta su cerebro. No quería pensar más en nada, pero su cabeza daba vueltas a todo y se empeñaba en analizar cada detalle de lo que se avecinaba con el más pésimo de los pronósticos. Se levantó, fue al cuarto de baño y se mojó la cara con agua fría. Seung Ho dormía como un leño y no quiso despertarlo. Pronto comprendió que su desasosiego era producto de la fiebre. Era lo que más temía. No tenían medios para atajar la infección.

¹⁴ Tortitas coreanas hechas con harina de frijoles chinos (mung).

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). LAS MEDICINAS

La mano de Sun Young, que el muchacho sujetaba entre las suyas, ardía, y el brillo que enfebrecía sus ojos lo tenía cada vez más alarmado, pero al rato el antitérmico que había vuelto a tomar empezó a hacer efecto. Así había logrado resistir algunos días. En esta ocasión también, la fiebre comenzó a bajar y el dolor a mitigarse.

—Ahora me encuentro mucho mejor. Podríamos seguir con nuestras lecciones de italiano, ¿no te parece? ¿Cómo se decía gracias? —preguntó Sun Young con una sonrisa torcida. Temió que si el muchacho sospechaba de su gravedad pudiese tomar una decisión arriesgada.

—Se dice *grazie*, abuela.

—Pues *grazie mi bambino* por cuidarme tan bien. Si te parece descansaré un rato mientras escribes unas cuantas frases más y yo las estudiaré luego —dijo, tratando de no reflejar en la voz el jadeo de su respiración.

—Bueno —replicó el chico con cierta cautela, pues no veía clara la conveniencia del esfuerzo que requería la actividad—. Voy a por papel y lápiz.

Ella tenía aún las mejillas arreboladas por la fiebre, lo que daba a su rostro un falso efecto de lozanía. Además, al cabo de tres días de buena alimentación los dos habían ganado peso. Las mejillas y las manos huesudas se habían rellenado ligeramente. Eso y el brillo de su cabello limpio, que en parte mantenía el color castaño sedoso de cuando era joven, sorprendieron a Seung Ho, que por primera vez vislumbró la belleza que en un tiempo había poseído el rostro de su abuela.

El muchacho pasó la mañana elaborando una lista, en ambos idiomas, de expresiones y frases útiles para su abuela. Después las leyeron varias veces

hasta que ella empezó a pronunciarlas con cierta claridad y a imitar la grafía latina de las palabras escritas. En un momento dado la mujer cerró los ojos y le pidió que la dejase descansar de nuevo. Cuando él la ayudó a tumbarse en el sofá, emitió una queja de dolor al apoyar el brazo en el asiento y Seung Ho se dio cuenta de que estaba empeorando. La piel volvía a arderle y el rostro estaba tenso. Esta vez el color había huido de su semblante.

—Voy a salir. Tengo que encontrar antibióticos —le dijo poniéndole la mano en la frente.

—Es muy peligroso. No lo hagas. Dame otra de esas pastillas y me bajaré la fiebre.

Hizo caso omiso de su advertencia.

—Dígame abuela, ¿qué debo buscar? ¿Hay farmacias en este país?

Ella suspiró y lo miró consternada. Le costaba un gran esfuerzo hablar.

—Las hay, pero los antibióticos antes eran un lujo... Supongo que seguirán siendo algo difícil de adquirir.

—¿Y cómo se cura aquí una infección?

—Los sustituyen con brebajes y pócimas de la medicina tradicional. Pero casi nunca funcionan —dijo tristemente al recordar la neumonía que se había llevado a su amado In Gyo Jin—. Bueno... quizás en los hospitales... pero no los dan a cualquiera.

—Abuela, voy a dejarla sola un rato. Procure dormir y no preocuparse. Volveré enseguida.

—Seung Ho, espera. Nadie te los dará sin dinero. Puede que a cambio de comida sí.

—Claro, claro. Me llevaré algunas cosas.

Desde el sofá en el que yacía recostada, lo vio trajinar por la despensa metiendo en una bolsa varios paquetes de alimentos, los que le parecieron más valiosos para las gentes de un pueblo que sufría escasez. Cuando lo tuvo listo besó a su abuela en la frente y se dirigió a la puerta.

—¡Seung Ho! —Sacó un amago de voz que fue apenas un suspiro.

—¿Qué, abuela?

—Acércate —dijo jadeando—. Escucha, pequeño. Todos ahí afuera son el enemigo. No confíes en nadie—. Tuvo que parar a tomar aire y continuó—.

Si has de correr riesgos, olvídalo. Solo queda un día para que nos recojan... aguantaré. En cambio, si nos delatan, estaremos perdidos. Recuerda, Seung Ho..., si tengo que elegir, prefiero acabar aquí... antes que volver al gulag. Sé prudente, cariño.

—Tranquila, abuela. Lo seré.

Cuando salió no esperaba encontrar a nadie en el ascensor. Era el primer contratiempo. La mujer que bajaba no abrió la boca durante el trayecto, pero la chiquilla que le acompañaba, aunque no parecía tener más de cinco o seis años, era una parlanchina nata.

—¿Vives aquí? —preguntó con una vocecita chillona.

Seung Ho, que no estaba preparado para esto, le respondió con un escueto «No», esperando que su frialdad desanimase a la niña de seguir hablando.

—¿Y por qué estás en el ascensor, entonces? —insistió la cría.

—No molestes más, Hee-Sook —la reprimió la mujer.

—He venido a visitar a alguien. —Se le ocurrió para salir del paso.

—¿A quién? ¿Al viejo Taeyang que está enfermo?

—Sí, claro.

—¡Aaah! —exclamó la pequeña, acabando aquí el interrogatorio con gran alivio para Seung Ho.

Era la calzada de una ciudad lo que sus pies pisaban por primera vez, pensó Seung Ho. Se sentía raro siendo libre.

Comprendió que, al fin y al cabo, esa inquietud era lógica. Nunca antes había caminado por otro suelo que el del gulag, entre alambradas y muros.

Avanzando por la acera, mientras su corazón palpitaba a cien por hora, pensó que, sin embargo, algo en este lugar no encajaba con lo que había esperado sentir a través del prisma de los recuerdos de Angelo. Faltaba movimiento, y un impulso vital que, por ausente, le resultaba opresivo. Sus pies avanzaban con precaución como si acusaran un temor propio. Pocos peatones y algunos ciclistas, pero ningún vehículo a motor circulaba por aquella calle en ese momento. Bloques de apartamentos de hasta seis alturas se sucedían a un lado y otro con la uniformidad del régimen. Los hierbajos crecían por los bajos y por las grietas de los tejados. Hacía tiempo que el azul con el que se pintaron las paredes había empalidecido y los desconchados dejaban grandes cercos grisáceos en las fachadas. Algunas

ventanas sin cristales habían sido cubiertas con plásticos y otras permanecían desnudas hasta la llegada del invierno. Tuvo que recorrer varias manzanas para encontrar el primer local comercial, una zapatería de mujer y, dos calles más allá, un taller de costura, donde se vendían también hierbas medicinales expuestas en cestas de anea junto a la entrada. Seung Ho entró y un carillón de viento anunció su presencia tintineando. Su mirada se topó de frente con la foto de los dos tipos que recordaba haber visto también en casa del administrador y que parecían vigilar a todo el mundo desde lo alto de la pared. Sus rostros dispensaban una sonrisa paternal y la altivez del gesto se mostraba en consonancia con su complexión física. De toda la gente que Seung Ho había conocido en su vida nunca había visto unas caras y unos cuerpos tan orondos.

Una voz muy joven le sacó de esa abstracción.

—¿Admirando a nuestros queridos líderes? —dijo una adolescente más preciosa que todas las chicas que él pudiese recordar haber visto nunca, ni siquiera en la vida de Angelo—. ¿Quieres algo?

«¡Ah! Son estos», pensó, mientras sus ojos quedaban ahora clavados en el rostro de la chica y trataba de pensar qué había venido a decir.

—¿Qué te pasa? ¿Eres un poco pánfilo o qué?

—Estoy buscando una farmacia —Se centró al fin—. ¿Puedes ayudarme?

Salir a atender esta llamada le había dado la oportunidad de descansar de la tarea. Su jefa, que era una tirana, no las dejaba hablar y las tenía horas sin quitar la vista de la costura. De momento no parecía llevar intención de darles un respiro. Mala suerte que no fuese un cliente para estar un buen rato de charla con la excusa de tomar el encargo.

—¿Qué cara tan seria! ¿Eres tú el enfermo? —preguntó con una sonrisa y ningún interés por la respuesta.

—No..., Sí..., bueno..., es alguien de mi familia.

—Síí, noo. Noo, síí —se burló ella soltando una carcajada que sonaba como el tintineo del carillón y que aceleró más aún el pulso del muchacho—. Te lo diré, pero tengo duda de que sepas llegar tú solito —Se le hizo una arruga en el entrecejo mientras pensaba algo—. Espera un momento. Ahora vuelvo.

Desapareció tras la cortina por la que antes había aparecido y Seung Ho se quedó con la inquietud del recuerdo de las últimas palabras de su abuela. El deseo de volver a ver el rostro de la muchacha le hacía permanecer clavado tras el mostrador, pero algo por dentro le decía que esta era una de esas situaciones de las que debía desconfiar. ¿Por qué se había ido? ¿Por qué le había dicho que esperase? Daba ya la vuelta para marcharse cuando oyó la voz de la chica a su espalda.

—Este es mi primo, señora. Vea usted misma que es... —Hizo pantalla con la mano en la boca y se acercó al oído de la mujer— un poco lelo. Tiene que comprar un medicamento para mi tía enferma. Si me da su permiso, le acompañaré a la farmacia. Volveré enseguida, se lo prometo.

—Te doy media hora —replicó la mujer con voz chillona—. Aún te quedan por quitar todos los hilvanes.

—Me llamo Sun Hee, ¿y tú?

Le hizo esta pregunta tan simple mientras bajaban ya la calle hacia la farmacia, pero a Seung Ho le cogió tan por sorpresa que volvió a quedarse mudo, pensando: «No puedo decírselo. Otro nombre..., otro nombre».

—Uhm... Myon-Chol —respondió con voz temblona mientras se daba cuenta del error.

Era poco probable, pero podría ser que ella conociese el nombre del administrador. Sería una gran coincidencia, pensó. Ambas cosas lo serían: que ella lo conociese y que él se llamara igual que uno de los hombres más importantes del condado de Hoeryong.

—Gracias por acompañarme.

—No me las des. Ya no podía más. La maestra Yang Mi es una mujer horrible.

—¡Ah! Claro —dijo Seung Ho sin saber qué debía decir.

—Es que además yo no valgo para coser. Lo mío es el pelo, ¿sabes?

—¿El qué?

—El pelo. Trabajar de peluquera.

—¡Ah! Ya.

—Tú no hablas mucho, ¿eh? —le reprochó ella sonriendo.

—Me gusta oír tu voz, pero si quieres hablaré.

—¡Qué raro eres! ¿Qué le pasa a tu pariente? El que está enfermo, digo.

—Tiene una infección. Necesita antibióticos.

—¡Haberlo dicho! En la farmacia no tendrán. Hay que ir al hospital. Bueno..., tampoco te los darán allí, pero como vas conmigo y me caes bien. Conozco a un enfermero... ¿Puedes pagar?

—No tengo dinero, pero tengo esto —Abrió la bolsa—. Hay un pato guisado y marisco deshidratado. También llevo una cecina de res y una bandeja de pastelillos de piñones y miel.

—¡Vaaaaya! ¿De dónde lo has sacado? ¿Tú comes estas delicias? —preguntó mirándole de arriba abajo con incredulidad—. Yo me quedaré la cecina. Lo demás se lo das a Seung y te conseguirá las medicinas. Es mi novio, ¿sabes? Hará lo que yo le pida.

—¿Está muy lejos el hospital?

SUN YOUNG Y SEUNG HO (COREA DEL NORTE). DAVID Y GOLIAT

Uno de los aspectos de Angelo que más desconcertaba a Seung Ho era su inclinación sexual. Desde un primer momento había tratado de no pensar en ello a pesar de la multitud de vivencias inherentes a la vida del otro que se hallaban ya en el arsenal de sus recuerdos. Ahora comprendía que esa atracción que sobre Angelo ejercían algunos hombres no se correspondía con sus propias ansias y emociones. Aún perduraba en su lívido la inquietud que el magnetismo de Sun Hee había causado en él, y en su garganta el nudo que se había tensado cuando ella miró de aquella forma al enfermero. Un hormigueo bajaba hasta su vientre si evocaba el quiebro de aquella cintura al caminar y cierta nostalgia se apoderaba de su ánimo al saber que no volvería a verla.

Siguió caminando y, con una sonrisa resignada, sacudió la mano para deshacerse de esas emociones. Miró el paquetito que llevaba en la otra mano mientras su sonrisa se iba ensanchando. «Misión cumplida —se dijo—. La abuela se recuperará y ahora todo irá bien. Lo presiento».

El corte de luz había dejado paralizado el ascensor y subió por las escaleras. Sacó la llave y, antes de introducirla en la cerradura, las vio. Se detuvo en seco y por unas décimas de segundo se le nubló la vista. El mensaje era claro, pero él no podía pensar con claridad. Aquellas palabras grabadas en la puerta: «**sono qui, fugge**»¹⁵ le alertaban y le daban una orden que no podía cumplir, pero tampoco sabía qué hacer. De esto no había hablado con Sun Young. No habían previsto cómo actuar si eran descubiertos. Ahora, por primera vez en su vida, se encontraba solo. Lo sentía como una tenaza oprimiéndole el pecho. ¿Qué estaría ocurriendo allá adentro? ¿Debía salir corriendo o esperar a saber si su abuela estaba

realmente en peligro? La imagen de Sun Young yaciendo en el sofá débil y febril se impuso sobre la prudencia.

Una hora después de que Seung Ho hubo salido en busca de las medicinas, Sun Young había empezado a sentir los efectos de los analgésicos y el dolor se había vuelto más soportable. La fiebre había remitido ligeramente y eso la había animado a ir a la ventana y vigilar la calle por una mínima abertura de las cortinas. ¿En qué dirección se habría ido?, pensó. ¿Por dónde lo vería regresar? Observó a algunas personas pasar caminando con paso tranquilo pero decidido. «Esta es la vida de la gente normal», se dijo. En el gulag llegó a dudar de que el mundo de afuera siguiera en movimiento tal como lo había dejado y sintió un gran alivio al ver de nuevo el paisaje urbano propio de una pequeña ciudad, de las que recordaba en la única salida de Pyongyang que hizo con sus padres cuando fueron a visitar a unos tíos que vivían en Sunchon. Todo parecía seguir igual.

Aquí la circulación de vehículos era aún más escasa que en la capital. Pasaron varios transeúntes en bicicleta y también un par de coches, uno de los cuales aparcó a la sombra del callejón que, desde la ventana, alcanzaba a ver a su izquierda. El otro siguió rodando a poca velocidad y se perdió de vista.

No podía captar ni una nota discordante en lo que observaba a su alrededor y, sin embargo, se sintió invadir por el pánico. Razonó que los miedos y recelos no son solo desvaríos, sino que siempre obedecen a alguna causa. Desde la salida de Seung Ho sentía una creciente inquietud, una fuerte sensación de amenaza que aumentaba con la idea de que él estuviese a merced de un mundo que desconocía, y de que además se enfrentara a una incierta misión. Todo el mundo sabía que Pyongyang era un ente aparte del resto del país y sus ciudadanos constituían la clase privilegiada cuyo estilo y nivel de vida nada tenía que ver con los del resto de habitantes de Corea del Norte. Aun así, incluso en la capital, las carencias médicas eran enormes y los antibióticos, un bien preciado difícil de encontrar.

Temía por su nieto, sí, pero había algo más. Durante algunos instantes lo registró solo su subconsciente. Al momento, se apartó de un salto, con mirada horrorizada. Había reconocido una figura que acababa de aparecer en la esquina del callejón. ¡Era Dong-Yul! El terrible capataz del sector cinco. Había salido del Hwiparam aparcado en el callejón. Se trataba de un

modelo demasiado familiar para ella por ser el coche oficial que el gobierno permitía utilizar a los capataces del gulag.

¡Los habían encontrado!

Pero ¿cómo? ¿Tendrían a Seung Ho? ¿Habrían descubierto a Bon Hwa? De haber atrapado al capataz que iba a viajar con ellos de seguro lo habrían torturado hasta sacarle información sobre sus cómplices. Pero si era Bon Hwa quien había caído, Seung Ho aún tendría una oportunidad. Con paso plomizo y un dolor agónico que iba del hombro hasta la punta de los dedos pudo acercarse a la cocina, coger un cuchillo con punta y llegar hasta la puerta de entrada agarrándose a paredes y marcos. Abrió y sobre su lado exterior cinceló toscamente unas palabras. Cuando volvió a entrar y cerró la puerta, había llegado al límite de sus fuerzas así que esperó con la impavidez de un reo condenado a muerte, preparando su mente para olvidar que tenía un cuerpo y soportar con fortaleza lo que se le venía encima.

Seung Ho metió la llave en la cerradura lenta, muy lentamente, sin que se produjera el menor chirrido. En el momento de girarla y hacer ceder el gatillo notó que el pestillo quedaba suelto pues la madera había sido astillada de un empujón y supo entonces con certeza que le estaban esperando.

Justo cuando daba el primer paso al interior oyó un agudo gemido seguido de una voz que le era familiar. Era la voz de Dong-Yul que pronunciaba palabras amenazantes y, por el tono que usaba, parecía regocijarse en ellas. El corazón de Seung Ho comenzó a latir de nuevo apresuradamente recordando aquella cara mofletuda y lechosa pegada a su rostro mientras una mano le apretaba el cuello y reventaba sus pulmones. Tuvo un primer impulso de huir, pero el grito de dolor que siguió lo detuvo en seco. Los lacerantes gemidos que empezó a emitir Sun Young dieron clara prueba de que aquella alimaña la estaba torturando. Un sentimiento de furia enderezó su instinto de protección y, como disparadas por un resorte de emergencia, resonaron en su cabeza las palabras orgullosas que le dirigió Sun Young una tarde de práctica en el arte del hapkido. Aquel día el chico casi había alcanzado la perfección: «Ya te he contado, Seung Ho, que el Gran maestro Choi concibió el hapkido para formar a la persona en

la defensa de sí mismo, de su familia y de su país. Ahora debo decirte que tú estás ya preparado para la lucha y nadie podría superar tu destreza».

Su abuela le había enseñado que las fortalezas más extraordinarias se encuentran siempre en el interior de cada uno, donde solo la persona impone sus propios límites. Cerró los ojos y soltó una maldición para sus adentros como si fuese un portazo que le aislara del mundo de las debilidades y, con los movimientos de un cazador felino entró en el baño, agarró la escoba que colgaba de un gancho en la pared y desenroscó el cepillo de su mango. Ya tenía entre las manos lo único que necesitaba: el hanbõ. Se sintió fuerte, ágil, valeroso y superior. Su respiración y sus latidos se ralentizaron. Vacío su mente de pensamiento alguno.

Cuando se plantó en la puerta de la sala ante su adversario, puso a prueba su capacidad de control. Dong-Yul, de pie, tiraba hacia atrás del pelo de Sun Young mientras ella yacía en el suelo con la cabeza inmovilizada contra el asiento del sofá. El tejido de poliéster beige aparecía empapado de la sangre que manaba de su labio inferior roto, y mientras, con la mano libre, hurgaba con un cuchillo en la herida del hombro, que sangraba también profusamente.

Lo que ocurrió seguidamente fue como saltar al abismo esperando estrellarse y descubrir que sabía volar.

—Suéltala —dijo Seung Ho con su voz fresca de muchacho.

Dong-Yul no se sorprendió al verlo allí, pero pareció decepcionado de oír aquello, como si hubiera confiado en escuchar un ruego, una súplica atemorizada y servil. Lo miró con desprecio primero y con expresión aburrida al instante siguiente. Entonces se fijó en el palo que llevaba en las manos y que sostenía en postura belicosa y se echó a reír. Iniciaba una segunda carcajada cuando su garganta se interrumpió en un acto reflejo. Algo le había golpeado la mano lanzando por los aires el cuchillo, que fue a parar bajo la mesita que había frente al sofá. El dolor y la sorpresa le hicieron reaccionar de inmediato. Se miró la mano como si no creyera que aquel dolor pudiese provenir del chico escuálido que tenía delante. No lo había visto moverse, pero advirtió que ahora se encontraba más cerca. Se levantó con expresión de fiereza en el rostro dispuesto a ensañarse con él.

—Voy a acabar lo que empecé y esta vez desearás no haber escapado aquel día con vida.

Flexible como un junco, Seung Ho esquivó su primer zarpazo al tiempo que le infringía otro golpe que le hirió levemente en la frente. Era la técnica que mejor dominaba: utilizar la gravedad como una fuerza que podía servirle en vez de luchar contra ella, evitando todo movimiento innecesario, sin torsión inútil, y aplicando la energía centrada en el camino de menor resistencia.

Dong- Yul, que había perdido pie en el embate fallido y estaba sentado en el suelo, vio entonces que la cosa pasaba de broma y fue a sacar su pistola, pero Seung Ho, volviendo a eliminar movimientos preparatorios que advirtieran al adversario del ataque, se sirvió otra vez de la rapidez y la sorpresa para desarmar al otro sin que se diera cuenta de que le llegaba el golpe. El capataz profirió un grito horrible al tiempo que contemplaba con espanto su mano, que le quedó colgando, exánime, con la muñeca rota. El dolor y la impotencia lo enrabetaron aún más, pero entendió que la ofensiva no era la táctica a seguir. Observó a Seung Ho, que permanecía quieto, con las piernas rectas, los talones elevados, el torso erguido y equilibrado y los brazos en diagonal sujetando el hanbõ con ambas manos. Su cuerpo era una sola unidad con todo su potencial físico concentrado en el eje del movimiento. Después miró a su alrededor y enfocó sus ojillos redondos en Sun Young que yacía semiinconsciente muy cerca de donde él se hallaba. Antes de que el chico pudiese reaccionar agarró el cuchillo tirado a su alcance y arrastrándose hasta ella la aferró contra su pecho con el brazo herido y, con la otra mano, apoyó el extremo del arma blanca en su garganta.

—Tira el palo o acabo con ella.

Sun Young permanecía muy quieta con los ojos desencajados y el rostro tenso. Seung Ho la vio mover los labios, intentaba decir algo, pero las palabras no salieron. Un hilillo rojo comenzaba a teñir su cuello allí donde el cuchillo punzaba la piel. Su cara era el reflejo de la paliza recibida para hacerla hablar. La hinchazón de la mejilla, la sombra alrededor del ojo izquierdo, la sangre seca bajo la nariz y la lesión del labio, además del hecho de que todavía estuviese con vida, todo ello demostraba la resistencia que ella había puesto. Estaba seguro de que ningún detalle de la operación había salido de sus labios.

—¡Está bien, está bien! —Se desmoronó el chaval, que dejó caer los brazos y depositó el hanbõ en el suelo.

—Ven aquí —ordenó la bestia.

Seung Ho se acercó vacilante. Sabía que en cuanto estuviese a su alcance tendría muy pocas posibilidades de defenderse, pero no iba a ver morir a su *halmeoni*. De eso estaba bien seguro. En todo caso él moriría también, luchando. Dong-Yul tenía la corpulencia y la fuerza, pero, con diez centímetros de sebo envolviendo todo su cuerpo, se movía como un elefante en una cacharrería, y el hecho de tener una mano inutilizada quizás diera al muchacho alguna oportunidad. Solo necesitaba la distancia apropiada para ejercitar con destreza las técnicas de proyección (*nage-waza*), las de luxación articular (*kansetsu-waza*), además de varias técnicas de estrangulación (*shime-waza*). Esta última, debido a la desventaja física, solo podría usarla si lograba antes anular la fortaleza del contrincante.

—Más cerca —vociferó Dong-Yul nervioso. Y viendo la presa ya a su alcance gruñó—: *¡Te voy a matar! ¡Asqueroso renacuajo! Pero antes me diréis lo que quiero saber. ¿Quién os ha ayudado? ¿Dónde van a recogeros? ¡Habla o le corto el cuello!*

En ese momento Sun Young hizo un movimiento inesperado. ¿De dónde sacó las fuerzas y el valor? Muchos dirían que el amor lo puede todo; otros, que todo estaba perdido. Levantó los brazos que le colgaban desmadejados y asiendo el puño de su verdugo con ambas manos, todo a un tiempo, empujó el cuchillo clavándoselo a sí misma lo más profundo que fue capaz.

—*¡No, abuela! ¡No!* —su grito fue una constatación del hecho más que un intento de evitarlo pues ella yacía ya sin vida en brazos del monstruo.

Aprovechando el desconcierto de Dong-Yul, que miraba con asco como su camisa había comenzado a empaparse de sangre, Seung Ho se giró y, dando un paso sobre la mesita, se impulsó de un salto al otro lado. Recogió su hanbõ y se lanzó enloquecido contra el adversario. Pero esta vez fue furia contra ira, pues no hubo equilibrio, no hubo armonía ni aplomo, olvidó el movimiento circular y el potencial de su energía interna.

Dong-Yul, que se había desprendido del cuerpo de Sun Young y puesto en pie, esquivó fácilmente el golpe frenético de Seung Ho. Este se estrelló contra el brazo del sofá y quedó dolorido en el suelo. En seguida le llegó un golpe descomunal y el chasquido de algo rompiéndose entre sus ojos, la

sensación de un líquido caliente bajando por la boca y una conmoción negra que le dejó desamparado. Percibió entonces que una garra hercúlea lo agarraba por la pechera, lo lanzaba por los aires y cómo su cabeza chocaba contra alguna esquina —de la mesita, quizás—. La zarpa lo movía como a un muñeco de trapo al que quisiera desmembrar a base de empellones.

—¿*Quién os sacó del campo?* —repetía antes de cada embate— ¿Quién va a recogeros y dónde?

Con la clara convicción de que el siguiente tumbo pondría fin a su vida, le asombró sentir el fastidio trivial de haber caído sobre algo duro que se le clavaba en las costillas, algo duro y frío que su conciencia tardó solo dos segundos en reconocer. De nuevo se vio levantado por la pechera, pero esta vez, antes de que Dong-Yul le aplicase el golpe de gracia, se oyó una detonación ensordecedora y ambos salieron despedidos en direcciones opuestas, Seung Ho contra el suelo por efecto del retroceso y Dong-Yul mortalmente herido de una bala a quemarropa.

15 Están aquí, huye.

ASHTI BARZANI Y SOFÍA ROMÁN (IRAQ). EL VÍNCULO

En ese primer instante, Ashti no pudo evitar que su rostro reflejara la conmoción que la estampa de aquellos dos desdichados le produjo, más lamentable de lo que ellos mismos podían imaginar. El pelo enmarañado, color terroso se fundía con el polvoriento mono naranja que llevaban puesto; los ojos enrojecidos, empañados por largas horas de pánico en la semioscuridad y el vértigo de una huida inesperada. Dudó de que esa pudiera ser la mujer que llevaba dentro: valiente, segura de sí misma y vibrante de calor y fortaleza. Había entrado en su mente como una ocupa y le había transmitido una experiencia de vida que no encajaba con la persona que tenía delante: una mujer postrada en medio del camino, de mirada sometida y cuerpo maltrecho.

No arrancaron las palabras que había esperado decirle.

Por el contrario, el rostro de Sofía se iluminó al reconocerla y al momento su expresión cobró vida. Bastó con que volviese el brillo a sus ojos para ser ella de nuevo, reconocible. Las dos mujeres se contemplaron unos instantes. Llevaban inscritos todos los fragmentos de dos vidas. Entonces más que nunca sintieron la conexión que entrelazaba su auténtica esencia: la memoria del tiempo vivido; recuerdos idénticos llenando y conformando almas distintas. Todo lo que podía ser recordado desde el momento en que recibieron los primeros sonidos en el vientre materno y abrieron los ojos al mundo y desde el momento en que percibieron el roce de otras manos sobre su piel había quedado almacenado en sus mentes y ahora les pertenecía a ambas, como si hubiesen mantenido vidas conectadas. Cada estampa del mundo al alcance, cada rostro visualizado, amigo, amado, temido o detestado, así como cientos de rostros indiferentes, sonidos placenteros o aborrecibles, aromas y sabores penetrantes o sutiles; emociones con cientos de matices y conocimientos adquiridos con esfuerzo o sin esmero. Solo una ínfima parte de todo ello

había quedado en la superficie y se mantenía vigente. Otra porción escasa de esas vivencias pertenecía a recuerdos recuperables y el resto se había extraviado para siempre en la conciencia profunda. Todo ello, lo que había quedado y lo que se había desvanecido después de dejar un poso, componía una vida. Ashti y Sofía encontraban en este punto la complicidad de quien comparte todos los fragmentos de la existencia sabiendo que los recuerdos son su esencia, la verdadera esencia del ser humano. Para bien o para mal, no quedaba, pues, casi nada que un ser vinculado desconociera del otro.

—¿Estás herida? ¿Te encuentras bien? —preguntó Ashti, cuando consiguió salir del mutismo en que la había sumido el estupor inicial.

—Sí... sí —respondió Sofía. La mirada suspendida en las pupilas de la otra—. No estoy herida... creo.

Reaccionaron al oír el vozarrón del capitán Al Kanjo disponer que les dieran agua. Ashti tomó del brazo a Sofía para servirle de apoyo. Dennis y Roger acudieron a ayudar a Jalal, que a duras penas se mantenía en pie. El capitán ordenó que lo subieran al último camión, el que se encontraba más cerca, y lo acostaran en el asiento reclinable de la cabina.

—¡Escuchen! Necesito que vuelvan a subir al vehículo —dijo con inquietud—. Usted señora, puede sentarse en el camión en el que viajan sus amigos. Su marido irá en este, donde lo atenderá el enfermero.

—Jalal Yusef no es mi marido, capitán. Es mi guía.

—Pero eso es lo que se dijo...

—Fue un engaño. Era necesario.

—Entiendo —dijo nervioso solo por zanjar la cuestión. Su curiosidad podía esperar.

—¡Oiga! Capitán. Deberíamos comunicar a nuestras familias que estamos vivos. ¿Podría dejarme un teléfono, por favor?

—Aquí no hay cobertura. Comunicaremos a su embajada que están vivos en cuanto sea posible y podrán hablar con sus familiares tan pronto lleguemos a destino. No debemos seguir parados ni un segundo más. ¡Sargento! Una vez en marcha, pasen un botiquín a la señora para que se trate las lesiones.

Cuando reemprendieron el camino, Sofía iba sentada junto a Ashti y los dos extranjeros, compartiendo el espacio con la tropa, todos un poco más

apretados que antes de la parada. Tan desfallecida se sentía que no estaba al tanto de cómo las miradas le llegaban de soslayo desde todos los ángulos de aquel camión. En ellas había una mezcla de compasión e incredulidad.

—¿De verdad es usted la mujer secuestrada por el Daesh? —preguntó en árabe uno de los soldados que tenía enfrente.

Asintió con la cabeza mientras daba un trago al botellín que habían puesto en sus manos.

—¿Podrá alguien dejarme un móvil para llamar a mi familia? —preguntó Sofía, que no tenía intención de depender de las órdenes del capitán.

—No te preocupes —le tranquilizó Ashti—, estaré atenta a la señal de mi teléfono.

El sargento les pasó un botiquín, tal como le habían ordenado. Dennis se hizo cargo y entregó a Ashti un trozo de algodón empapado en desinfectante para que realizase una cura a su amiga. Mientras ella se lo aplicaba en rodillas, codos y magulladuras de la cara se le ocurrió intentar el español que creía poder hablar y así de paso tener una conversación privada con Sofía.

—Sé que viniste en busca de Yamih y de Adar —dijo, sorprendiéndose de lo fácil que le había resultado empezar.

—En realidad, vine por nosotros..., quiero decir, por todos vosotros... —titubeó Sofía.

Trataba de ser coherente, pero la situación hacía difícil escoger los términos precisos. ¿Vino a Irak para socorrer a la familia de Ashti? ¿Vino en ayuda de su familia, que era la de Ashti? Tan claro como lo había tenido, ¡se hacía todo tan confuso ahora!

—Los niños están en Rabiaa. ¿Lo sabes?

—Sí, ya lo sé. Este convoy se dirige hacia allí —respondió Ashti.

—¿De verdad? ¿Por fin estamos en buen camino?

—Eso espero. No es la primera vez que viajo con un convoy militar, convencida de que voy a recuperar a mis hijos, y todo acaba en amarga frustración, pero, como has podido comprobar, es la única forma segura de viajar por esta región.

Sofía dio un hondo suspiro.

—Ahora lo sé. Empezar este camino sin protección fue una locura. Cuando me dijeron que los pequeños estaban solos pensé que os había pasado algo terrible. ¿Cómo ibais a dejar que se los llevaran si no? ¿Qué ocurrió?

—Nos atacaron en Sinjal. Yadi murió y yo...

—¡Oh! ¡Pobre Yadi! Lo siento, Ashti. ¿Cómo fue?

—Una bala del Daesh...

Al decir esto, la iraquí no pudo seguir hablando. Comenzó a llorar en silencio como no lo había hecho en todo ese tiempo de esforzada lucha y pertinaz fracaso.

—¡Han pasado tantos días ya! ¿Qué habrá sido de ellos? —sollozó por lo bajo. Cada lágrima llevaba encapsulado un amargo presentimiento.

—Tranquila. Los encontraremos —dijo Sofía abrazándola. Pronunció estas palabras de ánimo desde la más absoluta confusión. En esta parte del mundo, tras los horrores presenciados, ni ella misma estaba segura de que pudiesen hallar el sosiego que estaba prometiendo a su amiga.

—¿Qué ocurre, Ashti? ¿Por qué esas lágrimas? —sonó la voz de Dennis a su lado hablando en inglés. No comprendía una palabra de español, pero imaginó el motivo del llanto.

—¡Tranquila! Sabes que no pararemos hasta dar con los niños. Te lo prometo —le dijo volviéndose a mirarla directamente a los ojos.

Hasta este momento, los dos hombres, conscientes de la trascendencia del encuentro, habían guardado un discreto silencio. Ashti, como si se percatase de repente de su presencia, trató de limpiar las lágrimas con el dorso de la mano y dijo sorbiéndose los mocos:

—Sofía, te presento a mis amigos, Roger y Dennis. Me están ayudando a buscar a los niños.

La española los saludó obligándose a sonreír.

—Lo que les ha pasado es algo tremendo, Sofía. Debe de estar en *shock*. ¿Esos canallas los dejaron marchar, así, sin más? —le preguntó Roger en inglés.

—Nos escapamos.

—¿Se escaparon? ¿Del Daesh? ¿Cómo lo hicieron?

—Ni yo misma sé cómo. Creo que matamos a nuestro guardián.

—¿Cuándo fue eso? —intervino Dennis.

—Fue anoche. Lo habrán descubierto hace poco o incluso quizás aún no se hayan dado cuenta.

A Sofía le faltaba la energía para conversar, pero, quizás porque estaba eufórica de haber salvado la vida, de verse entre «los suyos» cuando solo unas horas antes había estado a un paso de sufrir una muerte atroz, miró a su alrededor dudando de si la escena era real o estaría en mitad de un sueño delirante provocado por el terror y la oscuridad de su encierro. Le urgía oír su propia voz conversar con esta gente y el sonido de otras voces responderle. Solo así lograba sacudirse la sensación de incredulidad que se estaba apoderando de ella. Cuando se fijó mejor en los rostros amistosos de los dos hombres no pudo evitar preguntarse cómo el destino había puesto a estos extranjeros en el camino de la yazidí. Entonces recordó la última conversación que había sostenido con Julio.

—¿No será usted Roger Arber, el astrónomo?

—Así es. Esperaba que su marido le hubiese hablado de mí.

—Sí, lo mencionó. Me dijo que estaba investigando las vinculaciones. ¿Se ha sabido algo más del asunto en estos días?

—Parece que todo está en punto muerto —admitió él.

—Roger quiere estudiar a fondo esto que nos ocurre —dijo Ashti, sintiéndose responsable de la presencia allí del suizo.

—Pues, no sé si hay algo que estudiar. Es bastante simple y..., bueno..., al mismo tiempo incomprensible. Ashti y yo compartimos nuestro pasado. Todo lo que recordamos de él. Es como si cada una hubiésemos vivido dos vidas, la propia y la de la otra. Eso es todo —lo dijo como si pretendiera zanjar el asunto.

—¿Eso es todo? ¿Le parece eso simple? —dijo el americano.

—No, claro que no —Pareció reflexionar unos instantes—. Tengo un hogar feliz en España donde me esperan mi esposo y mi hija, pero ya ve usted, aquí estoy, buscando a unas personas que hace poco no sabía ni que existieran.

Acabó sonando con una especie de amargura que usurpaba a sus palabras la neutralidad que hubiese deseado. Se volvió a mirar la reacción de Ashti. Vio que la escuchaba con expresión contrita.

—Me parece un comportamiento admirable, pero temerario. ¿Ha estado a punto de perder la vida y aún no cree que debería volver cuanto antes a la seguridad de su hogar? —replicó Blake.

Sofía no era muy buena asumiendo críticas y le irritó ese «temerario», que dolía precisamente por ser cierto.

—Le aseguro, señor...

—¿Podemos tutearnos, por favor?

—De acuerdo, Dennis. Puedes estar seguro de que no volveré hasta ver a Ashti y a los niños a salvo —replicó con excesiva pasión, como para compensar su tono de antes.

—¡Todo esto es tan extraño! —empezó a decir Roger—. Entiendo que al heredar los recuerdos de la otra persona se heredan también los sentimientos por los seres queridos del otro, y que esos seres pasan a formar parte de vuestra conciencia. ¿Me equivoco?

—Pues... sí. Eso es —respondió Ashti.

—¿Pero hasta llegar a arriesgar la vida por ellos? ¿Habéis pensado en la posibilidad de que algo o alguien esté manipulando a distancia vuestras mentes para que no uséis la razón y os dejéis llevar por impresiones falsas? —preguntó Roger.

—Pues..., no lo creo. Yo me siento plenamente libre para tomar decisiones —declaró Sofía.

Ashti no respondió.

Sofía quería saber lo que habían averiguado sobre el paradero de los niños y deseaba hablar sobre la estrategia a seguir para buscarlos, pero Roger insistió con sus preguntas.

—¿Recordáis si antes de despertar aquella mañana salisteis del dormitorio por alguna razón, a beber agua, al baño o a alguna otra cosa?

—Aquella noche dormimos en el monte —replicó la iraquí.

—¿En el monte? ¡Ah..., sí, claro! ¿Y no te alejaste de los demás en ningún momento?

—No. Seguro que no, ¿por qué?

—Ashti, tu amigo cree que pudimos ser abducidas por seres extraterrestres —dijo dejando pasar por su boca una sonrisa despectiva—. ¿No es así, Roger?

—Bueno..., no exactamente, pero... ¿por qué deberíamos descartar ninguna opción? ¿Hay algo que sea más descabellado que esto que os está ocurriendo? Tenemos que encontrar la mano que acciona este engranaje.

Sofía meneó la cabeza irritada. Aquellas preguntas le resultaban molestas en esos momentos. Echó otro trago de agua y dejó el botellín en el suelo entre sus piernas.

—Sofía —dijo Ashti.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que hayamos oído el nombre de unos tal Korkak?

—Así, a bote pronto... creo que no.

—Son la gente que recogió a los niños a su llegada al campamento.

—Bueno, eso facilita un poco las cosas. Será cuestión de buscar a esos Korkak en el registro.

—Claro, pero... el caso es que se identificaron como «amigos de la familia» y a mí no me suenan de nada.

—Entonces, ¿cómo iban a sonarme a mí? Se supone que yo he heredado tus recuerdos.

—Yo haría una observación a eso, si me dejáis que intervenga —dijo Roger—. Puede que la capacidad de recuperación de un recuerdo sea un mecanismo independiente de su almacenamiento.

—Es verdad —dijo Ashti—, como cuando no podemos traer a la mente algo que sabemos que está ahí en nuestra cabeza y cuando menos lo piensas, ¡zas!, te viene.

—A pesar de todo, yo no encuentro el más mínimo rastro de ese nombre en mi memoria —concluyó Sofía—. Es extraño. ¿Quiénes serán? Y ¿por qué se habrán hecho cargo de los niños? ¿Cuánto falta para llegar? —preguntó volviéndose hacia el sargento. Este nuevo dato sobre el paradero de los pequeños incrementó su inquietud.

—Habíamos pasado la presa hacía ya un rato cuando les recogimos. Eso eran las dos terceras partes del camino. Faltará algo menos de una hora hasta Rabiaa —explicó el militar.

Sofía se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos. Sujetando la cabeza con las manos introdujo los dedos en el cabello y se masajé el cráneo. Temía que volviese el dolor de cabeza.

—¿Aún no tenemos cobertura? —preguntó un minuto después.
En ese mismo instante sonó el móvil del suizo.

JULIO CEPEDA (IRAQ). LAS APARIENCIAS

En la planta de urgencias del Emergency Medical Hospital de Erbil parecía reinar una relativa calma, pero era solo por contraste con los momentos de precipitación y aparente conmoción con las que la llegada de los heridos había inundado los pasillos menos de una hora antes.

De los ingresados en urgencias, solo Julio continuaba en ese área del hospital. Tumbado en la camilla, en línea con un buen número de otros pacientes en espera, un enfermero le echaba un vistazo de vez en cuando. Algunos hematomas y la luxación de un codo, ya reducida por el médico de turno, eran daños de carácter leve. El fuerte dolor de estómago hacía que lo mantuviesen en observación. Era ahí donde se habían ensañado los atacantes para conseguir reducirlo y meterlo en el vehículo.

—¿Cómo están las niñas? ¿Han avisado a la madre? —preguntó en inglés a uno de los tipos con bata blanca que se movía por los cubículos.

El hombre sonrió y se encogió de hombros. Después dijo algo en árabe y se fue. Unos minutos después lo vio volver por el corredor central sorteando al personal sanitario que trasegaba por el pabellón y a los familiares de los ingresados que ocupaban su espacio de espera silenciosa al pie de los yacientes. Iba acompañado de otro tipo. A Julio le sorprendió reconocer algo familiar en el rostro del otro, que descollaba por entre las demás cabezas.

Al instante se le heló la sangre en las venas. ¡Esa barba...! ¡Esa mirada...! Era el intérprete del hotel. El cuñado del recepcionista, ¿cómo se llamaba? ¿Le había seguido hasta aquí? Se sacudió la sábana de encima y pensó en levantarse y ponerse en guardia fuera de la indefensión que le inspiraba estar entre sábanas.

—¿Cómo se encuentra, Julio? —dijo el hombre en aquel español de acento pulsado que había escuchado en el hotel. Se detuvo a los pies de la

camilla.

A Julio no le dio tiempo de tocar suelo y le pilló aún sentado con las piernas colgando.

—¿Qué hace usted aquí? —fueron las palabras que le vinieron a la boca mientras ojeaba en busca del enfermero, en realidad en busca de auxilio. En esto, se le ocurrió que quizás ambos formaban parte de la conspiración y decidió prescindir de él. Se resignó. Estaba solo en esto.

—Solo quería asegurarme de que no tiene nada grave. Unos segundos más y no hubiésemos llegado a tiempo de impedir otro secuestro —contestó el tipo con aquella sonrisa hermética que desde el principio había creado recelos en Julio.

—¿Cómo... de impedir...?

—Sí, amigo. Por si no se ha dado cuenta, han intentado secuestrarlo.

—Claro que me he dado cuenta, pero..., disculpe usted..., ¿es que sabe quién ha sido?

—Gente del Daesh. Los mismos que tienen a su esposa.

—Pero... ¿cómo cojones sabe...?

En cuanto puso el pie en el aeropuerto, lo detectamos. Los kurdos poseemos ahora una red de inteligencia de vanguardia y cualquiera que no hable kurdo hauleri con el acento local llama enseguida la atención. Eso incluye a los extranjeros y también a los terroristas.

—¿Quiere decir que...?

—Pero eso no es todo —continuó sin dar oportunidad a preguntas—. La red de espías del Daesh también lo localizó como extranjero y no podía ser casualidad que un español llegase a Erbil justo cuando en la región tenían a otros dos españoles secuestrados. La conclusión fue que había una relación. Ellos no averiguaron cual era esa relación porque no les importaba. Ya fuese un familiar, un agente contratado por la familia o incluso un mediador o militar enviado por el gobierno de su país les daba igual. Si les ponían otra víctima a tiro rematarían su provocación con un espectáculo más grandioso: una ejecución triple para escarnio del Gobierno español, que se está negando a pagar.

—¡Dios mío! —pensó en las últimas palabras de su padre y, para sus adentros, pidió perdón a su pequeña Alba, que a punto había estado de dejar

huérfana.

—Usted solito vino a meterse en la boca del lobo.

—¿Y usted forma parte de esa red de inteligencia kurda?

—Nosotros somos los buenos, Julio. Una de nuestras células vigila las entradas por el aeropuerto. Le investigamos en cuanto llegó y se registró en el hotel. Después le seguimos. Fue fácil. A partir de ahí, su encuentro con la familia Yusef nos puso en la pista de cuál podía ser la verdadera identidad del hombre secuestrado. Enseguida nos dimos cuenta de que el ISIS también le vigilaba. Estaba en peligro, amigo.

—Sigo sin entender por qué me han seguido ustedes. ¿Por qué ese interés en protegerme?

—¿Le suena la operación Alfa Kilo?

—Sí... —Tras un instante de reflexión dijo—: Recuerdo que fue una intervención militar liderada por Estados Unidos en la que participó España.

—No está usted bien informado, Julio. Tras la brutal represión de Sadam Hussein contra la población kurda en la campaña Anfal en 1991, y cuando la situación de los refugiados que huían del exterminio rozaba la catástrofe, España desplegó la operación humanitaria Alfa Kilo por la que, además de proporcionar seguridad en el entorno donde se encontraban, transportó refugiados, construyó, organizó y abasteció campamentos para ellos, distribuyó la ayuda traída de su país e instaló un hospital de campaña donde atendió a una numerosísima población kurda. Se repartieron más de ciento diez toneladas de alimentos, quinientas setenta de ropa y calzado, más de ciento cincuenta de diverso material y se utilizó una tonelada de productos farmacéuticos.

—Eso fue hace más de veinte años.

—Le aseguro que el pueblo kurdo nunca olvidará la defensa y los esfuerzos que hicieron por nosotros y nuestra historia la escribirá con letra de oro. La respuesta de España se produjo siempre en tiempo oportuno, mucho antes que la de otros aliados y evitó así un gran número de víctimas y mucho sufrimiento a mi pueblo.

—Entiendo —dijo Julio avergonzado—, le pido disculpas, señor... ¿Massu?

—Muhammad. Es mi nombre de pila, amigo. No veo por qué ha de disculparse usted.

Desconfié de sus intenciones desde el primer momento... Entiéndalo, todo esto me queda grande. No soy hombre de aventuras ni de proezas. Quería hacer algo por salvar la vida de mi mujer y ya ve. He fracasado.

Créame que siento mucho la situación de su esposa. Esas ejecuciones nos avergüenzan ante el mundo a todos los que profesamos la misma fe.

—Entonces ustedes podrían..., su organización debe ser perfectamente capaz de organizar la liberación de los prisioneros —se atrevió a plantear Julio animado por el destello de esperanza que este hombre acababa de inspirarle. ¿Acaso no era algo así lo que había venido a buscar? Una red de espionaje que contase con medios militares para enviar al rescate de Sofía y Jalal.

—Me temo que...

—Yo correría con todos los gastos y una recompensa para quienes participasen en la operación.

—Lo siento. No es cuestión de dinero. En estos casos no hay nada que podamos hacer. Siempre lo intentamos, ¿sabe? Como usted recordará, ha habido otras ejecuciones, pero ni siquiera hemos logrado averiguar dónde escondían a los rehenes.

Julio que se había puesto en pie mientras conversaba con Muhammad, volvió a sentarse al borde de la cama y, llevándose las manos al estómago, susurró con gesto dolorido:

—¿Me está diciendo que debo abandonar toda esperanza?

—Eso me temo, amigo. Lo siento. De verdad que lo siento ¿Necesita que llame a un médico?

—¿Qué ha pasado con las niñas? —preguntó después de un instante de pensamiento ausente—. Las trajeron al hospital a la vez que a mí. Vi como las metían en otra ambulancia.

—La mayor está bien. Sufrió un fuerte impacto en la cabeza, pero ya se ha recuperado.

—¿Y Mariam, la pequeña?

—Ese es otro tema. La han llevado a quirófano de urgencia. Todavía están con ella.

—Alguien debería avisar a su madre.

—Ya lo ha hecho la chica.

—Por favor, dígale al enfermero que me lleve con ellas.

Muhammad intercambió unas frases con el mismo tipo que antes le había ido a buscar. Este adoptó una expresión muy seria al ver a Julio evadido de su camilla y calzándose los zapatos.

—Vamos. Le acompañaré —dijo Muhammad—. Los quirófanos están en esta misma planta. ¿Puede usted andar sin marearse?

—Claro, claro. Estoy bien.

Alcanzaron el área de quirófanos tras recorrer dos largos pasillos y atravesar varias puertas en dirección al ala norte del edificio. Reinaba el silencio y la ausencia de movimiento. Decidieron esperar allí a ver salir a alguien que les informase. Al momento escucharon un sollozo entrecortado que sonaba a intervalos irregulares. Venía del fondo del corredor y al acercarse vieron que a mano derecha se abría una salita de espera. Sentada de espaldas, los hombros de Gona se agitaban en un llanto silencioso y convulso mientras limpiaba y sorbía el raudal de lágrimas y mocos que manaba incontinente por ojos y fosas nasales.

—Gona —dijo Julio suavemente poniéndole la mano en el hombro.

Ella se giró y levantó la vista hacia ellos. Era la mirada más triste que unos ojos podían expresar. Julio no supo qué decir. En ese momento se oyeron pasos apresurados que se acercaban por el pasillo y apareció Ferihan que se detuvo en seco en la puerta y se quedó en suspenso recorriendo la salita con mirada desbocada como si esperase encontrar allí a sus dos hijas y todo hubiese sido un mal sueño. Una enfermera la había acompañado para indicarle el camino.

—Todavía están dentro —le informó la enfermera—. Espere aquí. Cuando terminen, saldrán a decirle cómo ha ido.

Gona se levantó como un rayo y se abrazó a su madre, descargando el dolor que hasta ese momento había guardado para sí. Ferihan ignoró a los dos hombres y Julio entendió apesadumbrado todo lo que ese gesto expresaba. La madre de Gona le pasó el brazo por encima de los hombros y las dos salieron a sentarse en un banco del pasillo; la vista fija en aquella

puerta tras la cual un grupo de médicos libraba una batalla perdida por la vida de su hija.

SEÑOR KORKAK (IRAQ). LA ESCASEZ

— **Y**a se lo advertí ayer. Tiene que traer a los niños —dijo la supervisora ante la figura del anciano que reclamaba raciones para cuatro.

Y encima dos de ellas eran para menores. Tenía una buena memoria fisonómica y recordaba que en los dos últimos días también se había presentado solo.

—Nos dio pena despertarlos tan temprano, señora. Cada vez hay que venir antes —explicó el hombre sacando una voz aflautada que rezumaba sumisión.

La mujer habría querido decir: «¿Cuántas veces tengo que repetirle...?». Pero siguió dando explicaciones:

—Son ustedes cuatro y solo ha venido uno. Eso no está permitido en las normas.

—La señora Korkak no ha querido dejarlos solos, por supuesto. Somos sus tutores y cuidamos bien de ellos.

La supervisora trataba de ser estricta y cumplir las reglas establecidas para evitar abusos, pero no era fácil. Cada día tenía que hacer excepciones por temor a dejar a alguien sin comer. Un marido enfermo, un abuelo con dolores articulares o una mujer embarazada que no aguantarían prolongadas esperas en la cola.

Cuando el señor Korkak llegó esa mañana ya había encontrado una larga fila ante el camión de reparto. La población aumentaba día a día, pero los suministros de alimentos y medicinas no lo hacían en la misma proporción. Cuando los repartidores descubrían que los cálculos empezaban a fallar porque la cola se alargaba más de lo esperado, empezaban a reducir el tamaño de las raciones. Y aquello iba a peor, así que la gente madrugaba cada vez más para no quedarse rezagada.

—Es la última vez que hago esto. Si mañana no vienen todos no podré darle las raciones completas —dijo en tono severo para disimular su debilidad ante el compañero.

El que colaboraba en su misma fila era un joven voluntario de origen danés. Él se encargaba de entregar los paquetes mientras ella llevaba la contabilidad y el registro de las entregas. El chico aguardaba impaciente la decisión y ella le hizo un gesto con la cabeza diciendo:

—Adelante.

Mientras anotaba con una cruz el paso de los Korkak, le fastidió volver a escuchar la voz del hombre, más atiplada que antes, si cabe.

—Discúlpeme, señora —dijo blandamente—. Somos viejos y estamos llenos de achaques...

—Vaya al grano, por favor. Ya ve cómo estamos. ¿Qué quiere?

—Mi esposa padece terribles dolores de articulaciones. Algún analgésico le daría alivio... que también quite la fiebre..., si es posible.

—Mira si queda paracetamol —dijo al ayudante, y centró su atención en los siguientes de la fila.

—Saben que hay un servicio médico si alguno de ustedes enferma, ¿verdad? —dijo a gritos mientras entregaba otra de las raciones a una joven pareja.

Anunció este recordatorio para todos los que alcanzaban a oírle en la cola y, aunque no se volvió a mirar al viejo, esperaba que él también se enterase.

—Sí, señora, desde luego. Muchas gracias... gracias...

ASHTI BARZANI Y SOFÍA ROMÁN (IRAQ). EL REPROCHE

Sofía se irguió en su asiento y miró interrogante a Roger que contestaba a la llamada de su móvil:

—¿Cómo estás Vadim?

—...

—De momento no tengo aún fecha de vuelta —respondió el suizo a su jefe—. Creo que me tomaré un par de semanas más. ¿Va todo bien por ahí?

Mientras Vadim Geysels le ponía al día de las novedades surgidas en ALMA durante su ausencia, Roger, para quien solo había una noticia que pudiera interesar, empezó a escucharle de manera intermitente y a contestar con monosílabos, lo justo para no defraudar el interés de su jefe por mantenerle informado. Lo que le distraía era el revuelo que acababa de organizarse allí mismo: Sofía, que se había apresurado a llamar ella misma con el teléfono de Ashti, estaba al aparato hecha un mar de lágrimas y los demás se aplicaban en el intento de consolarla.

—Escucha, Vadim, te llamaré yo a lo largo del día. Ha surgido un imprevisto y tengo que colgar—. Se guardó el móvil en el bolsillo y preguntó a Dennis—: ¿Qué le ocurre?

—No es nada, creo. Habla con su marido y se ha emocionado.

El astrónomo no estaba dispuesto a perder un detalle del comportamiento de estas mujeres a pesar de que no parecía sacar nada en claro. Ningún indicio de haber sufrido la influencia de un agente externo. Nada que delatase la causa de la afección. Había puesto sus esperanzas en el encuentro. En realidad, no sabía bien qué era lo que esperaba, pero su intuición le había llevado a imaginar que algo quedaría en evidencia cuando Ashti y Sofía, tocadas con la misma varita mágica, contrastaran su propia realidad una frente a otra y quizás se deshiciese el hechizo, o no,

pero quizás recordaran entonces qué o quién había manipulado sus mentes. No había sido así.

Lo que ahora ocurría era que Ashti, al oír el móvil de Roger y tras comprobar la cobertura en la pantalla de su propio teléfono, se lo había pasado inmediatamente a su amiga. «Gracias», había dicho esta última, y con dedos nerviosos había marcado el número de Julio.

Mientras escuchaba los tonos de llamada tomó aire y miró a Ashti con emoción cómplice esperando oír aquella voz que ambas conocían tan bien.

—¿Sí?

—¡Julio!

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—... ¿Sofía?... ¿Eres tú?... ¡Dios mío, eres tú!

A ella se le quebró la voz y rompió a llorar.

—¿Estás bien? ¿Estás a salvo? ¿Dónde te encuentras?

Escuchó las ansiosas preguntas de su esposo. Pero el sonido de su propio llanto fue como un resorte que disparó las emociones acumuladas en esos días y se convirtió en sollozo incontenible, como un dique que cede por fin a la presión, se resquebraja y colapsa.

Ashti le daba palmaditas y le acariciaba el pelo. Los demás le dirigían palabras tranquilizadoras. Entre hipidos y temblores se fue calmando y fue capaz de responder a las acuciantes llamadas de su marido, sobrecogido y ofuscado al oírla gemir así. Solo podía imaginar la peor circunstancia en la que ella se encontrara. Sofía pudo al fin tranquilizarle, explicar dónde estaba y, a grandes rasgos, cómo había escapado de los terroristas.

—¡No puedo creerlo! ¡Dios mío, Sofía! Había perdido la esperanza. ¿De verdad estás bien? ¿No te han hecho daño?

—Estoy bien, Julio. Me muero por estar ya con vosotros.

—¿Dónde te encuentras? ¿Tardarán mucho en traerte a Erbil? Quiero tenerte a mi lado para estar seguro de que esto no es un sueño.

—Vamos en dirección contraria, Julio —Hizo una pausa antes de continuar—. Este convoy se dirige a Rabiaa. Allí es donde se encuentran los niños. Hay un campo de refugiados.

De nuevo se hizo el silencio. Apenas duró dos segundos, pero en la distancia pareció eterno. Julio estaba valorando lo que ella acababa de decir.

—¿No has hecho ya bastante? ¿No crees que es hora de volver a casa?

Su voz sonó cansada y Sofía pudo sentir el reproche en su tono.

—Cariño, no tengo alternativa. Este convoy tiene una misión allí. Solo ha sido casualidad que coincida nuestro destino con el de ellos.

—Sofía... —Quiso replicar Julio, pero ella no le dejó.

—Compréndelo, no puedo abandonarlos justo ahora que estoy a punto de recuperarlos.

—Sofía, escucha... —insistió él sin lograr ser escuchado.

—De verdad, Julio, quiero salir de esta pesadilla cuanto antes, pero con Ashti y los niños también fuera de ella.

—¡Sofía! ¡No vas a recuperarlos! ¡No son tus hijos! —gritó para hacerse oír recalcando cada sílaba.

Ella se quedó muda. Era cruel decir eso, pero se dio cuenta de que no tenía réplica.

—La he encontrado, Julio. He encontrado a Ashti.

Antes de contestar, él tomó aire y miró a Muhammad, cuyo rostro permanecía atento a sus palabras, seguramente intentando encontrar en ellas una explicación plausible a lo que parecía inverosímil.

—Entiendo. Enhorabuena. Espero que esté bien.

—Sí, ella está bien —sopesó si alargar la conversación dándole más detalles, aunque sabía que él no podía sentir una auténtica preocupación por estas personas desconocidas—. Su marido murió en Sinjar, Ashti está sola y los niños también.

—Ya. Cientos de otras personas murieron en ese lugar y varios miles de yazidies fueron secuestrados por el Daesh. Salió en las noticias. Tu amiga solo es una más.

—¡No para mí! —Casi gritó de frustración. Sin embargo, lo único que hizo fue suspirar—. Tú no puedes entenderlo —apuntó como reproche.

—No, no puedo. Para mí lo único que importa es que estés viva y que cuando vuelvas yo estaré esperando en Erbil — Mantuvo ese tono bajo y serio que usaba cuando se sentía defraudado.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que te espero en Erbil. Yo también te guardaba una sorpresa. Llegué ayer.

—¿Has venido a Irak? ¿Porq...?

—Tenía que hacer algo. ¿Cómo coño crees que iba a soportar de brazos cruzados ver el rostro de mi esposa en los medios anunciando su ejecución?

Sofía hizo un gesto de perplejidad y se volvió hacia Ashti buscando compartir con alguien su sorpresa.

—Gracias, Julio. Siento todo lo que te he hecho pasar. Lo siento. Mi niña está bien, ¿verdad?

—La he dejado con los abuelos.

Dando por zanjadas las disculpas de Sofía, Julio encaró el tema que le había estado quemando todo el rato desde que oyó su voz y supo que ella estaba a salvo.

—¿Y Jalal? —preguntó.

—Está también con nosotros.

—¡Menos mal! —exclamó con alivio mientras salía al pasillo y se dirigía a Ferihan y Gona.

—Sofía, no cuelgues. Dile a Jalal que se ponga —pronunció estas palabras casi al mismo tiempo que alargaba el móvil a Ferihan.

La mujer de Jalal no entendió el gesto ni, por supuesto, lo que decía Julio, y se quedó mirando al hombre y a su teléfono con las cejas enarcadas y cara de pocos amigos. Gona apretó el brazo de su madre con fuerza y gritó: «¡Es papa! Cógelo».

Aún se demoró unos segundos antes de ponerse el teléfono en el oído y decir titubeante:

—¿Hola? Soy Ferihan ¿Quién está al habla?

—Soy Sofía, Ferihan —dijo cambiando de idioma—. Estamos a salvo, Jalal y yo. Los dos hemos escapado de los terroristas.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está mi esposo? Quiero hablar con él.

—Bueno, él no está conmigo. Vamos en distintos vehículos, pero no tardaremos en llegar y te llamará.

—¿En llegar adónde? ¿Venís a casa?

—Todavía no. Viajamos con el ejército. No sé cuándo podrán llevarnos a Erbil. De momento tienen otro destino, pero esta vez no correremos riesgos y volveremos bajo protección militar. Puedes estar tranquila.

Sofía no pudo ver el gesto de contrariedad que se dibujó en el rostro de Ferihan, pero Julio sí.

—Doy gracias a Dios por haberme devuelto a mi esposo —comenzó a decir mientras se le iba quebrando la voz—, pero... lo necesito a mi lado. Estos son los momentos más sombríos para nuestra familia —añadió elevando hacia Julio una rápida mirada cargada de reproche mientras se le desbordaban los ojos de lágrimas—. Siento que su alegría terminará cuando hablemos y que deberá compartir con nosotras un trago amargo.

La española no comprendió cómo podía hablar de alegría con unas palabras y un llanto que, en realidad, rezumaban desaliento.

—Ferihan, ¿ocurre algo? —dijo Sofía escuchando un sollozo distanciado del receptor. Había devuelto el aparato a Julio.

—Sofía, soy yo otra vez. No quería decirte nada hasta que Ferihan hablase con Jalal para contárselo, por ver cómo lo enfocaba, ¿sabes? Quizás prefiera esperar a que él esté aquí para darle la noticia.

—¿Qué noticia? ¿De qué estás hablando?

—Se trata de Mariam, su hija pequeña. Nos tendieron una emboscada en la calle. Sé que yo era el objetivo porque estuvieron a punto de secuestrarme. Las niñas estaban allí. En estos momentos, Mariam se debate entre la vida y la muerte.

Sofía reprimió un gemido.

—No entiendo nada, Julio ¿Quién quiso secuestrarte? ¿Dónde? —La voz le salió como si hubiese perdido toda energía y le faltase el aliento.

—Te lo contaré con detalle cuando estés aquí. ¿Entiendes por qué debéis volver cuanto antes? La niña está siendo intervenida pero los médicos no han dado muchas esperanzas. Jalal debería estar con su familia en estos momentos.

YAMIH Y ADAR ÖCALAN (IRAQ). LA CEGUERA

La mujer que recorría las estancias de la casa con un manojito de llaves colgadas al cuello era Fátima, una joven de mediana estatura, de piel olivácea y abundante cabello negro que, al igual que el resto del cuerpo, ocultaba bajo el burka, ese manto de tinieblas silenciosas que, en el caso de Fátima, reflejaba casi de modo natural su auténtico interior, oscuro y severo hasta la crueldad. Nacida sin porvenir, hija de un don nadie, sin belleza ni dote, no había nada que la distinguiera entre un millón de mujeres de su edad, cuyo futuro ya había sido trazado y rodeado por un cerco de murallas insalvables. Y un día creyó haber encontrado un destino grandioso. Al principio eran vientos racheados que soplaban a su puerta cargados de soflamas. Ora era el orgullo herido de la nación vencida, ora la fuerza de la fe. Después llegó el vendaval con mensajes de ira y odio llamando a la yihad. Un día salió de casa y se dejó arrastrar por la furia de ese tornado que izaba la bandera de la sangre y la inmolación como fuente de felicidad y de vida eterna.

Mientras iba abriendo uno por uno los cuartos de aquella casa, la seguía otra mujer empujando un carro de aspecto hospitalario cargado con platillos de comida y botellines de agua. Era más oronda y corpulenta que la primera y bajo la tela oscura, su expresión bovina reflejaba perfectamente una actitud entregada y servil. Antes de entrar en el siguiente cuarto, Fátima la reprimió con gesto de hastío.

—Te lo repetiré más claro, Zurha ¡Ni los escuches! Recuerda lo que son: infieles enemigos de Alá. Y estos, además, adoradores de satán.

—¡Oh! —exclamó Zurha, llevándose una mano al lugar donde debía andar su boca—. ¡Son yazidíes!

—Tranquila —dijo dirigiendo a su ayudante una mirada de desprecio que la otra no pudo ver—. Unas palabras no te habrán hecho daño, pero a partir

de ahora solo les hablaré yo, ¿entiendes? Sé cómo hay que hacerlo sin que su malignidad surta efecto. De todos modos, van a morir pronto para mayor gloria del Todopoderoso.

—Pero si vamos a quitarles la vida, ¿para qué los alimentamos y cuidamos?

Fátima suspiró profundamente y se preguntó de qué aldea habría salido esta ignorante mujer que le habían puesto de compañera para realizar la tarea.

Ambas pertenecían a la brigada Al-Khansa, un escuadrón de tipo policial creado por el estado islámico para hacer cumplir sus preceptos morales. La Sharia del ISIS era casi imposible de cumplir para las mujeres. No les permitía trasladarse más de unos metros sin estar en compañía de un familiar hombre, tenían que esconder completamente su cuerpo, usando un vestido encima de otro, guantes y tres velos superpuestos para que ningún descuido pudiese hacer visible ni un centímetro de su piel. Las mujeres que integraban la brigada Al-Khansa iban armadas y tenían potestad para ejecutar, torturar o convertir en esclavas sexuales a aquellas que se alejaban de la línea establecida. Con todo, la casi totalidad de las mujeres y niñas que el ISIS vendía como esclavas eran cristianas o yazidíes, su botín de guerra contra los herejes y una fuente importante de financiación del grupo terrorista.

—Te lo voy a explicar. Sus órganos son valiosos y no estarán en condiciones si pasan hambre o sed o si enferman por alguna razón. ¿Lo entiendes?

Zurha movió lentamente la cabeza asintiendo con expresión cavilosa.

—No. No lo entiendes —se auto respondió echándole paciencia al asunto—. Se trata de arrancar los órganos sanos del cuerpo de los apóstatas para salvar la vida de los buenos y piadosos musulmanes que están enfermos y necesitan un riñón, un hígado o un corazón.

—¿Y unos ojos? —preguntó con entusiasmo Zurha—. Mi abuelo tiene las pupilas blancas y se ha quedado ciego. Unos...

Fátima rio ante su insolente inocencia.

—Estos son para quienes los pueden pagar. Los hermanos de Arabia Saudí y de otros lugares creyentes.

—¡Ah, vaya! Mi abuelo no tiene dinero, no —Volvió a quedarse pensativa —. ¿Y cuándo...?

—¡Pssh! ¡Basta de preguntas! —dijo Fátima adustamente mientras escogía otra llave del manajo y la introducía en la cerradura.

—Pues estos nos harán compañía unos cuantos días. Así, tan flacos parecen enfermos —replicó la otra mientras esperaba que su compañera diese dos vueltas a la llave y abriera la puerta.

El día anterior, un hombre muy serio y aquellas mujeres de rostro oculto habían sacado a Yamih y a su hermano de la tienda de los señores Korkak y los habían traído a este lugar. Durante el trayecto, Yamih albergó la esperanza de que los estuviesen devolviendo a sus padres, pero cuando lo preguntó muchas veces y comprendió que nadie le respondería le entraron de nuevo las ganas de llorar. Su tristeza fue inmensa y silenciosa. Al llegar les lavaron y les pusieron ropa limpia que olía bien y, para su sorpresa, los llevaron a la cocina y pusieron sobre la mesa un montón de comida para la cena, cosas ricas que él no veía desde que dejaron su casa de Mosul y que devoró con su hambre de muchos días. Comió hasta que le dolió la tripa porque no le cabía más. Trataba de guardar dentro todo lo posible para cuando volviera a acabarse la comida, pero se desesperó cuando a su hermano no pudo hacerle tragar más que un vaso de yogur y unas miguitas de pan.

No recordaba haber ido a la cama después de la cena. Debió quedarse dormido sobre la mesa como solía ocurrirle en su casa cuando les visitaban los abuelos y la sobremesa se alargaba hasta muy tarde. Entonces, a él, por ser mayor, le dejaban quedarse un rato más, pero siempre acababa apoyando la cabeza en un brazo y se dormía con el arrullo de las voces adultas.

Cuando despertó tenía turbados los sentidos y fue menester que pasara un buen rato antes de poder reconocer dónde estaba. El mundo real regresó a él con violencia y volvieron a saltarle las lágrimas. Sentía un peso de añoranza en el pecho como si mamá hubiese entrado allí adentro y lo llenara todo con sus manos y su olor. Tardó en ser dueño completo de sus miembros y cuando lo hizo palpó a su hermano junto a él bajo la manta y se puso a llamarle bajito «Adar... Adar».

Una ventana, a una altura que sobrepasaba la de un adulto y cuya abertura estaba bien defendida con barrotes, iluminaba pobremente el cuarto donde

se encontraban los críos. Cuando entraron las mujeres a darles el desayuno y vaciar los bacines los dos se hallaban ya sentados en sendas sillitas infantiles junto a una mesa baja de madera sobre la que se veían esparcidos algunos juguetes desmembrados o incompletos. Atraído por ellos, por esa fascinación que hace que el niño reconozca su naturaleza y su destino en cuanto los ve, Yamih no había tardado nada en acercarse a la mesa y sentar a Adar a su lado. Dado que, a él, aquellos juguetes se le aparecían como un arco iris flotando sobre el negro pozo en el que se encontraban sus vidas, intentó interesar en ellos a Adar pensando que quizás volverían a traer su mente al mundo. En aquel momento, jugar con su hermano fue un deseo casi tan ardiente como el de estar junto a sus padres. No resultó, pero al poco rato Yamih ya solo fue un niño imitando voces y ruidos e inmerso en un mundo de fantasía que había creado con unos pedazos de ilusión plástica: un guerrero sin cabeza, un coche con puertas y maletero y un caballo alado de color rosa al que le faltaba una pata.

YOURA CHOUDARY (IRAQ).

LOS MÍOS (I)

A las afueras de la ciudad de Rabiaa numerosas casas aparecían devastadas. Había más escombros que hogares en pie. Rápidamente, al ritmo del avance de los camiones, comenzaron a salir al paso bandadas de chicuelos y la ciudad fue surgiendo a base de calles sin asfaltar y aceras sin cimentar dibujadas por un frustrado bordillo de adoquines intermitentes. Las casas del núcleo urbano, bastante extenso, semejaban una colmena terrosa que, abarrotada de celdas en forma de cuadrícula, surgiera de un suelo responsable de su monocorde tono polvoriento. Ningún árbol daba oxígeno al paisaje y las calles estaban en silencio a esa hora en que el sol lanzaba estiletes ardientes a quien osara ponerse bajo su rigor.

Los camiones se detuvieron ante un edificio alargado de dos plantas y arrojaron un enjambre de hombres uniformados, fusil en mano, que se dirigieron a buen paso hacia las puertas del acuartelamiento, desapareciendo por ellas como engullidos por una fuerza de succión. En último lugar, y antes de que se llevaran los camiones a la parte trasera del edificio, bajaron los cuatro civiles. El cielo se mantenía blanquiazul y el sol, cayendo en vertical, era como un hierro candente que lo abrasaba todo.

En cuanto pisó suelo, Sofía, haciendo pantalla con la mano, buscó con la mirada el camión de Jalal. Entretanto, se oyó la arrolladora voz del capitán Al Kanjo invitándoles a entrar con él en las dependencias y hacer una comida con la tropa antes de marcharse a emprender aquella incierta búsqueda. Entonces, la puerta delantera del último vehículo se abrió y Sofía vio a su guía que bajaba de la cabina por su propio pie. Llevaba un vendaje limpio en la cabeza y se mantenía erguido sin dificultad. Ella fue a su encuentro deseando que hubiese hablado ya con Ferihan y no tener así que asumir el mal trago de darle la noticia. Temía enfrentarse a su dolor, pero más aún temía ser ella quien se lo sirviera caliente. A pesar de ir prevenida, se le encogió el corazón cuando él levantó los ojos y vio lo que expresaban.

Su rostro estaba más pálido que el mármol y la miró resentido durante un segundo, después bajó la mirada abatido por un pensamiento culpable: «Al fin y al cabo, él era el único responsable de lo que le había ocurrido a su familia».

—Jalal, lo siento. Hablé con Ferihan por el camino. ¿Cómo está Mariam? ¿Se sabe algo de cómo ha salido la operación?

Jalal calló. No. No sabía aún si su hija salvaría la vida, pero tampoco deseaba pronunciar las palabras. Necesitaba aferrarse a una esperanza que no quiso poner en entredicho. Sonaron las voces de los otros que se habían acercado a interesarse por su estado de salud y de ánimo, pero él apenas los oyó. Estaba demasiado abrumado por el arrepentimiento. Buscó al capitán entre los presentes y al no verlo supuso que ya estaba dentro del cuartel.

—Vamos adentro —dijo por toda respuesta, como si su sufrimiento no fuera con ellos.

Su mente iba ya camino de Erbil. Quería ver al capitán y pedirle ayuda. Tenía intención de emprender viaje inmediatamente por cualquier medio que hubiese al alcance y lo abordó en el comedor, donde los habían sentado al extremo de una larga mesa tomada por la tropa. Jalal ya se esperaba una respuesta así del capitán: no, no había planes de regreso a Erbil en los próximos días ni ninguna misión militar que hiciese ese recorrido. Ni siquiera parte del camino en esa dirección, pero bien, hablaría con sus colaboradores residentes en la ciudad por si sabían de alguien que fuese a viajar de inmediato y dio unos golpecitos amables en la espalda de Jalal.

Al darse cuenta de que solo había cortesía en aquellas palabras, que era un modo de quitárselo de encima, comió un poco y marchó a recorrer la ciudad en busca de una salida.

Dos horas más tarde, Ashti y sus tres compañeros de viaje se encontraban contemplando lo que parecía ser otra ciudad al margen de la que figuraba en los mapas como Rabiaa. El asentamiento anidaba al otro lado de la carretera bajo techumbres de lona, materiales de derribo y paneles prefabricados. En ella, miles de desahuciados esperaban la salida del sol por las mañanas para pasar las horas y los días contemplando un equipaje siempre listo, formado por bolsas y fardos repletos de añoranza, la opresiva añoranza de los que contienen el aliento soñando con reanudar la vida que dejaron atrás.

La oficina de registro era una caseta de paneles de madera que habían instalado en la parte delantera de la explanada. Allí se custodiaban los datos de los recién llegados incluyendo entradas y salidas, siempre que era posible.

Les recibió una mujer delgada de mediana edad, de piel clara y melena rubia jaspeada por las canas. Su reacción al ver entrar a los cuatro extranjeros les desconcertó.

—¿Cómo habéis llegado? —dijo indignada, sin ningún preámbulo—. ¿Es que no habéis traído el helicóptero que nos prometieron? —Hablabla inglés con acento americano.

Con un gesto relámpago, se miraron unos a otros. El saludo de Dennis zanjó la confusión.

—Buenas tardes. Me parece que no somos las personas que espera. Solo venimos a pedir información. Esta es la oficina del intendente, ¿no es así?

—¡Ah! Disculpen. Si preguntan por el señor Nikpay, ha salido. Volverá en unos minutos —dijo más relajadamente—. Me ha pedido que le guarde la oficina por si venía alguien, pero..., francamente, no es habitual que aparezca por aquí gente con su aspecto.

—Pues ha dado la impresión de que esperaba a alguien con nuestro aspecto.

—Siento mis modales. Me explicaré: a quien espero es a varios compatriotas de nuestra organización que deberían llegar por aire.

—Un helicóptero, claro —añadió Dennis divertido.

—Nosotros venimos a informarnos sobre dos niños que entraron en este campo hace un par de semanas —intervino Ashti impaciente.

—Yo no puedo ayudarles en eso. Tendrán que esperar al señor Nikpay. Él se ocupa de los registros. Yo soy la médica del campo —dijo mostrando brevemente una identificación que después metió en su bolsillo.

Los pasos de maza de Hamed Nikpay se escucharon mucho antes de que apareciese en la puerta.

—¡Ahí lo tienen! Yo me marchó ya, Hamed. Tengo varias visitas que hacer todavía —exclamó ella moviéndose hacia la salida con una ligereza que contrastaba con el pesado corpachón de su amigo.

—Gracias por tu ayuda, Carol —dijo el hombre, al tiempo que examinaba a los forasteros sin ningún disimulo—. Mandaré a alguien a avisarte cuando lleguen.

—No hará falta. Desde donde voy a estar oiré la llegada del helicóptero.

—¡Doctora! —dijo Roger interrumpiendo su marcha.

—¿Sí?

—Si no es indiscreción, ¿podría decirme para qué necesitan ese helicóptero? —preguntó dejando extrañados a sus amigos.

—Esperamos la llegada de un nuevo equipo de médicos —explicó—. Vienen desde un puesto avanzado que defienden los aliados en la frontera con Siria y tres de ellos deben ser trasladados a otro campo mucho más extenso donde se precisa personal sanitario, al parecer, más necesario que aquí —lo dijo con palabras que sonaron amargas, señalando la explanada con un gesto de su barbilla—. Confiamos en que al menos deje aquí algunos suministros médicos. Apenas nos quedan ya recursos.

—¿Suministros? —replicó Roger con la esperanza de una sospecha—. ¿A qué campo va el equipo médico?

—Al de Ankawa. Necesitamos el transporte aéreo. No podemos esperar a que se mueva el ejército. Sabe Dios cuándo volverá a viajar un convoy hacia Erbil.

—¿Sería posible incluir en ese viaje a otro pasajero? —dijo Sofía a bocajarro adelantándose a la diplomacia de Roger.

La doctora alzó las cejas sorprendida por la insólita petición y Sofía comprendió que tenía que explicarse.

—Se trata de uno de los rehenes que el Daesh iba a ejecutar. Quizás lo viesen en las noticias —dijo pasando la mirada de la doctora al registrador.

La americana abrió la boca un palmo y asintió con la cabeza.

—¿Iba?

Sofía continuó:

—Pues logró escapar y está aquí. Es preciso que vuelva a Erbil con su familia inmediatamente. Pagaremos por el viaje.

—El vehículo pertenece a las fuerzas armadas aliadas. Es una contribución humanitaria para con la población desplazada. No es una agencia de viajes.

—Perdone, no pretendía...

—Sin embargo —intervino Denis—, espero que sí acepten a cambio nuestra aportación para comprar material sanitario. ¿Es eso posible?

Ella se los quedó mirando unos segundos mientras pensaba qué responder. Finalmente tomó aire y lo dejó escapar todo de golpe a modo de suspiro.

—Díganle a su amigo que se presente aquí en seguida y espere. Ya veremos —murmuró mientras salía de la oficina.

—La doctora Carol Viser lleva atendiendo a los enfermos de este campo desde que se creó —dijo el intendente a modo de presentación tal como haría un anfitrión con sus invitados—. Conoce mejor que nadie los recursos y las expectativas de Médicos Sin Fronteras en este entorno. Si alguien tiene influencia que pueda ayudar a su amigo esa es Carol. Y ahora, díganme, ¿qué les trae por aquí?

Al mencionarle los nombres de los hijos de Ashti y el de los Korkak, una sombra cruzó el rostro afable de Hamed Nikpay. Se pasó un pañuelo por la frente y las sienes, empapando el sudor que le ocasionaba el calor de la tarde y el abrigo de su propia grasa corporal y se puso a buscar en los archivos. Mientras lo hacía un recuerdo desagradable fue cobrando forma en su memoria, pero cierta indefinible aprensión le impidió mencionarlo. Les dio los datos que les confirmaron quién se había hecho cargo de los niños y la fecha de su llegada. No había fecha de salida.

Roger se ofreció a volver al cuartel y traer a Jalal mientras los demás iniciaban un recorrido por el campo en busca de la tienda de los Korkak.

Les llevó toda la tarde encontrarla ya que su ubicación no figuraba en la ficha. Para ello, Hamed desplegó algunos de sus recursos. Ofreció unas monedas a varios muchachos que sabían moverse a sus anchas por el campo hasta que sus indagaciones les condujeron al refugio de los ancianos. Pero cuando llegaron a la tienda y la escudriñaron no había rastro de sus ocupantes. Sin embargo, casi todas sus pertenencias habían quedado abandonadas en aquel agujero de inmundicia. Harapos agrisados se mezclaban por los rincones con utensilios de cocina y bolsas de plástico hinchadas de basura. El caos venía acompañado de un silencio espeso y aterrador. Ashti se sintió mareada. Reaccionó como si todo se hundiera bajo sus pies. Como si acabaran de comunicarle el fallecimiento de un ser

querido. Su ilusión se había volatilizado de golpe y el desconsuelo volvía a dejarle el corazón en carne viva. Como un destello doloroso vislumbró un reloj infantil de juguete que había estado en la muñeca del pequeño Adar. Yacía con toda su inocencia en el interior de la tienda sobre la tierra sucia, como una única nota de color o como señal inequívoca de la marcha forzada de sus hijos y el vacío que habían dejado en su alma.

Una fuerte náusea sacudió también el estómago de Sofía al comprender las condiciones en las que habían vivido allí los pequeños. Ashti había comenzado a deshacerse en llanto y la española la abrazó sintiendo una especie de envidia piadosa por su facilidad para llorar por aquel dolor.

Dennis, con el corazón encogido por Ashti, miró en derredor y vio que las chabolas más cercanas se encontraban de espaldas a la de los Korkak. En vano preguntaron a los vecinos. Nadie sabía nada de esta gente que se había mantenido aislada, dijeron, y fuera de la vista de todos por la excepcional situación de su refugio, levantado contra la cara oculta de un cerro que se erguía al extremo de la llanura.

Cabizbajos y sin esperanza, se encaminaron hacia la ciudad en busca de alojamiento y un vehículo de alquiler que les permitiera moverse por la zona. Necesitaban pensar. Tenía que haber algo más que pudiesen hacer mientras permanecieran atrapados en Rabiaa.

La voz de una mujer llamando desde la explanada hizo que se detuvieran antes de cruzar la carretera. Se acercaba a buen paso sujetándose las faldas largas que le estorbaban para correr.

—¡Señores! —dijo sin aliento—. Nosotros lo tenemos. El niño se encaprichó y lo trajo. Les juro que no era nuestra intención quedarnos con él. Pero pensamos que nadie volvería a buscarlo.

Al ver la sorpresa reflejada en los ojos de aquella gente dudó.

—Ustedes han vuelto a la tienda del cerro. La que han abandonado esta mañana, ¿no?

—Sí, esa —respondió Sofía con la conmoción lógica de ver abrirse una ventana en el interior de un negro túnel.

—¿A quién tienen? ¿Sabe dónde están mis hijos? —preguntó Ashti con la esperanza desbaratada.

—¿Sus...? Eso no. Pero tenemos su perro. Han venido a buscarlo, ¿verdad? Si me acompañan se lo devolveré muy a gusto. ¡Solo nos faltaba tener que alimentar a un animal!

La siguieron volviendo sobre sus pasos hasta un refugio no muy lejano del de los Korkak. Un niño de unos ocho años jugaba con un perrillo mestizo de color canela y blanco. El animal, explicaron, había estado gimiendo durante horas desde que esa gente se marchó de madrugada y el pequeño había aparecido con él ante su madre. Mientras estuvo con los dueños lo tuvieron siempre atado a un arbusto a unos metros de su tienda y, al parecer, hacía unos días que su hijo lo visitaba. Había encontrado en el animal un amigo y le llevaba huesos y caricias procurando no ser visto.

—¡Josue! Han venido a buscar al perro —dijo la madre tratando, sin suficiente convicción, de que su voz sonara autoritaria y sin lugar a réplica.

El crío se volvió a la velocidad de un rayo, como si le hubiesen dado una descarga eléctrica. Se los quedó mirando y dijo:

—¡Esos no son los dueños!

—Tienes que dárselo a estos señores. Ellos se lo devolverán.

—Hola, Josué —saludó Sofía con su más tierna sonrisa—. ¿Cómo se llama?

—Dibi —respondió, dando un salto para agacharse junto al animal. Le pasó el brazo alrededor del cuello, como dos amigos que anduviesen de farra.

—¿Se lo has puesto tú o ya tenía ese nombre?

—Mmm... es su nombre. Así lo llamaban. —Lo corroboró dirigiéndose a sí mismo varios movimientos afirmativos de cabeza.

—Si nos ayudas a encontrar a los que vivían en esa tienda a lo mejor podrás quedarte con Dibi. Si mamá te deja, claro.

Vio que la mujer ponía los ojos en blanco y cabeceaba.

—Él puede encontrarlos —dijo el niño—. Quiere irse con ellos por eso tengo que sujetarlo con esta cuerda —Arrepentido de haber dicho eso añadió—: ¡Pero también es mi amigo y quiere quedarse!

La mirada que Sofía dirigió a Ashti hablaba. Estaba cargada de muchas cosas, sobre todo de ilusión. Y el tiempo era escaso, apremiaba.

—Oye, Josue, ¿viste alguna vez a dos niños saliendo de esa tienda?

—Creo que no..., bueno..., una vez vi un niño dentro. Pero no salió, solo se asomó. Era más pequeño que yo.

Esa simple mención puso a latir los corazones de las mujeres con un nuevo ritmo, como si en vez de sangre bombeasen esperanza.

Volvieron al chamizo de los Korkak, esta vez con el perro, que se mostró ansioso y comenzó a recorrer el interior olfateando.

—Déjamelos —dijo Dennis al niño usando el árabe que sabía—. No le haré daño. Si quieres puedes ayudarnos en esta misión. ¿Has visto en la tele a Scooby Doo?

—Mi papá me llevó a verlo al cine cuando era pequeño y vivía en Alepo —contestó entregándole el cabo de la cuerda.

—Pues vamos a dejar que Dibi haga de perro rastreador y jugaremos con él. Primero necesitamos que nos digas cómo eran los señores que vivían aquí.

Cuando hubieron logrado que el niño esbozara una difusa descripción de los Korkak, azuzaron al animal para que se pusiera a rastrear. El americano sabía cómo hacerlo pues había tenido perros de caza allá en Mariposa. Al principio, la actuación del can fue errática. Habían pasado muchas horas. Sin embargo, contaba con algunos factores a favor, según explicó Dennis: los mayores y los niños tienen un olor corporal más intenso y eso, unido al hecho de que arrastran más los pies al caminar y de que, estos en particular acusaban una higiene tan deficiente, ponía las cosas más fáciles al animal.

El perro comenzó a olfatear el suelo moviendo la cabeza de un lado a otro mientras avanzaba en función de la dirección del viento. Cuando parecía haber elegido una orientación empezaba a hacer un giro y se iba en la contraria. Varias veces optó por los cuatro puntos cardinales hasta hacerles caminar más de un kilómetro sin apenas alejarse del punto de partida y sin elegir un rumbo fijo. Cansados y desanimados ya iban a tirar la toalla cuando el animal pareció experimentar un cambio.

Creo que ha encontrado algo —gritó Dennis mientras los tres seguían al perro en su avance discontinuo—. Ha localizado el cono de olor, solo que aún no puede mantenerse en él en línea recta.

—¿Qué es el cono de olor? —preguntaron ellas a coro.

El viento porta consigo la ubicación de un individuo. El olor que busca el rastreador procedente de esa fuente adquiere forma de cono, ensanchándose a medida que se difumina y cerrándose cada vez más según se aproxime a ella —Calló un momento para tomar aire mientras trotaba detrás de Dibi y continuó con sobrealiento—. Cuanto más lejos esté el perro de su objetivo, más amplio y menos concentrado será el olor. Por eso, a medida que se intensifique, el animal se moverá más rápido. Confíemos en Dibi.

Escoltando al animal se encontraron al poco tiempo lejos del campamento y atravesaron algunas calles del extrarradio de Rabiaa. Daba la impresión de que estuviesen rodeando la ciudad. Al pasar frente a una gasolinera, Dibi se detuvo un instante, se dirigió hacia allí visiblemente inquieto y comenzó a husmear en derredor del único surtidor que disponía el establecimiento. En vista del atractivo que el lugar ofrecía al animal empezaron a temer entonces que los Korkak hubiesen alquilado un coche para huir y parado allí para repostar, en cuyo caso podrían encontrarse ya a kilómetros de distancia y la pista se perdería en este punto.

Barriendo la estela de olores de cada rincón con su oscuro y húmedo hocico, el perro se centró finalmente en la puerta de la pequeña tienda de alimentación y repuestos anexa a la gasolinera. Un chico menudo de ojos sorprendidos y pelo negro les atendió tras el mostrador. Su sorpresa aumentó cuando Sofía se dirigió a él sin ningún deje de acento extranjero.

Muy buenas. Andamos buscando a unos familiares que se marcharon hoy del campo de refugiados y es posible que hayan pasado por aquí ¿Podrías ayudarnos? Fue esta mañana temprano.

El chico tardó en reaccionar y, cuando lo hizo, pareció entusiasmado. Las novelas policíacas eran una pasión que llenaba sus horas de letargo a la espera de clientes en la gasolinera de su tío. El hombre alto rubio y la mujer de pelo rojizo les recordaban a ciertos personajes descritos en ellas y se vio a sí mismo protagonista de una de aquellas escenas en que las pesquisas del inspector y sus ayudantes los llevaban a hacer preguntas a sus informadores.

—Claro. Dime cómo eran, a ver si los recuerdo.

—Una pareja de ancianos con dos niños —resumió Ashti con impaciencia.

El dependiente se aguantó el flequillo hacia atrás con la mano y se quedó pensando.

—Entraron dos ancianos, un hombre y una mujer, sí. Pero no iban con niños.

—¿Estás seguro? Quizás se quedaron dentro del coche.

—Esos iban a pie y solo entraron a comprar comida. Ni coche, ni niños.

—¿A pie? ¿Viene mucha gente a pie por aquí solo para comprar en la tienda?

—Algunos vecinos del barrio pasan de vez en cuando, pero estos no eran del barrio. Son muy pocas casas y los conozco a todos —dijo con satisfacción.

—¿Qué aspecto tenían?

—No sé... eran muy viejos —respondió arrugando la frente, insatisfecho por no encontrar las palabras. A los testigos de sus novelas les salía tan fácil describir individuos a la policía.

—¿Cómo iban vestidos? ¿Mal aspecto? ¿Sucios?

—Iban bien. Ropa limpia y los pies..., me llamaron la atención las deportivas nuevas..., de marca —dijo arrastrando las palabras como si estuviese aportando la clave de las pesquisas—. En Rabiaa solo las vende Khalid en su bazar y no es calzado para viejos. Aquí, nadie de esa edad las lleva... También las bolsas parecían nuevas, de las buenas.

—¿Te fijaste en qué dirección se fueron?

—Por allí —dijo el chico señalando hacia el oeste.

Se acercaron a mirar por la cristalera achaflanada de la tienda en la dirección que había señalado. El camino, mal asfaltado, se prolongaba solitario hasta perderse en una gran curva. Su trazo marcaba los límites que parecían separar las últimas casas de la ciudad del páramo vacío.

—¿A dónde se puede ir caminando en esa dirección? Parece alejarse de la ciudad.

—Por allí se llega al cementerio... y a la estación de tren. Bueno, más adelante también está el puesto fronterizo... con Siria, ya sabéis.

—¿Qué trenes paran en esta estación?

—Antes pasaba una línea regular entre Bagdad y Turquía, con paradas también en varias ciudades del norte de Siria. Desde que Mosul fue tomado

por el Daesh, ya solo fletan un tren desde la refinería de Klsak que va directo a la ciudad turca de Nusahibin sin paradas en Siria y, una vez a la semana, recoge pasaje en Rabiaa. Creo que los martes, o sea, hoy.

—¡Se los llevan a Turquía! ¡Ay, Dios mío! ¡Que no hayan cogido ese tren todavía! —exclamó Ashti con voz angustiada.

—¡Claro! Por eso han dejado hoy el campamento —meditó Sofía— ¿Sabes a qué hora llega?

—Pues no tiene un horario regular. Hay que esperar en la estación hasta que aparece.

—Gracias —dijo Dennis, y sacó un billete de cincuenta dólares que colocó sobre el mostrador—. ¿Podrías hacernos un favor? Mmm...

—Mustafa. Me llamo Mustafa.

—Mustafá, ¿podrías guardar nuestro perro durante unas horas?

El chaval dudó un momento.

—Es que a mi tío no le gusta tener por aquí...

—Te prometo que volveremos a buscarlo. Si no puede ser hoy, mañana seguro que vendremos —le dijo Sofía mirándole a los ojos.

—Está bien —respondió con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Muchas gracias, Mustafa. Si recuerdas algo más de esas personas, te agradeceremos que nos lo cuentes.

—¡Gracias a vosotros! —replicó el chaval sonriente. Cincuenta dólares era una bonita propina por casi nada y aun con todo ya se sentía recompensado con este inesperado cambio en su rutina.

—Hay otra cosa —dijo echando a un lado la cabeza y agarrándose el mentón como lo haría el más concienzudo detective—. Esos viejos no estuvieron aquí por la mañana, sino a primera hora de la tarde, sobre las tres.

Cuando reemprendieron la marcha, un hálito quemante se alzaba de los campos de cebada a ambos lados del camino. Tal como les había indicado Mustafa, pasaron junto a un muro de ladrillos rojos que rodeaba el cementerio.

Tras unos minutos caminando, la difusa silueta de una construcción asomó en el horizonte y poco después una línea de postes junto a lo que sin duda debía de ser la vía férrea. Ashti aceleró el paso instintivamente y a un

tiempo también se aceleraron los latidos de su corazón. Dennis se percató de su ansiedad y le tomó la mano. Ella tuvo el destello de un recuerdo que venía de épocas distantes: otro hombre, su abuelo, también le tomaba de la mano cuando era niña. Ella no la retiró, pero la sintió ardiendo en la suya.

—Deberíamos desplegarlos —sugirió Dennis—. Mientras uno de nosotros entra por la puerta principal, los otros dos deberían rodear el edificio y acercarse al andén por ambos laterales.

Ashti lo miró ausente. Sus palabras apenas la alcanzaban, como si rebotasen o hablase desde detrás de una cristalera. Tal era su agitación y su zozobra. Después de tantas tentativas fallidas ahora todo podía desembocar en el desastre. Sus hijos deberían estar allí delante, a unos metros de donde ahora se hallaba o todo se habría acabado para ella.

—Déjalo, Dennis. ¿Adónde van a huir? Es solo una caseta en medio de un descampado —replicó Sofía.

Tenía razón. Aunque hubiesen querido escapar de sus perseguidores, no se distinguía ningún tren y el lugar aparecía desolado, ningún edificio cercano, ni árboles ni vegetación. No había dónde esconderse y menos aún cargando con los niños.

Atravesaron la sala del apeadero sin ver a nadie, incluso el servicio de venta de billetes estaba cerrado, y salieron al andén, un espacio de tierra a ras de las vías con la única concesión de un par de bancos adosados a ambos lados de la puerta. Allí, sentados en uno de aquellos bancos estaban los dos ancianos. Dormitaban al calor de la tarde, apoyadas las cabezas sobre las bolsas de viaje que rodeaban firmemente con los brazos, como dos escarabajos peloteros agarrando su bola de fiemo, pensó Ashti descorazonada. Y ni rastro de sus hijos.

Sin hacer el menor ruido, Dennis se sentó cuidadosamente al lado del hombre, Sofía lo hizo al de la anciana, mientras Ashti quedaba plantada de pie ante ellos.

—¿Dónde están mis hijos? —pronunció Ashti sacando su tono más potente y autoritario.

Fue como disparar un cohete. Al instante ambos se incorporaron de un salto sin soltar su equipaje y abrieron unos ojos tan asustados como los de un caballo espantado.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —dijo el anciano con voz airada abrazando con más fuerza su macuto.

—Ya te lo hemos dicho —replicó Sofía—. ¿Dónde están los niños? ¿Qué habéis hecho con ellos?

—¿Qué niños? Nosotros estamos solos. Somos dos viejos solitarios y pobres. No tenemos nada de valor.

—No vamos a robaros, pero nos vais a enseñar el contenido de esas bolsas.

Por unos segundos guardaron silencio. Parecían no haberse inmutado, hasta que el viejo hizo un gesto a la mujer. Esos tres no daban la impresión de ser ladrones o asaltadores. Lo que buscaban era mucho peor y podían ponerles las cosas muy feas. Mejor tratar de convencerles de que no tenían nada que ver con los críos. Abrieron los macutos, que contenían muda para varios días y útiles de aseo, todo nuevo, recién adquirido. Ni rastro de ropa infantil.

—¿Os creéis que vamos a permitir que cojáis ese tren y desaparezcáis? —dijo Ashti agachándose hasta situarse a nivel de sus ojos—. Os voy a decir lo que pasará a continuación: no cogeréis el tren por más que os empeñéis en seguir aquí esperando y, si os negáis a colaborar, una llamada a la policía os asegurará un lugar donde dormir esta noche y no será en un vagón de tren sino en los calabozos de Rabiaa. Os acusaremos de secuestro y, si los niños no aparecen, quizás también de asesinato en primer grado.

Sofía no daba crédito a sus ojos. Estaba apabullada por la entereza de su amiga. La conocía bien y no habría esperado de ella unas palabras tan duras y expresadas con tal contundencia. Dennis también la observaba con curiosidad. Tuvo que reprimir una sonrisa.

—No les hemos hecho ningún daño a los niños —gimoteó la mujer. La mención de la policía y la idea de ser acusados de asesinato había surtido efecto en ella.

—Calla, mujer ¿Qué estás diciendo? —gruñó el marido.

—Vaya, entonces reconocéis al menos haberlos secuestrado. Tu esposa está siendo más sensata que tú, señor Korkak.

—Tenéis mucho más que perder callando que si decís la verdad —corroboró Sofía—. Si nos ayudáis a encontrar a los pequeños sanos y salvos,

podréis volver aquí el próximo martes y marchar en ese tren sin que nadie os detenga. Si no, acabaréis vuestros días en la cárcel.

Dennis sacó una identificación y se la puso al anciano delante de los ojos.

—Mira esto. Soy el canciller en la Embajada de Estados Unidos de Erbil. Si hago esa llamada, la policía acudirá en cuestión de minutos —logró articular en árabe, aunque sus palabras eran lentas y de léxico limitado.

—No los secuestramos —volvió a decir la anciana gimiendo—, no tenían a nadie y los recogimos por caridad. Les hemos alimentado y cuidado.

—¡Que calles, loca! —gritó el marido, tan furioso que apenas podía controlar el temblor de sus manos mientras cerraba la cremallera de la bolsa.

—No quiero ir a la cárcel —gimoteó ella—. Te dije que no era buena idea. Díselo, Khalid. Diles dónde pueden encontrarlos y nos dejarán marchar.

Él le lanzó una mirada furiosa y tragó saliva antes de responder.

—Es que no lo sé. Los entregué a otras personas. Ya no podíamos hacernos cargo de ellos —respondió evasivo mirando hacia las vías.

—¿A quién? ¿A quién los entregaste? ¿A otra familia? ¿Se encuentran en el campo?

Miro alrededor con gesto de impotencia mientras farfullaba una maldición dirigida a su mujer.

—Yo no sé a quién se los vendió el contacto. Solo hablé con un tipo que vive en la ciudad y otros vinieron a buscarlos.

—¿Los «vendió»? —exclamó Ashti con voz ahogada.

—Tú recibiste dinero por ellos, ¿verdad? Fuiste tú quien los vendió. ¿A quién y con qué fin? —bramó Dennis agarrándole por el cuello de la camisa.

—¡No!... Bueno, sí —dijo. Se sintió demasiado frágil bajo la amenaza de aquel extranjero. Parecía tener músculos de acero.

—Yo los entregué a mi contacto y él se encargó de venderlos... al Daesh —soltó con una mirada cautelosa en su rostro enjuto.

El mazazo fue tremendo. Sintieron ascender en su interior una mezcla de pánico y odio que cortaba la respiración. Para Ashti y Sofía la sola mención de esas siglas asociadas a sus hijos fue como una sacudida, aterradas por las

imágenes que su mente evocaba partiendo de retazos de recuerdos vividos por la yazidí y que se les aparecían como pesadillas.

Entonces el viejo suspiró hastiado al darse cuenta de que había sonado demasiado brusco y quiso rectificar para suavizarlo.

—Seguramente no habrán salido aún de la ciudad —aclaró, poco convencido.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Sofía poniéndose en pie para enfrentar la mirada del hombre, como si pudiese ver la verdad en sus acuosas pupilas.

—Porque fue anoche cuando vinieron a buscarlos.

En su expresión se adivinó que tenía algo más que añadir.

—¿Y?

—Me pagaron menos porque dijeron que estaban flacos y tendrían que tenerlos unos días retenidos hasta recuperar un aspecto saludable.

—¿Mencionaron el lugar donde iban a retenerlos?

El viejo negó con la cabeza.

—¿Para qué los querían? ¡El Daesh! ¡Dios mío! —exclamó Sofía con la voz quebrada.

—Por favor, no nos denuncien. Mi esposo les dirá cómo encontrar a sus hijos, pero deje que nos marchemos —imploró la señora Korkak.

—Podréis iros cuando tengamos a los niños. Ya os lo hemos dicho.

—Está bien, está bien —cedió el viejo—. Puedo llevarles hasta el hombre con el que hice el trato. De la gente que pasó a buscarlos no sé nada.

—Pero... sabrán que les hemos delatado. Nos buscarán y el próximo tren no pasa hasta dentro de una semana. ¡No podemos quedarnos tantos días! —dijo la mujer en tono lastimero.

Dennis sacó su móvil y marcó.

—¿Roger?... Sí, hemos encontrado a los Korkak, pero no tienen a los niños. El asunto es peliagudo. Necesitamos que consigas un vehículo y vengas a buscarnos a la estación de tren. Te cuento luego.

El Hummer H2 era viejo, pero de buenas dimensiones e iba completo. Dennis conducía con Ashti a su lado. Atrás iban los Korkak escoltados por Sofía y Roger.

Comentando las posibilidades de conseguir de aquel hombre la información que necesitaban coincidieron en que traicionar al Daesh era demasiado peligroso y no podían esperar una rendición fácil de quien colaborase con ellos. Después de dar vueltas a la cuestión de si el arma que llevaba el canciller debería ir cargada o no, la respuesta quedó en suspenso y a mitad de trayecto la conversación se había perdido en un hoyo de reflexiones. Dennis se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar en el caso de que el hombre se resistiera *in extremis*. Era un temor que estaba en el pensamiento de todos y que los mantuvo tensos y en silencio. Sabían a ciencia cierta que la desesperación y el odio que sentían no serían suficientes para forzar a aquel miserable a hablar a menos que olvidasen sus principios.

Se detuvieron delante de una casa baja, de igual aspecto que todas las casas de Rabiaa. Ni el menor soplo refrescaba las calles polvorientas. La noche se les había echado encima y, amparados por la oscuridad en el interior del Hummer, contemplaron aquella puerta durante unos minutos. Una luz borrosa se filtraba hasta la calle desde las ventanas.

Dennis y Ashti salieron del vehículo, cruzaron la calle con un nudo en el estómago e hicieron sonar el timbre. Abrió la puerta una mujer mayor de gesto cordial que al ver a los desconocidos mudó la expresión reflejando cierta alarma. Llevaba la cabeza cubierta con un *hiyab* a cuadros que ataba alrededor del cuello y agarraba el pomo de la puerta con ambas manos sin dejar que se abriese del todo como si con la sola fuerza de ese gesto pudiese controlar la seguridad del hogar.

—¿El señor Choudary vive aquí? —preguntó Ashti.

La mujer asintió mirándolos en silencio y después de unos instantes reaccionó lanzando un grito:

—¡Youraaaa! Preguntan por ti.

—¿Quién es? —Se oyó desde el fondo del pasillo una voz aflautada, aunque agradable, que debía pertenecer al tal Youra.

—Unos extranjeros —respondió ella sin quitarles ojo.

La luz que se filtraba por la abertura de la puerta era tenue e indirecta, pero conseguía penetrar la oscuridad de afuera dibujando en el suelo un haz amarillo. Roger y Sofía forzaban la vista desde dentro del auto intentando distinguir a los que estaban al otro lado de la puerta. En un momento dado,

dejaron de ver la figura de la mujer y, en su lugar, apareció la de un individuo en camiseta interior blanca. Entonces, Sofía bajó del auto, se llegó hasta ellos y se unió a los visitantes, justo en el momento en que Dennis sacaba el arma y apuntaba con ella al tal Youra obligándole a retroceder con una expresión mezcla de pánico y perplejidad. Se colaron dentro los tres y cerraron la puerta tras ellos. La mujer se echó las manos a la cabeza y empezó a dar grititos ahogados.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes sois? —acertó a decir el tipo cuando medio superó el desconcierto.

Era un hombre joven que no sobrepasaba los cuarenta, carirredondo, de baja estatura y vientre abultado, con dientes pequeños muy blancos y unos ojos chispeantes de malicia.

—¿Quién más hay en la casa? —preguntó Dennis.

—Mi madre... —dijo Youra señalando a la mujer que estaba a su espalda.

—¿Quién más? —Lo acució el americano sin dejar de apuntarle.

—Y... mis dos hijos.

—Vamos a donde están tus hijos —le ordenó con una leve sacudida del arma.

A Dennis le costaba Dios y ayuda disimular la ansiedad que dejaba traslucir su voz. La presencia de unos hijos acrecentaba la desazón que ya traían con ellos.

Encañonados por la Colt Mustang XSP del americano recorrieron el pasillo hasta su extremo opuesto mientras se escuchaba el sonido *in crescendo* de un televisor. El salón en el que entraron era de dimensiones colosales y decoración espléndida. Una pared de puertas acristaladas dejaba ver al otro lado una zona ajardinada iluminada por varios focos. El suelo sembrado de césped y varias gruesas palmeras invitarían en el calor de la tarde a buscar la frescura de su sombra. Al entrar, el aire acondicionado disipó el calor que traían pegado a la piel. Había dos chiquillos sentados en un amplio sofá de diseño moderno. El mayor de ellos no tendría más de nueve o diez años y el otro tenía unos siete. Estaban tan abstraídos mirando en la enorme pantalla un programa de dibujos que, cuando giraron distraídamente la cabeza hacia el movimiento de la puerta,

tardaron varios segundos en entender la presencia invasiva de los extranjeros apuntando a su padre con un arma.

—Por favor, sentaos con los niños. Todos juntos —dijo Sofía en tono neutro cargado de autoridad.

—Escucha bien lo que van a decirte —anunció Dennis señalando a las mujeres con un movimiento de cabeza.

Prefería que hablasen ellas puesto que no padecían sus dificultades con el lenguaje, aunque fuese él quien sostenía en la mano al argumento más convincente.

—La alternativa es detenerte y llevarte ante el capitán Alan Al Kanjo, que se encargará de hacerte las preguntas pertinentes —dijo Ashti pronunciando las palabras con lentitud y haciendo un esfuerzo para que no se le quebrase la voz.

—¿De qué me hablas? ¿Qué alternativa? ¡Estáis locos!

—Que nos cuentes a dónde se llevaron anoche a los niños que vendiste al Daesh.

—¿Qué pasa hijo? ¿De qué habla esta gente? —preguntó la madre, temblándole la voz mientras clavaba en el hijo una mirada de espanto.

Youra se removió en el sofá inquieto.

—No sé de qué me habláis, pero si queréis que colabore tenéis que dejar a mi familia al margen. Podemos continuar con esto en mi despacho.

—Ni hablar —replicó Sofía como un rayo—. Nos retiraremos a hablar a aquel rincón del salón, pero estaremos todos a la vista.

—Os juro por mi vida que no tengo nada que ver con eso. Sí, lo juro —empezó a decir cuando se hubo sentado junto a la mesa del comedor.

Los críos habían apagado el televisor y no quitaban ojo a su padre. Entendían ahora claramente que se encontraba en peligro.

Dennis sacó su móvil y seleccionó un número.

—Tráelos, Roger. Voy a abrirte —fue la escueta consigna y salió de la habitación después de pasarle el arma a Sofía.

—¿Adónde ha ido su amigo? —preguntó Youra nervioso sin obtener respuesta.

Taciturno y roído por la incertidumbre de no saber qué estaban preparando aquellos intrusos, se pasó una mano por el rostro y se encogió

de hombros, pero cuando reapareció el americano con otro extranjero conduciendo a la tétrica pareja de los Korkak se le cayeron los palos del sombrero. Roger obligó a los viejos a acercarse hasta donde se encontraba el dueño de la casa.

—¿Es este el hombre? —preguntó Dennis dirigiéndose al señor Korkak. Él asintió cabeceando como si aceptase una carga.

La mirada que Youra dirigió al viejo dejaba traslucir una mezcla de ansiedad y de desdén. Recordó su perfil aguileño, sus mejillas prietas, vio la rendición en sus ojos y pensó que en adelante debía poner más atención a sus averiguaciones sobre el origen de la mercancía. Había sido descuidado, pero no volvería a pasar. A ver cómo salía ahora de esta. Gracias a Dios que Mayra estaba fuera, en casa de sus padres, y no iba a volver hasta el día siguiente. Si ella llegase a sospechar algo... ¡No!, no podía permitir que su esposa se enterase porque no lo entendería.

Hubo unos instantes de silencio. Por un momento, su actitud les hizo pensar que iba a rendirse a la evidencia y que les diría todo lo que querían saber. En cambio, tragó saliva para aliviar la garganta reseca y dijo:

—No sé quiénes sois, pero sé que esto es allanamiento de morada y secuestro. Puedo llamar a la policía y será la palabra de un vagabundo contra la mía —Su voz tronó señalando al viejo Korkak con un movimiento de cabeza. Después, bajándola tanto que tuvieron que contener la respiración para oírlo, continuó—: Estoy seguro de que los viejos no van a delatarse ante la policía de Rabiaa. Irían a la cárcel. Además, yo tengo mis contactos.

Sofía sintió que le hervía la sangre. La expresión de Ashti se ensombreció. En cuanto a Dennis, las últimas palabras habían sido tan rápidas que no pudo entenderle y era evidente que Roger no se enteraba de nada. Sofía y Ashti se miraron brevemente descubriendo en la otra el mismo gesto de desamparo, como un soldado repentinamente desarmado ante el enemigo. Al detectar en ellas un atisbo de debilidad el tipo continuó envalentonado:

No tenéis nada que hacer aquí. ¿O pensabais que iba a poner en riesgo la vida de mi familia? No soy un soplón y sé con quién me la juego. ¿A quién creéis que debo temer más, a vosotros o al ISIS? Ya estáis saliendo de mi casa o empiezo a hacer llamadas para que vengan a echaros.

—Este cabrón tiene cómplices en la policía —observó Ashti en inglés con la pretensión de no dejar traslucir el sentimiento de impotencia que las anegaba—. Los tentáculos del Daesh son muy largos. Lo he oído en otras ocasiones.

—Así es —replicó Youra también en inglés, dejándolos más descolocados todavía—. Dejadlo ya y marchaos. No podéis sacar nada de mí y estáis poniendo en riesgo vuestras vidas —Su voz volvió a bajar de tono. Era evidente que un lado siniestro de su vida se desdoblaba al margen de la familia.

—¿Cómo puedes hacer eso a unos niños? —empezó a decir Ashti—. Tú que tienes hijos y sabes lo que se siente al perderlos. —Su voz iba adoptando un tono cada vez más suplicante y Dennis le apretó el brazo para que parase.

Youra la escuchó con maligna satisfacción y observó al grupo con mirada analítica. Ninguno de ellos parecía tener agallas para usar un arma. Estaban pisando arenas movedizas y ese movimiento solo hacía que se hundiesen un poco más. Con su actitud, Ashti delataba de un modo definitivo el verdadero alcance de sus amenazas. Era como descubrir al gatito cuya sombra ampliada por la luz había proyectado la figura de un tigre.

—Acabemos con esta mascarada patética —susurró despectivo entre dientes y, sin ningún miramiento, se puso en pie y se estiró para alcanzar el teléfono que se hallaba sobre la mesa.

Sucedió entonces algo que nadie tenía previsto, algo que había quedado del todo descartado. Ocurrió en unos pocos segundos. Sofía intentaba pensar, pero notaba que su mente se había sumergido en una especie de letargo durante el cual comenzaron a aflorar imágenes que se encontraban entre sus recuerdos recientes: les daba las buenas noches a sus hijos y ellos la abrazaban desde la cama que ambos compartían. El pequeñín jugaba a no soltarse de su cuello y reía con esa risa limpia, desbordada, que en los niños explota como un cascabel, como si rieran las estrellas. El recuerdo voló y al instante siguiente se le cruzó en la garganta un intenso sabor de infierno. Vio que tenía la pistola de Dennis en la mano y que debía hacer algo con ella. Apuntó a la cabeza de aquel hombre en cuyo poder se encontraban las vidas de Adar y Yamih. La mirada del tipo fue de incredulidad y desprecio.

Los dos sabían que si ella apretaba el gatillo los perdería para siempre. No era una posibilidad. Entonces Sofía se giró lentamente sin dejar de apuntarle y fue hacia el sofá donde permanecían sentados los muchachos con la abuela. Con intencionada lentitud, como si ese gesto pudiese hacer variar la rotación de la Tierra, cambió la dirección del arma hasta encañonar la sien de uno de los niños. Era el mayor y en el acto comenzó a llorar.

—No tengas miedo, hijo. No va a disparar. No puede. Confía en mí.

La sangre de Sofía bulló al oír esas palabras, de rabia por saber que era cierto, que acabar con una vida no entraba dentro de lo posible. Pero en aquel momento tomó conciencia clara de las alternativas: «esta gente, estos extraños, o la vida de los míos».

Apuntó a la rodilla del pequeño y apretó el gatillo. El crío dio un grito que se fundió con el de la abuela. Comenzó a retorcerse y a chillar de dolor mirando su pierna y a su padre con incredulidad y terror.

Youra perdió todo el color bajo la piel y se lanzó hacia ella dando alaridos de furia, pero Roger y Dennis lo sujetaron con firmeza. Su tamaño hizo que calcularan mal la fuerza precisa para contener su ira y en el forcejeo rodó una silla, Roger recibió un golpe en la sien y Dennis un fuerte codazo en el pecho. Al fin lograron dominarlo. Siguió luchando y lanzando improperios y amenazas hasta que vio cómo la mujer volvía a apuntar a la otra pierna de su hijo.

—¡Nooo! ¡Espera! ¡Maldita furcia! Os diré todo lo que sé.

ASHTI BARZANI Y SOFÍA ROMÁN (IRAQ). LOS MÍOS (II)

—¡Hay que llevarlo al hospital! —vociferaba el padre del chaval.

—Antes dinos dónde están mis hijos —gritó Ashti, tratando de imponerse por encima de los alaridos del chico y de los chillidos de la abuela.

—En una casa, a las afueras.

—¿Dónde? ¿Qué casa?

—La llaman «la casa del ceramista». Un edificio deshabitado.

—¿Dónde está eso?

—Al otro lado de la ciudad, una parcela junto al acueducto.

Del muchacho estaba desapareciendo todo rastro de color y vieron cómo se desvanecía. Cuando aflojaron el abrazo que lo inmovilizaba, Yuri se abalanzó sobre él y Roger le ayudó a echarlo largo en el sofá y elevar la pierna herida a una altura por encima del corazón para aminorar el flujo de sangre que ya había empapado el cojín. La abuela gritaba y suplicaba a Alá pidiendo ayuda.

—Señora, traiga vendas o trapos limpios o lo que tenga en la casa. ¡Rápido! Y mire si tiene analgésicos —dijo Roger a la mujer.

Vendaron la herida e hicieron un torniquete por encima de la rodilla.

Entretanto, Dennis había vuelto a sacar su móvil y hablaba con el general del Ejército estadounidense Justin Efron. No necesitó ponerlo en antecedentes porque ya lo había hecho antes de salir de Erbil. Le describió el punto en el que se encontraban y cómo se habían topado con una de las redes yihadistas de tráfico humano. Su amigo le prometió hablar inmediatamente con Al Kanjo y dar la orden de organizar el asalto al lugar que el traficante les había indicado. Quedó asimismo en llamarle en cuando tuviese noticias de la operación.

—Justin —dijo Dennis intentando sacudirse la sensación de culpabilidad que le causaba confesar un acto brutal—. Necesitamos que nos envíen un médico al domicilio del traficante.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Alguien ha resultado herido? —preguntó el general sin la menor inflexión en la voz.

—Hemos tenido que utilizar la fuerza para que el tipo hablase, pero no podemos dejar que salga de casa. Podría dar la alarma y complicar las cosas.

—¿Qué tipo de atención médica necesita?

—En realidad... se trata del hijo, es un crío. Tiene la rodilla reventada.

—Vaya, no os habéis andado con chiquitas.

—Ha sido algo que no...

—Déjalo, Dennis. Lo comprendo. En situaciones límite todos corremos el riesgo de que nos abandonen los principios. Veamos..., eso no lo arregla un médico a domicilio y el hospital de Rabiaa se encuentra inhábil después de ser bombardeado cuando se recuperó la ciudad de las garras del ISIS. Metedlo a un coche y trasladadlo al cuartel. Avisare para que preparen el quirófano. Llevaos también al padre y que lo retengan allí.

—Justin —insistió Dennis—, necesitamos que el rescate se lleve a cabo con la mayor rapidez.

—Entiendo —respondió el general sin alterarse—, pero ya sabes, todo lleva su proceso. Antes tendrán que comprobar que la información es veraz.

—No me vengas con esas, amigo —exclamó el canciller con más aspereza de la que habría querido emplear—. Tienen a los niños y sabe Dios qué planes han fraguado para ellos. Si los mueven de allí les perderemos la pista.

—Haré lo que pueda, Dennis. Relájate —replicó manteniendo el tono bajo y tranquilo que ahora empezaba a irritar al diplomático.

Dando unos pasos atrás con gesto mecánico, Sofía se había retirado de la escena y había abandonado la pistola sobre la mesa. Se sentó en una silla, se abrazó la cabeza y la hundió entre sus piernas. Dennis recogió el arma y le dio unas palmaditas en la espalda antes de salir.

Los demás contemplaban al chico, consternados. Yuri de rodillas junto al sofá le apretaba la mano tratando de reanimarlo. Roger sostenía un vaso de agua en una mano y un par de píldoras en la otra. En cuanto las tomara

saldrían disparados en el vehículo que, con el motor en marcha y el americano al volante, esperaba afuera.

—Vamos, Sofía, tenemos que irnos —le dijo Ashti agarrándole por el brazo para que se levantara. Al pasar junto al sofá se dirigió a la abuela.

—Iremos a curar a tu nieto —le explicó en tono amable—, pero si entretanto el pequeño o tú salís de casa o contactáis con alguien por teléfono, no volverás a ver ni al chico ni a tu hijo. ¿Entendido? —Ashti pronunció estas últimas palabras con rotundidad y aspereza, como si no fuese la misma persona la que había empezado a hablar.

—Haz lo que dicen, madre —confirmó Yura desde la puerta con el chico en brazos, resignado e impaciente por ver al chaval en manos de un médico.

Cuando el Daesh ocupó la ciudad un par de años atrás, su almacén de alfombras, un negocio floreciente que llegaba con sus ventas hasta el norte de Siria y sur de Turquía, fue destruido y ardió con él una fortuna. Siempre creyó que Mayra, la joven más bella y dulce de la ciudad, había aceptado que la casaran con él por su posición acaudalada. Al descubrir que ella lo amaba, un hombre de físico desgraciado sin más atractivo que sus ojos risueños, se prometió a sí mismo hacer de su esposa una reina y dar a los hijos de ambos una vida opulenta. Si Yura hubiese sabido la razón del amor que ella le profesaba jamás se hubiese convertido en un rufián sin fe ni ley. Cuando les presentaron, Mayra vio en él un hombre sensible y propenso a la amistad, de naturaleza desprendida y bondadosa. Era alegre y bromista y no tomaba en serio nada que no fuese serio. Reía constantemente y la hacía reír también a ella. Mayra pronto se dio cuenta de que cuando estaba con él se sentía feliz y de buen humor y el profundo amor que había leído en sus ojos negros la conmovía. Tras el desastre en su almacén Yura se transformó. Fue como un ángel caído, un demonio, afanado en guardar a los suyos en el paraíso, y habitar junto a ellos defendiendo a fuego su bienestar. Ahora, todo se estaba desmoronando. Lo sintió como si un aguacero helado extinguiera de golpe esa llama perversa que había alimentado sus anhelos y justificado sus actos.

En adelante, si lograba salir de esta, solo contaría con los ingresos de su menguado negocio de alfombras. No obstante, por mucho que la idea le sumía en el desamparo, pedía perdón a Alá y le rogaba que Mayra no

llegara a descubrir nunca el tipo de hombre en el que se había convertido.
Solo había un temor que no podía enfrentar: que ella dejase de amarlo.

ROGER ARBER (IRAQ). LOS DEMÁS

A la escasa luz del incipiente amanecer, Roger conversaba con su jefe tratando de retomar la llamada interrumpida muchas horas atrás. En Chile eran las once de la noche.

—Debía haberlo imaginado —dijo Vadin cuando el astrónomo le puso al tanto de sus andanzas—. Quieres pasar tus vacaciones persiguiendo una quimera.

—No, ya no. Voy a tirar la toalla, Vadin.

—Eso es que no ha ido bien. Conociéndote, con lo persistente que eres...

—Quien sea o lo que sea que está en esto, no deja huella alguna — interrumpió—. No he sacado nada de mis pesquisas en este viaje.

—Me alegro de que recuperes la cordura, Roger —dijo Vadin aprobadoramente—. Te necesitamos aquí. ¿Sabes cuantos organismos, centros de investigación y agencias estatales están estudiando el fenómeno?

—Una marabunta, supongo.

—Supones bien. Tampoco han sacado nada en claro. Parece cosa de magia.

—¿Cuáles son las líneas de investigación?

—De eso quería hablar contigo. Me han dado instrucciones de hacerte volver cuanto antes.

—Eso suena como una orden. ¿De quién viene? Yo dependo del [Max-Planck](#). Mis jefes del instituto tienen la última palabra, como bien sabes.

—Te llamarán también —dijo el jefe diplomáticamente— Naciones Unidas ha creado una comisión de expertos. Necesitan a los mejores en todos los campos. La línea de investigación que busca las causas fuera de la tierra requiere tu presencia, Roger —Hizo una pausa y agregó—: Además, por tu propio interés, no puedes estar lejos de esto.

—¡Deduzco que se va a considerar en serio la opción de una inteligencia externa! —quiso confirmar Roger con el entusiasmo de un buscador de tesoros.

—Si te refieres a un agente externo con capacidad para manipular la mente humana, sí. Es lo que muchos creen, que alguien que nos contempla desde fuera quiere poner orden en el mundo y no se le ha ocurrido otra genialidad que generar empatía de un modo drástico.

Oír esas palabras saliendo de la boca de su amigo, hombre a quien respetaba por su profunda cordura, le impactó.

—Tú también lo crees, ¿verdad, Vadin?

—¿Qué otra explicación puede haber? Por otra parte, no deberíamos tomarlo como un suceso angustioso. Los astrónomos siempre hemos deseado que ocurriera, ¿no? Si no exactamente esto, algún tipo de contacto o de intervención.

—Sí, desde luego —Roger reflexionó unos instantes antes de volver a hablar—. De todos modos, empiezo a dudar de sus efectos benévolos. He visto cómo esa empatía puede también ser el germen de actos violentos.

—¿En relación con esto?

—Desde luego. Ayer fui testigo de ello. Siempre quedarán «los demás», contra quienes no dudaremos en enfrentarnos por proteger a los nuestros.

Su jefe guardó silencio. No supo qué responder. Los hechos que Roger mencionaba le eran ajenos y lejanos.

—¿Estás ahí, Vadin?

—Sí, sí... Verás... no tengo respuesta para eso. Quizás no debemos esperar que sea la panacea para los males del planeta. Mientras el ser humano no cambie en su esencia misma, seguiremos actuando con la carga de debilidades, pasiones y trastornos que nos caracteriza. Ahí Yuval Harari nos define acertadamente.

—¿Quién es? El nombre me es familiar.

—Para ese historiador todos somos algoritmos: con la información que tenemos actuamos. Los sentimientos y las emociones son mecanismos bioquímicos que los animales usan para tomar decisiones. Es un cálculo veloz de probabilidades que nos ayuda a sobrevivir. Son algoritmos que se han ido perfeccionando a lo largo de cientos de miles de años.

—Es una tesis razonable. Puede que estemos siendo ingenuos al pensar en una mano bienintencionada que haya ideado esta estrategia para redimirnos de nuestro peor instinto, el que genera la violencia del hombre contra el hombre. Está claro que el mecanismo que nos lleva a tomar decisiones no cambia por el hecho de empatizar de un modo tan absoluto con otro ser humano. La entrega y la generosidad del vinculado solo se dirige a su vínculo y a lo que se encuentra dentro de ese círculo de afectos.

—Sin embargo, los cambios ya han comenzado, Roger, para bien o para mal.

—Pero... has dicho que no había novedades...

—No respecto a sus causas, pero sí ha habido consecuencias sociales. — Hizo una pausa.

—¿En qué sentido? Vamos. No me tengas en ascuas —le apremió Roger.

—Se trata en realidad de un movimiento sutil, como un murmullo que aúna conciencias. Nadie parece estar libre de ser vinculado. Tampoco los poderosos: gobernantes, gente influyente y de prestigio. Algunos han reaccionado como no lo habrían hecho antes de sufrir la vinculación. En las altas esferas financieras se ha llegado a exigir que toda persona con responsabilidad política o institucional dimita de sus cargos si se vincula. No quieren ver dañados sus intereses por decisiones altruistas.

—¡Pero... todo eso es asombroso! Son actitudes que revelan que algo está cambiando, que el fenómeno está siendo efectivo de algún modo. Algo grande se ha puesto en marcha, Vadin, y yo quiero estar allí, desde luego. Dame unos días más y me uniré al equipo.

—Debes acudir a Washington. Es donde se os ha citado. Se está reuniendo a los cerebros más destacados de las ciencias cognitivas y de la neurociencia, pero también sociólogos, antropólogos e ingenieros del campo de la inteligencia artificial y la informática. Y, ¿cómo no?, los mejores astrofísicos del mundo estudiarán también el modo de recuperar el contacto que llegó a ALMA.

—Hay algo más —prosiguió su jefe en tono más caviloso—. La relación de las personas que forman las vinculaciones es bastante curiosa. Parecen emparejarse en su mayoría siguiendo un patrón: una parte siempre pertenece al mundo desarrollado, o digamos acomodado, la otra se sitúa en

un ámbito distinto donde impera la pobreza, la guerra o algún régimen perverso.

—Puede ser otra señal —dijo Roger casi hablando consigo mismo—, pero si tenemos en cuenta que el primer mundo constituye solo el veinte por ciento de la población del planeta, será difícil que se mantenga el patrón que dices.

—Quizás. Por otra parte, no todo son buenas intenciones: hay vinculados que se ven sobrepasados por sus recuerdos. Empiezan a proliferar los suicidios y los ingresos en centros psiquiátricos.

ASHTI BARZANI Y SOFÍA ROMÁN (IRAQ). EL RESCATE

Y amih tuvo un sueño de miedo y de guerra, de disparos y de huida, en el que los terroristas hacían que mamá empezara a correr y que él, cogiendo a Adar de la mano, se fuese tras ella. A pesar de correr al límite de sus fuerzas, ella estaba cada vez más lejos, hasta que una explosión como un trueno y muchos disparos hicieron que se perdiese de vista por completo.

Entonces despertó con la congoja del abandono ahogándole en el pecho. Al momento, oyó un estrépito de voces que gritaban y los golpes atronadores que daban en la puerta. El terror volvió a atenazarlo. Se enterró bajo la manta y se abrazó con fuerza a su hermano.

Aquella noche, doce hombres con uniforme caqui oscuro y gafas de visión nocturna habían abandonado los vehículos a quinientos metros del objetivo y recorrido la distancia campo a través hasta situarse de manera estratégica. Dos de ellos se apostaron de rodillas frente a la casa tras un muro bajo de hormigón con la mira de sus armas apuntando a la puerta. Unos cuantos cruzaron veloces confundiendo con los troncos de las acacias, mientras otros tres esperaban en la parte de atrás protegiendo la retaguardia. Una sombra armada se había aplastado como una salamandra contra la pared a la derecha de la puerta principal. Pronto se unió sigilosa otra silueta al lado izquierdo. Prendieron algo y, rápidos como arañas, se deslizaron por las paredes en ambas direcciones y doblaron las esquinas para protegerse. Un segundo después de que la puerta volara convergieron en ella siete de los asaltantes y entraron lanzando granadas aturdidoras hacia el interior. Algunos disparos intimidatorios al techo completaron la acción de las inocuas granadas, cuya luz cegadora y ruido ensordecedor dejaron a los terroristas sin capacidad de reacción. Dos mujeres que dormían en uno de los cuartos y un hombre que hacía guardia en el pasillo fueron reducidos. Mientras tanto varios asaltantes reventaron las puertas

cerradas con llave. No hubo bajas. Todos los pobladores de la casa fueron trasladados a las dependencias militares.

Primero llegó el blindado con los terroristas. Los sacaron y los introdujeron en el cuartel. Después llegó el hummer con los niños, dos niñas apenas adolescentes y tres pequeños de entre tres y siete años. La luz de la alborada aún era débil y una a una, las imprecisas figuritas que salían del vehículo permanecieron inmóviles en la calle, junto al coche, con rostro expectante y un recelo de viejo en las miradas.

Yamih se dio cuenta de que en la puerta había varios hombres y mujeres que parecían esperar su llegada. Abrió mucho los ojos cuando la vio y la miró fijamente como si estuviera muy lejos y no muy seguro de lo que veía. El niño sonrió de pronto y su sonrisa fue un destello de luz. Ashti se acercó a ellos, se agachó y los rodeó con los brazos besándolos por todo el rostro y bañándolos con grandes lagrimones. Sofía, detrás de ella, abrió y cerró la boca varias veces sin saber qué decir. El aspecto de los pequeños no era el que ella recordaba. Una piedad que dolía se apoderó de la española y a duras penas se contuvo de abrazarlos. Yamih, de tez más clara que su hermano, estaba pálido y sus ojos color aceituna se hundían dándole una expresión de tristeza. Adar parecía haber menguado por la delgadez y ya no se veían en sus manos los hoyitos de bebé que antes se le formaban en los nudillos.

Ashti se separó de ellos y los contempló un instante. Después se volvió a mirar a Sofía. Se lo notó en la expresión y en todo su ser. Destilaba ternura por todos los poros, pero a la vez su postura, con los brazos cruzados y las manos bajo las axilas, expresaba un esfuerzo por refrenar los impulsos: la necesidad de tocarlos, besarlos y darles amor. Su madre tomó en brazos al mayor y dijo con fingida naturalidad:

—Vamos a llevarlos adentro, Sofía. ¿Puedes coger tú a Adar, por favor?

Entonces repararon en el gesto del niño. Algo iba mal. No había emociones en su rostro. Se dejó llevar sin objeción. Su voz no emitió el menor sonido.

—Adar, cariño. Mírame, soy mamá —decía Ashti ya en el interior del cuartel, con su hijo sentado en las rodillas.

Parecía no verla. Tenía la mirada extraviada y una expresión de pasmo en los ojos. Ella lo abrazó con fuerza. El mayor, sentado a su lado, recibía

dulces y atenciones por parte de los adultos. Los demás niños estaban siendo interrogados sobre su identidad con la esperanza de encontrar algún familiar al que devolverlos. De pronto, teniéndolo así abrazado, Ashti sintió un roce en el hombro. Era él, Adar. Miraba sus cabellos y los acariciaba con la palma de la mano.

Una hora más tarde, Sofía y Ashti se encontraban en el comedor, sentadas a la gran mesa vacía, acabando de dar el desayuno a todos los críos. En un rato debían despejar el lugar para la tropa. Adar, todavía confuso y asustadizo, aceptaba sin pronunciar palabra lo que su madre le introducía en la boca y lo comía con gusto sin dejar de mirarla.

—Después de lo que han pasado, necesitarán mucha atención y mucho cariño —dijo Dennis al tiempo que se sentaba junto a Ashti y les tendía a ambas un café; ella lo agradeció con una sonrisa y dio un sorbo sujetándolo con las dos manos. Sofía hizo un guiño para señalarles con la cabeza a Yamih, que miraba boquiabierto cómo su madre hablaba con aquel hombre usando palabras tan raras e incomprensibles. El crío se dio cuenta y rápidamente cerró la boca avergonzado. Pegó la mejilla al costado de su madre y desde ese refugio siguió observándolos con los ojos muy abiertos.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó el americano a Ashti.

Esa era una cuestión que ella no había tenido ni el reposo ni el valor para plantearse. ¿Qué podía hacer? No veía muchas opciones. Su único hogar ahora sería un campo de refugiados a la espera de que acabase la guerra y pudiese volver a Mosul con los que quedaran de los suyos.

—Vente a los Estados Unidos conmigo. Haré gestiones para que entréis tú y tus hijos como refugiados de guerra. La lengua no será un obstáculo para adaptaros. Tú hablas inglés y los niños aprenderán rápido.

—Dennis... —dijo ella, y exhaló un suspiro que expresaba a la vez agradecimiento y angustia.

—¿Qué me dices? —insistió él.

En respuesta a su ansiosa pregunta ella meneó la cabeza diciendo:

—Dennis, no puedo irme. Sé que ahora tengo todo en contra, pero algo me dice que podré con ello. Hay conocimientos muy valiosos aquí adentro —Se señaló la cabeza con el dedo índice— Han sido un regalo de Dios a

través de Sofía. Puedo sacarle provecho si aprendo a leer en mi idioma. Después estudiaré y ...

—Todo eso puedes hacerlo igualmente en América, y con menos dificultades —hablaba con tanta fogosidad que Ashti empezó a sentirse mal; notó su determinación zarandearse como un barco en una tormenta. No estaba segura de lo que sentía por este hombre. Él hacía que se valorase más a sí misma: respetada y deseada como mujer y, como persona, Dennis ponderaba a menudo su prudencia y buen juicio. Además, le daba seguridad, e imaginarlo lejos de su lado hacía fluctuar esa confianza que había adquirido.

—Yo cuidaré de ti y de los niños mientras te preparas y te formas —continuó él—. ¿Qué deseas estudiar? ¿Leyes? Podrás hacerlo sin la preocupación de tener que mantener a tus hijos.

Sofía le lanzó una mirada de complicidad que contenía un mensaje claro: «Di que no, no te conviene». Él no se dio cuenta, ni sabía que Ashti y Sofía, de manera recíproca, eran más sensibles a la mutua influencia que a cualquier otra, viniera de quien viniera. De haberlo sabido, no habría puesto sus sentimientos al descubierto como lo hizo seguidamente. Habría esperado a estar a solas sin ese factor en contra.

—Pero, verás, Dennis. Me gustaría dejar de depender de los demás. Es lo que más deseo: ser independiente. Ya no podría vivir de otro modo.

—¿Y qué hay de lo que yo siento, de lo que sentimos los dos? —dijo cogiéndole la mano y olvidando dónde se encontraba—. Puedo darte todo el tiempo que necesites para que me quieras como yo a ti. Puedo conseguirlo. Yo te amo, Ashti —dijo, por fin, sin poder contenerse.

Y al decirlo la miró casi con veneración, como si ella fuese su mundo. Era una sensación nueva para la yazidí, quien hasta ahora no había encontrado esa admiración en los ojos de un hombre.

—Salgo afuera un rato —dijo Sofía.

Las cosas se ponían demasiado íntimas. Era mejor que no estuviese presente. Por lo común no tenía pelos en la lengua a la hora de expresar sus opiniones y estaba segura de que iba a decir algo inadecuado si seguía allí. No tenía derecho a influir en Ashti tocante a sus sentimientos. Ella había albergado la esperanza de ver crecer a los pequeños cerca de Alba, en

España, pero lo que su amiga acababa de decir le hacía considerar las cosas de otro modo.

Salió a la calle y vio cómo el sol se alzaba sobre el horizonte pintando el cielo de un azul muy pálido. No tardaría mucho en perder la mañana su frescura. La calzada era de tierra y los vehículos militares levantaban polvo a su paso. Cruzó al otro lado y se alejó un poco. Vio un grupo de piedras cubiertas por la sombra de una palmera solitaria y se sentó en una con el vaso de café en las manos. Llevaba un rato abstraída, tomando la bebida a pequeños sorbos, cuando se sobresaltó al oír la voz de Roger como si acabaran de arrancarla de una ensoñación. A él le dio la impresión de que no lamentaba abandonar su ensimismamiento, pero de todos modos preguntó:

—¿Te molesta que me sienta contigo?

—En absoluto. Siéntate. Puedes hacer preguntas si...

—No hay más preguntas, señorita —replicó él bromeando—. Mi papel de inquisidor ha concluido.

—Ya veo. Supongo que las brujas no hemos sido de mucha ayuda.

—No es culpa vuestra. Es lo que hay.

Sofía bajó la mirada al suelo, tomó aire y lo dejó salir lentamente antes de levantar los ojos y hablar.

—Lo que hay es una catástrofe, Roger —dijo con gesto dolorido—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Roger sacudió la cabeza sin saber qué contestar.

—He recibido unos hijos que ahora tengo que abandonar —continuó ella— y como madre es normal que me aterrorice que algo pueda pasarles a los míos. Pero, en realidad, eso debería haberme sensibilizado ante la desgracia de cualquier otro crío, también los que no son míos. Debería encontrar en ellos el reflejo de los que yo amo —Guardó silencio unos instantes y cuando volvió a hablar su voz sonó extraña—. ¿Cómo pude hacer lo que hice?

Roger sintió lástima por esta mujer que había emprendido una carrera ciega en busca de un espejismo. Se dio cuenta de que el desafortunado paso que había dado estremecía su espíritu justo hasta lo más hondo y que la conciencia del daño causado a aquel chaval le acompañaría el resto de su

vida. Era un mal pago al empeño y el amor que había puesto en su maternal búsqueda. Escarbó entre sus recursos para encontrar palabras de consuelo.

—Quizás no fuiste tú. No fue tu voluntad. Hay una explicación evolutiva a esa reacción. Lo leí en un artículo. Verás: es cierto que, como madre, desarrollas un sentir solidario hacia otros niños. Sufres más, por ejemplo, viendo imágenes de criaturas hambrientas en las noticias, pero al rato te olvidas y ya solo piensas en tus hijos. Es un mecanismo de defensa individual que te permite proteger a los tuyos. No podrías ocuparte de los hijos de los demás. Es algo que la evolución ha construido a lo largo del tiempo.

Sofía levantó la cabeza y reconoció la sagacidad que le revelaba la mirada de aquel hombre. No obstante, no se engañaba y sin mucha convicción replicó:

—Agradezco tus palabras, Roger. Ojalá fuese así en mi caso.

Vieron entonces a los niños salir a la calle seguidos por Ashti. Llevaba a Adar de la mano y con la otra sobre los ojos hacía sombra al sol. Parecía estar buscándolos.

—¡Ah! Estáis ahí —dijo. Cogió al pequeño en brazos y fue a sentarse con ellos.

—¿Y Dennis? —preguntó Roger.

—Se ha quedado hablando con el comandante.

—Perfecto. Es a quien necesito en este momento. Debo preparar el viaje de vuelta —dijo mientras se ponía en pie.

—¿Vas a marcharte? —preguntó Ashti.

—Me reclaman mis jefes.

—¿Vuelves al observatorio?

—Digamos que vuelvo... a mirar al cielo.

—Entonces, es que esperan captar la señal otra vez —dijo Sofía elevando los ojos hacia el vacío azul.

—No lo sé, pero lo seguiremos intentando. Al menos sabemos que hubo alguien ahí arriba. Yo fui testigo —dijo, y empezó a caminar hacia la puerta del cuartel.

Pero siempre ha sido un cielo silencioso —dijo Sofía a sus espaldas haciendo que se detuviese un segundo. Había en su voz una nota de amargura. Él no se volvió, pero frunció los labios y movió la cabeza asintiendo antes de seguir adelante.

—¿Cómo te encuentras tú? —preguntó Ashti mirándola a la cara con preocupación.

Se daba cuenta de que algo la mortificaba. Podía figurarse lo que era.

—Bastante confusa.

—Sofía... ¿te das cuenta de que si no es por ti no habríamos recuperado a nuestros hijos?

—¿Nuestros? —replicó—. No puedo creer que vayamos a volver a Erbil y allí nos digamos adiós sin más —añadió monótonamente, como si hablase consigo misma.

—Yo espero que eso no ocurra. Nuestras vidas no podrán seguir corriendo distantes. De algún modo estaremos en contacto. Buscaremos el modo de...

—¿Qué le has respondido a Dennis? ¿Estás enamorada de él? —preguntó sin contemplaciones.

—No estoy segura... Bueno, le he dicho que iré... de prueba, vamos...

—Apenas lo conoces.

—Me siento feliz cuando estoy a su lado y...

—Si te vas a su país, no habrá vuelta atrás. Pasarás a depender de él y de la estabilidad de sus sentimientos.

—¿Y qué harías tú? ¿No crees que es un buen hombre?

—Esa no es la cuestión. Hay otros factores. Me parece una persona poco estable en sus emociones, de poca consistencia. El modo en que se ha encaprichado de ti en tan poco tiempo. Recuerda que ya no eres solo una mujer indefensa. Ahora tienes poder para decidir por ti misma y si decides atarte a un hombre, mejor hazlo por amor. ¿Estás tú enamorada de él? —volvió a preguntar obstinadamente, como si estuviese interrogando a uno de sus testigos. No lo necesitas para salir adelante. Nos tienes a nosotros. Ahora somos tu familia.

Verás, Sofía. Yo necesito tener cerca a Alba tanto como tú a mis hijos. Y a papá y mamá y a Teresa. Por propia experiencia debes saber lo que siento

por tu gente, pero, siendo realistas, Sofía, tenemos que admitir que no se trata de un cariño con contrapartida. Me doy cuenta de que ellos ni me conocen ni pueden tener interés en hacerlo, claro.

—¿Sabes lo que me ocurre a mí? —La miró directamente a los ojos y después al horizonte, hacia las montañas del nordeste—. A ratos añoro el olor del aire fresco que llegaba de los montes a nuestra puerta antes de trasladarnos a Mosul. Añoro al abuelo y recorrer con él y con el ganado los caminos pedregosos, en silencio, solo con el balido de las cabras y el tañido de las esquilas. Aunque mucho de lo que hubo en tu vida trate de rechazarlo, todo eso y muchos otros momentos los llevo aquí adentro. Pero en ese mundo no habría futuro para mi hija, y tampoco para los tuyos. Debes pensar también en ellos. España es un buen lugar para que crezcan sin que pierdas tu independencia.

—¿Me estás ofreciendo ir a vivir con vosotros?

—¡Ajá! —dijo asintiendo con la cabeza.

—¿Y Julio?

—No tendrás que vivir con nosotros, en la misma casa, quiero decir. Te ayudaremos hasta que puedas mantenerte por ti misma.

—Eso se llama dependencia.

—No, Ashti. No te será difícil encontrar un trabajo sencillo en España. Hablas español, incluso ya casi sin acento, y si quieres sacarte el título de derecho piensa que ahora posees los conocimientos. Solo necesitas consolidarlos y demostrarlos. Podrás compaginar estudio y trabajo sin grandes esfuerzos. Para todo eso tendrás nuestro apoyo.

Ashti guardó silencio y se quedó mirando a un punto lejano en el horizonte. La idea de verse cobijada bajo el paraguas de Sofía y vivir una vida que le parecía extraordinaria y que ya conocía hasta el último detalle le produjo una sensación de confort y de euforia. Pensó en el campo de refugiados en el que habían estado los niños y recordó el que había visitado en Ankawa. Miles de personas hacinadas con una educación precaria para sus hijos y un futuro incierto. Quizás nunca recuperasen el terreno perdido al ISIS; quizás nunca podría entrar en la escuela de leyes, aunque lograrse que le enseñaran a leer en árabe.

Cuando volvió a mirar a Sofía había tomado una decisión.

JALAL YUSEF (IRAQ). EL DOLOR

Cuando Jalal cerró la puerta del taxi tras él comenzó a caminar hacia el hospital a grandes zancadas, pero poco a poco su paso se fue haciendo más inseguro. Al llegar a las puertas se dio cuenta de que había perdido el valor, de que no estaba preparado para la peor de las pruebas a la que Dios le hubiera sometido nunca. Le temblaban las rodillas y necesitó un minuto para recobrase. Sentía náuseas y una fuerte presión en la garganta.

Nada más que el helicóptero hubo aterrizado en una zona cercana a Ankawa, había llamado a Ferihan. Eran malas noticias. Según el último parte médico debía darse prisa si quería ver a su hija con vida.

Al enfilarse el pasillo de la planta tercera vio un grupo de personas arremolinadas frente a una de las habitaciones. En seguida reconoció a los suyos. Eran familiares y algunos amigos. Hablaban en susurros. Nunca había visto unas caras tan serias.

Todos se volvieron a mirarle. Lo recibieron en silencio y el grupo se abrió para darle paso. Su mujer estaba sentada en una silla junto a la cama con la mano menuda de Gona entre las suyas. Al otro lado, de pie, estaba Mariam, lloraba y acariciaba el pecho de su hermana por encima de la sábana. La niña estaba intubada. El tubo salía de entre los vendajes que cubrían su garganta. Se encontraba en coma inducido, pero, aun así, sus constantes eran sumamente débiles y, en pocos minutos, le explicó el médico, su vida podía expirar.

Una hora y veinte minutos más tarde el corazón de Gona dejó de latir. Las enfermeras liberaron su cuerpo de tubos y vías.

Julio esperaba fuera. Se dio cuenta de que ya había ocurrido cuando se produjo una conmoción en el grupo del pasillo. Se oyeron llantos

contenidos y frases consoladoras de voces afectuosas. «Era una niña muy buena, Dios la tendrá en su seno». «Ha sido la voluntad de Dios»...

Su móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Era Sofía.

—¿Qué hay, cari? —contestó mientras se alejaba hasta el rellano de los ascensores.

—Julio, ya los tenemos. Tenemos a los niños —lo dijo sin entusiasmo. No con la euforia que él esperaría de la noticia.

—¡Menos mal! Me alegro mucho, Sofía. ¿Están bien?

—Muy delgados y desmejorados, pero bien.

—¿Pasa algo? ¿Algo ha ido mal?

—No..., nada. La operación de rescate ha salido perfecta.

Tuvo el breve impulso de hablarle de aquello que devoraba su conciencia. Necesitaba un bálsamo y Julio siempre sabía cuál podía aplicarle, pero de momento decidió no contárselo. Lo haría mejor en persona. Así, por teléfono y puesto solo en palabras, lo que había hecho se le aparecía como un pronóstico de verdadera demencia.

Él tosió para aclararse la garganta y habló en un tono de voz sosegado.

—Yo estoy en el hospital, ¿sabes?

—Dime, ¿cómo está Gona? ¿Ha llegado ya Jalal?

—Sí, Jalal está aquí y ha llegado a tiempo... por desgracia...

—¿Qué? ¿No habrá...?

—Sofía, la niña acaba de fallecer.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Jalal! —exclamó Sofía. Algunos gallos delataron su lagrimeo—. ¡Estarán destrozados! ¿Qué hemos hecho, Julio?

—Estaría bien que volvieses para el funeral.

—Pero ¿cómo? Estamos aquí atrapados. Dependemos de los militares.

—Escucha. He hecho indagaciones. Estáis a menos de tres horas del aeropuerto de Sirnak, en Turquía. Solo media hora en coche y estaréis en territorio turco y en Sirnak hay vuelos regulares a Erbil haciendo trasbordo en Ankara o en Estambul. Quizás incluso podrías llegar a tiempo al funeral.

—¿Estás seguro? Eso es estupendo, Julio. Encontraré quien nos lleve a ese aeropuerto. Quiero volver a casa. —Difícilmente pudo ya contener las

lágrimas.

—¿Y qué hay de Ashti y sus hijos?

—Hablamos cuando llegue... y te cuento, ¿vale?

MARCELLO Y GERARDO ROFFINO (ITALIA). LA LUCIDEZ

Marcello presionó el botón del video portero a la derecha del gran portalón de rejas que, lenta y condescendentemente, como si se moviera por propia decisión, le dio acceso al camino que llevaba a la puerta principal de la casa. Condujo su Ferrari bajo la sombra de arbustos centenarios sabiendo en qué momento exacto aparecería ante su vista una panorámica de Villa Massenzio. Después de tanto tiempo tuvo la sensación de contemplarla en una postal. Delante de la entrada, una fuente decorada con conchas marinas incrustadas y cercada a su vez por arbustos de rosas rojas hacía de rotonda. Marcello la circunvaló para alcanzar la pequeña explanada de cemento a la izquierda del edificio, donde se bajó del coche.

Todo seguía igual que cuando él se marchó. Le asaltaron recuerdos agrídulces sin poder discernir qué rincones identificaba en el lado amargo de esos recuerdos y cuáles con los momentos más dichosos de su vida en la finca familiar.

La noche anterior le había llamado su madre para pedirle que fuese a verlos.

—No pienso pasar otra vez por esto, mamá. No sirve de nada que nos enfrentes una y otra vez. —No había reproche en su voz, pero le rompía el corazón y a la vez le enervaba que lo pusiera en la tesitura de hablar con su padre por iniciativa solo de ella.

—Esta vez es diferente. Él es quien quiere verte. Me ha pedido que te llame.

—¿Por qué no lo hace él mismo?

—Estoy preocupada, Marcellino. Debería estar emocionada por poder pasarte este mensaje, pero... hijo... algo le pasa a papá.

—¿A qué te refieres? —preguntó con menos aspereza de la que le hubiese gustado.

—No lo sé. Ayer se pasó toda la mañana en la cama sin querer ver a nadie. Cuando se levantó se metió en la biblioteca y solo ha salido para ir al baño. Apenas come lo que le llevamos y me grita si intento entrar o hablar con él.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? Ocho años sin querer verme, sin querer saber nada de mí. Ocho años sin aceptar que soy un «maricón».

—No digas eso.

—Como dice él: «las cosas por su nombre».

Volvía a su sangre la ira que había experimentado tiempo atrás al enfrentarse a la incomprensión. Ni el cariño ni los argumentos habían movido un ápice la postura de su padre. Era como tratar de sacar sentimientos de una piedra.

¿Qué era esto ahora? Lo reclamaba y tenía que acudir a su llamada sin más. ¿Por qué? ¿Para qué lo quería? Estaba tan furioso que la indignación casi le impedía hablar. Alda aprovechó ese silencio para intentar suavizar el despecho que percibía en su voz.

—Dale una oportunidad, hijo. Hazlo por mí. Sabes cuánto deseo veros de nuevo en paz como antes. Busca en los buenos recuerdos cuando tantos momentos felices compartisteis.

Marcello chascó la lengua en señal de fastidio y dejó caer los hombros que había mantenido en tensión.

Ascendía ahora hacia la puerta de entrada por el lateral de la doble escalera de rampas divergentes y sentía que el corazón le estaba latiendo en todas partes al mismo tiempo, no tanto por la subida de los escalones, sino por algo que no se puso a considerar. Se detuvo en el rellano para darse un respiro y antes de llamar a la puerta se volvió hacia el mirador y apoyó los brazos en la baranda de piedra para contemplar los jardines bajo sus pies.

Arquitecto, decorador e interiorista, Gerardo Roffino había adquirido el Palacio de Massenzio muy joven, tras heredar la fortuna de la única

hermana de su padre, que falleció sin haber tenido hijos. En él encontró todos los elementos arquitectónicos renacentistas característicos de las construcciones de los Medici, que tanto habían contribuido a la riqueza histórica y artística del país y de las cuales él era un estudioso apasionado.

Además de encontrarse a pocos metros de la Via Appia Antica, la finca estaba rodeada por un parque que albergaba una gran cantidad de restos arqueológicos, como la Muralla Aureliana, la tumba de Cecilia Metela y el sepulcro de Séneca.

Cuando Gerardo Roffino recibió esta casa, procuró respetar su arquitectura, su espacio y la altura de sus techos. Trató de recuperar todos los elementos originales de la misma: mosaicos de mármol, molduras, frescos en paredes, el patio interior clasicista y todos los detalles que pudo. Desarrolló el proyecto de restauración a lo largo de muchos años y con grandes inversiones. Vivir y trabajar en pleno campo, rodeado de cipreses, sobre un suelo que había visto pasar a etruscos y romanos fue inspirador. Quizás de ahí sacó el espíritu necesario para ganarse un puesto entre los mejores arquitectos restauradores de Italia.

En esta villa renacentista transcurrió la infancia de Marcello, entre muros de piedra y ricas joyas de anticuario, un sitio que le resultó delicioso en todos los sentidos y donde se adhirió a su padre en el amor por el equilibrio y la belleza. La devoción de Marcello por su progenitor habría traspasado la frontera de la adolescencia si no hubiese habido sorpresas. En el rechazo de Gerardo a la «desviación» de su único vástago se impusieron todos los miedos y prejuicios: degeneración, autculpa, vergüenza, discriminación social y la convicción de que el linaje familiar quedaba aquí interrumpido.

Marcello se fijó en el crecimiento de las tres secuoyas que tanto empeño habían puesto su padre y él en ver fructificar. En treinta años se habían impuesto sobre todos los demás árboles excepto por el haya de San Francisco, que ya ocupaba su lugar cuando Gerardo llegó a la finca. La forma insólita de este árbol lo convertía en algo único y espectacular, rico en contorsiones, asas y circunvoluciones. Su corteza lisa y de color ceniza, sus hojas brillantes, oblongas y con el margen ondulado. Sintió un vacío en el estómago cuando miró la rama en la que se había balanceado su

columpio, ahora ausente; el que colgó su padre para él, y años después siguió manteniendo en buen estado «para los nietos».

Los jardines estaban imponentes, reconoció. A la derecha un pequeño bosque de abedules sombreaba el sendero que conducía a una glorieta. Más allá, la planicie verde en descenso desde la que se dominaban excelentes vistas de las Murallas Aurelianas. Hoy el crecimiento de las moreras y pinos romanos ocultaba parcialmente esas vistas.

El ruido de la puerta al abrirse de golpe le sobresaltó y la voz de su madre vino a dispersar sus cavilaciones.

—¡Marcello, ya estás aquí! —exclamó. Él dio unos pasos y la besó en la mejilla.

—Pasa. Papá te está esperando —dijo Alda haciéndose a un lado.

Él luchó consigo mismo unos instantes; abrió la boca, la cerró, vio la mirada ansiosa de su madre y, con ese impulso, entró. Ella lo cogió de la mano para conducirlo hacia la biblioteca donde Gerardo esperaba.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra mejor? —dijo él tratando de dar a la pregunta un tono de cortesía.

—Pues, es que no tengo ni idea. Si está cansado..., enfermo o está deprimido... solo él lo sabe. No quiere decirnos lo que le pasa hasta que tú estés aquí.

Hundido en una butaca de cuero, con las manos entrelazadas en el regazo, su padre alzó la cabeza para mirarlos con una sonrisa turbada y triste, una especie de sumisa aceptación de culpa. Por un instante, Marcello distinguió dolor debajo de esa mirada, un dolor llevado con resignación, como si se tratase de una purga temida pero consentida. Le pareció más delgado, sobre todo las facciones, como si tuviese la nariz más grande y afilada.

—Hola, hijo. Gracias por venir. Por favor, sentaos, necesito contaros algo.

Marcello no respondió al saludo. Se tragó las palabras que impulsivamente acudían a sus labios y se esforzó por mantener una actitud distante. Dejó que su madre se acomodase en la otra butaca y colocó la silla del escritorio evitando la cercanía.

El hombre ignoró la animosidad de su hijo.

—Antes de anoche sufrí una vinculación —soltó a bocajarro.

—¡Oh! ¡Gerardo! —exclamó Alda horrorizada—. ¿Por qué te lo has guardado tantas horas? ¿Por qué...?

—Eso no es todo —continuó, levantando la mano para que le permitiese seguir—. Al principio creí que se trataba de un criminal. Que me había tocado algún tipo de delincuente o asesino que purgaba sus delitos en prisión, en Arabia Saudí. Inmediatamente empezaron a llegar los recuerdos. Se llama Ahmad, solo tiene veintiséis años y toda su vida ha sido un infierno.

—¿Por qué está en la cárcel? ¿Qué delito ha cometido? —preguntó Marcello. Relajó el ceño que había mantenido fruncido.

—¡Te has vinculado con un criminal! —exclamó Alda negando con la cabeza con la esperanza de equivocarse.

—No. No lo es. Conforme pasaron las horas los recuerdos retrospectivos del joven me sacaron del engaño. Ahora estoy seguro de que no ha cometido ningún crimen.

—Entonces, ¿es inocente? —preguntó su mujer.

—Sí, lo es desde nuestro punto de vista, pero allí, en Arabia Saudí, ha sido condenado a muerte por un tribunal islámico.

—¡Joder! también... —Iba a contarles la situación de Angelo, pero se contuvo. Decidió que no quería dar pie a introducir en estas circunstancias un aspecto de su vida que tanto los distanciaba, así que solo dijo: —Lo siento.

—Gracias, Marcello. No sé cómo explicar esto, pero... dejadme antes deciros que lo he meditado profundamente y que quiero hacer algo por él.

—Por un instante una nostalgia y un pesar intensos se reflejaron en su cara.

—¿Estás seguro, Gerardo? ¿No es posible que te falten recuerdos? Por todo lo que se ha escuchado en los medios y las experiencias de las que nos han hablado, no todo se recuerda desde el principio. Durante bastante tiempo siguen rellenándose lagunas que no se habían completado. ¿Cómo puedes estar tan seguro de su inocencia?

—No tengo la menor duda —dijo. Levantó los ojos y los clavó en los de su hijo con mirada urgente y directa.

—Necesito tu ayuda —dijo de pronto—, pero, sobre todo, necesito que me perdones.

Marcello permaneció en silencio sin saber qué responder, sorprendido por esas palabras inesperadas.

—Siento tanto lo que te he hecho. Hijo, ¿podrás perdonarme?

Parecía sinceramente afectado. La mirada de su madre, detenida en la figura trémula del marido, expresaba asombro. El mismo que sentía Marcello. Este tragó saliva y preguntó, sin poder liberarse del todo de un cierto recelo.

—¿En qué... crees que puedo ayudarte?

—Ahora hablaremos de eso. Primero necesito vuestro perdón por todos estos años que tanto os he perjudicado a los dos, por fracturar esta familia, por mi intolerancia y mi arrogancia. Por todo el tiempo que he pasado de mi hijo llevado por prejuicios absurdos y una necia ofuscación. Perdóname, hijo.

—Por supuesto, papá —asintió. La voz se le quebró un poco.

El hombre exhaló un profundo suspiro.

—Siento haberte gritado, Alda. Estaba desesperado. Actué presa del pánico.

—Está bien, querido. Pero dime, ¿qué podemos hacer para ayudarte? ¿Y si vamos a ver a un especialista? Sé que a muchos les ayuda a superarlo.

Él le dirigió una mirada un tanto ausente, pero no contestó a su pregunta.

—Quiero iniciar una campaña por la liberación de Ahmad. Organizaré una gala benéfica para recaudar fondos. Recurriré a gente notable y con poder y la celebraremos aquí, en la finca.

—Bueno..., Gerardo, piénsalo mejor... A ver, estamos hablando de un país islámico radical... y no precisamente pobre. No veo de qué puede servir recaudar dinero.

—El dinero es lo de menos. La repercusión mediática es lo que importa. Por eso necesito la ayuda de Marcello.

—Me encantará echarle una mano, pero no veo en qué puedo servirte de ayuda. Tú eres el que más contactos tiene. Te mueves por altas esferas a las que yo no tengo ningún acceso.

—Pero tú conoces organizaciones en defensa de los derechos de los homosexuales. Necesito su participación.

—¿Para?

En los ojos de Gerardo brilló un resplandor de comprensión. Su mirada fue de Marcello a Alda y luego de vuelta a su hijo.

—El crimen, por el que Ahmed ha sido condenado, es el de amar a otro muchacho como él.

ANGELO TONIUTTI Y TINA STRAZZERI (CHINA). LA LLEGADA

El Boeing 787 de Air China salió a las veinte cincuenta y cinco de Roma y tomó tierra en Pekín después de diez horas de vuelo. Angelo, Tina y el cámara, cargado con su equipo, pasarían la noche en el Hotel Beijing. A la mañana siguiente debían tomar el Airbus A320 hacia la ciudad de Changchun, donde iban a encontrarse con Seung Ho. Los traficantes dejaban en esa ciudad de China a los coreanos evadidos tras un viaje en coche de siete horas desde Hoeryong.

Marco Gaballo, el corresponsal de *Il Messaggero* en la zona, dejó un mensaje en el móvil de Tina para que pudiesen identificarlo a su llegada al hotel: «camisa deportiva color calabaza, pantalón gris y melena rubia», y para informar que les esperaría en el bar. Cuando entraron decidieron primero localizar a Gaballo. Recorrieron el espacioso *lobby* del Beijing y lo encontraron en la barra del Fountain Lounge, sosteniendo uno de los populares cócteles del establecimiento.

—Bienvenidos a Pekín, compañeros. Gusto en conoceros. Tina, ¿verdad? —Ofreció la mano—. Y tú debes de ser el que se ha vinculado al coreano —dijo después de echar una ojeada a los aperos fotográficos que el otro cargaba al hombro.

—Sí, Angelo, encantado.

—Yo soy Luka —se presentó el fotógrafo.

—Sentaos y tomad un cóctel de estos mientras hablamos. Son realmente buenos.

Aun con el cuerpo roto y la ropa estirada de tantas horas de viaje, los recién llegados encajaban mejor en la exquisitez del lugar que Gaballo. Vestía camiseta naranja con impresión de Pokemon y pantalón Mao de

algodón gris, calzaba chancas y, a falta de cabello en los parietales, se ufanaba en dejar crecido el pelo del cogote, lacio y desmayado como el de una mazorca. La falta de sentido estético del corresponsal quedaba eclipsada por sus avispados ojos grises, su exuberante vitalidad y una sonrisa sincera de anuncio dentífrico.

—La verdad, yo estoy reventado —respondió Luka—, me gustaría al menos desprenderme del equipo y dejarlo a buen recaudo.

—OK. Os ayudo con el registro y espero por aquí mientras dejáis el equipaje en las habitaciones —propuso Gaballo—. Tenemos que hablar de todo lo que ocurrirá mañana.

Era un desperdicio pasar una noche rápida en este hotel, pensó Tina al entrar en la habitación. Incluía suntuosos muebles con intrincados detalles decorativos orientales y franceses, una cama gigantesca, baño de mármol con ducha independiente, jacuzzi y albornoz. Sobre la mesa del saloncito una botella de agua mineral y una cesta de frutas. «¡Cómo disfrutaría todo esto en compañía de Roger!», fue su primer pensamiento al entrar. Un balcón francés ofrecía vistas a la Ciudad Prohibida y a la plaza de Tiananmen. La *concierge* les había informado de la situación privilegiada del hotel, cercano a otros puntos de interés turístico en la ciudad.

Se dio una ducha rápida, se puso un vestido ligero de lino verde helecho y bajó al vestíbulo.

—El principal escollo que hay que salvar es que el chico no sea identificado como norcoreano —les advirtió Gaballo—. China es implacable en cumplir con Corea del Norte su tratado de repatriación de «desertores».

—Sí, sí. Estamos al tanto —asintió Tina—. Sin embargo, muchos han logrado llegar a Corea del Sur. Es lo que planeamos hacer.

—Bueno, no es tan fácil. Grupos de asistencia internacional calculan en unos trescientos mil la cantidad de refugiados norcoreanos ocultos en el noreste de China y en Mongolia. Es cierto que algunos consiguen cruzar la frontera recorriendo China a lo largo del río Tumen y pedir asilo en alguna embajada de Corea del Sur, pero son los menos. La mayoría acaban por ser descubiertos en el camino y deportados.

—Vale, lo que voy a decirte es extraoficial con respecto al patrocinio de este proyecto por el periódico —explicó la periodista—. Crearía un

conflicto diplomático entre China y nuestro país si se supiera que el periódico ha sufragado también una falsificación para burlar sus autoridades aduaneras.

—Ok. Lleváis pasaporte falso para el norcoreano —dedujo Gaballo con aire de suficiencia.

Tina asintió con la cabeza y apostilló:

—Será un ciudadano de Corea del Sur.

—Mmm, mucho cuidado con eso. Tendrá que ser muy bueno. Ya han pillado a gente que lo intentó con la ayuda de familiares del otro lado. Debéis saber a lo que se expone el chaval. El artículo cuarenta y siete del código penal norcoreano establece que los «desertores» irán directamente a prisión o incluso pueden ser condenados a la pena de muerte.

Por primera vez desde que comenzaron a planear el rescate, Angelo sintió un escalofrío de miedo que le recorrió todo el cuerpo. Le empezaron a temblar las piernas y los brazos. Comprendió y sintió como un espasmo lo que significaba fracasar y que Seung Ho volviese a ser capturado. Los peores recuerdos se le presentaron como invitados indeseables en la reunión.

—¿Qué ocurre, Angelo? —preguntó Luka que vio cómo el informático había palidecido de repente y le temblaba la mano al intentar dejar la copa sobre la mesa.

—No permitiré que vuelva —dijo con voz ronca—, mejor perder la vida que volver.

—Está bien, querido, tranquilízate —Trató de calmarle Tina—. Todo saldrá bien, ya verás.

—Seguro que sí, claro —ratificó el corresponsal enarcando las cejas, atónito.

En la pantalla de su tableta, Gaballo les señaló el «punto de extracción» con un mapa Google de la ciudad de Changchun. También les indicó el lugar y modo más discreto de coger un taxi que los llevase a la ciudad y de vuelta al aeropuerto y unos cuantos consejos útiles para hacer el viaje más seguro. Los traficantes únicamente se pondrían en contacto a través de él y solo si hubiese contratiempos.

Cuando se despidieron y los observó esperando junto al ascensor no pudo por menos que preguntarse si algo estaría llegando ya. Si el mandato evangélico de amor al prójimo, tan manido y degradado a través del tiempo, no seguiría guardando en sus cimientos la única dinamita capaz de lanzar por los aires toda la basura que moraba en el corazón del ser humano y establecer un nuevo orden mundial. «¿Qué estaría reservado para él?», mejor no pensar, le daba vértigo.

ROMA

«Quiero contar esta parte de mi relato con letras de oro en honor a mi abuela, que fue también madre, amiga y maestra, a través de las huellas que dejó en Seung Ho, su nieto, que fue también hijo, amigo y pupilo. Quiero que sobreviva, no solo en mi recuerdo, sino también en el de quienes lean esta historia, que ahora escribo frente a la ventana de mi estudio. Desde aquí contemplo con deleite cómo crecen los cítricos, los gladiolos y las azaleas de nuestro jardín».

* * *

Por segunda vez, Seung Ho había sobrevivido a la bestia, pero, aunque derrotada y muerta, había dejado su corazón en carne viva. Nada parecía importar ahora, ni el poderoso instinto de supervivencia le impelía a escapar y salvar la vida. Se habían desvanecido sus sueños. Ella no estaba ya y él tenía todo el cuerpo tumefacto, sangraba por la boca y la nariz y adivinaba por el dolor que dentro de su cuerpo había algo roto. Se arrastró hasta la silueta de Sun Young entreviéndola sobre aquel suelo de vinilo tras el velo de lágrimas que manaban sin parar de sus ojos inflamados, incapaz de sellarlas, como si un dique se hubiese roto en su interior.

Se acurrucó junto a ella y le cogió la mano. Cerró los ojos y trató de evadirse en la nada. Perdió la consciencia por un tiempo y cuando despertó se sintió devastado. No esperaba despertar. No quería despertar. Aunque buscaba encontrar tras los ojos cerrados solo el vacío y la muerte, los pensamientos y los recuerdos se agolpaban en su cerebro con aberrante insistencia. Finalmente se dejó llevar y en un momento dado aparecieron ante él imágenes del bosque en las que estaban ellos dos sentados sobre troncos caídos. Sun Young proyectando con palabras en la mente del niño y, más tarde, del muchacho, «las realidades de la vida que un día tendrás», decía, «debes estar preparado o cuando salgas de aquí mendigarás trabajo a algún campesino tan pobre como tú». «Pero, abuela, usted estará a mi lado», replicaba Seung Ho.

—Claro. Hay muchas maneras de sobrevivir. Yo estaré en tus recuerdos y no moriré mientras tú vivas.

Una y otra vez acudían ecos de la serena voz de Sun Young en los que le exhortaba a aprender y le adiestraba en todas las facetas de la vida que había de encontrar en el mundo real.

Seung Ho abrió los ojos y miró alrededor como si hasta entonces no se hubiera ubicado. Fue como una pulsión. Se abrazó a su *halmeoni* por última vez. Dejó que de nuevo las lágrimas fluyeran mansamente. Lo había comprendido. Todo ese empeño llevaba a este final, aunque ella nunca pensara que el camino sería así. Su último gesto estaba cargado de sentido y de grandeza. Ahora, después de su muerte, el muchacho sintió que los pensamientos de Sun Young flotaban en torno a los de él. Solo al convencerse de ello, notó que un torrente de sangre circulaba por sus venas y se dio cuenta de que recobraba el deseo de vivir.

Con tremendo esfuerzo se puso en pie y alcanzó el cuarto de baño donde encontró el botiquín. Se fajó el tórax por debajo de las axilas y, tras hacer una cura en las heridas del rostro, se cambió la ropa rasgada y ensangrentada por otra limpia y tragó varios analgésicos. Cuando volvió a la sala tuvo que descansar apoyado en el marco de la puerta y desde ahí contempló el escenario de destrucción y de muerte en que se había convertido el lugar. Ahora le era difícil reconocer que, en este espacio, por primera vez y durante unos días, había disfrutado de un apacible bienestar, sin hambre ni frío; sin miedos ni inmundicia.

Cuando, varias horas más tarde, fueron descubiertos los cadáveres, encontraron en la puerta de entrada tres tazas de arroz junto a tres pares de zapatos y una suma de dinero. Era la ofrenda de bienvenida a los tres mensajeros llegados del otro mundo que, de seguro, ya se habrían llevado el espíritu de la mujer muerta. Su cuerpo yacente, dispuesto sobre el sofá, acicalado y envuelto en sábanas blancas, aparecía con los pies, manos y cintura atados por separado con una cuerda, y un grueso mechón de cabello le había sido cortado. En contraste, el cuerpo de Dong-Yul se encontraba en el suelo boca abajo y descalzo junto a su cartera vaciada de dinero para el cumplimiento del ritual. Algunos de los que entraron en el piso, los más ancianos, viendo el cuerpo de Sun Young, reconocieron conmovidos y

heridos por la añoranza las tradiciones de un funeral largo tiempo olvidadas en este lado de la Corea escindida.

Seung Ho se encontraba de nuevo en las calles de la ciudad. Las lesiones infringidas le obligaban a moverse despacio, pero gracias a la medicación podía disimular su andar inestable. Sacó el papel donde, frente a la pantalla del ordenador de Dong Myon-Chol, había trazado un plano de la ciudad. Era una tosca copia del que Angelo adjuntara con su último mensaje. También llevaba alimentos y agua en una bolsa. Decidió pasar la última noche de espera lo más cerca posible del punto de recogida pues sabía que la ruta que le habían trazado no era la más corta, sino la más discreta. Toda la población de la ciudad debía saber a estas horas a quién tenían que delatar en caso de identificar a los sospechosos. De repente le asaltó un pensamiento revelador: ¡el encuentro en el ascensor y el difunto que sacaron a la calle dos días atrás! ¡Él lo había visto desde la ventana! Recordó las palabras de aquella niña y la respuesta a sus preguntas inocentes: «He venido a visitar a alguien», había respondido él. «¿A quién? ¿Al viejo Taeyang, que está enfermo?». A lo que Seung Ho no había encontrado otra salida que asentir. Si el viejo Taeyang era el fallecido muy probablemente no habían tenido al tanto del hecho a una niña tan pequeña y él había caído entonces en una trampa involuntaria. A buen seguro había sido esa mujer quien dio la alerta de su presencia allí. Sintió un alfilerazo de culpabilidad imperdonable por haber tomado ese ascensor. Si hubiese usado las escaleras Sun Young ahora estaría viva.

Justo cuando empezaba a sentirse de nuevo oprimido por la melancolía y su voluntad por sobrevivir comenzaba a perder pie, una nueva avalancha de recuerdos transferidos comenzó a asaltarle. Flotaron por su mente las imágenes más risueñas: excursiones a la orilla del mar, aquel olor salado a playa y algas; el calor del hogar en invierno leyendo a Pickover o a Lisa Randall; las tardes de sobremesa en Navidad jugando con sus primos... Fue como cuando la niebla se retira y descubrimos que vuelve a brillar el sol.

Seung Ho reemprendió un camino en el que no brillaba el sol. El cielo estaba ennegrecido y a la oscuridad del atardecer se sumaba la precaria iluminación urbana que, en el país más apagado del mundo, se extinguiría a las nueve de la noche. Costaba leer el mapa y reconocer el camino entre los grises edificios clonados de la ciudad, pero al poco el cielo se había tornado

azul oscuro sin rastro de nubes. Pronto debió abandonar el paisaje urbano ya que el punto de encuentro se hallaba a un kilómetro a las afueras. Era solo accesible por un camino de campos y no vio más viviendas durante el resto del trayecto. Durante un buen rato caminó casi a tientas, guiado por el reverberar de la gravilla en el suelo, más clara en contraste con la vegetación que crecía a los lados. De pronto, dibujado contra el cielo despejado, distinguió el oscuro contorno de un pequeño edificio a un lado del camino. Era una nave en ruinas que alguna vez había servido de silo para el grano y cuya puerta y ventanas no eran ya sino meros agujeros, desnudos en la fachada.

La idea de penetrar en la oscuridad interior del edificio le desazonaba. Hubiese preferido quedarse fuera y, aún mejor, acurrucarse en medio del camino, a salvo de insectos y pequeñas bestias que habitaran entre la maleza, pero con el frío de la noche sentía el dolor de todas las heridas. Buscando algo de calor y, con la sensación de estar penetrando en la boca del lobo se introdujo por la abertura del edificio. Se sentó en el suelo ignorando qué era lo que le rodeaba y buscó a tientas en su bolsa. Comió un trozo de pato frío y unas galletas y se felicitó por la decisión de haber incluido un botellín de soju, bebida que contenía un treinta por ciento de graduación. Dio un largo trago y tomó otro analgésico. A los pocos minutos su cuerpo y su mente quedaron sumidos en un sueño letárgico, como tragados por arenas movedizas.

Lo despertó el aleteo de los murciélagos a través de las ventanas al abandonar la techumbre de la nave en busca de alimento y, aunque solo había dormido tres o cuatro horas, tuvo la impresión de que había transcurrido mucho tiempo. Un reflejo plateado de luna entraba por las ventanas y proyectaba en el suelo perfectos cuadros de luz. Durante mucho tiempo permaneció despierto e inmóvil, sin cambiar de postura, abrazado a las piernas y escuchando los sonidos de la noche: el ululato de los búhos, el correteo de las pequeñas criaturas procurando encontrar su sustento sin ser a la vez devoradas. De pronto, se impuso en el medio un profundo silencio, e instantes después otro sonido ajeno al lugar lo invadió en la lejanía. Era el ronroneo de un motor. Le costó un terrible esfuerzo ponerse en pie y dar los dos pasos que le acercaron a la puerta. El dolor de todas las heridas despertó. Pero decidió continuar en la penumbra, a la espera. El vehículo se

detuvo allí, con el motor encendido. Durante un minuto, que se hizo eterno, nadie se movió, ni dentro ni afuera. Cuando oyó aquella voz queda pronunciar su nombre el corazón le saltó en el pecho e inyectó adrenalina a sus piernas para olvidar el tormento de su cuerpo dolorido. En el interior de la camioneta unos cuantos rostros lo miraban y lo veían a favor de la luz de la luna. El que estaba al volante salió y le abrió el portón trasero.

—¿Y la mujer? —preguntó.

En su fuero interno, venía temiendo ese momento. El momento de oírse a sí mismo pronunciar las palabras. Después de un silencio casi imperceptible respiró sonoramente, como si hubiese estado mucho rato manteniendo la respiración.

Ella no viene en este viaje —dijo escuetamente.

Se acomodó junto a otros dos hombres y distinguió a dos mujeres sentadas en la fila de más atrás. Sus semblantes le eran demasiado familiares: expresiones de esperanza y recelo en cuerpos debilitados y rostros largo tiempo desquiciados por el miedo.

—Ya imaginé que tu abuela no podría hacer el viaje —Le sobresaltó oír la voz de Bon-Sua, pues no lo había identificado junto al conductor—. ¿La dejaste viva en ese piso o ya murió?

En su tono no se advertía una intención ofensiva, pero aquella pregunta hizo cruzar por el rostro de Seung Ho un relámpago de ira. Sin embargo, al instante, quedó eclipsada por las punzadas de dolor que el traqueteo del camino empezó a causarle. Lo importante era seguir adelante, pensó. De llevar a término este viaje dependía su destino y el de ella. Volvió a tomar una de sus pastillas y se mimetizó con el silencio del resto de los pasajeros. Al rato cayó en una semiinsensibilidad durante la cual tuvo sueños de libertad y también de desamparo. A intervalos despertaba solo para reencontrar el dolor del recuerdo, la conciencia de la pérdida sufrida y la terrible tortura física de un viaje de seis horas que tenía por delante.

Hasta que perdió la consciencia.

* * *

Mi nombre es Nicolas Young y soy hijo adoptivo de Angelo Toniutti y Marcello Roffino. He comenzado este diario con el relato de una catarsis, un viaje en el que Seung Ho murió y otro muchacho nació con un mismo destino. Fue durante ese

trayecto cuando reconocí el destino que podrá hacer realidad los sueños de Sun Young.

En este punto debo aclarar que Sun significa 'bondad' y Young significa 'eterno'; que mi nombre ya no es Moon Seung Ho y que tampoco tomé el apellido de mis padres adoptivos, sino que elegí el nombre de mi abuela. Adopté un nombre occidental y tomé Young por apellido. Ahora soy Nicolas Young y, con el apoyo de mis padres, me preparo para el estudio de las ciencias botánicas. Un día continuaré el trabajo que ella empezó y dedicaré mis esfuerzos a encontrar una semilla resistente a la sequía. Cuando la encuentre se llamará Sun Young, «Bondad eterna».

ROGER ARBER Y TINA STRAZZERI (ITALIA). LA CONFESIÓN

Tina había dispuesto una botella y dos copas de vino sobre la mesa, las llenó con cuidado y le tendió una. Se inclinó hacia delante para mirarlo a los ojos.

—Estos días han sido maravillosos, Roger. Lástima que tengas que marchar tan pronto.

—No me queda más remedio. Quedé en que estaría en Washington esta semana. Prométeme que vendrás. ¿No tiene tu periódico algo pendiente que resolver por allí?

—No, de momento. A menos que algún astrónomo obstinado descubra la causa por la que el mundo está enloqueciendo y yo tenga que ir a entrevistarlo.

—¿No lo dirás por mí? No he dado pie con bola desde que me propuse investigar el asunto.

—Pero tú puedes. Esto no es nada para el chico que pescó a Pantagruel —dijo Tina riendo.

La expresión de Roger le cortó la risa de cuajo como un sable afilado.

—¿Quién te ha contado...? Tú... no puedes saber eso.

Ella se revolvió en el asiento y retiró la mirada. Hasta ahora había salido airosa de algunos deslices sin transcendencia. Esta vez era una auténtica metedura de pata.

—Me lo habrás contado tú —dijo sin ninguna convicción.

—No. Yo no he sido. Estoy seguro.

—¡Ah! Debió de ser tu madre... por teléfono, el otro día, comentando lo tenaz que... —Se detuvo al ver la mirada incrédula de Roger.

Tenía los ojos clavados en ella, el entrecejo arrugado y la expresión perpleja.

—¿Qué pasa aquí? Solo una persona podría nombrar así a ese pez, y no eres precisamente tú.

Había una nota de resquemor en su voz que le dolió a Tina más de lo que hubiese esperado. Bajó la cabeza al notar cómo la sangre se le concentraba en las mejillas y se devanó tratando de encontrar algo que decir, pero solo consiguió ofuscarse más. Decidió enfrentarse a su mirada.

—Quise decírtelo en ALMA, Roger, pero me pareció demasiado pronto. Siempre que hablo contigo me parece que aún no estás preparado.

—¿Preparado para qué? —preguntó, cada vez más confuso e irritado.

Tina respondió a aquella expresión enfurecida ofreciendo su mirada más tierna. Esperaba la indulgencia que se concede a los pecados por amor.

—Verás, Roger. Créeme cuando te digo que, antes de conocerte en Chile, yo ya te amaba.

—¿An-tes de co-no-cer-me en Chi-le? —recalcó cada sílaba y se sintió aún más desconcertado.

—Déjame que te cuente lo que pasó desde el principio.

—Es lo que estoy esperando. —Dejó la copa encima de la mesita y adoptó una pose severa con las manos cruzadas sobre las piernas y el cuerpo tenso.

Ella sujetaba su copa con ambas manos y comenzó a recorrer el borde con el dedo índice evitando mirarle.

—Tiempo antes de encontrarnos en ALMA yo había estado muy enferma o, al menos, eso creí entonces —Dio un sorbo al vino y sus labios temblaron al borde de la copa—. Como ya sabes —prosiguió—, yo no tengo familia porque mis padres eran emigrantes en Italia y soy hija única. Cuando murieron, los únicos parientes que me quedaban estaban demasiado lejos y no habíamos tenido relación en muchos años. No tenía a nadie cerca con quien compartir la crisis que atravesaba y tampoco quería que se enterase nadie. Sentía vergüenza.

—¿Vergüenza de estar enferma?

—El médico al que acudí lo calificó de trastorno de doble personalidad con episodios de esquizofrenia. O sea, en cristiano, que estaba como un cencerro. Le pedí que me diagnosticase una depresión con vistas a pedir la

baja en el trabajo para que el verdadero problema no llegase a afectar mi puesto. Me aislé completamente confiando en que aquellas pesadillas o visiones o lo que fueran desaparecerían tarde o temprano, pero al cabo de unos días toqué fondo con pensamientos de suicidio. Fue entonces cuando tomé la decisión. Después de darle mil vueltas y calcular las probabilidades, comprendí que tenía que enfocarlo de manera diferente porque yo sentía cada vez con más fuerza que se trataba de algo mucho más real que imaginado. Aquellas vivencias tan claras que ocupaban mi mente no podían ser solamente fantasías paranoicas y había un modo sencillo de comprobarlo. Comencé a indagar en Internet e hice unas cuantas llamadas. Descubrí que la persona que tenía en la cabeza existía realmente y me embarqué en la aventura de encontrarla. La encontré en el corazón de África. No imaginas el alivio que sentí cuando ella me reconoció y supe que nuestras vidas se habían entrelazado.

—¿De quién estás hablando? —preguntó. Le tembló la voz. Conocía la respuesta.

—Me encontré con Ursula, Roger. Nos vinculamos unos días antes de su muerte. Esa es la verdad.

—No es posible. Eso habría sido mucho tiempo antes de llegar la señal a ALMA. No habían comenzado las vinculaciones.

—Sí, habían comenzado. Yo soy la prueba. Yo... y Ursula.

—¡Por favor! —alzó la voz, descontrolado. Luego la bajó—. No vuelvas a nombrarla.

—¡Escucha, Roger! —imploró Tina—. Yo no pedí que esto me ocurriese. Y no fue fácil. Fueron los peores días de mi vida —Buscó sus ojos antes de continuar—. Después, descubrí que me había enamorado del hombre que ella amaba —agregó dirigiéndole una mirada de reojo—. No había nada malo en eso cuando a ella ya no podía hacerle daño.

—¿Y cómo es posible que no me lo contase, ni a mí ni a su familia?

—Una experiencia así es difícil de compartir. Crees que te has demenciado y, al mismo tiempo, sientes que tu raciocinio funciona pero que nadie podrá creerte.

—¿Cómo lo supiste tú? Que Ursula había muerto, quiero decir.

—Ya te he dicho que llegué poco tiempo antes de que ella muriese. Cuando la conocí llevaba días enferma e incapaz de seguir con su trabajo, aunque también ocultaba su verdadera dolencia. Al encontrarnos y comprobar lo que estaba ocurriendo comprendí por su expresión que se le abría el cielo, igual que me ocurrió a mí. En el tiempo que pasamos juntas ella pudo recuperar la calma y volver a su actividad. Entonces su equipo estaba a punto de salir a visitar una aldea de la provincia de Ituri para atender un brote de cólera y no dudó en unirse a la misión. Debían volar sobre la inmensa selva del Mayombe. Yo estaba allí y me pidió que esperase en el campamento hasta su vuelta. Luego, no volvió.

—¿Por qué no me contó nada? Entre nosotros nunca hubo secretos. Nos comprendíamos sin palabras, teníamos los mismos sueños y... Ahora dudo de que ella realmente...

—Te equivocas, Roger. Ursula se iluminaba cuando hablaba de ti. Tú lo eras todo para ella. Había estado ocultando el problema por ese miedo a ser tomada por loca e, incluso después, las dos seguimos haciéndolo. ¿Cómo se puede explicar algo así sin que te miren mal?

—¡Pobre Ursula! Cuanto debió de sufrir en soledad.

Tina había sentido un gran cariño por aquella mujer. Ahora atesoraba sus recuerdos con el mismo fervor que cuando estaba viva. No obstante, sintió una cuchillada de celos al sospechar que Roger la seguía amando por encima de ella misma y de lo que habían llegado a sentir en este tiempo.

—Las dos sufrimos —susurró en voz tan baja que no pareció dirigirse a él.

—Pero tú..., nada de eso justifica que te hayas acercado a mí con engaños. Podrías haber sido sincera. Utilizaste tu conexión con ella para apropiarte de mi vida íntima con Ursula. ¿Puedes hacerte idea de cómo me siento? Es como una traición. No tenemos derecho. Así no. No después del modo en que te has aprovechado de nuestra relación, del amor que existía entre ella y yo.

—¡Roger! Debes entenderlo. Temía que..., si te lo decía, no llegaras a quererme por mí misma, por lo que yo soy, sino buscándola a ella en mí.

—Lo siento, Tina. Todo ha sido tan inesperado que debes dejarme algún tiempo para pensar —dijo poniéndose en pie. Cogió su chaqueta del respaldo del sillón y agarró la maleta.

—Lo comprendo —replicó ella intentando no traslucir la desolación que le producía aquella reacción y aquellas palabras.

Se estiró un poco para besarle y él le rozó apenas los labios. Después sonrió, pero Tina, con la rápida percepción de una mujer enamorada, se dio cuenta de que solo sonreía con los labios y no con el corazón.

—Adiós. Te llamaré desde Washington —se despidió él.

El amor no se había apagado en el corazón de Roger, pero estaba herido. Se sentía aturdido e incapaz de afrontar el brusco viraje que acababa de dar su relación con la mujer que amaba. Sus sentimientos eran un amasijo de contradicciones y emociones contrapuestas. De repente, era como si Tina se hubiese quitado un disfraz y hubiese dejado al descubierto el alma de otra persona. Necesitaba poner distancia y dejar pasar un tiempo. Después, no sabía...

SOFÍA ROMÁN (ESPAÑA). EL HOGAR

Zaragoza hervía, no solo por el calor de plomo, sino por la noticia que recorría la ciudad: la aragonesa secuestrada estaba a salvo. El imaginario popular se afanaba en crear mil versiones de cómo esta mujer había escapado de la muerte. Y no era para menos. Una condena lanzada por los yihadistas no tenía escapatoria, no al menos hasta ese día. Habían pasado a degüello a periodistas, marines y combatientes duros como el pedernal sin ninguna oportunidad de huida. Aquella mujer había escapado y a su vez salvado la vida de su guía iraquí.

Las familias de Julio y de Sofía esperaban en el aeropuerto de la ciudad la llegada del vuelo *Air Europa (UX 5039)* Madrid-Zaragoza que traía a la heroína del momento. Un grupo de periodistas y algunos medios televisivos, con la perspectiva de lanzar los *flashes* y captar la emotiva escena del reencuentro, se habían situado a la espalda de un nutrido grupo de gente congregada alrededor de las puertas de salida de los pasajeros. En cuanto Julio y Sofía asomasen por ellas, sería fácil identificar también a sus familiares para abordarlos e interrogarlos sin tregua.

Teresa, que se encontraba en el grupo, contestó una llamada de su móvil. Nada más colgar comenzó discretamente a transmitir un mensaje al oído de los demás y estos, a intervalos medidos de tiempo, fueron desapareciendo uno a uno de la terminal, tomaron un taxi y regresaron a casa. La llamada había sido de Julio. Llegarían en coche en menos de dos horas. No habían tomado el vuelo previsto para eludir a la prensa y evitar que su imagen siguiera difundándose por los medios. No era conveniente. Mejor si no se daban a conocer más datos de los ya divulgados. El terrorismo islámico actuaba en Europa con la misma furia y fanatismo que en sus propios países y no se podía descartar una posible acción de venganza, por la humillación sufrida y por acabar con la vida de uno de los suyos. La prensa quería una

historia, pero un relato sensacionalista ponía a todos en peligro, incluso a Jalal.

Unos tras otros fueron llegando al piso de los Cepeda. Era casi mediodía cuando por fin pudieron abrazar a Julio y a Sofía. Al tomar en sus brazos a Alba, Sofía revivió con nostalgia la emoción que había sentido al ver a Ashti abrazar a sus hijos. Nunca..., por nada del mundo, volvería a separarse de la niña.

—¿Vas a traer a tu amiga a España? —preguntó Teresa.

—¿Pero no era al guía al que había que traer? —Se adelantó a preguntar su padre.

—No lo sé... todavía. Quizás Jalal decida no venir al final —respondió Sofía con voz seca, inapelable. Sabían que cuando usaba ese tono era mejor dejarlo, y esta vez acertaron. No deseaba hablar de algunos episodios de su experiencia en Erbil. Todavía no. Había demasiado dolor que curar y demasiada culpa que disipar.

Julio la miró de reojo y trató de centrar el tema en la dirección correcta.

—Haces bien en preguntar, Teresa —dijo en tono jovial—. No tardando mucho tendréis ocasión de conocer a Ashti y a sus hijos. En cuanto hagamos las gestiones los traeremos como refugiados de guerra.

La conversación siguió por esos derroteros hasta que el teléfono comenzó a hacerse notar. Sonaba y sonaba y, como la persona que toma las riendas familiares con un enfermo recientemente intervenido o en las primeras jornadas de luto tras una defunción, tía Carmen desplegó toda su habilidad diplomática en responder las llamadas, impidiendo que sus agotados sobrinos tuviesen que enfrentarse a amigos y parientes ávidos de noticias directas. Incansable, relataba los hechos una y otra vez con patente placer y se extendía en detalles insólitos. De vez en cuando, los presentes se miraban boquiabiertos al escuchar las variadas versiones de aquel relato fantástico, pero lo dejaron pasar.

Al término del almuerzo, sonó el timbre de la puerta y la madre de Sofía tomó el interfono.

—¿Quién es? —preguntó tía Carmen interrumpiendo su propia conversación telefónica y tapando el auricular con una mano. Era una actitud innata: sentirse responsable de supervisar todo.

—Pues... han dicho no sé qué de la lucha antiterrorista.

—¿Y les has abierto? —preguntó Julio, contrariado.

—¿Qué iba a hacer? También han dicho que eran del gobierno.

—Veremos si no es un truco de algún medio para colarse hasta aquí.

En la puerta aparecieron dos individuos de aspecto grave: un hombre de traje gris que se identificó como el comisario Artiaga del CNI al tiempo que mostraba un carné con su foto, y una mujer, carpeta en mano, a la que el comisario presentó como la agente Yáñez. Llegaban transpirando agua por todos los poros y con la piel del rostro encendida. A media tarde de un día de junio la calle fundía a quien osara pisarla. Con un movimiento de cabeza, Julio les invitó a pasar sin conceder una palabra de bienvenida. Sofía les saludó escuetamente y la agente Yáñez tuvo la candidez de felicitar a Sofía por haber salvado la vida. Esas palabras trajeron a Julio otros momentos vividos allí mismo con uno de sus colegas del CNI. Recordó el día en que el agente enviado por el ministerio les había visitado solo para expresar sus condolencias por lo que ya se asumía inevitable. La presencia de estos funcionarios, resueltos a entrar en su casa a hacer indagaciones, le devolvió el sentimiento de furia ya vivido por aquel abandono. Salvar a su esposa, habían dicho, era un objetivo inviable.

¿Qué querían ahora?

Les condujeron a una salita a la que daban uso de despacho. Gruesos tomos de jurisprudencia y anuarios junto a docenas de archivadores se apiñaban en un mueble-librería de madera. Tomos geográficos, revistas de historia y algunas enciclopedias junto a carpetas, grandes murales enrollados y otros materiales didácticos claramente marcaban el campo profesional de cada uno de los habitantes del hogar. El comisario y la agente se sentaron frente a Sofía y, mirándola como un médico preparado para hacer un diagnóstico, empezaron a formular preguntas, comenzando por el día de su vinculación con la iraquí. Cuando llegaron a la parte del secuestro, el interrogatorio se hizo tan exhaustivo que Sofía comenzó a sentir una especie de náusea al recordar aquellos terribles momentos. Se inclinó hacia delante, puso los codos en las rodillas y se tapó la cara con las manos.

—Creo que ya es suficiente, señores —protestó Julio—. Estamos cansados y a mi mujer le está afectando mucho volver a aquello. Además, no

le debemos nada al CNI ni a ninguna institución. Preferiríamos no dar ramos a oler sobre nuestra vida. Ya hemos sufrido bastante. Mi mujer solo quiere olvidar esa experiencia.

—Lo comprendo. Sin embargo, la información que nos proporcione puede ser muy útil a los que combaten en el frente terrorista.

—Creí que el CNI solo se ocupaba de combatir el yihadismo dentro de España. Nada que hacer fuera de nuestras fronteras.

—Si lo dice por la posición que el Centro adoptó cuando su esposa fue secuestrada, deben comprenderlo. No es posible ceder al chantaje del terrorismo. Si lo hiciésemos, ellos habrían ya ganado la batalla.

—No, claro. Sin embargo, ella sola, con ayuda de un hombre herido, pudo ganar «esa batalla».

—Julio, déjalo —intervino Sofía, apenas levantando la cabeza—. Sabes que tienen razón. Por duro que sea.

El comisario carraspeó.

—Ahora que sabemos por su esposa cómo lograron escapar, ya tenemos las dos versiones y podemos atar cabos.

—A qué se refiere —Se irguió ella mostrando un semblante pálido y ansioso a la vez.

Ahora entendemos el «extraño», como usted misma lo ha descrito, comportamiento del yihadista que mataron.

ASHTI BARZANI Y DENNIS BLAKE (IRAQ). LA DESPEDIDA

S «eré tu guía turístico», le había dicho mirándola a los ojos con esa fascinación que auguraba algo excitante y que la perturbaba tanto.

«¿Sabes? La primera vez que te vi me llamó la atención una mirada tan triste en unos ojos tan hermosos como lunas». Esta vez Ashti no se ruborizó. Le pasó por la cabeza que a lo mejor se estaba acostumbrando a él, a sus maneras naturalmente seductoras o, a lo mejor, se estaba transformando en una mujer libertina a la manera occidental.

«Por eso me complace hacerte feliz. No quiero que vuelva esa tristeza a tu rostro, y estos días voy a hacer que vivas las horas más hermosas de tu vida». Le dedicó una sonrisa maravillosa que quería decir más o menos: «Estoy a tu merced».

Todavía le duraba la sonrisa cuando se hicieron tomar la foto que ahora Ashti tenía en las manos y miraba abstraída. Era un encuadre perfecto el que había logrado aquel joven mochilero al que habían pedido el favor de hacerla. Apoyados en una barandilla de espaldas al Shar Park con la ciudadela al fondo, Dennis estaba muy guapo, bronceado, tan rubio en esa camiseta oscura que ponía en valor sus brazos bien torneados, de músculo perfecto, y unos vaqueros claros que el cinturón acoplaba bien a su cintura y le hacían parecer más joven. A Ashti se le erizó ligeramente el vello de los brazos. Ese hombre perfecto la amaba. Podría haber sido suyo con solo tomar la decisión.

Hacía ya diez días desde su marcha. Aquella última tarde recogieron a los niños en la escuela del Convento de la Merced y merendaron en el parque Sami Abdulrahman. Con las luces del atardecer, caminaron despacio hasta el refugio en que Ashti y sus hijos se alojaban. Dennis debía tomar el avión que le devolvería a su país a la mañana siguiente. Decidieron dejar a los

pequeños al cuidado de Fadilah, la doméstica de Dennis, y salir a cenar juntos a un restaurante cercano.

Gozaba recordando aquella noche. Ella entró en el precioso comedor de arañas de cristal y manteles dorados y él se levantó de su silla al verla llegar. Lo hizo lentamente, como hipnotizado, sin dejar de mirarla. Le dio las gracias por haberse cambiado de ropa. El vestido azul océano había sido un regalo de Sofía antes de marchar. Al quitarse el chal que lo cubría, el escote generoso y los finos tirantes descubrieron sus hombros y su cuello y ella sintió que en los ojos de Dennis se reflejaba una mujer hermosa. «Qué bella eres», le había susurrado. Y volvió a confesarle que la amaba. Que había ido dando traspies en busca del amor de su vida y que se había enamorado sin buscarlo, cuando ya no entraba en sus planes. Había ocurrido sin concurso de su voluntad, como quien pilla un sarampión. Ahora estaba asustado por miedo a perderla. No sabía que fuera posible amar tanto. Era una catástrofe.

Luego, en la habitación, en casa de Dennis, con las ventanas abiertas sobre la ciudad, hicieron el amor en la penumbra. Él se volcó en su placer como si hubiese orquestado una danza en la que cada movimiento debía conducir a llevarla a una apoteosis final y tras las caricias y los gemidos, le dijo:

—Pero sabes que te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Ashti había deseado que la tierra dejase de girar. Que la noche no terminase nunca. No soportaba la idea de separarse de él. Pero debía pensar en sus hijos y en su propio futuro. Sofía tenía razón. En España tenía un porvenir sólido. Conocía la lengua como la materna y solo tendría que ir adquiriendo las titulaciones que le permitiesen poner en práctica esos conocimientos y esa experiencia profesional que por herencia ya poseía. Y, además, allí tenía una hija.

A la mañana siguiente su corazón se marchó con él, pero, aun así, ella se quedó.

Ahora, sin poder llenar ese vacío que perforaba su pecho cada hora de cada día, otra vez le asaltaron las dudas. ¿De qué tenía miedo? ¿No confiaba en él? Todo se confundía en su cabeza. Volvió a mirar la foto y sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Se obligó a desear que Sofía organizase su entrada en España cuanto antes.

DENNIS BLAKE (ESTADOS UNIDOS). LA RENDICIÓN

El americano había vuelto a integrarse en la escalada y disfrutaba con el espectáculo de contemplar el valle desde la vía del Nose en El Capitán, la arista más prolongada de una pared que ya le era familiar. Aquellos eran los momentos que había venido a buscar en Yosemite: sentir ese diálogo interno entre él y la roca y negociar con ella cada movimiento.

Mientras afrontaba el King Swing, uno de los principales retos de la ruta, un péndulo de veinte metros a cuatrocientos del suelo, notó cómo vibraba el tirante izquierdo de su mochila BUG e ignoró la llamada. Se encontraba en plena maniobra para superar un canto donde, tras unos metros de escalada horizontal debía acabar montado en la repisa conocida como el Eagle Ledge. Todo un despliegue de adrenalina y decisión. De nuevo oyó ese zumbido junto al hombro. La insistencia de la llamada y una intuición le llevaron a echar un vistazo. Asegurándose a la cuerda, afirmó los pies en la fisura y apoyó el costado en la pared. Metió la mano en el bolsillo del tirante, sacó el móvil y, al ver el nombre de Ashti, no pudo resistirse.

—¿Ashti?

—Hola, Dennis. ¿Cómo estás?

—Ahora genial. Me alegro de oírte. ¿Y tú? ¿Y los niños?

—Bien. Los tres te echamos de menos. ¿Dónde andas? Suenas raro, como con sobrealiento.

—Colgado de una montaña.

—¡Madre mía! Estás escalando. ¿No es peligroso que hables por teléfono?

—Contigo no.

—Dennis...

—....?

—Lo he pensado..., quiero decir..., lo de ir a América.

—¡Ashti, cariño!

—Llámame cuando bajes de ahí y hablemos, ¿vale?

—¿Vas a venir?

—Si todavía me aceptas...

—Sí y siempre sí. ¿Te casarás conmigo, Ashti?

—Hablemos cuando estés con los pies en la tierra. Cuelga ya, anda.

—Hasta luego, preciosa.

—Un beso, Dennis.

Se sentía tan feliz. No la había perdido, muy al contrario, iba a formar parte de su vida para siempre. En cuanto hablase con ella de los detalles iniciaría los trámites burocráticos. Este pensamiento le causó una innegable sensación de euforia. Tanteó el bolsillo para devolver el móvil a su sitio, pero en ese momento uno de sus pies resbaló provocando un movimiento reflejo de agarre a la cordada. Con la sacudida, el móvil se deslizó de entre sus dedos antes de entrar en el saquete. Resignado, echó un vistazo hacia abajo y contempló impotente cómo iba a parar en caída libre sobre la vegetación al pie de la gran roca. La bajada en rapel cuando acabase la ruta no iba a dejarle muy lejos de la zona donde había caído el teléfono. Trataría de encontrarlo y recuperar la tarjeta antes de volver al coche.

Después de una jornada gloriosa, fijó la cuerda en el campo cuatro donde se presentaba un buen vivac en el que pasar la primera noche. Era una repisa pequeña e inclinada, «muy incómoda, pero hermosa», pensó Dennis. Se aseguró con una cinta plana pasada bajo las axilas y puso dos anclajes con una línea de seguridad suficiente para evitar que nada de material volviera a caérsele al vacío. Acto seguido, sacó del petate pan, queso y frutos secos. Cortó dos buenos pedazos de cada uno y mientras los comía acabó con una de las botellas de agua. Además de reponer fluidos, el consumo de agua aligeraría la mochila para la jornada siguiente. Guardó las cuatro barras energéticas que le quedaban para las horas de escalada y tomó dos tarrinas de compota de fruta. Comprobó una vez más las sujeciones y se preparó para disfrutar allí de unas horas de descanso.

Durante aquella primera noche en el Valle de Yosemite muchos pensamientos le vinieron a la mente, y la conclusión final antes de cerrar

los ojos fue que por fin había encontrado su alma gemela. Era un sentimiento de gozo comparable a la plenitud de esos momentos en que la gran roca gris lo cobijaba bajo un cielo silencioso, y el reto de superar el abismo.

ROGER ARBER (ESTADOS UNIDOS). EL CAMBIO

Cuando se reengancharon a sus tareas, tanto Roger Arber como el neurólogo Armando Cebrián lo hicieron con menguado entusiasmo. La exaltación que les había acompañado días atrás a él y a los miembros de todos los equipos cuando llegaron al centro se estaba desintegrando. Ahora parecían importar más las consecuencias, el efecto que las vinculaciones estaban produciendo en las personas. Y también en todo el planeta.

Infaliblemente, se celebraron cumbres internacionales que siguieron siendo puro protocolo y no resolvían problemas, pero se inició también un movimiento que fue como un flujo de pleamar lento y apenas apreciable acercándose a tierra silencioso y constante.

Cientos..., miles..., millones de personas estaban reaccionando, tiraban de hilos invisibles desde innumerables puntos de la tierra con una tensión ínfima al principio, multiplicándose y propagándose hasta hacerse notar. Se impulsó el nacimiento de fundaciones en ayuda de los que se encontraban al otro lado; la novedad era que no las motivaba la caridad ni el afán de protagonismo sino un sentimiento de identidad común. Algunas agrupaciones y sociedades comenzaron a presionar para que los proyectos de las grandes compañías que operaban en territorios más pobres y menos desarrollados repercutieran económicamente en las poblaciones locales. La parte del mundo más avanzada empezó a impregnarse de un sentimiento de renuncia a ciertos bienes de consumo demasiado asequibles cuya obtención se basaba en la explotación de tierras y recursos ajenos y de fuerza de trabajo barata. Eran pasos livianos y apenas estimables en la gran tragedia humana, pero empecinados e imparables. No en vano, todos los corazones comenzaban a latir por dos seres.

El neurólogo español Armando Cebrián formaba parte del grupo de trabajo que afrontaba la vertiente psiconeurológica de la investigación.

Embelesado frente a la ventana que daba al estacionamiento, lanzaba apremiantes bocanadas de vapor de su cigarro electrónico. Al otro lado de la explanada se erguía el edificio gigante de un *Macy's*, «ajeno y distante —pensó— en su devaneo consumista». A buen seguro, casi todos los que en ese momento transitaban por los departamentos comerciales o se deslizaban sobre las escaleras mecánicas andarían aferrados a sus pantallas móviles ansiando recibir noticias sobre algún nuevo avance. Muchos ya fundidos en un hechizo vinculante, el resto, los que se mantenían intactos, a la espera. Todos debían tener las esperanzas puestas en un grupo de sesudos científicos recluidos para desentrañar un misterio que a los investigadores se les escurría entre telescopios y conexiones neuronales.

El profesor Cebrián, abstraído en sus pensamientos, se sobresaltó al oír la voz a sus espaldas de Roger Arber, uno de los astrofísicos.

—¿Has probado el café de esta máquina, Armando?

Cebrián se volvió y apoyó las nalgas en el saledizo de la ventana.

—Ni hablar. Esos mejunjes no se llevan bien con mi estómago. —Su voz sonó cansada.

—¿Cómo lleváis el trabajo? —Se interesó Roger mientras trajinaba para sacarse un café.

—Vamos a ver... —respondió Cebrián. Se dio tiempo a pensar la respuesta con una honda calada de vapor—, hay toda una base de datos que ya hemos procesado, pero seguimos interrogando a gente. Tenemos cientos de testimonios. Las versiones de todos son similares y no hemos sacado nada nuevo de las entrevistas. Tampoco de los escáneres —Cerró los ojos y soltó una maldición—. Todos han sido catalogados como «incidentes misteriosos» sin explicación lógica.

—¡Mmm! No suena muy científico.

—¿Y sabes que ocurre cuando la ciencia se declara tan incompetente? —dijo Cebrián parpadeando y despreciando al universo con un gesto de la mano—. Que la gente empieza a recurrir a la religión. A muchos eso les sirve, y no les daña, pero a otros la ignorancia les lleva por caminos siniestros: brujos, videntes, adivinos y otros cuentistas que hacen su agosto.

El neurólogo quiso recuperar su natural de hombre afable y preguntó:

—¿Vosotros qué? ¿Alguna luz nueva, algún eco que traer a la junta de esta tarde?

—Tan atascados como el día en que desapareció la señal. Estamos a punto de salirnos de la zona original y peinar la región de Alfa Centauri B en busca de indicios.

—O sea, que os estáis alejando del punto de origen.

Arber frunció los párpados, caviloso y miró a su colega por entre las rendijas de esa reflexión. Buscó cómo responderle sin extenderse en farragosas explicaciones, pero Cebrián se le adelantó.

—¿Sabes qué pienso, amigo? Que el mundo se está impacientando y que vosotros, los astrónomos, seréis los primeros en recibir un buen vapuleo. Había muchas esperanzas puestas en aquel contacto.

—¡Joder!, Armando, en el punto en que estamos, a ratos, hasta yo mismo creo haber perdido la fe. Casi me siento tentado a ir por otros derroteros.

—¿Por ejemplo?

—Qué se yo..., por ejemplo... algunas tribus amazónicas creen en una proyección del espíritu que consiste en que el alma abandona temporalmente el cuerpo, recorre grandes distancias para realizar algún cometido de vital importancia y luego, una vez lo ha hecho, retorna al cuerpo.

—¡Ah! Eso lo explicaría todo —dijo el otro con sorna.

La mofa hizo sonreír a Arber.

—Claro que no explica nada, pero mucha gente empieza a darse ese tipo de explicaciones y les sirve. Por mi parte, sigo convencido de que todo está relacionado con lo que ocurrió en ALMA, aunque los esfuerzos de nuestro equipo estén resultando estériles..., de momento.

—¿No habías perdido la fe?

—Claro que no. Solo es una forma de hablar. Pero también tengo los pies en la tierra. Entiendo que si no quieren que lo sepamos no daremos con..., llamémosle, «el agente» responsable de esto y seguiremos a merced de lo que sea que nos está manipulando.

—Pues habrá que mantener esa lucha. ¿Sabes? A veces yo también me siento como un ratón enjaulado corriendo en busca de respuestas por una rueda de pega. Es todo lo que el Creador nos ha concedido, amigo. Pero si

nosotros claudicamos, ¿quién seguirá en la brecha? El pesimismo no conduce a nada.

—Bueno... pues aquí estamos... —Roger dio un sorbo a su café antes de preguntar a su colega sobre algo que le intrigaba—. Por cierto, hay una cosa que me sorprende de las vinculaciones que tú podrías aclararme.

—Dime.

—¿Cuál es la capacidad de almacenamiento del cerebro? ¿Cómo podemos asumir la información que implican los recuerdos de dos vidas cuando nos vinculamos?

—Y más también. El cerebro humano contiene unos cien mil millones de neuronas y unos cien billones de interconexiones entre estas, aunque a ciencia cierta nadie sabe la capacidad de memoria del cerebro puesto que no se dispone de ningún medio fiable para poder calcularla. Carl Sagan mantenía que tenemos la capacidad de almacenar en nuestra mente información equivalente a la de diez billones de páginas de enciclopedia.

El profesor Cebrián sacudió la cabeza entre divertido y preocupado y dijo:

—Me pregunto quién será el primero de nosotros en caer —Soltó una risa ahogada—. ¿Qué tal si hacemos una apuesta?

Cebrián, al observar cómo parpadeaba el piloto de su teléfono, dejó la broma en suspenso y se alejó por el pasillo sin esperar respuesta. Roger se sentó en una butaca a terminar su café.

Mientras descansaba, revivió la imagen de Tina en su último encuentro. Había soñado con ella la noche anterior. Fue un sueño de los que todo lo confunde, en el que volvía a estar con Tina sobre la hierba de Villa Borguese y veía la sombra que su melena proyectaba en el suelo al separarse de su espalda y el brillo que emitía su cabello tan negro... tan negro. Le sobrecogió una punzada de culpa y se llevó la mano al pecho; era extraño el dolor que sentía en él. Sacudió la cabeza para borrar esa imagen en la que el pelo oscuro de Ursula se había solapado en su mente con el de Tina, de color rojizo anaranjado. Todo había sido tan caótico en esa despedida que le costaba dirigir de modo racional sus pensamientos respecto a ella. Cerró los ojos para retener la imagen y el sonido de la risa de Tina. De pronto lo vio. Comprendió que, en cierto modo, ella había sido la respuesta a su desgarrado anhelo por recuperar a Ursula. Había implorado a Dios que le ayudase a encontrarla en aquella selva y que se la

devolviese con vida. Nunca hallaron su cuerpo y se celebraron funerales por su alma, pero en su fuero interno, Roger siguió ofreciéndolo todo a cambio de recuperarla. Acababa de darse cuenta de que ya hacía tiempo que no sentía aquel vacío opresivo que durante mucho tiempo le había atormentado como un cráter profundo y vivo instalado en sus entrañas. ¿Cuándo se había extinguido ese dolor? Él conocía la respuesta.

EPÍLOGO

—¡No! —gritó, con los ojos desorbitados por el terror. Encogió las piernas en un acto reflejo para proteger el cuerpo de la amenaza, pero no le sirvió de mucho—. ¡Vete! ¡Déjame! Quiero ir a mi casa. Quiero a mi mamá. — Forcejeó patéticamente, con la debilidad del miedo. Lloraba y los mocos se le escurrían hasta la boca. Pensó que lo había atrapado un monstruo. Parecía un hombre, pero estaba seguro de que en cualquier momento iba a transformarse. Le dijeron que no existían. No era como en los cuentos, pero... ¡sí existían! ¿Por qué papá no venía a rescatarlo? ¡Papaaa!

—No tengas miedo, pequeño. Deja de gritar. Solo un abrazo cariñoso. Yo soy tu papá ahora —Mal sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y le limpió la cara de moquita y lágrimas. El crío se dejó hacer por la fuerza de la costumbre.

Para Mal Warden la situación había empeorado paulatinamente. La desazón que le mortificaba había ido *in crescendo* desde que comenzó a atender las demandas libidinosas de sus entrañas. En otro tiempo le bastaba con observar apaciblemente en los parques o a la salida de los colegios y echar a volar la imaginación para dar cierto reposo a aquellas urgencias. Después, apenas lograba un amago de paz simplemente con mirar, así que comenzó a acercarse a algún chiquillo alejado de sus progenitores y a manosearlo mientras le ayudaba a bajar por el tobogán o lo sujetaba para que trepase con seguridad por los barrotes de una pasarela. Si tenía suerte, la perplejidad del niño retardaba su reacción y su huida el tiempo suficiente. Pero aún era mejor cuando, por su natural ingenuidad, no pervertida aún por las advertencias de los adultos, el niño llegaba a permitir que lo tomara en brazos unos instantes.

Pero llegó un momento en que estos ardides solo le servían para estar más quebrantado cuando, una vez que el parque se vaciaba de infancia, él se retiraba a rumiar sus obsesiones.

En un momento dado comenzó a rondar por su cabeza una idea en extremo aventurada. Estuvo dándole vueltas durante mucho tiempo, calculando las probabilidades, evaluando los riesgos, hasta que la ansiedad lo exacerbó hasta hacer la perspectiva cada vez más apetecible. Encontrar el lugar apropiado no era un problema. La casa de su difunta madre llevaba cerrada casi un año. A él, Brentmood, el pueblo californiano donde había vivido con la anciana hasta su fallecimiento, se le quedaba pequeño, razón por la cual se había trasladado a vivir a Merced, a solo diez minutos del pueblo y donde se encontraba la oficina bancaria en la que trabajaba desde hacía quince años. Su apartamento no ofrecía condiciones para instalar la telaraña de los planes que había tejido, pero la casa de Brentmood se encontraba convenientemente aislada después de que la vecina, la señora Allinson, se mudase a vivir con su hija.

Hacía ya más de un mes de su primera cacería y Mal se obligó a tomar con calma el disfrute de este nuevo regalo. La experiencia con aquel primer niño se le había ido de las manos demasiado deprisa. Cuando le apremió a que dejara de luchar y de llorar, el crío siguió chillando como un animal y así es como él lo percibió en ese momento. Su instinto más siniestro le disuadía de considerar a ese ser vivo, débil y berreón, como un ser humano completo. Conforme se sumía lentamente en las sombras se vio a sí mismo como una araña envenenando a otro insecto, inyectando su poderoso vigor mientras la víctima se defendía intentando clavarle su propio aguijón. Debía someterlo por completo. Dejarlo ir era una opción que le haría vulnerable puesto que podría identificarlo. No había vuelta atrás.

Hasta que dejó de moverse por completo no fue consciente de cómo su mano se había cerrado sobre el delgado cuello de aquella criatura.

Cuando todo acabó y se deshizo del cuerpo, empezó a reconocer que hasta ese día no había experimentado más que una serie de tanteos y falsos rudimentos de goce. Ya no podía olvidar la experiencia vivida y sabía muy bien que iba a necesitar recuperarla.

Según el reloj de su móvil eran casi las siete de la tarde. Mal había quedado en pasar a buscar a Buddy Bradley, un compañero del banco que vivía tres bloques más abajo del suyo al sur de Merced. La cena la ofrecía la entidad bancaria e iba seguida de una trillada ceremonia de reemplazo del

jefe por jubilación. Ningún empleado podía faltar porque se iba a dar la bienvenida al nuevo director.

Mal Warden se moría por estar de vuelta, pero, entretanto, necesitaba irse tranquilo e hizo tragar al pequeño tres cápsulas del sedante que tomaba su madre antes de irse a dormir y que aún rodaban por los cajones de su mesilla. Con esa dosis, el crío quedaría completamente grogui durante toda la noche.

En las horas que siguieron, el ánimo de Warden se debatió entre la secreta excitación de la espera y el temor a que sus pensamientos se reflejaran en sus ojos. Cenó nervioso y no se prodigó en la conversación. No obstante, no lo conocían por ser muy hablador ni expresivo. Su carácter huraño y solitario le había aportado pocas amistades. En el banco, solo Buddy Bradley cruzaba algunas palabras con Mal sobre temas ajenos al trabajo, y era porque, siendo vecinos, algunas veces compartían trayecto a la oficina. Además, Buddy no mostraba interés alguno por levantar la coraza que mantenía impenetrable la vida personal de Mal.

Sin embargo, la ceremonia transcurrió con demasiada lentitud. Tomó una segunda copa de vino, la apuró y se sirvió otra. Si algo tenía claro en ese momento era que no le interesaba nada de lo que discursaran unos y otros. Quería que terminase todo y marchar.

Al acabar el evento se dio cuenta de que se había pasado con el vino. El decorado se movía levemente a su alrededor y al levantarse sintió como si se le aflojara el cuerpo.

—¿Tú has bebido, Buddy? —preguntó a su amigo ante la puerta del coche con las llaves colgando del dedo índice.

—No demasiado. Trae. Conduciré yo. Creo que estoy más habituado al alcohol.

Estacionaron el vehículo junto al bloque de apartamentos de Mal y este se despidió de Buddy en la puerta para no levantar sospechas. Cuando vio la figura de Buddy entrar en su edificio, iba a volver al auto, pero decidió subir de todos modos y esperar un rato a que se disipara el nivel de alcohol en sangre antes de salir a la carretera. A estas horas era probable encontrar un control y que le hicieran soplar.

Tumbado en el sofá, con una pierna fuera, apoyada en el suelo, esperaba a que las cosas dejasen de bailar ante sus ojos cuando se quedó dormido.

Un par de horas después, Mal se incorporó sobre los codos sintiendo el estómago anegado de bilis y ácidos y con el tiempo justo para asomar la cabeza fuera del sofá y verter sobre la alfombra todo lo que había ingerido aquella noche.

Además del estómago, también su cabeza estaba desbordada de visiones y recuerdos que no reconocía. Era como si hubiese soñado largamente y los sueños hubieran pasado a formar parte de su vida. Se levantó y se tambaleó al patinarle el pie en el líquido salpicado por el suelo. Volvió a dejarse caer al extremo del sofá alejado del charco de vómitos. Sentado, con la cabeza entre las manos, hizo un esfuerzo para comprender que aquello no era todo efecto del vino. Lo había ingerido solo en cantidad moderada. Inmóvil, con la mirada perdida en el vacío, fue descubriendo gradualmente pruebas de que estaba siendo víctima de una vinculación.

Siendo noche cerrada al otro lado, no reconoció inmediatamente el lugar en el que se había despertado de ese otro lado, pero sabía a ciencia cierta que se encontraba muy cerca de allí. Contrariamente a lo que sucedía en otros casos, él se había vinculado con alguien que vivía en su mismo país y, aún más inusual, en la misma región. Había despertado con el vértigo de estar durmiendo en el vacío, pero no sabía apreciar si esa sensación era el efecto que producía el impacto del trance sobre el cerebro o estaba relacionado con la situación real de su vínculo.

Mal procuró volver a la realidad y solo entonces, una vez controlada la conmoción, empezó a establecer la relación entre su situación y el riesgo de tener a alguien al otro lado de su línea mental, dueño también de sus recuerdos, testigo de su perversión.

Comenzó a sentir una opresión que le atenazaba el pecho y se instalaba poco a poco en su estómago. Era el peso de la culpabilidad descubierta. Podía ver su ignominia bajo la mirada del otro y fue acuciante el deseo de liberarse de esa sensación.

Ahora tenía evidente certeza del peligro y volvió a ponerse en pie, vacilante, pero en pie. ¿Qué es lo que debía hacer? Tras unos minutos de reflexión, decidió que debía pararse a analizar bien la situación. Con paso torpe fue a la cocina a prepararse un café.

Lo había estado temiendo desde que se divulgó aquel primer caso en el que un tipo en Francia había puesto al descubierto a un violador. Según el

relato de los medios, el francés no tardó nada en delatar a su vínculo. Conocido como «el violador del ascensor», aquel delincuente tuvo aterrado a todo el estado de Michigan y la policía anduvo a la deriva durante meses.

Cuando Mal llevó a cabo su primer secuestro nada de «este jodido fenómeno» se conocía aún. Después ya no hubo escapatoria. «De perdidos al río», se dijo. Mantuvo la esperanza de librarse y no verse afectado o de que, cuando llegara su turno, le tocara con algún «desgraciado de tantos como hay en el mundo», sin capacidad de comunicación para delatarle. Algún salvaje de una tribu africana o de los rincones aún perdidos de la Amazonia, algún preso político sin credibilidad..., en definitiva, un milagro.

Se sentó en una silla con el líquido negro humeante entre las manos y esperó a que fueran llegando los recuerdos. Los últimos momentos eran los primeros. Ya lo había escuchado en innumerables testimonios en televisión, en la prensa y en programas de radio de toda índole. Por suerte, esos eran los hechos que más le interesaban, pero a su cerebro llegaban las secuencias a un ritmo vertiginoso y tan desordenadas que resultaba tarea ímproba colocar cada cosa en su tiempo. Era como tratar de ver la imagen completa de un puzle al volcar las piezas sobre la mesa.

«Paciencia», se dijo. Respiró hondo tratando de controlar sus latidos, que martillaban a la vez en el pecho y en la yugular. «Aún no tengo datos suficientes y hay que evitar el pánico». Antes de decantarse por la huida debía contemplar otras opciones.

Pero conforme los datos fueron llegando supo cuál sería la reacción de aquel individuo. ¿Cuánto tardaría en visualizar al niño y a la casa? Eran sus pasos más recientes por lo que ya debía haberlo visto. A buen seguro que ese tipo no iba a situar los hechos que contemplaba dentro de los límites de su tolerancia. De inmediato llamaría a la policía. Estaba perdido. Solo le quedaba la huida. Su mente intentó atrapar rostros, voces e incidentes en busca de pistas. Necesitaba los momentos que antecedian al de la vinculación.

Al rato comenzaron a posarse los recuerdos y espontáneamente le asaltó una imagen: un terminal móvil escurriéndose de las manos de aquel hombre en plena ascensión. Había suficiente luz en esos instantes y pudo verse colgado de una cuerda, ascendiendo una pared de roca a gran altura.

¡Mal vivía a los pies de Yosemite y conocía bien el valle y las montañas! No podía imaginar un panorama más favorable. Aún tenía una oportunidad antes de que Dennis Blake pudiese dar la voz de alarma.

Tomó una resolución drástica. La única posible si había de salvar el pellejo, su trabajo, su hogar y, en resumen, mantener su vida armonizada tal cual la tenía.

A estas alturas, todo el mundo estaba muy al tanto de cómo era el proceso de una vinculación cuando le llegase el turno. La información y los consejos eran prolijos. Tras la fase de confusión vendría el orden y los vinculados podrían asimilar sus nuevas vidas. Sin embargo, eso era lo que Mal más temía. No podía dejarse captar e impregnar de esos sentimientos de empatía que se producirían cuando el alma del otro se mezclara con la suya. No dejaría que eso le impidiera hacer lo que tenía que hacer para salvarse.

Salió a la Highway 140 en dirección al Yosemite National Park, pero antes quiso pasar por casa a comprobar que todo estaba en orden y torció a la derecha para entrar en la CA-99 S. El crío seguía dormido. Tomó el rifle y los prismáticos de la vitrina y se aseguró de cerrar bien la puerta del sótano y la de la calle. Si todo iba bien, debería estar de vuelta poco después del amanecer.

Iba al volante, sopesando bien las probabilidades de que Dennis hiciese caminando el regreso desde la cima, pero la opción implicaba una larga caminata rompedora de rodillas y, tal como el escalador lo había planeado, bajaría por los rápeles de las East Ledges que le ponían en el valle en aproximadamente tres horas. Siempre había elegido esa opción y Mal estaba seguro de que esta vez lo haría con más motivos. Le quedaba aún una jornada completa para alcanzar la cumbre. No era posible que después de lo que acababa de ocurrirle pudiese seguir adelante. Tenía la certeza de que en algo más de una hora podría verlo descolgarse por la pared de la roca a la distancia adecuada.

La carretera serpenteó entre bosques de inmensas coníferas hasta que apareció, muchos metros por encima de su cabeza, el gigantesco perfil de El Capitán, emergiendo del suelo como la proa de un barco de colosales proporciones.

Aparcó junto a otros coches de gentes que, a buen seguro, andaban trepando aquel coloso, hincados a él con pies y manos, o cobijados en grietas que las rutas trazadas tenían marcadas. Recordó que Dennis no se había topado con nadie durante la escalada. Confió en que a la bajada la suerte siguiese a su favor. Abrió la guantera del coche y cogió una linterna.

Solo tuvo que caminar veinte minutos para encontrarse a los pies de la gran roca, justo bajo el vértice de la Nose. Aguzó la vista para localizar los rápeles y buscó cuidadosamente entre los árboles hasta encontrar el lugar perfecto. Poco a poco se iba haciendo la luz. Se le aceleró el pulso cuando creyó apreciar el primer signo de movimiento en la pared. Era aún una figura tenue que sus ojos solo alcanzaban a sospechar. Calculó la mejor distancia de tiro. El punto de la previsible bajada al que aguardar que llegase para no errar, y se plantó con el arma firme en el hombro y el cañón apuntando a su inminente objetivo.

* * *

«Todos los finales son también comienzos. Simplemente no lo sabemos en el momento» (Mitch Albom)

EL  MUNDO